

J. B. HOUSE

ATAHUALPA

(El hijo del Sol)

EDICIONES SELECTAS

ATAHUALPA

(EL HIJO DEL SOL)

por J. B. House

"Las Indias ...

Apasionante nominativo que en el hechizo de su signo encierra actos, hazañas y aventuras increíbles, aca- so sin parangón en la historia..."

Sintetizada históricamente en un título: "ATAHUALPA, el hijo del Sol", esta obra resume magistralmente tres aspectos fundamentales de lo que fue la más bárbara conquista que se recuerda, y el evento más importante del mundo en la época del Renacimiento: la Conquista del Perú, que se complementa con sucesos del último período incaico y el establecimiento del Coloniaje. Y en la acertada descripción de ellos, en el grandioso juego escénico y dramático, que el autor despliega con sin igual vigor y maestría, ante nuestros impresionados ojos, tenemos una vivida, realista y completa historia de aquellos grandes acontecimientos. En ella quedan al descubierto oscuros pero trascendentales hechos de ese formidable período, y gracias a la mágica de la pluma vemos surgir del pasado hombres poseídos de sentimientos encontrados, que se elevan a la cumbre del entusiasmo y la euforia de las grandes proezas, o se hunden en las más bajas y torpes hazañas que muestran la deleznable fragilidad humana.

El dramático y brutal episodio de la prisión y muerte de Atahualpa, es el final también del gran imperio incaico. House analiza esos tristes acontecimientos y los relata con realismo y exactitud, lo mismo que otros estremecedores hechos que hasta ahora llegaron a nosotros muy distorsionados por eufemismos nacidos del afán obscurantista de los intereses involucrados. Es subyugante la descripción psicológica de los personajes, todos de instintos primarios, ambiciosos y mezquinos a veces, pero

(Sigue en la segunda solapa)

(Viene de la primera solapa)

también grandes en ocasiones de demostrar valor y entereza. La pintura del imperio incaico antes de su derrumbamiento está lograda con vigor y justicia, y denota profundo estudio del carácter y el alma del oborígen. El lector se verá arrastrado por los alucinantes capítulos de los primeros desembarcos españoles. A ellos seguirán las intrigas que desencadenarán la guerra suicida entre los incas Atahualpa y Huascar por la hegemonía del poder. Sin embargo, todos esos sucesos resultarán pálidos comparados con el dramático enfrentamiento de los colosos de la Conquista con los incas y la escalofriante e inhumana acción de Caxamalca, el ajusticiamiento del Inca y las consecuencias de estos episodios, que están marcados como los más tristes y penosos en los anales históricos de la humanidad.

Podemos asegurar que al concluir la lectura de esta formidable gran obra, el lector poseerá una preciosa información de como fue y actuó en vida el imperial prisionero, sobre su inteligencia, que representaba la síntesis de las culturas incaicas, su noble carácter, su orgullo, su gran discernimiento, su estoicismo y su digna actitud, que hizo enmudecer y sentirse humillados a los conquistadores.

House no ha omitido detalles en su afán de ofrecer un cuadro vastísimo y amplio de la época y, sin apartarse de la verdad histórica en momento alguno, enriquece su relato con pasajes de la vida de personajes secundarios, como la triste odisea de la hermosa Virgen del Sol, o las increíbles hazañas del gran Tupac, enemigo irreconciliable de Atahualpa, o la amarga aventura amorosa de Ima Sumac, la Cilla de Atahualpa, y ese hábil y aún genial intrigador indio que fue Felipillo.

Para muchos, esta obra resultará demasiado violenta, demasiado cruel, pero quizá sea ahí donde radican sus fundamentales valores. J. B. House, es a la vez que un excelso pintor de almas y maestro indiscutido de la acción, el dramatismo y el suspense obsesivo, un consumado, talentoso y consciente historiador.

J. B. HOUSE

ATAHUALPA

(*El hijo del Sol*)



EDITORIAL DE EDICIONES SELECTAS S. R. L.
B U E N O S A I R E S

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Prohibida la reproducción
Copyright © by
Editorial de Ediciones Selectas S. R. L.
Buenos Aires, 1968

Cuarta Edición

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Editorial de Ediciones Selectas S. R. L.
Perú 1186 — Buenos Aires

I N D I C E

	<u>PÁG.</u>
<i>Prólogo</i>	7
CAPÍTULO I El Ocaso del Inti	23
CAPÍTULO II El Despertar del <i>Otorongo</i>	46
CAPÍTULO III La Castilla de Oro	71
CAPÍTULO IV Los Conquistadores del Infortunio	92
CAPÍTULO V La Ciudad Santa	119
CAPÍTULO VI El Capitán de Hierro	141
CAPÍTULO VII Castillos de Nieve	167
CAPÍTULO VIII El Embrujo de las Piedras Verdes	187
CAPÍTULO IX El Grito del <i>Mallku Khuntur</i>	209
CAPÍTULO X La Batalla	229
CAPÍTULO XI El Estremecimiento del Ande	251
CAPÍTULO XII La Cruz de Fuego	277
CAPÍTULO XIII El Estruendo de <i>Supay</i>	299
CAPÍTULO XIV La Violación de la <i>Aclahuasi</i>	321
CAPÍTULO XV El Ultimo Inca	345
CAPÍTULO XVI El Augur de Atahualpa	371

P r ó l o g o

Las Indias...

Apasionante nominativo que en el hechizo de su signo sugiere hechos, hazañas y aventuras increíbles, acaso sin parangón en la historia de la humanidad.

Fabuloso El Dorado, meta de locos visionarios, de infelices catequisadores, de autócratas improvisados, de ambiciosos, viles y sádicos cubicularios en el papel de amos y señores. Fantástico escenario donde todo lo que existe y alienta está en íntimo contacto con la naturaleza pura y asombrosamente simple, que es, ante todo, realidad dura y a menudo cruel despertar. Continente de montañas áureas de alturas inconmensurables, de increíble confirmación; cumbres inaccesibles, granito tocado por la gracia de albos y brillantes penachos. Soledad desconcertante, pasmosa e intocada inmensidad, planicies desiertas, interminables, inhóspitas. Selva virgen, impenetrable, umbría, asesina, donde la muerte se agazapa disfrazada de mil modos. En su misterioso y estremecedor seno se incuban las *amaraycunas* (1), los *otorongos* (2), los *anutara* (3), las *sisiman* (4) gigantes, el hambre, la sed... Los grandes y profundos ríos, los insondables abismos, se tragan hombres y bestias cargados de esperanzas y ambiciones. La tierra es por veces roja como la sangre que la riega a menudo, en ocasiones oscura como la tradición idolátrica, negra como el alma del *supay* que se esconde en las *apachetas* (5).

(1) Serpientes.

(2) Tigres.

(3) Oso.

(4) Hormigas.

(5) Lugar de la cumbre con piedras.

Sin embargo, los hombres que pueblan estas fabulosas tierras, ciclopes redivivos, son seres simples, de telúrica raigambre, fuertes y ágiles como los pumas de sus montes, inocentes y puros como las vicuñas de sus áridas llanuras. El nativo es hijo pánico y ha nacido de la misma tierra. Está identificado con sus altiplanicies pobladas del sollozo del viento y del crujir de las rocas castigadas por el frío; con los bosques tenebrosos donde los amigos son las fieras, el monte hurao y amenazador, la jungla escalofriante. Un solo aliento para el hombre y la tierra, un solo latido de sus corazones. El nativo es el único que entiende la voz de la tierra, su madre, porque ambos se expresan en un lenguaje onomatopéyico ancestral, expresivo en su laconía, inocente y puro en su sentido. El indio es en sí mismo un libro abierto como una roca esculpida. Sólo hace falta llegar a la conciencia de la piedra cósmica, su corazón, para comprenderlo.

¡Cuánta diferencia con el hombre que llega del mundo civilizado y progresista, presuntivamente sabido y de espíritu dominado por la idea de un Dios antropomórfico! El principio dogmático está en sus labios, pero la más torpe avidez ciñe sus actos. Emergido muchos siglos ha del estado de salvaje inocencia, el hombre es ahora un lobo para el hombre. Y como tal ha echado su aguzada vista hacia los más lejanos confines, ideando El Dorado y buscando el modo de llegar a él. Un capitán español, sincero y desprevenido, se adelanta a Atahualpa y le dice: "Hemos venido en pos del oro". Un fraile se apresura a negarlo: "¡No, no!... ¡Hemos venido a difundir la idea de un Dios Único, y a cuya semejanza está hecho el hombre!". ¿Quién dice la verdad?

Hace rato que la llanura, la jungla y la montaña están estremecidas. Aún resuenan los ensordecedores ecos de las culebrinas y los arcabuces y su viento de muerte inclina la copa de los árboles y el valor de los nativos. Las praderas, los montes se sacuden intermitentemente con el eco de los gritos de muerte de los conquistados y el alarido de triunfo de los vencedores. Tlaxcala... Ixtapalapa... Son nombres asociados con el horror, pronunciados con pavor, como pronto —¡Oh dioses rojos de la montaña!— se pronunciará el de Caxamalca en el dominio del Inca. Pero el flujo ávido continúa creciendo... Vienen hombres desbordantes de fe y de ambición antes que de verdadero espíritu de conquista civilizadora. Su moral, su justicia y verdad, son *sui generis*. Vienen más hombres... desprovistos de miedo, es cierto, pero también privados de escrúpulos. El afán de aventura, de oro, impulsa sus pasos. Son huestes provenientes de los estratos sociales más bajos, oscuros portales de bastardía, antros tabernarios, casas de

mancebfa, prisiones, orfelinatos... En su gran mayoría son hombres desprovistos de nombre y fortuna que sueñan en adquirirlas con el fruto de sus hazañas. Propósito y fin se consubstancian... ¡Por Dios y por el Rey!..., exclaman alzando la cruz de la espada. Es la frase proverbial, el sentido mágico de la invasión. ¡Oro!... ¡Lujuria!, traduce el eco que el viento disemina por la selva, por la planicie, por los ríos, por las hieráticas montañas. El indio se estremece al oírlo, lo mismo que la tierra, su madre, de cuyas entrañas pronto brotará sangre junto con el oro arrancado a su seno.

La civilización está en marcha...

2

Es de noche. El caserío imperfecto bosteza con el parpadear de sus luces inciertas, que apenas se atreven a demarcar el linde existente entre la ruda pero apacible selvatiquez circundante y este chispazo de civilización que estrecha su guantelete de hierro sobre ella. Por un lado, monte y espesura y ocultos en su seno los indios y sus amigos, las fieras. Y por el otro cabañas, casas, reminiscencias de la tierruca, con su trazado de calles y escondiéndose los blancos en su seno, con las lacras de sus feas pasiones. Ya empieza a endurecerse el meollo de la ciudad recién nacida. El ambiente poco ha fresco y perfumado con la fragancia de hermosas flores de extraña forma y bellos colores está saturado del acre sabor del vino, poblado de palabras y risas obscenas. Hombres de extrañas cataduras —*sunka sapa runacuna*—⁽¹⁾ sedientos y hambrrientos no sólo de bebidas y alimentos, holgan en los rincones de los antros tabernarios apenas levantados, abusando de la inocencia de las aborígenes y penetrándolas con los vicios y las pestes que son parte espúrea de la civilización, pero que van con ella doquiera el hombre blanco planta su bota.

Luces parpadeantes, broncas risas, exclamaciones y juramentos poco cristianos, emergen de un edificio, el más importante, que se levanta en el centro del caserío. Es la taberna del lugar. Se construyó al mismo tiempo que la gobernación y la iglesia, y con ellos forma parte del signo de poder y civilización.

Soldados de fortuna, de jubón y calzones a cuchilla, de largas calzas de cuero, de barbados rostros, se confunden en estrecho

⁽¹⁾ Enemigos de barba roja.

abrazo con jóvenes indias de belleza desnuda. Algunas están allí atraídas por el gallardo aspecto de los caballeros de la conquista. No pocas experimentan en cuerpo propio sensaciones no conocidas. La mujer, civilizada o salvaje, siempre cede al hechizo de la conquista física. Si la sumisión no es voluntaria, los valientes soldados tienen medios de persuasión difíciles de resistir. Y así, bellas indias, voluntarias o forzadas, comparten con los señores los deleites orgiásticos.

Pero la verdad sea honrada, no todos los conquistadores toman parte en la orgía, la cual dejan para solaz de la soldadesca. Un grupo de capitanes y principales, ajenos a las droláticas escenas que tienen lugar en los rincones, se ocupan de escanciar con generosidad vino traído de ultramar. Los brindis y las buenas intenciones se suceden.

—¡A tu salud, Francisco!

—¡A la tuya, Diego!

Los dos bravos capitanes apuran los picheles de vino, dejando que el violáceo jugo riegue sus barbas, en medio de la temulenta algarabía de los circundantes.

—¡Vosotros, bebed también!... ¡A la salud de Pedrarias y sus valientes capitanes!

—¡Por ellos y por el rey!

—No olvidéis, hijos míos, de dar gracias a Dios por las infinitas mercedes que os concede y sin cuya gracia paternal no estaríais bebiendo ahora este excelente vino—. La admonición viene de un fraile, de rostro anguloso y ojos inflamados, cuya oscura vestidura se confunde con las sombras reinantes en la taberna.

—¡Por Dios y por el rey!

—¡Y por nosotros, qué diantres!... ¡Y por este vino, generoso como la sangre que derramamos en la conquista de estas salvajes comarcas!

La algarabía aumenta por instantes. Los hombres se sienten dominados por el ansia de beber. Una ansiedad que rememora la sed padecida en duras e interminables jornadas que se sucedieron para cruzar la selva salvaje, poblada de caribes antropófagos, de mosquitos, de fiebres intermitentes, de espejismos de locura, de mortales pantanos.

—¡Bebed también por las hermosas hijas de esta tierra!

—¡Eso es!... ¡Por ellas!... —Diego de Almagro alza su copa y sonriente e intencionado mira a Pizarro—. Y por Marina... ¡la más hermosa de todas!

—¡Por Marina!... ¡Por Marina! —exclaman los presentes, volcando el contenido de sus picheles en su afán de brindar por la

bella princesa india—. ¡Y por Francisco, que supo conquistar su corazón!

—;Callad, vive Dios, o vuestros gritos se oirán hasta en las Españas! —prorrumpie Pizarro, fingidamente encolerizado, atusándose la negra barba— ¡Callad, bellacos y quedaos sin chillar ni instar!

—;Francisco habla verdad!... ¿Qué será de él cuando desta su galante aventura se enteren las cuatro entretenidas que dejó en Truxillo?

Las risas continúan con más fuerza.

—;Marina!... ¡Marina!... —responden los conquistadores, ebrios de vino como de ideas lóbregas.

El nombre tiene para todos ellos un vívido simbolismo, una sugerición de hazañas droláticas y a su influjo añoran, con pesar y nostalgia, las noches pasadas entre gente de carda, allá en Extremadura, o en Sevilla, o en Cádiz, o en... ¡tantos lugares de donde estos hombres provienen!

El más bullicioso y entusiasta se muestra el capitán Almagro. En sus ojos brilla un fuego de naturaleza inconfundible. Su sonrisa es torpe, pero no sólo por el vino ingerido.

—Padre Luque... ¿es verdad que casaréis a Francisco con Marina apenas regrese él de la misión de poner preso a Balboa, que le ha encomendado Pedrarias?

—Verdad es, Diego. El mismo me lo ha pedido.

—;Vaya, vaya! Nunca creí que Francisco se dejara aprisionar de aqueste modo por los hermosos lazos del amor... Si bien ella es una hermosa princesa india, no hallo justificación para enamoridarse...

—Diego, os recomiendo circunspección al hablar de Marina, que él puede oíros... ¡y ya sabéis cuán encolerizable es! —interrumpe el fraile, mirando atemorizado hacia el lugar donde está Francisco Pizarro.

Almagro se encoge de hombros y vuelve a ensordecer el ambiente con sus exclamaciones y sus instancias a beber.

La noche transcurre lentamente, en tanto el ruido acrece y decrece como el mar en la costa.

Mas con el transcurso de las horas, la algarabía cede. El mesón de Pedro ha ido despoblándose. Sólo algunas parejas buscan la complicidad de las sombras, indiferentes al torvo mirar de los ebrios. Los conquistadores, ahitos de vino, yacen sin gloria ni honor al pie de las mesas, vomitando palabras ininteligibles, o postados junto a sus parejas de modo tan grotesco que parecen muertos en fiera trenzada con infieles.

—Amigos míos... asoma el alba y me recuerda que debo partir —dice Pizarro no muy seguro de lengua ni de pies—. Será hasta mi regreso... Si aún conserváis la cabeza.

—¡Cuida la tuya, Francisco! —le gritan—. ¡No te la arranque Balboa!

—Yo te acompañaré —le dice Almagro, siguiéndolo y ganando la callejuela—. Aún es noche y el poblado indio es peligroso de cruzar.

—Gracias, Diego, pero no encamíname al poblado... Ya me despedí de Marina, antes de a la taberna acudir.

—¿Cómo!... ¿Es que no vives con ella?

—No lo haré hasta mi retorno y cuando nos despose el padre Luque... Ahora, si me lo permites, Diego, presto iré a mi barco, donde ya deben estar haciendo malas reminiscencias mías...

—Te acompañaré de todos modos, Francisco, en tanto charlamos de nuestros asuntos...

Las voces se pierden entre las sombras inciertas. Pero los capitanes conocen bien su camino, que ellos mismos han trazado en la selva. Detrás de ellos caminan silenciosos sus amigos y guardias personales. Todo capitán que se precie de tal mantiene junto a él un pequeño cuerpo de guardias, escribas, confidentes, amigos y aun parientes, cuya fortuna depende de la del principal, lo cual les obliga a ser leales.

—Amigo soy, es verdad, de Balboa, pero alcé mi pabellón por Pedrarias, que tiene a su favor la católica cesárea majestad del rey, nuestro señor —dice Pizarro.

—Bastante pesa en la balanza de los méritos el haber descubierto tierras vírgenes y la gran mar del sur, Francisco... Su Majestad puede cambiar en sus favores —responde Almagro.

—Pudiéralo, es cierto, mas piensa, Diego, amigo mío, que don Pedro Arias de Avila, el Pedrarias, es ya gobernador de aquellas tierras, y representante del rey en todo lo que sirve a su poder y grandeza, y eso pesa mucho más, créeme.

—Doyte la razón de que vale más poder constituido que gloria por reconocer. Y lo demuestra que vayas a prenderlo. Mas hazlo con tino y visión del porvenir. No sea que Balboa se tome satisfacción...

—Dudo que lo haga... Pedrarias dará cuenta de él.

—En fin, a tu buen juicio y discreción encomiendo mi fortuna.

—Bueno, hemos llegado... Ahí veo el bote esperándome.

Los dos amigos se abrazan y se despiden. Están unidos por intereses y anhelos comunes. Pizarro y los suyos embarcan entre frases de buena suerte y feliz viaje. El bote se aleja, con el impulso

de expertos y fuertes remeros. La penumbra viene acompañada de fresco vientecillo que agita las olas. Al fondo, a un centenar de brazas, se balancea la oscura estructura de la nave en que Pizarro hará la pequeña travesía.

Pero Diego de Almagro no se mueve de la orilla. Su rostro, barbado y de duras líneas, se tuerce en una sonrisa indefinible. No pronuncia palabra y sus ayudantes respetan su silencio. La sonrisa se acentúa cuando la embarcación se acuesta junto a la quilla de la nave y por la escala que allí cuelga se ve trepar a los hombres. Finalmente, la nave leva anclas y se aleja hacia el norte, sus trapos hinchados al viento.

—Amigos míos, escuchadme...

Los ayudantes de Almagro, sorprendidos por el tono bajo y desusadamente amable, se acercan al oír al capitán. Pero su sorpresa es mayor, mucho mayor, cuando se enteran de *aquello*.

—Capitán, si me escucha vuesa merced, yo diría que es muy peligroso provocar la cólera de Pizarro —dice uno de los ayudantes.

—Deja eso por mi cuenta, Rodrigo Orgoños, que yo sé cómo aplacar la cólera de Pizarro... Y ahora, andando, si queremos sorprenderlos...

El grupo se aleja de la costa y tan silenciosamente cual verdaderas sombras, se introducen en el bosque. La caminata, sin embargo, no dura mucho tiempo. Pronto aparece un claro en el bosque. El mismo está cubierto por chozas de indudable factura india. Una tribu de indios chibchas mora allí, con su cacique. Los chibchas son industriosos, gente pacífica. No son caníbales, ni sanguinarios como los caribes, que comparten con ellos la tenencia de la tierra. En el centro del poblado se alza la choza ocupada por Patzu, el cacique, por las esposas de éste y por su hija, la hermosa Maari, llamada Marina por Francisco Pizarro, quien quedó prendado de su belleza y de su señorío, dignos de una princesa blanca.

Hacia esa choza se dirige el grupo encabezado por Diego de Almagro. Los hombres van armas en mano, dispuestos a enfrentar cualquier sorpresa. Pero el poblado indio descansa en paz. Los extranjeros son gente amiga, una seguridad contra las frecuentes incursiones armadas de los antropófagos caribes. ¿Cómo prevenirse contra ellos?

—Bienvenido a mi morada, aunque la hora no sea apropiada sino para el descanso —dice Patzu, sorprendido en medio de su sueño—. ¿Qué quieres de nosotros, capitán Almagro?

La sonrisa grave del español se ha trocado por otra de cinismo.

—He venido a buscar a tu hija, a Marina —responde, seguro de su impunidad.

—¿A Maari?... ¡Oh, entiendo!... El valiente capitán Pizarro la manda a buscar. Se casará con ella y se la llevará... Es lo justo.

—No, Patzu. La vengo a buscar para mí...

—¿Para ti?... —La sorpresa anonada al indio. En su código de moral no hay una calificación para este hecho.

—Sí... ¿Qué de particular hay en ello?... Marina me gusta... La haré mi esposa si demuestra ser una buena mujer. Te pagaré por ella el mismo precio.

—No hay ninguno...

—No importa, seré generoso... Contigo y con ella...

En tanto esta conversación tiene lugar a la entrada de la gran choza, dividida en secciones o aposentos, en el interior de la misma se produce gran revuelo. Han sido oídas las palabras del invasor y comprendidos sus torpes propósitos. Una de las esposas de Patzu deja su alcoba y corre a otra vecina, reprimiendo en su pecho su propio temor.

—¡Maari!... ¡Maari!... ¡Despierta! —le dice, acercándose a la juvenil figura.

Marina, la dulce, la hermosa e intocada flor del trópico, se despierta, sonriendo con su habitual simpatía y sin comprender ni imaginar el torvo sentido de esta irrupción a sus gratos sueños. Extenida en su lecho de estera, sin los tapujos de la civilización, se muestra cual inocente y cautivante diosa india, en toda la belleza y la gracia de su juventud inmaculada. Su busto, turgente y erguido, las curvas exquisitas de sus caderas, el perfecto redondeado de sus piernas, la tersura de su piel, el vívido y hermoso bronceado de su color, la muestran como a una modelo que cautivara y aun hechizara al Fidias que la descubriera en este confín del mundo.

—¡Debes huir!... —la apremia la mujer—. El capitán extranjero viene por ti...

Marina recoge sus piernas y se cubre castamente los senos con la primera prenda que encuentra. En sus sonrientes y apacibles ojos se ve exteriorizado el temor, un temor a lo que, no obstante sernos desconocido, nos impresiona por su presentida fealdad y pecado. Como una cervatilla, se recoge en sí misma, sin saber otra cosa hacer.

—¡Huye!... ¡Huye! —insiste quien acaso es la madre.

Maari parece comprender, al fin, en la expresión de la mujer, que algo terrible, tortuoso, sucio, está por sucederle. Se incorpora. Tiembla como una gacela.

—No debes... Maari ser sagrada para ti —suplica afuera el jefe indio—. Pizarro tu amigo.

—Verdad es, pero tanto en la guerra como en el amor, el triunfo es del mejor... —se pone serio y mira al cacique—. ¡Y bien?

—Me niego a entregártela, capitán...

—Entonces, la tomaré por la fuerza... —Hace un brusco adenmán y desnuda la espada—. ¡Orgoños, Tello, Díaz!... ¡A él!... ¡Matadlo si hace resistencia!

Pero el jefe indio no se resiste. Se concreta a mirar al extranjero con un gesto de hondo pesar, de inexpresable desilusión. ¿Son éstos los hombres que hablan de Cristo, el Dios de bondad y de justicia?, parece decir. Luego, abrumado, dobla la cabeza sobre el pecho.

Dejando al padre en manos de sus tenientes, Almagro se introduce en la choza, espada en mano. Varias figuras femeninas, lanzando pequeños gritos de miedo, corren como cervatillas asustadas. Almagro hace su elección y cuando Marina pasa aterrorizada pretendiendo huir, presta la toma de un brazo.

—¡Tú!... ¡Ven conmigo! —le dice.

Marina, hermosa como la corola de una flor silvestre no maculada, alza a él sus ojos desorbitados. Su esbelta y bien formada figura, que se muestra en la plenitud de la inocencia, que ignora el recato de la gasmoñería, tiembla como la gacela frente al tigre.

—¡Ven! —repite el capitán, arrastrándola hacia el interior, en tanto el resto de las mujeres se atropella para huir.

—¡Padre! —gime Marina, apelante—. ¡Padre!...

Patzu no se atreve a levantar la vista del suelo. El español, rudo, fuerte, domina pronto la débil resistencia de la joven india, cuyas voces en demanda de auxilio mueren pronto ahogadas en el interior de la choza. Se produce una silenciosa pausa. Es la pausa respetuosa que precede a todo hecho portentoso. Se ha de producir un cambio puramente físico, es cierto, pero que dejará una indeleble marca en el alma límpida de la joven hija de la selva.

De pronto, un grito agudo, estremecedor, sacude la quietud agobiante. Es el grito de la inocencia ultrajada. El rugido de la fiera le responde. Es un rugido mezcla de placer y de triunfo. No sólo libre expresión de gozo, no mero deleite de la carne, sino suprema e íntima satisfacción de anhelo colmado y que explota luego de haberse mantenido reprimido en los más profundos pliegues de la conciencia.

El jefe indio cae de rodillas, en tanto los españoles cambian una expresiva mirada. Finalmente, alguien suelta el trapo a reír. Y las risas aturden por algunos instantes al turbado amanecer.

Momentos después, el capitán asoma en la entrada, congestionado el barbado y bronco rostro, revuelta la barba, en mangas de

camisola, ajustándose el cinto. Es horrible en su significación la sonrisa que tuerce sus labios.

—Eah!... Podéis iros... ¡y holgad también si place a vuesas mercedes! —dice—. Yo me quedaré en el poblado... La arisca cervatilla se ha rendido a mi pujanza.

—Holgar habremos y Dios sabe con cuanta gana! —le responden en medio de las risas—. ¿Qué hacemos con el cacique?

—Dejadle ir... Ya no es de temer. Sería un insensato si atentara ahora contra mi vida.

Las risas continúan en tanto los hombres se dispersan. El capitán retorna a su placentera ocupación. La víctima de su brutalidad yace en el suelo, sobre una estera, desnuda e inerme como una flor recién tronchada, el rostro cubierto de lágrimas de dolor y de vergüenza.

La hermosa Marina sabe ahora por propia experiencia que lo que se cuenta entre los nativos acerca de los extranjeros no es de ningún modo una exageración.

Los conquistadores son tan sádicos y brutales como los caribes antropófagos...

3

La tierra del istmo, boscosa, húmeda, calurosa en extremo, plagada de mosquitos, de fieras, de pestes. Predominio telúrico de lo que es sobre lo que será. Incipiente caserío que se dispersa en un regular trazado de calles. Chozas humildes, cabañas, algunas casas de adobe y madera con reminiscencias arquitectónicas ajenas a la jungla. Y en el centro, el Fuerte, que da sentido a la presencia y el dominio del conquistador.

Pero entre sus murallas de troncos no siempre se aprisiona a los nativos rebeldes. No son pocos los españoles que sufren las consecuencias, injusticias y el odio de sus propios hermanos de raza.

Sic transit gloria mundi...

El reo erguido a su alta estatura, con el porte de un príncipe en desgracia, mira a su captor. Lleva las manos atadas a la espalda. Su aspecto, a pesar de la riqueza de sus ropas, es de abandono. La escasa y entrecana cabellera se agita a la brisa de la mañana, que trae el eco estremecedor de los tambores.

—Haceisme poca justicia, capitán Pizarro, si en mis palabras advertís engaño y falsía... Lo que os digo es verdad. Me va la vida en ello.

—Lo sé, señor, pero ¡ay!, nada puedo hacer por vos, creedme.

—Una orden, una palabra vuestra, y estaría en libertad... Luego, juntos, caeríamos sobre el infame, haciéndole pagar cara su traición...

—Pedrarias es ahora más poderoso que nunca, señor de Balboa... Nos aplastaría con sus fuerzas.

—Os lo ruego una vez más, Francisco... Por la amistad que nos une... ¿No hemos corrido juntos la aventura de Darién?... ¿No hemos padecido juntos las penurias sufridas a lo largo del río Atrara? ¿Y no hemos compartido el honor y el oro del triunfo?

—Creedme, señor, me duele la impotencia y postración en que os halláis, pero nada puedo hacer para mitigarla... ¡nada!

El reo se yergue, pálido, pero sereno.

—Entonces... ¡que se cumpla la voluntad de Dios! —Da un paso hacia la salida—. Vamos... no hagamos esperar al verdugo.

Sic transit gloria mundi...

Vasco Núñez de Balboa, nombre ilustre si los hay, descubridor de la gran Mar del Sur, ayer navegante en triunfo, egregio conquistador, hoy condenado y desposeído de sus riquezas y honores, injustamente perseguido, marcha erguido, impertérrito, al encuentro de su destino, entre filas de soldados armados hasta los dientes, en medio del lúgubre y estremecedor batir de los tambores. Se ha de cumplir la ignominiosa, la a todas luces injusta, la cruel condena que le ha impuesto su suegro, Pedro Arias de Avila, el Pedrarias de la historia negra de la conquista. Envidioso de la fama y la fortuna de su yerno, y temiendo a cada instante ser privado de la gobernación que un príncipe ciego y mezquino le concediera, Pedrarias ha encarcelado al gran hombre, el cual debe ahora sucumbir al poder arbitrario y brutal del despota.

—Adiós, hombre valeroso y visionario, noble amigo —murmura el capitán Pizarro, con los ojos empañados, en tanto Balboa llega, por entre doble fila de soldados, al centro de la plaza.

Un fraile de oscura vestidura, crucifijo entre manos, la tonsurada cabeza al sol tropical, camina junto al condenado, murmurando la oración que desbrozará el camino para llegar a la diestra del Dios Padre... Hay una serena, una casi dulce expresión en los ojos grises de Balboa. Pero cuando mira hacia el sector donde se agluta el poder tiránico, sus ojos vuelven a brillar con el tono acerado de una espada. Y el odio se estremece, acobardado en medio de su fuerza. Las miradas no matan, es verdad, pero hieren. A veces profunda y mortalmente. El Pedrarias de la verecunda historia de la conquista ha empalidecido y el color cadavérico de su rostro se hará inalterable como el pesar del remordimiento en su conciencia.

Luego todo ocurre y transcurre como entre las veladas sombras de una torturante pesadilla. Los actos, los movimientos de los distintos personajes de la tragedia tienen lugar lentamente, con efecto al parecer retardado. El fraile acompaña al condenado hasta el pie de la plataforma levantada para él, para su última representación en la tierra y luego, al hacerse el verdugo y su ayudante cargo del condenado, pronuncia un estridente *amén* y retrocede, no espartado ante la presencia de la muerte, sino conmovido ante el sereno valor de este gran hombre.

Tan pronto como ha subido a la plataforma, Núñez de Balboa se vuelve lentamente hacia el palco del despota. Este se estremece hasta la médula. Presiente que su víctima quiere hablar, denunciarlo ante el rey y la posteridad, lapidar su nombre con el anatema de la verdad. Por eso tiembla como un azogado. Quienes asisten a la escena comprenden que el miserable condenado no es el que está en la plataforma de la muerte, sino en el sitial del gobernante.

Pero no en vano Pedrarias es el amo y señor. Sutil, calculador, ha tomado sus medidas para evitar una contingencia tal. Hace un ademán. Nadie lo ve excepto el verdugo y su ayudante, entre cuyos brazos el descubridor se acerca al lugar del suplicio. Y entonces, bruscamente, un largo y negro capuchón cubre la egregia cabeza. Balboa se debate inútilmente, y su alterada voz se pierde entre las negras y finas pero efectivas murallas de la opresión. Luego en un empujón, el ayudante del verdugo lo obliga a caer de rodillas... ¡El, el hombre ante quien la posteridad, respetuosa, se prosternará, obligado a caer de rodillas, frente al poder tiránico y arbitrario! Pero así está escrita la historia. Con sus bajas pasiones, los hombres desataron hechos que marcan con rojo y negro las páginas del gran libro...

El verdugo, alto, de poderosas espaldas, de musculosos brazos, levanta la gran espada morisca sobre la cabeza, esperando que su ayudante doble la ya débil resistencia del condenado... Ahora la cabeza de éste se apoya en el tronco, suavemente, como si se tratara de una almohada de plumas. Balboa quiere descansar... Tal vez sea mejor así. Mejor estar reposando en el seno de la tierra que batallar cruenta e incesantemente en su superficie por ideales que ya no son tales sino pura expresión de materialismo. Mejor dejar que el espíritu aliviado de la pesada carga de su envoltura casual, se remonte por el espacio, en procura de los cielos augustos do moran los limpios de corazón...

—Adiós... Adiós, amigo mío —murmura Francisco Pizarro, fija la mirada en el estremecedor espectáculo—. Y perdonad mi cobardía.

día... Respetuoso de la excelsa y católica majestad, débil soy... y traiciono al amigo...

Lo interrumpe un brusco y apagado murmullo general. Mira intensamente. En aquel preciso instante, el verdugo baja el alfanje con la celeridad y la violencia de un rayo... ¡y la cabeza del cuitado salta literalmente en el aire, para caer en un pequeño y achacado cesto, mientras dos chorros de sangre escapan de las yugulares cercenadas, inundando el macabro escenario!

—Perdonad, amigo mío —solloza Pizarro, crispando los puños hasta hacerse sangre—. Perdonad la ceguera y la cobardía de algunos hombres... Y descansad en paz, en el seno de Dios, Nuestro Creador...

Y sin esperar a que se completen las disposiciones últimas de la ejecución, Pizarro se retira, sintiendo una tremenda opresión en el pecho y un deseo inmenso de llorar por la pérdida de una cualidad que creyera incambiable en él.

4

Cuando el conquistador se acerca al caserío indígena de Patzu, se detiene asombrado. No sólo nadie acude a su recibimiento, sino que el poblado, excepto por el humo de algunos hogares, parece desierto.

—Paréceme que malas nuevas habemos —dice a media voz, volviéndose a uno de sus ayudantes—. Patzu no cometería de ex profeso la ofensa del desprecio...

—¡Y dónde está vuestra prometida, capitán? —le recuerda el lugarteniente—. Tres meses son harto suficientes, a mi juicio, para pasar la pena negra en la ausencia del ser querido.

—Calla!... Ahí viene, pero ¡por la sangre de Cristo, qué mal aspecto trae!

Eso puede verse incluso a la distancia. Aquella joven de aspecto lozano, hermoso, subyugante, que se llamaba Marina y en quien el conquistador depositara la ilusión de una existencia no exenta de los goces que el amor puro suele ofrecer, se halla convertida en un ser escuálido, de rostro demacrado y ojos hundidos, de cabellos lacios y opacos que en descuidadas gudejas le caen sobre los hombros hundidos y desnudos.

—¡Marina!... ¡Mi adorada Marina! —Corre Pizarro hacia ella, dejando atrás a sus ayudantes, presa de singular emoción. Aquella opresión en su pecho ha crecido de nuevo, desorbitadamente.

Marina se detiene. Hay temor, y una infinita tristeza, en sus ojos grandes y oscuros. El extranjero la toma de las manos, intenta abrazarla, dando rienda suelta a la alegría del reencuentro; pero ella se muestra fría, reservada, miedosa. Un muro se ha levantado entre los amantes, un muro invisible pero infranqueable como el paso de un abismo.

—¡Marina!... ¿Estás enferma?... ¿Dónde está tu padre?

—Señor, escucha...

—¡Oh, me llamas señor, cuando ayer, según recuerdo, solías darme un tratamiento más afectuoso!

—Ahora sólo puedo llamarte así... señor.

—Pero, por qué?... ¿Qué ha sucedido?

Pausa. Una pausa electricizante, angustiosa. El conquistador, presa de negros presagios, busca los ojos de la amada, que se obstinan en evitarlo. Las mejillas y el alma de la bella india arden de confusión y vergüenza. Su aspecto es lamentable, pero más lo es su actitud. Pizarro, el valeroso, siente que el corazón se le comprime, cerrando el caudal de sangre que le permite respirar, vivir.

—¿Qué ha sucedido? —repite con voz ronca—. ¡Habla! —Y presa de súbita cólera, la sacude con vigor.

—Voy... voy a ser madre —le dice ella, en un suspiro, bajando la mirada, temblando como la hoja de un árbol ante la proximidad del huracán.

—Madre... —repite Pizarro, torpemente, sin haber comprendido el atroz significado que la sagrada palabra tiene en la ocasión—. ¡Madre! —exclama al fin, cuando el entendimiento ilumina su mente con la violencia de un relámpago.

—Sí... es verdad. *Eso* ha sucedido...

—¡Por los clavos de Cristo!... Pero quién... ¿quién ha sido el vil traidor, el ruin engibador que ha osado poner las agallas en tu cuerpo?... ¡Habla!... ¿Quién ha sido?... ¡Y tomaste tú parte en eso de andar en golondros?

—No... —Por primera vez alza ella la mirada, que a través del velo de infinita tristeza irradia como un cielo.

—Entonces, ¿quién fue el ofensor?... ¡Habla ya si no quieres que te traspase con mi espada junto con el fruto del pecado!... ¡Habla ya, que ella se sale de la vaina para reclamar justa reparación al ofensor!

—Fue... fue tu amigo... el capitán Almagro...

Pizarro lanza una ahogada exclamación y da un paso atrás. Su barbado rostro expresa descreimiento, pesar, horror... Los labios le tiemblan, incapaces de proferir las palabras que el lastimado orgullo y la desesperación le dictan.

Pero en el mismo instante, como por arte de birlibirloque, la fracundia y el orgullo herido ceden y la mano que se apoya en la espada cae, fláccida, ya sin fuerza ni aliento combativo.

—Diego de Almagro —murmura, doblando la cabeza sobre el pecho—, el amigo y confidente de Pedrarias...

Está dicho y pensado todo. Es la suma de los factores adversos y perversos, iniquísimos y estragados, que incurren en la formación de la nueva aristocracia, la del caudillo civilizador, señor del oro, de la vida del indio, de la honra de sus hijas. Nadie puede contra él, ni siquiera quien goza de las ventajas de un poder subalterno y temporal.

—La iniquidad muestra su feo rostro otra vez —piensa, recordando a Balboa—. Es mi expiación... Pude contribuir a que en las Indias se estableciese una autoridad sana, justa, civilizada y sólo contribuí a que se implantase y robusteciera un gobierno despótico, rapaz y sanguinario... —Lanza un suspiro, un gemido, más bien dicho, luego del cual enmudece en su pensamiento, como si hubiese pronunciado el epitafio de su propia desesperación.

Y la figura de negro se aleja, doblada la cabeza, sin mirar hacia atrás, donde la mancillada joven india, pálida como una muerta, procura retener en su pecho el grito que está a punto de escapar como protesta por el inicuo tratamiento que desgarró sus carnes y las consecuencias todavía más funestas, que laceran su alma...

Se ha escrito un importante capítulo en la historia de las Indias. Algo que, examinado superficialmente, parece no tener mayor trascendencia que un hecho ya corriente y generalizado entre los hombres de la conquista, pero que en su raíz resultará ser un factor deciderativo y de mucha trascendencia en la historia de la conquista. Porque dos hombres de temple, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y cien más que medran a su sombra, no obstante prodigarse tratamiento de amigos, nunca olvidarán —ni perdonarán—, el episodio...

Lo que viene luego, todo lo que sucede después, nos atrevemos a afirmarlo, tiene como principio generatriz, este hecho, al parecer intrascendente, pero que habrá de hacer correr ríos de sangre y privar de la vida a muchos hombres, entre ellos los actores principales del drama cuyo telón se levanta y del fruto de la desbor-dante y culpable pasión.

CAPITULO I

El ocaso del Inti

El paisaje es sencillamente hermoso y cautivante. Hay perenne primavera en el aire, en la tierra, en los árboles, en las casas de agradable aspecto, en las caras sonrientes de sus habitantes. Y la hay también en las sierras verdes, en las distantes montañas coronadas por nieves y nubes que se enmaridan en la conjunción ideal, en el fantástico lindo del coloso pétreo y el gran espacio azul. Hay paz, serenidad, solitud en el ambiente porque entre las cuencas, hondonadas, gargantas y desfiladeros y valles de la gran cadena de picos nevados, no sopla el viento helado de las cumbres. Todo es beatitud, fertilidad sana y pura. Bajo la tutelar égida de Pichincha, la vieja montaña con penachos de fuego, las rocas, las piedras, la tierra, los árboles, las plantas, los animales, los hombres, llevan en sí el feliz sello telúrico que aflora en todo y hace de la zona una de las más pintorescas de este continente recién descubierto.

Así es Quito, la segunda gran ciudad del Imperio Inca. La primera, indudablemente, es Cuzco. Cuzco, la enigmática, por la cual, frecuentemente y con nostalgia, suspira el Inca actual, Huayna Cápac, residente en la capital de Pichincha.

Quito, la exuberante, reposa en la tibia mañana, en tanto los polícromos celajes del sol en irrefrenable ascenso van creando bellos paisajes de luz y color. A su influjo las casas de piedra y barro de redondeadas formas, algunas verdaderas mansiones, adquieren suntuoso aspecto. Sus jardines y pequeños parques constituyen lechos de flores, donde predominan gardenias, rosas, jazmines, nardos y muchas otras de nomenclatura desconocida pero de exquisita fragancia. El verdor de todo matiz se extiende por la

ciudad en grandes y pequeños parches, dando esa sensación de alegría frescura. Las calles, no pocas empinadas, son angostas y de irregular trazado, pero limpias y sombreadas. En el magistral cuadro de conjunto, predomina el amarillo oro de los techos, el verde de la vegetación fértil, que asoma hasta en los muros o cercas de barro y el rojo, el color preferido de los incas, que se encuentra en los decorados y adornos de las casas, en la vestimenta de sus habitantes, en sus ornatos personales.

Toda la ciudad parece haberse volcado en sus calles y en la plaza, al favor de la tibia y grata mañana. Sus pacíficos habitantes se disponen a realizar los menesteres y diligencias de todos los días antes de recogerse a la provechosa tranquilidad de sus hogares, pues todos trabajan y producen. De ahí la febril actividad. En la gran plaza, sobre la que asoma el palacio del Inca, se hallan instalados los puestos con pequeños toldos cuadrangulares. En ellos se intercambian los productos, tanto de la tierra como de la industriosidad de sus habitantes. Hay de todo lo necesario y apetecible, tanto en ropas como en provisiones de boca, verduras, carnes, frutas, bebidas. Entre las frutas son notables los mangos, las papayas, las chirimojas de gran tamaño, los plátanos de variedad diversa. Abundan las aves, y las salvajinas, y las cabras, cuyas reses, aún sangrantes, cuelgan de sus ganchos. Otros productos, como los panes de maíz, o como la chicha, entre las bebidas, se expenden en otros puestos similares aunque fácilmente identificables. La industria y la manufactura en general es de típico origen quichua, importado por el *Sapa Inca* —inca reinante— que junto con su ejército trajo un núcleo de expertos y maestros en agricultura y artesanía.

Chumpicacos, o camisetas de hombre, cortas, de vicuña, ojotas de *acya*⁽¹⁾, una paja dorada y brillante que parece de oro, *supaya colla*, mantas de lana blanca, largas y angostas, que se atan al cuello dejando un cabo con una borla de lana colorada, *llautus*⁽²⁾, tocados o turbantes de lana con adornos de plumas, etcétera. Pero son igualmente apreciados los adornos y las joyas de oro y plata repujados, aretes, brazaletes, collares, *yauris*, prendedores. Hay también espejos del áureo metal, grandes, medianos o pequeños, manubiales o de colgar. La superficie es tan tersa y brillante que el mejor cristal envidiaría su reflejo. Se ven otros espejos y aun adornos de distintos metales como la plata, el cobre o el estaño, pero éstos los usan los indios de condición más humilde. En una aleación de cobre y estaño —que la ciencia moderna no ha llegado a descu-

⁽¹⁾ Ojota hecha de paja.

⁽²⁾ Turbante de varios colores, insignia real, tocado.

brir— fabrican cuchillos y armas de admirable resistencia y temple, equiparables a los del mejor acero.

Donde se advierte también la excelente artesanía que los quichuas de Huayna Cápac llegaron a introducir en la antigua capital de los indios quitos, es en la cerámica. Hay ánforas, vasijas, cántaros, fuentes, vasos de barro cocido y de superficie no sólo tersa y pulida como la de la loza, sino artísticamente dibujados con hermosas figuras geométricas que extasian en su contemplación.

El pueblo se aglutina en calles y plazas, animadamente, pero por el tenor de sus conversaciones se puede advertir que un problema les preocupa: la enfermedad que aqueja al inca reinante, Huayna Cápac. En otras circunstancias, este hecho habría sido natural y aun esperado. Pero en este caso, la posible desaparición del *Sapa Inca*⁽¹⁾ preocupa por el problema de la sucesión. En efecto, todos se preguntan, ¿quién será el nuevo Inca? ¿Huáscar, el primogénito y por tanto legítimo heredero, o Atahualpa, el hijo predilecto del *Sapa Inca* y al que ha criado y educado personalmente, según la más pura tradición incaica?

Es un dilema de no fácil solución y que amenaza con llevar a la gran nación incaica a un enfrentamiento de fuerzas y poderes.

Este conturbado estado de ánimo se refleja con mayor fuerza entre los incas o cortesanos, altos funcionarios que trabajan junto al soberano por la grandeza de este país, al cual Huayna Cápac ha demostrado distinguir con un aprecio singular. Se dice que esa predilección nace del profundo amor que el Inca siente por Tukuy Jallpa, la princesa madre de Atahualpa con la cual desposó al conquistar Quito. En los patios, corredores y pasajes, en las antecámaras y cámaras del palacio del Inca, todos murmurran sobre lo mismo: “¿Cómo está *Sapan Apullay*?”.⁽²⁾

En la cámara real, en un lecho o tarima de poca altura, yace Huayna Cápac. El aposento es digno de su grandeza. Amplio, ventilado, con un ventanal que da sobre un recogido y pequeño parque, del cual proviene la perfumada fragancia que aquí se respira. Los muros están recubiertos de brillantes paneles de finísima y colorida lana, con las figuras y dibujos geométricos incas que señalan su indudable origen. En el piso se extiende una alfombra de lana, de hermosos colores y dibujos. El moblaje es sobrio y escaso, aunque se ven algunos adornos, tanto en oro y plata como en cerámica. Aquí todo es funcional y sirve a un objeto. En el lecho se destaca la cobertura, que vista de lejos parece la

(1) Inca reinante, gran inca.

(2) Amado señor.

piel de algún reptil gigantesco, por la diversidad y la simetría de colores, pero que examinada de cerca resulta ser de plumas, de plumas pequeñísimas y de colores tan delicada y artísticamente distribuidos sobre una fina manta de vicuña, que se piensa en la mano prodigiosa de un hada o diosa. Y que no es sino el trabajo, de años y acaso decenios, de algunas amantes y fieles *ñustas*, las vírgenes del sol.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunta el *Sapa Inca* al *Villac umu*⁽¹⁾, que en actitud respetuosa y ansiosa se mantiene de pie junto al lecho. —Hazle hecho saber que le pido abandonar sus gratas ocupaciones de caza y acuda a mi presencia?

—Sí, *Inkallay*⁽²⁾... Prometí acudir sin tardanza.

—Bien... Cuando llegue, haz que su hermana Kcori Coyllur lo acompañe.

—Veré que se cumplan tus deseos, señor... —El Sumo Sacerdote reprime un gesto. En realidad Kcori Coyllur no es hija del Inca, sino suya. Apadrinada por Huayna Cápac desde pequeña, ha sido tratada y educada como una princesa real—. ¿Deseas algo más?

El Inca hace un movimiento de mano hacia la ventana, por donde el sol y el aire perfumado entran a raudales.

—¿Por qué el silencio que pesa como la montaña? —pregunta—. ¿Es que la esperanza de mi muerte apaga las voces de mis aduladores parientes?

—¡Oh, *Kamajnillay!*⁽³⁾... ¿Cómo puedes creer eso? Tu esposa, tus hijos, tus parientes, yo, todos, la corte, el pueblo, sentimos tu enfermedad y por eso, para no turbar tu reposo, guardamos silencio.

—Silencio que me molesta más que el miedo!... Ordena, fiel y noble Waylla Wisa, que los músicos de mi corte me hagan escuchar las hermosas cacharpayas y yaravíes de Cuzco...

—Deseas algo más, insigne señor?

—Di a Tucuy Jallpa, mi esposa, que venga... No quiero estar solo un instante.

El *Villac-umu* se inclina profundamente, varias veces, mientras retrocede. El Inca queda solo y por algunos instantes su figura decrece bajo las mantas que le cubren. Pero luego, poco a poco, va saliendo de su postración. Es que dulces, tiernas y nostálgicas notas inundan el regio aposento. A su influjo, el Inca siente inundársele los ojos de lágrimas y se incorpora.

Así lo vemos, desprovisto de poderío real, pero manteniendo la

(¹) Sumo sacerdote del sol.

(²) Inca mío

(³) El que me ordena.

majestad que siempre lo distinguiera. Es corpulento y lleva las orejas plateadas, coronadas por el *llautu* real. El torso, broncíneo y musculoso, está cubierto por una *unku* ⁽¹⁾ de finísima tela de algodón. El rostro, de profundas ojeras y de líneas que los decenios han marcado indeleblemente, se muestra demacrado y pálido, indicio de que la enfermedad que lo aqueja es grave.

Huayna Cápac escucha aquella música que lleva lágrimas a sus ojos y sonríe complacido. En tal momento reaparece Waylla Wisa, el *Villac Umu* o Sumo Sacerdote del reino, quien por su rango y cargo es el segundo señor del Imperio.

—Tucuy Jallpa, tu digna esposa, pide tu venia, *Sapan Apu* ⁽²⁾. —dice—. Con ella viene un reputado *icturi callawaya* ⁽³⁾.

—Dile a ella que entre. El curandero puede esperar. Me siento bien.

Tucuy Jallpa, la madre del príncipe Atahualpa, es todavía joven y no sólo conserva sus más hermosos atributos físicos, sino la belleza que la hiciera famosa. Es alta, de grandes y expresivos ojos negros, de rostro de líneas perfectas y de compleción clara. Lleva con dignidad y señorío su *supaya colla*, que anuda recatadamente en torno al cuello, dejando la borla colorada a la vista. En sus brazos, en sus orejas y en su pecho son de admirar las joyas reales, sin par en el imperio. El *angallo* ⁽⁴⁾ que lleva debajo del manto, es hecho de algodón y lleva adornos y dibujos geométricos especialmente diseñados para ella por las tejedoras reales.

—*Sinchij munasquy, Sapan apu* ⁽⁵⁾ —dice la esposa del Inca, cayendo de rodillas junto al real lecho, apenas ha salido el Sumo Sacerdote—, aquí me tienes, dichosa de estar a tu lado...

—¡Oyes esa tonada, mi querida esposa?... Parece que trae el suave y triste gemido del viento que sopla en las heladas cumbres del Huascarán... Por momentos, recuerda el dulce y nostálgico cántico de las vírgenes del sol... Siéntate y escucha, *munasquy wamra uarmillay*. ⁽⁶⁾ ¡No sientes como si pequeños y alados seres revolotearan a tu alrededor cantando con voces que no son humanas?

—Amado esposo y señor, óyeme... Gran dolor lacera mi corazón y mi alma al verte postrado y enfermo...

—¡Oh!... ¿Has olvidado que soy el Inca? Ningún mal que no sea enviado por Wiracocha por mis culpas puede vencerme.

(1) Camiseta.

(2) Único señor.

(3) Curandero.

(4) Vestido antiguo.

(5) Muy amado y único señor.

(6) Mi adorada esposa.

—Gran verdad es, señor... pero soy tu esposa y como tal me preocupa tu salud —ruega la *colla*⁽¹⁾, pugnando por reprimir las lágrimas que se agolpan en sus ojos.

—No tienes por qué —replica el Inca, sonriendo presuntuosamente—. A mis años es natural que me sienta cansado, pero eso es todo...

—*Incallay*⁽²⁾... escúchame, te lo ruego. Ha llegado un *icturi callawaya* desde una lejana comarca del sur. Trae su *chuspa*⁽³⁾ llena de experiencia y de medicinas... Deja tan sólo que vea qué mal te aqueja...

—¿Quién sabe más, el *calparicui*⁽⁴⁾ del reino o un vulgar curandero?

—*Munasquy chachallay*,⁽⁵⁾ te lo suplico...

—Está bien, amada señora mía... Dejaré que me vea, pero no ahora, sino después que haya hablado con mis hijos... —El Inca sorprende el expresivo gesto de su segunda esposa y se apresura a agregar—: Me refiero a Atahualpa y Kori Coyllur...

—Ella no es tu hija... ¿Por qué te obstinas en darle el nombre de tal?... ¡Como si no tuvieras otras diez decenas de hijas naturales entre quienes elegir!

—La elegí a ella para esposa de Atahualpa y por eso la tomé luego bajo mi tutela real —responde el Inca pacientemente—. Me acostumbré a llamarla hija.

—Pues acaso no era prudente adelantarse a los acontecimientos, *Napa rumakúnaj inkan* —dice ella.

—¿Qué quieres decir?

—Acaso pronto lo sepas... pero no por mis labios... —Tucuy Jallpa vuelca la cabeza—. Oigo pasos. Tal vez sean ellos.

2

Si una razón había tenido Huayna Cápac para elegir a Kori Coyllur como hija y futura esposa de Atahualpa, y ello a la más temprana edad, se debía sin duda a la hermosura, mejor dicho, a la admirable perfección física que se contemplaba en ella. Ya desde muy niña se habían manifestado en Kori Coyllur esas cualidades, a las que era necesario agrégár otras espirituales, pues era amable

(1) Esposa, estrella.

(2) Inca mío.

(3) Bolsa que cuelga del hombro.

(4) Adivino.

(5) Mi amado esposo.

y bondadosa, ecuánime y comprensiva, además de juiciosa y sencilla.

Pero ahora, cuando sorprendemos a Kcori Coyllur de pie junto a un sicomoro, en el parque del palacio real, no lejos de un manso y murmurante arroyuelo que baja de las montañas, advertimos que es sencillamente asombrosa su belleza física. Si alguna noción deben tener los incas de lo que son los ángeles, ella personifica a uno. Alta, esbelta, de piel clara y tersa, y tiene cabellera negra y brillante. Su rostro es oval, de líneas suaves, perfectas, de ojos grandes, oscuros, soñadores, pómulos ligeramente pronunciados, nariz aguileña y labios generosos y prometedores. Viste con sencillez, pero con la distinción de una princesa y su color preferido es el blanco, que matiza con suaves colores en los adornos.

Kcori Coyllur mantiene una actitud reflexiva y triste, mientras contempla el suave correr del agua a sus pies. Sí, sus pensamientos no son propios de una joven hermosa y a quien la vida sonríe. ¡Oco ha su padre, Waylla Wisa, le ha transmitido la orden del Inca de comparecer a su presencia. Sabe lo que eso significa. Por eso sufre y tiembla.

De pronto se oye un casi imperceptible ruido a sus espaldas y la joven se da vuelta prestamente. Una expresión de felicidad ilumina su hermoso semblante.

—¡Sayri Túpac, amado mío! —suspira, extendiendo los brazos.

El recién llegado, un doncel, cae de rodillas a los pies de ella y tomando sus manos se las besa con unción. Es apuesto como el sol de la mañana, de hermoso y varonil rostro, de musculosa y agil figura. Lleva los grandes aros a las orejas, índice de su condición de inca, es decir perteneciente a la nobleza y a la parentela del *Sapa Inca* ⁽¹⁾.

—¡El sol, nuestro padre, te colme de bendiciones por permitirme llegar hasta ti, amada Kcori Coyllur! —suspira Sayri Túpac—. Recibí tu mensaje y aquí estoy... emocionado, temblando de dicha y esperanza. Toma, apoya tu mano en mi corazón y verás cómo palpita.

—Sayri Túpac, amor mío... —solloza ella, tierna, tristemente.

¿Por qué llora? ¿Acaso tiene malas nuevas que comunicarle?, pregunta el mancebo inca. Ella responde que la fatalidad ha signado sus tristes amores, condenados desde el principio a morir sin esperanza. El Inca la ha mandado a comparecer, junto con el príncipe Atahualpa. Bien saben ellos lo que tal cosa significa.

—¿Comprendes ahora por qué lloro? —dice la doncella, estre-

(1) Gran inca.

chando entre las suyas las manos temblorosas de su amado, mientras lágrimas como enormes gotas de rocío mañanero ruedan por sus mejillas—. Este es el fin... El fin de nuestros inocentes amores, de nuestras dulces ilusiones... En este instante, tú y yo desafiamos a la muerte, porque si nos sorprendieran Atahualpa o su padre, presto y sin apelación seríamos condenados a morir en el *Huanacauri* ⁽¹⁾...

—¡Lo sé... lo sé! —gime el doncel, retorciéndose de desesperación—. Pero no quiero perderte... La palabra separación es muy cruel, más cruel que la muerte...

—¡Pobre amado mío!... Comprendo tu dolor, puesto que lo comparto... Pero nada podemos hacer. La autoridad del Inca se impone. Su ley es inapelable...

—¿Te... casarás con Atahualpa?

Kcori Coyllur se yergue, altanera, desafiante. Tan fuerte como su resolución de morir, junto con la ilusión de su amor, es su negativa a ser la esposa de un hombre que no ama.

—No... Pediré entrar en la *aclahuasi* ⁽²⁾ de las Vírgenes del Sol. Rogaré al Inca. Mi padre prometió interceder por mí.

—¡Por piedad, no! —suplica Sayri Túpac—. ¡Sería condenarte de por vida al encierro estéril!... ¡Jamás volveré a verte y eso sería peor que morir en el tormento!

—Muere mi alma junto con la tuya en la agonía de la separación —dice Kcori Coyllur, llorando, intensa aunque suavemente—. Pero no hay otra solución... Y ahora, amado mío —dice sonriendo en medio de sus lágrimas— adiós... Es preciso separarnos... Conservaré de ti un recuerdo hermoso e imborrable... ¡Adiós!...

—¡No, no, no! —gime Sayri Túpac, revolcándose de dolor—. ¡No te dejaré ir!... ¡Desafiaré a la muerte para hacerte mi esposa!... ¡Iré al mismo corazón de la montaña para encontrarte y nadie, ni el Inca, podrá separarme de ti!

Pero Kcori Coyllur apenas le escucha ya. Con el corazón tránsido de dolor, el rostro anegado en silenciosas lágrimas, huye del triste escenario de sus amores y entra presurosamente en el palacio real.

—Kcori Coyllur!

La voz tonante, el tono autoritario, detienen a la joven. No es necesario que se vuelva y mire para saber que quien la llama es Atahualpa.

Y, en efecto, un joven alto, de cuerpo atlético, vestido y adornado con derroche de riqueza, de rostro de líneas severas y duras

⁽¹⁾ Lugar de sacrificio.

⁽²⁾ La casa de las mujeres escogidas.

no obstante su evidente juventud, se adelanta hacia ella, seguido de una cohorte de jóvenes incas. Sus favoritos, con los cuales comparte sus horas de holganza o placer. El *llautu* de fino tejido de lana con dibujos en colores y adornos en oro, lleva dos hermosas plumas de *Coraquenque* ⁽¹⁾, insignia de su alto rango de príncipe heredero. Su manto de finísimo paño de vicuña, con bordados en colores reflejando figuras de animales, es de un señorío aplastante, lo mismo que sus joyas y adornos personales.

El Inca se acerca a ella. Su mirar es profundo, intenso, apasionado. La esbelta y atrayente figura parece encantarlo, poseerlo por entero. La expresión de sus ojos no puede dar lugar a equívocos. Su intenso deseo, su pasión, se refleja en el brillo de los ojos negros, que refugan como tizones ardientes. El anhelo, la ansiedad, de poseer ese bello objeto que tiene cerca sobrepuja fácilmente las limitaciones de una educación que apenas conoce trabas a las expansiones sexuales.

Luego el joven inca sonríe. Su sonrisa es igualmente significativa, lo mismo que la expresión de sus ojos, llenos de malicia y de lubricidad. Su gesto parece decir que, puesto que la hermosa joven será pronto suya, ¡a qué tomarse tantos trabajos y penurias por ella?

Atahualpa toma familiarmente de la mano a Kcori Coyllur y así se encaminan en dirección del sector privado del palacio, donde se encuentra la cámara real, seguidos de los incas que forman el séquito del impulsivo y apasionado joven inca.

3

La escena ha sido penosa, desilusionante, amarga y para reponerse de su perniciosos efectos, Huayna Cápac se deja caer en el lecho, con los ojos cerrados, respirando dificultosamente. Junto a su lecho, el príncipe Atahualpa, de pie, erguido, apenas demuestra los sentimientos que lo dominan. Para él también la reciente escena ha sido muy penosa; más que eso, un cruel desengaño, una mortal decepción. Y sólo el respeto y el temor que siente por el autor de sus días le impide exteriorizar su sorda cólera.

Al otro lado del lecho, sentada y replegada en sí misma, Kcori Coyllur llora. Llora no sólo por la confirmación de un destino

⁽¹⁾ Pájaro del que se sacan plumas para la corona del Inca.

amargo, sino por la pérdida de su amor, que es como haber perdido la vida en plena y promisoria juventud. Ya ha sido decretado el encierro de por vida en la *aclahuasi* de las *ñustas*, las Virgenes del Sol. Ha debido renunciar a sus pobres y queridas ilusiones. ¡Adiós, para siempre, adiós, amado Sayri Túpac!

Es sorprendente que el Inca yazca ahí inmóvil, respirando con dificultad, con aquellos feos círculos negros alrededor de los ojos, cuando parece hallarse aún en el vigor de sus fuerzas, en la plenitud de su capacidad física, cuando no existe evidencia de ningún mal. Pero la incipiente medicina de los incas, aunque es capaz de curar heridas mortales, de amputar miembros, de trepanar cráneos y realizar otras operaciones que ni en la culta y próspera Europa se ha logrado todavía, no ha llegado a reconocer aquellas enfermedades orgánicas profundas, como los males cardíacos, cuya manifestación y desarrollo son casi ocultos. Cuando más algún remedio estimulante a base de hierbas puede mantener al enfermo consciente y aparentemente sano.

—Kcori Coyllur, mi preciosa virgen del sol, puedes irte ya —dice el Inca, abriendo los ojos con alguna dificultad y apoyando la augusta mano sobre la cabeza de la joven—. Waylla Wisa, tu padre, se encargará de que se cumplan tus deseos de entrar en la *aclahuasi*... Créeme, acato tu decisión con gran pesar, porque el deseo más ardiente de mi vida fue el hacerte esposa de mi querido *churillay* ⁽¹⁾... Pero comprometí mi honor con tu padre de no imponer jamás mi voluntad si te negabas en virtud de una razón poderosa. En este caso, lo es bastante el que deseas ser una *Ñusta*... ¡Cuánto envidio al Sol, nuestro padre, por este hermoso presente que le haces!

Kcori Coyllur, incapaz de decir una sola palabra, se concreta a estrechar y besar la mano que el señor le tiende. Atahualpa, testigo de la escena, se pone pálido, crispa los puños y su fiera mirada despidete rayos en su impotencia por impedir este atentado a su deseo y esperanza pasional. Pero el fallo ha sido dado y, en tanto el Inca esté con vida, no hay poder sobre la tierra que tuerza la vocación de la joven.

Kcori, ahogada en llanto, se precipita fuera de la estancia. Atahualpa se dispone a seguirla, cuando lo inmoviliza la voz de su padre.

—Atahualpa, *churillay*, ven siéntate a mi lado y escucha... Debo hablarte. Presiento que el Inti, nuestro padre en el cielo, ha

⁽¹⁾ Hijo mío.

dispuesto llamarme a su lado... No, no te sobresaltes, acaso no sea tan pronto, pero debes escucharme con atención.

Orden no sólo paternal sino majestuosa que el voluntarioso príncipe debe acatar sin replicar, so pena de incurrir en la cólera del Inca. Lanza una furibunda mirada hacia la puerta por donde salió Kcori Coyllur, luego se deja caer junto al lecho, sentándose sobre la mullida alfombra y con las piernas cruzadas. Una segunda idea, acaso más importante que el deseo de poseer a Kcori Coyllur, lo retiene: su padre ha de hablarle, sin duda, de la sucesión.

Huayna Cápac habla. Ha cerrado los ojos, para captar mejor los recuerdos. La historia de los Incas se trasmite de padres a hijos, es la tradición. Su hablar es pausado, reflexivo, sentencioso. Se concreta a referir las cosas como ocurrieron. No trata de justificar sus actos, ni da trascendencia a los más sobresalientes de su gobierno, ni resta importancia a sus faltas como Inca gobernante o como simple mortal.

—Cosas hay, sorprendentes hazañas en su mayoría, que se enseñan en el *Jacha Huasi* ⁽¹⁾ referente a los hechos gloriosos de nuestra tradición incaica. Conoces, pues, perfectamente, lo que hicieron nuestros ilustres antepasados, sus hazañas de civilización y conquista sobre pueblos bárbaros, los trabajos que cumplieron para dotar al imperio de los beneficios de una organización perfecta que distribuyera la producción y la riqueza del país entre todos los hijos. Y sabes de memoria las sabias leyes que regulan el movimiento y la función de una organización tan grande y compleja como la nuestra. No voy a cansarte repitiendo lo que de sobra sabes, pero sí voy a referirte hechos recientes, de mi vida, muchos de ellos no insertos aún en los anales históricos del *Jacha Huasi*...

Huayna Cápac, cuyo nombre quiere decir "Joven de hazañas", tenía como padre al inca Túpac Yupanqui hombre inquieto y batallador cuya meta fuera siempre el engrandecimiento y el auge de su imperio. A la conquista de nuevas y ricas comarcas había partido Yupanqui hacia el norte, al frente de un gran ejército, siguiendo por el camino real de los incas, construido en tiempos de otro gran inca, Pachacutec, que atravesando montañas, desfiladeros, valles, cruzando pendientes y abismos en frágiles puentes, seguía el curso del Ande y sus grandes brazos blancos, hasta llegar a la misma tierra de los temibles chachapoyas, cuyos límites se encontraban a cuatrocientas leguas al norte del Cuzco, la capital del Imperio.

⁽¹⁾ Colegio o universidad de los jóvenes incas.

—Túpac Yupanqui, llegado allí y detenido por los temibles e imbatibles chachapoyas, y presintiendo cercana la hora de su muerte, envióme un *chasqui*⁽¹⁾. Me esperaba en Tumbabamba, donde debía acudir con doce mil guerreros más, entre los mejores de nuestra raza.

—¿Qué edad tenías entonces, *Tatallay?*⁽²⁾ —pregunta Atahualpa.

—Veinte años... No era el primogénito, mas tu abuelo, de cinco hijos legítimos y doscientos naturales, preferíame porque, según decía, reunía yo las condiciones necesarias para gobernar a nuestro pueblo...

—Wiracocha te dio claridad de entendimiento, pues mira si no tu obra.

—No gastes elogios en quien no los ha menester o en quien no puede retribuirlos *churillay*⁽³⁾. Y ahora, escucha:

Huayna Cápac estaba casado con Rava Ocllo, una hermosa joven de la noble raza de los incas y a la cual amaba. Poderosas razones de estado demandaban un heredero forzoso, ya que el príncipe estaba señalado a ser el sucesor del trono. Y la desventurada Rava Ocllo, no obstante sus deseos, no podía complacer tal anhelo. Debido a ello debió cumplirse la ley. Una ley justa en muchos aspectos, pero implacable. Y la ley condenaba a muerte a la mujer estéril.

—Jamás derramé tantas lágrimas como cuando fue preciso dar la horrenda orden —dice el Inca, estremecido a través del tiempo, cerrando los ojos—. Y mi valor cedió al verla sangrante y ya sin vida, cercenada su belleza, yacente en la piedra de los sacrificios. Pero si quería ser el Inca debía obedecer los designios superiores de los creadores de nuestras instituciones, y acaté la voluntad de Wiracocha...

Otra mujer, no tan hermosa como Rava Ocllo, pero perteneciente a la principesca rama de los incas, reemplazó a la infeliz princesa en el tálamo matrimonial, aunque no en el afecto de la desdichada.

—Mamá Runtu, que así se llama, me dio un hijo, el primogénito, tu hermano Huáscar... —dice el enfermo, abriendo los ojos y posándolos en el segundón.

Atahualpa tiene una peculiaridad que, aun siendo privativa de los andinos, cual es la de la impasibilidad, que parece ser una herencia telúrica de las hieráticas montañas, lleva a tal extremo su

(1) Correo inca.

(2) Padre mío.

(3) Hijo mío.

impavidez que semeja una efigie de roca, cuando por el brillo de sus ojos se puede decir que arden en él las más primitivas pasiones.

Huayna Cápac, ante la orden de su padre, debió abandonar todo, hogar, afectos, amigos y diversiones para partir al frente de su ejército. Decidió tomar el camino real que en los trechos más extensos corría por las planicies entre las Cordilleras. Un camino que le asombró por su maravillosa construcción. Casi a lo largo de cuatrocientas leguas se hallaba tan bien enlosado, que los principales, trasladados en literas, apenas se sentían sacudidos por la irregularidad de los pasos. No sólo eso, de trecho en trecho, al cabo de cada jornada, era posible hallar puestos de abastecimiento. La administración en tales puntos era eficaz y tanto los Incas como los súbditos hallaban albergues y comida en abundancia, lo cual, luego de un placentero descanso, les permitía proseguir la marcha con buenos ánimos. Gracias a la estimulante acción de la coca, eran pocos los rezagados y si no era por enfermedad o por accidente, los guerreros no se quedaban en los tambos del camino real.

La marcha era rápida en las planicies, pero las dificultades empezaban cuando debían cruzar montañas, desfiladeros, ríos, profundas gargantas. Subir o bajar las difíciles, perpendiculares y abruptas pendientes, sin embargo, no ofrecía mayores dificultades, pues el camino real incluía escalinatas construidas en las mismas rocas, con un ancho suficiente para permitir el paso de seis hombres o cuatro *llamas* cargadas a la vez.

—En lo que respecta al paso de los ríos —dice el Inca—, demasiado profundos e impetuosos, o de las gargantas y abismos, que abundan en los pasos de las cordilleras, como lo verás por tus propios ojos si vas a la Capital de nuestro Imperio, nuestros constructores —descendientes de aquéllos que fueron capaces de construir las fortalezas de piedra del Cuzco— crearon los puentes colgantes, de *pita*, que pueden sostener a cien hombres a la vez.

Y allí donde ni siquiera con este medio se pudo lograr la solución del problema, pues la extensión de los abismos hacía imposible la construcción de puentes, esos ingenieros indios inventaron el primitivo andarivel, con grandes cestos capaces de contener hasta cuatro hombres, que en un ingenioso sistema se tiraban con ayuda de maromas. Por todos estos inconvenientes, la marcha se hacía penosa y larga, pero el ejército andino, provisto de valor y moral, no encontraba obstáculo que no pudiera superar.

—Así llegamos a un hermoso lugar llamado Caxamalca, donde tuve la sorpresa de encontrar no solamente un gran pueblo con

grandes y hermosas construcciones, sino una *aclahuasi* y hermosas vírgenes del sol en ella, abundancia de aprovisionamiento y frutos riquísimos, muchos de ellos desconocidos para nosotros. Pero lo que me agradó más que nada fueron sus baños de aguas calientes... Basta tomar uno para sentirse sano de cuerpo y alma y con vigor renovado...

A partir de Caxamalca, el camino real se tornaba un tanto más difícil, por la sucesión de pasos y accidentes montañosos. Vencidos todos ellos con la tenacidad de hormiga que pone el andino en sus obras, al cabo de dos meses la expedición entraba con gran júbilo popular, en la ciudad de Tumbabamba. Huayna Cápac fue recibido por su padre en la ancha escalinata de piedra del palacio real, mandado a construir por el mismo Túpac Yupanqui y donde residía en los últimos tiempos. Allí lo había sorprendido la enfermedad que lo llevaría a la tumba.

El viejo Inca se hallaba regocijado con el feliz arribo de su hijo predilecto y los importantes refuerzos que trajo. Después de las efusiones afectuosas y tomado el descanso requerido, el Inca llamó a Huayna Cápac a celebrar un Consejo, en compañía de los jefes de su ejército y de la administración que lo acompañaban. Yupanqui recordó que sus ilustres antepasados habían conquistado a los pueblos que se hallaban al norte del Cuzco, no obstante encontrar razas fuertes y valientes, como los *chancas*, los *chibchas* y los *huamachucos*. El mismo había vencido y dominado a los terribles chachapoyas, en batallas épicas en que los incas habían salido victoriosos, no tanto por el mismo valor y la tenacidad puestas en la lucha, sino por su mejor capacidad combativa y estratégica. Ahora los conquistadores gozaban de productos y recursos naturales que servían a sus propósitos de continuar la conquista de los otros pueblos situados más al norte.

—Emprendí las acciones guerreras contra esos pueblos, los *cañaris*, pero fuimos rechazados con grandes pérdidas, me dijo mi anciano padre —continúa Huayna Cápac—. Me explicó que había ordenado mi venida al frente de un gran ejército, porque era necesario aumentar el número de atacantes para vencer la heroica resistencia... Al preguntarle si era necesario tomar esa nación, cuyos hijos la defendían tan valientemente, me respondió: "Es necesario que sumemos esas tierras a nuestro imperio porque son extremadamente fértiles, llenas de vegetación, de productos como el oro, la plata, y unas hermosísimas y enormes piedras verdes, con las cuales nuestros orfebres pueden hacer valiosas joyas... Los productos de la tierra, entre ellos gran cantidad y variedad de frutas dulces, son en su mayoría desconocidos para nosotros..."

¡Ah, y sus mujeres!... Bellas como diosas, de piel clara, altas, esbeltas, de cinturas cimbrantes”... Tu abuelo era fuerte, alegre y muy aficionado a las mujeres —concluye Huayna Cápac, soltando la risa.

Según Túpac Yupanqui, era necesario conquistar ese país porque sus hijos eran muy industriosos y hábiles. Así lo denotaba la hermosa arquitectura de sus casas y edificios, la resistencia de sus fortalezas, todas levantadas en abruptas pendientes. En la artesanía menor, eran igualmente hábiles e industriosos.

—Por tales razones tú, *churillay*, seguirás la campaña que yo no pude terminar —dijo Túpac Yupanqui—. No debes demorar la marcha, apenas el *llautu* real corone tu frente... Pero ten siempre presente que ir a la conquista de un país no significa necesariamente arrasarlo a sangre y fuego, exterminando a los hombres y violando a las mujeres. Nosotros los incas hacemos la guerra para llevar los beneficios de nuestras leyes a pueblos bárbaros. Detrás de las guerras entran nuestros maestros, jueces y sacerdotes y con persuasión antes que con violencia, les inculcan nociones elevadas de verdad y justicia. Ello explica el porqué otros pueblos ya conquistados se refundieron con el nuestro no sólo en el idioma, la religión y la administración, sino en la sangre, porque entre conquistadores y conquistados se estableció un principio de igualdad en todo. Cuando el orgullo de los cañaris de lugar a la comprensión, la resistencia habrá cesado...

—Poco después, mi padre dejaba este mundo y yo, de acuerdo a sus instrucciones proseguí la conquista de este gran país... Aquí en Quito, a tu alrededor, puedes observar los beneficios de todo orden que hemos alcanzado, en una feliz y próspera convivencia con los cañaris, ahora nuestros conciudadanos... Hay riqueza, esplendor, grandeza por doquier. En pocos años hemos realizado obras de beneficio para el pueblo, y éste es feliz, goza de libertad, de bienes...

—*Sapan Apullay* ⁽¹⁾, háblame de mi madre —ruega Atahualpa.

—Tu abuelo tenía razón... —responde Huayna Cápac, sonriendo gravemente—, las mujeres de esta comarca eran hermosísimas... Sobre todo una me deslumbró con su belleza y señorío, Tucuy Jallpa, hija del rey de los *caras*... Descubrí que la amaba con un sentimiento jamás sentido, y no halló paz mi corazón hasta que la desposé, luego de suplicar al rey, su padre, que me la diera por esposa... Después llegaste tú, hijo mío, y fui inmensamente dichoso...

(1) Mi único señor.

—¡Eso explica que no hayas regresado al Cuzco en tantos años?

Huayna Cápac no responde. Cierra los ojos y suspira. Es verdad, ama demasiado a su esposa y su hijo y no ha querido separarse de ellos. Tampoco pudo llevarlos a la capital del Imperio, donde hay otra esposa y otro heredero legítimo. Ahora ya nunca podrá hacer el viaje, a menos que... Sí, puede ser y será. El tomará la debida providencia. Es necesario restablecer el derecho y la justicia, por encima de los gustos o los afectos. Sí, tendrá que hacerlo...

—Padre mío —dice Atahualpa, conmovido ante esa demostración de amor paternal, sintiendo sin embargo la imperiosa necesidad de ganar la inmediata aprobación a su derecho sucesorio—, cuando el *llautu* real ciña mi cabeza, procuraré ser un digno hijo tuyo y emprenderé la conquista de nuevas tierras...

—Si el derecho es la primera condición del hombre, la justicia es su guía —dice el Inca, sin responderle directamente—. El secreto de la felicidad está en hacer el bien respetando el derecho ajeno y estableciendo la justicia... El camino de la vida es largo y no hay que tropezar con las propias flaquezas... Nunca se debe pretender valimento con la sola pretensión de las palabras. Los actos dignos y los méritos de un hombre son sus títulos mejores... Antes de ser maestro, es preciso haber sido buen discípulo... —El Inca agita una mano con aire fatigado—. Ahora, hijo mío, llama a mis consejeros y al Villac Umu...

Atahualpa cumple la orden y luego se aleja, transido de emoción. Cree llegado el instante supremo. ¡Su padre lo designará sucesor!... ¡Se cumplen así los íntimos anhelos de su madre!

Y corre a verla. Tukuy Jallpa está en sus habitaciones, asistida por sus doncellas. Un tanto apagadamente le llegan los sones del triste *yaravi* que los músicos hacen escuchar para deleite del Inca moribundo. Atahualpa cae a los pies de su madre y le refiere su conversación con él.

—¡Seré nombrado su sucesor, *Mamallay!* —le dice—. Me ha confesado cuánto nos quiere, a ti, sobre todo, y a mí, por ser hijo de su más grande amor.

—¡Kon, nuestro dios, sea loado! —responde Tucuy Jallpa, juntando las manos y alzando los ojos al cielo—. ¡El trono de nuestros mayores volverá a uno de sus hijos!... ¡Oh, si mi anciano padre viviera, su satisfacción sería inmensa!... ¡Uno de su propia raza soberano de la gran nación *inca*!... Atahualpa, hijo mío, prométeme no olvidar jamás tu origen...

—Sería como olvidarte, madre, y para eso tendrían que arran-

carme el corazón... ¡Mi primer acto de gobierno será nombrar capital del imperio a Quito!

—Gracias, hijo mío. Ahora podré morir tranquila... Sé que mi sacrificio no será inútil —dice la Colla, en un hilo de voz.

Y Atahualpa, henchido el corazón de júbilo, sale a cumplir otra diligencia igualmente grata a su sentir. ¡Kcori Koyllur!, llama ansiosamente, golpeando en todas las puertas donde pueden dar razón de ella. Pero nadie le responde, hasta que tropieza de nuevo con Waylla Wisa, quien deja la cámara real.

—¿Dónde está Kcori Koyllur? —demanda imperiosamente.

El Sumo Sacerdote, poderoso inca, clava la vista en el joven príncipe. Conoce su sentir, su pasión, su ambición por el mando y por el poder, por las riquezas y los bienes materiales que ellos procuran. Sobre todo, por ser hija suya, conoce la pasión que siente por la bella Kcori Koyllur. Así como está enterado de las razones que le inducen a ella a enclaustrarse de por vida en la *aclahuasi*. Su desdichado y triste amor sin esperanza le ha hecho sentir su dolor como propio.

—¿Kcori Koyllur? —responde fingiendo indiferencia—. Está donde la ha llevado su resolución: en la *aclahuasi*.

—¡Oh!... ¿Por qué tanta apresuranza?

—Era su deseo.

—Te ordeno que la saques de allí...

—¿Lo ordenas, dices, Atahualpa? ¿Ignoras las leyes de nuestra nación?... Ninguna *ñusta* puede abandonar la *aclahuasi* y ni el mismo Inca, *Sapan apullay*, podría revocar esta ley...

—Los tiempos han cambiado, digno *Villac-Umu*.

—Las leyes que se han creado en el consejo de los *amautas* ⁽¹⁾ y que la tradición respeta y acata, no pueden cambiarse a capricho de los príncipes...

—Pronto seré el Inca.

—Espera a serlo... Pero aún siéndolo, habrás de cuidarte de quebrantarlas.

—Kcori Koyllur será mi esposa... ¡No es un grande honor el que le ofrezco?

—Reconózcolo como tal, pero habrás de respetar su deseo de no aceptarlo...

—¡Waylla Wisa, cuidado!... ¡Tu desobediencia puede costarte la cabeza!

—Antes de mandar, aprende a obedecer, es un dicho del Inca.

(¹) Sabios indios.

Nuestro señor, el *Incallay*, aún vive y son sus órdenes las que prevalecen.

Y el Sumo Sacerdote se aleja, dejando a un príncipe fuera de sí y a punto de dejarse arrastrar por la cólera. Sin embargo, consigue mantener la serenidad y luego se aleja en sentido opuesto. Una sonrisa cruza su semblante. ¿Después de todo, qué importa esperar un poco? En algunos días más será el Inca. Entonces...

Y la sonrisa se acentúa.

4

Su cuerpo, embalsamado, yace en un catafalco de pórfito, en la gran sala de celebraciones del palacio real. Vestido con las mejores galas que tuviera en vida, sostiene el cetro, las *amarayunas* ⁽¹⁾ y su *chaupiykipa* ⁽²⁾ entre los brazos cruzados sobre el pecho. Mantiene los ojos abiertos, para ver el camino que lo llevará a Wiracocha y a las celestiales moradas del Sol. Aún conserva el *llautu* real, con las tres plumas rojas, y los grandes aros en las orejas. Ha partido por el sendero de la serenidad, dejando un nombre símbolo de obra fecunda y noblemente inspirada.

El pueblo silencioso y cabizbajo, desfila ante el féretro. Son muchos los que lloran angustiadamente. Huayna Cápac no ha sido en vida una excepción a la más pura tradición incaica. Lo atestiguan el elevado número de concubinas y el centenar de hijos naturales. Pero no sólo ellos lloran la pérdida de este gobernante ejemplar. El pueblo, que no conocía los beneficios de una organización en la que las riquezas y los productos de la tierra se distribuyen equitativamente, en la cual todos gozan del amparo de la justicia, paternal y personalmente dispensada por el Inca, que viven sin proscripciones irritantes y en igualdad de derechos, rinde homenaje así al sabio gobernante. Con las limitaciones que un sistema político basado en la más simple estructura social y económica puede admitir, se ha implantado un nuevo concepto de existencia comunal. Lo que unos producen pueden disfrutarlo otros. Así, una familia cultiva su *ayllu* para satisfacer sus propias necesidades y cuyo producto es íntegramente suyo. Luego trabajarán otras para el culto de la deidad y el mantenimiento de los únicos privilegiados, los ancianos, los incapacitados, los huérfanos, los *auca camayoc* ⁽³⁾, los hombres de armas en servicio activo o

⁽¹⁾ Serpientes.

⁽²⁾ Hacha de oro.

⁽³⁾ Guardián, jefe, cabecilla.

en misión de guerra, y para el Inca. Los productos sobrantes se intercambian entre los pueblos del Tahuantinsuyo y así los del norte envían frutas a los del sur y reciben en cambio lanas y otros productos no existentes en el norte. El sistema de control de familias productoras es admirable. Los *puric*, o jefes de familia, se unen en grupos de diez, uno de los cuales es el jefe, con el título de *Chunca Camayoc*. Este jefe vigila la repartición de tierras, recomienda los productos a cosechar y las normas a seguir. El *pichca chunca camayoc* es el jefe de cinco grupos de diez, y a él le sigue el *pachac camayoc*, o sea el jefe de diez grupos o cien padres de familia. Vánse sumando los jefes a medida que los grupos aumentan de diez a cincuenta, a cien, a quinientos, a mil, a diez mil. El jefe o general en jefe es designado con el nombre *Hipu Camayoc* (¹) y pertenece a la familia del Inca reinante. Cada uno de tales jefes y los que le siguen, con ayuda de los *quipos* (²) llevan un estricto control de la producción. Los incas ignoran aún el modo de escribir, pero llevan una estricta y admirable estadística de la producción de millones de hombres, diseminados por los cuatro confines del *Tahuantinsuyo* y el control se refiere no sólo a la producción, a la realeza, a la religión y, en fin, a todo lo que significa actividad del hombre. También les es posible conocer con ayuda de los *quipos* la tradición y la historia de los incas y el transcurso del tiempo, el movimiento de los planetas... Los funcionarios —especialmente educados y entrenados para realizar la tarea del control— son designados con el nombre de *quipo-camayoc*. Con esos cordóncitos de colores (el rojo se relaciona al Inca, el negro al tiempo, el amarillo al oro, el blanco a la plata, el verde al enemigo, etcétera) es posible fiscalizar toda la actividad de la gran nación incaica, pues existe un *quito* consignado a cada una de las actividades de la administración, por lo cual se puede decir que el sistema de quipos abarca toda la vida del imperio.

Ahí yace, pues, el hombre que, continuando la obra de sus predecesores, ha hecho posible la existencia pacífica y progresista de un pueblo belicoso por necesidad, pues debía hacer la guerra para procurarse el sustento. Conocen los beneficios del trabajo en comunidad y la disciplina. Todos trabajan para la colectividad y reciben beneficios de ésta. No hay pobres en extremo ni seres hambrientos, o desnudos, o sin techo. Cada familia tiene su trozo de tierra y puede trabajarla y subsistir con su producto, sin temor

(¹) General.

(²) Hilos de colores con nudos que los incas utilizaban para registrar los acontecimientos.

de perderlo o de serle arrebatado. Si las cosechas son malas o se destruyen, los depósitos del estado proporcionan los alimentos y las semillas necesarias. Si faltan brazos en una región, con el sistema de *mitaes* se cubre las necesidades. Los mitaes son naturales y provienen de una región donde hay abundancia de brazos.

¿Puede admirar que el pueblo entero, presa del dolor y el pesar desfile ante el féretro en filas interminables? Y escenas iguales se repetirán en los templos de otros pueblos y ciudades de la gran nación incaica cuando lleguen los chasquis trayendo la fatal noticia.

Waylla Wisa, el Sumo Sacerdote, espera que ceda el impacto emocional producido por la muerte del Inca. De acuerdo a la tradición, Atahualpa no abandona su aposento y en él debe permanecer tres días entregado a su dolor, sin comer ni beber. El Villac-Umu va a entrevistarlo allí.

Al verlo, Atahualpa comprende que la presencia del Sumo Sacerdote y de los miembros del gran Consejo que deben estar afuera sólo significa una cosa. Viene a poner en su conocimiento que Huayna Cápac lo ha nombrado su sucesor. El príncipe se estira. Mira a su visitante, adoptando un aire mayestático.

—Habla, ¿a qué has venido?

—Se cumplen las honras fúnebres, ¡oh, *Punchas Inca!* (1), que el pueblo ha rendido a tu augusto padre... Ahora sólo queda cumplir con sus órdenes y deseos póstumos.

—Bien, continúa.

—En primer término, debo decirte que el corazón de tu padre, nuestro amado y llorado señor, ha sido depositado en una urna de oro y colocado en el altar del Templo del Sol...

La información aturde y conmueve al príncipe, que se pone pálido.

—¡Cómo! —exclama, montando en cólera—. ¿No ha de ser enterrado conforme a la tradición y las costumbres?

—No... Nuestro muy amado señor expresó antes de morir y delante de los Inca Auca Machos, miembros del Gran Consejo, que se le extrajese el corazón y se lo depositase en el Templo del Sol, en Quito, en tanto que el resto de su cuerpo debe ser enviado al Cuzco, sin pérdida de tiempo, donde habrá de ser enterrado en la tumba de los Incas...

—Sabia y justa determinación —murmura Atahualpa, conteniéndose—. El corazón para el pueblo que le fue muy querido y su cuerpo para honrar al lugar de donde vino... —Se produce una

(1) Señor del día.

pausa, que se hace tensa por instantes. El silencio del *Villac Umu* resulta de mal presagio—. ¡Eso... eso es todo?

—Todo, señor.

Atahualpa empalidece terriblemente. No parece creerlo. No obstante su ascendiente, el Sumo Sacerdote retrocede un paso. Es terrible el gesto de cólera del príncipe. Al fin estalla y tomando al *Villac Umu* por la pechera de su *chimpicaco* lo sacude, mientras exclama airadamente:

—¡Ah infame!... ¡Por qué me ocultas la verdad?... ¡Qué pretendes?... ¡Soy el nuevo Inca! —se golpea el pecho salvajemente—. Soy el nuevo Inca y te haré desollar vivo por esta deslealtad...

—Perdona, ¡oh, *Punchas Inca!*, pero tu augusto y soberano padre no te ha nombrado sucesor —responde Wallay Wisa, pálido pero sereno.

—¡Cómo te atreves!...

—Es la verdad, señor... Lo oyeron los miembros del Gran Consejo, entre ellos el Jefe del Ejército, Cusi Wallpa, a quien le dio la orden de hacer cumplir su disposición, si era necesario, con apoyo de las armas...

—¿Quieres decir que designó a mi hermano Huáscar?

—No fue necesario que lo hiciera... Se limitó a decir que se llevara su cuerpo al Cuzco, para que en su presencia, se cumplieran allí las disposiciones que dejara al partir... Y bien sabes, que entre tales disposiciones, nombraba heredero a Huáscar.

El frustrado joven inca se deja caer sentado, vencido por la más negra y cruel desilusión.

—¡Vete! —grita fuera de sí—. ¡Vete y déjame solo con mi dolor!

El *Villac Umu* saluda y sale. Comprende que el príncipe quiere estar solo, para reflexionar sobre la nueva situación. El viejo *amauta* se estremece. Conoce a Atahualpa. Por el momento lo ata y detiene la sorpresa y el respeto a la tradición. Pero, ¿luego?

—Confío en que Cusi Wallpa sepa imponerle el acatamiento de las disposiciones de Huayna Cápac —se dice—, apelando al ejército si lo fuerza a ello.

Sin embargo, intimamente, se da cuenta que acaso no haya fuerza o poder que sujeté la ambición del Inca.

—¡Wiracocha nos preserve de sus feos y desatados instintos! —reflexiona, pensando sobre todo en su hija, la bella Keori Coyllur.

El dolor es contagioso como el pánico. Poco a poco, a la vista del exánime cuerpo real, imponente en su inmovilidad, majestuoso no obstante haberle privado la muerte de su prestancia personal, el pueblo, especialmente las mujeres, se dejan arrastrar por un histerismo casi religioso. No es de extrañar, pues se considera al Inca un hijo del Sol. Muchas de esas mujeres tuvieron relaciones con Huayna Cápac. Varias le dieron hijos. Para esas mujeres, la pérdida del ser amado, además de triste, es trágica.

Por todo ello, los ayes de dolor acusan subidos tonos de histeria. Las mujeres se mesan o se arrancan los cabellos, se desgarran los senos. Los hombres caen de rodillas y se golpean el rostro contra el piso. Una mujer joven y en estado grávido, luego de gemir y retorcerse en el suelo como si la atacaran alacranes y víboras, toma finalmente un aguzado objeto de metal, un *topo* de oro, obsequio del Inca, y sin que nadie haga un movimiento para impedirlo, se atraviesa el corazón con él... Son numerosas ya las amantes que se han inmolado ante la yerta presencia del Inca, ansiosas por seguirlo en el camino de la gloria. Al pie del féretro se acumulan armas, ropas, adornos, llamas, vicuñas, aves de vistosos plumajes, halcones, un *Khuntur*⁽¹⁾ cautivo, hasta un *anutara*⁽²⁾ y mujeres... Algunas yacen sangrantes, otras han bebido potentes y mortales pócimas. Unas son jóvenes y generosamente, en la impavidez de la muerte, exhiben la belleza de sus cuerpos tocados por el Inca y sagrados, por tanto, para el hombre común... La histeria colectiva aumenta en el mismo grado que el dolor se extiende. La gran sala ya no puede contener tanto llanto y desesperación. Caen más cuerpos... También se suicidan algunos hombres. Son los criados que atendían al Inca personalmente y fueron tocados por su generosidad y gracia.

El fúnebre espectáculo se prolonga por tres mortales días con sus noches. Luego el pueblo entero cae en un sopor parecido al provocado por la embriaguez. Hombres y mujeres yacen en la plaza y calles adyacentes, tan exhaustos que si se produjera una repentina invasión de enemigos, nadie se movería para defender su vida.

Una gran tumba, cuya situación queda demarcada por una pequeña torre circular de piedra, de angosta entrada pero que tiene una profunda y ancha fosa abierta en la rocosa ladera de la montaña, se va llenando lentamente con las cosas, objetos y

⁽¹⁾ Cóndor.

⁽²⁾ Oso.

seres que en vida pertenecieron al difunto Inca. Serán sepultados allí junto con el amo y señor, simbólicamente. Luego la tumba será clausurada, cerrada con grandes bloques de piedra que ningún mortal podrá ni se atreverá a quitar.

La enorme tumba apenas es suficiente para contener aquella demostración humana del pesar. Son muchos los cuerpos que ya cen allí. Pero siempre habrá lugar para uno más...

De pronto, los *walla wisa* interrumpen su fúnebre tarea, tocados por la sorpresa y un genuino sentimiento de pesar. Frente a ellos tienen un cadáver, todavía tibio, que conserva las ricas y distintivas ropas de su alto rango. Es Tucuy Jallpa, la madre de Atahualpa, la insigne *Colla*, la Estrella, la esposa predilecta del Inca. No hay sangre ni vestigios de violencia en su cuerpo, pero el color violáceo de la piel demuestra que ella ha recurrido al veneno para morir. Poco antes que se descubriera su cadáver la habían oido cantar con triste acento una tierna despedida. Luego el silencio se aposentó donde poco ha todo era bullicio y alegría de vivir. Y ahí está ella ahora, inmensamente fuerte en su debilidad, sublime en ese acto de supremo egoísmo.

Gesto sublime, sí, aunque inhumana resulta la voluntaria y colectiva eliminación. Pero las enseñanzas, los principios y las leyes de los incas se ajustan a las exigencias instintivas del ser. En la abundancia o la necesidad, la alegría o el pesar así como en la expresión de otros sentimientos análogos, no admiten otras limitaciones que las impuestas por la más simple pero efectiva concepción humana de lo que es justo, sin perderse en capciosos conceptos y laberintos filosóficos.

CAPITULO II

El despertar del Otorongo

El día declina lentamente. El colorido de las flores y el verdor de los bosquecillos eternamente primaverales, van esfumándose mientras sobre la ciudad de Quito se extienden azuladas sombras que son como una promesa de sosiego y descanso. Poco a poco, como fuegos conjurados por la magia de los *yacarcades*⁽¹⁾ que se dice moran en las *apachetas*, junto con los fantasmas, buenos y malos de las *wacas*⁽²⁾, surgen parpadeantes luces que tímidamente oponen sus débiles fuerzas al avance de la noche. Estas noches que resultan preñadas de amenazas, de malos presagios.

Han transcurrido ocho días desde que se cumplieran los funerales del *Sapan Apu*, el inca Huayna Cápac, en un simbólico acto público, mientras el embalsamado cuerpo, conducido por una calificada y fuerte escolta, partía con destino al Cuzco. Ocho días, tan necesarios a la recuperación física como a la pacificación de los espíritus. Sin embargo, no parece haberse logrado ni una ni otra cosa. En el ambiente de Quito se respira una tensa atmósfera. Hay intranquilidad e inquietud en la población, agudizadas por la presencia de guerreros pesadamente armados que han establecido sus vivacs en las colinas circundantes. Corren los más absurdos rumores. Se dice que Atahualpa, al conocer la resolución de su padre, se ha quitado la vida. Otros dicen que ha huido de la ciudad y que está reclutando gente en las provincias, para asaltar con ella la capital. Se dice también que Cusi Wallpa, el general en jefe del ejército, y Waylla Wisa, el Sumo Sacerdote, ejecutores de la voluntad póstuma del difunto Inca y en cuya benéfica

⁽¹⁾ Brujos o magos negros.

⁽²⁾ Templetes construidos junto a los caminos y al pie de las montañas.

influencia e intervención confía el pueblo, han sido asesinados. En suma, toda suerte de hablillas que terminan por hacer cundir el temor de que se avecinan días sombríos para la nación incaica y esa creencia, por supuesto, no es apta para tranquilizar los ánimos.

En una de las dependencias del palacio, manteniendo una pesona guardia que dura ya ocho días, se hallan dos incas de noble y venerable aspecto. Son ellos, precisamente, los dos hombres en cuya discreción, buen sentido y mejor juicio, confían el pueblo y el ejército, que voluntaria y resueltamente, por la tradición y el respeto religioso a la autoridad máxima, acatan las disposiciones póstumas del Inca.

Los dos altos funcionarios guardan una actitud tensa y nerviosa, que en vano procuran disimular, ya adoptando una quieta pose de aparente descanso o sueño, ya conversando animada aunque brevemente entre ellos, o ya encaminándose a una contigua cámara, donde se encuentran los *auca-machos*, los ancianos miembros del Gran Consejo, los cuales ejercen también elevados cargos en la administración. Entre todos cambian algunas expresiones sobre la insensata prolongación de esta tensa y angustiosa situación.

—¡Es demasiado! —exclama el general Cusi Wallpa, dejando airadamente el muelle asiento donde descansa—. ¡Ocho días sin salir, sin comer ni beber, es demasiado incluso para el inca más sano y fuerte!

—Verdad es... —asiente el *Villac Umu*—, pero no es menos cierto que la naturaleza vence al hombre. Atahualpa abandonará su voluntario encierro cuando el hambre y la sed clarifiquen su pensamiento.

—Ocho días revolcándonos en el cieno de la duda —opina el viejo *runa quipoc inca* ⁽¹⁾, Túpac Warka—, sin saber si nos considera amigos o enemigos, si debemos proseguir nuestras tareas en paz o si la rebelión y la guerra amenazan destruirnos...

—Debéis tener paciencia, pues el temor es un gusano que corre la conciencia y mata el espíritu —dice Waylla Wisa—. Sabremos la verdad en el momento preciso, no antes.

Y las protestas se acallan. Los dos jefes vuelven a su cámara, se miran en silencio, pretenden olvidar adoptando actitudes personales, como beber o comer, o dormir. Pero la ansiedad está allí, atosigándolos, asfixiándolos con sus frías manos.

De pronto se oye un ruido en el exterior. Alguien llega corriendo, procurando apagar, aunque en vano, el tap-tap de sus

(¹) Inca jefe de Quipos.

ojotas de *acya* ⁽¹⁾ sobre las baldosas. Luego se produce un apagado cambio de palabras con los hombres de la guardia y finalmente aparece un capitán, seguido de un hombre que cumple tareas subalternas en el palacio. El Sumo Sacerdote y el general adoptan poses de alerta.

—¿Qué noticias nos traes, Maytac? —pregunta el primero.

Maytac no es un inca ni lleva el distintivo de nobleza del enorme aro de oro en las orejas. En sumisa y respetuosa actitud ante el Villac Umu y sin atreverse a levantar la mirada hasta él, responde en tono excitado:

—*Tatallay...* ¡El *Punchas Inca* ha pedido de comer y beber!

Eso basta. Los dos altos funcionarios incas se ponen de pie y salen precipitadamente hacia la contigua cámara. Dan la información. Cambiar miradas entre ellos, miradas que reflejan mayor temor que antes con mezcla de esperanza.

—Ha llegado el instante temido —dice el *Villac Umu*.— Tenemos serenidad y valor para enfrentar nuestras responsabilidades.

Nuevo ruido en la puerta, más voces y el capitán de la guardia introduce a un joven inca, conocido no sólo por la vida licenciosa que lleva, sino por su íntima amistad con Atahualpa, de nombre Ruminaki.

—Wiracocha, nuestro padre, os preserve la sabiduría y la salud —dice el joven, inclinándose ante el general y el sacerdote.

—El te guarde de los males que aquejan a la juventud —responde Waylla Wisa.— ¿Qué deseas de nosotros, *Churillay*?

—*Sapan Apullay* os ruega que acudáis a su cámara —dice Ruminaki, observando de reojo la reacción que produce en los dos la mención del honorífico título que sólo se da a los Incas en ejercicio de soberanía—, sin pérdida de tiempo.

Los dos jefes se miran, pero no hacen oír sus observaciones. La experiencia les ha hecho saber que es mejor callar y otorgar en ciertas circunstancias, sin por ello renunciar a sus principios.

Encuentran a Atahualpa frente a una mesa opíparamente servida, con fuentes fraganciosas parcialmente despachadas y dos o tres ánforas que contienen un líquido translúcido, de color como el oro. Es la tradicional bebida de los incas, la chicha, bebida de sabor agradable y espirituosa de alto poder. Tres hermosas jóvenes y otro inca comparten la mesa, junto con Ruminaki. Por el brillo de los ojos, el color encendido de las mejillas y la sonrisa insolente, se puede decir que empieza a causar efecto la bebida.

(1) Ojota hecha de paja.

Sin embargo, sorprendentemente, Atahualpa se muestra amistoso y aun invita a los recién llegados. La chicha es escanciada por una de las jóvenes. El Sumo Sacerdote y el general no salen de su asombro. El hijo de Huayna Cápac no da muestras de haber estado privado muchos días. ¿Es que, sin ellos saberlo, su voluntario encierro se convirtió en una orgía a puertas cerradas? Nada sorprendería en un hombre temperamental y pasional como Atahualpa.

—Celebramos encontrarte en elevado estado de ánimo, *Punchas Inca* —le dice Waylla Wisa—. Ello denota la fortaleza de tu corazón y de tu espíritu.

—Para mantenerse fuerte el ánimo, preciso es que el cuerpo lo alimente y le de gozo —responde Atahualpa, riéndose con cinismo. Y a su risa hace eco la de los otros, sin exceptuar a las mujeres.

La desembozada actitud de las jóvenes demuestra el grado de intimidad de las relaciones que las unen a los hombres. Sus ropas, aun siendo tradicionales, son ligeras y dejan al descubierto parte de sus gracias, que ellas no se molestan en ocultar.

—Chalcuc-Chima, llévate las —ordena Atahualpa, poniéndose serio y haciendo un rudo ademán.

Chalcuc-Chima, un hombre alto, musculoso, que representa tener algunos años más que sus amigos, hace un gesto de comprensión y se pone de pie. No cabe duda de que los años de íntima camaradería entre ellos ha obviado todo tratamiento respetuoso. Las cortesanas, pues también ellas lo son, se apresuran a salir.

Atahualpa y los dos viejos integrantes del Gran Consejo o *Apocuna*⁽¹⁾ han quedado solos. Evitan mirarse a los ojos. En el aire hay tensión. El momento es crucial para la vida de ellos y de los habitantes de la ciudad, del país entero. Y entonces habla el príncipe. Su tono es mesurado, sorprendentemente respetuoso.

Aquellos días de retiro han servido para elevar sus oraciones al *Pacha*⁽²⁾, creador de todas las cosas, y pedir entendimiento y sabiduría para juzgar la conducta propia y la de los otros. En razón de ello ha podido formarse una idea cabal de la situación. El no ama el poder por el poder mismo, sino porque su anhelo más grande es ofrecer a su pueblo su capacidad de príncipe educado para gobernar con sabiduría, bondad y justicia. Pero este principio carecería de valor si no diera él muestras y pruebas de generoso desprendimiento, de renunciación a los dones que otorga el poder discrecional.

⁽¹⁾ Gran Consejo de Virreyes de Tahuantinsuyo.
⁽²⁾ Padre.

—Es por todo ello que he resuelto acatar, muy leal y respetuosamente, las disposiciones póstumas de mi padre y *Sapan Apullay* —concluye diciendo con una humilde sonrisa.

—¿Quieres decir, señor, que acatas el liderazgo de tu hermano mayor, el inca Huáscar? —pregunta el *Villac Umu*, cambiando una mirada de asombro con el general.

—Sí... ¿Por qué os asombra? ¡No fueron éos los deseos de mi padre?

—Señor, te ofrecemos nuestros respetos y nuestras felicitaciones por actitud tan noble —dice el general, inclinándose—. ¿Podemos trasmisir a los miembros del Gran Consejo y al pueblo tu generosa resolución?

—Os agradeceré que os toméis esa obligación por mí... pero antes desearía dejar sentados algunos aspectos delicados de la situación, para que entre vosotros, miembros del Gran Consejo, y yo, encontremos el cauce debido al desarrollo y al progreso de nuestra gran nación. Escuchad...

Sí, dice el príncipe, acatará respetuosamente la jerarquía soberana de su hermano Huáscar, pero Cuzco está muy lejos. Tan lejos, en efecto, que su poder no puede llegar hasta el rico país de los antiguos quitos y si lo hiciera, llegaría debilitado. Esto daría lugar, seguramente, a la venalidad y corrupción administrativa, luego a la desintegración de los poderes, a la indisciplina y a la resistencia del pueblo a pagar los tributos, al desmembramiento progresivo del país, a la anarquía y, finalmente, al caos.

—¿Y quién que se precie y se enorgullezca de ser un digno descendiente del gran Pachacutec puede permitir, con plena conciencia, tal calamidad? —pregunta el príncipe, observando el efecto de sus palabras con detención—. Nadie, en efecto, y menos, por supuesto, yo o vosotros, miembros del Gran Consejo. Vos, señor, jefe del poder de las armas, y vos, jerarquía máxima en lo espiritual, admitiréis conmigo la fuerza de este razonamiento...

Waylla Wisa y el general Cusi Wallpa vuelven a cruzar expresivas miradas, sin atreverse a denunciar sus pensamientos. El Sumo Sacerdote pregunta luego si el digno *Punchas Inca* ha reflexionado sobre el modo de impedir tan funestas consecuencias, que ellos admiten como posibles, aunque condicionándolas al tiempo.

—He reflexionado, en efecto, y vi una sola solución... —El príncipe pasea su mirada, penetrante, en los dos altos funcionarios—. Yo, como hijo del Inca y nativo de este país, considero un deber inexcusable hacerme cargo de la conducción gubernativa... Esto es, mientras mi digno hermano se digne tomar sus provi-

dencias sobre el particular, ya sea eligiendo otro virrey o dándome la función que por derecho me corresponde.

Silenciosa pausa. Los hombres se miden con la mirada. Las palabras dicen una cosa, aparentemente cierta, pero más allá de ellas es posible adivinar la existencia de un plan. ¿Pero cuál?... ¿Y qué objeto perseguiría si se reconoce el derecho de liderazgo del primogénito? Los dos funcionarios se miran con desaliento. Ciertamente, Atahualpa resulta ser un buen estratega, un peligroso conductor, porque se ampara en el derecho y la justicia para reclamar lo que de otro modo no obtendría.

—Y os he llamado no sólo para haceros comprender la urgencia y necesidad de que se establezca mi poder temporal, sino para que lo apoyéis con las importantes fuerzas cuyos jefes sois —concluye diciendo el príncipe, con una sonrisa inocente—. Por supuesto, seréis el poder en el cual se apoyará mi brazo. Quiero decir, conservaréis vuestras altísimas funciones con las mismas prerrogativas que teníais en vida del Inca... —Vuelve a sonreír de un modo inequívoco—. Si es necesario, las mejoraré.

Sí, ofrece un precio. Porque Atahualpa sabe con toda certeza que sin el apoyo de esos hombres, no conseguiría estar en el poder ni un solo día. Los demás miembros del Gran Consejo, el país todo, acatarán lo que ellos digan. Waylla Wisa, sobre todo, tiene un mérito y ascendiente religioso tal sobre todo el pueblo, que tocar uno solo de sus cabellos sería desatar una terrible guerra santa.

—Reflexionad sobre lo que os he dicho y consultad con los miembros del *Apocuna*, con vuestras conciencias y con vuestros intereses —dice finalmente Atahualpa—, y venid a verme mañana...

Los dos jefes retornan a la sede del Gran Consejo y trasmitten las palabras de Atahualpa. Como se preveía, el consejo deja en manos de los dos representantes la resolución final, no sin reconocer que el segundo hijo de Huayna Cápac tiene sobrados derechos para ejercer el poder en el *Chinchasuyo*, aunque sólo fuese temporalmente. Waylla Wisa y el general resuelven aceptar, pero imponiendo ciertas condiciones, que cada uno expondría por separado.

Al día siguiente, Cusi Wallpa es el primero en visitar al príncipe. Sus condiciones son: el ejército no abandonará las posiciones de emergencia que tiene alrededor de la ciudad. Se respetarán las jerarquías. No se tomarán resoluciones de fondo que no se hayan consultado con el poder central y que éste haya apro-

bado. Atahualpa promete respetar y hacer respetar tales condiciones.

El otro visitante, Wallay Wisa, condiciona su apoyo en una sola petición:

—Habrás de honrar, ¡Oh, *Incallay!*, tu promesa de no atentar contra el pudor y el honor de mi hija, Kcori Coyllur...

Atahualpa mira con admiración a este *amauta* y se sonroja, por haber sido sorprendido en un pensamiento íntimo, en un deseo casi incontrolable, de dolorosa urgencia.

—La honraré —murmura al fin—, así me cueste la vida... Tienes la palabra de un Inca.

—Gracias, señor, con eso me basta —responde el *Villac Umu*, inclinándose—. Puedes contar con mi más decidido apoyo y el de las fuerzas que represento.

Atahualpa se yergue con expresión triunfante.

2

La *aclahuasi*, el “convento” de las Hijas del Sol, es una imponente edificación que se alza en medio de una arbolada plaza, rodeada ésta a su vez por un muro alto, de piedra y barro, de forma cuadrangular. El edificio en cuestión muestra la fisonomía peculiar de las construcciones de Quito. Es de una sola planta, de maciza estructura, de redondeada forma exterior. No tiene sino dos puertas de acceso, una principal y otra de servicio, y no muestra ventanas ni claraboyas. El patio interior es también circular y sobre el mismo asoma un corredor con columnas. A dicho corredor dan las dependencias del convento, salas, refectorios, dormitorios, talleres, etcétera. No hay criados y las mismas internadas deben atender todas sus necesidades.

La existencia que se lleva en la *aclahuasi* es pacífica, monacal. Las *ñustas*, que ofrendan sus jóvenes y hermosas existencias al Sol, el bondadoso dios-padre, se levantan muy de mañana y luego de sus abluciones se dirigen al templo, donde dicen sus oraciones. Un frugal desayuno, compuesto de pan de maíz, de miel, de leche de cabras, les sirve de sustento mientras realizan las labores de la mañana. Las *ñustas* trabajan por grupos y en las tareas que les son más gratas. Unas tejen, otras cosen, aquéllas fabrican objetos de adornos, o de vestir. Todo cuanto es dable admirar en el palacio real, tanto en cortinados, ropas de cama, prendas de vestir de la familia real, incluyendo esas delicadas y

suaves telas de algodón que por su finura serían tomadas en nuestros días como de seda, o esas otras telas leonadas, de tejido tan sutil y delicado, de vicuña, que fácilmente podrían confundirse con el más finísimo paño, han salido de las delicadas y hábiles manos de las *ñustas*.

A mediodía y después de un almuerzo igualmente frugal, las jóvenes hijas del sol salen a pasear por el patio exterior, en libertad. Ello les permite unirse por grupos, conversar, referir historias, cantar, o simplemente, tomar sol y pasear a solas con sus pensamientos. Algunas se sientan a la orilla del murmurante arroyo que cruza el predio y el cual provee al convento del vivificante líquido. Luego del paseo, las jóvenes regresan a los talleres. Por la noche, después de la cena la *mamacona* (1), la "abadesa" del convento, las reúne en la sala de actos, donde les habla de sus deberes, de sus obras, de los planes de trabajo para el futuro, de sus obligaciones como vírgenes del sol en el aspecto religioso, o bien les imparte enseñanzas útiles. Salen entonces a dar, a la entrada del sol, un último y breve paseo por el patio exterior, antes de retirarse a los dormitorios.

Podría decirse que el imponente muro exterior basta para quitar a cualquier mortal la fantástica idea de penetrar en el sagrado retiro, pues no hay guardias visibles ni invisibles. El gran portón de doble hoja que permite el acceso se abre una sola vez a la semana, para facilitar el ingreso de las provisiones y de los materiales, y para la salida de los productos ya manufacturados.

Pero más efectivamente que el muro o los guardias —si los hubiese—, impide el acceso a la *aclahuasi* la pena de muerte que pesa sobre el varón que se atreva a penetrar en el sagrado recinto. Y tan estrictas son las leyes incas, que los pocos casos que se conocen de tal atentado han terminado con la imposición de un castigo doloroso e infamante. Y ello basta para alejar de los sombríos muros a los más resueltos varones.

Sin embargo, toda regla tiene su excepción y es así como hay un mortal sobre el cual dicha pena no puede ejecutarse: el Inca. El *Sapan Apu*, el único señor, es considerado también, religiosamente, como la personificación del padre-sol en la tierra. Por tanto, si le place, puede elegir, entre las *ñustas* que le han entregado su vida, a la esposa o a la concubina más de su agrado. Puede decirse en verdad que la creación de tal institución —probablemente por el inca Lloque Yupanqui, el tercero de la dinastía, que se dice tenía una esposa gorda y fea— no llevaba otro propó-

(1) Matronas que en los claustros cuidan a las *ñustas*.

sito que el de crear harenes donde el rey pudiera elegir a su placer. Ello explicaría el elevado número de concubinas que tenía al morir cada uno de los Incas.

Como sabemos, la bella Kcori Coyllur hállose convertida hoy en una *ñusta*. La desdichada joven se encuentra en el período más álgido de la violenta transición sufrida. Ha transcurrido una luna desde que dejara de ver a su amado Sayri Túpac, pero el dolor de la separación no ha cedido y siente su corazón lacerado y su alma transida. No come, no duerme, y los ojos permanentemente anegados en lágrimas le impiden trabajar en el taller de bordado. En la charla de la noche, la *mamacona* se ha referido a ella, aun que sin decir su nombre.

Renunciar al mundo para dedicar la vida al dios de sus mayores, requiere de abnegación, valor, renunciamiento a cosas gratas o muy queridas. ¿Pero acaso el premio no justifica tal sacrificio? Algunas *ñustas* dejaron, es verdad, el claustro para llevar obligadamente una mundana existencia en la corte del *Sapan Apu*, pero tanto de ese modo como quedándose de por vida en la *aclahuasi*, en condición de esposas del Sol, cumplen un destino noble y elevado. El premio vendrá cuando el dios-padre recoja a sus esposas en su seno...

—¡Pero yo no quiero ser la esposa del Inca ni la del dios-padre y que éste me perdone! —solloza Kcori Coyllur, sentada sobre una piedra, junto al murmurante arroyo que cruza la *aclahuasi*.— ¡Amo a Sayri Túpac y moriré de pena si no lo veo más!

Y la noche temprana recoge sus cuitas, en tanto una triste canción, entonada por un alejado grupo de *ñustas*, puebla el pequeño parque de ecos sentimentales.

—¡Kcori Coyllur!...

La joven *ñusta* cree estar soñando. Pero la voz del amado es tan inconfundible en su afectuoso acento que la misma resuena más en su conciencia que en sus oídos, y se vuelve a medias y mira... hacia las murmurantes aguas, pues la voz parece haber surgido de ellas.

Y entonces ahoga un grito de temor. Cree haber enloquecido... porque efectivamente se ve una figura humana que se mueve entre las aguas, arrastrándose por debajo de ellas. Se acerca, cada vez más... Kcori Coyllur cree que va a morir.

—No te asistes, amada mía —dice la voz—. Soy yo... Sayri Túpac... Sí, en cuerpo y alma... —la figura increíble extiende un brazo chorreando agua—. Toma mi mano y convéncte... Soy yo.

La joven virgen del sol no duda más apenas el contacto hace

violento impacto en todo su ser. Sollozante se abraza de su amado y ambos se prodigan besos y caricias que denotan la angustia de la larga separación. En este instante único e inefable, dos almas unidas elevan al cielo un sublime himno de amor que las estrellas tempranas recogen con el alegre destello de sus luces milenarias.

—¡Mi amado, te matarán! —gime ella, cuando súbito temor reemplaza a su dicha—. ¡Has osado quebrantar la ley!

—No temas, no me descubrirán —susurra él, mirando no obstante, con cierto temor, en derredor.

Y explica que ha entrado en la *aclahuasi* siguiendo el curso del arroyo. Fue un paso difícil y a punto estuvo de ahogarse, pero pudo superar el peligro. Luego esperó a que las *ñustas* salieran a tomar su paseo nocturno.

—Nunca creí tener tanta suerte —dice—, pero cuando te vi y te reconocí, la alegría estuvo a punto de matarme...

A continuación dice que su venida tiene un objeto. Nadie, ni la religión ni la promesa del paraíso después de la muerte, puede justificar la violenta separación de dos seres que se aman más allá y por encima de la simple concepción humana. Seguramente disgustaría al dios tener a una esposa que sólo piensa en otro hombre.

—He venido, pues, a buscarte... Huyamos juntos, lejos de Quito, del país de los Incas, y escondámonos en el corazón del Ande o en lo más intrincado de la selva para celebrar y cumplir con nuestro amor... Nada temas, yo velaré por ti... No es difícil escapar de aquí, si tomamos el camino que he traído...

Por unos instantes la esperanza, como un rosado destello del sol al amanecer, inunda el alma de la joven, pero luego vuelve a precipitarse en la sima de la desesperación. Es imposible huir... No tanto por las trabas físicas o los peligros, sino porque jamás serían enteramente dichosos. El remordimiento más negro les privaría de la pobre felicidad ganada tan arduamente.

—Piensa en los míos, amado mío, y en tus padres... Descubierta nuestra fuga, los matarían inmercediblemente a todos ellos. Atahualpa se felicitaría de haber encontrado una oportunidad tal para deshacerse del Sumo Sacerdote...

Argumento poderoso, que como una montaña aplasta el juvenil entusiasmo de Sayri Túpac. En aquel momento, un batir de palmas anuncia que ha terminado el recreo vespertino. Kcori Coyllur, apelante, toma entre sus manos el rostro de su amado, lo besa en los ojos, en las sienes, en las mejillas, en los labios.

—¡Adiós, amor mío! —solloza—. ¡Te lo suplico, resignémonos

a nuestra suerte!... ¡Adiós!... ¡No violes nunca más la ley ni arrostras el mortal peligro de verme, o con nosotros morirán nuestros padres y hermanos!... ¡Te lo ruego, amado mío!... ¡Y ahora adiós, adiós para siempre!

Y soltándose bruscamente corre hacia el grupo de *nustas* que bajo la estrecha fiscalización de la *mamacona* hace su entrada en el edificio. Kcori Coyllur oculta su rostro bañado en lágrimas y consigue cruzar la entrada. Pero apenas ha dado unos pasos, cuando cae sin sentido.

3

El primer día del mes de *hacicallusque*⁽¹⁾ es el día primero de año en el calendario inca. En él tiene lugar el *Inti Raymi*⁽²⁾, la fiesta del Sol. Es la fiesta más importante del año y se la celebra en todas las ciudades y pueblos del imperio incaico, con gran brillo y despliegue de riqueza, con el mayor entusiasmo y fervor popular.

Cuando las luces del nuevo día llegan a la plaza principal o *curicancha*⁽³⁾, encuentran allí un gran gentío luciendo coloridas y pintorescas prendas de vestir, tocados y adornos de vistosas plumas, y joyas de oro en cantidad y calidad jamás igualadas. La alegría desborda incontenible, a pesar del aglutinamiento y la incomodidad. Muchas de esas gentes han pasado la noche ahí, para no perder su lugar. Todos acuden por costumbre y por respeto a la tradición, pero en esta ocasión vienen también por ver al nuevo Inca, Atahualpa, oficiando en su carácter de tal. Todos quieren conocer al rey que siendo joven y apuesto demuestra poseer personalidad y un carácter posesivo y autoritario, indicios de que su gobierno, aunque temporario, será de sucesos trascendentes.

Todo está ya dispuesto en el grandioso escenario de Curicancha, en Quito. El altar, convenientemente adornado con flores y haces de maíz, *paucarcuncus*, o sea cestillos de coca, conchillas de la mar, llamadas *mullu*, y gran diversidad de frutas o plantas de frutas. El altar ha sido erigido en honor del Inti, el vitalizador. No lejos de él se alza la piedra de los sacrificios, con todo el instrumental de muerte que cabe imaginar. En torno de las dos manifestaciones humanas de la vida y la muerte, se ve a los

⁽¹⁾ Mes de marzo.

⁽²⁾ Ceremonia, fiesta del SOL.

⁽³⁾ Templo del Sol.

tarpuntaes (1), o sacerdotes del sol, que son los oficiantes, y a los *walla*, sus ayudantes o monaguillos, luciendo la vestimenta tradicional. Los tarpuntaes usan un manto dorado, parecido en su forma al *supaya colla* de las mujeres, que se anudan al cuello con un cordón y una borla blancos. Como tocado llevan una ancha cinta del mismo color, con adornos de plumas. Las ojotas están hechas de esa paja fuerte y brillante como el oro. Los monaguillos llevan una *uncu*, especie de túnica que les llega a las rodillas, sin mangas, que se ajustan a la cintura con un cordón de color negro, amarillo o rojo, según su grado. A la cabeza llevan una simple *wincha*.

El rosado resplandor que asoma al naciente, otorgando aquella magnífica expresión cósmica a las distantes montañas, es recibido con gran agitación y murmullo de la muchedumbre. Todas las miradas, ansiosas, se vuelcan hacia el palacio. ¿Será Atahualpa tan puntual como su padre? ¿Otorgará al máximo acto religioso el elevado carácter que alcanzara con él?

El murmullo y la agitación crecen. El pueblo, incontenible, se adelanta, empuja. El movimiento masivo que se observa frente al palacio es indicio de que el Inca está por aparecer. Y todos quieren ver al nuevo *Sapán Apu*.

Un verdadero y admirativo clamor saluda la aparición, al fin, de la litera real. Adelante va un selecto grupo de funcionarios principales, yendo a la cabeza los miembros del Gran Consejo. Todos llevan ropas y galas dignas de la ocasión y además lucen insignias de su rango y de las reparticiones a las cuales perteneцен. Detrás y precediendo a la soberbia y aguerrida guardia del Inca, van los músicos. Ejecutan en curiosos instrumentos de percusión y viento, de sonidos diferentes que en la ejecución de conjunto armonizan admirablemente. *Kenas* (2), *pinkillos* (3) *tarkas* (4), flautas, *antaras* (5) o *sikus* (6), llevan las primeras voces, siendo acompañadas por *huankaras* (7) y *pututus* (8), surgiendo del todo una armoniosa y melodiosa música que refleja el sentido musical del indio nutrido en la musicalidad suave del viento huracanado que sopla en las heladas cumbres del Ande.

A la vista de la litera del Inca, que hace su gallarda entrada en la plaza, la multitud abigarrada estalla en un ¡oh! de asombro y deleite. No es para menos. Si soberbia era la litera real de Huayna Cápac, la de Atahualpa, su hijo, que de ese modo jus-

(1) Sacerdotes del sol.

(2-3-4) Instrumento musical parecido a la flauta.

(5-6) Siringa o zampoña.

(7) Tambores.

(8) Trompeta india.

tifica su egregio nombre (*), lo es más. Es de oro puro, totalmente. Los tirantes, los parantes, largueros y paneles, el techo, las ornadas cornisas y los adornos en alto y bajo relieve, están construidos en oro macizo. Ccrtinillas blancas, de tejido tan fino y delicado que parece seda, bordadas con primor con hilos de oro, cubren al rey de la indiscreta mirada de los curiosos. Veinte robustos guerreros —capitanes incas— tienen el honor y el privilegio de transportar la litera.

Las cortinillas están corridas y no se puede ver al Inca. Es la tradición. Saldrá en el preciso instante en que el rey de los astros asome en el filo de la distante montaña. El hijo no puede aparecer antes que el Sol, el padre. El pueblo contiene su impaciencia.

El numeroso séquito de Atahualpa, cerrado por los favoritos y cortesanos, llega al centro de Curicancha y se ubica en sitios ya fijados de antemano, en perfecto orden y respetando las jerarquías. Se reserva un lugar preferencial, en un estrado, para el Inca. Los sones marciales de la banda, que los pututus remarcan con su estremecedor y bajo acento, continúan llenando de música, agitación y contenido alborozo.

De repente una voz aguda da orden y se hace el silencio, que como una invisible nube se extiende sobre la multitud. Son los instantes críticos previos a la aparición del sol. Los fuegos sagrados encendidos por los oficiantes en el altar, se alzan en grandes columnas de humo blanco y denso, cubriendo por unos momentos el majestuoso escenario de la montaña y el cielo encendidos.

Y entonces, bruscamente, con el tremolante clamor de cien mil gargantas, se rompe el silencio. El enorme y rojo disco del sol, como un gigantesco ojo de fuego, asoma sobre la línea oscura de la montaña, incendiándola. Y el clamor humano crece hasta el delirio cuando también bruscamente se apartan las cortinillas y hace su aparición el rey de los hombres. Hay algo de estudiada magia en la repentina aparición del Inca. Como el sol deslumbra a la tierra, así la esfigie del descendiente de Pachacutec pretende deslumbrar a la tradición y a los súbditos que la enaltecen.

Y en cierto modo, Atahualpa consigue su propósito. A su vista, el pueblo —especialmente las mujeres— lanza exclamaciones admirativas. Concita el deleitado asombro no solo la alta y robusta figura, sino la cuidada y soberbia vestimenta que luce. Corona su cabeza el *llautu* real, con las tres plumas rojas de *coraquetu*.

(*) *Ata* significa gloria, honor marcial, y *hualpa* quiere decir crear, hacer cosas nuevas.

que y adornos de oro repujado con incrustaciones de enormes esmeraldas. Un rojo y corto manto, artística y delicadamente bordado con hilos de oro, cubre sus anchos hombros. El fino *uncu* deja en parte al descubierto el soberbio torso. Las ojotas, tejidas en hilo de oro, se entrelazan en finos cordones hasta más arriba de los tobillos. Una piedra roja, de hermoso brillo, se ve encima de los dedos. Como adornos y joyas son de admirar los descomunales aros, que agrandan las orejas de todos los incas pero que en el *Sapan Apu* alcanzan proyecciones descomunales, signo de autoridad. Lleva también el Inca un grueso collar de oro engarzado con enormes esmeraldas perfectamente talladas; anchos y pesados brazaletes del mismo metal, amén de los consabidos anillos. Como insignias de poder y de mando, el Inca lleva apoyado en un hombro una *curichaupiyoc*, una especie de segur o clava de oro, y dos serpientes, también de áureo metal, entre las manos.

En suma, entre el astro rey y el rey hecho a su semejanza se realiza una conjunción ideal que concluye por maravillar a los espectadores. Y el efecto psicológico resultante es tal que el pueblo cae de rodillas, presa de respetuoso temor.

Indiferente, al parecer, a tal exteriorización de respeto, el Inca, seguido de Waylla Wisa, el *Villac Umu*, se acerca al altar. Sobre éste es depositada un arca o tabernáculo que trae el Sumo Sacerdote, cubierto por un paño blanco con bordados incas de oro. Luego de prosternarse, el Sumo Sacerdote quita el paño. Aparece, en toda su magnífica y sencilla grandeza, una obra de artesanía sin igual. El tabernáculo es todo de oro y basalto y la sola visión provoca respetuoso recogimiento. En la parte frontal se ve una pequeña puerta, que el *Villac Umu* abre, en tanto el Inca mantiene una actitud erguida y rígida frente a la sagrada arca.

Atahualpa, en movimientos lentos y manteniendo siempre una actitud rígida, hace entrega al Sumo Sacerdote de sus insignias de poder y mando, que el otro recibe arrodillado. Luego introduce las dos manos en el interior del arca y extrae, sin prisa ninguna, un enorme disco de oro, que semeja al sol derramando sus vivificantes rayos. Tiene ojos de esmeraldas y la boca está marcada por una alargada piedra roja de refulgente brillo. Un rubí, sin duda.

La banda de músicos, con el conjunto de *pututus* como nota dominante, ejecuta una pieza mezcla de marcial y religioso, que los *huankaras* acompañan rítmicamente. El momento está señalado en el ritual por la aparición plena del sol sobre la línea del horizonte y ello es saludado con gran algarabía del pueblo pre-

sente, mientras el Inca eleva la efigie de oro sobre su cabeza y hace una leve reverencia, primero hacia el *Antisuyo*, luego al *Chinchasuyo*, después al *Contisuyo* y, finalmente, al *Collasuyo*. Es decir, el símbolo del poder sobre los cuatro puntos cardinales, sobre las cuatro partes del mundo incaico y denominado por ello el Tahuantinsuyo.

Los *tarpuntaes* y los *wallas* no permanecen ociosos. Apenas el rey vuelve a depositar el disco de oro en su custodia y el Sumo Sacerdote cierra y cubre el arca, aquéllos caen sobre un cordero blanco, pobre víctima expiatoria, y la degüellan de un certero tajo de cuchillo. Un walla recoge la sangre en un vaso de oro y cuando se llena, humeante todavía, se lo alcanza a un *tarpuntae*. Este toma el vaso con ambas manos y en actitud respetuosa se lo lleva al Sumo Sacerdote. Este, finalmente, se arrodilla y ofrece el vaso al Inca. Atahualpa, en una pose digna de admiración, eleva el vaso hacia el sol, en un simbólico brindis, y luego bebe, despacioamente. Acto seguido se repite exactamente la misma operación, sólo que el segundo vaso contiene chicha, que el Inca bebe con deleite después de haber brindado por su augusto padre.

La gran fiesta del Inti Raymi no ha hecho sino empezar. Siguiendo siempre el protocolo incaico, Atahualpa se encamina hacia el estrado donde se ha colocado un trono. Sentado en él con aire majestuoso y rodeado de favoritos y cortesanos, se dispone a ser testigo del resto de las ceremonias. Durante la mañana y la tarde se sacrificarán más corderos, cuyos colores de piel son simbólicos y así habrá blancos, vermellos, pardos, negros.

Apenas sacrificado el primer animal, el *Calparicuc* procede a examinar las entrañas, buscando leer en ellas el porvenir del imperio incaico. De pronto, el augur hace un gesto y movimiento de sorpresa. Denotando aprensión, habla con sus ayudantes. Se acerca el Sumo Sacerdote a indagar lo que ocurre. El *Calparicuc* se lo explica. Waylla Wisa se queda pensativo, preocupado.

—Que se queme la grasa y el *Vitapirico* ⁽¹⁾ confirme o no lo que has visto— dice.

El pueblo mientras tanto, se divierte. Hay comida y bebida en abundancia. El *taqui* ⁽²⁾ popular constituye parte del festejo. Ya formando parejas, o grupos, o ruedas, el pueblo baila y canta. Interrúmpese tan sólo cuando un nuevo animal es sacrificado. Este es un ritual sagrado e infunde respeto y temor. Temor que

(1) Augures.

(2) Danza y canto en honor religioso.

se justifica, porque antiguamente, antes de que llegaran los incas a implantar sus costumbres, sus métodos y su religión, las víctimas que se sacrificaban en los altares eran humanas, generalmente niños de ambos sexos.

Una vez sacrificados y quemados los corderos, los sacerdotes los llevarán a las *wacas* de los alrededores de la capital, y aún más lejos, a las *wacas* que se levantan a la vera de los caminos. Precedidos de *tarpuntaes* y de *curacas*⁽¹⁾ que asistieron a la ceremonia en Curicancha, comitivas populares irán por esos caminos, festejando el Inti Raymi y haciendo sus ofrendas en las *wacas*. En cada templo hallarán comida, coca y chicha en abundancia y de ese modo la gran fiesta se prolongará por espacio de un mes.

En la Curicancha de Quito, el Gran Sacerdote escruta el rostro del anciano *Vitapirico*. Este remueve la grasa quemada, la examina atentamente, los ojos estáticos, refulgentes como si en ello le fuera la vida.

—¿Qué dice el mensaje del *Shuanca*?⁽²⁾ —pregunta finalmente el *Villac Umu*, no pudiendo contenerse más.

Desde su trono, donde permanece inmóvil como un altivo dios de piedra, Atahualpa observa a sus *tarpuntaes*. No puede oír sus palabras, pero interpreta sus gestos. Mueve una mano, levemente. Eso basta para que Capani, uno de sus favoritos, un hermoso efebo, se acerque a Waylla Wisa. Este acude presto al llamado de su señor.

—¿Qué dicen los augures, *Villac Umullay*? — pregunta el Inca, en tono impersonal. — ¿Dicen quién habrá de sentarse en el trono del gran Pachacutec?... ¿Hablan de mis futuras grandes hazañas?

El Sumo Sacerdote mira al Inca con sorpresa, luego, inclinándose, responde:

—El Shuanca habló, pero no de ti, *Sapan Apullay*.

—Y de quién habló?

—Del dios del Inca Wiracocha... Sí, nuestros *laycas*⁽³⁾ han visto el rostro del dios barbudo...

—¡Oh!... —exclama Atahualpa, impresionado—. ¡El dios barbudo!

De antiguo corre una historia entre los incas. El octavo Inca, Wiracocha, tuvo un vívido sueño, durante el cual vio a un hombre barbudo que desembarcaba de una casa flotante. Sin imaginarse realmente lo que el sueño significaba, Wiracocha hizo construir un

⁽¹⁾ Alcalde o gobernador.

⁽²⁾ Espíritu encerrado en la grasa quemada.

⁽³⁾ Brujo.

gran templo de piedra, en Chavín. Y juzgando que aquélla había sido la imagen de un dios, la hizo reproducir en piedra y la levantó en el centro del templo. La estatua representa a un hombre de larga túnica, de barba. Lleva amarrado al cuello, con una cadena, un animal extraño, con garras de león y figura desconocida (*).

—Los *Villac Umu*, mis ilustres antepasados, interpretaron también el sueño de Wiracocha y predijeron que ese dios barbudo habría de venir durante el reinado del Inca número doce —señala Waylla Wisa —no poco impresionado—. Tu ilustre padre, Huayna, Cápac, fue el Inca número once...

—Gran verdad es... Yo o mi hermano Huáscar completamos la docena —dice Atahualpa, en tono pensativo—. Eso significaría que...

—¡El dios barbudo está por llegar a nuestras costas! —exclama Waylla Wisa—. ¡Y eso es lo que significa la visión del rostro barbudo por los augures!

—Y ese acontecimiento tendrá lugar pronto... En verdad, no debe asombrarnos. Las noticias que nos llegan del norte hablan de casas flotantes y de hombres barbudos.

—El augur resulta claro, señor. Es una advertencia... que recuerda otra.

—¿A cuál te refieres?

—Pachacámac, el Creador, mostró a tu insigne padre una luna envuelta en triple halo, uno de color sangre, otro verde y otro semejante al humo...

—Conozco la historia, pues mi padre hablaba a menudo de ella. Un *layca*, al cual hizo matar, le dijo que esa visión significaba... ¡Oh!... —Atahualpa se interrumpe, más impresionado que antes y mira al *Villac Umu* con ojos desorbitados—. ¡Oh!...

No dice más, pero su gesto es elocuente, de temor. El, que no teme a los hombres, tiembla ante lo sobrenatural. Con expresión que nada tiene de su fingida indiferencia anterior, mira al Sumo Sacerdote. Este asiente. Luego, en tono grave y salmódico, repite las históricas frases:

—“Pachacámac, el gran creador, el conservador y el destructor, te anuncia que serán destruidos tu familia, tu reino y tus súbditos... Tus hijos se harán una guerra cruel, la sangre real se agotará y desaparecerá tu imperio...”. —El sacerdote suspira—. Esas, señor, fueron las palabras del infeliz augur.

—¡Basta ya! —exclama Atahualpa, apretando los dientes, impresionablemente pálido.

(*) Esta descripción corresponde a la imagen de San Bartolomé.

El *Villac Umu* recula asustado, se inclina y se aleja.

Transcurren largos, largos momentos, antes de que el Inca haga un leve movimiento y hable en tono casi inaudible.

—Capani... chicha.

Pero Atahualpa debe vaciar muchos vasos de la deliciosa y dorada bebida antes de que consiga olvidar el notable incidente.

Las bacanales no tienen fisonomía propia, ni siquiera lenguaje peculiar. Se expresan del mismo modo, no importa la época ni el lugar, por medio de ademanes y caricias, de actitudes y posturas, antes que con ayuda de las palabras. En la época de Sodoma y Gomorra, o en la Babilonia de Nabucodonosor, en la Grecia pagana, o en la Roma Imperial, en tiempos de los Incas, o en la de los Luises, el caudillaje, la autocracia, el despotismo, la sensualidad del poder, trajeron como consecuencia la búsqueda de satisfacciones sensóreas que nunca se alcanzaban plenamente, lo cual a su vez provocó el envilecimiento y la corrupción.

Atahualpa, hombre de instintos primarios, es también fuerte, de constitución sanguínea y temperamento apasionado, amigo de comer, beber y holgar hasta llegar a límites increíbles. Es comprensible que sea afecto a las orgías. Mucho antes de morir su padre, a decir verdad, apenas se colocara la *huara* ⁽¹⁾ de la virilidad, se entregó a los placeres mundanos con todo el vigor de su juventud recién despertada. Huayna Cápac solía sonreír comprensivamente al enterarse de las hazañas de su retoño.

—¡Es la mejor prueba de que lleva la sangre pujante de los Incas! —exclamaba en tono satisfecho.

Lo cierto es que, si algunas limitaciones tuvo la conducta del príncipe, por respeto al autor de sus dfas, muerto éste ya no hubo traba moral o material a su agudizado instinto pasional. Rodeado de favoritos, amigos y parientes más o menos de su misma edad, de ambos性s y tan lascivos como él, Atahualpa se encontró en medio de una corte adicta y condescendiente que seguía con placer la inclinación del Inca a obtener, en los excesos bucólicos y sexuales, compensaciones y satisfacciones que ya no encontraba en el devenir de días grises de una existencia decepcionadamente simple y monótona.

(1) Pañete que envolvía la cintura y cubría por delante hasta el medio de las piernas.

La fiesta del Inti Raymi resultó el vehículo ideal para desahogar tales instintos. El Inca reinante ofreció por la noche una gran recepción en el palacio real, que resultó pequeño para contener a tan calificada y noble concurrencia. El pantagruélico banquete tuvo varias horas de duración, pero al mediar la noche se retiraron todos aquéllos que acudían por mero cumplimiento social. Poco después, Atahualpa se halló rodeado sólo de sus íntimos y favoritos y ya sin eufemismos empezó la gran bacanal.

Sin embargo, y contrariamente a lo que sucediera en otras recientes ocasiones, Atahualpa se ha convertido en espectador antes que en actor. Es verdad que tres hermosas y jóvenes damas se sientan junto a él y le prodigan besos y caricias capaces de despertar a un témpano de hielo del Ande, pero el monarca inca apenas si los retribuye. Le agrada más mirar, buscando un fácil incentivo a la risa, debido a las situaciones droláticas que le es dado observar a su alrededor: hombres y mujeres, ebrios de *azua* ⁽¹⁾ tanto como de lubricidad, que se revuelcan en las exteriorizaciones más crudas de la carnalidad, los hombres procurando vencer la débil resistencia de las mujeres y éstas incitándoles con los besos y caricias que les prodigan o dejando que contemplen sus encantos. La algarabía es general y las risas de las mujeres se confunden con las exclamaciones de los hombres que las codician. Algunos, ahitos de bebida y de sexo, cantan o declaman hermosos trozos de poesía quechua.

De tanto en tanto, el Inca ríe, sinceramente divertido. Pero en su misma risa se advierte un tono de tristeza. Por momentos se le ve poner serio y pensativo. ¿Piensa en el incidente ocurrido en la mañana con los *laycas*? Sí, a veces. Con mayor frecuencia su pensamiento se ve transportado a una imagen, sí, pero más hermosa y sugestiva que la del dios barbudo. Piensa, mucho, en Kcori Coyllur. No ha cesado de pensar en ella desde el aciago día en que resolvió abandonar el mundo. Por supuesto, sabe que eso no sería un obstáculo si él, como Inca reinante, resolviera convertirla en su esposa o en su amante. Pero Atahualpa ha dado su palabra de no cometer atropello tal. Y además de las razones morales, están las otras. El *Villac Umu* representa a un poder que, llegado el caso, puede destruir en un momento sus elevadas aspiraciones... Sin embargo, se dice el principio, tal vez haya un modo...

Y éste es el pensamiento que ha estado agitando la mente del Inca, substrayéndolo a la realidad de los gratos momentos que está viviendo. Mas llega un instante en que no puede soportar

(1) Chicha.

más la tortura. Y soltando a las tres gracias que se prenden obstinadamente de él, hace un ademán. Se acerca el favorito, Capaní, doncel cuyos gráciles movimientos envidiaría una gacela. Con ojos velados por la tristeza interroga en silencio a su señor.

El favorito va a buscar a los amigos del Inca, según la orden que él le ha dado. Y no tardan en acudir Ruminaki, Chalcuc-Chima, capitán de la guardia, Khiskhis y Curuchec.

—Elegid a dos de vuestros ayudantes de más confianza y venid conmigo —les dice el Inca—. Haremos una excursión... —Y como sus amigos lo miran con sorpresa, agrega, sonriendo—: He resuelto valerme de mi prerrogativa de rey... Iremos a la *aclahuasi*, ¡a buscar una hermosa doncella!

Los amigos de Atahualpa, todos jóvenes nobles incas, apuestos y de atlética y atrayente figura, estallan en exclamaciones de gozo. ¡Una aventura digna para cerrar con broche de oro la celebración del Inti Raymi!

Poco después, en efecto, un nutrido y selecto grupo encabezado por el Inca se presenta ante el portón de acceso a la *aclahuasi*, el cual les es franqueado sin tardanza y con muestras de sumisión y respeto. La propia *mamacuna*, de ilustre prosapia, acude a presencia del señor, a indagar el motivo de su inesperada aun cuando gratísima visita.

—Prima Cusi Chombe —le dice Atahualpa—, en la fiesta del Inti es una tradición que se le sacrifique una de sus vírgenes... Te ruego hagas una selección de ellas y las traigas a mi presencia, para elegir a la que sea digna de tal honor.

Es la tradición y la ley. Cusi Chombe, una matrona que aún conserva atributos de belleza y dignidad excepcionales, se limita a inclinarse, y a decir, en tono respetuoso:

—*Kamajnillay*, tu presencia honra esta casa y ella se ilumina con tu regio esplendor... Tus órdenes serán obedecidas al punto.

Los jóvenes incas esperan impacientemente en la espaciosa sala donde han sido conducidos. Atahualpa apenas puede seguir fingiendo indiferencia y despreocupación. Con ojos brillantes no cesa de mirar hacia la puerta. Sus amigos hacen jugosos comentarios y ríen. Esta noche, ciertamente, promete ser la más hermosa del año.

—¡Oh, preciosas vírgenes del sol, benditas seáis! —exclama Ruminaki, el más impetuoso.

Chalcuc Chima calla y observa la nerviosa actitud del Inca. Su rostro, de duras líneas, muestra preocupación. Por cierto, cree adivinar las intenciones de su regio amigo. Conoce la historia de su pasión por Kcori Coyllur. Ha venido a consumar su ardiente

deseo, ¡pero cuáles serán las consecuencias de su acto? Waylla Wisa no perdonará al ofensor de su hija y puede desatar una guerra intestina, apoyado por Cusi Wallpa.

—¡Padre Sol, ilumínale la razón! —se dice, pensando en el atroz vaticinio que signa el reinado del Inca número doce.

Al fin se oyen pasos, suaves, temerosos. La puerta se abre. La Mamacona aparece al frente de un grupo de seis jóvenes *nustas*, las más hermosas del claustro. La presencia de las vírgenes provoca las exclamaciones de asombro y deleite de los jóvenes incas. Los únicos en mantener un nervioso silencio son Atahualpa y Chalcuc Chima. Las jóvenes forman una apretada fila y aguardan la brutal sentencia con los ojos bajos.

Entre dos de ellas, indudablemente las más hermosas del grupo, a una ya la conocemos. Es Kcori Coyllur. Ella, que parece haber adivinado el porqué de la presencia del rey aquí, lo mira desafiante, altiva. Sus ojos brillan con un inusitado fuego. El fuego del holocausto, podría decirse, donde una vida promisoria pero rebelde prefiere la propia inmolación a la humillación. "Antes muerta que prostituida", dicen sus ojos negros, ardientes como ascuas, donde se queman sus lágrimas de fiera obstinación.

La joven que está a su lado, tan hermosa como ella, pero más alta y de cuerpo de generosas formas, irradia valor, energía y resolución por todos los poros. Parece no temer al Inca, antes al contrario, busca sus ojos con expresión desafiante. Ha tomado una mano de su compañera y se la aprieta significativamente.

—Aquí las tienes, *Incallay* —dice Cusi Chombe—. Son las flores más hermosas del jardín del Inti... Elige y complácete. Vosotras, hijas mías, alzad el rostro, orgullosas de vuestro feliz destino y que no os ciegue el resplandor del sol...

A juzgar por la actitud y el gesto de Atahualpa, una terrible lucha se está produciendo en él, entre el deseo ardiente, brutal, y el honor comprometido. La belleza de Kcori Coyllur, su proximidad, llenan su ser de un sentimiento posesivo que resulta doloroso e insufrible como una lanza clavada en el pecho. Y aun es posible que cediera al hechizo de esa presencia tan deseada, a no ser porque una segunda consideración refuerza sus reservas: su trono.

Se ha hecho un silencio de muerte en la sala, en tanto los jóvenes nobles esperan que el Inca se resuelva y haga su elección. Aquella pausa parece indicar sus dudas, pues todas, ciertamente, son hermosas.

Pero finalmente se adelanta hacia Kcori Coyllur. Su paso, sin embargo, no es resuelto como el de un rey cuyos actos están encubiertos por la inmunidad de su alto rango, sino más bien tímido.

De no tener tantos testigos de su debilidad, probablemente hubiera caído de rodillas delante de la joven, suplicándole la merced de su amor.

Kcori Coyllur, sonrojada hasta la raíz de los cabellos, cierra los ojos y da la impresión de ir a sufrir un vahído. Pero la mano de su compañera le infunde nuevo valor y consigue mantenerse de pie, erguida.

Atahualpa da un paso más. La lucha en su interior sigue siendo formidable. Un instante más de vacilación y todo estará consumado...

—No debo mostrarme débil —murmura para sí, cerrando también los ojos, como si deseara que la bella imagen desapareciera a su vista—. No debo comprometer mi trono por causa de una mujer...

Su proximidad ahora es tanta que los personajes de la muda escena se miran a los ojos, confundidos sus alientos, las fragancias, irradiaciones de los cuerpos jóvenes ansiosos de amor. Kcori Coyllur se mantiene aún de pie sólo por milagro del equilibrio.

Y entonces, dando muestras de un valor extraordinario, de una serenidad de espíritu admirable, Atahualpa aparta la mirada de la bella imagen y la clava en la otra joven.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Ima Sumac... —El tono, como la mirada, es altivo.

—Ima Sumac, bonito nombre, tanto como tu figura... Mereces ser la esposa del sol. Vendrás conmigo. —El Inca sonríe denodadamente, para ocultar su íntima sensación de frustración. Señala a las otras cuatro jóvenes—. Y vosotras también... Y vendréis ahora mismo. El palacio, vuestra casa, os espera.

Kcori Coyllur, la única repudiada, suspira débilmente, al borde del desmayo, pero una vez más Ima Sumac la sostiene y le da valor. La *mamacona*, que no ha percibido el hondo dramatismo de la escena, se acerca a la hija del Sumo Sacerdote y le dice, en tono admonitorio:

—Consúlate, hija mía, tus méritos son tan escasos que no deslumbran al *Napa runakunaj inkan*, pero acaso con el tiempo sean buenos para el rey-dios.

El Inca se aparta y después de dar las gracias a la Mamacona hace una leve señal a sus amigos, los cuales rodean a las fiestas como una escolta de honor. Luego de lo cual la brillante comitiva regresa al palacio. Es recibida con grandes explosiones de bienvenida, de augurios de placer para los hombres y de honor para las mujeres.

Atahualpa hace un aparte con sus amigos.

—Elegid entre las jóvenes que habéis traído —les dice, sonriendo con malicia—, exceptuando a Ima Sumac... Consideradlo mi regalo.

—¡El presente más maravilloso, *Inkallay!* —exclama Ruminaki, alborozado, mirando a una de las jóvenes.

—¡El más extraordinario que Inca alguno haya hecho jamás! —hace eco Khishkhis—. Tu regalo compromete mi gratitud eterna...

—La de todos —dice Chalcuc Chima, con sobriedad.

—No esperaba menos de vosotros... Ya hablaremos de ello, llegado el momento. Ahora id y divertíos... ¡y que la noche os sea placentera! —agrega el Inca, soltando la carcajada.

—Lo mismo te deseamos, *Inkallay...* Ima Sumac es hermosa como *Killa* ⁽¹⁾, la esposa del sol, digna, por tanto, de tu grandeza.

Se produce un revuelo y un criterio cuando los jóvenes *inka-runa* dan a las *ñustas* la noticia. Ellas quieren huir y aun se desesperan por el brusco y desilusionante cambio. Pero los jóvenes son guerreros, son fuertes y están animados de un deseo que nada, excepto el placer mismo, puede aplacarlo. Caen, pues, sobre sus inocentes víctimas y las cubren de besos y caricias, en un remolino de polleras coloridas y de cuerpos bronzeados que buscan afanosamente el máximo deleite. A los gritos de las *ñustas* hacen eco las risas de las otras mujeres, las experimentadas, y los juramentos de los hombres que envidian la suerte de los favoritos del rey.

Atahualpa se vuelve a Ima Sumac, a quien ha hecho sentar a su lado. El hermoso y bien formado cuerpo está en temblorosa rigidez, en palpitante tensión. La suerte de sus compañeras, que desvalidas e indefensas, y ya vencidas, se debaten aún en los brazos de sus iniciadores, parece morder dolorosamente sus carnes, lo que lleva color a sus mejillas y lágrimas a sus ojos. El Inca le alcanza la copa de oro llena del dorado y casi transparente líquido.

—Bebe —le ordena. Y luego, con intención—: A partir de hoy, tú y yo beberemos de la misma copa.

Ima Sumac no responde. Mira al Inca y luego bebe, sin hesitar. Parece buscar en la bebida el valor que siente declinar ante la proximidad del supremo instante. Pero Atahualpa no se precipita como los otros. Experimentado en todos los lances amorosos, sabe que el más grande placer no viene del forzamiento de

(1) Luna.

la voluntad ajena, sino de la coparticipación sexual plena y del mutuo goce.

Ima Sumac devuelve la copa.

—Gracias, *Inkallay* —dice—, por darme el honor de beber en tu copa.

—¿Estás contenta con tu destino? —pregunta él, luego de unos momentos de silenciosa observación.

—Si me lo ofreces con dignidad, sí.

—¿No es suficiente honor el haber sido elegida?

Ima Sumac sonríe con tristeza. Hace un ademán señalando a quienes los rodean, confundidos en abrazos manflotescos.

—Ellas fueron también elegidas —dice—. ¿Crees que hay dignidad en su suerte?

—Tuvieron su momento de gloria... La luna brilla un instante, luego se apaga. Es su ley.

—Yo no quiero ser la luna negra y triste, la abandonada, sino la estrella que siempre brilla al lado del sol.

—¡Ah, sueños elevados tienes!

—Señor, mi destino estaba hecho y me complacía con él.

—Eres sutil e inteligente, Ima Sumac —dice el Inca, luego de una pausa—. Supones que tienes derecho a merecer lo mejor de parte de quien cambia ese destino, ¿verdad?

La joven fiesta resiste sin replicar la mirada inquisidora y dominante del Inca.

—Comprendo —dice él, echándose a reír de buen humor—. Pero has de saber una cosa, *Nustakunallay* ⁽¹⁾, yo, el hijo del sol, puedo tomar y abandonar cuantas mujeres me plazca.

—Hay diferencia entre tomar y tener, señor.

—Podría tomarte, como ellos —Atahualpa señala a sus amigos, los cuales, habiendo obtenido un pleno triunfo en su primer avance, beben complacidos, mientras las que fueran vírgenes del sol sollozan avergonzadas en sus brazos.

—Sí, podrías hacerlo, pero no me tendrías —responde Ima Sumac, en un hilo de voz.

—¿Quién impediría que halle mi gozo en ti? —pregunta el Inca, entre curioso y mortificado.

—Esto...

Y la valerosa joven muestra un grueso y aguzado *yauri* de oro cuya punta, resueltamente, apoya en el desnudo nacimiento del seno, que asoma pundonoroso y palpitante entre los delicados encajes de la blusa.

(1) Princesa mía.

—Ah! —exclama Atahualpa, pasado el primer instante de estupor—. Das la impresión de ser una mujer de carácter y resolución.

—Lo soy, *Inkallay!*... Si loquieres, a tu vista lo hundiré en mi pecho. Y, por cierto, lo haré si intentas acercarte...

Y para probar su afirmación, con un brusco y rápido movimiento de su mano introduce la punta del *yauri* en la bronceada piel, dejando correr un hilo de sangre.

—Detente, *Nustallay!* —prorrumpió el Inca, asustado—. ¡No me acercaré a ti... si no loquieres!

Los dos jóvenes se miran. Con más detenimiento que antes. Los ojos inquisidores, penetrantes, se van suavizando en su expresión y fieraza. Hay un entendimiento tácito en los espíritus. Los sentimientos contrarios empiezan a ceder. Atahualpa termina por sonreir.

—Pero tú lo querrás ¿verdad? —pregunta amable.

—Si con tu favor me otorgas honor y... amor, sí.

—¿Por qué no?... Eres una mujer ejemplar, hermosa, de carácter resuelto. La mujer ideal para un Inca que posee también energía y visión de porvenir...

—Me aceptas entonces como estrella? —Hay leve temblor en la voz.

—Sí... Y créeme, hice mi elección desde el primer instante. En tu porte altivo, en tu belleza indómita, en el valor y la resolución que se ven en tus ojos, comprendí que tu espíritu hermano al mío y que somos el uno para el otro.

Ima Sumac, dominada por la emoción, baja los ojos. Instante en que Atahualpa se inclina para besar, respetuosamente, la pequeña herida que ella se ha inferido.

—Sí, serás la estrella que acompaña al astro refulgente en su ruta al céñit —murmura.

Por toda respuesta y en un ademán que denota su instinto de mujer tanto como sus ansias de amor, Ima Sumac atrae la regia cabeza y la apoya contra su palpitante seno.

Así queda sellado el destino de dos seres que vinieran a encontrarse, atraídos por esa misteriosa fuerza cósmica que atrae y une las partes infinitesimales de que se compone la materia.

CAPITULO III

La Castilla de Oro

Aún se mantiene el predominio de la selva, de la naturaleza virgen, enemiga del invasor, que impide el avance de las huestes civilizadoras. Como una trampa verde se cierra sobre el caserío en estado de formación. Y sus aliados son las miríadas de mosquitos asesinos, la malaria y las fiebres, la disentería, y otros muchos males desconocidos pero terribles, las fieras, los bichos ponzoñosos. Vano intento el pretender desalojar a los intrusos. La invasión no se doblega fácilmente. Nosotros sabemos cuál es su meta, la que le imbuye de una resolución de éxito en sus propósitos o de muerte en su intento. Eso la convierte en inmune contra todos los obstáculos. Nunca se ha demostrado más y mejor el espíritu ambicioso y combativo del hombre.

Pero el avance es lento y muy penoso. Se requiere, ciertamente, tener un alma bien templada para sobrellevar, no ya con valor, sino con resignación, la vida sacrificada, dura, cruel y a veces mortal. Es verdad que los barcos que regresan a España transportan cargamentos de riquezas fabulosas. Pero fueron ganadas a costa de ríos de sangre derramados en feroces luchas cuerpo a cuerpo con los indios, en proporción de uno a cien o más. Hazaña de cíclopes antes que de mortales comunes, capaces, sin embargo, de agrandarse contra la adversidad y los peligros mortales que acechan en el inhóspito ambiente.

Panamá, la capital de *La Castilla de Oro*, como se dio en llamar al istmo, ha sido fundada cuatro años ha por Pedrarias, luego de éste consolidar su poder de gobernador con el asesinato de Vasco Núñez de Balboa. Se alza junto a la Mar del Sur y está destinado a ser puerto de conquista. Tiene un buen puerto, donde

llegan las naves con la menguante hasta quedar en seco. El flujo y reflujo de este mar es grande y mengua tanto que deja una playa de más de media legua, pero cuando torna a henchir quedan las naves sobre tres brazas.

La ciudad tiene poco circuito, por causa de una laguna que la ciñe por el lado sur. Esta laguna no sólo despidre malos olores, sino que es malsana. La población está trazada y edificada de oriente a poniente, pero tan mal dispuesta que en saliendo el sol no hay quien se atreva a andar por sus calles, donde no es posible encontrar un poco de sombra, sin correr serio riesgo de violenta y fulminante insolación. Y este peligro es mayor por cuanto hace grandísimo calor y las gentes de ultramar no están acostumbradas a él. Cerca de la población corre un río que nace en unas sierras. Sobre sus márgenes se alzan granjas y estancias, regaladas a los primeros colonizadores. El generoso repartimiento de indios les proporciona toda la mano de obra necesaria para levantar esas plantaciones, donde se reproducen muchos productos de España, aunque en el país los hay otros muy buenos. En las estancias, con encomiable rapidez, se reproducen también los vacunos y las gallináceas.

Mas no todos los españoles tienen sus predios ni hacen laborar la tierra en beneficio propio y de la colonia. Demasiado impacientes o ambiciosos, esperan que se organicen nuevas expediciones de conquista para hacerse ricos de golpe. Por ello desprecian el trabajo de la tierra, aunque no sean ellos quienes lo hagan, por mezquino y poco productivo. Ignoran esos hombres que la riqueza obtenida con el trabajo y el tesón de la hormiga es la más sólida y saludable.

Son hombres de este tipo los que deambulan, nostálgicos y ociosos, por las callejuelas sucias y barrosas de Panamá. Están a la espera de una nueva aventura que los haga famosos y ricos. A eso han venido. A buscar la gloria, o la muerte. Este vivir en el limbo de la holganza y el vicio los fastidia y enferma. A llevar una existencia insípida sin perspectivas de cambio, se habrían quedado allá en Trujillo, en Sevilla o en Cádiz, donde por lo menos vivirían en la gloria de una miseria alegremente matizada.

Así piensan los aventureros que concurren asiduamente a la taberna de Maese Pedro, en procura de noticias de próximos embarques y de un vaso de vino generosamente dispensado. Siempre será posible encontrar un próspero colono que, nostálgico, viene a la taberna a recordar viejos y hermosos tiempos. Muchos de ellos ostentan heridas o mutilaciones de heroicas acciones. No son pocos los que padecen enfermedades que los llevan lenta pero

seguramente hacia la tumba. Para unos y otros, este reencuentro con el inmediato pasado les ayuda a olvidar un presente acaso angustioso. Eso los hace ser generosos con quienes poseen la riqueza de la juventud y la vitalidad, aunque anden sucios, barbudos y astrosos.

—¡Ah, quien tuviera vuestra salud para emprender nuevas e inolvidables hazañas de conquista!

—¡Y quien tuviera vuestra fortuna, para armar barcos y salir a la mar en busca de nuevos horizontes!

—¿No sabéis?... Por ahí of decir que el capitán Francisco Pizarro está armando un barco en sociedad con Diego de Almagro y el padre Hernando de Luque. Acaso ellos...

Y el aventurero no espera a oír más. Corre a buscarlos. La voz cunde. Son muchos ya los que van a la zaga de los dos capitanes, además de sus lugartenientes y ayudantes. Pero todo no pasa de ser agua de borrajas. Aunque es verdad que los dos capitanes son vistos juntos y con frecuencia.

—Hola, Diego... Buenas tengáis en Dios y María Santísima.

—Lo mismo te deseamos, Francisco.

—¿Y Marina, cómo anda de salud? ... ¿Y el pequeño Diego?

—Ahí va Marina, con sus achaques de mujer... En cuanto al pequeño... ¡Oh, si lo vieras! Está hecho un varoncito...

—Supongo que el bergante se te parecerá en lo apuesto y resuelto —nadie advierte en el tono de Pizarro otra cosa que amable interés por las cosas de su amigo.

—¡Sí, es verdad!... Estoy orgulloso de él —Diego de Almagro se hincha, ufano de su ventura como padre—. Algún día lo conocerás.

—Espero que así sea... Bueno, a lo nuestro, caballeros.

Y los grupos toman asiento, piden vino y empiezan las conversaciones, que siempre versan sobre lo mismo: la posibilidad de emprender una nueva campaña. Pero por veces esa posibilidad resulta tan remota que cunde el desaliento. La causal no es otra que la falta de medios para respaldar económicamente la empresa. Hacen falta muchos miles de *pesos en oro* para tamaña empresa.

La taberna de Maese Pedro hierva de agitación toda vez que los dos capitanes hacen allí una reunión de amigos. Hasta los que tienen muchos picheles de vino entre pecho y espalda se despabilan. Sólo el respetuoso temor que inspiran ambos capitanes impide que todos entren en la discusión, pero escuchan atentamente.

—...os repito que lo of con mis propios oídos —dice Pizarro con pausada gravedad—. El torpe mozalbete indio habfa volcado la balanza donde Balboa pesaba su oro. Colérico él llevó la mano

a su daga... El indio se arrodilló, pidió merced y para lograrla, dijo: "No os enojéis, señor... Yo conozco un país, allá en el sur, donde se come y bebe en vasijas de oro"... Lástima grande fue que perdí de vista al indio y creo que murió de fiebres.

—No hay duda —dice Diego de Almagro—, todas las referencias e informaciones nos llevan a lo mismo: existe un país, *El Dorado*, por esta mar y rumbo al sur. Y aceptado que así sea. ¿Pero es bastante?

—Ya vemos que no... Meses han transcurrido y no conseguimos convencer de esa verdad a quienes pueden ayudarnos con sus dineros bien o mal habidos...

—¿No lograsteis interesar al padre Luque?... —tercia uno de los presentes, un hombre alto, corpulento, barbudo, Bartolomé de Ruiz, experto marino, si los hay—. Lenguas se hacen quienes meten el palo diciendo que es varón santo pero amigo de guardar tela.

—Nos confesó que sus medios no son tantos y él tiene un amigo que se mantiene a cenceros tapados que puede ayudar, mas no será de manga ancha hasta no persuadirse.

—Persuadirle habremos, ¿mas cómo?

—Con hechos probados y no con visiones de locos...

—¿Locos nosotros?... ¡Voto a Cristo! —Y Diego de Almagro sacude un fuerte golpe sobre la mesa, haciendo saltar picheles y volcando su contenido.

Son proverbiales las explosiones de carácter tanto de Almagro como de Pizarro, ambos tenidos por muy valientes capitanes y, sobre todo tan resueltos y diestros con las armas que ni los más osados se atreven a contradecirles y menos a ofenderles. Se cuentan historias increíbles de ellos.

Trujillo, ciudad de Extremadura, en España, había sido la ciudad que le viera nacer a Francisco Pizarro. No se sabe exactamente en qué fecha, pero a juzgar por su combatividad, su vigor y ardor en la lucha, su admirable resistencia física, su tesón para soportar penurias ante las cuales otros sucumbían, por esta época debía hallarse en la flor de la edad, es decir, en la gloriosa década de los cuarenta, período de la vida en que tanto la capacidad intelectiva como la orgánica alcanzan su mayor auge, permitiendo que el ente realice hazañas no logradas en otros períodos. No sorprende a la historia que no se halle registrada fecha tan importante, pues Francisco era hijo natural y sabido es que pocos gustan de consignar el testimonio de sus faltas. Se sabe, eso sí, que su padre era cierto coronel de infantería que sirviera con alguna distinción en las campañas italianas, al servicio de Gonzalo

de Córdoba, el Gran Capitán, y cuyo nombre era Gonzalo Pizarro. La madre, de humilde condición, se llamaba Francisca González.

Se dice, y no se sabe de cierto, que aún en pañales fue abandonado frente a una iglesia de Trujillo, cuyo párroco entregó la criatura a unos porquerizos, para su crianza. De ello infirió, algún deslenguado, que había sido amamantado por una cerda, lo cual, seguramente, es una gruesa exageración. Lo que parece verídico, sin embargo, es que sus padres hicieron muy poco por él y su educación quedó confiada a la naturaleza. Así, pues, aprendió a ser porquerizo, pero ignoró siempre el arte de leer y escribir.

Pero que el joven Pizarro era hijo de un hidalgó hombre de armas, quedó demostrado por su juvenil interés, su pasión, más bien dicho, por las historias de conquistas y hazañas bélicas, particularmente de aquéllas que dieran lugar al descubrimiento del Nuevo Mundo, asunto principal en todas las conversaciones, incluso entre los porquerizos. Por hallarse en esa feliz edad de la juventud en que los sueños más hermosos matizan el duro o amargo presente, es de suponer que la ilusión de ser un soldado de la conquista, para obtener de ese modo riquezas y honores con los cuales pudiera deslumbrar algún día a sus hermanos —ellos eran hijos legítimos— y demás parientes, lo instó a abandonar el empleo de porquerizo y escapar a Sevilla. Este era puerto de embarque para las Indias y allí se daban cita aventureros de toda laya, bastardos, gentes de horca y cuchillo y, en fin, quienes por una u otra razón deseaban poner a la ancha mar de por medio entre ellos y sus perseguidores. El maravilloso país de El Dorado era su meta y cabe decir que ninguno lamentaba dejar el patrio suelo, y menos que nadie el joven Pizarro.

Se ignoran las fechas y las circunstancias en que tuvieron lugar su partida y su llegada a las tierras del Nuevo Mundo. Pero se sabe que encontrándose en la Española, sentó plaza en la expedición a Uraba, bajo las órdenes de Alonso de Ojeda, aquél que acompañó a Colón en su segundo viaje a Santo Domingo, hombre inquieto y aventurero cuyas hazañas son dignas de figurar en los libros de caballería. Es de suponer que Pizarro debía haberse distinguido ya, sino por sus luces, por su reconocido valor, por su temeridad más bien dicho, y por su buen juicio y discreción, lo que le valió el tener el ascendiente de Ojeda. Soportó como el mejor las penurias que sufrió la colonia San Sebastián fundada por Ojeda en el golfo de Darién y quedó como jefe de ella cuando su principal debió partir hacia las islas en procura de socorros. Rodeado de tribus hostiles, de enfermedades y calamidades sin cuento, entre ellas el hambre, Pizarro resistió allí dos meses más,

hasta que diezmados sus efectivos pudo embarcarse con el resto en una pequeña nave y escapar a Cartagena. Poco después llegaba allí Enciso, con dos barcos, procedente de Santo Domingo. Pizarro convenció a Enciso de regresar a San Sebastián. Al llegar a las costa, los dos barcos encallaron y estuvieron a punto de naufragar. Los españoles desembarcaron con las provisiones y cuanto habían traído y era menester para mantener la colonia, pero apenas pisaron tierra supieron que el establecimiento había sido totalmente destruido por los nativos. Necesario fue emprender la reconstrucción, tarea en la que se vieron dificultados por el continuo asedio de los indios, que los atacaban desde el bosque con flechas envenenadas.

Oculto en uno de los barcos Enciso había hecho venir al que luego fuera descubridor del Pacífico, Vasco Núñez de Balboa, que había huido de Haití porque allí su vida peligraba. Núñez de Balboa y Pizarro se hicieron grandes amigos. Núñez de Balboa llevó a sus amigos a la aventura de Darién, donde encontraron gloria y oro. Luego de la fundación de Santa María de Darién, Núñez de Balboa, acompañado por Pizarro, partió en la famosa expedición que daría lugar al descubrimiento de la *Mar del Sur*, después de avanzar por las tierras del istmo, plagadas de indios hostiles. Consiguieron vencer a todos ellos y apropiarse de oro, plata y perlas, que Núñez de Balboa, a su regreso a Santa María, envió a España, como un presente para el rey Fernando, junto con la nómina de territorios que habían anexado a la corona. El rey, que sentía aversión por el conquistador en virtud de las informaciones adversas que tenía acerca de él, obra de sus poderosos enemigos, recibió los regios presentes y como recompensa nombró a Pedro Arias de Avila como gobernador de esos territorios, cometiendo así un terrible acto de injusticia que culminó como sabemos, en la muerte ignominiosa de Núñez de Balboa. Francisco Pizarro había debido pasar a servir a órdenes del gobernador, no por consideración a él, sino porque el nombramiento venía del rey y servir a Pedrarias, según su leal entender, era servir a Su Majestad.

Después de la muerte de su gran amigo, Pizarro emprendió varias expediciones, siempre a órdenes de Pedrarias, las cuales sólo penurias, peligros y desilusiones como recompensa le dieron. Así lo encontramos en el año 1522, en Panamá, vejetando y añorando una vida que, aun erizada de peligros y vicisitudes, podía darle la fortuna y la fama que tan esquivas se habían mostrado hasta ahora. Porque poseer sólo un predio de tierra malsana cerca de la capital, con un repartimiento de indios, proporcionado al

valor de sus servicios, no era precisamente la recompensa que pensara encontrar al cabo de una existencia dedicada a dar a la corona honra y prez.

En cuanto a Diego de Almagro...

Sólo se sabe de él que es un soldado de fortuna, temerario como hay pocos. Nacido en Almagro, una ciudad de Castilla la Nueva, vino muy joven a la conquista de fama y fortuna. Se dice de él que no conoció a sus padres, pues se crió en la orfandad. Al igual que Pizarro todo su porvenir lo cifra en el afán de conquista y el coraje que lo acompañaba. Ha logrado nombradía y respeto gracias a que tomó parte activísima en sangrientos encuentros con indios inclementes. Supo ser un gran soldado, ahora es un buen capitán, de carácter franco y generoso. Es de los hombres que no buscan la fortuna por amor al oro, sino por el prestigio que da el ser rico. Su mano siempre está abierta para quien requiere ayuda o dinero. Pero es de genio fácilmente encolerizable y capaz de llegar a graves extremos cuando se siente ofendido; mas, como todo temperamento sanguíneo, se apacigua en cuanto ha dado rienda suelta a su enojo. Es comilón, muy inclinado a las mujeres, a beber y pasar bien el rato.

Hay poca diferencia seguramente en la edad de uno y otro, pero Pizarro se diferencia del hombre que lo ofendió mortalmente, sin ser castigado por ello, en que es alto y delgado en tanto que Almagro es más bien bajo y con tendencia a la obesidad. Cabello negro y abundante, barba abultada, caracterizan a Pizarro, mientras que Almagro tiende a ser calvo, aunque de barba poblada. El carácter de uno y otro se puede apreciar por el modo de vestir. Pizarro viste siempre de negro de pies a cabeza, con extrema sobriedad. Almagro luce ropas coloridas y aunque alejado del solar nativo, procura mantenerse al tanto de las innovaciones.

El emprender una grande empresa de conquista requiere del concurso de hombres excepcionales en todo sentido. Imbuidos ambos de un mismo espíritu aventurero, es natural que buscaran apoyo en hombres no sólo de prestigio, sino capaces de realizar por su cuenta acciones, bélicas o diplomáticas de gran envergadura. Hernán Cortés está dando un gran ejemplo, como antes lo dieron otros famosísimos conquistadores. Para Pizarro, lo menos que pueden hacer es emular las hazañas de aquél.

—Cortés, con visión y resolución puestos al servicio de una causa noble, está logrando conquistar al país de los mayas... Si no queremos uncirnos al carro del vencedor, seamos conquistadores como él, o más...

—Los medios, Francisco. Demos con los medios y la fortuna dejará de mostrarse esquiva con nosotros —responde Almagro.

Casi todos los días se repiten las escenas, y los diálogos. Viven de la esperanza y el cambiar ideas sobre el particular, aunque sean ideas viejas, los renueva y reanima. Tal vez obran impulsados por esa inquietud de superación que se advierte en los disminuidos, sea físico o anímico su defecto. El estigma de la bastardía obra en ellos como un tremendo acicate, tan grande como su ansiedad de oro. No obstante ello, les resulta forzoso esperar.

—Esperar, sofrenar el espíritu avasallador, puede resultarnos fatal —dice Pizarro reflexivamente—. Cualquier día de estos podemos caer en el abismo de la conformidad.

—Dime, Francisco, qué hacer, y meteré hasta el pomo la espada de mi impaciencia —replica Almagro.

—Gozas del favor de Pedrarias. Háblale, convéncele.

—Lo hice cien veces y bien lo sabes. Dará su consentimiento, dice, cuando podamos armar nuestros propios barcos.

—Bien sabe el indino que con cuatro maravedís no se compra un palacio. Decirlo y negarlo es lo mismo.

Hay un tercer personaje en quien los capitanes han depositado su esperanza, bien magra por cierto. Pizarro suele decir que resultaría más fácil ir al cielo con una pesada carga de pecados que obtener del padre Hernando de Luque su apoyo económico. El padre Luque es viejo conocido de Pizarro, pues ejerció como maestrescuela en la iglesia de Santa María del Darién. Hoy, como cura de Panamá, tiene notable influencia sobre todos los vecinos y gracias al favor que le dispensa el gobernador, puede servir de puente entre uno y otros, con algún beneficio de su parte. Aunque su oficio es religioso, se dice de él que es hombre de armas tomar y de gran iniciativa. De alguna más edad que los dos capitanes, se distingue por su propiedad de criterio y su sabiduría discrecional.

—Tened paciencia —replica con frecuencia a los apremios de sus amigos—. Mi amigo refrendará vuestra expedición en cuanto tengamos pruebas de que el famoso El Dorado existe.

—Pedís un imposible, padre Luque.

—No tanto... ¿Habéis olvidado a don Pascual de Andagoya?

Pascual de Andagoya partió algún tiempo antes, se dice que con apoyo de Pedrarias, en una expedición de reconocimiento al sur de Panamá. Se supone que su información resultará vital... si tiene la suerte de regresar. Mas los días, las semanas, los meses pasan, sin que se tengan noticias del expedicionario.

Hasta que un día...

El *Buenaventura* aparece en lontananza, confundiéndose con el gris acerado del horizonte, más allá de la Isla de las Perlas. Su inconfundible silueta llena de júbilo a los dos capitanes y sus amigos. Demasiado impacientes, toman una barcaza y en ella salen al encuentro del capitán Andagoya, conocido y apreciado de todos ellos por sus condiciones personales.

Recibidos por el bravo capitán, Pizarro y Almagro departen en su compañía por unas horas, en tanto el *Buenaventura* llega a buen puerto. La penosa situación en que vienen los sobrevivientes de la expedición no es bastante para aminorar el interés de los visitantes. Lo fundamental es saber si Tierra Firme, como se llama al Istmo, se prolonga tanto como para justificar la leyenda de El Dorado.

—En cuanto a eso, no quedan dudas —responde Andagoya, mientras saborea con visible deleite el vino que le llevaron como obsequio los dos capitanes—. Las tribus indias que visitamos hablan referente a un país extenso y muy rico, que se encuentra más allá del río *Virú*, habitado por hombres muy hábiles en la construcción de grandes templos y palacios de piedra. Se relatan historias asombrosas acerca de esas gentes. Viven entre montañas y usan hermosas y abrigadas ropas. El rey es un hombre muy sabio y poderoso, por cuanto dice tener origen divino. Lo maravilloso en esas gentes es el uso que hacen del oro y la plata, que les sirve tanto para adornos como para utensilios domésticos, lo que demuestra la abundancia que de ellos tienen. Dícese que sus mujeres son muy hermosas, de piel casi clara, y que los hombres son fuertes y aguerridos...

—¿Habéis conseguido ver a una de esas gentes?

—No, todo lo que sé acerca de ellas es por referencias de las tribus indias donde llegamos a ser recibidos como amigos.

—¿Hasta dónde habéis llegado?

—Anclamos en la desembocadura del río *Virú*... Continuar hubiera sido aventurado y peligroso, sin contar con elementos necesarios, especialmente provisiones, que se nos habían agotado. Además, sufri un serio percance al caer de un caballo mientras hacía equitación en presencia de los indios.

—¿Traéis alguna prueba material de la existencia de ese país montañoso o sólo se trata de habladurías? —pregunta Almagro, siempre rudo en sus expresiones.

—Quiero que veáis algunos objetos de oro y plata —El capitán Andagoya busca en un cofre y saca vasos y platos de regular tamaño y gran brillo, a cuya vista los dos capitanes enmudecen.

Examinan los objetos. También hay brazaletes y unas agujas

enormes. Oro y plata, sin lugar a dudas, aunque el trabajado es un tanto rústico, de repujado.

—En esa tribu vine en conocimiento de que las gentes del sur, empleando barcazas de troncos, llegan trayendo productos de intercambio: oro, plata, finísimos mantos y telas, que truecan por piedras preciosas, perlas y plumas vistosas...

—¡Habláis de piedras preciosas!

—Sí, he visto esmeraldas, rubíes e incluso diamantes. En cuanto a perlas, ni se diga.

—¡Lo que os dije! —exclama Pizarro, demudado por la emoción. —¡El Dorado!

—¿Y decís que ese maravilloso país se extiende al sur del río Virú?

Andagoya traza un burdo croquis y señala en él la ubicación del río Virú... *Virú, Pirú... Perú...* La sonoridad hace expresivas a las lenguas y las identifica. El nominativo *Virú*, transmitido por Pizarro y Almagro a hombres demasiado ansiosos en hazañas de conquista para reparar en la correcta fonación, al pasar de boca en boca, gradualmente, se va transformando, y por la escala de la fácil sonoridad de *Virú* pasa a *Pirú* y de ahí a *Perú*. Finalmente todos dicen *Perú* y la voz se hace familiar. De tal modo queda generalizado el vocablo. Los nombres geográficos tienen a menudo esta historia.

El padre Luque escucha atentamente la relación que le hace el capitán Andagoya. No quedan ya dudas sobre la existencia de ese país maravilloso donde es posible hallar tales riquezas y donde hay hombres tan industriales y capaces. Después de examinar las pruebas materiales de aquella valiosa información, promete hablar con su desconocido amigo y obtener el apoyo financiero de la empresa.

—Vosotros, entre tanto, hablad con el gobernador y obtened también su permiso —les dice a los dos capitanes—. Pero recordad que, si queréis lograrlo, señaladle que obtendrá cuantiosos beneficios sin arriesgar un castellano de oro... que no hay otro como él para rascarse pelo arriba...

El tácito acuerdo moviliza a los hombres. Corre la voz de que esta vez es cierto, que se aprestan barcos para una gran empresa. Los aventureros, en gran agitación, van de un punto a otro, en

procura de más noticias. La esperanza renace. Los hombres contemplan el horizonte meridional con ojos encandilados por el dorado resplandor. Junto con la transformación del nombre se produce la inmutación de la leyenda, que cada vez adquiere aspectos más hermosos y atrayentes. La abundancia de oro, plata y piedras preciosas, la belleza de las mujeres, son acicates más que poderosos para arrastrar a un espíritu andariego a la conquista de mundos de dorada fantasía. Y esa ansiedad, esa enfermedad, mejor dicho, se refleja en el húmedo brillo de los ojos, en el temblor de las aletas de la nariz. La fiera que hay en el fondo de todo ser se pone en acecho...

Llega el término del plazo acordado entre los tres hombres. Vuelven a reunirse en la casa parroquial. Las campanas, con su metálico tono, llaman a oración; pero el padre Luque sólo tiene oídos para otro son metálico, el de su ambición.

—¿Habéis logrado el permiso? —pregunta el clérigo, sin perder tiempo en cortesías, apenas se sientan junto a una mesa vacía.

—A regañadientes, sí —dice Almagro.

—Y con una condición —aclara Pizarro.

—¡Ya sabía que el indino impondría una! —prorrumpie el cura con desaliento—. Esperemos que no sea excesiva.

—Lo es según se mire... Padre, hay un barco a medio construir en el puerto —dice Pizarro—. Fue abandonado al morir Núñez de Balboa, que él y no otro mereciera el honor de emprender esta expedición, pues nació en su mente antes que en la mía...

—Abreviad, Francisco. En cuanto a esa barcaza, desmantelada antes de construida...

—Según Pedrarias, pertenece a la gobernación y, por tanto, a él. Y la condición es que la expedición salga en ella, ¡abonando previamente y en buenos castellanos de oro su valor real!

—¡El infame! —masculla el cura, echándose hacia atrás y aflojando la tensión.

—Lo mismo me dije, pero ¡qué queréis, estamos a su merced!

—Gran verdad es *y finis coronat opus*.

De todos modos, el padre Luque no parece muy afectado. Pero no abre la boca hasta que aparece una criada india trayendo una bandeja con vasos y un botellón de vino donde el sol se pinta con reflejos sangrientos. La criada, joven y bonita, se sonroja bajo la mirada de Almagro.

—¡Brindemos, bravos capitanes! —invita el cura, alzando su vaso—. ¡Por el éxito de la expedición!

La presencia de Pedrarias provoca un revuelo general, no tanto por el hecho en sí cuanto por el temor de que el gobernador revea su permiso al advertir precariedad e inseguridad en la nave, debido a fallas notables en la construcción. Mas, felizmente, Pedrarias es un ignorante en cuestiones de marinería como en otras relativas a un buen y honrado gobierno, de manera que se concreta a observar y asentir. Hace algunas preguntas ociosas que Pizarro o sus ayudantes responden con premura. Finalmente, el gobernador cree de su obligación decir algunas palabras a los hombres que van a emprender tamaña empresa y les endilga un pomposo discurso cuyo lema no es otro que: "...servir a la gloria de Dios, nuestro soberano Señor y a la honra de la católica cesárea majestad del rey". Cree necesario recordar, por último, que del total del beneficio que arroje la empresa, un quinto pertenece al monarca, por derecho legítimo.

—Y yo seré su más fiel depositario —concluye diciendo—, hasta tanto se arbitren los medios de enviárselos con premura.

La nave zarpará al amanecer. Aquella noche, los hombres de la *Esperanza* se despiden con una gran fiesta, en la que participa también la población. El vino corre con derroche pocas veces visto y se asan terneras y cerdos enteros. Pizarro y Almagro quieren deslumbrar y no hacen sino empeñarse más. Pero logran su propósito de convencer a muchos de que la empresa será un hermoso éxito. En los brindis, tan pomposos y vacíos como los del Pedrarias, se habla del honor de servir a Dios, a la corona, a sus graciosas y católicas majestades... Y ni una sola palabra respecto a los verdaderos propósitos que, sin embargo, están en la conciencia de todos, hasta del más infeliz de los capitanes de proa.

Luego, inevitablemente, a la fiesta sigue la orgía; a la alegría, la borrachera; a la amistad, el encono. La presencia de mujeres, algunas jóvenes y hermosas nativas, otras españolas venidas a menos en su tierra y aquí señoritas encumbradas y de gran precio, provoca el choque de las pasiones humanas que se desatan apenas la sangre se calienta un poco. Los que mañana combatirán juntos para salvar la vida, intentan destruirla ahora por causa de unas faldas y se van a los puños o a los puñales. Pero la ilusión de la empresa alivia los enconos y los amigos vuelven a ser amigos...

—Francisco, amigo mío, te prometí una cosa y no se dirá que Diego de Almagro es un echacuervos... Marina, acércate.

Francisco Pizarro se queda mirando a la mujer. Una terrible palidez, que la negra y poblada barba apenas encubre, desencaja ese severo semblante. Han pasado años, es verdad, pero allí está ella, como un fantasma surgido del pasado, hermosa aparición que

sacude las íntimas fibras de su ser. En los ojos de ella hay lágrimas de vergüenza y pesar. Pero procura conservar su dignidad.

—Vamos, acércale y trae al niño —ordena Almagro, torciendo su boca en una fea sonrisa.

Es para él la hora del triunfo. Nunca como en este instante saboreó con tanto placer el sentimiento de revanchismo que se agita en su naturaleza. Hace muchos años que conoce a Pizarro. Juntos han estado en numerosas partidas y mano a mano han combatido por sobreponerse a las penurias de la conquista. Juntos vencieron a los asesinos implacables de la jungla y a sus no menos peligrosos moradores, los salvajes y antropófagos caribes. Pero no importa cómo ni dónde, Pizarro siempre fue el primero, el más destacado, el más considerado, el más respetado. Todos los honores para él, siempre, como al gran señor. En tanto que otros, tan capaces y tan valientes como él o aún más, deben tascar el freno de la postergación. En la conciencia inculta de Almagro, el deseo de hacer sufrir al elegido el escarnio de la humillación extrema, ha sido tan intenso como su ambición de gloria y riqueza.

Tal es el significado del episodio de Marina. Y he aquí por qué está ahora ella frente al hombre que la amaba con sentimiento nunca conocido y que pensaba honrarla desposándola legítimamente, convertida en barragana, y en madre de un pequeño aunque hermoso bastardo. Y los ojos húmedos de Marina suplican no perdón, puesto que ella no cometió otra falta que la de nacer hermosa y deseable, sino comprensión.

Almagro saborea su triunfo, lo mastica deleitadamente.

—Como ves, Francisco, el pequeño Diego es vivo retrato de su madre, aunque se parece también a mí en el fuego de sus ojos, en el ceño de su frente, donde presumo se estarán gestando pensamientos tan inquietantes como los míos. —Y ríe cínicamente.

Tan conmovido que es incapaz de proferir una sola palabra, Pizarro deja de contemplar a Marina y posa los ojos en el niño. Este, a su vez, lo mira con aprensión. Ese rostro anguloso, marcado por una impresionante barba negra, le produce una especie de temor sobrehumano. ¿Adivina el odio inconfesado que ése hombre siente por él? ¿Presiente, en una de esas extraordinarias manifestaciones del alma humana, que entre él y el gran hombre existe un vacío abismal que será preciso colmar con sangre para que desaparezca el odio?

—Hablas el Evangelio, Diego, amigo —dice Pizarro al fin y en su voz no se advierte emoción alguna—. El pequeño se os parece a los dos tanto como para no dejar dudas de que es vuestra hijo...

La injuria, solapada, artera, queda flotando en el aire. Marina agacha la cabeza y toma a su hijo de la mano. A través de ella el pequeño Diego siente el estremecimiento de su alma y vuelve a mirar, esta vez desafiante, al hombre que es capaz de conmover hasta tal punto a su dulce madre. Marina, sin pronunciar palabra, se aleja tirando del brazo de su hijo.

Detrás de ellos, Diego de Almagro ríe, tanto para romper la tensión del momento como para justificar aquella actitud.

—¡Oh, Marina es de una timidez incurable! —exclama—. La presencia de los blancos la intimida... ¡y no sé por qué! Ella sabe que todos nosotros somos piadosos y buenos cristianos.

Los pensamientos inexpresados, como furiosos puñales en duelo, se cruzan. Cada uno de los dos personajes ve el momento bajo su propia impresión. Para Pizarro, a la mortal ofensa se agrega la injuria. Ofensas e injurias de esa clase se castigan de una sola manera: con la muerte. Para Almagro, su rival no ha sido aún completamente humillado. Hace falta destruirlo moral y físicamente. Todavía puede ver en esos ojos oscuros, cetrinos, el fuego del odio superior, y él cree que es necesario apagarlo, para siempre. No importa el cómo ni el cuándo.

—Francisco, bebo por vuestro feliz viaje... ¡Que encontréis ventura y gloria en él, y oro y plata para cimentarlos!

—Y yo brindo porque, lo que venga, lo compartáis con nosotros. No olvides, amigo mío, que sin vuestra pronta ayuda, no podemos ir muy lejos.

—¡Descuida, Francisco! Nos haremos a la mar en cuanto nuestro bajel esté listo.

Y los dos hombres brindan y beben, dando la impresión de ser los mejores amigos del mundo.

3

La *Esperanza*, nave de dos palos y dos castillos, bien equilibrada, demuestra buen navegar. Tiene dos velas rectangulares y un paño de forma latina en la mesana, lo que le permite facilidad de maniobra. Su estructura no parece apropiada para soportar grandes travesías, ¡mas no tenían la misma capacidad las carabelas de Colón? Y los armadores y carpinteros de Panamá, en eso de carenar barcos, no les van en zaga a los maestros de España. Pizarro, sino orgulloso, se muestra satisfecho. Según sus cálculos, tendrán que bordear la costa de Tierra Firme, hacia el sur y supone que, aun en caso de tormentas, eso no ofrecerá mayores riesgos.

Lo que el bravo capitán ignora es que la época elegida para emprender el viaje es la peor del año. En efecto, en noviembre, diciembre, enero y febrero, soplan fuertes vientos contrarios en la Mar del Sur. Las tormentas, muy frecuentes y temibles, azotan la costa ya sumamente castigada por continuas lluvias. Pero la impaciencia nacida de la ambición es ciega y precipita a los hombres, sin ellos saberlo, en una aventura de riesgos muy superiores a los calculados.

Al amanecer del día 14 de noviembre de 1524, al fin, la *Esperanza* zarpa. A su bordo va un núcleo de hombres tan resueltos como ambiciosos, para quienes peor que las penurias y los riesgos que los esperan en el descubrimiento de tierras salvajes e inhóspitas, es la certeza de un porvenir oscuro y pobre en colonias ya castigadas en demasía por la miseria moral y material en que se debaten.

En tanto la carabela se aleja, el clamor de la despedida va cediendo. En tierra queda un grupo de hombres cariacontecidos. Diego de Almagro y quienes han decidido compartir su suerte, parecen en verdad celosos de la ventura de sus asociados.

—Allá van, de la gloria en pos —murmura alguno de ellos—. Fama y fortuna, dicen, los esperan al término de la travesía...

—...y sólo retazos de ellas se preservarán para nosotros —concluye otro.

—No paséis la pena negra por ello —dice Almagro, en tono apagado que sólo puede ser oído por sus íntimos—. No por dejar atrás los vientos se ha de ganar la fortuna y la fama. Ellas vendrán cuando el camino haya sido desbrozado... —La risita resuena extrañamente, danzando con las sombras grises del amanecer—. Y Pizarro y los suyos llevan tal misión... ¿Comprendéis?

Risas apagadas, de satisfacción íntima, hacen eco a la del jefe. Luego, el grupo, silenciosamente, regresa a la ciudad, que empieza a bostezar en el voluptuoso amanecer tropical.

Francisco Pizarro no abandona el puente. Cruzado de brazos, erguido el rostro, mira, no hacia atrás, sino hacia la línea oscura de la costa lejana hacia la cual van. Una franja irregular, sombría, amenazante. Como el destino que los espera. Porque nadie sabe lo que hay delante, más allá de la línea brillante del horizonte. No se sabe, es cierto, pero alguien intuye lo que habrán de encontrar allí. Y ese alguien no es otro que Pizarro, el valiente visionario. En términos generales, la fisonomía de las nuevas tierras será igual a las que dejan atrás: bosques, cañaverales, pantanos, ríos, fieras, insectos, enfermedades... Todo eso y más ya lo conocen, lo han sufrido y experimentado en carne propia. Eso no es lo

importante, sino saber si esos hombres, agotados por anteriores penurias, por las guerras con tribus salvajes, por la miseria de una existencia sin premios a sus sacrificios anteriores, podrán resistir lo que de seguro habrán de sufrir de nuevo. De eso y no de otra cosa depende el éxito de esta expedición. Por eso es tan importante elevar, no su moral, sino su ambición. Porque sólo la ambición puede mantener en pie al hombre cuya moral ha caído. Y por más que digan en contrario los moralistas, no se conoce moral que pueda resistir lo extremo en el padecimiento físico.

—Allá vamos, país legendario donde el oro aflora en tu suelo, donde los guijarros son piedras preciosas y donde la belleza de tus mujeres eclipsa la de las más hermosas... Tu visión nos resplandece y nos impide ver la oscura realidad donde se asientan nuestros pies... ¡Quiera el cielo que tal resplandor nunca deje de acariciar nuestros ojos!

Una sombra alta y corpulenta se acerca. Es el piloto de la nave, Bartolomé Ruiz. Su barbado rostro impresiona por la rudeza de sus líneas.

—Señor, mi astrolabio y mi aguja imantada están prestos... ¿Qué rumbo seguimos?

—El sur... Siempre el sur, y sin alejarnos mucho de la costa.

—¿No creéis conveniente acercarnos a tierra?

—Evitadlo... Debemos llegar lo más pronto posible al punto desde donde Andagoya emprendió el regreso. Todo lo que pudo descubrirse antes lo hizo él.

—Tenéis razón, señor, ¡mas cómo sabremos dónde está la desembocadura del río Virú?

—Mantened a vuestro lado a uno de los hombres que haya acompañado a Andagoya y lo sabréis.

Descubrir, plausible anhelo. La cosa, sin embargo, no será fácil. La sola navegación por esas aguas visiblemente pacíficas constituye una verdadera hazaña, como pronto se habrá de ver. Pero nada detiene ni arredra a esos hombres. Es lo admirable en ellos. Que encubriendo su cruda ambición en conceptos un tanto vacíos, sean capaces de dar a éstos un elevado sentido.

dida, llena de sol. El ambiente es tropical y el aire está saturado de la fragancia de flores de incomparable belleza y color, y de emanaciones pantanosas. Aquí la población blanca es muy reducida, pero tiene la ventaja de ser un puerto donde la provisión de agua y de frutas es casi obligatoria. Pocas horas se demoran en cargar lo necesario y la pequeña carabela se hace de nuevo a la mar, en medio del clamoroso deseo de los isleños para que el viaje sea feliz y provechoso.

A partir de aquel momento, Pizarro se entrega a la misión de conocer a sus hombres e intimar con ellos. Sabe por experiencia que de ello depende el éxito o el fracaso de la expedición. Generalmente, los hombres que se sienten solos y abandonados a sus propias fuerzas, en los momentos de prueba se dejan llevar por la desesperación. Por tanto, de parte con sus lugartenientes y ayudantes y, a través de ellos, con la tropa. Con una visión superior, aquilata el valor de sus hombres. Bartolomé Ruiz, por ejemplo, es un experimentado marino e irreemplazable como piloto. Como segundo en el mando y posible sucesor de Pizarro, va Fernando Montenegro, un hombre joven aún, pero capaz, enérgico. Alguien con parecidos méritos es Alonso de Morales, hombre circunspecto, de saber y conocimiento que señalan su condición de licenciado, aunque él, por razones particulares, se obstina en ocultarlo.

Como la empresa es de cierta envergadura y es preciso llevar una cuenta detallada de las inversiones, los gastos y beneficios, como secretario-tesorero va un tal Nicolás de Rivera, hombre leal al capitán. Hay otros, muchos, que le son igualmente afectos y a quienes ha embarcado precisamente por tal circunstancia. Una gran parte son hombres maduros y tan experimentados como su capitán en cosas y sucesos de la conquista. Pero, naturalmente, los hay también jóvenes e inexpertos que, como única hazaña cumplida tienen el haber cruzado los pantanos y los cañaverales del istmo. La decisión y el entusiasmo de los últimos supera a la de los otros, pero bien sabe el capitán que la llamarada es mayor cuando hay más hojarasca, y que la verdadera fuerza del fuego está en los tizones.

Varios de esos jóvenes, sin embargo, se destacan por la sobriedad, la serenidad y el buen juicio frente a las dificultades o los problemas. Ciertamente, prometen ser buenos soldados de conquista. Son ellos —Pizarro ya no olvida sus nombres— Alonso de Molina, Gonzalo de Romero, Pedro de Candía y Antón de Carríon. A ellos se puede encomendar cualquier tarea, por difícil o fastidiosa que sea, pues la cumplen con buena disposición y alegre espíritu. Mas entre los veteranos no los hay menos leales

y bien dispuestos. La mayoría son responsables y realizan sus cometidos con el tesón y la perseverancia que ponen en todos sus empeños. Una cosa es evidente: todos los hombres, sin excepción, van con los ojos y el alma encandilados por el áureo resplandor de la esperanza. Los veteranos para ganar la batalla a la vejez miserable; los jóvenes para ganar posiciones de honor y riqueza que los convertirá en grandes. Ese espíritu ambicioso es necesario, lo sabe Pizarro, para alimentar el fuego de la conquista.

Con quien a menudo departe el capitán de negro es con Martinillo, un indiecito inteligente y despierto que trajera Andagoya en su último viaje. No sólo aprende el castellano con gran facilidad, sino que domina varias lenguas aborigenes. Pizarro lo lleva como intérprete y como maestro de lenguas.

Pizarro está impaciente por alcanzar el punto extremo, la desembocadura del río Virú, desde donde Andagoya emprendió el regreso. Por tanto, la *Esperanza* cruza el golfo de San Miguel y pone proa al sur, hacia el puerto de Piñas. Pocos días de feliz travesía les permiten llegar al punto en cuestión. Doblando el cabo en que se encuentra, los expedicionarios entran al fin en las aguas del río.

—¡El Perú!... ¡El Perú!... —gritan alborozados los hombres.

Mas la ilusión cede bien pronto su lugar al desencanto. Frente a ellos, las aguas oscuras y barrosas se introducen profundamente en la tierra boscosa y de aspecto impenetrable. La jungla, hosca, los contempla desafiante en su impasibilidad. Ni una mísera choza a la vista; ausente todo signo de vida humana. Sólo la vida salvaje en su plenitud. Hasta el espíritu más templado se siente empequeñecido ante tanta y hostil grandeza.

Un rápido sondeo demuestra la naveabilidad del río, cuya anchura, por otra parte, no ofrece peligro para la nave.

—¡Proa hacia levante y Dios nos proteja! —exclama Pizarro, enardecido, sacudiendo la paralizante desilusión de sus hombres.

Y la nave avanza, lenta, cautelosamente. Armados y en pie de guerra, los expedicionarios escrutan ansiosamente las tupidas y verdes orillas, por donde resbalan perezosamente enormes saurios, que agitan temiblemente sus poderosas mandíbulas y sus no menos potentes colas. Pero no hay vestigios de salvajes. Sólo la sinfonía de la jungla aturde los oídos como lleva aprensión al espíritu. Estridentes reclamos de aves invisibles, gruñidos de caimanes hambrientos, chillidos de monos, rugidos escalofriantes de fieras escondidas, silbidos apagados y estremecedores de reptiles cuyas horribles y achatadas cabezas cuelgan de ramas tan gruesas y jaspeadas como sus enroscados cuerpos.

Los hombres, incluso los más experimentados, tiemblan a la sola visión de la cada vez más sombría e impenetrable jungla. Por momentos el imbalanceado avanzar de la carabela se hace más lento. Plantas submarinas de ramas ondulantes y tan gruesas como el brazo de un hombre impiden su libre paso. Pero el capitán de negro no ceja. Tiene los ojos fijos en las inhóspitas márgenes. No se resigna a creer que están deshabitadas. De ese modo, la *Esperanza* adelanta por el camino de la desilusión, lentamente, una, dos leguas. Pero el río se ha estrechado peligrosamente; decrece su profundidad. Y por si fuera poco, las lianas aumentan, cruzando el río de una margen a otra, formando poderosa barrera cada vez más infranqueable.

Pizarro ordena fondear. Luego, cubierto con su armadura, espada en mano, resuelve desembarcar. Ordena que lo sigan todos los hombres, excepto los de la marinería. Deben ir bien armados. Esta es una exploración en regla. No se sabe lo que habrán de encontrar en tierra firme y es preciso estar preparados a todo.

Y los expedicionarios desembarcan. Aturdidos, atontados, incrédulos, contemplan la maraña de la jungla. De pie y frente a ella, el hombre se siente tan disminuido como ante el universo. Es la naturaleza virgen, inmensa en su simplicidad, la que está allí, con su ejército de troncos armados de agudas lanzas, prontos a impedir el avance del invasor. El suelo es impasable, pantanoso debido a las frecuentes lluvias y donde los pies se hunden. Arbustos, ramas y árboles caídos, lianas entrelazadas, dificultan el paso, y por debajo del grueso lecho de hojarasca putrefacta se siente el arrastrar de bichos y reptiles de repulsivo aspecto. Todo esto amilana a los más valientes.

—Por aquí no pasará un conejo asustado —masculla un veterano—. ¿Y el capitán pretende que lo hagamos nosotros?

—¡Tomad las hachas y cuchillas! —ordena el capitán—. ¡Abríos paso y seguidme!

Y da el ejemplo con el ardor de su fuerte y musculoso brazo. Lentamente se abre paso a través de la tupida y cruel maraña. Lo sigue un grupo de hombres, el más resuelto, tan ansioso como el jefe de gloria y fortuna.

En las ardientes pupilas de esos hombres hay reflejos dorados, verdes y bermejos. Son el oro, las esmeraldas y los rubíes de la ilusión... Ilusión, poderoso estímulo en las horas inciertas y negras del hombre. Sin ella, el mundo estaría en sombras y despojado como en la Edad Oscura...

CAPITULO IV

Los conquistadores del infortunio

Los hombres, tambaleantes, ciegos, debido al picante sudor que les entra en los ojos, caminan como autómatas. Pocas horas han transcurrido desde que el denodado y pequeño ejército de Francisco Pizarro desembarcara, y sin embargo, ¡cuánta diferencia con aquellos hombres de ojos encandilados por dorados fulgores! Estos que van a tientas, tropezando, cayendo, exhaustos, las ropas hechas jirones, arrastrando a cuestas su pesada armadura y sus armas, enlodados hasta el cuello, muchos ya descalzos, en nada se parecen a los valientes que llenos de ilusión y esperanza dejaran su nave para internarse en la jungla. Es que todo primer choque resulta brutal, doloroso. En esta ocasión, el hombre ha sido lanzado contra la muralla espinosa de la verde y hostil maraña y luego del impacto cae gimiente, sangrante.

—¡Adelante! —ordena Pizarro, señalando con su espada el cerrado camino y adelantándose. Podría agregar: “;Por Dios y por el rey!”, pero dice algo mejor—: ¡No desalentéis!... ¡No tardaremos en encontrar una ciudad india y en ella montañas de oro y de piedras preciosas!

Muchos abandonan el precario refugio y siguen a su jefe, el del brazo incansable, el de la decisión implacable, el primero siempre en romper la virginidad de la hostil maleza. Pero no son pocos los que no pueden seguir. Tienen los pies sangrantes. El cuero de los viejos zapatos se ha destrozado con el lodo. Han debido caminar descalzos en el sendero sembrado de ramas espinosas y astilladas. Algunos se arrastran suplicantes. No quieren morir allí; temen a las fieras, a los reptiles. Sobre todo, temen a lo desconocido. Algunos reciben auxilio, y se los alienta y consuela. Pero eso es todo lo que puede hacerse por ellos. Cada uno debe ver por sí. Es la cruel ley de la conquista que no conoce otras leyes que las impuestas por las necesidades, los problemas y los peligros que van surgiendo a medida de su avance.

Los abandonados a su suerte gimen dolorosamente, alentados por la remota esperanza de un pronto y feliz retorno. El grueso del pequeño ejército sigue su marcha. Se renuevan los grupos de hacheros y cuchilleros que van desbrozando el monte. El único que no abandona su puesto es Pizarro. Mantiene la vista clavada en el fondo de la jungla, esperando, ansiendo ver un claro que denote la presencia de una población. Los golpes de hacha, de cuchilla, de alfanjes moriscos, continúan cercenando la vida vegetal y abriendo un cauce a la ambición del hombre.

—¡Cuidado!...

Alguien da un salto prodigioso y cae sobre un compañero que va adelante y lo derriba. Otro salta y empieza a descargar furiosos golpes contra la maleza circundante. No son pocos los que se alejan, en un principio de pánico que no consiguen dominar, porque no saben qué ocurre. Y entonces alguien alza, en la punta de una espada, la cabeza decapitada de una serpiente. No falta quien ríá nerviosamente. Uno de los caídos intenta hacer levantar al otro. Debe dejarlo. Está vomitando; de miedo.

La columna prosigue su marcha. Es desesperante la lentitud con que debe hacerlo. ¿Qué distancia los separa del barco? Imposible precisarlo; pero a pesar de que hace horas y horas que marchan jungla adentro, se tiene la impresión de que el río no está lejos.

Ahora es un grito agudo, taladrante, el que horada la jungla y estremece a los hombres. Estos se detienen y miran hacia atrás, demudados. ¿Qué ha ocurrido?... Y quien lanza aquellos gritos estridentes, estremecedores, es uno de ellos, uno de los que quedó atrás.

—¡Molina, de Candía, Antón, id y ved que ha sucedido! —ordena Pizarro, comprendiendo que estos aconteceres minan la resolución de sus hombres—. ¡Vaya modo de desgañitarse! —agrega en tono burlón, para restar importancia al suceso.

Pero los nombrados, y otros que los siguen, cubren a la carrera el sendero abierto en la maraña y regresan al lugar donde dejaron a los impedidos, a los heridos. No tardan en tropezar con uno de ellos.

—¡Allí!... ¡Allí!... —grita despavorido el infeliz, señalando, mientras se arrastra por el suelo en un fútil intento por huir a lo espantoso.

Los gritos ya no son tales, sino ahogados estertores, en la raíz de los cuales, sin embargo, se advierte todavía el timbre peculiar del horror hecho sonido.

Incluso los más valientes refrenan su paso. No han visto nada

aún, pero presienten lo peor. Hay agitación, lucha al parecer, entre la maleza. Molina se adelanta y con la punta de la espada, temerosamente, aparta las tupidas ramas. Lanza un grito ahogado y retrocede. Ha perdido el color. Los ojos, desencajados, siguen mirando el enramaje.

Candía y Antón se adelantan a su vez. Apartan las ramas. Miran, y entonces sus juveniles y pálidos semblantes, máscaras de lodo y sudor, se estereotipan en el gesto del espanto.

Lo que ven no es para menos. Uno de los hombres, herido en los dos pies, se había apoyado en un tronco, para descansar mejor. La sangre de sus heridas atrajo a una hormiga exploradora, roja, grande como un grano de maíz. Eso fue suficiente. Instantes después, centenares, miles de hormigas atacaban al infeliz y se introducían en su cuerpo por todos sus orificios, llegando así hasta sus mismas entrañas y devorándolo todo... Cuando sus compañeros llegaron el cuerpo aún se retorcía con vida, aunque ya empezaban a aparecer los huesos descarnados, a través de la masa roja y movediza.

Quince minutos después, un desmoniado y todavía sangrante esqueleto, cubierto de andrajos, se apoya en el árbol. Los testigos del horror, demudados y cadávericos, no tienen alientos ni para quitar los ojos del espantoso espectáculo.

—¡Por Dios, por vuestra madre, por lo que más queráis, no nos abandonéis! —suplican los impedidos y heridos, presa de pánico, arrastrándose detrás de los que, luego de haber presenciado el horror, retornan a la columna.

—¡Nada podemos hacer!... ¡Valeos por vosotros mismos! —responden ellos.

Eso basta y se produce el milagro. Los vencidos por la fatiga, por la desesperanza, por el esfuerzo y las penurias, por sus heridas, se incorporan y dejando sangrantes rastros siguen a la columna. La lección ha sido ejemplarizadora. Todo, todo... ¡menos sufrir una muerte tan atroz!

Transcurre el segundo día. Imposible saber dónde están ni a qué distancia de la *Esperanza*. Han encontrado un pequeño claro, de suelo pantanoso y cubierto de paja cuyas hojas cortan como cuchillas. Allí tratan de reponer energías. Porque hasta los más tenaces, como Pizarro, deben rendirse físicamente, aunque su ambición se mantenga intacta. Pero dos días de marcha y una noche

de pesadilla han sido suficientes para poner a prueba su valor y tenacidad.

—Debo confesarlo, continuar es una locura —dice el capitán de negro—. Esta maraña es interminable y si nos introducimos más en ella corremos el albur de extraviarnos y perecer de hambre y de sed... sin contar las otras posibilidades. Habremos de regresar al barco.

—¿Juzgáis deshabitada la región, capitán? —pregunta Monte negro.

—Fue un error no apreciarlo así desde el principio... ¡Esta es una boscosa maraña que imposibilita toda vida humana!

—Capitán —señala Nicolás de Rivera—, los hombres murmurran. Dicen que ésta es una trampa mortal, que si tal es el Perú, no vale ni...

—Calla, creo saber lo que piensan —dice Pizarro.

Conocedor de la naturaleza humana, les habla en el momento más propicio, cuando han descansado lo suficiente y llevado al estómago algún alimento del escaso que les queda. Les dice que no deben desalentarse tan pronto. Indudablemente, aquella triste región no puede ser y no es el Perú, el fabuloso El Dorado que han venido a buscar. Al incursionar en aquella jungla, él suponía hallar algún vestigio sliquiera de ese reino. Pero al no encontrar nada, es de suponer que está más allá. Eso es todo. Pronto podrá demostrarles, con hechos, que sus cálculos son correctos.

Emprenden el retorno con renovados bríos y contentos de abandonar esta sombría selva donde la muerte agazapada espera... Y todavía tienen oportunidad de contemplarla, estremecidos. De los cinco o seis hombres rezagados, sólo encuentran a cuatro todavía vivos. El cadáver de un quinto aparece, atravesado por su propia espada y medio comido por las fieras y alimañas de la jungla. El sexto ha desaparecido y aunque Pizarro ordena que lo busquen en los alrededores, no encuentran vestigios de él.

Por fin, en la tarde del cuarto día, los expedicionarios avistan el río Virú y mciéndose suavemente en sus aguas turbias a la *Esperanza*. Indescriptible júbilo se apodera de ellos, no obstante su fatiga y las deplorables condiciones físicas en que se encuentran. Los que quedaran en el barco apenas pueden dar crédito a sus ojos. Resulta increíble el cambio operado en los expedicionarios en tan poco tiempo. Su desencanto no es menor cuando se enteran que no han encontrado nada.

—El capitán está empecinado en continuar —comenta alguno de los expedicionarios— y su empecinamiento ha costado ya la

vida de tres hombres... En lo que respecta a mí, ¡sólo cuando meen las gallinas volverán a meterme en la jungla!

La *Esperanza* sigue la corriente y poco después llega a la desembocadura. Pizarro ordena continuar hacia el sur, costeando, lentamente, para no perder la posibilidad de hallar signos de vida humana. Mientras tanto, los expedicionarios se reponen de las terribles impresiones sufridas durante la corta pero inolvidable marcha.

La carabela recorre así algunas leguas. Pizarro, en el puente, no suelta el catalejo. La vida a bordo ha vuelto a ser la misma de antes y los hombres, ya repuestos y en trance de curación, ansían quebrar esta monotonía asfixiante. Durante las noches se recogen las velas y se deja que la nave vaya por su cuenta. Se teme que de continuar el viaje como lo hacen de día pase desapercibida alguna ciudad india. Pizarro piensa y sostiene que no deben estar lejos de una.

Una mañana, mientras otea la costa, el capitán cree advertir un claro en la línea oscura de la selva. Resuelve anclar allí. Luego se prepara un bote y se dirige a tierra, acompañado de varios hombres bien armados. Una somera inspección del lugar da cuenta de que el claro responde a una conformación del terreno, gradualmente empinado y por donde baja un arroyo de aguas cristalinas. Y eso es todo. No existe el menor vestigio de vida humana. La hosca visión de la selva impenetrable se extiende más allá, hasta que la vista se pierde.

—Al menos encontramos agua potable en abundancia —dice Pizarro, para ocultar su desazón—. De paso, cargaremos leña... Que algunos hombres vean si pueden cazar algo, pero sin alejarse demasiado.

Están allí pocas horas y la carabela se hace de nuevo a la mar. La presencia de algunas rocas que afloran por encima de las aguas azules induce a creer que puede existir el peligro de un encallamiento, por lo que el capitán ordena internarse más en el mar, aunque siguiendo siempre el mismo rumbo. Así viajan tres días.

Después de un día de cielo intensamente azul y despejado, en el horizonte del poniente, al caer el sol, se forma una gruesa línea violeta que gradualmente se enciende hasta que un penacho encarnado le da cima, encendiéndo el cielo con vigor y colorido pocas veces visto. El espectáculo es sencillamente magnífico, impresionante. El cielo y el mar pintados con gruesas pinceladas de color escarlata de varios tonos que terminan por diluirse en

un brillante fuego. Se tiene la impresión de que el mundo ha empezado a incendiarse por el extremo occidental.

—Si no voy fuera de trastes, presumo que pronto tendremos aguas gruesas o alguna cosa peor —comenta el piloto Ruiz.

Pizarro, a su lado, frunce el ceño. Mas no arriesga comentario. Bastante difíciles están las cosas con la continua disminución de las provisiones para inquietar a los hombres con semejante perspectiva de tormenta. No son pocos, incluyendo a él mismo, que estiman como muy precaria la resistencia estructural de la carabela.

Durante la noche del tercer día después de haber cargado agua y leña, no hay presagio alguno de tormenta. El cielo, magnífico, se mantiene estrellado hasta que asoma el alba al naciente. Entonces, un tanto sorpresivamente, empieza a soplar un vientecillo cuyo único objeto parece ser arrastrar jirones de nubes por el cielo. Pero al salir el sol el firmamento está totalmente cubierto, en tanto que el viento arrecia. A partir de este momento, no quedan ya dudas de que una tormenta es inminente. Gruesas nubes negras cuelgan sobre la nave y se profundizan al poniente. De rato en rato, violentos cintarazos de fuego intentan cortar la oscura masa, en vano.

El piloto Ruiz y algunos experimentados hombres de la marinería escrutan ansiosa y continuamente el mar y el cielo. Rostros preocupados asoman por doquier. El oleaje aumenta por momentos y la nao se agita en medio de un creciente crujir de su madraramen.

—¡Recoged los paños! —ordena Ruiz—. ¡Despejad la cubierta!

Mas es necesario que Pizarro refrende esta última orden con la energía necesaria. Nadie quiere quedarse en la bodega o en la sentina, mientras el temporal arrecia. Nadie lo expresa aún, pero el temor de morir como ratas ahogadas exaspera a los más calmados.

—Ruiz —pregunta el capitán alzando la voz por encima del viento—, ¿no creéis prudente acercarnos a la costa?... ¡Anclar, tal vez?

—¡Sería funesto hacerlo!... ¡El viento puede arrojarnos contra las rocas! —La voz se pierde en el fragor encañonado.

Los cintarazos de fuego aumentan y se acercan, con el rugido de mil cañones juntos de los truenos. Las aguas, gruesas, oscuras, se agitan cada vez con más fuerza, azotando la quilla de la carabela y amenazando arrojarla a las profundidades. Sólo el brazo fuerte y experimentado del piloto mantiene a la nao en posición ideal defensiva, impidiendo el desastre. Inundado del

agua del mar, erguido junto al timón en cuyas aspas crispera los pufios, su descubierto y barbado rostro modelado en duras y sin embargo apuestas líneas, el bravo piloto parece un dios de las aguas en el momento de imponer su fuerza sobre ellas. ¿Mas cuánto tiempo podrá resistir el hombre esta desigual lucha con los elementos desatados?

Y por fin, poco antes de mediodía y cuando sorpresivamente parece haberse cerrado la noche por lo oscuro, se abre el cielo en un combado embudo y entonces, en medio de una intensa lluvia de rayos y centellas, cae la tormenta en forma de cataratas de agua que el viento encajonado arroja horizontalmente, hacia la costa. La *Esperanza*, un débil cascarón entre dos fuerzas en choque, se sacude intermitentemente, próxima a destrozarse, a desintegrarse bajo la terrible presión del viento y de las aguas que caen sobre ella. Y así se la ve, en medio de la mar furiosa, ora en la cúspide de una encrespada y gigante ola, ora en el fondo de un abismo increíble. La heroica carabela, excepto por el bravo piloto que aún la domina, ha sido barrida en su cubierta. Ni el más osado de los conquistadores se atreve a sacar la cabeza fuera de la bodega o de las cámaras donde buscan precario refugio, aunque allí el suplicio no es menor. Hombres y objetos sueltos ruedan y chocan entre sí, en medio de juramentos y maldiciones temerarios.

Mientras tanto, peligrosamente inclinada por la presión del viento y el empuje de las olas, la *Esperanza* parece ir a la deriva. Montañas de agua barren sus cubiertas. Pero no es cierto. Ruiz, atado al timón, gobierna éste con férrea mano y no hace sino mantenerse equidistante de la costa.

El viento y la lluvia siguen rugiendo por horas y no parece llegar nunca el apogeo de la tormenta. Así llega la tarde y luego asoma la noche. Los expedicionarios, aun en medio de sus maldiciones, se arrodillan y elevan sus preces al cielo. Si la tormenta continúa durante la noche, como parece cierto, el desastre será inevitable. O la carabela se hundirá, arrastrada por las olas, o se desencuadernará por presión exterior o finalmente irá a estrellarse contra las rocas de la costa.

La convicción de que está por suceder una de estas tres cosas induce al capitán Pizarro a salir de su temerosa actitud de espera. Elige a dos o tres de sus hombres, los más robustos y fuertes. Con ellos y los hombres de la marinera que ha elegido el propio Ruiz para el relevo, será posible controlar el timón. El piloto, cuya resistencia física es admirable, les dice lo que deben hacer y cómo.

—¡Evitaréis que se rompa el timón o estaremos perdidos! —les grita finalmente, venciendo con su vozarrón el fragor del viento y de la lluvia.

De ese modo, dos hombres atados al timón unen sus fuerzas para dominar aquel loco vaivén provocado por las olas y el viento huracanado. En medio de las sombras crecientes, el rugido del mar parece terminar en estremecedoras carcajadas. Dos hombres inexpertos, ciertamente, son pocos para dominarlo.

En la cámara del capitán, Ruiz procura vencer su agotamiento con un enorme vaso de vino caliente. Luego se desploma y cae en un agitado sopor. Pizarro, el ceño adusto, contempla la cerrazón del mar y del cielo, quebrada frecuentemente por los rayos, mientras cerca de él, su tesorero, Rivera, reza de rodillas, el rostro hundido temerosamente entre las manos. Montenegro, hosco pero sereno, espera. El todo o la nada, dice su adusta expresión. Morales escribe y registra sus impresiones en la bitácora.

Un ruido sordo, subterráneo, distinto, alarma a los cuatro hombres. Se miran, preguntándose en voz sin palabras el origen de "aquellos". Parecen golpes contra el maderamen y las cuadernas. ¿Acaso la desintegración?

—El ruido proviene de abajo —dice el capitán—. Montenegro, id a ver qué sucede... —La voz, pausada, no hace juego a la impresionante palidez del rostro.

Montenegro sale, sin temor. Ni el viento o la lluvia, ni la tormenta, ni la noche, ni las olas, tremendas en su fuerza de empuje o arrastre, lo arredran. Sosteniéndose precariamente de cuanto puede, se encamina hacia la primera escotilla y consigue caer en su interior un segundo antes de que una furiosa ola se lo lleve consigo.

Su caída resulta providencial. Los hombres, presionados en su mente por la fuerza imponderable de la desesperación, parecen haber enloquecido. Unos gritan, otros rezan; aquéllos riñen entre sí, y no faltan quienes se golpean la cabeza contra el maderamen, y aquéllos otros que pretenden abrir un boquete para huir por él... Todo, todo, excepto quedarse allí con los brazos cruzados, esperando morir ahogados como ratas. La caída del teniente y la manga de agua llama su atención y los distrae por un momento.

Montenegro comprende lo que está sucediendo, pero no alcanza a decir una palabra. Detrás de él, tan mojado como él, aparece Pizarro. El gesto adusto del capitán basta para aplacar a los más recalcitrantes y todos se llaman a sosiego.

—¿Habéis perdido el juicio, insensatos? —grita el capitán de negro, acallando los murmullos.

Luego pasea su mirada por entre quienes han venido con el propósito de imponerse a otros hombres con el valor y el saber de un pueblo civilizado. Su expresión, además de colérica, es irónica.

—¿Qué se puede esperar de hombres que, cual viejas mojigatas, se asustan del viento y la lluvia?... ¡Sois vosotros los llamados a conquistar a gentes que aun ignorantes e idólatras seguramente no conocen el miedo?... ¡Sosegaos y esperad en calma que amaine la tormenta, o vive Dios que os haré desollar vivos antes de arrojaros a los tiburones!

El tono no admite dudas. Pizarro es capaz de eso y de mucho más. Sabe ser amable, bondadoso y comprensivo con sus hombres, pero en lo tocante a severidad no hay ninguno como él.

—Rezad y clamad por vuestras vidas, si queréis, mas yo os digo que tengáis fe... Fe en los hombres que construyeron este bajel que, habiendo resistido el primer y terrible embate del huracán, sabrá resistir muchos otros más.

Dicho esto, se vuelve bruscamente y seguido de su lugarteniente regresa a su cámara. Las olas, grandes como montañas, siguen cayendo sobre cubierta, barriendo, rompiendo y destrozando todo lo que no ha sido capaz de resistir el continuo castigo.

—Debéis comprender y perdonarlos, capitán —dice Montenegro—. Nuestros hombres están asustados y temen morir, es verdad, pero no por el hecho en sí sino porque no se les da una oportunidad de morir luchando por sus vidas...

—Bien que lo digas que eso lo sé también yo —responde Pizarro, adusto—, pues de la misma manera me siento.

—Y yo —señala el lugarteniente.

—Yo también —confirma Morales.

Los cuatro miran a Rivera, que aún sigue arrodillado y que parece no haber oído. Cambian una mirada entre sí y luego sueltan la carcajada. El tesorero alza al fin la mirada; su expresión es de reproche. Las carcajadas aumentan.

La risa es un buen medio para vencer el miedo.

Aquella fue la primera jornada de la tormenta y por cierto, no fue la única. ¡Durante diez días con sus noches castigó sin piedad a la nave y a sus ocupantes, en un desesperado pero fútil intento de enviarlos al abismal fondo del mar! Fueron aquellas

diez jornadas en total en que todos los hombres, además de padecer las inclemencias del tiempo, las penurias físicas de una situación tal, privados de satisfacer sus más elementales necesidades, medio muertos de hambre, de sed y de frío, vivieron en permanente agonía, con el Jesús en la boca, creyendo a cada momento llegado el último minuto de la existencia. Fueron diez jornadas de pesadilla, durante las cuales el viento no cesó de bramar, la lluvia de caer a torrentes, la mar de sacudirse e hincharse como si en verdad se tratara de un maremoto, y el cielo de revestirse de un color de fuego que persistía aún en la noche. De tal intensidad eran los rayos y las centellas que caían continuamente.

Y entonces, al cabo de esos diez días, súbitamente, cesa de soplar el aquilón, el cielo se despoja de sus fúnebres mortajas y la mar entra en un período de calma que permite a la nave regresar su equilibrio y su horizontalidad. Sólo entonces abandonan los hombres sus precarios refugios y salen a cubierta, mareados, enfermos, sin atreverse a creer en el milagro.

—Ciertamente, hablar se puede de un milagro —dice Ruiz, echando una tranquilizadora mirada por el escenario que los rodea—; pero debemos atribuir nuestra salvación a dos cosas: primero, a la excelente construcción de la nave... No, no miréis los estragos y destrozos que ha sufrido, la caída de uno de los árboles y otros daños menores, pues mayores habrían sido en naves más grandes y mejor construidas...

—Yo os diré cuál es la segunda, Bartolomé —interviene Pizarro. La providencial medida del piloto de mantener a la carabela lejos de la costa... Mis parabienes, sois un gran marino.

Restablecida la calma, satisfechas las necesidades y, sobre todo, desaparecido el temor que cual un fantasma los asediara diez días, pueden entregarse a la tarea de reconocer los daños sufridos. Sólo hay que lamentar la desaparición de uno de los hombres, por propia imprudencia. Es crecido el número de contusos y heridos, pero ninguno de gravedad. En cuanto a la nave, lo más grave es la pérdida de uno de los palos y el consiguiente juego de velamen. La caída del árbol y su cordaje ha provocado otros destrozos menores, pero todos son subsanables.

—Para construir una nueva arboladura será necesario tener la nave anclada en un sitio apropiado, en una caleta, por ejemplo —dice Ruiz—. Pero esta costa no ofrece resguardo ninguno y además está cubierta de rocas...

—¿Qué sugerís, entonces, Bartolomé?

—Que no sabiendo lo que hay adelante, propongo que regresemos al punto donde embarcamos agua y leña... Allí hay una

pequeña bahía y en el bosque contiguo hallaremos la madera necesaria.

No se discute más y la *Esperanza* retorna al punto indicado. Apenas anclados en la caleta, los hombres se ponen en tarea. Y la vecina costa se puebla de ruidos, de humo, de vida humana.

Vida humana que es necesario conservar, con adecuada alimentación. Tal es la preocupación mayor de Pizarro, que con la inquietud que es de suponer ve disminuir las provisiones. Fallido el propósito de encontrar pueblos o tribus amistosas, no sabe dónde volcar la vista. La vasta inmensidad de la costa aparece desierta, desolada. Y así sigue estando en una profundidad que es imposible calcular. Un estudio de las inmediaciones revela que el bosque no contiene frutos silvestres ni en él se cobijan animales que puedan servir de sustento al hombre. Sólo aves de rapiña se quedan impávidas ante su presencia y micos de cabezas coloradas y rabos pelados parecen burlarse de ellos. Ni las fieras les hacen el honor de reparar en su presencia.

Pasan más días mientras se completan los trabajos de reparación, de carenado y calafateado. El nuevo palo con su velamen completo se yergue tan orgulloso como el otro a pesar de su modesto origen. La alegría es contagiosa, a pesar de la precariedad de la situación y la alarmante disminución de la comida. Corre la voz de que el capitán ha resuelto regresar a Panamá. Para todos es lo mejor que puede hacerse.

Excepto para Pizarro. Es tal vez el único que piensa de distinta manera, a pesar de los rumores. Regresar, para él, es reconocer el fracaso. No, es preciso continuar.

—Reflexionad, empero, Francisco —arguye Rivera en una de tantas conversaciones sobre el particular—. Podemos continuar, sí, porque los hombres están aún en buen estado de ánimo y con sus pertrechos intactos... Mas hemos llegado al límite de las privaciones en cuanto a alimentos. Hemos muerto y consumido todos los animales que traímos, excepto cuatro equinos enfermos. Sólo queda un poco de maíz que en algunos días más se agotará por completo... ¿Y entonces?

Argumento de peso. Mas Pizarro no es de los que se rinden fácilmente a la adversidad. Adopta un recurso que había querido evitar a sus hombres, debido a la triste experiencia anterior; pero ya que no hay otro recurso, es necesario explorar este territorio. Acaso encuentren un poblado indio, o medios propios de subsistencia...

Tomada tal resolución, al día siguiente parte el pequeño ejército. Los hombres de la marinería se quedan a continuar los

trabajos de reparación. Esta vez, sin embargo, Pizarro adopta una modalidad. La fuerza expeditiva se dividirá en tres partes, una comandada por él mismo, otra por Montenegro y la tercera por Morales, y cada una tomará distinto rumbo. Se fijan y acuerdan los detalles para el reencuentro.

Así se inicia una nueva etapa de penurias que esta vez la falta de alimentos hace más triste. El territorio, densamente boscoso, es bajo y pantanoso. El avance no sólo se ve entorpecido por la densidad del bosque, sino por las lianas y enredaderas que forman una malla de acero impenetrable. La atmósfera es húmeda, pesada, tropical, putrefacta. La sensación de asfixia se agudiza con el esfuerzo que demanda el cortar las lianas con hachas y cuchillas, el abrir senderos en aquella maraña. Para colmo de males, no tarda en llover. Es una lluvia densa, tibia, que dura horas y horas. Los pantanos se convierten en lagunas, la tierra en pantanos. El agua obliga a ciertos animales a dejar sus refugios y escondrijos. Así se ven enormes, ventrudas y peludas arañas afanosamente prendidas de los árboles, y culebras, camaleones, iguanas y reptiles de toda clase encaramándose por las ramas y troncos. Salidos sabe el diablo de dónde, aparecen cocodrilos de temibles mandíbulas. Grandes felinos rugen colérica y amenazadoramente en la espesura.

Con sus jefes a la cabeza, los expedicionarios avanzan con penosa lentitud, ignorantes del destino que llevan, exhaustos de fatiga, de hambre, de sueño, mientras la lluvia cae y cae implacable, invencible.

La noche los sorprende en medio de este escenario y los fuerza a detenerse. Resulta imposible encender hogueras. Los trocitos de carne salada y el puñado de maíz de la ración del día, deben consumirlos crudos. Mientras tanto, en el silencio de la noche, los ruidos de la jungla acrecen. Las fieras, cada vez más osadas, cercan a los grupos, turbando su descanso, insuflando miedo en la médula de sus huesos, único lugar del cuerpo donde no ha llegado aún la lluvia...

Esta dantesca situación perdura durante tres días enteros, en los que se tiene sensación de diluvio. Todo está anegado, inundado. La jungla impasible contempla el desesperado esfuerzo de los hombres por caminar en tan lamentables condiciones. ¿Los hombres? Ya no son tales, sino sombras que se mueven por instinto, en un aspecto físico increíble. Ya no se oyen protestas por la inclemencia de la lluvia, ni por el lodo que los cubre de pies a cabeza, ni por lo forzado de la caminata a través de la espinosa y cruel maraña, ni por la inutilidad del esfuerzo ni por la futili-

dad de esta excursión, de la empresa de conquista o de la misma existencia. Ni siquiera tienen ya voz para hacerse oír en sus imprecaciones contra el cielo, la tierra y los jefes tozudos que la hollan...

Mas todo lo que posee raíz humana obedece a rígidos principios que no se pueden quebrantar impunemente. Pizarro lo comprende así; no es posible seguir internándose en la selva sin saber a ciencia cierta a dónde se dirigen, mucho menos en la lastimosa situación física de sus hombres, muchos de los cuales están a punto de desplomarse para no levantarse más.

Ordena, pues, el regreso a la base. Tienen la suerte de que cese la lluvia, al menos por ahora. Pero la selva se halla convertida en un inmenso pantano, cruzar el cual exige un esfuerzo físico, una resistencia moral sobrehumanos. Desnudos, descalzos, desnutridos, famélicos, cubiertos de laceraciones, de heridas y llagas, caminan a tropezones. Sólo el instinto de vida los mantiene en pie. La idea de una muerte horrible para todo aquél que se detenga o caiga de desfallecimiento obra milagros.

Al cabo de una semana, Pizarro y los sobrevivientes llegan al campamento, en tan deplorables condiciones que su sola vista arranca lágrimas de commiseración. Son pocos los auxilios que pueden recibir, pero sus compañeros sacrifican sus magras raciones para alimentarlos. Las partidas de Morales y Montenegro han regresado hace tres días, y no en tan lamentable estado. Por otra parte, la marinería ha ideado algunos métodos de pesca que, practicados individualmente, producen algún resultado. Los recién llegados reciben, pues, una alimentación y un tratamiento especiales que aseguran su restablecimiento a breves días. A pesar de ello, se deben lamentar dos defunciones por enfermedad y agotamiento.

La situación en general, ha empeorado. Ahora se habla, sin tapujos, de la necesidad de regresar a Panamá, ya que la expedición ha resultado un fracaso.

Lo que su gente dice, abierta o esbozadamente, por supuesto, es conocido por Francisco Pizarro. El capitán de negro comprende la justicia y propiedad de tal demanda. Sin embargo, no puede acceder a ella. Para considerar la situación y resolver en consecuencia, se aísلا o emprende solo prolongadas caminatas por los alrededores. Su punto de vista es humano. Está dispuesto a com-

batir males y desgracias aún mayores que los sufridos hasta ahora antes de volver a Panamá con su crédito arruinado. Su presencia en la capital de la Castilla de Oro sólo arrancaría expresiones de burla y desprecio, pues se le tendría como visionario y expedicionario fracasado. No solamente eso. Se diría de él que había tenido habilidad para convencer y embarcar a otros en una descabellada empresa, pero que no había tenido valor para llevarla a cabo cuando salieron a su paso las primeras dificultades. En consecuencia, volver, para él, significa la ruina completa, el des prestigio que lo obligaría a dejar el Nuevo Mundo y volver a su porqueriza de Extremadura, para ocultar adecuadamente su fracaso.

La sola idea de esta posibilidad basta para hacerle tomar su decisión. Cuando vuelve al lado de los suyos, más pálido y delgado que nunca, aunque conservando su dignidad de mando, ordena que se reúnan todos y les habla en un tono de firmeza y convicción. Reconoce que la situación es por demás desagradable y aun penosa. La prolongación de la misma se debe, principalmente, a que Diego de Almagro no ha venido con los refuerzos y el bastimiento necesarios, no obstante estar en plazo. Pero ello no quería decir que permaneciesen inactivos, esperando del cielo la hartura y la riqueza. Era cierto, igualmente, que habían pasado por penurias que habían puesto a prueba su condición de hombres y que algunos, muy pocos en verdad, eran de parecer de regresar a la pereza, la molicie y la miseria de Panamá antes de seguir afrontando dificultades y penalidades que no conocían.

—Sin embargo —continúa—, debo deciros que todos los que honran a las empresas españolas de conquista han debido pasar por momentos y circunstancias iguales o peores. Debéis comprender que la gloria y la fortuna no son bienes que se recogen a la vera de un camino llano... Son dones superiores que están destinados exclusivamente a los seres superiores, a los que venciendo naturales debilidades humanas son capaces de matar al dolor físico, al hambre y la sed, a la fatiga. Mirad lo que están haciendo los españoles que siguen a Hernán Cortés, y lo que han realizado otros antes que ellos... Para justificar su acto de debilidad, algunos de los nuestros argumentan que vamos en pos de un imposible. Bien sabéis que eso no es cierto. Tenemos pruebas de la existencia de un país maravilloso, rico, cuyas ciudades asoman sobre esta costa. Lo que ignoramos es el lugar preciso de su situación. Nada más. Y en eso estamos empeñados, en descubrirlo. ¿No es natural que recorramos el país de un extremo a otro si es preciso, sabiendo que finalmente lo halla-

remos?.. ¿Y no es natural que en la empresa, por exigirlo su grandiosidad, dejemos parte de nosotros, de nuestro ser acostumbrado a una vida regalada pero inútil?.. Reflexionad sobre ello.

El profundo y respetuoso silencio con que se reciben estas palabras es el mejor índice del efecto causado. Los hombres se miran, algunos asienten. Los menos se encogen de hombros. Y son muy pocos, en verdad, los que desaprueban. Pizarro, con el aire de un verdadero jefe, escruta esos semblantes y en ellos lee la respuesta.

—Veo que la razón priva en vosotros —sigue diciendo, luego de esa tensa pausa— y sois de parecer, como yo, de que continuemos la empresa. Sin embargo, no debemos ser injustos con nosotros mismos. No debemos ir a ciegas y estrellarnos de cabeza contra lo imposible. E imposible sería continuar en la presente situación, sin provisiones, muchos mal heridos y enfermos... Por todo ello he determinado lo siguiente. Escuchad.

La proposición, que en otras circunstancias habría sido resistida, es vista con simpatía. El capitán es de parecer que se queden con él los que están en mejores condiciones físicas. El resto se embarcará al mando de Montenegro y con la *Esperanza* regresarán a la isla de las Perlas. Allí se abastecerán de lo necesario y volverán a auxiliar a sus compañeros. Luego continuarán la expedición.

—Se trata tan sólo de algunos días —dice finalmente, el pálido rostro iluminado por un rayo de sol que se filtra a través del ramaje y que le da aspecto de santo profeta— y al cabo de ellos, en mejores condiciones que las presentes, podremos continuar la expedición... ¡Y esta vez os prometo que encontraremos alguna ciudad india y suficiente oro en ella para recompensar vuestros sacrificios!

No son pocos, ciertamente, los que expresan de viva voz su aprobación por aquellas medidas. En consecuencia, se hacen los preparativos sin pérdida de tiempo. La carabela está en perfectas condiciones. Se desembarca todo lo que puede ser necesario para el establecimiento de la pequeña colonia, mientras que se embarcan los heridos y enfermos. Muchos de estos prometen volver pronto, para participar del triunfo final.

Y Montenegro, llevando a Ruiz como piloto, parte, con cerca de la mitad de los efectivos. Se calcula que en quince o veinte días pueden estar de regreso. Los que se quedan juzgan que no es mucho tiempo, a pesar de que no disponen de provisiones de ninguna clase. Pero Pizarro no pierde tiempo y aprovecha la buena disposición de sus hombres para construir unas casuchas. Son

necesarias para protegerse de las lluvias, tan frecuentes en la estación. Dispone luego que un grupo se dedique a las operaciones de pesca. Hay abundancia de peces, cangrejos y moluscos y sólo hace falta un buen método para hacerse de ellos. Un segundo grupo recorre los bosques de las inmediaciones, en procura de raíces y frutos silvestres. Y un tercer grupo, el más fuerte, al mando del propio Pizarro, sale de excursión. No se ha perdido del todo la esperanza de que la ciudad india soñada esté en algún lugar cercano del interior.

Transcurridos los primeros días, sin embargo, se advierte que las medidas tomadas dan muy escaso resultado. La pesca es reducida y la alimentación exclusiva de moluscos y peces no sólo cansa sino enferma a los hombres. De frutos no se encuentran sino unas bayas agridulces. En cuanto a las exploraciones, no dan ningún resultado. Positivamente, no hay vestigios de vida humana en los alrededores.

Mientras tanto, transcurren los veinte días señalados para el retorno de la *Esperanza*, sin que se vean sus blancas velas y su visión colme los anhelos de estos infelices. Se pone un vigía permanente en lo alto de un árbol, pero el mismo se pasa el tiempo silencioso y dormitando.

Transcurren más días y durante ellos, sensiblemente, se va agudizando la crítica situación. Caen más enfermos. Los síntomas de esta extraña dolencia son: calda de los dientes con supuración de las encías y debilitamiento óseo general, algunas veces con deformaciones horribles, en medio de dolores insufribles. Estos enfermos mueren al cabo de pocos días. Se producen otras muertes debido a fiebres intermitentes y otros dos perecen a consecuencia de accidentes, uno al intentar pescar un enorme pez, y otro durante una de las excursiones al ser picado por una víbora venenosa.

Pero no tanto las muertes de sus compañeros como la ausencia de la nave causa en los sobrevivientes aquella sensación paralizante de angustia. Ha cundido el temor general de que la *Esperanza* no retornará jamás y que todos perecerán allí, en aquel maldito lugar, al que alguien ha dado el nombre apropiado del *Puerto del Hambre*. Y tanto es el desaliento que Pizarro no propicia ya salida alguna. Por otra parte, son muy pocos los que aún pueden tenerse en pie. Sólo la pesca proporciona la única alimentación y eso muy deficientemente.

Día a día la situación se hace tan lamentable que incluso los que al principio resistieran con valor o resignación todas las penurias, se entregan ahora a una silenciosa pero elocuente de-

sesperación. El más animoso considera que sus compañeros han perecido o que los han abandonado cruelmente en estas desiertas y tristes playas. Esa certidumbre quita los pocos arrestos y la mayoría se abandona a la inercia. Entretanto, los muertos aumentan y suman ya más de veinte los que yacen bajo cruces blancas, cuya sola vista basta para sobrecojer el corazón de los más valientes.

Así transcurren las semanas y se cumplen ya cinco desde la partida de Montenegro sin que se aviste la pequeña pero querida silueta de la *Esperanza*. Ya no hay apostado ningún vigía, por considerarlo de toda inutilidad.

Mas, por fortuna para la expedición, no todos sufren las consecuencias del desaliento, esa enfermedad del espíritu que es más triste y dolorosa que cualquiera otra física. Todavía hay seres que, en medio de la adversidad, alzan sus ojos y los clavan en el lejano horizonte, negándose a admitir que no haya vestigios de vida en comarcas tan exuberantes. Y en consecuencia parten, sin recabar siquiera permiso, solos, o en pequeños grupos de tres o cuatro. Generalmente se trata de los más jóvenes, de los que por serlo han podido resistir los estragos de las penurias físicas y del hambre.

Y es uno de esos denodados mozos el que un día, agotado, deshecho, se presenta ante Pizarro y le dice:

—¡Capitán!.. ¡Albricias!.. ¡He visto... he visto..! —Y cae rendido, no tanto por la fatiga y el hambre, cuanto por la emoción

Un tanto restablecido, da cuenta de que ha visto un claro en el bosque y movimiento humano en él, incluso una luz... ¡La jungla está habitada, a pesar de todo!

—Dios te bendiga, Alonso de Molina —le dice Pizarro, emocionado hasta las lágrimas—. ¡Nos has salvado la vida!

Al instante se organiza la expedición y de ella participan incluso los enfermos que apenas se pueden tener de pie. La necesidad, la esperanza y la ambición combinan sus fuerzas para realizar el milagro. Anímicamente recuperados, los conquistadores son capaces de cualquier hazaña.

—¡Incluso vencer a la enfermedad del escorbuto y a la muerte consiguiente! —dice el capitán, contento, mientras camina al lado del joven Molina.

La caminata a través de la jungla y en las condiciones que no han variado en nada de difíciles y aun dolorosas, dura dos días y sus noches. Pero al fin asoma el claro. Tan ansiosos como hambrientos, no toman resguardos y en avalancha se lanzan a él...

No, no salen defraudados. El pequeño poblado indio está ahí, aunque desierto. Ha sido una suerte que los indios advirtieran su aproximación y aterrorizados ante su aspecto —los conquistadores llevan yelmos y corazas— huyen hacia el interior de la selva, abandonando todo. Los españoles, fustigados por las necesidades más espantosas, dispuestos a matar antes que a morir, se lanzan a las chozas, espadas en mano. Las encuentran desiertas, es verdad, pero provistas de alimentos. Hay maíz y frutas silvestres... Y oro. Oro en forma de adornos, en vasos y platos, rústicamente elaborados, ¡pero oro al fin!

Pero es tal la angustia del hambre que el oro es desdeñado por primera vez y los hombres caen sobre los alimentos y los devoran cual bestias salvajes. Y están ocupados haciéndolo cuando llegan los indios. Alguien da el grito de alarma y los españoles sueltan los alimentos para asir las armas, pero una advertencia del capitán los contiene. Una rápida mirada le ha dado cuenta a Pizarro que no se trata de salvajes hostiles. Vienen desarmados y algunos, pasada la sorpresa, sonríen amistosa y compasivamente; ¡Deben estar sufriendo mucho estos extranjeros cuando de tal modo se comen el maíz crudo!

Se adelanta el cacique y expresa con franqueza su asombro. Martinillo sirve de intérprete, mientras come a dos carrillos. El anciano jefe dice que, si pueden esperar, hará que les traigan más provisiones. Luego, sorprendido pregunta si en la comarca de donde provienen no existe suelo cultivable, lo que los induce a salir vagando y robando a gentes pacíficas que ningún daño les han hecho.

Pizarro trata de hacérselo comprender. Ofrece algunas cosas a cambio de las provisiones y el oro que, sin resistencia de sus dueños, están recogiendo sus hombres. Se ha despertado el hambre del áureo metal en cuanto la necesidad física ha sido satisfecha. Realizado el trueque, con gran beneplácito del cacique, Pizarro pide informaciones.

—Sí, hay un rico y poderoso imperio más al sur, subiendo por las montañas, a una luna de marcha —dice el cacique, señalando—. De allí hemos traído el oro que os lleváis... Antes había allí un gran rey, pero fue vencido por otro que venía del sur, mucho más poderoso, y éste reina en toda la comarca...

La información colma la alegría de los expedicionarios que, convenientemente provistos, resuelven regresar al campamento. Prometen regresar con más regalos. Pero se alejan en la esperanza de que la carabela de Ruiz haya retornado.

Pizarro ya no duda de que están protegidos por la mano de

Dios, pues su arribo al campamento coincide con la aparición en lontananza de la nave. En efecto, es la carabela de Ruiz. Este, Montenegro y los otros expresan su consternación al ver el estado físico a que se ven reducidos sus compañeros. Pero el encuentro basta para reanimar a enfermos y heridos, mucho más con la abundancia de provisiones de que disponen ahora.

La necesidad de alimentar también el espíritu con otro descubrimiento importante acicateaba a Pizarro, pero prudentemente se queda allí unos días más, hasta tanto sus hombres se curen completamente y se restablezcan de las penurias sufridas. Mientras tanto tiene el tacto de contar y pesar el oro logrado, el cual queda a la vista de todos y sobre el cual cada uno se considera con participación y derecho. Y resulta evidente que éste viene a ser el remedio más eficaz contra el desaliento. Hasta los más abatidos quieren ahora continuar por el camino abierto de la conquista.

—Si en un mísero poblado indio hemos hallado este oro —dice un jefe de grupo, hombre de compleción oscura y delgada, de ojos negros que brillan con la fiebre del áureo metal— me pregunto si encontrando una ciudad podrá caber en la *Esperanza* todo el que reunamos.

—No olvides, Julián Zúñiga, que podemos fundirlo... —le responde su jefe, Montenegro—. En gruesos lingotes, el oro ocupará menos espacio...

—¡Con tal que luego el peso no nos mande al fondo del mar! —suspira Zúñiga, preocupado ante tal posibilidad.

Montenegro y cuantos le escuchan se echan a reír, contentos.

La sola posibilidad de realizar su más caros sueños torna a los hombres dicharacheros y joviales, olvidados ya de cuantas penurias sufrieran. ¡Es tan fuerte el sentimiento posesivo de la riqueza que los alienta!

La *Esperanza*, sus velas alegremente hinchadas al viento, prosigue su ruta hacia el sur, bordeando siempre la costa. En el castillo, el capitán Pizarro escruta la costa con ayuda de su catalejo. No quiere perder la posibilidad de ver cualquier indicio que induzca a suponer la existencia de una ciudad. Es comprensible que así proceda. Es fuerza recorrer lenta y detalladamente la costa poco hospitalaria y en la que hasta ahora tan escaso premio a sus luchas y afanes han tenido. Y es cierto que ello procura la

repetición de hechos incómodos y penosos, que es inevitable sufrirlos. Puesto que no conoce Pizarro el lugar de su destino, es necesario que recorra a tientas estas desconocidas costas y desembarque siempre que sospeche la existencia de poblaciones entre la maraña de las boscosas márgenes. Sin contar con mapas, sin conocer esos mares y sus costas, no se puede pretender que, obviando aquéllos, fuese directamente hacia el epicentro de un país fabuloso en el que abundan el oro y las riquezas. No debemos olvidar que van hacia *El Dorado* basándose solamente en referencias poco concretas. Es una quimérica aventura y en ello, precisamente, estriba la grandeza de la hazaña cumplida. Todos los visionarios que sirvieron a empresas como ésta parecen estar iluminados, no por un hecho referente y preciso, sino por ese fuego interior que les permite ver más allá de la capacidad humana.

Es de este modo que, luego de una breve travesía, Pizarro descubre un lugar abierto de la costa, un territorio menos boscoso que asciende gradualmente. Todo hace suponer que el mismo está habitado, pues el clima es más despejado y menos tórrido. Se toman, pues, medidas para el desembarco y poco después de anclada la carabela, de su bordo parten cuatro botes pesadamente cargados. Llegados a tierra, los hombres se desplazan, armas en mano. Ya han recibido instrucciones sobre la manera de actuar, para evitar sorpresas. Deben ir por grupos, tres en total, cada uno con veinte hombres al mando de un jefe. El grupo principal irá comandado por Pizarro; el segundo por Montenegro y el tercero por Morales. Establecen igualmente medios de comunicación entre sí, para no alejarse demasiado o extraviarse.

Tomadas tales providencias, los grupos avanzan, cautelosamente. A medida que lo hacen acrece la certidumbre de que estas tierras están habitadas. Hay huellas de pies humanos. Encuentran varios senderos, todos los cuales, sin embargo, convergen hacia un mismo punto situado en el interior. Esto hace que los tres grupos de españoles se encuentren antes de lo previsto y todos juntos, en filas indias, avancen por entre el raleado bosque. El terreno es más acogedor y menos hostil. No hay pantanos ni fieras. Los mismos insectos son menos numerosos. En cuanto a saurios y reptiles, no son visibles. Todo esto hace posible que se cubra mayor espacio de terreno en menos tiempo y eso con el menor esfuerzo. Al promediar la tarde, la aproximación de un importante claro anuncia la presencia de un poblado.

Luego de los tanteos de rigor, los conquistadores se adelantan osadamente. Han establecido que el poblado se encuentra deshabitado. Como ya ocurriera antes, sus moradores lo han aban-

donado presurosamente ante la extraña presencia de aquellos hombres de barba con cabezas puntiagudas, pues ellos confunden el yelmo con la cabeza. Y en su huida han dejado todo: provisiones de boca, frutas, maíz y oro. Este, sin embargo, es escaso.

Alguien llama la atención general.

—¡Venid!.. ¡Aquí hay un abundante y suculento cocido!

Es verdad. En un extremo del poblado, destinado al parecer a cocina colectiva, se ven dos enormes ollas de barro que humean apetitosamente. Los españoles, adictos a la olla llamada del cocido y que no han visto ni gustado en mucho tiempo, se lanzan vorazmente, emitiendo exclamaciones de placer anticipado.

Mas no tardan en retroceder, con mayor presteza de la que llevaban, dando gritos espeluznantes de asco y horror. Los que vienen atrás, al ver el susto que aquéllos traen, corren también temerosos de ese algo desconocido y temible que está sucediendo, y de ese modo el campo se convierte en un pandemónium en el que ni Pizarro puede imponer su autoridad.

Entonces el capitán y su lugarteniente se adelantan. ¿Qué es lo que provoca el horror y el miedo de hombres tan valerosos?, se preguntan. Pronto tienen la respuesta. Y al tenerla sienten sobre cogérseles el corazón de temor y espanto. Se quedan tiesos y mudos, terriblemente demudados.

No es para menos.

En las ollas, claramente visibles a pesar del acogedor y abundante vaho de vapor que de ellas emerge, se ve asomar... ¡restos humanos! Restos humanos cuya sola visión basta, no para acobardar, sino para enfermar de repugnancia. Acometido de náuseas, Montenegro se da vuelta y se aleja. Con un expresivo gesto impide que algunos otros se acerquen. Ellos comprenden. Todos empiezan a retroceder, alarmados. Cuando Pizarro, que ha mantenido extraña quietud frente a las macabras ollas se da vuelta, su palidez impresiona.

No obstante, para el capitán de negro, y algunos de los que participaran en la conquista del Darién y de la zona del istmo, el hecho no es nuevo. Hay regiones habitadas por caribes o descendientes de éstos donde se practica el más crudo canibalismo. A estar a lo dicho por los historiadores que nos refieren tales hechos, los antropófagos caribes veían con mucha naturalidad alimentarse con carne humana, no solamente de la proveniente de sus enemigos, ¡sino de sus propias familias e hijos!

En una oportunidad, cierto licenciado, don Juan de Vadillo, vio al cacique Nabonuco acostarse a dormir rodeado de varias mujeres, a una de las cuales retenía por una mano. Al pregun-

tarle Vadillo por qué lo hacía, el cacique respondió: "Para impedir que escape, pues he de comerla. No estando vosotros, ya lo hubiera hecho". Espantado, Vadillo le dijo: "Pues, ¿cómo siendo tu mujer, la has de comer?" El cacique, alzando la voz, tornó a responder: "Mira, mira, y aun al hijo que pariere tengo también de comer".

—¡Al barco! —exclama Pizarro, señalando con su espada el sendero que conduce a la costa—. ¡Estamos rodeados de caribes antropófagos!

El horror de la fea visión y peor perspectiva obliga a los conquistadores a olvidarse del oro. Armas en mano retroceden hacia el bosque y una vez en él, con prisa que denota su miedo, emprenden la corrida hacia el barco. No obstante el temor general, los indios caníbales, acaso tan asustados como ellos, se mantienen en sus escondites, alertas.

6

Nuevamente está la carabela del infortunio en lenta navegación hacia el fabuloso *El Dorado*. Una vez más los hombres, poseídos de una extraña mística, van obstinadamente en pos de la ilusoria meta, negándose a admitir su fugacidad.

En esta ocasión, sin embargo, las dificultades los ponen en el duro trance de pensar de nuevo en el abandono de la empresa. Un recio temporal los castiga poco después de haberse hecho a la mar. No se trata de un ciclón ni de un huracán, pero las ráfagas de viento y lluvia son tan fuertes que la ya azarandada carabela cruce hasta sus cuadernas, amenazando desintegrarse en cualquier momento. Por si esto fuera poco, a punto están de zozobrar debido a una mala y retardada maniobra en quitar los paños. Dos de los hombres de maniobra, sorprendidos por el viento huracanado, caen en las turbulentas aguas, desapareciendo para siempre. Además, la tormenta los sorprende muy cerca de la costa y amenaza arrojarlos contra los arrecifes. Sólo con gran trabajo y sacrificio consigue Ruiz hacer frente al viento, evitando ser tomado de cola por él. Y así la *Esperanza* sigue su destino, penosa pero resueltamente. Por fortuna para ella, la tormenta en esta ocasión no dura diez días. Al tercer día vuelven a serenarse la mar y el cielo y la carabela, como la ballena herida, no deja flotar hasta recobrarse.

En la cuarta jornada el capitán Pizarro, que no abandona su puesto de observación en el castillo, lanza de pronto una viva

exclamación al tiempo que señala hacia la costa, donde emerge un pequeño cabo. A simple vista se puede ver algo irregular en la estructura dilatada y verde: es un manchón negro.

—;Bosque quemado!.. —exclama Pizarro, presa de singular excitación—. ¡Indicio de que la zona está habitada!

Pronto tiene oportunidad de comprobar la certeza de tal afirmación. Tomadas las medidas del desembarco, los conquistadores, cautelosos y bien armados, arriban en tres botes a la hospitalaria playa.

—Sí, es una punta quemada —confirma Montenegro, luego del primer reconocimiento—. Y hay varios senderos que se introducen en el bosque, en los que se observan huellas humanas y de animales.

—;Correremos el riesgo de caer de nuevo entre antropófagos? —pregunta su ayudante, Julián Zúñiga, para quien la anterior experiencia resultó muy amarga, por el forzado abandono del oro.

—Lo habremos de establecer en seguida —dice Pizarro, reconociendo con su catalejo los alrededores.

Y da las instrucciones del caso, que en poco difieren de las dictadas en el desembarco anterior. Poco después los tres grupos inician un cauteloso avance por un territorio que bien poco difiere también del anterior. El bosque no es impenetrable ni pantanoso, sino despejado y levemente ascendente. Algo caracteriza, sin embargo, a esta región, y es la presencia de un fruto alargado, grueso, de sabor agridulce: el mango. La lentitud de la marcha hace que muchos lo coman con satisfacción.

El rey de los astros ha llegado al céñit cuando los expedicionarios salen a un enorme claro, donde se detienen, no tan cautelosos como asombrados. Allí, al pie de una achatada colina, se extiende el poblado indio. Es el más importante de cuantos han encontrado hasta ahora. La uniformidad de las chozas de ramas y barro, con techos de anchas hojas, demuestra que se trata de una tribu organizada e industriosa. Lo que más impresiona, sin embargo, es la presencia de aquella alta empalizada de troncos que rodea el pueblerío.

—Capitán, las chozas y los alrededores se ven desiertos —informa el vigía a Pizarro, luego de haber ascendido a un árbol—. Hay algunas hogueras...

—Nuestra presencia los ha asustado y han huido —dice Pizarro— como en los anteriores casos, abandonándolo todo... Pasada la sorpresa, volverán.

—Y viendo que somos pocos, nos atacarán —completa Morales—. ¡Juzgáis, capitán, que vale la pena arriesgarse?

—¿Acaso sois de parecer que debemos huir, renunciando a la posibilidad de encontrar oro? —pregunta Montenegro, belicosamente, ante la silenciosa aprobación de su ayudante Zúñiga.

—No diría eso... Pero soy de parecer de tomar mayores precauciones. A mi juicio, sólo deberá avanzar y ocupar el pueblo uno de los grupos, quedándose los otros dos a cubrirles las espaldas.

—Excelente plan —declara Pizarro—, y eso es lo que haremos. Montenegro, vos que sois el capitán del grupo más animoso, entraréis en el poblado. Vuestra misión será exclusivamente recoger todo el oro y las provisiones que resultaren gratas a nuestro paladar... Idos ya, que nosotros os tendremos guardadas las espaldas.

Montenegro y su ayudante, Zúñiga, no se hacen repetir la orden e inmediatamente organizan a su grupo. Poco después los hombres se adelantan hacia las empalizadas, las cuales consiguen traspasar sin mayores inconvenientes y ayudándose unos a otros, sin que durante la maniobra se vean obstaculizados por enemigos.

Ya dentro de la ciudadela y con una presteza que es indicio de su celo, recorren todas las chozas, apoderándose de regular cantidad de oro. Hay abundancia de objetos del preciado metal, trabajados rústicamente y en forma de vasijas, platos, espejos, agujas enormes. También se ven —cosa que no sucediera antes— joyas, éstas trabajadas con cierta artesanía. La esplendidez del oro hace que los expedicionarios olviden otras cosas. El más entusiasmado y el que dirige a los otros sobre el modo de cargar más objetos con menos esfuerzo, es Zúñiga, que parece ciertamente poseído por la fiebre del oro. No dejan de establecer, sin embargo, que no se trata de una tribu de caníbales. En las ollas se cocinan maíz, algunas raíces —yucas— y tubérculos, con trozos de cabrito. Hay abundancia de frutas. En lo atinente a ropa, también se ve un notorio progreso en relación a los grupos anteriores, que iban casi totalmente desnudos, entre hombres y mujeres. Aquí se observa la presencia de mantos, túnicas y sayas, algunos de lana, los más de algodón.

Montenegro se halla estableciendo todo eso, cuando se da el grito de alarma. Y entonces, sorpresivamente, una lluvia de flechas cae sobre los invasores. Los nativos, pertenecientes a una raza belicosa, que se mantuvieran en el bosque a la expectativa y sin perderlos de vista, resuelven atacarlos, juzgando favorable aquella división de fuerzas. Una numerosa y atemorizante partida de salvajes desnudos y cubiertos sus cuerpos de extrañas pinturas, llueven de los árboles o surgen de la tierra como fantásticos

seres y atacan a los blancos con flechas, dardos, lanzas y enarbolando unos palos gruesos y largos de cuya punta redondeada como una cabeza emergen puas enormes.

Sólo el precario uso de cotas de malla, de petos y otros restos de armadura, impide que caiga un tendal de víctimas ante este un tanto sorpresivo ataque. Pero ello no obstante, tres muertos y varios heridos es el primer saldo. Los indios atacan al grupo principal, capitaneado por Pizarro, en un intento de aislar completamente al grupo que dirige Montenegro. Los bosques aledaños se estremecen con el grito de guerra de los atacantes, con el choque de las armas, pues los conquistadores, saliendo penosamente de la sorpresa, contraatacan valerosamente, en una proporción de uno contra diez.

Vanlos resultán los primeros esfuerzos de Montenegro por volver junto al grupo principal. Finalmente, resuelve que sólo en la huida está la salvación y da orden a su gente para que se aleje por el sector donde no hay enemigos y metiéndose en el bosque eluda el asedio. Así lo hacen y muchos en la huida, así como antes lo hicieran para defender sus vidas, deben abandonar el oro recogido antes. No falta quienes, sin embargo, lo recojan, entre ellos Zúñiga, el cual demuestra tener menos apego a la vida que al áureo metal. Perseguidos de cerca por los indios, el grupo de Montenegro se interna en el bosque y cruzando desfiladeros y pequeños valles hace un rodeo para salir a la costa.

El jefe de los indios demuestra ser un hombre avezado en esta clase de guerras. Dejando a un importante núcleo atacando al grueso de los invasores, con otro no menos importante emprende la persecución de los fugitivos. Pero en la ocasión su técnica de ataque es más fulminante y efectiva. La dificultad del terreno hace que los hombres no puedan mantenerse unidos ni en grupos defensivos. En muchos lugares deben avanzar en fila india y aun separarse varios pasos entre sí. Los indios, conocedores de su terreno, saben elegir a sus víctimas. Y éstas caen, calladamente, atravesado su cuello por una silenciosa flecha o destrozada la cabeza por un tremendo golpe de su pesada clava de dos metros de largo y que sólo un indio robusto puede cargar y descargar con ayuda de ambos brazos. Y cuando las armas se descargan y las víctimas caen, el oro se desparrama como la sangre y allí queda, de cara al impasible sol. Indiferente para el indio, que no se detiene siquiera a mirarlo. No así para el blanco.

Hay uno, particularmente, alto, enjuto, de rostro oscuro y cetrino, que doblado va detrás de las huellas de quienes le preceden. Con una manta india ha improvisado un receptáculo donde

va depositando todos los objetos que recoge. Nada le importa la vida de quienes han caído y gimen en la agonía de sus dolorosas y mortales heridas. Nada le importa el asedio de los indios ni su obra nefasta. Sólo un pensamiento lo agita.

—Hay que recoger todo el oro que puedas, Zúñiga... Todo el oro... no importa lo fatigado que estés o cuanto pese... Siendo tuyo ese oro, podrás conservarlo escondiéndolo en un lugar que nadie, nadie sabrá... Sigue, Zúñiga, recoge, ahí tienes más oro... ¡oro, oro!

Y se arrastra junto a la reciente víctima y precipitadamente, con nerviosos movimientos, va recogiendo y metiendo los objetos en su improvisada bolsa.

Sigue haciéndolo cuando el día empieza a declinar y se encuentra solo en medio de crecientes sombras. Ya no hay alaridos de guerra ni pasos precipitados. Tampoco encuentra más víctimas en el sendero de sangre. Está solo. Y por primera vez cae bajo el tremendo peso y el volumen del oro que lleva encima. Está terriblemente cansado, con hambre y sed... Una sed espantosa. Y, lo que es peor, está perdido. La conciencia de este hecho va ganando su mente, atemorizándolo. Resuelve seguir, rumbo al poniente. Sabe que cuando deje el bosque encontrará la costa. Sigue su marcha a través del bosque. No hay senderos ni nada que se les parezca. Eso dificulta su marcha. A veces le cuesta un terrible esfuerzo pasar su cargamento de oro a través del entrecruzado ramaje. Pero lo hace; debe hacerlo. Es tan importante como el seguir respirando. Ni el hambre ni la sed, por el momento, tienen igual trascendencia. Una y otra vez cae, una y otra vez se levanta y prosigue su penosa, su increíble marcha. Ha abandonado su yelmo, el peto, incluso la cota de malla, y las armas. Todo menos el oro. A pesar de ello el volumen y el peso de su carga se hacen por momentos descomunales y finalmente le pesa como una montaña. Pero Julián Zúñiga no se arredra.

—¡Eres rico, Julián!.. ¡Riquísimo!.. ¡El oro que llevas es tuyo y de nadie más!.. Tuyo, Julián ¿comprendes?

Y Julián Zúñiga prosigue su marcha, su arrastrarse, mejor dicho, bajo el descomunal peso. Las sombras aumentan. Últimos arrestos de conciencia le hacen advertir el peligro. Pasar la noche, solo, en el bosque, puede ser mortal. Es preciso apurar el paso. ¡Mas cómo? El oro lo retiene... ¡Bendito oro! Pero bien vale este sacrificio. Sin embargo... Una idea salvadora acude a su imaginación. Sí, es lo más conveniente. De ese modo, se dice, no sólo salvará el oro para sí, mas preservará la vida. Y sin un segundo más de vacilación deja caer el peso de su espalda y em-

pieza a cavar al pie de un enorme y medio inclinado tronco, con ramas en forma de cruz. Resultará fácil reconocerlo, piensa. Y cava, con las manos, con ayuda de ramas secas. Día vendrá, se dice, en que podrá retirar y llevarse su oro. Sigue cavando, con más energía, sin prestar atención a su fatiga, a la sed. El sudor le inunda el rostro, las espaldas, pero él sigue cavando, febrilmente... hasta que la fosa le dice que puede guardar todo el oro que lleva. Lo coloca allí con manto y todo. Luego vuelve a echarle tierra encima. Tarea descomunal, ciclópea, considerando la situación. Pero para un hombre enfermo del oro, las penurias físicas nada significan... Finalmente, la fosa queda cubierta e invisible. Nada dice que allí hay una verdadera fortuna en oro. Empero Zúñiga no es de los que se fía demasiado. Marca el árbol en cuestión. Y luego, al alejarse a paso ligero, ahora, va marcando otros árboles, con una marca especial que lo llevarán al primero. Y corre, mientras la noche corre junto con él, pretendiendo ganarle. Las sombras acrecen, pero el intenso resplandor que viene a través del follaje y le indica el lugar donde el sol se hunde, le sirve de suficiente guía. Sigue marcando troncos. Presiente que la costa está cercana, pues siente el viento fresco del anochecer que llega hasta él trayéndole reminiscencias de mar, de libertad, de grandeza.

Por último, un tanto sorpresivamente, asoma en el linde del bosque. Delante de él se extiende la playa. Hay numerosos vivacs y sombras humanas moviéndose alrededor. Aunque no sabe cómo ha ocurrido, Zúñiga se da cuenta de que se trata de sus compañeros. Han montado allí un campamento... Allí hay refugio, seguridad, comida, agua, descanso...

—¡Capitán!.. —grita con los brazos extendidos, mientras corre hacia el campamento—. ¡Capitán!.. ¡Soy yo!.. ¡Julián Zúñiga!..

Antes que las exclamaciones de bienvenida de sus compañeros viene un silbido, bajo, trepitante y... eso es todo. Zúñiga se desploma, con una flecha atravesada en su garganta. Y es inútil que, en su agonía y desesperación intente gritar, no llamando en su auxilio y favor, sino para advertirles del oro... Las palabras, en forma de bocanadas de sangre, inundan la sedienta arena, donde finalmente mueren...

Y así mueren las ilusiones de oro que uno de los conquistadores se forjara en instantes de eufórica visión, sin saber que las ambiciones desmedidas siempre engendran monstruos sagrados que se destruyen en la terrible confrontación de fuerzas encontradas.

CAPÍTULO V

La Ciudad Santa

Allá en la lejanía, entre grandes cumbres de montaña, hay una ciudad, la Ciudad Santa, que parece irreal en el juego de coloridas luces cósmicas. Cuzco emerge con las torres altas tocadas de nubes y nieves de las montañas que la amuran. En la irregular conformación de sus angostas y empedradas calles se advierte la obra del aborigen, del indio nacido entre altísimas rocas y que considera a la piedra uno de los principales elementos de la naturaleza y la cual no sólo no tiene secretos para él sino que en sus prodigiosos dedos de artista es moldeable como el yeso. En la ciudad imperial se levantan templos piramidales, palacios, mansiones, casas y chozas, que suben y bajan, acomodándose a la topografía montañesa. En conjunto y vista de lejos parece una piedra preciosa de mil facetas caprichosamente talladas. Las calles se hunden en desfiladeros y cañadones, como se elevan en graderías y en las alturas se cruzan por medio de puentes de admirable firmeza y con piso baldosado, aunque los hay también aéreos y frágiles. Tanto los palacios y las casas principales como los templos se asientan sobre enormes y pulidas piedras de juntura tan sincronizada y perfecta que ni el soplo del viento de las cumbres las penetra.

El escenario que rodea al Cuzco es sencillamente hermoso y pintoresco. Los paisajes son a veces duros, agresivos, pétreos. Pero cuando la piedra y la roca dejan lugar a la tierra, las colinas se pintan de azul, de verde oscuro, de ocre y amarillo. En los valles y hondonadas la vegetación es exuberante, selvática. Por esos valles corren rumorosos aunque apacibles arroyos cuyas espumosas aguas reflejan la policromía circundante. De

vez en cuando surge una laguna de aguas azules surcadas por aves de blanco plumaje. En los alrededores se extienden plantaciones de maíz, de patatas, de yuca, verde de varios tonos que se entremezcla con el rojizo de la quinua. Abundan los árboles frutales, paltas, chirimoyas, papayas, mangos, guayabas. Y en los prados es visible el movedizo manchón blanco o dorado de guanacos, alpacas, vicuñas y llamas.

Hacia el norte, la ciudad imperial está protegida por una elevada montaña, brazo de la gran cordillera. En ella se halla enclavada la fortaleza de Sacsahuaman, defendida, por el lado de la capital, por una muralla que cubre todo su frente, aunque el abismo existente allí bastara a defenderla. En el otro extremo se alzan dos murallas circulares. La fortaleza se compone de tres torres separadas unas de otras. Una está destinada al Inca y se halla amueblada y adornada con toda la magnificencia real. Las otras dos torres sirven a las fuerzas de guarnición, integradas por guerreros pertenecientes a la nobleza inca y comandadas por un jefe de sangre real. Lo destacable de esta fortaleza es que tiene excavaciones profundas en la montaña que le sirven de base, con galerías subterráneas que están en comunicación con la ciudad y con los palacios del Inca. En esas galerías hay depósitos de víveres, de armas, de ropas y son alimentadas por manantiales. Se dice que el Inca guarda aquí sus fabulosos tesoros en piedras preciosas, oro y plata, en aposentos cuyas entradas están bloqueadas por enormes piedras que, sin embargo, pueden moverse con un dedo si se conoce el secreto. Atraviesa la ciudad un río, el Capimayo, de aguas precipitadas cuyas márgenes han sido construidas en piedra, en una extensión de veinte leguas, lo que demuestra la capacidad de los ingenieros incas, a cuyo haber se anota también el admirable camino real de los Incas.

La capital del imperio provoca la admiración de los habitantes del Tahuantinsuyo que vienen a ella en peregrinación o servicio. Sin duda es la ciudad más notable del imperio, no sólo por ser el asiento real del Inca sino por la belleza de sus edificios, la extensión y regularidad de sus calles, el aspecto de riqueza y bienestar de sus habitantes, que superan los doscientos mil. Cuzco, metrópoli del gran imperio, residencia del Inca y de la nobleza, es frecuentada por los más hábiles artistas y artesanos de toda especie. Los mismos usan las ropas y las costumbres de sus provincias de origen. Quitos, cañares, chibchas, chachapoyas, huancas, collas, son fácilmente reconocibles por sus tocados, mantos o adornos.

Curicancha es la plaza principal del Cuzco y en ella está si-

tuado el Templo del Sol, el más importante y magnífico. De allí parten cuatro avenidas hacia los cuatro puntos cardinales. Hacia el norte o Chincha suyo, al oeste o Condesuyo, al este o Antisuyo, y al sur o Collasuyo. En la ciudad y en los alrededores, el Inca posee varios palacios, siendo el más notable y hermoso el de Yucay, que se halla a unas cuatro leguas de la capital, en el valle del mismo nombre, metido entre sierras altas que lo protegen de los vientos y lo hacen sano, florido y alegre.

En la ciudad, ya lo hemos dicho, las calles son estrechas y empinadas, muchas de ellas con gradientes. Sobre ellas se alzan casas de piedra, otras de terrado con basamento de piedra y algunas, en fin, más pobres, de madera y aun de paja. En los edificios de piedra o con fachadas de piedra es dable observar artísticos tallados que no les van en zaga a los mejores de Europa. No se conocen ventanas ni balcones al uso castellano —modalidad que apareció en la colonia—, ya que puertas y ventanas dan a patios interiores. Las paredes de algunos edificios ofrecen pinturas murales de gran colorido y efecto. En las casas del Inca y de algunos nobles, los muros están revestidos de paneles de oro y plata.

La Ciudad Santa está de fiesta. Hoy se inician los festejos del Cápac Raymi, que quiere decir "la fiesta del Señor Inca". Es una de las más importantes del año y se celebra en noviembre. Durante ella se arman guerreros a los hijos de los nobles incas y, como supremo distintivo de su clase, se les horadan las orejas colocando en ellas grandes aros de oro. Esta fiesta, de complicadas ceremonias, atrae a todo el pueblo y no solamente a los que reciben la *huara* o braga de la virilidad, y a sus padres y parientes. El número de los nuevos guerreros, cada año, alcanza de ochocientos a mil.

Al asomar el primer día de las celebraciones, la enorme plaza de Curicancha hiere de gentío, bullicio y animación. La plaza es cuadrangular y está protegida por sus cuatro lados por grandes murallas de piedra. Cuatro avenidas, como hemos ya dicho, parten de ella. Distribuidos en forma que denota el sentido práctico de la arquitectura incaica se ven varios e importantes edificios. El más importante, sin duda, es el Templo del Sol. Es de una sola planta, pero de altos muros de piedra y de techo abovedado. No lejos de él se halla el edificio que sirve de convento o monasterio a los sacerdotes del Sol, de la Luna, del Trueno. Al otro lado, rodeado a su vez de muros, está la *acluhuasi* o claustro de las Virgenes del Sol. El palacio del Inca y otros edificios menores, como el depósito de ropas, el de granos y pro-

visiones, la armería, etc., se hallan dispersos en Curicancha. Ese escenario no es árido ni exclusivamente pétreo. Hay verdor y color en la plaza, en los jardines y parques particularmente en la *aclahuasi*, predio que cruza el riachuelo, donde es dable apreciar la gracia y el color de plantas cuidadas por las mismas *ñustas*.

En el centro de la plaza, en las cercanías del Templo del Sol y en los alrededores de las murallas, espera una abigarrada multitud. Además de los privilegiados cuzqueños, allí se encuentran súbditos del imperio procedentes de los cuatro *suyos*. Sus vestimentas, sus llautus, sus adornos y joyas, incluso el colorido y el dibujo de las *llicllas* en las mujeres y los *yacollas* (1) en los hombres, denotan el lugar de origen. El lenguaje no constituye un distintivo, pues a pesar de que las lenguas y dialectos son tantos y tan variados en la gran extensión geográfica del imperio, uno solo es el idioma que identifica a sus súbditos: el quechua.

Todo es grandioso, magnífico, en el Templo del Sol, donde predominan dos colores: el brillante y dorado del oro, y el rojo, el color del Inca. Uno y otro se dispersan a lo largo y lo ancho del templo. De oro están revestidas las paredes y de oro son los distintivos y aun las imágenes religiosas, los adornos, los chapiteles, las cornisas y aun la base de las columnas, los intersticios de las piedras. No hay acumulación sino sobriedad en la representación religiosa. Algunas figuras, la mayoría de oro, otras de plata y unas pocas de piedra artísticamente tallada, representan personas y animales, predominando entre estos últimos los pumas, los caimanes y serpientes, los camélidos. Otras figuras son simbólicas, como las del Trueno, el Rayo, el Fuego, el Agua. En la pared que da al occidente se ve representada la imagen de la divinidad, el Sol. Se trata de una enorme cabeza humana rodeada de innumerables rayos, a la manera como suele representarse al sol en la antigua Grecia y en la Roma de los Césares. Esta cabeza está grabada en una plancha de oro macizo de dimensiones enormes, profusamente salpicada de esmeraldas y piedras preciosas. Se halla colocada de tal modo al frente de la gran puerta que mira al oriente, que el Sol al aparecer da sobre ella, iluminando el templo con una refugencia que parece sobrenatural y que a su vez se refleja en todos los adornos y paneles de oro que hay en el templo, formando en conjunto una visión magnífica e inolvidable.

En el interior del templo, que resulta de poco espacio para contener a tal multitud, se aglutan los funcionarios incas, los padres y parientes de los festejados, los sacerdotes y los ayudantes de

(1) Mantas.

Éstos. No hay aquí tanta diversidad en el ropaje y el colorido de las prendas. Según sea la fiesta que se celebre, los incas acostumbran a usar determinadas prendas y con un color señalado. Los hombres llevan en esta ocasión el *collca unku*, una túnica corta, sin mangas, de color plateado, ajustada a la cintura por ancha faja de varios colores y dibujos geométricos, cuyos extremos cuelgan adelante. Cubren sus hombros mantos leonados de vicuña y en la cabeza llevan un *llautu* de la misma lana, teñido de negro. Las plumas con que los adornan son también negras, de un pájaro llamado quito. Las cabelleras negras, sueltas, lustrosas, caen sobre los hombros. Los varones llevan las orejas horadadas y agrandadas, indicio de su elevada condición de incas. En cuanto a las mujeres, llevan una saya lisa y de un solo color, que se denomina *Cusca-acsu*, una blusa ligera de color generalmente blanco, de algodón, conocida como *Cuchilliquilla*. Su tocado es simple; una vincha de color, de tejido y dibujo geométrico, sujetando por la frente los cabellos largos y sueltos. Lo que se destaca en ellas son las joyas y adornos de oro: aretes, collares, prendedores —estos con figuras de pequeños animales, lagartos, serpientes, vicuñas, monos, pumas, sapos— brazaletes y mufiequeras. Las más importantes y ricas usan también en sus joyas piedras preciosas, esmeraldas traídas de las tierras de los quitos, rubíes y diamantes del país de los temibles *chunchos*, perlas del norte, a muchas lunas de viaje por mar... Estas mujeres, jovencitas en su mayoría, son las *sapaykoyañustas*, princesas parientes del Inca.

El numeroso grupo que atrae todas las miradas es el que está compuesto por los que van a armarse guerreros. Son jóvenes incas que ya han cursado y aprobado las enseñanzas del Yacha Huasi, el colegio de los nobles. Los mozos esperan que el inca Huáscar inicie los festejos. Se los reconoce por su aspecto y vestimenta. Aún no llevan plumas en sus *llautus* y tienen el cabello recortado en redondo a la altura de las orejas. Usan una media túnica a rayas, llamada *chumpicacico*, de finísima tela de alpaca, con adornos bordados en lana, que parece seda por su brillo y suavidad. Cubren sus hombros con el manto tradicional, de lana blanca, largos y angostos que se anudan al cuello con un cordón y borla rojos. Cubren los pies con sandalias doradas de *acya*, de hermoso y artístico tejido. Los príncipes usan ojotas tejidas con hilos de oro.

El gentío se arremolina alrededor de la *huaca* o altar del sol, que se alza en el centro del templo. Una tarima rectangular, cubierta con una gruesa alfombra roja y con tres escalones de acceso, sostiene en el centro una baja, ancha y cuadrangular colum-

na. Sobre ella se ve un arca o tabernáculo de oro con adornos blancos, dorados y rojos formando dibujos geométricos.

Un resonar musical que aumenta por momentos va anunciando la aproximación y llegada del Inca. Y luego de unos momentos más de ansiosa espera, en medio de la consiguiente agitación, asoma al fin la litera real, que tiene la forma de un puma en reposo, toda de paneles de oro. Las cortinillas están también tejidas con hilos de oro. La pesada litera es transportada por los principales señores del reino. El templo se puebla entonces de los marciales sones de *pututus*, *tarkas*, *antaras*, *kenas* y *huancaras*, que tienen la virtud de sacudir hasta las fibras más íntimas.

La litera real es delicadamente depositada sobre el alfombrado piso. El son musical aumenta, mas de pronto cesa, bruscamente. Luego de instantes de silenciosa expectativa, una mano regordeta, enjoyada, fláccida, aparta las delicadas cortinillas y asoma el rostro redondo, pálido, inexpresivo, del inca Huáscar. Por fin se mueve y deja la litera, ayudado en respetuosa actitud por algunos personajes de los más calificados, a juzgar por sus vestimentas e insignias de oro.

Aun siendo mayor que su medio hermano Atahualpa, Huáscar da la impresión de ser más joven. Ello sucede debido al aspecto redondo y mórbido de su figura. Huáscar difiere también con su hermano en que no es activo y nervioso como él, sino quieto e indolente. Atahualpa ama la acción, el movimiento, es partidario de la vida activa, de la caza y de la guerra. El primogénito ama la comodidad, la molicie, el bienestar. Esta diferencia en sus caracteres ha de signar sus destinos.

La vestimenta del Inca del Cuzco es aún más rica y notable que la de Atahualpa y hasta se diría que hay coquetería femenina en el modo de llevar los adornos, las joyas, numerosísimas en él. Las tres plumas rojas del *llautu* real, por su brillo y colorido, parecen tintos en sangre, mientras que el manto, también rojo, refleja los rayos solares e hiere a la vista. Las sandalias son de hilo de oro y se ajustan hasta los tobillos mediante delicados lazos del mismo metal, siendo la suela de *acya* o magüey. Lo más notable son las insignias de poder y las joyas, todas con incrustaciones de esmeraldas, diamantes, rubíes y perlas. La cabeza del *yauri* o cetro, por ejemplo, lo constituye un gran diamante. Los ojos de las dos serpientes son de esmeraldas, en tanto que las fauces son de rubíes. La corona, el collar, los aros, los brazaletes y anillos, están engarzados en esas piedras. Da la impresión de ser un ídolo viviente con tal despliegue de riqueza.

Con la estirada dignidad de un verdadero soberano, Huáscar

deja que el Villac Umu de su reino lo tome delicadamente de una mano y lo lleve hasta el altar. Una vez allí, Huáscar estira los brazos y hace una profunda venia hacia el naciente, donde el padre Sol en ese momento surca el cielo en el esplendor de una mañana sin nubes. Y entonces, asistido por el Sumo Sacerdote y por el ayudante de éste, en medio de general recogimiento, procede a abrir el arca, en estudiados y pausados movimientos, extrayendo finalmente la sagrada imagen.

Que no es otra cosa que un enorme disco de oro primorosamente pulido y cuyo brillo enceguece. Grandes rayos zigzagueantes parten de él. Y para que el disco resulte una imagen antropomórfica, según la idealizada concepción religiosa de los incas, tiene ojos de esmeraldas y boca de rubíes. En respetuoso recogimiento y de rodillas, los súbditos reales observan la ceremonia de sacrificio que viene a continuación, en que cuatro pequeñas llamas de color blanco, dorado, rojo y negro, son degolladas y su sangre bebida por el Inca, el Sumo Sacerdote y los más grandes jefes. Después que los *tarpuntaes* (¹) examinan las entrañas y por ellas predicen la felicidad y ventura de las jornadas venideras, el Inca ocupa su trono al lado del altar y con gesto displicente da orden de que empiecen los festejos.

Un tierno y pausado cántico precede a la aparición de un grupo de mujeres, todas jóvenes y bonitas, elegidas entre las *ñustas*, quienes llevan a hombros, sobre parihuelas, la imagen de oro de una mujer cuya cabeza tiene la forma redonda de la luna. En efecto, son ellas sacerdotisas de *Killa*, la Luna, la cual se supone es mujer, esposa del Sol. El grupo se adelanta lentamente, sin dejar de entonar su cántico. Luego de saludar al Inca, se prosternan ante la imagen del Sol, al lado de la cual dejan a *Killa*. A partir de este instante, nuevamente, los músicos dejan oír los sones de un *taqui* popular. Es la transición de la ceremonia religiosa a otra de relieves humanos.

Los nuevos guerreros se adelantan entonces en formación que cambia a las voces de mando de los jefes. Finalmente, de uno en fondo se acercan al altar, hacen una reverencia a la imagen del Sol, otra al Inca, yendo a formar luego fuera del templo, donde esperarán el resto de la ceremonia.

En tanto tiene lugar esta espera, se suceden los *taquis*, con participación del pueblo. Poco antes de mediodía se distribuye chicha y algunos comestibles. Se come, se bebe y se baila con gran contentamiento del pueblo. Es por ello que las celebraciones religiosas

(¹) Augures.

cuentan con gran afluencia de gente de todas las condiciones y edades.

Al concluir la ceremonia religiosa dentro del templo, el Inca reaparece y accede a la petición de los jóvenes guerreros para ir a hacer los sacrificios en el templo de *Huanacauri*. El Inca, precedido por su numerosa y aguerrida guardia, por los músicos, y seguido de su regio séquito, abandona Curicancha y se dirige al palacio de Yucay, donde permanecerá en descanso en tanto continúan las ceremonias y festejos del Cápac Raymi.

Cada uno de los jóvenes que van a ser armados guerreros dispone de un carnero ya aparejado, para hacer sacrificio con él. En caravana, con sus padres y parientes, se dirigen al cerro llamado Huanacauri. Al caer la noche, pernoctan al pie del cerro, en un lugar conocido como Matahua, donde continúan los bailes y las libaciones hasta bien entrada la noche. Al día siguiente, al salir el sol, todos en ayunas, emprenden la difícil ascensión del cerro, hasta llegar al templo de piedra. Previamente, los sacerdotes oficiantes han quitado un trozo de lana de los animales de sacrificio y los parientes más viejos se dirigen con ellos a la hermosa y fértil quebrada de Quimraymanta, donde esperan a los doncelles.

La ceremonia en el templo de Huanacauri es sencilla. Los tarpuntaes sacrifican otros cinco carneros y hacen entrega de los vellones de lana a los nuevos guerreros. El Sumo Sacerdote eleva entonces sus preces, diciendo:

—¡Oh, Huanacauri, padre nuestro, Sol, Trueno y Luna!... Hacednos bien a nosotros, que te sacrificamos y hacemos fiesta, y a nuestros hijos, y a estos mozos que vienen a recibir sus *huaracas*... ¡Que ellos sean siempre jóvenes y siempre fuertes, en la paz y en la guerra!

Concluida la oración, los sacerdotes ponen en manos de los dichos jóvenes las *huaracas* en cuestión, que son unas bragas, emblema de virilidad, que habrán de usar siempre. Están delicadamente tejidas de nervios de carnero entrelazadas con una especie de hilo de lino, con colores variados y dispuestos en dibujos incas. Les entregan también unas *chuspas* de *chauar* ⁽¹⁾. Luego de brindar por la felicidad de los nuevos guerreros, éstos parten al encuentro de los suyos, que los esperan en la quebrada de Quimraymanta. Allí, en medio del gentío que presencia la ceremonia sentado y en círculo, los *curacas*, los padres y los parientes más ancianos les azotan los brazos y las piernas, diciendo:

—¡Sé valiente y hombre de bien como yo he sido!

(1) Bolsas que cuelgan del hombro.

Los nuevos guerreros entonan entonces un marcial *huayllí*, mientras se asan los carneros. Hay abundancia de otros platos, de maíz, chufío, yuca, batatas asadas y, sobre todo, de chicha. Durante el resto del día y parte de la noche continúan los festejos y los taquis.

Al siguiente día, los nuevos guerreros emprenden el regreso a la capital, al trote, ritmo de marcha que no deben abandonar en ningún instante, so pena de infamación. Siempre al trote, rendidos, a veces sangrantes por el duro castigo del ramaje o de los guijarros del sendero, llegan a la plaza, donde están reunidas las jóvenes princesas, cada una portando una pequeña vasija de chicha. Cada *sapaykoyañusta* da entonces voces llamando a su mancebo preferido y dándole aliento en los últimos tramos.

—¡Ven pronto, valiente guerrero!... ¡Aquí te espero con rica chicha para calmar tu sed y con un dulce beso para recomendar tu sacrificio!

A veces ni el mancebo ni la fiesta se conocen, pero en la ocasión basta que la joven ofrezca su cántaro y que el guerrero lo acepte para que entre ellos se establezca una relación que habrá de terminar en boda. Satisfecha la sed, las parejas inician nuevos *huayllis y taquis* y la fiesta continua por el resto del día.

De este modo, con pequeñas variantes, los festejos del Cápac Raymi se prolongarán por todo el mes.

2

No ajeno a la celebración aunque sin participar en ella, el inca Huáscar lleva una idílica existencia en la hermosa y príncipesca residencia de Yucay. La misma se halla situada, como ya hemos dicho, a cuatro leguas del Cuzco. Se trata en verdad de un delicioso valle rodeado de sierras que lo defienden de los vientos helados del Ande, regado por numerosos arroyos y manantiales. La construcción arquitectónica del palacio muy poco tendría que envidiar a las mejores de Italia, Francia o España. Cuenta con varios sectores y alas. Unos están señalados a la morada del Inca, otros a sus concubinas, a sus ayudantes e íntimos, y otros, en fin, son departamentos o aposentos destinados a los más prominentes funcionarios. Un sector del palacio está reservado a la numerosísima servidumbre. Son extensos, boscosos y floridos los parques y jardines que rodean al palacio. El rey pasa en ellos la mayor parte del tiempo, en compañía de algunas de sus favoritas, ya

jugando con ellas u ocupado en gratos menesteres. Con frecuencia se concreta a tomar sol, contemplando con expresión ausente el grato ambiente circundante. O acaso toma voluptuosos baños en algunas de las albercas de cristalinas aguas termales instaladas al aire libre en el parque o, cuando lo prefiere, se sumerge en bañeras de oro macizo instaladas en sus habitaciones privadas, alimentadas por medio de cañerías subterráneas que traen agua de los manantiales.

Huáscar, en el décimo día de festejos del Cápac Raymi, se encuentra en el parque, cerca de la alberca, tirado desnudo al sol cercano al mediodía. Con ojos entrecerrados, indolentemente, mira la grácil y graciosa figura que, tan desnuda como él, se mueve entre las brillantes ondas.

—*¡Incallay, ama kella!*⁽¹⁾ —le invita la favorita—. ¡El agua está deliciosa!

—No para mi agrado, hermosa Koillur Tika —responde el Inca, mientras recibe con embeleso la tibia caricia del sol en sus redondas espaldas.

Koillur Tika se echa a reir. Su risa, a los veinte años, es como un bello adorno, como el color y el perfume que da sentido a la flor. Es hermosa y se dice que la más preciosa de todas las princesas. Su cuerpo es esbelto y de formas redondeadas, el rostro oval y de líneas suaves, ligeramente acentuadas en los pómulos y en los ojos, índice de su exótica belleza. Luego de encogerse de hombros, desprejuiciada de su propia desnudez, se echa a nadar como un ánade. El nadar para los aborígenes es una tarea tan natural como el andar. Se aleja al otro extremo, moviendo sus bien torneadas piernas con pausada suavidad y gracia. El Inca suspira y entorna los ojos.

—Dejarás de tomar frío si te recuestas a mi lado —dice él.

Un simple deseo que, sin embargo, es una terminante orden en labios del Inca. Koillur Tika consigue salir de la alberca en un reiterado esfuerzo que hace sonreír a Huáscar por la generosidad del espectáculo. Luego la favorita hace un rodeo en torno a la alberca. Los regios amantes se mueven en medio de una secretiva intimidad que ningún mortal se atrevería a quebrantar, so pena de muerte.

Koillur Tika se sienta sobre la suave y mullida piel de vicuña extendida sobre el césped y se pasa el peine por la cabellera negra y brillante como el azabache. Gotas de agua, enormes y translúcidas perlas, le caen sobre el turgente busto y rotas por el encanto de

(1) ¡Inca mío, no seas perezoso!

éste, ruedan por las pendientes y se pierden de vista en las hon-
donadas.

Huáscar contempla silenciosamente a su amante. Esta acre-
cienta su actitud de estudiado abandono. Se sabe deseada, que
es una forma de ser amada. Y en tanto ese fervor continúe ella
será la reina del serrallo del señor Inca.

Voces y pasos rompen el encanto del idílico instante. Mo-
mentos después aparece una de las doncellas de la princesa, la
cual trae delicada y multicoloreada *liclla*, con la que cubre a su
ama. De la bronceada belleza sólo queda la fragancia y la memo-
ria de la gratísima visión. El Inca abre los ojos.

—¿Por qué turbas nuestro reposo? —pregunta, frunciendo el
ceño.

—*Sapan Apullay...* —dice la doncella, arrodillada, sin atre-
verse a alzar los ojos—, ha llegado tu ilustre hermano, el *Tupay-
ricuc*⁽¹⁾. Quiere verte y dice que es premioso.

Huáscar se incorpora y hace un breve ademán. Al instante,
como por ensalmo, aparecen dos criados. Sin que medie una pa-
labra y siempre en actitud respetuosa, cual si se tratara de un
ídolo sagrado, proceden a vestir al señor. Finalmente calzan sus
pies con las ojotas de hilo de oro.

El Inca se dirige al palacio. Y no bien asoma en la entrada,
una pequeña y rumorante multitud de cortesanos y funcionarios
sale a su encuentro. Al frente viene Cuynchi, uno de los herma-
nos naturales de Huáscar, y que es el *Tucayricuc* o jefe de policía.
El régimen incaico es netamente nepotista. Los más importantes
cargos, en la administración, el ejército o la religión, se cubren
con parientes cercanos del rey, esto es, hermanos y tíos. Cuynchi
es medio hermano de Huáscar, pero se parece más al difunto
Huayna Cápac y, por tanto, a Atahualpa. Es alto, fornido, de
rostro aguileño de duras líneas.

—¿Qué sucede, hermano mío? —pregunta el Inca, luego de
despedir con un ademán a los otros—. ¿Qué grato, o ingrato acon-
tecer, te obliga a abandonar la capital?

—Malas noticias de Quito han llegado, *Ayau, Incallay* —dice
Cuynchi.

Huáscar encamina sus pasos hacia uno de sus aposentos pri-
vados. Apenas asoma allí sale una preciosa fiesta que le ofrece
una pequeña ánfora de oro contenido la tonificante y espirituosa
bebida incaica. Luego de lo cual desaparece como una blanca y
silenciosa sombra.

(1) El que lo sabe todo.

—Habla ya —dice el Inca, ofreciendo un vaso a su hermano—. Deben ser muy malas esas noticias o no hubieras venido a turbar mi reposo.

—En efecto, *Kamajnillay*... Un chasqui ha traído un mensaje de nuestro informante en Quito... ¡Dice que Cusi Wallpa ha sido destituido como jefe del ejército y que Atahualpa lo reemplazó por uno de sus íntimos, Chalcuc Chima!

Huáscar bebe y saborea en silencio. Sus ojos oscuros, entrecerrados, dejan escapar un inusitado brillo. Ha comprendido. Hay gravedad en la información. Si el ejército del norte obedece exclusivamente al usurpador, es posible que éste se atreva a extremar sus insolentes peticiones.

—Y eso no es todo, *Sapan Apullay* —continúa Cuynchi—. En la provincia del norte hay aprestos bélicos. Se recluta gente, se abastecen provisiones, se fabrican armas, todo en grandes cantidades.

—Guerra... guerra... —murmura el Inca, con expresión hosca, como si hablara consigo mismo—. ¡Maldita guerra!... Si sobreviene, se acabarán nuestros regalados días de paz y bienestar. Es preciso evitarla, a cualquier precio.

—Hermano mío, Atahualpa es sólo un usurpador insolente. Si preparas tu ejército y frente a él le das una lección, lo tendrá por bien merecido...

—Cuynchi, cuando haya menester de tu consejo, te lo pediré —replica el rey fríamente—. Ahora llama a Apo Cámac y al resto de mis consejeros.

El *Tucayricuc* sale mohino y cabizbajo.

Algún tiempo después, emisarios oficiales de Huáscar parten hacia Quito. El mensaje del Inca dice que, por voluntad suprema de su difunto padre, es él rey legítimo y en consecuencia el único que puede disponer cambios en el gobierno, reclutar guerreros y aprestarse a campañas de conquista. Por tanto, le agradaría sumamente recibir de su hermano Atahualpa no sólo protestas sino pruebas de su acatamiento público a su regia autoridad.

Cuando parten los emisarios reales, una sensación de malestar queda flotando en el Cuzco. Huáscar, efectivamente, ama la paz y el bienestar y, habituado a una vida de placer y molicie, hace lo imposible por conservarlos. Pero en lugar de pasarse el tiempo jugando con sus bellas concubinas y sus pajés, malgastando el tiempo y sus escasas energías en organizar fiestas y diversiones, ¿no sería mejor que organizara un gran ejército para poner coto a las cada vez más osadas pretensiones del usurpador?

Ignorante o desdenoso de estas secretas expresiones, Huáscar sigue llevando una existencia idílica en los hermosos parajes del palacio de Yucay. Así teje su destino, con hermosos y coloridos hilos que, llegado el momento, sin embargo, demostrarán ser tan débiles como hilos de araña.

3

La risa, estentórea, despectiva, llena de sonoridades congruentes la sala de muros de piedra y paneles de oro. Otras risas hacen sumiso eco a la primera y por unos momentos el regio y austero ambiente del viejo palacio de Quito se estremece con las irrespetuosas carcajadas.

—Acatamiento público a su autoridad!... —exclama Atahualpa, medio ahogado por la risa—. ¿Habéis oído jamás semejante despropósito?

—¿Y qué respondiste a los emisarios de Huáscar? —pregunta, serio, Chalcuc Chima.

—¿Qué les respondí? —inquiere Atahualpa, sin dejar de reír—. ¡Los abrumé con citas sobre la voluntad de mi padre y los dejé tan aturdidos como huanacus encerrados en un corral!

Las risas no son sino una manera de expresar el íntimo regocijo de los favoritos del Inca norteño. Aquella gran fiesta pala-ciega que cuenta, como de costumbre, con participación de hombres y mujeres, la ofrece Atahualpa para celebrar la consolidación de su poder autocrata. De un modo gradual y elocuentemente sutil, el amado hijo de Huayna Cápac ha ido cambiando la estructura gubernativa, administrativa, militar y religiosa del reino del norte. Cusi Wallpa fue la última pieza quitada del gran juego. Gradualmente, pequeños y grandes funcionarios fueron reemplazados por otros adictos a Atahualpa. Los viejos, los que podían resistir su autoridad alegando lealtad al difunto rey y acatamiento a sus póstumas disposiciones, fueron retirados de buen o mal grado, ocupando su lugar otros consecuentes con los ambiciosos planes del príncipe de obtención absoluta del poder. Hoy, a pocos años de la desaparición de Huayna Cápac, puede decirse que no hay fuerza que resista la autoridad de Atahualpa. Disuelto el Consejo de Ancianos por natural ley de gravitación, sólo queda Waylla Wisa, el Sumo Sacerdote, ocupando su alto cargo. Atahualpa, consciente de que el *Villac Umu* es aún poderoso como jefe de la religión, capaz de movilizar en su contra grandes masas

de creyentes, lo mantiene en su elevada posición esperando que la misma ley de gravitación se lo lleve. Cuando eso ocurra, ya no habrá poder humano que le impida llegar a la deseada Kcori Coyllur. Mientras tanto, aunque ya es el *Sapan Apu*, mantiene su palabra y respetando a la joven fiesta conserva la amistad de su tío.

Por otra parte, la hermosísima y enérgica Ima Sumac no lo pierde de vista. Es la esposa ideal de un Inca con ideas de grandeza y no quiere enajenarse su amor. Además, la ama. En tanto que su sentimiento hacia Kcori Coyllur es pasional, deseo físico intensamente manifestado, el que lo inclina a Ima Sumac reúne los dos aspectos, el físico y el espiritual, porque ella ha sabido ser digna de él en las expresiones del amor sin perder por ello, antes al contrario agrandándolo, lo que de más noble hay en él.

—Háblanos de tus proyectos, señor.

Complacido, no tanto para halagar el interés de sus favoritos como su propia ambición, Atahualpa explica sus planes. Ha consolidado su poder en el norte, pero eso no basta. El Tahuantinsuyo no debe dividirse. Por el contrario, para que su grandeza no tenga parangón, será necesario anexar nuevos territorios. Particularmente tiene en vista el extenso y riquísimo país de los *chunchos*, que sus ilustres antepasados Incas, incluyendo al gran Pachacutec, no llegaron a conquistar jamás. No será difícil esta conquista si las fuerzas ahora divididas se unifican.

—Para que puedas realizar este sueño, *Sapan Apullay*, necesario sería que Huáscar delegara el mando en ti o que todo el pueblo te reconociera como al único Inca... ¿Piensas lograr este milagro con ayuda de *Pacha*?

Atahualpa mira al osado que dice eso y frunce el ceño, pero la apuesta figura de su primo Sayri Túpac y su franca y resuelta mirada lo desarmen. En los últimos tiempos, Sayri Túpac le ha demostrado gran espíritu de sacrificio y lealtad hacia su persona. Probablemente sea el futuro *Villac Umu*.

—No... Tendré el poder absoluto, de buen o mal grado.

—¿Y cuándo será?

—Cuando hayamos podido organizar y armar un ejército de cien mil hombres... Chalcuc Chima, tú me respondes de eso.

Las cartas están en juego y la del triunfo parece hallarse en manos del digno hijo de Huayna Cápac. Por todo ello, la ocasión merece celebrarse, anticipando la entrada de Atahualpa en el Cuzco y su ocupación del trono incaico.

—*Incallay*, brindo por tu poder y sabiduría!

Las primeras sombras de la noche se cierran sobre la ciudad de Quito y un manto cada vez más denso va nivelando su irregular topografía, hasta que la aparición de luces marca de nuevo, aunque deformados, sus contornos. El sitio más iluminado, visto desde cualquiera de las colinas circundantes, es la plaza grande, donde se alzan el palacio real, el Templo del Sol, el monasterio de los sacerdotes, y la *aclahuasi* o claustro de las Vírgenes del Sol. En la plaza y especialmente en los alrededores del palacio, se advierte gran movimiento. Como sabemos, allí se celebra una gran fiesta íntima.

La profusión de comidas y bebidas empieza a ejercer su efecto. Los nobles ríen más y mejor, olvidados del protocolo, de la diferencia de sexos. El conjunto musical del Inca ameniza la celebración. *Huayñus*, *cacharpayas*, *yaravies*, tonos alegres o marcadamente tristes, sirven de fondo musical a los *taquis*, en los cuales participan todos, hasta el rey, ya sea en parejas o en danzas de grupo. El incaico ama el baile y la música como bienes superiores a los cuales rinde culto en toda ocasión posible, y en ello demuestra también su elevado espíritu.

A pesar de su alegría y entusiasmo, el Inca no olvida su función de tal, no pierde la cabeza ni bajo el influjo de la exquisita y transparente chicha. De vez en cuando llama a uno de sus consejeros ayudantes y les da instrucciones. Sería un gran político si actuara en la convulsionada Europa. Como gobernante demuestra tener capacidad de mando, intuición, visión. No deja que las cosas se resuelvan por azar. Con frecuencia conversa con sus consejeros al respecto. Nada debe ser abandonado al arbitrio de las circunstancias. En eso difiere substancialmente con su hermano Huáscar.

—Ruminaki, no puedo creer lo que me dices... ¡Sayri Túpac! No sólo es primo hermano mío, sino me ha demostrado fidelidad.

—Tengo las pruebas, *Incallay*... El chasqui que regresó del Cuzco lo ha confesado bajo el tormento. Como *Tucayricuc* ⁽¹⁾ de tu reino debí obligarlo a decir la verdad...

—Te agradezco, Ruminaki, y te prometo que no olvidaré tu preocupación por bien servirme... ¡Sayri Túpac!... ¡Traidor!... ¡Oh, me duele como si ardiente herida traspasara mi pecho!

—¿Qué debo hacer, *kamajnillay*?

—Cumple tu deber... Oblígale también a confesar.

(1) Jueces o policías provinciales.

—Mis hombres lo han buscado y no lo encuentran.

—¡Cómo!... No hace mucho estaba ahí... Incluso, ¡oh, infame!, me dirigió la palabra en tono altanero...

—Ha desaparecido, señor.

—Indicio es, de su culpabilidad... Haz que lo busquen. Y cuando lo encuentren, avísame.

El tono, antes que las palabras, denuncia la sorda y temible cólera del Inca. No cabe duda de que una muerte cruel pende sobre Sayri Túpac, el desdichado amante de Kori Coyllur. Los actos ofensivos contra la persona o la autoridad del Inca se computan como atentados contra el dios Sol. Y por tanto la única pena que corresponde es la de muerte en el tormento.

No se crea por ello que la administración de justicia se llevaba arbitraria o despóticamente. En todo el imperio existen tribunales de justicia que se integran con magistrados de cada ciudad o pueblo, los que tienen jurisdicción en materia de delitos leves, en tanto que los de carácter más grave se someten a jueces superiores, es decir, a los gobernadores de los distritos. Estos jueces reciben su autoridad y su apoyo del Inca, cuyos parientes cercanos son, y sus decisiones se apelan al mismo monarca, pero sólo en circunstancias muy especiales. Las leyes son pocas y muy severas. Casi todas se aplican a asuntos criminales. Pocas leyes de otra clase necesita una nación que tiene poco comercio, carece de moneda y de lo que se entiende por propiedad privada. Los delitos de robo, adulterio, asesinato y, como hemos señalado, el atentado contra el Inca o la religión, se castigan con la pena capital. No obstante, los jueces estudian sabiamente la admisión de circunstancias atenuantes. En casos especiales es el mismo Inca quien administra justicia.

Una figura abandona sigilosamente el palacio. Es Sayri Túpac, acusado por el Tucayricuc como traidor espía de Huáscar. Aspira hondamente el fresco aire que llega del Ande, para despejar su cabeza de los vapores alcohólicos de la chicha. Sabe perfectamente cuál es su situación. Un amigo fiel le informó a tiempo, durante la fiesta en el palacio, de lo sucedido a su chasqui. Y en momentos de huir fue testigo de la llegada de Ruminaki.

Sayri Túpac ausulta el cielo. Hacia el Condesuyo se advierte aún el gran esplendor crepuscular. En su mente sólo cabe un pensamiento: huir. Pero no lo hará sin antes hablar con *ella*. Empresa más arriesgada, si se quiere, mas del todo necesaria. Hace cinco años que no ve ni habla a Kori Coyllur, pero su fe y su amor por ella no han decrecido sino, por el contrario, han alcanzado dimensiones mayúsulas. A eso se debe su actitud, como

explica la razón de su desencanto y amargura, malos consejeros en las horas de prueba.

Procurando mantenerse alejado de todos y moviéndose en la sombra, Sayri Túpac se dirige a la *aclahuasi*. No es mucha la distancia y la cubre en poco tiempo. Con la mayor cautela asoma finalmente al pie del gran muro de piedra, por cuya base se introduce en aquel punto el arroyo que cruza el predio y sirve a todas las necesidades del monasterio. Introducirse por allí, sin embargo, es correr un seguro riesgo de muerte, pues las aguas se embolsan y durante un gran trecho corren subterráneamente. La construcción ha sido ideada precisamente para impedir incursiones como las que intenta el desdichado amante de la fiesta, hija del Sumo Sacerdote. Ningún animal, excepto un pez, podría cruzar la entrada o salida del arroyo.

Pero la fuerza de su amor instó una vez a Sayri Túpac a hacerlo, hace cinco años. Tal vez ahora ya no tenga ni el ardor ni la resistencia de su juventud, pero lo mismo le da. Después de todo, sería una muerte más benigna que la que lo espera si Ruminaki lo detiene. A este pensamiento se decide y se arroja de cabeza en las turbulentas y sonoras aguas.

La lucha es terrible. El entubamiento de las aguas resulta excesivamente largo esta vez y con gran desesperación el joven inca ve llegar su resistencia al final. Tiene la impresión de que le van a estallar la cabeza y los pulmones, pero consigue mantener, unos instantes más, la respiración. Eso lo salva. Sólo en los últimos tramos traga un poco de agua; pero finalmente su cabeza emerge y puede respirar con libertad, aunque al hacerlo siente terribles dolores internos.

Pero ya no es cosa de detenerse a pensar en ellos. Mira a su alrededor. El crepúsculo se acentúa y sólo alcanza a percibir sombras blancas, difusas, que se mueven en el pequeño parque. ¿Cómo saber cuál es Kcori Coyllur? Mas el brusco y violento latir de su corazón, antes que los ojos, le dice dónde está. ¡En el mismo sitio que la viera, cinco años antes, por última vez!

Se acerca temblando.... Sí, es ella. Su figura es inconfundible; aquel modo de alzar la cabeza con dignidad, de mirar el futuro no con miedo ni con altanería, sino con resignación. Resignación, atributo de las almas fuertes. Kcori Coyllur no participa ni en las danzas ni en los cánticos vespertinos de sus compañeras. Todas las noches se sienta en el mismo lugar, mirando correr las murmurantes aguas con expresión triste y ausente. ¿Qué espera?... Nada. O todo.

La joven fiesta se estremece hasta la médula cuando el leve

roce acaricia su pie. Es el preanuncio de lo fabuloso, de lo increíble. Sin embargo, Kcori no demuestra ninguna emoción. ¡Tantas veces ha creído ver y sentir la aproximación del ser amado!

—¡Kcori, amor mío!... ¡Soy yo!

La chorreante, la increíble figura se arrastra fuera de las aguas. El cuerpo, bronceado, musculososo, se recorta bajo el distante resplandor de una hoguera, como una estatua recién bruñida.

Kcori Coyllur se lleva las manos al rostro.

—¡Vete!... ¡Aléjate, cruel espectro de la ilusión destrozada! —solloza—. ¡No me martirices con tu fementida presencia!

—¡Soy yo, Sayri Túpac! —gime el joven inca, que ha comprendido la desesperación de su amada, acercándose más y alcanzando a tomarla de las manos mientras busca sus ojos.

Al suave contacto sigue el estremecimiento más profundo. Ella alza su maravillada mirada y luego, a punto de desvanecerse, suspira:

—¡Tú!... ¡En verdad eres tú!

Pero las palabras ya no hacen falta para certificar este portentoso hecho. Los ojos, los labios, las manos, apodéransen del ser amado y toman posesión gradual y emotiva de él, en forma de miradas intensas, de besos, de caricias, de tiernos abrazos. Y así, amándose por encima de las dificultades y penurias, estarían por el resto de sus vidas si no fuera que la cruel realidad golpea sus conciencias. Se han interrumpido los tristes cánticos. En unos momentos más, la *mamacona* dará la orden de entrar al claustro.

—...Perdóname, amor mío, los cinco tristes y crueles años, que no lo fueron menos para mí, que te regalé con mi ausencia. ¡Pacha sabe que impertérito hubiera desafiado a la muerte vieniendo todos los anocheceres a verte! Pero atendí a tus ruegos y temeroso de causarte o provocar con mi loca conducta un mal irreparable a seres inocentes, reprimí las ansias de mi ser y no traspuse estos tétricos muros...

Kcori Coyllur solloza. Es todo lo que puede hacer o decir. El joven inca continúa:

—Pero en estos interminables y desesperantes años no dejé un instante de pensar en ti y tampoco permanecí ocioso, *ñustallay*... Me mantuve vigilante, cerca de él... Siempre llevé un cuchillo escondido en mi seno. Le hubiera dado muerte, sin remordimiento, de haber visto que intentaba consumar sus oscuros propósitos contigo...

Recrudece el llanto de la joven princesa. No lo sabe aún, pero intuye que este acercamiento no presagia la dicha, como hubiera

sido de desear, sino la desgracia. De no ser así, piensa, no habría aquél temblor en la voz de su amado.

—...pero *él* no se acercó a ti. Y no comprendo por qué. No obstante, me mantuve vigilante, de día y de noche. No satisfecho con ello, juzgué necesario y justo contribuir a que el poder y el mando recayeran en las manos del legítimo heredero...

—¡Oh!... ¡Oh!... —gime Kcori Coyllur. Ha comprendido... Una desesperación de muerte se apodera de su corazón.

—¡Perdóname que te cause este nuevo dolor! —gime el joven Sayri inundando con sus besos y sus lágrimas las manos de su amada, que estrecha febrilmente entre las suyas—. ¡Pero no quise perderte!... Pensé que... ¡Lo comprendo, ha sido un loco pensamiento, sin embargo era el único que podía devolverme a ti! Si el legítimo heredero reconocía mis servicios, daría la orden de tu libertad... ¡Sólo en ello pensé, amor mío, cerrando los ojos a toda otra razón!

—¡Qué has hecho, desdichado amor mío! —La joven abraza a Sayri como si ya los verdugos se acercaran—. ¡*El* es cruel y sanguinario y oscura y dolorosa muerte te dará!

—¡Aún no estoy en su poder!... ¡Y por eso he venido!... A despedirme de ti, amor mío, pero no para siempre... Huiré, me esconderé en el monte. Desde allí vigilaré... Esperando que salgas de aquí.

—¡Eso es imposible, bien lo sabes!

—No lo es tanto... *El* pronto dejará Quito. Prepara un gran ejército para batalla dar al legítimo... Si te deja aquí, como si te lleva a la *aclahuasi* del Cuzco, me dará la oportunidad que tanto hemos soñado. La guerra inevitable que sobrevendrá le obligará a olvidarte. Y acaso nos veamos libres para siempre de su venganza si Pacha, que es justo y magnánimo, castiga su intento de usurpación...

Le interrumpe la voz distante aunque autoritaria de la mamacona llamando a las fiestas.

—¡Adiós, Sayri, amor mío!

—¡Adiós, no!... ¡Volveré por ti!... ¡Te lo prometo!... ¡Estaré siempre cerca, pensando en ti, de día y de noche!...

—¡Huye y cuídate!... ¡Moriré de pena si te sucede algo!

Se acercan pasos, luego se oye una voz autoritaria, aguda, llamando a Kcori. Esta, alarmada, se incorpora. Sayri la retiene aún de las manos, que no cesa de besarlas. Pero en un brusco ademán ella se suelta y corre al encuentro de la mamacona.

Cuando las dos figuras se alejan y se pierden, confundidas con

las sombras, silenciosamente se hunde Sayri en las murmurantes aguas y se deja arrastrar por ellas.

—¡Es imposible, no puedo creerlo!... —masculla Atahualpa, dando un violento golpe de pie contra el piso—. ¡Nadie ha osado escapar jamás a la justicia del Inca!...

—Lo siento, señor, pero la búsqueda ha sido inútil —responde Ruminaki, el *Tucayricuc*.— Sayri Túpac ha desaparecido... Es posible que se haya internado en los montes. Mandé rastreadores.

—¡Haz que detengan a sus padres y hermanos!... ¡Ellos me pagarán la traición del infiel!

—También han desaparecido, *Incallay*.

—¡Ah, traidores!... —El Inca encara furioso a su jefe de policía—. ¡Supongo que el chasqui también habrá huido!

—No, *Kamajnillay*.

—Entonces haz que lo degüellen... Pero antes córtale las manos y los pies para que diga quiénes son los otros traidores. Si no lo hace, sácale los ojos y córtale la lengua... ¡Vete!... ¡Me respondes por la ejecución de esta orden!

Ruminaki sale precipitadamente. Es una orden cruel, bien lo sabe; pero debe cumplirla. O él será la próxima víctima del furor ciego del Inca.

El atardecer de un día cálido señala el final de la jornada activa y llena de emociones. Sin embargo, en las calles llenas de verdor y colorido de otros atardeceres más alegres, hay ausencia de pueblo. ¿Qué es lo que aleja al bien dispuesto pueblo de Quito de los lugares favoritos de expansión diaria? El temor... El temor a lo sobrenatural como a la crueldad del hombre. Los pueblos antiguos adoraban al Sol, al Fuego, al Rayo, al Trueno, no tanto por devoción como por temor; no ya para recibir protección y ayuda, sino para no ser castigados por faltas y pecados. Por eso es falso todo dogmatismo que en el fondo encierra la amenaza y siembra el temor. Sé bueno o te mandaré el rayo para castigarte es lo mismo que: sé bueno o te mandaré al infierno... Es verdad que son muchos los que temen y por eso *aman* a la deidad amenazante. Pero serían muchos más si en lugar del miedo se inspirara la confianza, la bondad, y no se obligara al hombre a ser bueno como se le instara a ser comprensivo y justo...

El pueblo de Quito se resiste a dejar el refugio de sus hogares.

Está atemorizado por dos razones que, en su imaginación acuciada por el miedo religioso, asocia como hechos emergentes de una misma causa. El cielo, claro y límpido que imperara todo el día, súbitamente se ha cubierto de un color encendido, sangriento. No parece sino que la sangre derramada aquel mismo día en la plaza hubiera salpicado al cielo, tifiéndolo con tan feo y atemorizante color.

En la plaza, durante la luctuosa jornada, un hombre fue ajusticiado. Sus restos, descuartizados, aún están allí, para escarmiento de todos los traidores, de los que, de palabra o de hecho, se atrevan a atentar contra la dignidad, el poder o la persona del Inca, el Hijo del Sol y su representante en la Tierra.

Ambos hechos se configuran en la imagen distorsionada de los súbditos del Tahuantinsuyo. El cielo se muestra enrojecido, tinto en la sangre del traidor, porque el Inti está colérico...

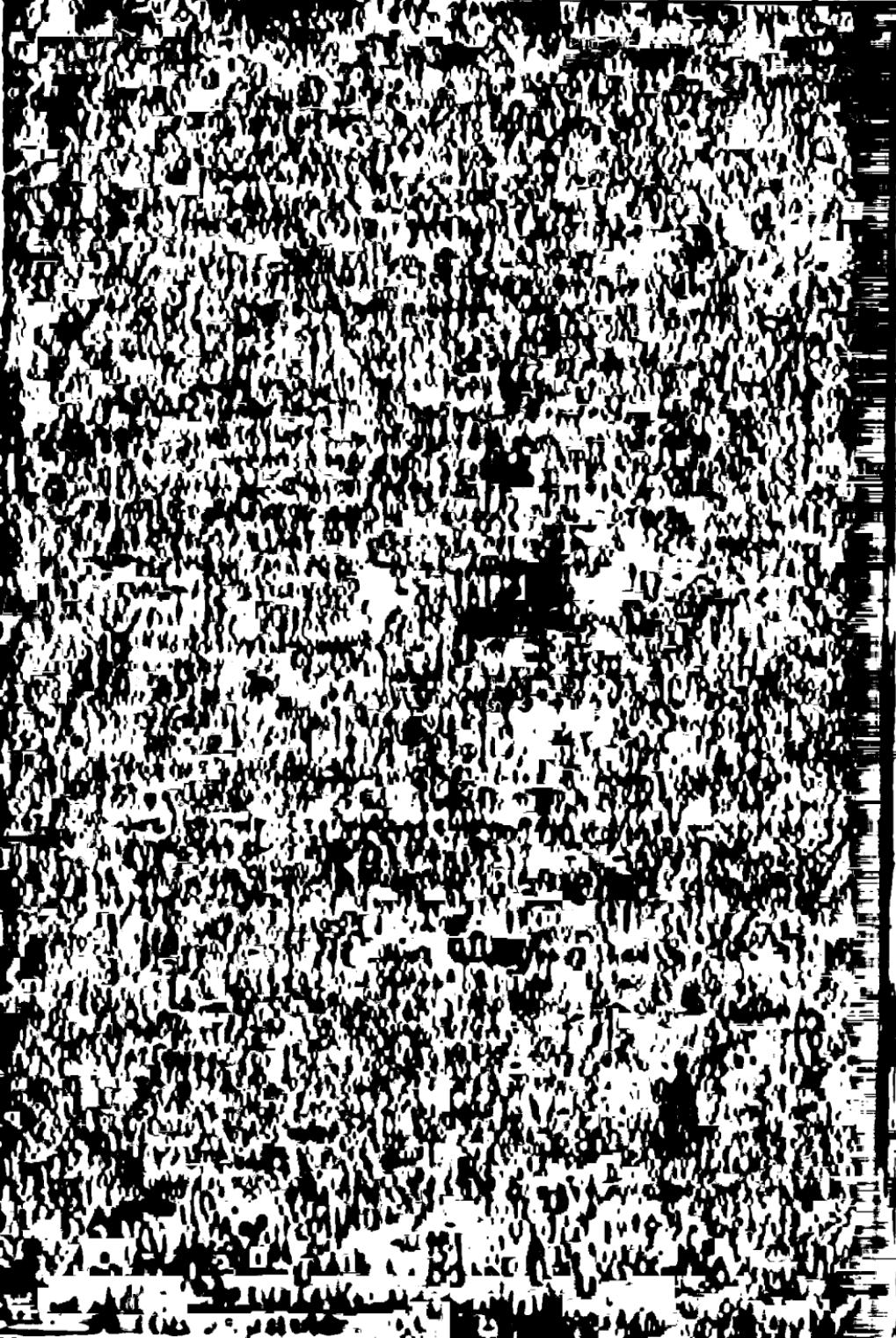
—¡El Inti siente la misma y santa cólera que yo! —exclama Atahualpa en el palacio—. La sangre del traidor mancha su *chum-picacico*.

El pueblo, humilde en su impotencia, oculta su religioso temor entre las paredes de sus casas.

Y allá en la cumbre nevada de la montaña, entre riscos de duras y filosas aristas, un hombre se yergue, el torso desnudo y brillante, el musculoso brazo armado de descomunal *chaupiyki*.

—¡Atahualpa, yo, Sayri Túpac, te desafío!... ¡El sol y el cielo no son aliados tuyos ni de ningún hombre, por poderoso que sea!... ¡Ven y te lo demostraré!

El grito de guerra y desafío hiende los fríos aires y tan pronto se pierde su eco, el fiero color del cielo empieza a decrecer y empalidece. Es como si la naturaleza, respetando al hombre de pensamiento libre que no teme decir su verdad, se inclinara ante su presencia...



CAPITULO VI

El capitán de hierro

El escenario, sin ser sombrío, es deprimente, sin ser hostil es amenazante. Boscosa maraña en una isla húmeda y cálida donde la trasppiración permanente adhiere la ropa al cuerpo, donde enjambres de mosquitos de irritante y ponzoñosa picadura no dejan un instante de reposo, donde el suelo está permanentemente húmedo y cubierto de podrida hojarasca, debajo de la cual incuban alimañas y bichos de toda clase, incluso reptiles venenosos. Todo esto hace indeseable a la pequeña isla de Cachimá, perteneciente al archipiélago de las Perlas, situado, como sabemos, frente y a pocas leguas de Panamá, sobre la Mar del Sur.

—¡Ah, mísera condición humana la nuestra, señor! —se lamenta un hombre todavía joven, pálido y escuálido, de ropas astrosas, desplomado en el escalón de madera que da acceso a la cabaña—. ¡Reducidos a resaca!... ¡Saldremos alguna vez de esta condenada isla?

—¿De qué te quejas, mi buen Alonso?... Casa y pan tienes. Andas de nones y holgas a placer... ¿Puede pedir más un gallofero como tú?

—Bien sé que en eso de andar al retostero me pinto solo, capitán Pizarro. ¡Pero me aniquila esto de ir a la ventura, sin saber si somos gente de bien o meros zoqueteros!... Con perdón de vuesa autoridad, ¿no hubiera sido mejor ir con nuestro barco a Panamá y hacer frente al Pedrarias o a cuanto valiente acostumbra a escupir por los colmillos, incluyendo al traidor Almagro, que Dios confunda?

Francisco Pizarro no responde. Una leve sonrisa distiende sus labios sin color, ocultos en parte por espesa barba negra. Esta

hace más impresionante su palidez, más intenso el brillo de los ojos afiebrados.

—No es bueno condenar sin estar a probanza de lo que se dice...

—¿Necesitamos más pruebas, capitán?... Almagro nos abandonó a nuestra suerte y por culpa de su traición hemos padecido hambre, infortunio y finalmente hemos sufrido una fea zurribanda a manos de los indios... Vos mismo estáis vivo por milagro. ¡Siete heridas de flecha no bastaron a destruir vuestra vida!

Es que el denodado Alonso de Molina no sabe que esa existencia se sustenta en una resolución de vencer que se impone a las flaquezas de la carne. Es la misma y elevada condición que hizo grandes a hombres como Aníbal, Alejandro, César y, últimamente, a Cortés.

—De ellas me repongo, Alonso amigo, y créeme que soy por bienvenidos estos días de reposo, que son de gloria comparados con los que hemos pasado...

—¡Barco a la vista!

El eco, alegre y contento, esparce por la isla el anuncio del vigía y todos acuden al muelle a cerciorarse. Pizarro, ayudado por Molina acude también. Todos suponen que regresa la carabela "Esperanza", enviada con presentes no muy ricos, tal vez, pero bien intencionados, al señor gobernador de la Castilla de Oro.

—¡Voto a Cristo!... —masculla Pizarro, luego de otear el horizonte con su catalejo—. ¡No hay ningún barco!... ¿Es que el vigía tiene la vista gorda?

—¡Mire al poniente, vuesa merced, y comprobará que no he cogido ningún cernícalo! —responde el vigía, amoscado, señalando.

Todos, asombrados, corren hacia el otro extremo. Hacia el poniente, en efecto, se ve navegar un bajel, a todo trapo y rumbo a la isla. La sorpresa enmudece a todos. Se tejen comentarios, se buscan explicaciones. Se tenía por seguro que la *Esperanza* era la única embarcación que, después de la de don Pascual de Andagoya, surcará aquellos mares. ¿De dónde diablos proviene...?

—¡Por los clavos de Cristo!... ¡Es la *Santiago*!... ¡La carabela de Almagro!

No cabe sino una explicación y a ella se aferran todos. Almagro fue hacia el sur en busca de Pizarro y sus hombres. Debió pasar frente a ellos de noche, acaso durante alguna de las tormentas que debieron soportar. Eso explica muchas cosas. El resentimiento contra Almagro decrece. Después de todo, se piensa, no hubo deslealtad ni traición, sino fatalidad...

Pero cuando la carabela de Almagro echa anclas y el capitán y varios de los suyos desembarcan, la sensación de fatalidad au-

menta. ¡Diego de Almagro viene con un parche negro en el ojo izquierdo!...

—¡Diego, amigo mío!... ¿Qué diablos...?

—¡Francisco, abrazadme!... ¡Os creí que habíais soltado el pellejo!... ¡Tan malas nuevas escuché de vos!

—De vos no tuve ninguna, mas por lo que veo, habéis tenido lo vuestro...

Los socios de la aventura se abrazan y ansiosos de noticias como de buen vino, se dirigen a la cabaña de Pizarro, donde éste refiere su triste odisea.

—Malherido y sangrante fui recogido, luego de aquella sanguinaria y desigual lucha con los indios, en que muchos de los nuestros quedaron con su decrépita osamenta al sol... Cuando me recobré y pude tener conciencia de lo que sucedía a mi alrededor, Montenegro me hizo saber que estábamos de regreso, cerca de Las Perlas... Anclamos en esta isla y luego, sin noticias vuestras y temeroso de mostrarme en este estado, despaché a la *Esperanza*, llevando algunos magros presentes a Su Excelencia el gobernador...

Almagro dice su pieza, mientras con expresión dolorida se acaricia el parche que lleva. Algún tiempo después de la marcha de su socio, auxiliado por el padre Luque, pudo al fin equipar una carabela, la *Santiago*, embarcando en ella a sesenta aventureros. Se dieron a la vela y siguieron el rumbo de Pizarro, con el propósito de alcanzarlo lo más pronto posible. Gracias a los árboles marcados que dejara Pizarro en los lugares visitados por ellos, pudo reconstituir Almagro su itinerario: puerto de Piñas, puerto del Hambre, Punta Quemada...

—Nos deteníamos sólo el tiempo necesario para saber que ya no estabais allí... En Punta Quemada encontramos restos de vuestros hombres y fuimos hostilizados por los indios, los cuales, sin embargo, no daban cara...

—De la misma manera procedieron con nosotros. Eran, ciertamente, indios peligrosos.

—Exasperado, ordené tomar por asalto el poblado... Incendiámos la empalizada de troncos y obligamos a los naturales a huir a los bosques... Pero esta victoria me costó cara, pues me hirieron con una flecha en el ojo, que perdí luego de horribles sufrimientos...

—¿Eso os decidió a regresar?

—¡Qué va!... A pesar del dolor y la desesperación, no vacilé en proseguir viaje hacia el sur, tocando en algunos puntos de la costa, aunque sin encontrar ya las señales vuestras. Mas encon-

tramos otros poblados indios, amistosos en su mayoría, donde tuvimos la suerte de hallar oro. Así llegamos a la desembocadura del río *San Juan*, que está como al cuarto grado de latitud norte...

Sorprendióles la hermosura del dicho río y lo cultivado de sus márgenes, que estaban salpicadas de chozas de indios, de construcción más cuidada. En los mismos objetos de adorno, en las joyas de oro y plata, advirtieron un grado de civilización más adelantada, incluso cierto arte. Todo hacía suponer que más al sur iban a encontrar pueblos todavía más civilizados, sin embargo, llenos de inquietud y zozobra por la suerte de Pizarro y sus compañeros, cuyas señales habían dejado de ver hacía tiempo y temerosos de que se hubieran hundido en el océano o emprendido el regreso a Panamá, decidieron volver también. Por otra parte, no podían continuar su viaje con tan escasa dotación de hombres.

—¡Una cosa es cierta, amigo mío!... ¡El Perú existe y sólo espera a hombres resueltos y bien pertrechados que lo conquisten! —exclama Almagro, al término de su charla—. En esos pueblos de que os hablé tienen referencias del gran país que existe más al sur e incluso han visto a sus ricos habitantes... Dicen que un gran señor es su rey y que allí hay tanto oro y plata que hasta cubren sus paredes con ellos...

—Dichoso de vos que pudisteis adquirir tal certeza —dice Pizarro con gravedad—. Yo cometí el error de explorar la costa desde muy al norte y en ello perdí precioso tiempo y, lo que lamento más, vidas, más preciosas aún...

La amistad y la confianza se robustece entre ambos hombres, luego de tal cambio de informaciones. Mas es necesario discutir y extensamente los mejores medios para continuar la conquista. Es necesario organizar una nueva y formidable expedición, levantar la gente para ella, los pertrechos, los bastimientos. En una palabra, organizar de nuevo, pero en grande. En consecuencia, resuelven que Pizarro se quede en Chicamá restableciéndose, mientras Almagro va a entrevistar a Pedrarias llevándole nuevos y ricos presentes, con el objeto de lograr su apoyo para llevar adelante la empresa. Superado tal obstáculo, confiaban en obtener del padre Luque los fondos necesarios. Por otra parte, no obstante las dificultades y penurias sufridas en esta primera expedición, los resultados se podían considerar bastante satisfactorios para atraer gente a su bandera entre hombres cuyos instintos aventureros les instaba a buscar el peligro y que estimaban en poco la misma vida comparado con el oro...

Cuando Diego de Almagro llegó a Panamá, dispuesto a ejecutar el plan concebido con su socio, encuentra la ciudad hirviendo de agitación. Supone que se debe al regreso de los barcos de la expedición, que traen la confirmada noticia de la existencia de un país fabuloso al sur. Pero pronto sale de su error. Hay aprestos bélicos y dos barcos armados se disponen a partir hacia el norte, a Nicaragua, para sofocar la rebelión de un oficial. Y cuando el capitán se presenta en el palacio del gobernador, si bien es recibido al instante, pues va cargado de sus presentes en oro y plata, es despachado con la misma premura, so pretexto de que el gobernador debe atender importantes aspectos de la expedición punitiva. Lo cierto es que el Pedrarias anda de un humor de perros debido a la necesidad de emprender un viaje largo y peligroso, lo cual, unido a un carácter agriado, lo hace intratable. Obeso, reumático, amante de la moliecie y de la buena vida, resiente tener que emprender una aventura armada y llena de privaciones, dificultades y peligros.

—Habláis del éxito de vuestra expedición, capitán Almagro, pero yo os digo que todo el oro que traéis no basta a pagar la vida de los hombres que han perecido en ella y que en este momento me servirían de perlas para la expedición a Nicaragua...

Pero hay alguien que escucha con mayor placer la relación que hace Almagro. Es el padre Hernando de Luque. A la vista están los resultados positivos de la empresa, en oro y plata, aunque el monto no alcance a cubrir los gastos y las deudas. Pero desde un punto de vista positivo, tienen importancia inminente y alentadora, puesto que instan a una conclusión: el Perú existe, con sus fabulosas riquezas, una pobre muestra de las cuales son este oro, la plata y algunas piedras preciosas.

—Ved cuánto ha logrado y ganado Hernán Cortés en la conquista de México —dice el prelado con entusiasmo—. Yo os digo, conquistad el Perú y vuestras ganancias serán mayores, en gloria y fortuna... Os lo prometo, hablaré con Pedrarias a su regreso y lo convenceré.

Pasan meses, sin embargo, sin que se concrete dicho propósito. Apaciguar a Nicaragua y rendir y ejecutar al rebelde le demanda a Pedrarias no pocos sacrificios. A su retorno se ve que su mal humor no ha decrecido; por el contrario. Y cuando Almagro lo entrevista de nuevo, niégase a consentir en nuevas y químéricas empresas. De seguro se hubiera mantenido en esta posición, a no ser por la labor diplomática y muy inteligente que realiza el padre

Luque. Es sabido que el prelado tiene una decisiva influencia sobre el gobernador, no sólo por su carácter acerotal.

Pronto aflora la verdadera y mezquina razón de aquella negativa. Son pobres, ciertamente, los resultados reales de la expedición y nada asegura que fuesen a cambiar en el futuro. Sí, él puede autorizar la continuación de la empresa, pero será a condición de recibir, en el acto, una determinada cantidad en buenos castellanos de oro.

—Enviadme a ese valiente y loco capitán y hablaré con él —dice el gobernador finalmente.

Presto acude Almagro a la entrevista y luego de una sarta de reproches que tienden a dar largas y penosas al asunto, Pedrarias pide diez mil pesos en oro, pago en metálico y en el acto, por su consentimiento. Almagro pasa las de Caín para hacerle comprender la enormidad del precio, no porque la empresa no lo valga, sino por la cruel falta de recursos. Le recuerda que habrán de empeñarse para reunir más fondos y poder adquirir con ellos barcos y pertrechos.

—¡Y soñáis con una expedición de tal envergadura!... ¡Sois necios o locos?... ¡Pero a Pedro Arias de Avila no se le engaña fácilmente!... ¡Obtendréis ese dinero de la misma fuente donde pensáis satisfacer vuestras necesidades de armado y aprovisionamiento!

Almagro ruega, suplica, intenta explicar. Pedrarias, al fin, con esa mezquindad de alma que le caracterizaba, rebaja la petición a la mitad.

—Cinco mil... y os juro que hago un pésimo negocio. Mi firma bien vale doble en cualquier papel. ¡Pronto, id a buscáros!

—Señor, así me desuellen vivo, ni mil castellanos de oro, y eso apelando a mis amigos, podría reunir, os lo juro por las cenizas de mi madre!

—Veo que sois duro de pelar —dice Pedrarias, ocultando una torpe sonrisa de satisfacción—. Bien, sea... Mil castellanos en oro. Y no volváis sin ellos.

Almagro considera que es inútil rebatir. Dobra la cabeza y sale, sin la menor idea de dónde puede conseguir ese dinero adicional a los gastos, pero resuelto a obtenerlo de cualquier modo. Detrás de él, Pedrarias se restrega las manos. En su mezquina avaricia considera que ha hecho un buen negocio, pues esos locos visionarios no saldrán con vida de su empeño. En su ceguera propia de cubiculario no comprende que está arriesgando su parte, ¡y qué parte!, en el rico despojo de los incas... Menos profeta que el más infeliz de los conquistadores, no vislumbra la veta de oro que

brilla allá lejos, entre bosques umbríos y fieras montañas que, defendidas por salvajes y resueltos hombres, es preciso ganar a riesgo de la propia vida. ¡Sublime cretinismo que aureola su nombre despreciado por la historia!

Obtenido el dinero con no poco sacrificio y solucionadas de tal modo las dificultades con el gobernador, quien concede el permiso para la empresa, los socios de ella —a la sazón Francisco Pizarro, ya restablecido, se encuentra en Panamá— inician sin pérdida de tiempo los preparativos necesarios. El primer paso consiste en celebrar un contrato entre ellos, que sirva de base a disposiciones futuras. Algo está a punto de hacer fracasar, sin embargo, este empeño. Al conceder su permiso, Pedrarias —que odia a Pizarro por haber sido éste amigo de Balboa y haberlo acompañado en sus últimos instantes, recibiendo sus postreras confidencias— deja establecido que capitanes de la empresa, en el mismo grado, serán Pizarro y Almagro, y por tanto asumirán el mando por igual. Este es un desaire que inspira a Pizarro un profundo resentimiento. No es del todo improbable que Almagro, conociendo el lado flaco del gobernador, aprovechase en su favor la de asirse de un cabello. Así lo juzga Pizarro y esto suscita cierta frialdad entre ellos. No cabe duda de que los gérmenes de una indeleble situación de desconfianza, resquemor y aun de odio, crecen entre ellos, amenazando llegar a un punto de eclosión tan pronto como encuentren ocasión propicia.

Pero Pizarro olvida, al menos aparentemente, lo ocurrido y se dispone a firmar el contrato de marras. "En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Santísima Virgen, nuestra Señora, hacemos esta compañía..." reza el documento en cuestión en su preámbulo. Y agrega: "Sepan cuantos esta carta de compañía vieren, como yo, don Hernando de Luque, clérigo presbítero, vicario de la santa iglesia de Panamá, de la una parte, y de la otra los capitanes Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos de esta ciudad de Panamá, decimos, que somos concertados y convenidos de hacer y formar compañía la cual sea firme y valedera para siempre jamás de esta manera: Que por cuanto nos, los dichos capitanes Francisco Pizarro y Diego de Almagro, tenemos licencia del señor gobernador Pedro Arias de Avila para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reynos llamados del Perú, que está, por noticia que hay, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte; y porque para hacer la dicha conquista y jornada y navíos y gente y bastimento y otras cosas que son necesarias, no lo podemos hacer por no tener di-

nero y posibilidad tanta cuanta es menester; y vos, el dicho don Hernando de Luque nos los dais porque esta compañía la hagamos por partes iguales: somos contentos y convenidos de que todos tres hermanablemente, sin que hayan de haber ventaja ninguna más el uno que el otro, ni el otro que el otro de todo lo que se descubriere, ganare y conquistare, y poblar en los dichos reynos y provincias del Perú. Y por cuanto vos el dicho don Hernando de Luque nos disteis y ponéis de puesto por vuestra parte en esta dicha compañía para gastos de la armada y gente que se hace para la dicha jornada y conquista del dicho reyno del Perú, veinte mil pesos en barras de oro, y de cuatrocientos y cincuenta maravedís el peso, los cuales los recibimos luego en las dichas barras de oro que pasaron de vuestro poder al nuestro en presencia del escribano de esta carta, que los valló y contó; y yo, Hernando del Castillo doy fe, que los vide pesar los dichos veinte mil pesos en las dichas barras de oro y lo recibieron en mi presencia los dichos capitanes...". Tal estipulación se repite muchas veces, especialmente en lo tocante al padre Luque, quien, según se establece, tendría derecho a la tercera parte de todas las tierras, repartimientos, tesoros de todas clases, oro, plata y piedras preciosas, y a una tercera parte igualmente de todos los vasallos, rentas y emolumentos que resultasen de las concesiones que pudiera hacer la Corona a cualquiera de sus dos compañeros militares. Por su parte, los dos capitanes se comprometen solemnemente a consagrarse de una manera exclusiva a la dicha empresa hasta que se llevase a buen fin, y en caso de que faltasen a su compromiso, se obligan a reembolsar a Luque sus adelantos, para lo cual empeñaban todos sus bienes. Los dos capitanes juran en nombre de Dios y por los santos evangelios ejecutar lo que prometen, haciendo el juramento sobre el misal, en el cual trazan con sus propias manos el emblema de la cruz, lo mismo que sobre el documento en cuestión, por no saber firmar. Para dar mayor fuerza al contrato, el padre Luque administra el sacramento de la Eucaristía a los contratantes.

El curioso documento lleva fecha 10 de marzo de 1526 y su rasgo más notable es el religioso, lo que contrasta abiertamente con la política cruel y sanguinaria que siguieron no sólo los firmantes sino todos los conquistadores y colonizadores españoles en general, de tal modo que obligan a decir a un ilustre historiador: "En el nombre de un Dios de paz y de justicia, ratificaron un contrato cuyo objeto era saquear, violar, y derramar sangre humana". Nada de religioso ni santificado habrá en los actos de una soldadesca ávida, lujurienta y empedernida, de hipócrita fanatis-

mo. Las fuerzas de la civilización caerán como un torrente de fuego y sangre sobre verdes comarcas que reposan en su hierática indiferencia de milenios...

3

Completados los recaudos preliminares, los tres socios no pierden el tiempo en encarar la empresa en el aspecto material. Cómpranse dos buques mayores y mucho mejores en todo. Se adquieren bastimientos en escala mayor que antes y en un todo, como lo dicta la experiencia, se procura subsanar las dificultades tenidas anteriormente. Para el reclutamiento de gente se proclama una expedición a "los ricos reynos del Perú" y en aseveración de ello se exhiben públicamente algunos de los objetos en oro y plata, ropas y adornos. Mas, en grado mayor y sin proclama alguna se exhiben también, desharrapados, famélicos, enfermos, heridos, algunos inválidos, de la anterior expedición y los aventureros oyen increíbles historias de sufrimientos y penurias. Esto resta voluntarios; pero no es menos cierto que abundan aquéllos que, desdefiando la seguridad basada en una existencia oscura y miserable, están dispuestos a ser ricos y famosos aun a costa de su propia vida. Así, pues, no son pocos los que se unen a los sobrevivientes de la primera expedición, los cuales, no obstante todo lo padecido y a pesar del precario estado de salud de muchos, insisten en ser de la partida y en reclamar tal derecho. Finalmente, ciento sesenta hombres se embarcan, con muchos caballos, pertrechos de guerra y provisiones, entre los que se cuentan algunos vacunos, cerdos y gallinas.

La *Esperanza* y la *Santiago*, pues los dos capitanes han resuelto conservar esos nombres en sus naves, zarpan al fin del puerto de Panamá. El piloto es Bartolomé Ruiz, ya experto conocedor de estas aguas.

Un tanto para aprovechar lo que aún queda del buen tiempo y otro para evitar escenarios de penosa memoria, Pizarro ordena navegar mar adentro yendo en derechura hacia el río San Juan, hasta donde llegara Almagro en el viaje anterior. Los vientos favorables de la estación les permiten llegar al mencionado lugar en pocos días. En relación al anterior, el paisaje es más o menos el mismo. A los arrecifes de la costa, casi sin transición, sigue la jungla, cerrada, amenazante.

Sin embargo, la presencia de algunas chozas en la desembo-

cadura del río San Juan demuestra que la zona está habitada. Ello insta a Pizarro a desembarcar, organizando grupos armados de avance. Tomando precauciones para no ser sorprendidos ni por el suelo ni por sus moradores, los expedicionarios avanzan. En esta ocasión tienen la fortuna de encontrar un pueblo, a una corta distancia de la costa. El pueblo, pueden verlo en seguida, ha sido precipitadamente abandonado. Los soldados, después de establecer una patrulla de guardia, se entregan alegremente a la grata tarea de recoger una considerable cantidad de objetos de plata y oro. También se toman algunos prisioneros, indios de aspecto inofensivo que parecen más admirados que asustados por la presencia de estos hombres "con pelos en la cara". Logrado este considerable cuanto rápido botín, los expedicionarios regresan rápidamente a su base.

Allí tiene lugar un consejo de guerra entre los dos capitanes y sus lugartenientes, Montenegro y Ruiz, por parte de Pizarro, y Rodrigo Orgoños y Juan de Terrada, de Almagro. El motivo del consejo no es otro que el de enviar de regreso una de las naves a Panamá, para que las gentes de allí vean con cuanta prontitud se han obtenido tan ricos despojos. Los recién llegados y los aventureros de ley no podrán resistir el deseo de acudir a luchar por su bandera.

—Esto es más necesario cuanto podemos ver que, sin contar con fuerzas mayores, jamás lograremos la conquista de este país —concluye Pizarro.

Todos están de acuerdo y por tanto se pide opiniones y planes concretos. Finalmente, se resuelve que sea Almagro quien regrese con el tesoro y procure en Panamá refuerzos en armas y hombres y bastimentos. Pizarro resuelve explorar la zona, pues los prisioneros indios expresan que a corta distancia, hacia el interior, hallarán no sólo oro y plata en abundancia, sino una tierra cultivada donde encontrarán todo lo necesario para vivir con comodidad y sin hambre. Mientras tanto, para no permanecer inactivos, Ruiz proseguirá hacia el sur con la *Esperanza*, reconociendo la costa y recogiendo todas las informaciones necesarias a la expedición. Después de brindar por el éxito de cada uno, sin pérdida de tiempo se resuelve poner en ejecución el dicho plan.

Al día siguiente, bien de madrugada, los dos barcos se hacen a la mar y Pizarro, luego de dejar un pequeño campamento con hombres bien armados y resueltos, emprende la marcha hacia el interior, llevando como guías a los prisioneros indios, dos de los cuales van a Panamá con Almagro. Al llegar el mediodía, en una marcha casi sin descanso, los expedicionarios descubren que

no se ve la hermosa y cultivada tierra. El territorio se torna por momentos más inaccesible, más espesa la jungla y lianas y arbus-
tos envuelven a gruesos y elevadísimos troncos, dificultando no sólo el paso, sino cobijando en su seno a fieras y animales de impresionante aspecto. Por otra parte, el terreno tiende a subir y cortarse en gargantas cada vez más profundas. Las colinas se suceden siempre en escala ascendente, como las olas de un inmen-
so mar. En ciertos momentos es posible divisar las cumbres leja-
nas, coronadas de nieve y de nubes, de una colossal cadena de mon-
tañas.

—*Anti... Antisuyo...* —dicen los indios.

—Ante... Ande... —repiten los españoles.

Al llegar la noche, la perspectiva no ha mejorado en nin-
guna forma. Así ocurre al otro día, y al siguiente. Pizarro había
atosigado a los prisioneros, pero éstos, en su lengua, o no sabían
explicar o mentían deliberadamente, resultando impotente Marti-
nillo, el intérprete, para extraerles la verdad.

Es cierto que los peligros de la marcha no son tantos como los que debieran enfrentar Pizarro y sus hombres en su primer desem-
barco, porque la experiencia, madre del conocimiento, les había enseñado a evitarlos o vencerlos. Pero las dificultades son las mismas, puesto que tienen que atravesar la maraña a fuerza de hachas, cuchillos y machetes. La abundancia de mosquitos es tal que pronto las manos, la cara y todo lugar del cuerpo al descubierto, se ven cubiertos de grandes y rojizas hinchazones que a poco degeneran en llagas y fístulas purulentas. Agréguese a ello las penurias propias de una marcha casi forzada, en el afán de llegar pronto al final, las caídas, las heridas causadas por árboles y ramas, y se tendrá una ligera idea de las penurias que deben sufrir los hombres, muchos de los cuales maldicen la hora de haberse embarcado.

Lo más penoso de la marcha se presenta toda vez que deben bajar, a veces profundamente, para cruzar una cañada de aguas estancadas y putrefactas. En esas hondonadas el calor húmedo es tan sofocante que los expedicionarios, no obstante las órdenes terminantes del capitán, se quitan las corazas y las cotas de malla, que luego arrastran penosamente o agitan para librarse de verda-
deras nubes de mosquitos que por veces ocultan el sol, en medio de un ruido sordo pero estremecedor. Generalmente, en esas aguas densas y turbias se ven reptiles de repulsivo aspecto y tamaño sobrecededor, que estiran súbitamente sus cabezas achata-
tadas y de fauces abiertas. Sus lomos de cambiantes y apagados tonos, se confunden generalmente con las ramas de los árboles

donde se cobijan, por lo que a veces resulta imposible evitar la mordedura. Tres españoles han perecido ya de esta manera, en medio de horribles dolores.

Pedro de Zárate es un jefe de grupo, fuerte, animoso, alegre. Siempre el primero en zanjar cualquier dificultad o peligro. Como el cruce de cada cañada o laguna es peligroso, él es el primero en internarse en las malolientes aguas, agitando su espada y dando fieros gritos, mientras lleva a la cabeza el atado de ropa y armadura. Así lo hace en la mañana del segundo día. Las aguas, se ve, no son profundas, ni hay reptiles ni bichos ponzoñosos en los alrededores. El resto de los expedicionarios empieza a quitarse las ropas.

—Ya llegó —comenta Nicolás de Ribera, al lado del capitán—. Creo que podemos cruzar...

Así, es en efecto. Zárate ha llegado a la otra orilla. Emerge de las aguas. Se sostiene de un grueso tronco...

El horror enmudece a los testigos de la escena, entre ellos a Pizarro. El tronco del cual se agarrara Zárate, que estaba medio sumergido en las turbias aguas, no era en verdad un tronco sino ¡una enorme boa! La bestia cierra sus colosales anillos sobre la víctima, lo envuelve por completo, a pesar de los golpes de espada, de los gritos de desesperación, y aprieta y aprieta... triturando huesos, costillas. El infeliz deja de gritar y agitarse y entonces, tranquilamente, la enorme bestia procede a tragarse al hombre. .

Diversas expresiones de horror se manifiestan en los expedicionarios. Unos caen de rodillas, cubriendose los ojos para no presenciar el espanto; otros gemen y sollozan mientras se retuercen las manos; algunos, en fin, gritan y corren enloquecidos de un lado a otro. Pizarro, más sereno, adopta la única actitud posible en la emergencia. Arrebata a uno de sus hombres el arca-buz y dispara contra la bestia. Otros lo imitan y algunos tiran con sus ballestas. Pero todo es inútil. El gigantesco reptil termina por engullirse a su víctima y luego, perezosamente, se desliza por la orilla en declive y desaparece entre las aguas.

Una buena hora hace falta para que Pizarro consiga borrar, aunque sólo en parte, la impresión y la aprensión causada por el accidente. Pero es preciso continuar. Nada, ni la muerte en su faz más horrible debe detener a los conquistadores. Aunque temblando en su desnudez, si bien el frío está en la médula y no en los huesos, los hombres siguen a Pizarro y mirando a un lado y a otro, temerosos de la bestia, cruzan la cañada.

Pero hay otras cañadas, muchas, que sofren el ímpetu de los fatigados expedicionarios. Nuevos hombres ocupan el lugar del

infotunado Zárate. Ellos, alentándose mutuamente, se adelantan, exploran, con gritos y aun disparos de arcabuces, alejan toda posibilidad de sorpresivo ataque.

Al otro día Pizarro se muestra más sombrío que nunca. Interroga de nuevo a los prisioneros. Estos insisten en que la rica región que buscan está cerca. ¿Pero cuándo es el cerca para los aborígenes, acostumbrados a medir la distancia no en pies ni pasos, sino en paciencia? Si son capaces de cruzar los Andes en una extensión de mil doscientas leguas sin dar muestras de fatiga o impaciencia, el "cerca" resulta una verdadera incógnita. Y tal vez una trampa mortal. Demasiado lejos de la costa y de su base, escasos en número, acaso no puedan resistir un enfrentamiento armado. Así lo comprende Pizarro y luego de un breve consejo con sus oficiales, determina el regreso.

El desaliento cunde entre los hombres, pero las explicaciones bastan. Emprenden pues la marcha de retorno con renovado ánimo. Ya apenas prestan atención a las colinas cubiertas de bosques, a las quebradas de espantosa profundidad, a las cañadas de aguas quietas y vahos mortíferos, en cuyas márgenes, por ese imponente contraste de influencia cósmica que ya se observa en los juegos de luz y sombra de los crepúsculos, crecen extrañas, hermosísimas y fragancias flores de todos colores. Pero esos colores no son los únicos. El aire está poblado de fugaces pigmentaciones blancas, rojas, amarillas y azules, que conjugan graciosamente con el fondo verde de la jungla. Son pájaros, algunos silenciosos, otros estridentes. Hay también otros animales bulliciosos, a los cuales los expedicionarios apenas prestan atención. Son los micos, de toda clase y tamaño, algunos de los cuales agregan proyectiles a sus desdeñosos berrinches. Las fieras y los reptiles los miran pasar indiferentes, somnolientos, mientras la selva, vigilante, sólo espera un leve descuido de los intrusos para caer sobre ellos.

Los hombres tenían un acicate al venir: el oro. Frustrado éste, sólo piensan en volver a la costa, a la seguridad, al barco. Eso precipita sus pasos y los hace un tanto descuidados.

Las cañadas se suceden en el fondo de quebradas que vistas desde las alturas parecen sumergidas en una espesa niebla. Subir y bajar y volver a subir y bajar es la agobiante y penosa consigna. Los hombres marchan pesadamente, como autómatas de hierro. De pronto aparece otro brazo de agua. Se trata de un río, pero de aguas tan pausadas que parecen inmóviles. Ya lo han visto y cruzado antes. No hay peligro en él. Incluso parece amistoso, pues se ve surcado por increíble cantidad de peces de regular

tamaño, de forma casi redonda, los cuales revolotean alrededor alegremente. Pero, muy veloces, son difíciles de pescar.

Marcial Ortuño, un hombre nuevo en estas expediciones, ha sufrido una herida desgarrante en una pierna, de la cual mana sangre. Pizarro lo encuentra sentado en la orilla, sin atreverse a entrar por temor a que el agua infecte la herida.

—¡Montenegro!.. —llama el capitán—. ¡Haced que este hombre sea transportado en parihuelas!.. Y vos —agrega volviéndose al herido—, vendaos bien la herida.

Dos hombres altos y robustos son nombrados para la tarea. Se demora un rato en armar unas parihuelas. El herido es colocado en ellas y alzado sobre los hombros de sus compañeros. Se inicia el cruce del río. El agua, burbujeante por el eterno revolotear de los peces, llega hasta el pecho de los transportadores. Estos caminan con lentitud, cautelosos. Hay piedras en el fondo, resbaladizas por el moho verdoso que las cubre. Se ha cubierto la mitad del trayecto. El resto de la partida ya ha completado el cruce. Muchos emprenden el ascenso de la pendiente del otro lado.

De pronto, una exclamación doble, a continuación el ruido de un brusco chapoteo y... ¡nuevamente el horror golpea en la conciencia y en la mente de los sufridos expedicionarios!

Uno de los transportadores ha resbalado y perdido pie. Al caer él se inclina tanto la parihuela que el herido se desliza al agua. Y tan pronto como la sangre de su herida pinta de rojo las turbias aguas, sucede lo fantástico, lo increíble, lo espantoso. Aquellos peces de inocente aspecto, se lanzan sobre la pierna herida. Al principio son pocos, pero luego vienen decenas, centenares de ellos. La herida, en pocos segundos, adquiere proporciones horripilantes, se extiende por todo el cuerpo, el cual desaparece finalmente bajo aquella oscura y movediza masa. Las aguas se tiñen de rojo intenso y se agitan como si hirvieran en sangre. Luego... la calma, la nada. En pocos minutos se ha producido lo increíble, lo horripilante. El cuerpo, mejor dicho, el esqueleto del infeliz Ortuño, blancura de huesos con sinfonía roja del fondo. queda flotando a la vista de sus horrorizados compañeros. Quienes transportaban las angarillas intentan huir al horror, pero sus piernas se niegan a obedecer. Demudados, al borde del desmayo o de la locura, contemplan la espantosa escena, hasta que de ella sólo queda el recuerdo. Finalmente, los dos hombres, auxiliados por sus compañeros, emergen del tenebroso río. Hay lágrimas y extravío en sus ojos.

La partida, con tres hombres menos —uno que se precipitó

sin que se pudiera encontrar su cuerpo— regresa a la costa. Sus compañeros los reciben con grandes manifestaciones de alegría, pero pronto vuelve a cundir la inquietud, la desesperanza. Las provisiones se han agotado y excepto algunos productos que se pueden hallar en el mar —cangrejos, langostinos, peces, moluscos— y en el bosque —papas silvestres, cocos, mangos—, carecen de lo más substancial. Mas acaso se pudiera soportar el hambre y vencer aquella estrangulante sensación de abandono en tierras inhóspitas y salvajes si no fuera por los mosquitos. Su asedio es tan desesperante que los hombres se pasan metidos en el agua y cuando la presencia de tiburones lo aconseja, se hunden hasta el cuello en las arenas, tan sólo para evitar la irritante picadura. Muchos no logran conciliar el sueño, ni de día ni de noche y en sus pupilas enrojecidas asoma la insanía. Los que no sienten desvariar su mente ante tantas penurias, sólo piensan en regresar a Panamá. Sólo Pizarro y con él un grupo de hombres esforzados, no renuncian a sus planes de ambición y conquista.

4

La desesperanza, el estado angustioso de ánimo, desaparecen como por ensalmo a la vista de la carabela que regresa, al mando de Bartolomé Ruiz, del viaje de exploración hacia el sur. Los hombres, olvidados de los mosquitos, saltan de alegría en la arena. Poco después, en efecto, se sienten reanimados y ansiosos nuevamente de proseguir la aventura. ¡Es que las noticias que trae Ruiz, junto con la prueba de sus afirmaciones, son tan confortantes!

El relato del piloto Ruiz dice que siguiendo la costa del gran continente, con viento favorable, el primer lugar donde echó el ancla fue en la pequeña isla de Gallo, como a dos grados norte. Pero los indios habitantes de la isla los esperaban armados. Hasta ellos habían llegado noticias del desembarco de blancos y de sus actos de hostilidad. En consecuencia, para evitar complicaciones y puesto que su misión era de exploración, no desembarcó y partió. Luego, a medida que avanzaba, tuvo indicios de un cultivo mejor y de una población considerable. En algunos sitios se agolpaba en las playas, a contemplar sin temor y pacíficamente la presencia de la extraña nave. Tal vez asociaban este hecho con algún fabuloso acontecimiento. El espectáculo de la rauda nave

cortando suavemente las aguas cristalinas de la bahía debía resultar impresionante para su imaginación.

De la bahía de San Mateo, Ruiz volvió a adentrarse en el mar, aunque sin perder de vista la costa. Fue así como, al cabo de un breve tiempo de navegación, sorprendióle, no poco, ver venir en sentido contrario otro barco, que a la distancia parecía una carabela, atravesada por una vela muy grande que la arrastraba lentamente por la superficie del mar. Todos los expedicionarios se preguntaban cómo podía haber llegado aquella nave a estas latitudes, pues indudablemente de una europea se trataba, ya que ni la civilizada nación azteca conocía la aplicación de las velas a la navegación.

Pero el enigma quedó aclarado con el mutuo acercamiento y cuando se pudo ver que aquella gran embarcación era en realidad una balsa o almadía, consistente en gran número de vigas de una madera ligera y porosa, fuertemente atadas unas a otras y con un ligero piso de cañas por encima, a modo de cubierta. Dos mástiles, colocados en el centro de la nave, sostienen una gran vela cuadrada de algodón, mientras que un timón rústico, facilitaba el dar dirección a la embarcación que seguía su curso sin ayuda de remos.

Al acostar la armadía al buque, Ruiz y sus compañeros se encontraron con varios indios, hombres y mujeres, de digno aspecto, vestidos con trajes de llamativos colores y dibujos simétricos, de piel bronceada y cabellos renegridos, sujetos por una cinta en torno a la cabeza. Pero lo que más atrajo el interés de los expedicionarios fue el cúmulo de objetos de oro y plata, trabajados con singular artesanía. No salían de su asombro los españoles al tener prueba evidente del grado de civilización de la raza que, según informes de los propios pasajeros de la balsa, habitaba una fértil región algunos grados más al sur. Dos de los indios, jóvenes y bien dispuestos, venían de Tumbes, ciudad costera situada en el extremo norte de esa nación.

—Allí encontraréis miles de cabezas de vicuñas, el animal que da esta fina lana —les dijeron los indios—. En cuanto al oro y la plata, es tan común allí como la madera de vuestro barco...

Ruiz resolvió volver llevando la gran noticia al capitán Pizarro y así dejó que la balsa siguiera su curso, aunque reteniendo a dos de sus ocupantes, los jóvenes indios, para aprender de éstos su idioma y al mismo tiempo enseñarles el propio. A uno de ellos, por su aire despierto y servicial, le impusieron el nombre de Felipillo.

Portador de estas grandes noticias, llegan Ruiz y sus compa-

fieros al punto donde, algunas semanas antes, dejaran a Pizarro y los otros, encontrándolos en afligente situación. Como hemos dicho, bastan las buenas noticias, sin embargo, para reavivar su resolución y energía. A ello contribuye también el oportuno arribo de la *Santiago*, en la cual Almagro trae refuerzos y bastimientos.

Las noticias de Diego de Almagro son también alentadoras. Pedrarias ya no es gobernador y su puesto ha sido ocupado por Pedro de los Ríos, el cual demostraba mayor entusiasmo que su antecesor por la expedición, a la cual no sólo el Consejo de las Indias sino el propio rey asignaban importancia.

Todo esto contribuye, pues, a que los dos capitanes, guiados por Ruiz, emprendan el viaje hacia el sur, dispuestos a lograr la conquista de la gran comarca. Pero apenas zarpados se encuentran con fuertes vientos contrarios. Ha pasado la estación favorable y llegado la de las tempestades y tormentas. Los expedicionarios buscan refugio en la isla de Gallo, visitada anteriormente por Ruiz. Desembarcan allí y permanecen dos semanas, recorriendo sus bosques y descansando. Los aborígenes no se muestran hostiles.

Deciden continuar viaje cuando las tormentas amainan, gobernando hacia el sur, hasta que llegan a la bahía de San Mateo. Al recorrer la costa experimentan el mismo asombro que Ruiz al descubrir en la tierra y sus habitantes evidencias de un elevado grado de civilización. Incluso la tierra parece más acogedora. En lugar de la jungla cerrada y hostil encuentran bosques majestuosos de maderas preciosas como el ébano, la caoba y el sándalo, cuyos perfumes hacen grato el ambiente. A trechos se ven extensos campos de cultivo y casas construidas al pie de colinas, en cuyos repechos se extienden franjas verdes, amarillas y pardas, según los colores de los productos como el maíz, la quinua, la patata o el cacao. A medida que adelantan en su ruta al sur, los pueblos son numerosos e importantes.

Pero el punto más importante resulta ser Tacamez, una ciudad con unas mil casas, alineadas en calles. Sus habitantes ostentan hermosos y coloridos vestidos de finísima lana, y adornos y joyas, muchas con incrustaciones de esmeraldas y rubíes, que provocan la admiración de los españoles. Felipillo, en su media lengua, explica que no se trata del imperio del Tahuantinsuyo, sino de una parte de él, la del norte, el país de los quitos y chibchas, sometido hace pocas décadas al cetro de los incas. Aquí no hay mucho oro, pero en cambio está cerca el río de las Esmeraldas, donde hay abundancia de esta piedra preciosa. Los expedicionarios no

salen de su asombro y deleite y muchos de ellos creen haber llegado al fin al famoso *El Dorado*.

Pero no tarda la realidad en golpear sus caras con cierta brutalidad. Pizarro y sus hombres desembarcan, mal aconsejados por la actitud pacífica de los indios agolpados en la playa. Para impresionar más, Pizarro ordena que los jinetes con sus cabalgaduras vayan adelante. Los indios nunca han visto un caballo. Hay asombro y temor en los ojos negros.

Pizarro avanza con sus hombres, esperando tener una conferencia con el *curaca*, el principal. De pronto, se tiene la sensación de que las cosas no marchan bien. Hay muchos indios alrededor de los expedicionarios. Su número aumenta cada vez más. Están armados de arcos y flechas, de lanzas, de enormes clavas. Y su actitud no es de ningún modo pacífica. Finalmente, encuentran un numeroso grupo que viene dispuesto a no dejarles seguir hacia el pueblo.

—Hemos caído en una trampa —murmura Almagro, luego de echar una mirada a su alrededor con el único ojo.

—Sí, nos han rodeado —responde Pizarro, en un susurro—. Son cada vez más numerosos. Parecen surgir del suelo...

—Yo calculo su número en diez mil... Pueden caer todos sobre nosotros y aplastarnos.

—No si no asumimos una actitud hostil... Regresemos, procurando dar la impresión de que hemos rendido un homenaje a la ciudad. Que manobre la caballería primero...

Así se hace, pero no tardan en percibirse que también el camino de retaguardia está cerrado. La situación se torna más que difícil, peligrosa. Los expedicionarios no las tienen todas consigo. Muchos juzgan que incluso es preferible cruzar la jungla con todas sus acechanzas que enfrentarse con guerreros armados y decididos a exterminarlos.

Pero esa fuerza imponderable que parece regir el destino de Pizarro y su afán de conquista viene una vez más en su auxilio. La situación, repetimos, es tensa. Una sola chispa que estalle causará el incendio donde se inmolaran muchas vidas. Todos lo presienten así. Tal vez eso mismo provoca el incidente. Los indios no pierden de vista a los caballos y sus jinetes. En su ignorante imaginación acaso suponen en la existencia de un animal fabuloso, temible... De pronto, uno de los caballos se encabrita y arroja al suelo al desprevenido jinete. ¡Y la marea humana se abre, aterrorizada!.. ¡Ha visto dividirse en dos a una bestia y cada una de las mitades sigue con vida y obra por su cuenta!

Eso es más que suficiente para inspirar respeto y sumo te-

mor. En consecuencia, los expedicionarios vuelven a sus barcos sin ser molestados. Pero Francisco Pizarro está furioso. Ordena que se realice un consejo de guerra en la nave capitana. Allí concurre Diego de Almagro con sus lugartenientes, formando un grupo numeroso. Pizarro ofrece una cena, regada con buen vino. Luego toma la palabra. Es evidente que las fuerzas expedicionarias no bastan para luchar contra tan elevado número de guerreros indios bien armados y mejor preparados. Y aunque venciesen aquí, no pueden abrigar la esperanza de abrirse paso a través de contingentes humanos armados y cada vez más numerosos y resueltos.

—...porque ya véis que a medida que adelantamos descubrimos ciudades y pueblos nuevos, cada vez más importantes, más civilizados. Por más resuelto que esté, un puñado de hombres no puede entreverarse con tal enemigo...

Sólo hay dos alternativas: o regresar, renunciando a la empresa por imposible, o ir a buscar refuerzos. No son pocos los que, habiendo padecido tanto en marchas forzadas y erizadas de peligros, opinan que se renuncie a la empresa. La expedición, dicen, ha sido un engaño desde el principio. El fabuloso El Dorado huía siempre delante de ellos, inalcanzable. El poco oro recogido fue enviado a Panamá para inducir a otros tontos a seguir su ejemplo...

Tan francas declaraciones y al calor del vino ingerido, caldean los ánimos. Pizarro se expresa con cierta acritud, censurando a quienes han venido a buscar riquezas suponiendo a la par llevar una existencia llena de comodidades y placeres...

—...Cuando la obtención de todo bien legítimo siempre entraña esfuerzo y sacrificio —concluye diciendo.

Diego de Almagro habla a continuación y dice que volver, para él, es vergonzoso, es la ruina. Los organizadores de la empresa y aun muchos que no lo son, han dejado poderosos acreedores en Panamá, los cuales esperan su pago de los frutos de la expedición. Volver es decir que el negocio ha fracasado, no cumplir con lo pactado y la deuda, e ir a la cárcel.

—Mejor vaguemos, aunque sea en el desierto, pero como hombres libres, a yacer en sucios calabozos con los pies engrillados —dice.

—En suma, ¿cuál es vuestra conclusión? —le preguntan.

A juicio de Almagro, lo más prudente es encontrar para Pizarro y su gente algún lugar cómodo y seguro donde puedan esperar, mientras que él, Almagro, regresaría a Panamá en procura de más refuerzos. Esta vez tiene la ventaja de llevar noticias ciertas

y no imaginadas sobre la existencia del grande y rico país del sur; eso atraerá a muchos voluntarios más.

Que el vino había realizado su efecto y que los ánimos estaban caldeados, lo demuestra la aguda réplica de Pizarro.

—Es muy cómodo para algunos ofrecer soluciones de este tipo, porque se pasan el tiempo agradablemente, corriendo de un punto a otro en su buque, o placenteramente instalados en una ciudad como Panamá —dice, golpeando la mesa con el puño—, mientras los otros debemos quedarnos entrampados en la jungla o en el desierto, padeciendo enfermedades, desfalleciendo de hambre...

—¡Alto ahí, Francisco! —interrumpe Almagro, no poco amoscado—. Reconozco que sois valiente y esforzado como el que más; pero si habéis resuelto soltar la carga, yo la tomaré con gusto, sin que para ello sea menester tocarle a uno la barba... que ya es bastante para un Almagro.

—¡Tocárala cuantas veces quisiera, si tal fuera mi propósito! —responde Pizarro, colérico y dando peligrosas muestras de dejarse llevar por viejos rencores—. Lo que hago no es mentir por la mitad de la barba sino decir lo que muchos han padecido...

—¡Quisiera tener mi otro ojo para mirar vuestras hazañas con el mismo favor que les hacéis! —explota Almagro, quitándose de un manotón el negro parche que cubre la cuenca vacía—. ¡Yo y mis hombres hemos tenido las nuestras!

—¡Vive, Dios, Almagro, no me llaméis mentiroso! —barbota Pizarro, echando mano a la espada.

—¡Y a mí no me digáis cobarde! —grita Almagro, haciendo lo mismo.

Un instante, nada más, y la expedición habría fracasado del modo más vergonzoso. Alguien lo entiende así. Es el tesorero, Nicolás de Ribera, que presto interviene entre ambos hombres.

—¡Hágase la paz entre capitanes de honra y pres y ténganse las espadas y los bríos para luchar por la conquista! —exclama.

—No haríais honor a la empresa ni a vuestra parte y responsabilidad en ella si os dejarais arrastrar por la fácil cólera —dice el piloto Ruiz, con su acostumbrada serenidad de ánimo—, producto de este primer fracaso y no de rencillas que deben estar muertas y olvidadas.

Los capitanes deponen su enojo y actitud e incluso se reconcilan, a pedido de sus partes. Esto basta, al menos en la conducta visible, para que los dos jefes resuelvan lo más conveniente. Y lo más conveniente, opina la mayoría, es seguir el plan de Almagro. No queda otra cosa que buscar un lugar adecuado para establecer el campamento de quienes se quedan.

Las dos naves emprenden el camino de regreso y tocan en algunos puntos de la costa aptos para tal menester; pero pronto descubren la hostil presencia de indios armados.

—Tal parece que la voz de alarma ha corrido por toda la costa —comenta Pizarro—. Sería suicida buscar protección aquí.

—Pero tampoco podemos pensar en ir más al norte, donde encontraremos de nuevo la jungla con sus pantanos, sus fieras y sus reptiles y donde la naturaleza hace una guerra más terrible que el hombre —reflexiona Ruiz.

Un término medio y un punto ideal resulta la pequeña isla de Gallo, cuyos escasos habitantes no se atreverán a atacarlos y fácilmente defendible de ataques por mar. Las dos naves arriban pues a la isla y se realizan los preparativos, unos para quedarse, otros para irse. Mas apenas se sabe quiénes se quedan, éstos manifiestan sin empachos su disgusto. Preguntan por qué ha de dejárseles en lugar tan triste a morir de hambre, luego de los padecimientos sufridos. Mas como nadie osa rebelarse abiertamente, los más resueltos deciden enviar cartas con aquéllos que se van, en las que dan cuenta de su lastimosa situación y lamentan ser sacrificados a la avaricia de sus jefes. Pero secretamente informados al respecto, los dos capitanes hacen una requisita general antes de la partida, decomisando todas las misivas, excepto una, histórica, que escrita en verso es ocultada en un fardo de algodón destinado a la esposa del gobernador de los Ríos.

Parte Almagro con la *Santiago* y lo que debiera ser un motivo de resignación para los que se quedan, amenaza convertirse en una franca rebelión. No son pocos los que, habiendo padecido en la jungla todas las penurias imaginables, viven horrorizados al solo pensamiento de volver a sufrirlas. Y en su temor se tornan peligrosos. Advertido lo cual por Pizarro, decide enviar también la *Esperanza* a Panamá, so pretexto de un recorrido general, y con ella a los más inquietos y revoltosos.

De esta manera Pizarro se encuentra con un reducido grupo de hombres adictos, de amigos, capaces de realizar cualquier hazaña junto a su jefe. No obstante ver que la pequeña isla es inhóspita y estéril, cierran los ojos y deciden sufrir hambre, privaciones y enfermedades, sin quejarse.

Mientras tanto, Almagro llega a Panamá. Pero su arribo no es celebrado ni por aquéllos que tienen particulares intereses en la empresa y por tanto se ocupan de dorar las perspectivas. El lamentable aspecto de los que llegan es por sí elocuente. Almagro lleva los magros presentes a la gobernación. Es recibido con frialdad, por el secretario de S. E. Pero al día siguiente recibe

la orden de comparecer ante el gobernador. Lo hace presurosamente. Pedro de los Ríos, en cuyo rostro se lee disgusto y cólera, le extiende una hoja de papel, diciéndole:

—Leed esto y explicaos, si podéis.

Es la misiva de marras que uno de los expedicionarios, un tal Sarabia, ha enviado en el fardo de algodón. La misma termina con una cuarteta que luego se hará famosa entre los colonos.

Así, pues, señor gobernador,
Miradlo bien por entero.
Allá va el reclutador,
Y acá queda el jifero.

Extraño conglomerado humano... ¡Entre los aventureros y los enceguecidos por la codicia del oro hay también poetas!

5

El gobernador Pedro de los Ríos no ceja en su cólera y desilusión. En sucesivas entrevistas con Almagro y aun con el padre Luque, lamenta haber accedido a una empresa que ha disminuido tristemente el número de colonos sin resultado positivo alguno para la corona. Las perspectivas del futuro parecen no ser más halagüeñas, por lo cual, redondamente, se niega a seguir prestando su apoyo.

—¡Y tan resuelto estoy a concluir con este estado de cosas que he decidido enviar un comisionado con dos buques, con la única misión de traer a su bordo a todos esos locos y aventureros y terminar de una buena vez con la loca empresa! —exclama el gobernador, dando por terminada la audiencia.

Diego de Almagro y su socio, el padre Luque, salen harto bien amoscados y alicaidos. Esto es el acabóse. Almagro no puede hacerse a la mar sin permiso de salida, y sin el favor del gobernador tampoco puede reclutar gente ni adquirir bastimientos.

—Dios mediante, acaso pueda influir de alguna manera en el ánimo del gobernador —dice el padre Luque, caminando por la polvorienta y desierta plaza—. Es sólo cuestión de días. Esperaremos.

Pero los días siguientes no traen ningún cambio favorable. Por el contrario, el gobernador parece decidido realmente a cumplir su amenaza. Dos barcos pertenecientes a la gobernación hacen

sus aprestos de pronta partida. Y en la pequeña corte circula con insistencia el nombre de cierto caballero, natural de Córdoba, de nombre Tafur, como el jefe de la expedición. Y al fin se conoce fecha de partida. Casi desesperado se presenta Almagro, en la víspera de ella, en casa del padre Luque.

—¡Estamos perdidos! —exclama al entrar.

Así parece, en efecto, y el propio Luque lo reconoce. Pero el buen cura es hombre de ingenio y recursos y cifra su esperanza en un nombre: Pizarro. Le escribe una carta en nombre de los dos. Es una misiva apelante como su misma desesperación. En ella le da cuenta de la injusta actitud del gobernador y le pide que, a pesar de todo, no pierda las esperanzas. Es preciso, premioso que continúe firme en su propósito. Obedecer la orden del gobernador y volver significa matar para siempre la expedición. Luque dice que, en caso necesario, apelará a la corona, pero lo importante ahora es mantenerse firme en el puesto. Ambos socios, le asegura, harán lo imposible para enviarle dentro de poco cuanto haga falta para continuar con la empresa.

—Tomad y haced que uno de vuestros hombres de mayor confianza, confundido con la tripulación de Tafur le lleve esta carta a Pizarro —le dice a Almagro—. Y tened cuidado a quien elegís, pues de ello depende la suerte de nuestra sociedad.

Nada más hace falta para que Almagro salga presurosamente en busca del mencionado hombre. Y en sus manos deposita la preciosa misiva. Mientras tanto, Tafur completa los preparativos de marcha y parte con los dos buques, bien de madrugada. Yendo en derechura hacia un punto determinado y sin mayores tropiezos, la travesía hasta la isla de Gallo se cumple en un tiempo corto.

Tafur, hombre de confianza del gobernador de los Ríos, interpreta que su señoría ha estado en lo justo al disponer el regreso de estos hombres. Tan lastimoso y lamentable es su aspecto. Habían quedado atrapados en una miserable isla donde, a pesar de que nada temían que temer de los indios, debieron sufrir hambre en mayor grado que en ocasiones anteriores, pues sólo se podían alimentar de cangrejos, moluscos y peces. Pero además la isla parecía estar maldita por los dioses, porque casi nunca cesaba de llover y de caer truenos y relámpagos. Con refugios precarios, muchos de ellos estaban enfermos, sin poderse valer por sí mismos. Lo que Tafur encuentra, pues, es un puñado de hombres desnudos, enfermos y famélicos, que en sus afiebradas pupilas suplican la merced de volver.

Tafur demanda la presencia de Pizarro a bordo de su nave, pero el capitán demora en cumplir. Está ocupado atendiendo la

lectura de la carta de Luque, que su secretario-tesorero, Nicolás de Ribera, le hace escuchar. Y un rayo de esperanza basta para que el intrépido espíritu de Pizarro, que no ha declinado en ningún instante, se eleve ansioso de acción y de lucha. Es en tal estado de ánimo que acude a presencia del emisario y cuando éste le trasmite la orden de regresar del gobernador, se niega a cumplirla, diciendo:

—No sé si mis hombres piensan lo mismo, pero en cuanto a mí... ¡prefiero perecer y aun miserablemente en la realización de la empresa que renunciar a ella!

—¡Cuidado, capitán, os estáis alzando contra la autoridad del gobernador!

—Me resisto a cumplir una orden a todas luces injusta e inconveniente a los intereses de la corona, a la cual apelaré.

—¿Y cómo pensáis llevar a término tan loca empresa si vuestros hombres no os secundan?

—Si me secundan o no, lo podremos ver ahora mismo... —responde Pizarro, dirigiéndose a la salida de la cámara—. ¿Queréis acompañarme?

No es necesario ir muy lejos ni esperar mucho. Toda la gente de Pizarro está allí, en el desembarcadero, esperando con la ansiedad pintada en los rostros barbudos, sucios de barro, cubiertos de las llagas provocadas por los mosquitos, la mayoría descalzos, muchos de ellos cubriendo sus vergüenzas con el resto de algún pantalón. Por su aspecto, más parecen una horda de piratas en desgracia que meritorios expedicionarios. Y todos ellos, casi sin excepción, esperan la orden de embarcar de su capitán. Es la cosa más sensata que se pueda hacer en las presentes circunstancias.

Es de imaginar, pues, con cuánta ansia miran aparecer a su capitán, cuyos ojos escrutan casi con desesperación. La frialdad que advierten en ellos los descorazona. El escenario circundante, por otra parte, conjuga con la depresión de los ánimos. Está nublado y cae una llovizna que cala hasta los huesos. Los árboles de ramas coposas y mustias, lloran su aislamiento de milenarios. El suelo, lecho de fango maloliente, está cubierto de hojarasca bajo la cual esconden su ponzoña mirfadas de alimañas e insectos. En los bosques vecinos, los monos chillan coléricamente, mientras que los pájaros parecen burlarse de los humanos con sus onomatopéyicos graznidos.

Con ese su modo lacónico, característico en el hombre de acción, Pizarro se adelanta hacia sus hombres. Los mira severa y resueltamente. Algunos retroceden alarmados al verle extraer la

espada con brusco ademán. Detrás de él, Tafur no oculta su asombro y temor.

Adelantándose un paso más, el capitán traza una línea con su espada, de Este a Oeste. Vuelve a mirar a sus hombres, demandando atención a lo que va a decir. No es necesario; todos están pendientes de su palabra.

Marcando una parábola entre la línea recién marcada y el sur, el capitán dice:

—Compañeros y amigos... Sed buenos castellanos y juzgad lo que voy a decir... Por aquí se va al sur, donde nos esperan los desamparos, la desnudez, el hambre, las tempestades, las luchas, la muerte... Pero al final de arduo camino están esperando igualmente el oro, las riquezas, la gloria... —Se vuelve hacia el norte y luego de señalar una nueva línea imaginaria, agrega—: Este otro es el camino de la facilidad, del gusto y la molicie. Pero es también el de la pobreza y la vida sin honor... Elija cada uno lo que más bien le estuviere.

Y dando el ejemplo, el capitán Pizarro cruza la línea hacia el sur. Sin vacilación le siguen el piloto Ruiz, luego Pedro de Candia y Nicolás de Ribera. Se produce un momento de vacilación y de expectativa. Pizarro está pálido, pero sereno. Comprende, que, en las penosas condiciones actuales, es mucho pedir que todos acepten ser de la partida. Pero nuevos hombres cruzan la línea: Alonso de Molina, joven animoso, siempre sonriente aun en los peores momentos; Pedro Alcón, Cristóbal de Peralta, Domingo de Soria, Francisco de Cuéllar, García de Jeréz, Antón de Carrión Juan de la Torre, Martín de Paz y Alonso Briceño, todos jóvenes y resueltos, cruzan sucesivamente la raya, manifestando así su voluntad de seguir a su jefe hasta las últimas consecuencias...

¡Notable ejemplo de solidaridad y lealtad humana! Aunque cercados y consumidos por las privaciones y penurias de modo que pocos humanos lo estuvieron nunca, aunque poco tienen que esperar de las doradas promesas y sí mucho del sufrimiento y de la muerte, no vacilan en seguir a su capitán por el agobiante y peligroso sendero del sacrificio y la utopía.



CAPITULO VII

Castillos de nieve

La historia ha quedado escrita en uno de sus párrafos más significativos. Ese grupo de hombres, no importa lo que haya de venir luego, están hechos de la misma noble pasta que la pléyade ilustre que ha honrado a la humanidad en todos los tiempos. Su gesto, su sacrificada hazaña, mantiene firme y en su sitio la brújula de la conquista española. Porque es indudable que de no apoyar ese grupo a Pizarro, éste hubiera tenido que volver a Panamá, dando por fracasada a la empresa. Muchos años habrían tardado en promover otra, en tanto que los avisores e inquietos hijos de la rubia Albión, o los mismos portugueses, habrían adelantado con mejor apoyo y mayores recursos. Este es el significado, la enorme importancia del valeroso gesto de la isla de Gallo. Bastaron trece nombres, trece hombres, para torcer un rumbo maldito y llevar a cabo una empresa que en los hechos estaba diciendo de su fracaso.

Tafur, el caballero de Córdoba, no sale de su asombro y consternación. Finalmente, cree de su deber amenazar. ¡No dejará ni un barco, ni provisiones si los locos expedicionarios persisten en su rebelde actitud!

—Cumplid con vuestra conciencia y haced lo que juzguéis más conveniente —responde Pizarro, con admirable serenidad—. Nosotros cumpliremos con la nuestra.

El amigo del gobernador de los Ríos insiste y por la persuasión trata de lograr lo que no consiguen las amenazas. Vano es su empeño. Finalmente, decide cumplir su amenaza y se hace a la mar con los dos barcos que ha traído, aunque, apenado por el triste aspecto de los voluntarios de la muerte, les deja algunas

provisiones. Los enfermos y los débiles de espíritu se van, renunciando a la gloria, impresionados a la vista de aquella simple línea trazada en el suelo por la punta de una espada y cual si se tratase de una infranqueable muralla.

Tan pronto como las carabelas se pierden de vista entre la acerada bruma del norte, Pizarro, que ha calculado su paso, se pone en acción. Esto resulta fácil ahora porque todos sus compañeros son jóvenes y se hallan en buenas condiciones físicas. En primer término, manda a construir una balsa. Es necesario dejar la isla, pues no sólo no cuenta con recursos propios sino que, siendo tan reducidos en número pueden verse ahora atacados por los nativos. Además, uno de éstos les ha dado la información de que un poco más al norte hay una isla más grande, con agua potable y caza en abundancia. Se trata de la isla de Gorgona, situada a unas veinticinco leguas al septentrión y a cinco del continente. Tiene también la ventaja de estar deshabitada.

Llegan allí sin tropiezo alguno y pronto establecen que el cambio ha resultado magnífico. Hay abundancia de frutos silvestres y lo que es más grato aún, descubren un ave, parecida al faisán, de carne exquisita, fácil de cazar. Lo mismo que los conejos, de los cuales parece estar inundada la isla. Agua cristalina brota de la peña viva. En una palabra, no les falta nada para alimentarse y sobrevivir aún por mucho tiempo. Satisfechas las primordiales necesidades, construyen chozas bastante sólidas y al abrigo del viento y la lluvia que con frecuencia azotan a la isla.

La espera de refuerzos promete ser larga. Por tanto, renunciando al fácil incentivo de la esperanza, Pizarro encara la situación con espíritu objetivo y subjetivo al mismo tiempo. Comprende que en la ociosidad está el germen del descontento. Además, cuenta la fortaleza de espíritu, que se obtiene a veces pensando o creyendo en la ayuda de poderes extrahumanos. Debido precisamente a su analfabetismo, Pizarro es un fanático religioso, pues su padrino de marras, el cura de Trujillo, supo inculcarle bien la idea de las tres personas y un solo Dios verdadero, aunque hubiese olvidado enseñarle las primeras letras. El capitán mantiene viva en sus hombres la idea del premio y el castigo divinos. Saldrán de la isla y aun lograrán la cada vez más utópica conquista si los hombres rezan con fervor, de día y de noche. Esto consigue reanimar a sus abatidos compañeros, que se contagian de su celo y ardor. Por las mañanas se reza y por las tardes se realizan deberes religiosos. Se guardan escrupulosamente todas las fiestas de la Iglesia. De no haberse criado en una porqueriza, probablemente Pizarro hubiera sido un excelente misionero.

Pero el fervor religioso no basta, de modo que Pizarro organiza a sus hombres por pequeños grupos de dos o tres. A unos da la misión de procurar la caza, a otros la pesca; algunos deben buscar frutas en los bosques. Y los que por una u otra razón no pueden salir en estas breves expediciones, se ocupan de la cocina y de la limpieza del campamento. En los momentos de ocio o descanso, los hombres se arreglan para vestirse y cubrirse con pieles.

De este modo, lenta, penosamente, van pasando las semanas, los meses. Con creciente preocupación, el capitán otea el horizonte, sin avistar las soñadas velas blancas. ¿Es que han sido condenados por el empecinamiento de un cubiculario tan necio como el mismo Pedrarias?, se pregunta con frecuencia. ¿Es que la deslealtad impide a sus socios cumplir sus promesas hechas a la ligera? Hay un vigía apostado en un punto estratégico de la isla y a veces la ilusión pone vendas en sus ojos, haciéndole confundir un haz de hierbas marinas o algún tronco flotante por barcos.

Siete largos meses transcurren de este modo. Durante ellos, los expedicionarios sufren lo indecible, ya no por las privaciones o los peligros, sino como consecuencia de la tortura mental a que se ven sometidos. Y, finalmente ya han perdido la esperanza de ser rescatados nunca, cuando un día el vigía anuncia, ronco de emoción y alegría, la proximidad de un barco. Temiendo que se pase de largo hacia la isla de Gallo, los expedicionarios hacen señales y gracias a ello consiguen que el inteligente piloto Bartolomé Ruiz arribe a la isla.

En los primeros momentos y apenas sube al barco, Pizarro es presa de la cólera y de la frustración. ¡El barco no trae refuerzos! Ruiz le explica el porqué. Cuando Tafur llegó a Panamá con la noticia de la obstinación de Pizarro y sus compañeros, el gobernador se había indignado, considerando el hecho como un suicidio y negándose por tanto, resueltamente, a enviar socorro en provisiones, hombres y armas. Mas el padre Luque y Almagro, cabía reconocerlo, habían hecho lo imposible por explicar y justificar la conducta de su socio, recordándole que el propósito de todos era servir a la corona y llevar adelante, para su mayor gloria, la obra de la conquista. El gobernador, reflexionando que había traído instrucciones de la corona para auxiliar a Pizarro en su empresa y que su negativa a hacerlo en instantes tan críticos podía acarrearle perjuicios inimaginables, además de recaerle la responsabilidad por la muerte de esos hombres, accedió al fin a enviar un barco, pero sin más hombres que los estrictamente necesarios para la tripulación.

—Y aquí tenéis el despacho del gobernador, en el que os or-

dena que estéis de vuelta en Panamá antes de seis meses, sea cual fuere el resultado de la expedición... —concluye Ruiz.

Pizarro reprende un juramento. Comprende la actitud del gobernador. No le niega el modo de salvar su vida; pero lo condena al fracaso. ¿Cómo conquistar una nación con un puñado de hombres? Dentro de seis meses, la situación será exactamente igual, o acaso peor, sin otra alternativa que regresar.

—Pero no regresaremos a menos que hayamos probado positivamente la existencia de ese fabuloso país! —exclama, con ese fuego interior que imprime fuerza a sus actos—. ¡Izad los trapos!

Dos de los voluntarios de la muerte, Francisco de Cuéllar y García de Jerez, se hallan tan enfermos de malaria que no se puede embarcarlos. Se quedan en la isla junto con unos indígenas amigos. Otros dos indios, el llamado Felipillo y un compañero, llevan la honrosa misión de intérpretes y guías. Los meses transcurridos en la isla no se han desperdiciado del todo. Muchos de los españoles saben palabras, frases y modismos quechuas, particularmente Pizarro. En cuanto a los indios, han aprendido bastante del español como para dejarse entender.

Pizarro, siguiendo la sugerión de los guías indios, ordena a Ruiz que enfile la proa derechamente hacia el sur, hacia Tumbes, donde habrían de llegar sin tocar otros puntos de la costa ya conocidos.

2

Los vientos contrarios hacen lento el avance de la nao, pero el viaje no es incómodo. Pocos días después de haber dejado la isla, llegan al punto desde donde el piloto Ruiz regresara de su anterior viaje, o sea el cabo Pasado, límite de los mares desconocidos y jamás surcados por buques europeos. A medida que avanzan advierten que la costa cambia gradualmente su aspecto áspero y elevado, extendiéndose en playas arenosas y declinando hacia el mar. Más allá se advierten campos de cultivo de admirable fertilidad. Aquí y allá la presencia de nubes de humo señala las blancas chozas de los nativos de la región. Se tiene la impresión de que el país está densamente habitado.

La punta que se conoce con el nombre de Santa Elena doblan los expedicionarios unos veinte días después de haber emprendido el viaje. La airosa nave resbala mansamente por las aguas del hermoso golfo de Guayaquil.

Pero no son sus aguas verdes las que atraen las miradas, ni los exuberantes y altos bosques, o la presencia de poblaciones, lo que concita el interés de los sorprendidos expedicionarios. Lo que ocurre es que, por primera vez, tienen oportunidad de contemplar en toda su grandeza y desde una posición relativamente cercana, el macizo andino. Y quedan maravillados.

Es como si en medio de un terciopelo verde se encontrara de pronto un enorme zarcillo compuesto de piedras preciosas de distinta clase, engarzadas en bruto y caprichosamente o al azar. Al diamante, al turquesa y al topacio de las cumbres se suman el rubí, el amatista y el púrpura de sus laderas, el corindón, el esmeralda y el zafiro de sus profundas quebradas. Inmensos castillos de nieve alzan sus torres en las cimas y el sol, chispazos de fuego, se refleja en las alabardas y las armaduras de sus estáticos centinelas de hielo. Y como altivos soberanos de ese fantástico reino de rocas y granito, algunos colosos de empenachados yelmos se yerguen sobre los otros, mostrando orgullosos sus testas perennemente cubiertas de nieve. Uno de ellos arroja humo y fuego, ofreciendo por las noches un espectáculo impresionante y maravilloso.

—Ese es el Coto-paxi —señala Felipillo, con aire orgulloso—. Aquél otro el Chimbo-razo. Los dioses del viento y del agua moran en sus cumbres; los del fuego y el trueno en sus entrañas...

Satisficha en parte la ansiedad estética provocada por la soberana aparición y proximidad del Ande, los expedicionarios tornan su atención a otros aspectos telúricos y etnológicos. A lo largo de una costa verde y fértil se advierte la presencia casi continua de pequeñas poblaciones de aspecto cada vez más importante, con casas de piedra y barro y trazado de calles y plazas. Sus habitantes, ataviados con esmero y riqueza, los ven pasar sin demostraciones hostiles, más bien admirados. Los sacerdotes y *tarpuntaes* se arrodillan y alzan sus brazos hacia el Inti. ¡Se está cumpliendo el vaticinio de Wiracocha!

No son pocos los españoles que expresan su idea de entrar a sangre y fuego en esas poblaciones, recogiendo un cuantioso botín en oro. Pero Pizarro se mantiene inflexible.

—Vamos hacia Tumbes, ciudad inca donde ha nacido Felipillo y donde éste dice que hay riquezas suficientes para halagarnos a todos —responde—. Además, no contamos con fuerzas para arriesgarnos en inútiles cuanto pobres acciones...

A la entrada de la bahía de Tumbes, poco tiempo después, encuentran una pequeña isla, que Pizarro llama de Santa Clara, donde fondean, no obstante las protestas de Felipillo, quien dice que el

lugar no está habitado, pero es frecuentemente visitado por los indios guerreros de Puná, una isla cercana, que vienen a realizar sacrificios humanos y a celebrar su culto. Y, en efecto, realizada una rápida inspección del lugar, tropiezan con algunas *huacas* y tumbas circulares, donde hay objetos de oro rústicamente trabajados. Felipillo y su compañero aseguran insistentemente que todo eso no es digno del oro que hallarán en Tumbes.

Pizarro decide pasar la noche en aquella isla. Al día siguiente prosiguen la navegación, cruzando la bahía rumbo a Tumbes. Y no tardan en aproximarse, con el asombro consiguiente, a una ciudad muy grande, con edificios de barro y piedra, que se ha levantado en el centro de una verde planicie rodeada de rocosas colinas. Entonces dánse cuenta los expedicionarios que ha cambiado la fisonomía del país. Han desaparecido los bosques, la jungla enmarañada, la selva inhóspita. El terreno, que asciende gradualmente hasta ir al encuentro de las aún distantes laderas de las montañas nevadas del Ande, es pedregoso, árido, excepto en los valles y quebradas, donde el verdor asoma luxuriante. Por esos valles y quebradas corren ora apacibles arroyos o precipitados ríos que vuelcan sus aguas en el mar.

Aún se hallan los expedicionarios a varias leguas de la ciudad y sin embargo ven avanzar hacia la nave a algunas embarcaciones. Su preocupación aumenta cuando la proximidad denuncia la presencia de muchísimos guerreros armados hasta los dientes. Pizarro ordena a su gente mantener una actitud pasiva, aunque alerta.

Los más sorprendidos parecen ser los guerreros en cuestión, cuyas balsas, en rápidos movimientos, rodean a la nao. Los intérpretes preguntan por los jefes y Pizarro les permite subir a bordo. No es poco el asombro de aquéllos al encontrar allí a dos de los suyos, pues Felipillo y el otro nacieron en Tumbes. Explican que van en son de guerra hacia la isla de Puná, a vengar una afrenta. Se admirán de cuanto ven, sobre todo de las armas y las armaduras de los extranjeros. Felipillo, orgulloso de hablar el idioma de éstos, va transmitiendo sus palabras. Y explican que son seres pertenecientes a una maravillosa raza superior, y probablemente también se trate de hijos del sol. No han venido para hacerles daño sino para conocer el país y sus habitantes.

—Es verdad cuanto habéis oído —les dice finalmente Pizarro, adelantándose vestido con su brillante armadura y con la dignidad de un verdadero monarca—. Y ahora presto id a tierra y referid a los vuestros cuanto habéis visto y oido... Vengo en actitud de amistad y de buen grado aceptaré las provisiones que queráis

obsequiarnos en prueba de vuestros propios sentimientos amistosos.

Los habitantes de Tumbes no salen de su asombro. Han acudido en grandes grupos a la playa y desde allí contemplan la casa flotante que, después de haber echado el ancla, se balancea suavemente en las quietas aguas de la bahía. Mientras, se dirigen a la casa principal del *curaca* o gobernador del distrito, funcionario perteneciente a la nobleza inca. Este, después de haber escuchado la relación de sus hombres y figurándose que se las habían con seres de una raza superior, dispone el envío de las dichas provisiones. El mismo se embarca en una de las balsas, las cuales llevan plátanos, maíz, piñas, cocos, yuca, batatas y otros ricos productos de la región. Llevan también productos de caza y pesca, y lo que admira más a los expedicionarios, algunos ejemplares de llamas, que ven por primera vez, cuya suave y brillosa lana tiene diversos y vivos colores.

Enterado por Felipillo que el *curaca* es pariente, aunque lejano, del rey del Tahuantinsuyo, Pizarro le rinde los honores de su alto rango, observando al mismo tiempo su atavío. Le llama la atención, en primer término, las grandes y alargadas orejas, los gruesos aros de oro que en ellas lleva, los adornos e insignias del mismo metal, y las joyas, engarzadas en piedras preciosas, que lucen como índice de su alta jerarquía. Sus ropas, de vivos colores y en admirables dibujos simétricos, están confeccionadas en tela tan fina que parece seda. En la cabeza, un angosto turbante o faja circular, en la cual van adheridas joyas y adornos de oro, y dos plumas, rojas, de extraordinario color y brillo. Las sandalias son tejidas de un material dorado que parece oro.

Todo esto observa Pizarro con discreción, mientras enseña el buque a su regio visitante. Al mismo tiempo, por medio de los intérpretes, responde a las preguntas del inca. Este quiere saber muchas cosas a la vez. Pero principalmente le intriga el origen y la procedencia de los extranjeros, a los cuales, como sabemos por la historia de Wiracocha y su fabuloso sueño, se atribuye origen divino. Entre el pueblo corre la voz de que se trata de verdaderos *hijos del sol*, por las armas de fuego que llevan, por el color claro de su piel, y las barbas rojizas.

Pizarro conduce a su regio visitante y a sus escoltas a su propia cámara, donde se ha improvisado un refrigerio. El curaca, después de saborear el vino de España hace un gesto de inocultable deleite y afirma que esa bebida es superior a la chicha que se prepara en Tumbes, aunque igual, excepto por el color, a la beberida del Inca.

Estirándose con dignidad, Pizarro dice:

—Venimos de una poderosa nación cuyo soberano lo es también del mundo. Traemos la misión de asegurar la amistad y la sumisión de estos pueblos a la soberanía de ese rey.

El *curaca* y sus acompañantes escuchan con silencioso respeto aquellas palabras. Complacido por ello, el capitán prosigue:

—Este rey, sin embargo de ser tan poderoso, rinde su reino y su poder a otro más grande, que no es de esta tierra: el de Dios, Nuestro Padre y Señor, cuya morada está en los cielos.

—El nuestro es también poderoso y reina igualmente en los cielos y se llama Pachacamac... ¿Cómo se llama el vuestro? —pregunta el funcionario inca, con esa ingenuidad propia de los seres de espíritu diáfano, incontaminados de ideas preconcebidas y utilitarias.

—Dios Padre, Espíritu Santo y Jesucristo, tres personas distintas y un solo Dios Verdadero... Vuestro Pacha... camac no puede ser comparado con El, puesto que no existe. Pero vosotros sois idólatras y vivfais en las tinieblas y la incredulidad...

—¿Habéis estado en el cielo y habéis visto a vuestro Dios alguna vez?

—Jesucristo bajó a la tierra para redimir a los hombres de sus pecados.

—Pachacamac dice que son los hombres quienes deben redimirse de sus pecados llevando una existencia digna, sin mentir, engañar, sin codiciar la mujer o las riquezas ajenas, crímenes que se castigan con la muerte...

—Ahí tenéis la prueba de vuestra ignorancia e idolatría. Entre los cristianos, son los sacerdotes quienes tienen la facultad de absolver mediante la confesión y el arrepentimiento.

—Extraña religión la vuestra que perdona de modo tan fácil. En la nuestra, el arrepentimiento no exime de la expiación. —El inca hace un expresivo gesto—. Invitadme más de vuestro vino, lo único realmente digno de respeto que nos traéis...

Esta primera escaramuza dogmática enfurece al fanático, pero prudente hombre de armas, decide no insistir sobre el particular, para no provocar un franco enfrentamiento. El *curaca* se despide y es despedido con gran cortesía, llevándose de obsequio un hacha, objeto que le causara gran admiración. Es sabido que entre los incas, así como entre los aztecas y mayas, era desconocido el uso del hierro, aunque, como ya lo hemos dicho, los incas habían logrado una aleación ideal del cobre y el estaño, con la que obtenían un temple, parecido al del acero, como lo demuestran las tre-

panaciones craneanas y las difíciles operaciones que se practicaban entre ellos.

Juzgando que la generosidad de los incas bien justificaba un pequeño sacrificio, Pizarro decide enviar al día siguiente un obsequio al curaca, compuesto de un par de cerdos y algunas gallinas, animales no conocidos aún en estas comarcas del sur. Pero Alonso de Molina, el ardoroso y apuesto joven, leal amigo de Pizarro, lleva además la misión de observar. Con él va un negro, perteneciente a la tripulación. El curaca y sus acompañantes habían expresado gran admiración al ver el color negro-ébano de su piel, que se resistían a admitir como natural. Pizarro lo envía como acompañante de Molina para explotar el mismo efecto admirativo en el pueblo.

Apenas desembarcados, los dos hombres se ven rodeados por una gran multitud que va creciendo por momentos. No obstante estar protegidos por una guardia armada, todos quieren ver y tocar a esos prodigios de otro mundo. Del uno llama la atención el color blanco de su piel, los cabellos y la barba castaños, sus armaduras brillantes. Las mujeres, principalmente, lanzan pequeños gritos de alborozo y aquéllas que consiguen tocarlo parecen transfiguradas por el hechizo. El negro no hace sino mostrar sus dientes de marfil y sus blancas córneas y apenas se mueve cuando alguno le restriega la piel para ver si se despinta. Todo el pueblo parece muy divertido. Nadie demuestra temor por la presencia de los extranjeros. ¿Qué pueden temer si ningún mal les han hecho?, se dicen en la ingenuidad propia de los seres inocentes y candorosos. De pronto se oye un ruido extraño, que hace huir a los más miedosos. ¿Qué sucede? Un gallo acaba de batir las alas y cantar. Los naturales palmotean, divertidos, preguntando qué ha dicho. Suponen que los extranjeros conocen la lengua de esos animales. Para ellos, los extranjeros son seres superiores que saben muchas cosas que ellos ignoran.

Lo que no impide que, ufanos y orgullosos, muestren lo que tienen y son capaces de hacer. Por ejemplo, el palacio del gobernador, el templo del sol, la *aclahuasi* o monasterio de las vírgenes del sol, edificios todos construidos durante el reinado de Huayna Cápac. En el palacio del curaca, Alonso de Molina y su compañero se admirán de encontrar una aguerrida guardia. Hay una abismal diferencia en todo comparado con lo que vieran en las primeras y primitivas tribus de antropófagos caribes. Aquí se observa orden, disciplina, civilización. Su admiración aumenta cuando son introducidos en el palacio, cuyos muros están recubiertos de paneles de plata y oro. De los mismos metales son los platos y los

vasos con que los invitan a almorzar. La chicha de los incas, de un sabor y color distinto al vino, es muy agradable y ligeramente ácida. Al término del almuerzo, Molina y su compañero son llevados a visitar la ciudad. Les llama la atención la fortaleza, que ocupa una gran extensión de tierra y cuyos muros son de piedra. Luego se les permite entrar en el templo, donde todavía hallan más paneles de oro que en el palacio. Molina ya no ve el momento de regresar al barco para referir todas estas maravillas.

Pero al oírlas, Pizarro y algunos de sus ayudantes se muestran escépticos, especialmente cuando Molina se hace lenguas de la belleza de las mujeres y de las fabulosas cantidades de oro que dice haber visto. Para corroborar tal información, el capitán decide enviar a otro de sus hombres de mayor confianza, Pedro de Candia el joven griego que ya diera muestras de sacrificio y lealtad mucho antes de la heroica resolución de los 13.

Pedro de Candia va armado con cota de malla, como corresponde a un caballero, y lleva espada al costado y un arcabuz al hombro. Su prestancia y lo distinto y hermoso de su armadura, y aquel extraño objeto de ancha boca que cuelga del hombro, concitan todavía más la admiración y el interés de los nativos. Felipillo ya había explicado el poder del "arma que habla", pero el pueblo quiere verlo y oírlo por sí mismo. Candia coloca a cierta distancia un madero, toma puntería y hace fuego. La llamarada de la pólvora y el estampido del tiro, acompañado por el ruido que hace la madera al destrozarse en mil fragmentos, simplemente aterroriza a ese pueblo. Muchos huyen despavoridos, otros caen de rodillas, cubriendose el rostro con las manos. Todos miran al extranjero como si se tratase de un ser fabuloso bajado del cielo y dueño de un extraordinario poder como el rayo y el trueno. Pero la actitud bondadosa y sonriente de Candia les hace comprender que se trata de un simple mortal y deponen su temerosa actitud.

Candia es atendido por el *curaca* en persona y llevado por éste al interior del monasterio de las vírgenes, honor sólo concedido a los incas de sangre real. Y el valeroso joven —que no puede ver a las mujeres, pues se hallan en sus claustros— admira el hermoso parque-jardín donde, según su posterior relato, encuentra frutos y flores primorosamente realizados en oro. Halla otras pruebas más, especialmente en tejidos de artísticos y simétricos dibujos, del arte de las fiestas.

El griego visita luego la fortaleza y descubre que se halla rodeada por una triple muralla de piedra y defendida por una numerosa guarnición. Trasladado finalmente al templo, puede establecer que Molina ha dicho literalmente la verdad al afirmar que los

muros están revestidos de gruesas planchas de oro. Pero una diferencia señala la conducta de los dos hombres. Mientras Molina sólo tiene ojos y palabras para las bellas mujeres, a tal punto que le invitan a quedarse y a tomar por esposa a la joven que más le agrade, Candia observa que las casas son sólidas, hechas con adobes y bases de piedra. La ciudad está bien surtida de agua por medio de numerosos acueductos, cuya construcción revela el arte de los incas. Finalmente Candia retorna a la nave llevándose, como Molina el día anterior, numerosos regalos en frutas, verduras y productos de caza y pesca.

—¡Bendito sea el Señor! —exclama Pizarro piadosamente, cayendo de rodillas, al oír aquellas informaciones—. ¡Nuestros penosos esfuerzos se ven así compensados!

Pero es muy pronto para hablar de compensación. Sí, allí está el fruto de la conquista, pero aún se mantiene inasequible. ¡Cuánto lamenta Pizarro el no contar en este momento con la ayuda y los refuerzos prometidos! De tenerlos, aquella fortaleza de triple muralla de piedra se derrumbara sobre sus defensores... Fuerza es esperar mejor ocasión. Ajeno a esta idea fija de conquista, el pueblo de Tumbes celebra la presencia de los extranjeros hijos del sol con música y taquis populares. Expresivo y sincero en sus manifestaciones de amistad y buena voluntad y no obstante recordar las predicciones de WIRACOCHA, no alienta contra el extranjero temor u odio. Ellos a su juicio son hijos del sol, en el mismo grado o medida que los Incas de sangre real son también hijos del sol. Por tanto, la presencia de ellos sólo puede recibirse con alborozo, pues acaso significa el advenimiento de una nueva y maravillosa época en que a todos les será dado gozar del conocimiento y el poder de los extranjeros.

Pizarro hace también su visita a la ciudad, acompañado de nutrida y bien armada guardia y establece que, con algunas diferencias de menor cuantía, Molina y Candia han dicho la verdad. La entrevista con el curaca tiene una misión de trueque de algunos objetos y baratijas por oro. Bien provistos y luego de prometer una nueva y pronta visita, el capitán regresa a su nave y emprende su viaje hacia el sur.

Los expedicionarios no tardan en comprobar que Tumbes sólo marca un punto de partida. A partir de su puerto se encuentran a lo largo de la costa infinitad de pueblos, cuyos habitantes se agolpan en las playas para verlos pasar. No son pocos los que envían balsas con presentes en comestibles y aun objetos de oro y plata. Y en aquellos puntos donde deciden desembarcar los reciben con generosa hospitalidad. El nombre de *Hijos del Sol*

se ha generalizado. La noticia de su presencia corre por la costa con sorprendente rapidez y se les atribuye cualidades y virtudes de amistad, cortesía, suavidad en los modales, respeto hacia las mujeres y los ancianos, lo cual predispone a los candorosos nativos a la confianza y la generosidad. Ignoran que, detrás de la máscara de la cortesía se esconde el corazón de hierro del conquistador. Que sólo su exiguo número impide que se lance sobre esas pacíficas e indefensas poblaciones arrasándolas a sangre y fuego...

3

Extraño contraste ofrece el cuadro. Extranjeros *hijos del sol* luciendo sus mejores galas y debajo sus cotas de malla —en previsión de cualquier sorpresa desagradable— sentados junto a una gran mesa opíparamente servida, en compañía de incas y nobles indígenas de ambos sexos, ataviados con túnicas, sayas, mantos y fajas de gran colorido y hermosos dibujos, luciendo preciosos tocados que muestran adornos en oro, piedras preciosas y plumas de gran vistosidad y valor. Bajo arcadas floridas, en medio de plantas y flores cuyos aromas cautivan, oyendo aquella exquisita y tierna música y presenciando las danzas de notable sincronización y efecto coreográfico, ejecutada por muchachas y jóvenes ligeramente cubiertos por delicadas túnicas blancas, los extranjeros creíense estar en algún lugar de la Europa cortesana.

—Hacedme la merced de serviros, señor —dice una voz cautivante por lo dulce y suave.

Pizarro retorna a la realidad y contempla a la dama inca que hace el invite. Joven y hermosa, lleva con majestuosidad y elegancia el *llautu* y el *yauri*, sus insignias de *curaca*, de esta población costera, que en la bitácora de la expedición ha sido signada con el nombre de Santa Cruz.

El capitán brinda con una sonrisa que es ampliamente correspondida y bebe con delectación. Es excelente la dorada bebida que le sirven en copa de oro. En general, la fiesta en su homenaje denota buen gusto y delicadeza. El no se había imaginado que pudiera brindársele tal homenaje cuando, algún tiempo antes, al pasar en su rumbo al sur, por esta población, prometiera a la dama inca visitarla a su regreso. Olvidado de su promesa había recorrido la costa, visitando muchas otras poblaciones, apreciando su importancia y riqueza y admirando los exponentes de un alto grado de civilización en organización política y social, en

agricultura, en ingeniería, etcétera. Y, sobre todo, realizando pin-gües negocios en trueque de baratijas y objetos comunes por oro de ley. Finalmente llegado todavía un poco más al sur del punto donde fundaría la ciudad de Trujillo, algún tiempo después, comprendiendo que al fin habían dado con el rico país que vinieran a buscar y que era preciso conquistar, el capitán de Castilla resolvió regresar. En esta ocasión no iba deprimido por el fracaso, sino eufórico y lleno de fe en el triunfo. ¡El fabuloso El Dorado existía y podía ser fácilmente conquistado!

Ha llegado a esta conclusión después de haber estado en tantas poblaciones como ésta, donde también recibieron cálidas, sinceras y generosas demostraciones de amistad. En esos pueblos, donde ha corrido la voz de la llegada de los *hijos del sol*, hasta parecen esperar o desear la conquista. Esto se explicaría en parte debido a que la tradición religiosa dice que Wiracocha no sólo predijo la llegada de los "sunkarunakuna", sino su aclimatación e identificación con el suelo y la raza de los incas. En consecuencia, a ojos de esas sencillas y pacíficas gentes, se está cumpliendo —ley fatal— el prodigo. Por ello la presencia de los extranjeros no suscita ánimo belicoso alguno.

—Señor —dice de pronto la dama inca, posando en el capitán sus grandes ojos negros de manso mirar—, debo pedirte una merced más, pero no sé cómo has de recibir mi petición...

—Sea cual fuere, señora mía, contar has con mi aceptación —responde Pizarro, galante.

—No es costumbre, en mi pueblo, que las mujeres formulen tales peticiones.

—Razón de más para honrarme en satisfacerla. Habla ya, hermosa Ipawa.

—Deseo que seas mi huésped por esta noche. —Y como el capitán no oculta su sorpresa, alzando la frente, aunque teñidas de arrebol las bronceadas mejillas, agrega ella—: Habrás de saber, oh, bravo capitán, que soy la viuda del inca *curaca* de esta población, el cual murió en plena juventud y sin dejarme sucesión... Y nada más natural que yo desee tener descendencia de un hijo del sol. De ese modo, mi raza se dignificará y fortalecerá.

Una petición natural, humana, formulada con la sencillez y franqueza de las almas nobles y con la mejor de las sonrisas. Francisco Pizarro, a pesar de ser rudo soldado, tiene fama también de ser galante con las damas. Formula su aceptación depositando un beso en la mano de la dama inca, la cual siente estremecer bajo la suave caricia.

La música y la algarabía de la fiesta han cesado. En la cámara

de la señora inca reinan el silencio y la quietud. Un rayo de luna llena entra por la ventana que da al patio florido y perfumado. La pálida claridad permite ver a dos sombras blancas que estremecidas, no tanto de placer como de emoción, se disponen a unirse en el beso sagrado. Son dos almas antes que dos cuerpos. Unidas a través del tiempo y el espacio, vienen a cumplir un imperativo, superior incluso a sus propias voluntades. Pero el placer, después de todo, es humano y como tal tiene sus exigencias, se expresa en gemidos que turban el silencio y la sucesión de milenarios. El gozo físico, al fin, se posesiona de los amantes y les hace vivir instantes, horas inenarrables. Los labios, ansiosos de lejanías y ansiedades, se juntan. Las manos, tiernas y apremiantes, acarician y se posessionan del bien deseado. El himno a la vida se canta en un hermoso y perfecto dueto cuyo eco ha de llegar, sin duda, a la mansión celestial de Pachacamac...

El bravo capitán resuelve ser huésped de la bella Ipawa no por una noche sino por un rosario de ellas. No abandona tan pronto el milagroso oasis el perdido y sediento caminante del desierto.

E Ipawa está agradecida. Tan agradecida, en efecto, que cuando Pizarro, en la euforia de las sobremesas, despliega el estandarte real de Castilla y le pide a ella que lo enarbole en su palacio, en homenaje a su soberano, hágelo ella, riendo y exclamando:

—¡Vivan la Castilla y el señor Pizarro, de tanta bizarría!

Sana alegría y buen humor que contrastan con la gravedad de Pizarro y los que lo acompañan. Ellos sólo meditan sobre el modo de cumplir prestamente el plan de conquista, con la sumisión de estos pueblos de vida tan sencilla y feliz.

4

La carabela de los *hijos del sol* se mece suavemente en las quietas aguas de la bahía de Tumbes. En el viaje de retorno, Pizarro ha decidido visitar de nuevo la ciudad, para asegurarse la amistad y la buena voluntad del gobernador inca. Pero el ladrino capitán persigue un propósito más.

Advertido del interés que por las bellas mujeres del lugar tiene Alonso de Molina, le insta a quedarse, si tal es su deseo. El permiso tan fácilmente concedido a Molina y a otro que expresa igual deseo no hace entrar en sospechas a nadie. Pero el capitán habla en privado con su hombre de confianza y le da sus órdenes. Ha-

brá de aprender la lengua de los incas; se casará según los ritos del lugar y ello le permitirá tener parientes y amigos. Estudiará la topografía y las defensas de la ciudad. Todo esto habrá de tener vital importancia en el futuro plan de conquista de este punto clave. Alonso de Molina accede de buen grado a cumplir las órdenes de su jefe.

—Cuanto más que aquí seré un personaje de campanillas y no un oscuro pelafustán en Panamá, con la hermosa perspectiva de reunir abundante oro... —dice a cuantos quieren oírle, restregándose las manos de satisfacción.

De Tumbes los expedicionarios gobiernan en línea derecha a Panamá, aunque de paso se detienen en la isla de Gorgona, para recoger a los dos compañeros allí dejados por demasiado enfermos. Pero sólo recogen a uno, pues el otro es fallecido. Prosiguen luego el viaje y por fin la anhelada Panamá asoma en lontananza al cabo de muchos meses de aventuras y penurias sin cuento.

Teniendo en cuenta lo acontecido anteriormente, Pizarro no las trae todas consigo, pues presiente que en el gobernador de los Ríos tiene un adversario y no un amigo. Mas no sale de su agrado y sorpresa al ver el calor y el entusiasmo con que todos en Panamá vienen a darles la bienvenida. Al parecer, hasta los mismos socios en la aventura habían perdido la esperanza de volverlos a ver con vida, rendidos por el clima malsano, o por las flechas envenenadas de los indios, o por el hambre, o por la mar convertida en bestia que se traga barcos naufragos...

Y he aquí que los vuelven a ver vivos y llenos de salud y vigor, portadores no sólo de noticias maravillosas sobre el hermoso país "donde el oro tiene el mismo valor que la madera para los europeos", sino con evidentes pruebas de sus afirmaciones.

Es particularmente emotivo y significativo el momento en que los tres antiguos socios se unen en un cordial abrazo. Son dejados de lado viejos rencores y, al menos aparentemente, se olvidan ofensas. El padre Luque y Diego de Almagro no caben en si de satisfacción y orgullo. Los últimos tiempos han sido muy amargos. Han debido soportar las pullas de todos y, lo que es peor, el apremio de los acreedores, lo cual, unido a la certidumbre del fracaso, ha ensombrecido sus vidas de modo muy cruel. Pero ahora tienen la oportunidad de probar, de manera indudable, la verdad de cuanto afirmaran y que parecía ser una temeraria ilusión, una aventura de locos visionarios. Ni lerdos ni perezosos, los tres amigos llevan al gobernador las pruebas materiales del éxito de su misión. Objetos de oro y plata labrados con sumo arte, joyas valiosas, prendas de vestir realizadas en una tela de tejido

tan fino que parece seda. Vistosas y coloridas plumas, armas, objetos y herramientas de plata y de cobre y estafío, indios de ambos sexos e incluso llamas, completan el botín.

Pero ni a la vista de ellos ni del positivo resultado de la expedición se aviene el gobernador Pedro de los Ríos a secundar la tarea de conquista que demandan Pizarro y Almagro. O quizá se siente empequeñecido ante la misma grandeza de ella. Con un egoísmo y malicia propios de cubicularios, da largas al asunto y cuando, apremiado, tiene que dar su respuesta negativa, lo hace con la siguiente argumentación:

—No entiendo que sea menester despoblar una colonia para poblar nuevas tierras, cuyos habitantes habrán necesariamente de defenderlas, pereciendo en tal demanda mucha más gente de la que ya ha muerto... Mi gobernación no dispone de excedentes humanos y materiales para llevar a cabo vuestra loca empresa, por tanto es inútil que cebéis a mis súbditos con muestras de carneiros o metales que habéis traído...

Este abierto rechazo pone en duro aprieto a los empresarios de la conquista. Sin recursos y agotado el crédito obtenido anteriormente, no saben qué hacer. Advierten con harta desesperación que dejar las cosas en este punto equivale a renunciar a la rica mina que ellos han abierto con su perseverancia y sus sacrificios. Reunidos en la casa del padre Luque, deliberan sobre el particular. El buen cura, que en otras ocasiones ha probado ser hombre de recursos y de imaginación, halla la única solución posible: apelar directamente a la Corona.

—Nadie tanto como el rey está interesado en que se lleve a cabo el plan de la conquista —dice—. Apelemos a Su Católica y Bondadosa Majestad.

—¿Mas cómo hacerlo? —pregunta Almagro, aunque creyendo conocer la respuesta.

—A España habrá de ir uno de nosotros, alguien con las prendas necesarias para hacerse cargo de tan delicada misión.

—Vos, padre, sois el más indicado.

—¡Ah, privado estoy por los deberes religiosos que me atan a Panamá de gozar de tamaña ventura de ver de nuevo el solar paterno! —responde el clérigo, lanzando un suspiro.

—Entonces que vaya Francisco —se adelanta a decir Almagro—. Mi figura no muy grata por la pérdida de un ojo y mi franqueza en el decir, no me hacen muy buen diplomático.

—Yo tampoco soy galano en el hablar y hasta es posible, según tengo el cabo del trenzado, de no ser bienquisto en la corte, por algunos díceres que corren allá —señala Pizarro.

—Si ninguno de nosotros está en condiciones de ir, tal vez podríamos encomendar tan delicada misión a otra persona, —dice el padre Luque—. Un amigo, muy diligente y discreto, con harta influencia en la corte, viaja en estos días. Lo conocéis de sobra, es el licenciado Corral...

—Me opongo terminantemente a que este delicado asunto sea tratado por persona ajena a nuestra sociedad, por bien probadas luces o condiciones que tenga —declara Almagro, con su acostumbrada rudeza pero no menos firme resolución—. Si vais no podéis viajar, que sois el más indicado, padre Luque, debe ir Francisco... Ambos reconocemos en él su discernimiento y buen juicio, y posee la calma y la reflexión necesarias para sacar buen provecho de ellos... Por otra parte, nadie mejor que él podrá referir la historia de sus aventuras con tan buen efecto como el que haga falta para impresionar a Su Excelsa y Católica Majestad. Y nadie como él sabe qué y cuánto hace falta para dar feliz término a la empresa de conquista...

—Decís, Diego, que no sois buen diplomático y estáis probando tener argumentos de fuerza en cualquier situación —responde Pizarro pausadamente—. Por mi parte os voy a decir que la tal misión me agrada menos que emprender una expedición al desierto... Pero si no hay otro que pueda hacerlo, accedo a cumplirla en la mejor medida y según mi leal entender y saber.

—Que me place —dice Almagro.

—Hijos míos —dice el padre Luque—, os confieso que me holgaría que a lo menos fuéredes entrambos, porque no vaya a ser que os hurtéis la bendición el uno al otro.

—Francisco es hombre de bien y no cometerá tal felonía —responde Almagro, mirando a su socio con su único ojo, despertado al parecer a la sospecha.

Pizarro cree prudente hacer protestas de buena fe y lealtad, comprometiéndose a mirar por los intereses de sus socios tanto como por los suyos. Pero es evidente que su sola afirmación ya no basta para aventar la sospecha creada por el padre Luque. Sin embargo de lo cual, queda definitivamente aprobado el viaje de Pizarro, para lo que es necesario reunir y de prisa los fondos necesarios. Con harta dificultad se reunen mil y quinientos castellanos de oro. No son muchos para lucir ante una corte sofisticada. El capitán lleva como ayudante a Pedro de Candia. Dispónese también el traslado de una pareja de nativos, de tres o cuatro llamas, de objetos y joyas de oro y plata, de tejidos y, en fin, de cuanto pueda tener alguna significación en el arte y la

industria del rico país descubierto, como pruebas reales de su existencia e importancia.

La carabela española en la que Pizarro y sus compañeros hacen el viaje, parte de Panamá en mayo del año de gracia de 1528.

5

Si las placenteras circunstancias de hartura, comodidad, descanso, y de satisfacciones sensoreas plenas, constituyen en conjunto la felicidad, Alonso de Molina es feliz. Casado con una joven y hermosa dama inca, honrado con un cargo honorífico, poseedor de un gran palacio que cuenta con un bonito parque, servido por una multitud de criados de ambos sexos que rivalizan en su afán de bien servirlo, sin preocupaciones monetarias y si dueño de gran cantidad de objetos y joyas de oro, que en conjunto suman decenas de miles de castellanos de oro, Molina es un verdadero nabab en Tumbes y no debiera tener motivos de preocupación e inquietud.

Y sin embargo los tiene. Bien que los motivos, mejor dicho, el motivo, sólo tiene que ver con él mismo. Con su excesivo ardor pasional. Molina, además de aventurero y ambicioso del oro, es un jocundo soldado. Despreocupado del servicio, de las obligaciones impuestas por la expedición, sólo tiene ojos para contemplar a las hermosas y sonrientes damas que lo rodean. Ama a su esposa y es amado por ella, es verdad, ¿pero qué le hace a la abeja una flor más? Dejándose llevar por su ardorosa naturaleza, ha depositado su polen en otras flores, si bien obrando siempre con la mayor discreción, como corresponde a un hombre civilizado.

Las cosas pudieran haber continuado llevando este agradable curso a no haber sido porque nuestro amigo tiene la fatalidad de prenderse de una bellísima joven, la cual, desde el primer instante, demuestra haberse prendado también del color claro de su piel y sus cabellos, de sus ojos azules, de su juventud y apostura física. Pero el encuentro entre ellos se ve pospuesto con frecuencia. La joven en cuestión, no obstante el interés que se lee en sus grandes y negros ojos, huye de él, inexplicablemente. Ello ocurre muchas veces y nuestro aventurero ve acrecer de un modo doloroso su pasión por la bella joven.

Hasta que, no pudiendo soportar más tiempo esta tortura, se resuelve a ir en pos de la mujer de sus inquietos sueños. Así lo hace la próxima vez que la ve. Desechando ciegamente con-

vencionalismos lugareños, va en pos de la mujer que lo ha cautivado. Ella, asustada y nerviosa, huye una vez más. Olvidado de su condición ilustre y honrado huésped, el castellano la persigue. A punto de alcanzarla la ve desaparecer en el interior de una casa de respetable aspecto, con mucha servidumbre alrededor. Y Alonso de Molina se entera entonces, con la desazón consiguiente, que esa hermosa mujer es casada.

Mas luego de breve consideración resuelve que ello no constituye un obstáculo, sino un aliciente. Así ni ella ni él tendrán nada que perder. Aventuras galantes de este tipo se suceden en todas las latitudes, se dice. Se lo hará comprender a Chunkuy —así se llama ella— en la primera oportunidad.

No tarda en llegar a ella. Sin darle oportunidad a huir esta vez. Molina la asedia. Le confiesa su amor. Ella hace un gesto de espanto. ¡No, no es posible!.. Está casada con el jefe de los guerreros, hombre severo y fiel cumplidor de las normas de honor y respeto hacia principios establecidos. Pero mientras los labios dicen la negación, los ojos expresan en su silencioso pero elocuente mensaje el sentimiento que los anima. Y Molina, experto conocedor de la naturaleza femenina, mide el hecho en su debida proporción y saca conclusiones y ventajas.

Chunkuy ya no tiene argumentos que oponer en sucesivas y secretas entrevistas. Tampoco sabe cómo resistir al hechizo del amor culpable que ha encendido su corazón con aquella llama inextinguible y dolorosa. Poco a poco va ganando su ser el deseo de amar plenamente, al tiempo que decrece su consideración, o temor, por aquellas viejas normas. El joven y apasionado aventurero no ceja en su obra de conquista. Desafía la murmuración y el peligro. La presa ha rendido sus reservas, sus defensas. Lánguidamente yace en sus brazos, sin oponer resistencia a los cálidos besos que el apasionado amante deposita en sus sienes, en sus labios, en el aterciopelado cuello...

La entrevista tiene lugar en la misma casa de Chunkuy. Es de noche. Toparca, el guerrero indio, está de guardia en el palacio del gobernador. No hay, pues peligro alguno. No obstante, Alonso de Molina ha entrado subrepticiamente en la casa, disfrazado de criado indio. La sorpresa que ha tenido Chunkuy al verlo en su propia alcoba sólo es comparable al grandioso amor que hace latir su ser con aquella ansiedad. Eso sella sus labios, ahoga su sentido de deber, de honor. Y por eso no opone ya resistencia cuando el aventurero deposita esos besos de fuego en el cuello, en el nacimiento de los senos...

Y apenas se oyen los débiles gemidos de pudor cuando las

manos expertas del extranjero apartan las frágiles prendas que le impiden llegar a la obtención y posesión del deseado bien. Chun-kuy, perdida ya toda noción de bien y de honor, se precipita voluntariamente en aquella grata y subyugante vorágine y se siente transportar a regiones jamás conocidas, a sensaciones nunca percibidas. Cierra los ojos y abre los labios, disponiéndose a recibir en ellos en ardiente ósculo... El amor-pasión lanza entonces su alarido de triunfo. Es inaudible, pero sacude hasta la última fibra los cuerpos ya fundidos y convertidos en un solo haz de nervios sensorios.

¿Que no es audible? ¿Quién entonces ha lanzado aquel terrible grito que no es de gozo ni de triunfo sino de agonía?... Los amantes, estrechamente unidos en el abrazo ingénito, no tienen tiempo de obtener la respuesta. Mejor dicho, ella les llega a través de un tremendo y doloroso golpe que perforando sus entrañas impide la obtención del inefable e incomparable placer. El estremecimiento que luego los sacude, para terminar bruscamente, no es de placer sino de dolor; no de vida que se deposita en el sagrado receptor, sino de muerte que destruye.

Y entonces, en la quieta y perfumada alcoba sólo se oye un pequeño ruido vibrante... ¡La lanza que con terrible fuerza atraviesa los dos cuerpos culpablemente unidos, vibra aún con la violencia del impacto!

Y Toparca, el guerrero, se yergue. Hay formidable expresión de pena en su bronzeado semblante. Pero no se advierte pesar en él. El injuriado sabe que ha hecho lo justo. El extranjero ignoraba —no él— que las sabias leyes incas castigan el adulterio con la muerte.

Y la ignorancia o el menosprecio de esa ley es causa de la prematura muerte de un buen soldado.

CAPITULO VIII

El embrujo de las piedras verdes

La transición es brusca. No importa que la travesía haya durado casi dos meses. En los ojos de los viajeros, donde aún se reflejan los brillantes colores que enmarcan la fisonomía telúrica y el pintoresquismo de las Indias, el verde intenso de su jungla, el blanco de sus nevadas cumbres, el dorado brillante de su riqueza mineral, el rojo vivo de su sangre, el azul índigo de su mar, se refleja ahora el color desvaído y viejo de la costa española, el ocre de sus ciudades que languidecen en la monotonía de la pobreza y la vida sin acción, el pardo asfixiante de sus estériles sierras.

Tal es el espectáculo que asoma a los ojos de los dos conquistadores y frente al cual no pueden menos de lanzar un suspiro de nostalgia. ¡Los dos, sin saberlo quizás, están hechizados por el misterio telúrico y cósmico de la selva, de las montañas multicolores, por la atracción de sus seres y cosas, por la aventura y el mismo peligro que ella entraña!

—¡Ay, Pedro, amigo mío, duéleme esta triste visión como si viera el cadáver insepulto de la madre que no conocí! —suspira Pizarro—. Por algo no quise volver... Hacerlo me deprime. Casi treinta años de alejamiento no han borrado el poco contentamiento que tuve en mis mocedades.

—Por mi parte, capitán, me es indiferente venir. Sólo pienso en el regreso —dice Pedro de Candia.

—Yo también. Mas fuerza será tener cara para no temer rey ni roque, que de ello pende el dar buen cabo a nuestra misión

Pronto, sin embargo, habría de tener Pizarro motivos para justificar su renuencia a venir a España. Tan pronto desembarca-

dos en la hermosa Villa del Guadalquivir y alojados hacia pocas horas en una posada de campanillas, por pretender ser ellos gentes de consideración y valer, cuando aún los huesos no tuvieran la expansión necesaria para apreciar entre la vigilia o el saludable descanso, en la posada en cuestión se presentan cuatro corchete vestidos rigurosamente de negro (dos bastaran para cumplir el requisito de la ley), ordenando la comparecencia de Francisco Pizarro, natural de Trujillo y soldado que fuera en el Darién de la conquista. No tanto sobresaltado como sorprendido acude el capitán y puesto no saberlo pide a los alguaciles le lean lo decretado en autos judiciales. Así lo hacen aquéllos y así se entera el expedicionario que quien lo acusa de malas artes en negocios de ultramar es un tal Enciso, que amigo suyo fuera en los días de la Fundación de Darién, a quien le estaba en deuda de algunos dineros adelantados a tal fin y que no pudiera restituir por ser bien sabido que Darién no había proporcionado otra cosa que sinsabores y penurias. Mas la orden judicial es terminante y nada puede hacer Pizarro ni el leguleyo que, ante la desesperada gestión de Pedro de Candia, emprende su defensa. El capitán de ultramar es puesto en grillos y cadenas y metido en una fría y húmeda celda, como dispone la ley antigua para los malos pagadores.

Ahí terminara la aventura a no ser porque el fiel Pedro se traslada a Toledo, donde a la sazón se encuentra la corte de Carlos V y mediante agotadoras gestiones logra al fin que el monarca se entere de lo acaecido al valiente capitán de conquista —como buen griego, Pedro tiene la ocurrencia de hacer conocer primero el monto de los regalos que vienen de ultramar para su Católica y Cesárea Majestad—. Carlos V ordena su inmediata libertad así como le otorga el permiso de continuar el viaje hasta Toledo.

Pizarro, el denodado, olvida pronto el artero golpe y, lo que es más importante, se rehace anfímicamente de él, emprendiendo sin pérdida de tiempo el viaje hacia Toledo, en compañía de su pequeño y extraño séquito. Es necesaria la apresuranza, porque el soberano está próximo a embarcarse para Italia, donde espera recibir, de manos del Sumo Pontífice, la corona imperial. Embriagado con su triunfo sobre el rey francés, Francisco I, a quien derrotara y pusiera preso en Pavía, envanecido por su elevación al trono alemán, Carlos tiene en muy poco el trono español recibido por herencia. Más amplios e importantes son sus planes de política europea. Pero al enterarse que en el Mar del Sur se ha descubierto un país inmensamente rico y cuya conquista proporcionará los medios que no dio la conquista de México, con los cuales

podrá llevar adelante sus ambiciosas y costosísimas empresas. Carlos V decide demorar un poco su partida, dando lugar así a la llegada de Pizarro.

La histórica entrevista tiene lugar en un adecuado marco escénico. El inmenso salón, en uno de cuyos extremos se ha instalado provisionalmente el trono real, se halla engalanado como para celebrar un acontecimiento cortesano de gran relieve. Y tanto Carlos V como sus nobles y elegantes favoritos condicen con el fastuoso escenario. Lo más granado y selecto de la aristocracia europea se halla presente. Los murmullos crecen, la impaciencia aumenta. En una cámara contigua, Pizarro espera el momento de la introducción. No las tiene todas consigo. ¿Conseguirá impresionar al soberano tanto como para inducirlo a secundar sus planes? ¿No menospreciará, él, fabuloso emperador, los ridículos presentes? Acaso todo ha de depender del modo de presentarlos, piensa el nervioso capitán. Y eso está en él, así como en el golpe de efecto.

La orden de comparecer llega premiosa, impaciente. Carlos V está de mal humor. Ha tenido que recibir a un quejoso emisario. Y nada hay que le disguste más que se intente restringir con sofisticados conceptos de libertad humana, sus planes de expansión, de hegemonía europea.

Un colosal "¡Oh!" llena el regio salón de audiencia ante la aparición del pequeño pero impresionante y extraño grupo encabezado por el hombre de negro. Un animal de corta talla, de lustrosa y leonada piel, cuya cabeza se parece a la de un camello, va a la zaga del capitán. En su lomo lleva una abultada carga envuelta en paño de colores alistados y vivos. Pero lo que arranca mayores expresiones de admiración es la presencia de dos jóvenes indias, totalmente desnudas, que caminan sin rubor y sin los apremios de un falso pudor que, en su natural y simple inocencia, no conocen. Ellas también van cargadas de abultadas *lijillas*, lo mismo que los dos robustos y musculosos mocetones que las siguen. Por todo atavío, estos llevan la *huaraca* de la virilidad y un modesto *llautu*, de acuerdo a su humilde condición.

Sin pronunciar palabra y procediendo a obrar de acuerdo a lo estipulado por el capitán, los indios descargan sus bultos y ante los asombrados ojos europeos aparecen las riquezas del fabuloso país recién descubierto... ¡Oro!... ¡Oro!... ¡Oro!.. En todas las formas imaginables. Láminas, platos, vasos y ánforas; en espejos, prendedores, aros, brazaletes, tobilleras; figuras de animales de toda clase, sapos, culebras, palomas, ciervos, pumas, serpientes, llamas, monos. También en áureo metal se hallan reproducidos

algunos productos de la tierra, como mazorcas de maíz, plátanos, piñas, paltas, chirimoyas, papayas... Y mezclándose con ellos piedras preciosas de variado color, enormes como símbolo vivo de la selva y los ríos y las montañas; como testimonio de lo que hay en sus venas y entrañas... Tan ávidos se muestran los ojos que las *lillas* y los mantos policrómicos y de tejido tan suave y fino como la seda trafda del país de Yatay y las otras expresiones de la artesanía indígena, pierden vigencia y valor.

Pizarro, experimentado conocedor de la naturaleza humana, no pierde el tiempo en vanos palabreríos. Va directamente a la cuestión primordial, a la que en forma de dorado brillo se refleja en los ojos de todos... Sí, aquella riqueza es una pobre muestra, como un puñado de arena en la inmensidad de la playa, comparada con lo que hay allá, en el Dorado, y que espera solamente la mano industriosa del hombre civilizado para alcanzar su dimensión ideal... Desgraciadamente tanto esas riquezas como el suelo mismo y su población, necesarias a la gloria y el esplendor de la corona, están a punto de perderse. Y no por las fuerzas que naturalmente pudieran oponerse a los planes de la conquista, sino por la ceguera y la estulticia de algunos malos funcionarios, que careciendo de imaginación e inteligencia no alcanzan a tener una idea del fabuloso país que no han visto pero que existe y por ello se oponen a continuar los planes de la conquista.

—¡Decid los nombres de esos malos representantes de la corona y os haré justicia! —brama el soberano, furioso al pensar que haya alguien que se oponga a la incrementación de las arcas reales.

—Plúgiérame en ello, señor, si conociere a esos caballeros, pero actúan en la sombra y protegidos por la ignorancia de sus cargos —responde Pizarro con genial discreción—. Mas lo cierto es que la oposición existe y, a no mediar una orden real, es capaz de dar al traste con los sacrificios realizados hasta el presente y con la pérdida de valiosas vidas humanas que de aqueste modo se habrían sacrificado en vano...

Pizarro, ciertamente, resulta el mejor emisario. Pone calor natural al relatar hechos y pasajes vividos. Y tiene capacidad para pintar con los colores mejores y más vivos tanto el escenario donde ha vivido y sufrido al igual que centenares de hombres tan locos y visionarios como él. Su hablar es sencillo y respetuoso y aunque carece de luces sabe suplirlo con ingenio. Sus oyentes guardan respetuoso y admirativo silencio y al término de la exposición estallan en un espontáneo aplauso, cuando el capitán dice:

—Todo cuanto hemos padecido, el asedio del mar embravecido, las incursiones en la jungla hostil y ávida de nuestra sangre, las

enfermedades tenidas, los pestíferos pantanos, el extraviarse en los laberintos de la selva, sin alimentos y sin ropa, el caminar leguas y leguas imposibles con los pies descalzos y sangrantes, el haber visto disminuir el número de valientes, tronchada su existencia por el alevoso acecho de las fieras y de las enfermedades... todo eso y mucho más, Magnánimo Señor, lo hemos sufrido con el valor y la resignación que nos proporcionaba la satisfacción de saber que luchábamos por extender el imperio de Castilla y por la grandeza y el honor de nuestro soberano...

Francisco Pizarro ha sabido ganar su causa. Carlos V, emocionado hasta las lágrimas, lo mismo que sus nobles cortesanos, abraza públicamente al héroe y luego, con generosa unción, recomienda su caso a su propia esposa, en razón de su inmediata partida. La reina delega el caso posteriormente al Consejo de las Indias, y el capitán, con buen espíritu, se dispone a esperar.

Pero lo que ignora Pizarro es que los negocios oficiales en la Corte de Castilla van con la lentitud propia de los asuntos nuncupatorios en toda burocracia. Pasan los días, las semanas, sin que se conozca resolución oficial alguna al respecto. El capitán ve disminuir con la alarma consiguiente, sus ya mermados recursos. Córrese el peligro de que, al no adoptarse una determinación pronta, el fracaso sería evidente, por cuanto aun siendo favorable, ya no estaría él en condiciones de enfrentar los gastos. Pero los funcionarios de la corte parecen ciegos y sordos; tanto caso hacen de sus demandas.

Ciertamente, parece una confabulación de los cubiculares denunciados por el valiente capitán. Es la obra silenciosa y oscura de los insectos que carcomen la vitalidad y la savia del noble árbol. La empresa amenaza fracasar de nuevo, esta vez en el seno mismo de una corte insensible y culpablemente indiferente.

2

El disgusto que la angustiosa situación causa a Pizarro lo empuja a veces a buscar aliados en todas las esferas posibles. Aun en las tabernas y mesones, donde muchos de los insensibles o apáticos funcionarios acuden, si la magrura de su emolumento lo permite, a buscar un respiro a sus oscuras labores.

Cierto anochecer, al cabo de una agotadora jornada de antesalas y más antesalas, al acudir a un mesón para reponer fuerzas, Pizarro tiene la sorpresa, y la alegría, de encontrarse con un viejo

amigo y compañero de aventuras. Su alegría, sin embargo, dura muy poco. ¡Cuán cambiado y avejentado está! Su mismo aspecto exterior impresiona por lo pobre y lastimoso a pesar de los arreos de guerra que todavía lleva encima. ¡Es así como se supone ha de hallarse un gran conquistador, un hombre que no sólo ha ganado la gloria y el honor de haber dado cima a una gran empresa humana sino que acumuló fabulosos tesoros para la corona real?

—;Francisco, que me desuellen vivo si no sois vos!

—;Hernán!... ;Hernán Cortés!... ¡Dejad que os abrace!

El rostro pálido, arrugado, encanecido, del conquistador de México, se nubla de emoción. En cuanto a Pizarro, debe hacer un gran esfuerzo para dominarse.

—Venid a mi mesa y dejad que os invite con un pichel de vino de tres hojas! —exclama Cortés, con ese vozarrón que no parece haber perdido el tono metálico de los campos de batalla.

—Si os pluge, Hernán, quisiera ser yo el del envite... Después de todo, no olvido que os debo varios picheles.

—Está bien, como queráis... —Hay un gesto de tristeza en el conquistador, que parece decir: “;Has adivinado, belintre, que huelo a perdices?... Estás en lo cierto, pero saberlo te costará tus buenos castellanos”.

No pobre, sino mezquino es el escenario donde se realiza la entrevista. Y no porque el lugar carezca de comodidad y aun de cierto lujo, ni de justa fama por sus sabrosos platos y sus excelentes vinos, sino porque más adecuado marco habría resultado un palacio de piedra como los encontrados en el gran país azteca, de muros revestidos con planchas de oro, con ornamentaciones y muebles de exótica factura, e irguiéndose en medio de ese ambiente, las figuras más extrañas, ídolos sagrados con ojos refulgentes de esmeraldas, rubíes o diamantes.

—Este, nuestro encuentro, no es casual, Francisco —aclara el gran conquistador, vaciado el primer pichel con gran satisfacción de ambos—. Supe de vuestra presentación en la corte de Carlos V y quise veros y hablaros...

—;Vaya, Hernán, se diría que tenéis algo importante que decirme!

—Así es, por desgracia... No, no me miréis con asombro tal, que luego justificar habréis cuanto os diga.

—Está bien, os escucho... Pero antes brindemos de nuevo... ;Por la vieja y leal amistad!

—;Por ella y por todo lo que con ella ha muerto y se pudre en la tumba del olvido!

Y Hernán Cortés vacía de golpe, con expresión colérica, su

pichel, despreocupado del violáceo lagrimear que corre por su barba y mancha su ya desprestigiado jubón.

Luego habla. Sus palabras son reposadas, pero trasuntan amargura, rencor. Explica que después de haber sido capitán general y gobernador de la Nueva España, por la torpe conducta de muchos ambiciosos que llegaran en procura de fácil botín, se ve mendigando en la corte el favor del monarca, con pobre resultado. Nadie parece acordarse de cuanto hizo por llevar adelante y triunfante el pabellón de Castilla.

—Hasta los más infelices cagatintas se atreven hoy a mirarme por encima del hombro —dice, golpeando la mesa con el puño—. ¡A mí, Hernán Cortés, el hombre que descubrió México y ganó más provincias para la corona de España, que ciudades le legaron al actual monarca sus padres y abuelos!... ¡Al que en inmemoriales y épicas batallas venció a Moctezuma y a Cuauhtemoc!

Aquellos mezquinos y ambiciosos personajes venidos de España, como van las hienas detrás del león para escamotearles su presa, han intrigado y complotado tanto contra él, minando su prestigio y autoridad con tantos y burdos embustes, que finalmente el des crédito sobre su persona y su obra ha echado rafz en la corte. Y a desvirtuar esa infame campaña, a destruir esa horrible tela de araña, ha venido.

—Vine también a buscar justicia, pero mucho me temo que esa sea una palabra desconocida en esta venal corte, hervidero de intrigas de alcoba —concluye diciendo con desaliento—. Intenté ser un señor magnánimo y honrado, y cuanto gané lo invertí en nuevas empresas de conquista. Por ello traigo las faltriqueras vacías y los fundillos rotos... Mi situación me cierra todas las puertas y me priva de amigos... ¿Comprendéis mis sentimientos de esta desdichada hora, amigo mío?

—Los comprendo y comparto, Hernán, y quisiera hacer algo por vos...

—¡Entonces pedid más vino y un pernil de cerdo al asador, que diantre! —exclama Cortés, soltando una burlona risotada.

Pizarro se apresura a pedir y luego, poniéndose grave, pregunta:

—Habéis dicho que procurabais mi encuentro por dos razones...

—Es verdad. Y os expresaré sinceramente mi sentir... —Hernán Cortés hace una pausa en tanto parece escrutar el rostro de su amigo, pero perdiéndose en realidad en recuerdos y escenas de gloria que ya no volverían—. Amigo, en tanto que vos empredéis el arduo camino del triunfo y la gloria, yo me encuentro al cabo de él... Miradme y sacad conclusiones. ¿No os parece que se han invertido los papeles? Reflexionad sobre esto y así sabréis,

como dice el adagio latino, que *Sic transit gloria mundae...* Pero deseo haceros una advertencia. No siempre el resultado ha de ser este triste que aquí véis en mí, que no dispongo siquiera de unos pocos maravedís para pagar mi almuerzo. Ya os dije, fui justo, honrado y veraz, y por ello me veo reducido a esta pobre condición... Si estás llamado a grandes destinos —como supongo por lo que he oído por ahí—, sedlo también, pero primero con vos mismo... No seáis ni demasiado pródigo ni demasiado egoísta. Pensad en el mañana, y en la ingratitud de los hombres. Labrad el beneficio de la corona, sí, pero acordaos también del vuestro, y primordialmente de quienes os ayudaron a vencer. Si llegáis a ser poderoso, que vuestro poder quede bien sentado e inamovible frente a la mezquindad, la maldad y la ambición de los hombres... Si seguís mis consejos, jamás os encontraréis en mi triste situación.

—Gracias, Hernán, procuraré seguirlos... Decidme ahora, cuál es el otro punto acerca del cual deseáis platicar conmigo.

Cortés se refiere a él, pero primero despacha, con buen apetito, el pernil de cerdo, y un pastel de ave, acompañado de una torta de ciruelas, todo regado con buen aguapié. Finalmente y a instancias de su amigo, le pide que lo ayude en la corte. El nombre de Pizarro es bien visto en ella y su recomendación no será echada en saco roto.

—Tal vez así consiga ver restituidos, siquiera en parte, mi nombre y mi fortuna —dice por último.

—Lo haré con gusto, cuanto más que pronto veré a la reina para impetrar por mi propia causa... —responde Pizarro, lanzando un suspiro—, porque habéis de saber, amigo mío, que no es oro todo lo que reluce...

Al fin se separan los dos viejos hombres de armas, no sin antes despachar algunos picheles más de vino, lo que les permite recordar, con la alegría digna de años mejores, sus aventuras, que no todas fueron de armas ni de luchas por la obtención del vil metal. Cuando lo hacen, Pizarro le promete tener para pronto buenas nuevas.

Un peso enorme parece haberse descargado de las espaldas agobiadas del gran conquistador de México cuando su alta y corpulenta figura se aleja a paso vivo por la oscura y empedrada calle toledana.

Que Pizarro tenía visión y sabía tocar los puntos algidos en cualquier asunto, queda probado por el resultado de su gestión

ante la reina Isabel. Con una prontitud digna de encomio, acaso en razón de que demorar el asunto era perjudicar los intereses de la corona, la hermana de Joao III, rey de Portugal, hizo que se celebrara la memorable e histórica capitulación que señalan los poderes y privilegios de Pizarro.

En la dicha capitulación se empieza por hacer memoria y reconocer la obra de conquista emprendida por Pizarro y sus socios Luque y Almagro, con ingentes gastos y sacrificios personales. Luego se concede licencia y facultad para que el dicho capitán Pizarro continúe la obra de descubrimiento, conquista y población de la dicha provincia del Perú. Se le confiere el título y la dignidad de gobernador y capitán general, junto con los de adelantado y alguacil mayor vitalicio, con un salario de setecientos veinticinco mil maravedís por año, y además el derecho de construir fortalezas, señalar encomiendas de indios y, en fin, el ejercicio de casi todas las prerrogativas de un virrey. El capitán de Castilla recibe también la merced del hábito de Santiago y se le autoriza a hacer una innovación importante en su escudo de armas, porque tiene derecho a ellas por parte de su padre. Una ciudad india, un buque y una llama, que son las armas de Pizarro, se incorporan al águila negra y las dos columnas, blasonadas en las armas reales.

No se sabe de cierto lo ocurrido en la corte ni el porqué, en tanto Pizarro era concedido de tales rangos y honores, sus socios en la colossal aventura sólo perciben retazos sobrantes. Almagro, por ejemplo, es nombrado comandante de la fortaleza de Tumbes, con un sueldo anual de trescientos mil maravedís, con el rango y privilegio de hidalgo. El padre Luque es favorecido con el título de obispo de Tumbes y protector de los indios. Su salario se fija en mil ducados anuales que, como los anteriores, habrán de salir de las rentas del país conquistado. En la dicha capitulación no son olvidados el piloto Ruiz y los trece de la historia, a los cuales se asigna sueldos acordes a su rango de hidalgos, que les es reconocido.

Pizarro se compromete por su parte a levantar, dentro de seis meses, una fuerza bien equipada de doscientos cincuenta hombres, ciento de los cuales puede sacar de las colonias. La corona le proveerá de algunos recursos para la compra de armas, incluso de artillería. La expedición deberá salir de Panamá al cabo de otros seis meses de preparativos.

Apenas publicada la capitulación, Hernán Cortés viene en pos de su amigo. Este le dice que la Reina le ha prometido ocuparse de su asunto e interceder en su favor ante el Emperador.

—Pero Su Majestad es de parecer y así yo, que esperéis el retorno de Carlos V y sin demandar audiencia os presentéis ante él, si es necesario en la calle y mostrando vuestra actual condición. Isabel asegura que será de gran efecto, pues su esposo es muy impresionable.

—Seguiré tan sabio consejo y vos, amigo mío, contad con mi eterno reconocimiento... —dice Cortés, con emoción en su voz—. Y si acaso no os vuelvo a ver, os deseo la mayor suerte y ventura en vuestra gran empresa.

Los dos amigos se separaron una vez más y la historia refiere que el descubridor siguió al pie de la letra el dicho consejo. Ya coronado Emperador, a su retorno de Alemania, un día Carlos V encontró, junto al estribo de su litera, a un hombre de traza cortesana, que vestía gastadas ropas. Era Hernán Cortés. Poco tiempo después, el conquistador recibía el título de Marqués de Oaxaca y los recursos necesarios para volver a México, teatro de sus hazañas, honrado y dignificado por la gracia del Emperador.

4

No importan los años. Ni tampoco si el origen ha sido humilde o grandioso. De todo hombre se apodera un genuino sentimiento de alegría y emoción al volver al solar materno. Es una emoción sin parangón posible y que acumula lágrimas en los ojos y acelera el corazón, dándole el ritmo alegre de la infancia.

De aquesta manera, con el corazón hinchido de gozo y los ojos de lágrimas, Francisco Pizarro recorre las calles estrechas, retorcidas y de viejo y derruido empedrado de su pueblo. Ya al entrar en la provincia de Cáceres y contemplar las familiares sierras de San Pedro y de Guadalupe, o al ver su imagen retratada en las cristalinas aguas del río Almonte, el conquistador había experimentado el primer sacudón emocional, que creció al entrar en la ciudad. En las primeras horas, sin embargo, aturdido por la generosa recepción que el pueblo, anoticiado de su llegada, le brindara, no había podido sentir los dulces impulsos de la niñez y primera juventud. Ahora, aquietados los ánimos y acostumbrado el pueblo a su presencia, recorre las callejas y los lugares do pasara aquellos días tristes y sin calor de hogar, pero abrumados por el cálido sol de la independencia y la vida agitada de todo aquél que debe ganarse el sustento por sus propios medios.

—Ay, amigo mío! —exclama ante las ruinas de la porqueriza

donde se criara, dirigiéndose a su compañero de aventuras, Pedro de Candia—. ¡Si supiéredes con cuánta nostalgia rememoré este lugar y deseé, con toda mi alma, estar en él, volver a ser el niño inocente de manos encallecidas por el trabajo y no el expedicionario perdido en la jungla!

También son ruinas la iglesia en cuyo portal lo depositaran manos anónimas, algunos edificios señoriales, como el de los Pizarro, que parece mantenerse en pie sólo de milagro. Y es a esta casona donde acude el capitán, invitado por sus hermanastros. El bizarro militar que sirviera con el Gran Capitán en Italia, se ha llevado a la tumba los entretelones de sus aventuras galantes y el secreto del misterio que rodea el nacimiento de Francisco. Hoy es Hernando, el primogénito de la familia venida a menos, el que tiene las riendas y ha decidido invitar al antes menospreciado bastardo.

Esta es una de las satisfacciones íntimas que el capitán de Castilla viniera a buscar a Trujillo. El hijo natural, criado en la orfandad y la ignorancia, el que arrastraba sus andrajos y su hambre nunca satisfecha así como su vergüenza, por las callejas de la ciudad nativa, ha venido a buscar una satisfacción. Ya la ha tenido en parte con el homenaje del pueblo a uno de sus hijos más preclaros, pero aún queda otra pendiente: la humillación de la antigua soberbia ante el esplendor y la fama del antiguo expósito.

Pero en verdad sea dicho, cuando Francisco acude a la casa de sus mayores, encuentra en sus hermanos obsequiosidad, amabilidad, afecto. Se le hace difícil identificar a estos hombres oscuros y pobretones con aquellos niños altaneros que estiraban la barbilla ante su presencia. Los papeles, ciertamente, se han invertido, pero el expósito de ayer no se torna en el despota de hoy. Por el contrario, habla de complacencia, de deseo de ser útil, de la unión de los hermanos, base del surgimiento del honor de la familia y el buen nombre heredado. Y como da la casualidad que los Pizarro de Trujillo se hallan en una situación tan afligente como lo estaba el mismo Francisco cuando decidiera embarcarse para las Indias, aceptan de buen grado y hasta con alborozo la idea de uncirse al carro del vencedor.

Es así como deciden compartir la suerte del afortunado expósito sus hermanos Hernando, Juan, Gonzalo, su sobrino Pedro y un primo Juan Pizarro Orellana, hijo natural como Francisco, y un sobrino, Pedro Pizarro. También forma parte de la partida Francisco Martín de Alcántara, hermano por parte de madre. Todos ellos se juramentan para acatar y obedecer las órdenes del ilustre bastardo y compartir su suerte, cualquiera ella sea.

De todos los hermanos, Hernando, es acaso el peor, no sólo por sus facciones feas y aun desagradables, sino por su carácter arrogante, celoso, rencoroso y fácilmente irritable. Los otros son joviales y un tanto despreciosos del honor y la tradición familiar. El espíritu aventurero está latente en ellos. Eso los hace simpáticos y tratables. Físicamente también son atractivos.

Después tiene Pizarro oportunidad de explicar a sus hermanos que no todo lo que reluce es oro y que en hartas dificultades se encuentra para armar y tripular los tres barcos, como dicta la capitulación. Ha llegado, pues, la oportunidad de ayudarse unos a otros. En Trujillo hay personas ricas e influyentes de quienes son amigos los Pizarro. Entre ellas se conoce a un tal Cortés, que se dice es pariente. Hablado en términos convenientes, Cortés resuelve respaldar económicamente la empresa, convencido de que el cauto y enérgico capitán sabrá darle buen fin.

Al feneer los seis meses estipulados por la capitulación, encontramos a Pizarro en Sevilla, preparándose para embarcar tres buques. Mas la tarea no es fácil, por falta de tripulación y de gente aventurera que quiera ir a la conquista de un país utópico. Pero el Consejo de Indias, al cual el Emperador ha delegado la facultad de dirigir los asuntos de la conquista, está dispuesto a hacer cumplir los términos de la capitulación. Advertido a tiempo y temeroso de que se le niegue el permiso, Pizarro se hace a la mar apresuradamente, dejando a los otros dos barcos al mando de su hermano Hernando y con la orden de unirse en las islas Canarias tan pronto como sea posible. Buen criterio demuestra tener el capitán en esta ocasión, pues apenas partido llega la misión observadora del Consejo de Indias. Hernando explica que la mayor parte de los pertrechos y los hombres se encuentran en el barco del capitán, con lo cual el representante del Consejo no tiene más recurso que dar la orden de continuar con la empresa. Hernando lleva estas buenas noticias a la isla de la Gomera, una de las Canarias, donde espera el capitán. Este se hace de nuevo a la mar, contando con buen tiempo y vientos favorables.

Algún tiempo después de esa feliz travesía, los expedicionarios llegan a la costa norte del continente, fondeando en el puerto de Santa Marta. El número de voluntarios disminuye aquí, porque algunos veteranos de otras campañas hablan de las enfermedades, de los peligros, de las boas y caimanes, de serpientes y de la existencia imposible bajo el constante asedio de los mosquitos, y los más valientes sienten decrecer su ardor y desertan. Visto lo cual por Pizarro, parte hacia Nombre de Dios, puerto situado al otro extremo del istmo de Panamá, donde tiene la sorpresa de

encontrarse con sus dos socios, Almagro y el padre Luque, que anoticiados de su arribo, han emprendido una penosa marcha a través de las selváticas sierras y los pantanos del istmo.

La próxima reunión formal de los empresarios de la gran aventura es borrascosa y amenaza con destruir sus bases. En primer término, surge una cuestión personal entre Diego de Almagro y Hernando Pizarro. Celoso éste del papel primordial que cumple aquel individuo ojituerto, de baja estatura y ridículamente obeso, procura hacerle ver el desprecio que siente por él y sólo la actitud amistosa de Francisco impide que desde el principio se vayan a las manos.

Pero lo más grave viene luego y tanto Almagro como el padre Luque expresan sin tapujos su disgusto por la forma en que fue tratado el asunto de los cargos. Se echa de ver que Pizarro no ha cumplido su palabra de ver por los intereses de sus socios como por los suyos y que ha mediado sólo para sí, acumulando prebenda sobre sus hombros en tanto dejaba desnudos los de sus compañeros.

—¡Así es cómo habéis tratado a un amigo que ha partido con vos todos los riesgos y todos los gastos de la empresa! —exclama Almagro sin poder ocultar su indignación—. ¡Gobernador de Tumbes!.. ¡Válgame el cielo!.. ¡En tanto a vos os nombran gobernador de todo el territorio, donde han de caber fácilmente cien Tumbes!.. ¡Y os nombran Adelantado, Capitán General y Auditor!.. ¿Cómo habéis podido consentir en que así se me deshonre a los ojos del mundo con tan miserable compensación que aprecia mis servicios como malos comparados con los vuestros?..

Los ojos de Pizarro refulgen, no de cólera sino de íntima satisfacción. Sí, Almagro está fuera de quicio. El cínico y pasional individuo, el que suele burlarse de los derechos y los sentimientos ajenos, el que pisotea la honra de los otros, se halla conmovido hasta las lágrimas por la frustración. Pizarro piensa en Marina, y en las muchas ocasiones en que, perdido y muerto de hambre en la jungla, esperó en vano la prometida ayuda. ¡Y habla de riesgos corridos por igual!.. El capitán sonríe imperceptiblemente. Está satisfecho. Para vivir este instante ha esperado mucho tiempo... .

Mas no siendo rústico por naturaleza, evita el gozar públicamente de su triunfo. Además, no es cuestión de privarse de la ayuda y cooperación de sus socios, en cuyo caso la empresa fracasaría. Los tres barcos que ha traído deben quedarse y ser vendidos en Nombre de Dios o regresar a Sevilla. Fuerza será adqui-

rir otros en Panamá, y reclutar más gente, pertrechos. Todo eso no puede hacerlo solo.

—Podéis creerme, amigos míos —responde en tono pausado y calmoso, en tanto sus interlocutores hierven de indignación—, hice lealmente cuanto fue posible para satisfacer vuestros deseos y demandas... Pero el gobierno se negó a confiar a manos distintas facultades que tienen tantos puntos de contacto entre sí. No tuve más remedio que aceptar o rehusarlo todo... Yo os pido que reflexionéis sobre el particular. Desde ya os prometo compartir con vosotros todo lo que yo obtenga, bienes materiales, cargos, honores... Aun de mi casa habréis de disponer como si fuese la vuestra...

—¡Ya os habéis expresado en los mismos términos en otra ocasión y ved los resultados! —dice el padre Luque lanzando un suspiro y poniéndose de pie.

Aunque rudo, Almagro es generoso y acaso transara allí mismo, pero la presencia de Hernando Pizarro complica las cosas con su actitud despótica y despectiva. Se complace en hablar frecuentemente a oídos del capitán. Visto lo cual los dos socios se alejan y casi sin saludar dejan la cámara de las discusiones en compañía de sus amigos.

Los tales son muchos y, como sabemos, decididos están a compartir la fortuna o la desgracia de su cabecilla, a cuya sombra medran, pues Almagro es generoso y buen amigo. Por ello comparten su disgusto.

—Bastante es tener que soportar la perfida conducta del capitán —declara Rodrigo Orgoños, la mano crispada en la empuñadura de su daga— y no estar expuesto, además, a los insultos de su familia.

—El tal Hernando se me antoja ave de presa que viene de medrar con los despojos de la conquista —agrega Juan Tello—, que por derecho nos pertenece. Manteneos firme, Diego, en vuestros puestos.

El padre Luque ruega reflexión y calma. Hay mucho capital invertido en la empresa para no pensar en ello. Debe partir a Santo Domingo. Espera que las cosas se arreglen para su regreso.

Pero están lejos de haberse arreglado a su retorno, cosa que ocurre pocos meses después. Los dos bandos ocupan posiciones enfrentadas. Han ocurrido riñas entre gentes de uno y otro grupo. Cada vez más encolerizado, Almagro aumenta en pretensiones y declara abiertamente que de no accederse a sus demandas, llevará adelante la expedición sin ayuda de Pizarro. Y para demostrar que

dice la verdad, inicia en Panamá negociaciones para la adquisición de los barcos necesarios.

Tal es la situación cuando llega el padre Luque a Panamá. Grande es su consternación e inmediatamente se aboca a la tarea de reconciliar a los dos hombres, empresa no fácil puesto que también actúan otros personajes como Hernando Pizarro o los lugartenientes de Almagro, sólo animados por mezquinas ambiciones. Pero el padre Luque trabaja con tal tesón que al cabo logra una reconciliación, al menos aparente. Pizarro consiente en renunciar su cargo de Adelantado en favor de Almagro y promete pedir al Emperador un memorial para que confirme dicho cargo.

—De esto se infiere que el muy ladino no ha dicho la verdad sobre las intenciones de la corona al conferirle el dicho empleo —comenta Almagro al enterarse.

Pero el padre Luque obtiene una promesa más. Pizarro acepta solicitar para Almagro un gobierno separado, en cuanto se haya conquistado la región señalada a él. El capitán se compromete también a no solicitar cargo alguno para sus hermanos hasta tanto Diego de Almagro no se diese por satisfecho con los suyos. Todo esto queda claramente sentado en un nuevo contrato, lo cual dicho se confirma del modo más solemne, junto con la anterior disposición de partir los beneficios en tres partes iguales.

Resuelto lo anterior y aparentemente zanjadas las diferencias y los rencores de los dos protagonistas principales y sus lugartenientes, no se demora un instante más en preparar el viaje. No hay problema en lo relativo a las naves y los pertrechos, mas sí en lo que se refiere a la gente. Es preciso recordar que la mayoría de los expedicionarios que participara en la malaventura de los viajes anteriores, muchos de ellos con evidencias de las desgracias sufridas, residen en Panamá. Sólo algunos de ellos convienen en continuar la aventura hasta el final. Visto lo cual salen comisiones a reclutar gente en las colonias vecinas, como Nicaragua. Pero aun de aqueste modo el resultado es muy pobre y entre todos su número alcanza solo a ciento ochenta hombres, aunque hay armas, bastimientos y equipos de sobra. La expedición, sin embargo, sólo cuenta con veintisiete caballos. El número total resulta muy escaso, es verdad, para emprender la conquista de un imperio.

Pero con ellos se lanza Pizarro a la iniciación de las operaciones, confiando en su proverbial buena suerte y en la ayuda de sus socios, que se quedan en tierra firme a reclutar más gente y reunir refuerzos.

1-2 febrero 1
 La catedral de Panamá se halla adornada de fiesta. Gran gentío acude a oír misa y presenciar la ceremonia de la bendición del estandarte real y la bandera del pequeño ejército. Hoy es el 27 de diciembre de 1530, día de San Juan Evangelista. La denodada fuerza, armada de guerra con su capitán y sus oficiales al frente, confiesa y comulga, luego de lo cual escucha el sermón del dominico fray Juan de Vargas.

—Hijos míos, váis a luchar contra los infieles —dice el buen fraile—. Dios, Nuestro Señor, justicia divina, ve lo noble de vuestro sacrificio... Tened por cierto que si en la voluntad de El está el reunirse con algunos de vosotros, vuestra eterna morada será el paraíso, donde el sediento y hambriento serán colmados y satisfechos y donde los que hayan de padecer heridas jamás sufrirán dolor...

—El premio en el otro mundo me tiene sin cuidado —comenta un rudo y barbado recluta cuando todos se dirigen sus barcos—. A mí dadme oro, mucho oro, y bellas mozas indias con quienes holgar, y me daré por bien satisfecho, no importa lo que haya de padecer para alcanzarlos...

Cruz y cara de un mismo propósito cifrado en una palabra: conquista.

La expedición sale al fin hacia la conquista del Perú. Es el 8 de enero de 1531. Y ésta es la tercera tentativa, que será la última. En esta ocasión se ven muchas caras y figuras nuevas, contando entre los principales a los hermanos Pizarro. El sobrino Pedro, un adolescente, oficia de paje y ayudante de Nicolás de Ribera. Pero quien atrae la mirada de todos es el padre Reginaldo de Pedraza, dominico, que viene como capellán. Es un hombre delgado, de rostro oscuro y enjuto. Siempre se lo ve con el rosario en la mano y musitando sus oraciones, lo que no impide que sus ojos negros, inquietos, penetrantes, estén en todo.

Pizarro ha trazado su itinerario. Se propone ir en derechura hacia Tumbes, lugar que le proporciona gratos recuerdos y donde dejara a su fiel amigo, Alonso de Molina. Pero fuertes vientos y corrientes adversas dificultan su avance. Esta no es la estación más propicia. Ello sugiere a Pizarro la idea de avanzar por la costa a pie, reconociendo el terreno. Su instinto le dice que deben existir ricas poblaciones como San Juan y Tumbes perdidas en la maraña de la selva. Y no obstante su lastimosa experiencia anterior, fondea en el puerto de San Mateo, donde desembarca a todas

sus fuerzas. Los barcos continúan lentamente su avance hacia el sur, sin alejarse mucho de la costa.

Pronto ha de sufrir la expedición las consecuencias de tal marcha. Las lluvias no sólo han anegado el suelo, sino hinchado los arroyos, de tal modo que cruzarlos resulta muy difícil. Mas Pizarro no se arredra. Tiene sobrada experiencia para rendirse tan pronto a las dificultades, así que encabeza la marcha y alienta y auxilia a sus hombres en toda ocasión en que hay menester. Es secundado por jóvenes animosos y alegres como Pedro de Candía y algunos de los Trece, ahora elevados a la categoría de hidalgos y caballeros y por ende a la de oficiales.

En fin, vuelven a repetirse muchos episodios, sucedidos en anteriores campañas y que, de no resultar monótona y repetida su relación, útil fuera para señalar los trabajos y las penurias sufridas por los aventureros para dar cima a la empresa de la conquista.

Y de pronto el pueblo indio aparece en medio de un claro abierto a la maraña de la selva. Tan sorprendidos quedan los españoles que su propio capitán, que va a la cabeza, queda mudo e inmóvil.

En cuanto a los nativos, la presencia de los extranjeros no parece causar ninguna sorpresa. Es de presumir que los han visto desde mucho antes. Pero no hay alarma entre ellos. Por una razón, ya han oído hablar de los "hijos del Sol". Y sus noticias dicen que se trata de gente pacífica, bondadosa y amable. ¿Qué pueden temer de ellos? Nada les han hecho, ningún daño les han causado. Por el contrario, buenas muestras les han dado a los barbudos extranjeros de buena voluntad y de amistad.

Por eso están allí en su pueblo, tranquilos, sonriendo amistosamente, hombres, mujeres y niños... Siempre sonriendo y prontos a ir en procura de agua fresca, de frutas, de aves y peces cocinados al resuello del fuego, del pan de maíz... ¡Estos extranjeros tienen fama de ser tan hambrientos!

La sorpresa y la consiguiente pasividad de Francisco Pizarro duran muy poco. Se estira. Sus ojos fulguran. Ya no es el bondadoso expedicionario que dos años atrás hiciera un recorrido de amistad y cortesía por la costa (se llama "reconocimiento" en la técnica moderna), visitando los pueblos indios y trabando amistad con sus habitantes... No, ahora es el capitán que viene en tren de conquista. No hay, pues, lugar a contemplaciones.

—¡Alerta, caballería!... —llama, sin alzar mucho la voz—. ¡Arcabuceros, aprontad vuestras armas!

Los hombres comprenden. Se mueven sin prisa, casi en silencio. Pizarro complementa la orden con señales. Cuatro arcabuceros se adelantan, separados, en semicírculo. Lo mismo hacen diez

jinetes. El resto, incluidos los ballesteros, queda atrás, a la expectativa, a la orden... Los nativos continúan sonriendo, amistosamente, con esa candorosidad propia de las almas sencillas.

—¡Fuego! —grita de pronto el capitán, con voz ronca, desconocida—. ¡Al ataque!...

Y se desata el infierno...

El infierno para esos pobres e ignorantes seres que de pronto ven caer rayos y truenos a su alrededor y lanzarse sobre ellos aquellas tremendas bestias que lanzan humo y fuego por ojos y las fauces... Ruedan algunos cuerpos, hombres, mujeres y niños, sin discriminación, hechos pedazos. Otros caen atropellados por las bestias que relinchan de repentina cuanto inmotivado furor. A los gritos de dolor de los caídos y heridos suceden las imprecaciones de los guerreros. El cacique ordena la huida con voces destempladas, pero ya no es necesario. Los sobrevivientes de la barbarie huyen hacia los bosques vecinos, arrastrando a sus rapaces. Mas todavía se desploman algunos, atravesados por lanzas y espadas que caen sobre ellos sin misericordia...

6

—¡Bendito y alabado sea el Señor por habernos dado jornada tan gloriosa! —reza fray Pedraza, dejando rodar de su mano piedras verdes de brillante hermosura.

—¡Amén! —le responden los encargados de recoger, sumar y pesar el rico botín obtenido, enfrascados en su tarea.

La escena tiene lugar al atardecer de aquel memorable día. Los expedicionarios son ahora dueños del pueblo, que resultara llamarse Coaque. Dueños de él y de todo el oro, la plata y las piedras preciosas encontradas allí en una sorprendente y halagadora abundancia.

—¡Jamás se imaginaron los indios que les daríamos golpe tan efectivo y mortal! —había exclamado Hernando Pizarro con expresión de gozo—. ¡No tuvieron tiempo ni de ponerse los taparrabos!

Francisco Pizarro, y sus lugartenientes con él, se muestran igualmente contentos, orgullosos de su hazaña. El resultado no puede ser más halagador. Al penetrar en las chozas súbitamente abandonadas, los conquistadores habían hallado ricos alimentos con los cuales saciar su hambre de varias jornadas de marcha forzada, preciosas telas multicolores y de finísimo y valioso tejido, y cantidad impresionante de objetos y joyas de oro y plata. Cier-

tamente, resultaba un valiosísimo botín, teniendo en cuenta que lo obtenían en un pueblo de aspecto raquíctico perdido en la selva costera.

Pero el mismo botín de oro y plata parece empalidecer ante el soberbio color verde y escarlata de cantidades fabulosas de esmeraldas y rubíes. Sólo la proximidad del hoy llamado Río de las Esmeraldas explica tal abundancia.

Los ojos negros del padre Pedraza, graves, pensativos, brillan extraordinariamente en tanto mira a los hombres que cuentan y recuentan. En la ocasión se sigue el mismo sistema adoptado por Pizarro en otras oportunidades. Se ha hecho así ley el reunir y depositar en un montón común todas las riquezas obtenidas. De ellas se extrae un quinto para la corona. Luego se separa la parte de los socios y empresarios. El resto se distribuye entre los oficiales y la soldadesca. Este sistema obliga a todos, bajo pena de muerte, a entregar lo que hubiesen encontrado, o logrado mediante trueque, o por saqueo. De este modo todos se hallan interesados en incrementar el fondo común y, por cierto nada libraría de la pena máxima a quien se atreviese o tuviese la desgracia de violar tal ley.

Los ojos oscuros del padre Pedraza siguen brillando. De sus manos huecas, huesudas, ruedan los rubíes como gotas de sangre, las esmeraldas. De súbito el buen dominico se estira. Una imperceptible sonrisa aflora a su cetrino semblante.

—¿Sabéis una cosa, hijos míos? —dice, sacudiendo y haciendo sonar las esmeraldas en su mano hueca.

—Sí no lo decís, padre...

—Estas piedras verdes... Hay muchas, yo diría que demasiadas, para ser genuinas esmeraldas.

—¿Vos creéis, padre?... ¿No hay manera de probarlo?

—Sí, una hay, y muy efectiva por cierto... Se golpea la piedra. Si es un mineral cualquiera, se hace mil pedazos. La esmeralda legítima es indestructible...

Falsedad tan grande como una montaña. ¿Pero qué sabe la ignorante soldadesca de piedras preciosas excepto saquearlas o robarlas? Sus oyentes piden que se haga la prueba. Buscan un martillo... El trozo verde no resiste el impacto y se hace polvo.

—¡Ya lo veis! —exclama el fraile, sonriendo beatíficamente—. ¡Lo que yo temía!... ¡Sólo son trozos de mineral común!

—Consecuencias?... Tanto el valor como el interés por obtener esas piedras decrecen paulatinamente. Hay quienes ni siquiera las recogen cuando las encuentran, o las cambian por bagatelas. Los que las tienen afanosamente realizan la prueba fatal, con el

resultado conocido. Mientras tanto, el buen fray Pedraza las va acumulando.

—No tienen valor alguno, pero acaso sirvan para adornar el altar de la primera iglesia que construyamos —explica cuando es sorprendido en la tarea de recolección de trozos verdes.

Mientras tanto, Pizarro adopta nuevas providencias. Puesto que se ha probado la efectividad de su teoría de recorrer la costa, seguirá con este plan. Los barcos regresarán a Panamá llevando el cuantioso tesoro obtenido, calculado en veinte mil castellanos de oro, sólo el quinto de la corona. Arguye —y luego se prueba ser argumento de verdad— que la vista de dicho tesoro, tan fácil y rápidamente obtenido, inducirá a otros a sumarse a la partida de los conquistadores. Este plan se cumple y los barcos regresan.

—¿Qué hacéis aquí, padre? —pregunta Hernando Pizarro al tropezarse inesperadamente con el dominico de las esmeraldas—. Os creí en viaje de regreso...

—Cambié de propósito, hijo mío... Siempre tendrá una oportunidad de servir a Dios en Panamá... Son estos gentiles los que me preocupan. ¿Tenéis idea de la cantidad de almas que pueden salvarse con nuestra mediación?

—No, padre... Mas presumo que vuestro tesoro... de almas, será muy cuantioso al término de nuestra campaña.

—Eso espero, hijo, eso espero...

Y el dominico se aleja con ojos esperanzados, metidas las manos en las anchas mangas de su hábito.

Prosigue la marcha hacia el sur. Ahora se avanza por la costa, evitando en lo posible el internarse en la selva, que no solamente retarda el paso de los hombres sino que está plagada de peligros. Pero las arenosas playas ofrecen también no pocas dificultades y peligros. Debido a las lluvias están anegadas. Ríos de lodo han bajado de las sierras y montañas. Nubes de mosquitos de picadura venenosa obscurecen el sol y durante la noche impiden dormir. En no pocos lugares se han encontrado arenas movedizas, donde a punto de perderse para siempre estuvieron hombres y caballos. Llueve intensamente.

Sumado todo eso a la fatiga que produce la marcha, a la carencia de alimentos apropiados, se produce la lentitud del avance. Esto consigue desesperar, irritar al capitán Pizarro y aun preocupaarlo.

Han encontrado otras poblaciones indias, es cierto, pero abandonadas. La hambrienta y ansiosa soldadesca no halló en las chozas, como en ocasión primera, alimentos y riquezas en abun-

dancia. Ni un mendrugo, ni una fruta, ni un trozo de metal, nada... No se trata de la estrategia de la tierra arrasada, pero el resultado es parecido.

¡Bien caro pagan los incursores el error de haber engañado, robado y asesinado a mansalva a los indios! De un modo que aún hoy sorprende, los habitantes de la arrasada Coaque han advertido a sus hermanos de raza de la presencia de los hombres de barba roja y de su actitud grosera y cruel...

El resultado son estos pueblos vacíos de gente, de hospitalidad, de amistad. Y lo más importante, vacío de mesas servidas con buena voluntad. Y vacíos de oro.

No obstante ello y sobreponiéndose a las penurias, los conquistadores avanzan a tropezones, pero avanzan. Hasta que chocan con un nuevo obstáculo, acaso el más terrible tenido hasta ahora.

Cierta mañana uno de los hombres muestra pequeñas y raras tumefacciones en el rostro y las manos. En seguida se descubre que no es el único. Hay varios que sufren de estas mismas verrugas, pues no parecen otra cosa. Entre ellos el padre dominico, fray Pedraza.

—Si no son verrugas, pues duelen un poco al apretar, son ronchas producidas por la picadura de mosquitos —dice el buen fraile al primer soldado que descubre con los mismos síntomas que él—. Yo os podré curar en seguida... Si me conseguís algunas de esas piedras verdes para mi iglesia...

El remedio, el único aconsejable, dado las circunstancias, consiste en proceder a la reventazón de las dichas verrugas. El propio padre da el ejemplo y se aplica unas incisiones profundas con la punta de un cuchillo. Las heridas sangran, es verdad, una sangre negra, espesa, pero eso parece ser todo. Los soldados afectados, cinco o seis se someten a la cura.

Al día siguiente, sin embargo, aparecen más enfermos. Van a buscar a fray Reginaldo Pedraza. Está en su lecho. Muerto.

Tan muerto como los cinco soldados que se sometieran a la cura. Un rápido examen demuestra que han perecido desangrados... Los afectados por la extraña enfermedad quedan horroquizados. Para evitar lo que parece ser una epidemia, Pizarro ordena acampar en la primera población india —igualmente desierta y abandonada— que les sale al paso. Allí se separa a los enfermos de los sanos, pero la epidemia crece.

—Yo diría que es la epidemia de las piedras verdes —comenta un soldado—. El padre Pedraza tenía un montón de ellas al descub-

brir su cadáver... Nadie protestó cuando lo enterramos con ellas.

¡Extraña e imponente ley de causa y efecto que se cumple inexorablemente!... El fraile dominico había tenido su oportunidad, acaso de salvar su conciencia adornando efectivamente su iglesia con las piedras verdes. Su ambición lo había perdido.

En una excursión en procura de caza, una partida toma prisioneros a dos indios viejos. Felipillo, cuya inapreciable compañía no abandonara Pizarro ni aun para viajar a España, sirve de intérprete. ¿Dónde están los otros?... ¿Por qué abandonan sus pueblos y se esconden?... Las respuestas ya se las ha formulado el propio capitán, por lo cual no se sorprende.

—Pero además huimos porque no tenemos guerreros que nos defiendan —dice uno de los prisioneros, señalando hacia la lejana cadena de montañas, de nevadas cumbres. Han sido reclutados por Atahualpa, el Inca... Pronto se desatará una gran guerra con el Inca del Cuzco.

Atahualpa... Cuzco...

Son palabras, nombres que por primera vez oye el conquistador. Sin embargo, tienen la virtud de estremecerlo. Como si la fuerza cósmica que hay encerrada en cada nominativo le advirtiera de la gran influencia que esos nombres habrán de tener en su futuro...

Francisco Pizarro se estira y mira desafiante al coloso Andino. Allí, en uno de sus rocosos pliegues está el Cuzco, la Capital que ha venido a conquistar. Pues, bien, o triunfará en la empresa o perecerá...

—Cuzco, allá voy! —musita

CAPITULO IX

El grito del Mallku Khuntur (¹)

Una vez más el suntuoso palacio real de Quito se sacude hasta los cimientos con el estruendo de la fiesta que tiene lugar en él. Es de noche y hay miríadas de pequeñas luces, pebeteros de oro repujado y brillante, hachones perfumados que cuelgan de los muros revestidos de planchas de oro y plata, lámparas amuradas o colgantes. Visto de lejos, en medio de la oscuridad que lo rodea, el palacio semeja un inmenso nido con luciérnagas revoleteando. Pero la música, ora triste y plañidera, ora alegre y saltarina, denota su esencia humana. En el seno del palacio hombres y mujeres, siguiendo el ejemplo del Inca apasionado y jocundo, aman y son amados, rinden pleitesía a sus más ocultos sentimientos o, más simplemente, se hacen el amor... La vida palaciega, insensible, indiferente, sigue su curso histórico, como la comedia versallesca, hacia su autodestrucción.

—¡Oh, *Inkallay*, descendiente del gran Wiracocha, tú eres tan sabio como él! —dice el viejo Waylla Wisa, el Sumo Sacerdote, inclinándose—. Por tanto, has de saber lo que es cierto y justo, lo conveniente e impropio para tu reino... ¡Estás seguro de que la presencia de esas casas flotantes y el desembarco de los *sunkarunakuna* no entraña ningún peligro?

—¡Mi buen *Villac Umu*, tú, como buen sacerdote y jefe de los *tarpuntaes*, debieras saberlo mejor que yo! —responde Atahualpa, echándose a reir de buena gana y con acento tonante.

La algarabía de la fiesta se suspende un instante, pero luego continúa, con mayor pujanza. No hay que temer, como en otras ocasiones, un repentino desborde de cólera del Inca.

(¹) Poderoso Cóndor.

El aspecto del Inca del Chinchasuyu impresiona por su majestad. Ya no es, ciertamente, el joven alocado, indolente, que heredara el *llautu* y el *yauri* del gran Huayna Cápac. Aún en plena juventud —no ha cumplido los treinta años— es un hombre de tranquilo y severo porte. De él se diría que es un rey magnánimo, justo, bondadoso. Sin embargo, algo hay en él que denuncia su recóndita y fiera personalidad: el brillo y la intensidad de su mirada. Ellos son tales que a menudo, para ocultarlo y no denunciar sus sentimientos y emociones, debe bajar o cerrar los ojos.

—Pero voy a decirte algo más, mi maestro y amigo... ¿Qué peligro puede entrañar para nosotros, capaces de poner en pie de guerra a cien mil guerreros, la presencia de dos casas flotantes que a lo sumo cuentan con doscientos hombres?... —El Inca vuelve a reir desdeñosamente. —Y me pides que me preocupe por su presencia!

—El Padre Sol escuche tus palabras, *Sapan Apullay*... Pero quienes han traído la noticia de esos hombres dicen que son dueños del rayo...

—Tal vez, pero el rayo no puede matar a todos a la vez... Y nuestros guerreros con sus *huaracas*, sus *chaupiykis*, sus *chuquis*, darán cuenta de ellos...

El estrépito de la música y el baile apaga las últimas palabras del Inca, pero su gesto es por demás expresivo. Los nobles incas, hombres y mujeres, empiezan a sentir el efecto de la dorada bebida y ríen. Hay fuego, pasión, deseo en sus pupilas. Pero aún está lejos el amanecer, la hora de los desbordes...

—Tus palabras me reconfortan, *Inkallay*...

—Calla, mi buen *Villac Umu*. Aún no has oído todo... Os tengo reservada una sorpresa, una gran sorpresa...

Y Atahualpa, sin dejar de reír, hace un gesto casi imperceptible. Alguien, atento al menor de sus ademanes, se incorpora prestamente, dirigiéndose al lugar donde se hallan los músicos. Uno de ellos asiente. En los primeros momentos no ocurre nada, pero luego algunos personajes se incorporan y se acercan al Inca, al cual rodean.

Esos personajes no son otros que los *Hipucamayoc*, generales, de Atahualpa, y sus más preciados parientes y amigos: Chalcuc Chima, Ruminaki, Kiskhis, Illescas y otros, todos fuertes, aguerridos, musculosos, verdaderos jefes de guerreros.

Este despliegue de gentes empieza a llamar la atención. Pero ya no queda tiempo para sorprenderse. Repentinamente la orquesta deja de tocar el *taqui* y en cambio deja escuchar un vi-

brante *sutio* (1), acompañado de enérgico batir de tambores. Los hombres, precipitadamente, se ponen de pie, en medio de la agitación y las exclamaciones histéricas de las mujeres.

La actitud de prevención y alarma general se justifica plenamente. El *sutio* anticipa siempre una acción bélica, una guerra. Y cuando el anuncio lo hace el propio Inca, entonces la guerra es de suma importancia. Son pocos, sin embargo, los que ignoran los propósitos bélicos de Atahualpa. Desde hace ocho años ha venido preparándose para una guerra. Desde el acopio de armas y pertrechos hasta la gleba y la preparación de guerreros.

—Amigos míos —empieza a decir el Inca, erguido a su alta estatura, alzando la mano de palma abierta para acallar los últimos murmullos—, hoy estamos de fiesta. Muchos os habéis preguntado el por qué. Yo os lo diré. Quiero que seáis, vosotros, nobles incas, los primeros en saberlo... Estamos aquí para celebrar un gran acontecimiento...

Un inmenso murmullo acalla la voz del rey. Es como un torrente de la montaña que se acercara vertiginosamente para estallar de pronto en exclamaciones de fervor bélico y en estremendos vivas. Todos han comprendido y saben.

Luego de varios momentos, Atahualpa consigue agregar:

—¡Hemos tomado la decisión de avanzar hacia el Cuzco, para que el déspota escuche nuestras legítimas demandas!

El clamor que arranca de allí se extiende como el incendio de un pajonal por todo el Chincha Suyu. ¡*Sutio!*... ¡Cuzco!... son los gritos de guerra. Y a su invocación se moviliza la gran masa humana, la gran maquinaria inca del predominio y la conquista. Con pequeñas variantes, es la misma máquina que pusiera en actividad el difunto *Huayna Cápac*. Sólo que ahora se ha invertido la dirección del avance. El rumbo de la estrella de Atahualpa señala hacia el Collasuyu, donde está su destino...

Los *chasquis* no corren, vuelan, de *chucla* (2) en *chucla*, llevando la gran noticia. Esta llega a los llanos, corre por los valles, se esparce por las sierras, sube a las montañas, estremeciendo a los genios que moran entre las nieves eternas.

Sayri Túpac, el rebelde, el amante del corazón destrozado, el del alma que agoniza por la desesperanza yace sobre el duro lecho

(1) Grito de guerra de los incas.

(2) Posta India.

de las rocas. Sus ojos, su corazón, su mente, todo su ser, vibran en un solo clamor: ¡Kcori Coyllur!... Es la voz de la conciencia cósmica que repercuten en todas las células de su ser. Es la exigencia de su naturaleza, el clamor de su espíritu, fuerzas terribles que se combinan en él para estremecerlo y hundirlo alternativamente, haciéndole odiar la existencia cruel y gélida que lleva. ¡Cuántas veces ha envidiado la suerte del cóndor cuya morada de nieves eternas comparte! Herido, enfermo o viejo, el *Khuntur* se remonta a alturas inconcebibles y desde allí, como un rayo, se precipita al más profundo abismo, destrozándose. Y Sayri Túpac incluso ya tiene elegida su roca...

Sin embargo, una débil y titilante lucecita, la de la remota esperanza, lo mantiene aún aferrado a la roca viva e hiriente de la realidad. Allí, en la cumbre helada, entumecido por los crueles vientos, que no cesan de soplar nunca, espera... ¿Qué? El milagro. Porque sólo el milagro de los dioses puede cambiar su triste y duro destino. Porque se requiere el soplo del milagro para abatir la montaña colosal y poderosa. Y eso es lo que representa el poder y el mando de Atahualpa, su mortal enemigo...

De pronto, en medio de la somnolencia, del frío y de la desesperanza, llega la voz:

¡Sayri!... ¡Sayri!

Es el *chasqui* amigo, otro de los que odia la tiranía y quiere sacudirla de las espaldas de los oprimidos. ¡Y entonces la ansiedad noticia lleva calor, fuego, a las venas entumecidas por el frío!...

—*Haylli!*...⁽¹⁾ —grita Sayri Túpac agitando al cielo azul de las cumbres, su brazo armado de pesada clava—. ¡*Haylli!*... ¡*Haylli!*... ¡Ha llegado tu hora, Atahualpa, señor de la ignominia!

Y sin esperar la respuesta de los abismos, se precipita montañas abajo, como un verdadero alud... A su paso va lanzando el grito de rebelión y hombres nacidos libres y que odian por instinto todo tutelaje, unen sus voces y sus brazos armados a los de él. Y la avalancha crece. Cuando llega a los valles, al llano, se precipita desbordante, hacia el gran camino del Inca.

Y entonces el pequeño ejército se prepara a la lucha. No se trata precisamente de un cuerpo de guerreros jóvenes y fornidos, sino de hombres pacíficos, que aman la vida de hogar, de padres de familia, de honrados comerciantes, de artesanos, de cam-

(1) Grito de victoria.

pesinos. Pero a todos ellos anima una sola y férrea voluntad de abatir la tiranía y eso obra milagros de fuerza y pujanza en los brazos de suyo débiles. Sayri Túpac prepara a esos hombres para la guerra. Son pocos, es verdad, acaso en la desproporción de uno a cien, en relación a la disciplinada y aguerrida fuerza que acompaña al Inca.

—¡Pero nosotros contaremos con tus armas poderosas y que, debidamente utilizadas nos darán el triunfo! —dice Sayri Túpac a sus hombres—. ¡Eso nos dará el triunfo!

El pequeño ejército se halla reunido en un profundo y fértil valle. Son hombres, repetimos, son cañaris de distintas edades y condición, pero a todos ellos los anima el fuego sagrado. Eso los hace resueltos, leales, disciplinados, aguerridos. El enérgico, pesado y a veces duro adiestramiento ha dado sus frutos. Ahora, aunque pequeña, constituye una temible y bien armada fuerza. Regimientos de lanceros, flecheros, maceros y honderos escuchan atentamente la voz de su jefe. Su vestimenta es uniforme y se compone de un rústico casco o yelmo hecho de piel curtida, con plumas u objetos de oro e insignias de las armas que usan. La túnica corta es de lana, sin mangas, que llevan encima de una *unkus* o camiseta de algodón. Su arma defensiva es un rústico escudo de madera. Cada arma o compañía lleva su bandera. El número de diez señala la unidad primera, con su jefe. Cinco grupos de diez tienen otro jefe, y hay uno que es jefe de diez grupos, otro de quinientos hombres, otro de mil. El jefe supremo tiene mando sobre todos los jefes y guerreros y su voz es respetada y obedecida puntualmente.

—Esas nuestras armas —continúa el jefe inca con voz tonante y metálica que se extiende por la breve llanura y sube por las suaves pendientes de las sierras circundantes, llegando nítida a las mujeres, los niños y los ancianos allí apostados para presenciar la partida de los bravos, todos procedentes de la vecina población de Tumbesamba—, son la sorpresa, el lugar y la voluntad de vencer... El déspota no espera un ataque porque según él, locura sería atacar con un puñado de hombres a un aguerrido ejército de más de cincuenta mil guerreros. Y nosotros, que no somos tres veces diez de cien, atacaremos... En segundo lugar, nosotros elegiremos el lugar y la oportunidad. Finalmente, vamos resueltos a vencer o a morir en la lucha. No vencer sería morir de todos modos en los tormentos más atroces, junto con los seres queridos. Esto dará fuerza triplicada a nuestros brazos y nuevo vigor a nuestra resistencia... ¡Y ahora, soldados de la libertad, en marcha!

Hay llanto en los ojos y en las voces de las mujeres, los ancianos y los niños cuando despiden a los bravos. Estos marchan erguidos, imperturbables, resueltos. Y así suben las colinas y sierras, las laderas de las montañas, en procura de alcanzar los vericuetos del camino real que cruzando pendientes, hondonadas, aterradores abismos, va hacia el sur... Es allí, en el corazón de esas montañas, que él conoce tan bien, donde Sayri Túpac aposta a sus bravos. El lugar ha sido elegido muy de antemano. Es ideal para el propósito perseguido.

Desdeñosos del viento helado que corta sus carnes, los bravos van ocupando silenciosamente los lugares que se les han señalado. Se acurruca contra las rocas a esperar. En sus *chuspas* llevan un poco de *mote* ⁽¹⁾, *charqui* y hojas de coca. En la imposibilidad de hacer fuego, se concretan a masticar coca. Eso les da fuerza, vigor, anula la fatiga y mantiene la mente ágil y despierta.

Confundido con los suyos, Sayri Túpac también espera. Pero, sus pensamientos de guerra se alternan con otros dulces y emotivos... ¡Oh, bella y eterna mujer que puedes introducirte aun en los pensamientos más graves de los más grandes hombres, humanizándolos y haciéndolos más tiernos!

3

La comitiva real, numerosa, vistosa, se mueve lentamente por el gran camino de los Incas. Su avanzar es despreocupado, alegre se diría, por el cuantioso séquito de hermosas mujeres que van en litera ricamente cubiertas y enjaezadas, transportadas por robustos hombres generosamente cedidos por el Inca de su propio cuerpo de transportadores. Pero la litera real no tiene parangón. Su dorada estructura de oro brilla al puro y límpido sol del Ande. La guardia personal de Atahualpa, quinientos guerreros, los mejores del ejército, los más pesadamente armados, va custodiándola. Adelante marcha una parte del grandioso ejército, en perfecta formación. Atahualpa, que ama la música, mantiene cerca un conjunto musical que procura amenizar la marcha con taquis, yaravíes, cacharpayas.

Las jornadas del viaje se cumplen escrupulosamente. Cada cierta distancia se encuentran los *tambos*, o postas del Inca, donde no solamente el grandioso séquito habrá de encontrar techo y

(1) Maíz cocido.

comida, sino cuanto haga falta en ropas, provisiones, pertrechos o armas, para proseguir el viaje. Los depósitos de las postas se hallan a cargo de un funcionario leal y honrado —la menor falla en el inventario es castigada con la pena de muerte—, el cual se ocupa de que siempre estén bien abastecidos.

En los tambos, el señor Inca tiene sus habitaciones reservadas, a las cuales se retira con sus favoritas. A veces se realizan fiestas privadas, en otras, la fatiga del viaje obliga a un pronto descanso. Al partir a la mañana siguiente bien temprano, el Inca se entera por los chasquis que el camino se halla expedito y que sus fuerzas de avanzada lo custodian.

Así ocurre aquella mañana y Atahualpa reinicia el viaje con buen ánimo. Ima Sumac, su bella esposa, va con él en la litera real. A la presencia de ella se debe que este viaje se caracterice por su sobriedad, aunque la proximidad de las numerosas concubinas y favoritas pudiera decir otra cosa. Por otra parte, el Inca se halla absorbido por graves pensamientos políticos y prebélicos. Sabe que esta marcha es decisiva en su vida como gobernante. Sabe que en algún otro punto del inmenso trayecto tendrá lugar el encuentro de las dos fuerzas opuestas. Huáscar ya debe estar enterado de su salida de Quito al frente de un gran ejército. Pero por mucho que se desespere, jamás podrá reunir un ejército tan numeroso como disciplinado, experimentado y aguerrido. En ello cifra Atahualpa el triunfo final de su causa. Ello le hace abrigar la seguridad de que pronto, bien pronto, será el Inca absoluto del gran imperio del Tahuantinsuyo.

Por eso es feliz y en su felicidad se muestra tierno y amable con su esposa. Ima Sumac vive en estos días los más hermosos de su vida conyugal. Por primera vez siente a su esposo como verdadera e íntimamente suyo.

La tarde clara, vibrante, sin ser cálida, está imbuida de una tonificante influencia cósmica. El difícil tramo del camino parece haber empezado aquí. A veces los senderos son tan angostos y escarpados que obligan al paso de un solo hombre. Los porteadores se ven en figurillas para transportar las literas sin el menor tropiezo o caída —pena igualmente castigada con la muerte—, y, por supuesto, con la mayor seguridad para la preciosa vida del Inca. Lo difícil del trayecto, sin embargo, obliga a la dispersión. El cuerpo de guardia se ve así disgregado, desorganizado. Las literas, en algunos puntos, y las cargas, en otros, dificultan el paso. Se producen amontonamientos.

En medio de ese desorden, de pronto, un grito vibrante sacude la tarde, como si en la cima de una de las vecinas cumbres un

ser alado dejara oír el tono agudo de un estridente *pututu*. Cien, mil gritos le hacen eco y entonces, ante los sorprendidos y alarmados ojos de los favoritos y los guardias, se ven caer desde las alturas figuras oscuras y ágiles que parecen emerger de todos los recovecos posibles de la montaña donde se mantuvieran ocultos.

A todo eso sigue el clamor de la batalla, en una tan brusca transición entre la pacífica marcha y el fulminante ataque que aún no se ha restablecido la respiración entre muchos de los sorprendidos viajeros, entre ellos el propio Atahualpa.

El ataque va centrado hacia la litera del Inca. Poco a poco y uno a uno van cayendo los guardias, heridos de flechas, dardos o lanzas disparadas con admirable puntería. Los heridos son rematados rápidamente a golpe de *chaupiyki*, que trituran cabezas como si fueran cocos. Los atacantes, siguiendo el temerario ejemplo de Sayri Túpac, se adelantan de ese modo hacia la litera real, cuyos porteadores, viendo el peligro que se ciñe sobre su señor, echan mano a sus armas.

Pero todo es inútil. El golpe ha resultado genial y poco a poco, a medida que van cayendo los pocos defensores, se ve que la litera real está perdida. No hay posibilidad alguna de que el resto de la guardia, dispersa y asediada por bravos encubiertos, pueda acudir en auxilio del Inca.

Desdeñando el desesperado ataque de dos porteadores, cubierto de sangre, Sayri Túpac se planta al fin delante de la litera de oro, y adornos de plumas, cuyas cortinillas han permanecido cerradas a pesar del pandemonio de gritos de ataque, de agonía y de triunfo, no obstante el entrechocar de armas, que se oye por doquier. Resueltamente, con la punta de lanza tinta en sangre, Sayri Túpac aparta la cortinilla. Una mano, delicada, femenina, trata de impedir el ultraje, pero se aparta horrorizada a la vista de la sangre.

—¡Atahualpa!... —llama el jefe de los rebeldes con voz tonante—. ¡Intímote a salir y constituirte prisionero de las fuerzas que defienden el poder central y legítimo del verdadero y único Inca, Huáscar!... ¡Si no lo haces voluntariamente, no lamentaré llevar tu cabeza como testimonio de tu derrota!

No hay respuesta en los primeros instantes, pero luego se aparta la cortinilla y asoma el Inca. Está pálido. Y furioso, aunque constríñe su cólera. Sin embargo, al mirar a su captor, al cual rodean ahora varios bravos, los que acaban de exterminar a los últimos guerreros que intentaban defender a su señor, no puede menos de lanzar una exclamación.

—¡Sayri Túpac! ¡Ah, traidor!...

—¿Traidor yo, que defiendo la herencia del único inca legítimo? —ríe Sayri Túpac despectiva, siniestramente.

—Lo eres, pues siendo primo mío traicionas mi sangre.

—Mi sangre es la de Huayna Cápac y en tanto defienda su póstuma voluntad, el que atenta contra ella eres tú.

Atahualpa no se digna replicar. Ha comprendido. Vano será amenazar o suplicar. Su destino está sellado. Y con ese fatalismo propio de las razas superiores, que en la guerra no dan ni piden cuartel, se resigna. Sin embargo, mira a su captor con alguna detención. En el brillo de sus ojos, además del triunfo de las armas, advierte algo más, algo que le produce íntimo e intenso gozo.

—Tú me odias, Sayri Túpac —dice el Inca—. E ignoro la razón... Di, ¿te atreverás a alzar la mano contra mí?

—No, dejo eso a la satisfacción del rey, tu hermano... Pero si en mí estuviera, no estarías sentado ahí en tu palanquín, sino desplomado en él, con el corazón partido por una lanza.

—¿Tanto me odias?... ¿Por qué?

—En el sentimiento humano no hay uno parecido al que yo siento por ti, Atahualpa...

—Pero, ¿por qué?... ¿Por qué?... ¿Qué hice yo contra ti o contra los tuyos que no fuera honrarlos y festejarlos como parentes y amigos?

Sayri Túpac se pone grave. Está a punto de gritar su alegría, su triunfo, su amor, pero algo le constriñe a morderse los labios. No piensa en sí, sino en ella, en la única... No sabe cómo, pero el Inca puede vengarse. Sus brazos son tan largos como su ambición de poder y tiene amigos comprados con oro y con licencias...

—No soy de aquéllos cuyos oídos se halaga con promesas de honras o presentes... Eso es todo. Y ahora, constituido en mi prisionero estás. Ruégote dejar tu litera y venir con nosotros sin resistencia, o serás muerto en el acto...

—Ima Sumac, mi esposa, está aquí... ¿Qué será de ella?

—Está en libertad... Puede irse o venir con nosotros, si quiere...

Atahualpa y la bella *Colla* dejan la litera de oro. Ima Sumac está asustada y conmovida, pero resuelta a seguir la suerte de su esposo, cualquiera sea. Varios guerreros los rodean. Hay tensión y nerviosidad entre ellos. No es para menos. Un contraataque en estos momentos será fatal, tan fatal como quedarse en el sendero montañoso. Comprendiéndolo así, Sayri Túpac hace un rudo ademán y la partida se pone en marcha. Pero no por el

sendero tortuoso y difícil sino por los vericuetos de la montaña. En contados momentos desaparecen a la vista los rudos y musculosos bravos que llevan a sus ilustres presas.

Se ha consumado un golpe de mano extraordinario, donde la visión y el genio se han identificado con el valor y la audacia. El destino del Inca del Chinchasuyu parece definitivamente sellado.

3

Es de noche. En el paso de la montaña de cumbres de cristal, Tumbabamba, la ciudad —fortaleza del país Cañari— duerme. Pero su sueño es inquieto, sobresaltado. Nadie, ninguno de sus moradores, ve el peligro pero lo advierte, lo presiente. Está ahí, entre las rocas de la montaña, metido entre sus mil pliegues, agazapado como la fiera al acecho. En espera de su oportunidad... El ejército sitiador espera, los pechos anhelantes, las manos crispadas sobre las armas, el rencor fructificado en el corazón.

En el seno del comando de aquel ejército, metido en una cueva que muestra vestigios del puma, su ancestral morador, los jefes deliberan.

—Soy de parecer, oh valiente Chalcuc-Chima, gran *Hipucamayoc* del ejército de Atahualpa, que ataquemos al amanecer... El pueblo de Tumbabamba no participará en la lucha... La fortaleza no podrá resistir el asalto de diez mil guerreros resueltos a liberar a su señor.

—Pienso lo mismo que tú, noble Khiskhis —responde el general en jefe—, pero Ruminaki me acaba de traer un mensaje de Sayri Túpac, el cabecilla traidor.

—¿Y qué dice? —inquiere, Illescas, el *Tucayricuc*, hermano de Atahualpa, sin ocultar su ansiedad.

Ansiedad y aun angustia que experimentan también todos los jefes y los guerreros por la suerte de Atahualpa, el *Sapan Apu*. Tan amargo y denigrante ha sido el golpe sufrido, que se sienten avergonzados y culpables. De ahí su afán por vengar pronto, y de un modo ejemplarizador, la afrenta de los traidores.

—El jefe rebelde nos hace saber que, de intentar tan sólo un asalto contra la fortaleza, Atahualpa será ejecutado.

—¿Crees... que se atreva a cumplir su amenaza?

—La desesperación puede empujarlo. Sin embargo, su plan es otro —dice el jefe, reflexivamente—: mantener prisionero a

nuestro Inca e inmóviles a nosotros mientras llegue el ejército de Huáscar...

—Podemos imaginar las consecuencias, que en cualquier caso serán las mismas... —Khiskhis es un jefe guerrero de innegables dotes y muy afecto al Inca prisionero—. Es necesario adoptar inmediatamente una medida...

—¿Acaso tú, noble amigo, puedes señalarnos una? —interroga Chalcuc Chima, con esa serenidad propia de los buenos jefes—. Te confieso que no veo, por el momento, salida alguna... La fortaleza es casi inexpugnable —como lo son todas las *pucaras* ⁽¹⁾ construidas por el gran Huayna Cápac—. Si atacamos, no tendremos tiempo de impedir la muerte de nuestro soberano. Si no atacamos, daremos lugar a que llegue el ejército de Huáscar y entonces Atahualpa morirá de todos modos...

Las observaciones son de peso y el no encontrar réplica, los jefes callan. Mas en todos ellos prima el deseo, la idea de salvar a su señor. Y en su hosco y retrógrado silencio, la cueva milenaria parece poblar de ecos de muerte.

Otro escenario pero no distinto a los sentimientos que animan a los hombres, se presenta en el campo adversario. La gran fortaleza, bastión de piedras gigantescas, incombustibles, colocadas y superpuestas por hombres-hormigas, desafía impertérrita todo poder de destrucción, ya sea éste humano o de otra naturaleza. Sin embargo, en su seno no hay sensación de seguridad, ni de triunfo. Precariedad y peligro son las tóricas que nublan las mentes y arrugan los corazones de los hombres instalados en sus parapetos, en sus torreones.

Pocos son los jefes, jóvenes y con escasa experiencia en lides bélicas, que rodean a Sayri Túpac. Este se ha dejado caer en improvisado lecho, pero la mortecina luz que alumbría la cíclopea estancia hace ver que no duerme. Los otros procuran también el reparador descanso, pero, a la inversa de su jefe, es el temor y no la preocupación lo que no los deja dormir.

Se oye ruido de voces quedas, de pasos, en el patio exterior envuelto en el profundo manto de la noche. Sayri Túpac aparta el pensamiento de la dulce imagen y se incorpora a medias.

—¿Ha llegado Maytac? —pregunta.

—No... Es Curuchec que deja la guardia.

Nuevamente el silencio, opresivo, asfixiante. Los hombres cierran los ojos, obstinadamente, pero el sueño no viene. Lo alejan terribles fantasmas de brazos armados de pesados *chaupiykis*. Curuchec, un hombre todavía joven, pero de rostro anguloso y

(1) Fortalezas.

mirada cetrina, hace su entrada y sin decir palabra va a ocupar su lugar.

Sayri Túpac busca afanosamente el modo de continuar con sus agradables pensamientos, en los cuales la adorada imagen de Kcori Coyllur tiene lugar destacado. Pero no obstante sus esfuerzos, no consigue substraerse a la preocupación. La situación es delicada e incierta. Sayri no ignora que su amenaza puede haber surtido efecto momentáneo, pero la solución reclama una resolución de fondo. Por eso ha ideado un plan. Este osado plan depende, en su ejecución, de Maytac, uno de los hombres de mayor confianza. Es a él a quien espera y por lo cual no puede entregarse al sueño. ¡Oh, dulce promesa de amor!... ¡Mi corazón te siente tan cerca y sin embargo te presiento lejana como una estrella inalcanzable!

—Sayri, Maytac ha llegado...

Sayri Túpac se incorpora de un salto. Sí, Maytac, el joven guerrero está ahí. Su cuerpo bronceado y musculoso es reflejado en agudas líneas por la incierta luz reinante.

—¿Y?... —pregunta ansiosamente, dando mayor énfasis al silencio.

—Sí, es posible —responde el bravo, en bajo tono, arrodillándose. En grave tono, agrega—: Quizá nos rodean cincuenta mil hombres. Podrían convertirnos en polvo... Pero en su terrible fuerza son impotentes para vencer al Ande...

—En suma, se puede. Es lo importante.

—Sí, encontré no sólo un paso, sino diez... Después de todo, el cerco de Chalcu Chima no es tan sólido ni perfecto.

—Tal vez mañana lo sea... Escuchen todos, mi plan es éste...

Los jefes se acercan, todos, incluso Curuchec. Sayri Túpac habla con convicción y firmeza. Hay en su voz un acento que inclina a escucharle y seguirle. Su palabra es la del genio que conquista y arrastra multitudes. Todos los presentes asienten. Aunque arriesgado, el plan es realizable y el único posible.

—De ese modo, cuando el *Hipucamayoc* enemigo comprenda que no puedo matar al usurpador, porque lo protege el lazo de sangre que lo une al Inca, nuestro señor, y ataque, se llevará un palmo de narices... —Sayri Túpac se yergue con decisión. Señala hacia la salida y exclama—: ¡A la obra, compañeros, y que nuestros dioses y los espíritus de nuestros muertos nos acompañen!

Salen, armas en mano.

Todos, menos uno. Este jefe recula al favor de las sombras y se pierde entre ellas. Nadie lo ve cuando abandona la fortaleza.

leza, descolgándose por uno de los muros de piedra, a riesgo de precipitarse y abrirse la cabeza. Pero el temor, la esperanza y la ambición dan alas a sus pies, porque vuela antes que corre hacia el centro de la ciudad.

En la plaza principal, en la casa del *curaca*, hay luz y movimiento. Y nerviosa agitación. Nadie se halla entregado al descanso. La presencia de Ima Sumac, la Colla, en el palacio, con cita la preocupación general. Sayri Túpac quiso ser galante y generoso con la bella esposa del prisionero y la envió a la mansión del *curaca*, su aliado y amigo. Pero una vez allí, Ima Sumac, valiéndose de su influjo personal, de su galana palabra, ha sabido conquistar la atención y aun el interés del *curaca* y los miembros de su familia y aun de sus servidores. A tal punto que, el obeso gobernador no sabe ahora de qué parte está la razón y la fuerza o, dicho en otras palabras, de que lado promete estar el triunfo final.

—La hazaña de Sayri Túpac servirá para cantarle loas en las fiestas de nuestra raza, noble Auqui —había dicho Ima Sumac, envolviendo con una cálida sonrisa a Curuchec, el primogénito—. Pero sólo para eso, porque es una hazaña de jóvenes inexpertos y visionarios... Si estudias la situación, verás que más seguro está mi amado *Sapan Apullay* en su prisión de la fortaleza que tú sentado ahí en tu sillón de gobernador... ¡Cincuenta mil guerreros rodean Tumbabamba y la convertirán en polvo en cuanto Chalcuc-Chima levante un solo dedo!

—¡No se atreverá! —había balbuceado el *curaca*. —Sabe que Sayri Túpac le haría cortar la cabeza a tu esposo!

—¡Sólo un necio creería en tan presuntuosa como vana amenaza!

La risa fría y desdeñosa de Ima Sumac había hecho más melilla en el corazón del joven y poco apuesto Curuchec que su misma belleza. ¡Aquella sí que era una mujer, digna de ser la esposa de un gran hombre!

—Y el *Hipucamayoc* no lo es... —continúa la Colla—. ¡Sabe que Huáscar haría destrozar en el más terrible tormento a quien se atreviera a tocar uno solo de los cabellos de su hermano!

Esta terrible verdad había abrumado al obeso *curaca*. Aunque no tanto como a su hijo Curuchec... Lo demás había sido cuestión, no de persuasión, sino de conveniencia. Así se tejen las infidencias y traiciones, tanto las pequeñas como las grandes.

Y Curuchec entra agitadamente en el solar de sus mayores, portador de la gran noticia. En la sala de las visitas, todavía deliberando sobre lo que han de hacer, se encuentran Auqui, el *curaca*,

su vieja y rolliza esposa, e Ima Sumac. Hay tensión y fatiga en los rostros, los cuales se iluminan al ver al desleal amigo de Sayri Túpac.

—Atahualpa será sacado esta noche de la fortaleza y llevado al Cuzco por el sendero inaccesible de las cumbres! —informa el primogénito, perdido el aliento.

—¡Imposible! —exclama la Colla, poniéndose de pie—. ¡Un invencible y grande ejército rodea la ciudad!

—Sí, pero hay roturas en el anillo y Sayri las ha descubierto...

—¡Entonces no hay instante que perder! —Ima Sumac se vuelve apelante, imperiosa, al *curaca*—: *Auquillay...* cumple tu palabra —le dice.

El viejo y obeso funcionario, más apegado a la vida muelle y placentera que a los riesgos, agacha la cabeza y asiente.

Es de noche y, no obstante el brillante titilar de las estrellas, sombras reinan en los angostos senderos de los profundos cortes y abismos, en las abruptas y accidentadas pendientes. Esas sombras cobijan en su seno a otras que, silenciosas pero móviles, avanzan hacia las cumbres de blancos picos. Son dos veces diez las figuras móviles. Su paso, ágil y seguro, puede compararse al de los *guanacos*, animales de plácida y hermosa figura que moran en esas montañas.

Se produce un alto. El jefe de la patrulla, cuya atlética figura se delineó apagadamente contra el fondo estrellado de la noche, escruta las rocas y los desfiladeros que los rodean. El viento helado en las cumbres solloza entre breñas y arbustos, como buscando un lugar abrigado donde quedarse a descansar. Sayri Túpac, pues es él el cabecilla, se vuelve a mirar el regio prisionero. Lleva la boca tapada y las manos atadas. Todo marcha bien.

Una sombra surge de entre las sombras. Es Maytac, el escuálido.

—Estamos cerca del paso —informa el recién llegado, en un susurro que el viento asesina buscando su calor—. No hay peligro alguno...

—Adelante —ordena el joven jefe.

Pero no han avanzado cien pasos cuando sorpresivamente y por retaguardia, aparecen cien hombres bien armados y resueltos. Varios de la patrulla caen con los cráneos destrozados y los cuerpos atravesados antes que el resto de la partida se de cuenta de lo que está sucediendo, del fulmíneo cuanto sorpresivo ataque por retaguardia. Cuando Sayri Túpac, que va a la cabeza escrutando cada roca, cada sombra, se da vuelta para inquirir

la razón de aquellos sordos y extraños ruidos, ve aparecer ante él diez hombres armados de lanza y clavas.

—¡Estás vencido, Sayri Túpac! —exclama la voz conocida de la traición—. ¡Yo, Curuchec, fiel servidor de Atahualpa mi señor, te insto a rendir tus armas!

La sorpresa enmudece al jefe de los bravos. Pero que no se trata de una broma, sino de una cuestión de vida o muerte, lo demuestra el grito apelante y emocionado que oye a continuación.

—¡Atahualpa, adorado esposo mío! ¡Soy yo, Ima Sumac, que viene a salvarte!

La voz y el instante están a punto de perder a Sayri. El aleluso golpe de Curuchec, sin embargo, sólo agita el aire en el lugar que ocupaba la cabeza del joven cabecilla. Pero el instante ha servido para apreciar la situación en su justa medida. Muertos y agonizantes yacen la mayoría de los jóvenes bravos que siguiendo los nobles impulsos de su corazón, intentaran lo imposible. Luego del gemido que arranca la fría comprobación de este hecho en que cien hombres destruyen a otros veinte con ayuda de la traición y la emboscada, se oye una desdelfosa y siniestra carcajada cuyo seno parece estar en el mismo reino de las sombras.

—¡Fementido y sucio traidor, volveré por ti, Curuchec!... ¡Y tú, Atahualpa, gran usurpador, tiembla!... ¡Tu reino será efímero, lo presiento!

—¡A él! —ruge Atahualpa, soltándose bruscamente de los cálidos y amorosos brazos de su esposa—. ¡A él!... ¡Lo quiero vivo!... ¡La mitad de mi tesoro a quien lo capture!

Varias sombras saltan y corren en el vano intento de alcanzar al jefe rebelde y a los cinco bravos que se han salvado con él. Las carcajadas de Sayri, terriblemente burlonas e injuriantes a la dignidad del Inca, parecen brotar de cien lugares a la vez. Las sombras, alborozadas, inician una salvaje danza en las pendientes, en los precipicios, en las abismales gargantas, disponiéndose a recibir en su seno a los hijos de sus entrañas, fugitivos de la desesperanza...

4

Tumebamba, la ciudad-fortaleza... la ciudad-mártir, agoniza. En medio de un inmenso lago de sangre roja, brillante y al parecer palpitante con el vivificante destello del Padre Sol, yacen los cuerpos decapitados, tronchados, descuartizados, de centenares, de miles de sus habitantes, de los que no perecieran en un fútil in-

tento por salvar a la población de este inicuo cuanto sanguinario e inútil asalto.

Sentado en su trono de oro, de admirable artesanía, Atahualpa, impertérrito, erguido, contempla la matanza. A su lado, mejor dicho, a sus pies, gimiente, sollozante, terriblemente pálida e impresionada, yace Ima Sumac.

—¡Basta ya, señor!... ¡Basta!... ¡Ordena la suspensión de la matanza! —suplica ella, crispando sus dedos en las desnudas piernas de su dueño.

Atahualpa, por toda respuesta, hace un breve y rudo ademán. Un grupo de diez prisioneros se adelanta hacia el centro de la plaza, chapoteando en el lodo de sangre no con horror sino con miedo que paraliza los miembros. Ima Sumac mira en esa dirección y nuevos gritos de espanto escapan a través de sus labios desfallecientes y sin color.

—¡No, no!... ¡A ellos no!... ¡No sólo les prometí tu generoso perdón, sino ricos, presentes y honores por su valiosa ayuda!

Atahualpa no responde. Su indiferencia y frialdad son aplastantes. Parece no oír a su esposa, la cual, fuera de si, lo sacude mientras grita histéricamente:

—¡A ellos no!... ¿Entiendes, esposo y señor mío?... ¡A no ser por ellos estarías aún prisionero y condenado!... ¡El digno Auqui me proporcionó los cien valientes guardias que te liberaron y su hijo Curuchec los capitaneó con valor y lealtad dignos de ejemplo!... ¡No basta eso a perdonarlos, si no a honrarlos?

Atahualpa sigue sin responder. En medio de la plaza, empujados por las lanzas de sus guardias, el *curaca* de Tumbabamba y los nueve miembros de su familia, entre ellos su vieja y enferma esposa, su primogénito, Curuchec, y su hija, la joven y bella Sisimac y otros hijos menores de ambos sexos, caminan como autómatas hacia el lugar de las ejecuciones, sus pies metidos hasta el tobillo en aquel lago de sangre.

—¡No, no! —grita Ima Sumac, aferrándose a una última esperanza y sacudiendo a su real esposo y sintiéndose morir bajo la mirada sin brillo ni rencor posada en ella por los condenados—. ¡A ellos no!... ¡A ellos no!

Un nuevo y breve ademán del Inca, Supremo Señor. Eso basta para desatar nuevos horrores, nuevos torrentes de sangre... El viejo Auqui es el primero en caer, gimiente, atravesado su voluminoso vientre por una lanza. Un golpe de *chaupiyki* completa la obra al destrozar la cabeza. La vieja esposa cae de rodillas sobre el cuerpo del compañero, clamando histéricamente por una pronta muerte. Los verdugos se apresuran a complacer su deseo

y de un piadoso cuanto certero golpe de clava la dejan sin cabeza. Curuchec, el primogénito, el traidor, da dos pasos, en el fútil intento de impedir el golpe mortal que siega la vida de su progenitora. Su mismo movimiento lo pierde. Tres lanzas atraviesan distintas partes de su cuerpo y agonizante cae sobre el lodo... Un nuevo golpe de clave y una vida más se suma al holocausto de sangre y de venganza que alienta al Inca.

Sisimac, la bella inocente, no es una figura animada. Parece más bien un trozo de hielo sin vida desprendido de la cumbre helada del Ande. Uno de los verdugos está a punto de atravesarla con su arma, cuando su brazo, compadecido del penoso aspecto de la joven, detiene un instante su impulso.

Eso salva la vida de la joven. En su trono, Atahualpa hace otro breve ademán. El mismo es interpretado por los verdugos en su exacto sentido. La joven, indemne, es hecha a un lado. Alguien del servicio del Inca que ha visto aquella expresión bien conocida en los ojos de su señor, corre hacia ella, la toma de una mano y la conduce hacia el trono. Atahualpa la mira de cerca y asiente. Sus ojos siguen indiferentes, pero hay un brillo de salacidad escondido en el fondo de ellos.

Los restantes miembros de la familia del *curaca* no tienen tanta suerte y sus cadáveres, destrozados, se amontonan sobre los de sus progenitores.

Y la cruel y sádica carnicería continúa por varias horas después que la ciudad-fortaleza, destruida hasta sus cimientos, yace en ruinas humeantes. Sólo cuando el sol-padre, que no ha ocultado su brillante rostro ni enlutado su corazón con la sangre derramada, sólo cuando de los habitantes no quedan sino aquéllos cuantos que han sobrevivido a la matanza escondiéndose en las vecinas montañas, da la orden el Inca de suspender las ejecuciones. Esa es la hora del yantar, a la cual seguirá la de la fiesta y el holgar.

Para cumplirlas según el deseo del amo y señor, la que fuera residencia del *curaca* felón —la única que todavía se mantiene en pie— es iluminada y adornada en son de fiesta y de triunfo. Decenas de músicos ejecutan alegres piezas que desmienten la presencia de la muerte que rodea por doquier. Dentro de los muros del palacio la vida continúa, pujante, bulliciosa, indiferente al dolor y al sufrimiento del pueblo-mártir. Drama idéntico en la forma y el sentido, aunque no en el escenario, a otros que la humanidad presenció y habrá de presenciar mientras del léxico de los pueblos no se elimine la odiosa palabra: despotismo.

Aquella misma noche, Ima Sumac, la fiel y abnegada esposa, yace sentada de cuclillas sobre una estera. Mantiene la cabeza

gacha, para ocultar su desazón, su dolor, su vergüenza. Lágrimas silenciosas, rebeldes, corren por sus pálidas mejillas. Por momentos, en un fútil intento de apagar los ruidos producidos por la disipación que llegan de vecinas salas y cámaras, se cubre los oídos con los puños. A veces se los golpea también, para no oír aquella voz tonante y familiar a la que el alcohol otorga un timbre cínico y jocundo.

—¡Sisimac, ven a mis brazos, bella mía, y depón esa carita triste y llorosa!... ¿No te alegra ser mi preferida de la noche?... ¡Anda, pregunta a las que te rodean quiénes quisieran compartir esta noche mi lecho!

Un criterio agudo, inmenso, responde al Inca. Ciertamente, son muy pocas las mujeres —incluso las casadas— que rehuyeran tan insigne honor. Y no es esto lo que preocupa a Ima Sumac. Ella bien conoce el sentido drolático de estas orgías. Pero esta noche hay una víctima, candorosa, inocente, cuyo corazón enlutado por acervo dolor le impide advertir el máximo ultraje de que será pronto objeto. Y por eso y por los muertos y sacrificados de aquella horrible jornada de sangre, llora Ima Sumac. Algo hay en ella que le advierte que no se pueden cometer impunemente tales crímenes. Que existe una ley inmanente, de causa y efecto, que exige y determina el castigo del responsable. Ella presiente que ese castigo llegará para Atahualpa, tarde o temprano, inexorablemente. Por eso y por su triste desencanto de mujer, llora, suavemente, que en la calificación del dolor es la nota más aguda del llanto.

De pronto un grito agudo, expresión de dolor físico, domina la temulenta algarabía. Ima Sumac, estremecida, alza los ojos llorosos. Al punto, como eco respondiente, se oyen las alegres exclamaciones de hombres y mujeres, cual si celebraran un hecho auspicioso.

Ima Sumac vuelve a doblar la cabeza sobre el pecho, vencida, las mejillas quemantes. Ha comprendido. Ese ha sido el grito de la inocencia ultrajada. En aquel mismo instante el señor, invenible y poderoso, está gozando de su triunfo...

Esta vez el llanto es copioso, incontenible, desbordante como la propia desesperación.

Los sentimientos que más se asemejan en sus desbordes a la desesperanza y el dolor, por el contraste, son la esperanza y la alegría. Parecer pudiera, a quienes presenciaron aquella escena de

amor desbordante en medio de ruinas y de los montones de cadáveres destrozados e insepultos, que hay seres desprovistos de sensibilidad y humanidad. Pero no es nada de eso. Por el contrario, es el dolor, la aflicción, la desesperación, el horror y el temor del mañana incierto, el que precipita a los amantes el uno en brazos del otro.

Se ha producido el milagro. El milagro del reencuentro.

Kcori Coyllur, la elegida, la única, venía en el séquito del Inca. Acaso como presa futura de la jocundez del señor. La única virgen del sol procedente de la *aclahuasi* de Quito en el séquito. Por su misma condición, la joven viajaba en retaguardia, con las familias de los funcionarios más importantes. Su presencia hubiera pasado desapercibida a no ser porque Sayri Túpac, desafiando el peligro, se introdujera, convenientemente caracterizado, entre la servidumbre. Un vago sentimiento lo había obligado a venir, desoyendo los consejos de sus amigos. Su corazón presentía que Kcori Coyllur debía integrar el séquito del Inca. Y así había resultado. Las circunstancias del viaje habían eliminado las rigurosas condiciones de aislamiento a que se ven sometidas la fiestas y ello había hecho posible que la joven pudiera salir al encuentro de su amado apenas lo viera y lo reconociera.

Y ahora los amantes están juntos, prodigándose el inmenso amor que nutre y alienta sus jóvenes existencias y que se mantuviera incólume a través del tiempo. Y su amor los torna egoístas, insensibles. ¡Es que la naturaleza humana es tan débil a los requerimientos de su propia ansiedad!

—¡Sayri, Sayri mío! —suspira ella, apretándose a él con fuerza, como si fueran a separarlos.

—Sí, bella Kcori, aquí estoy, a tu lado, en cuerpo y espíritu... —responde él, acariciando las tersas y mojadas mejillas—. Tuyo, para toda la eternidad.

Extraño e impresionante es el escenario de muerte y destrucción que rodea a los amantes. Ruinas, ruinas y restos de incendios que otorgan fantástica luminosidad a los cuerpos tensos, ansiosos de caricias, estremecidos del deseo que corre por las venas como fuego líquido.

—No mires a tu alrededor, amor mío... Olvida la terrible fealdad de lo que nos rodea y piensa tan sólo en nuestro amor... En este amor nuestro que es vida y muerte en el mismo instante y que sin embargo nos mantiene aferrados a una ilusión.

—Sayri... Ya no podría soportar más la soledad y la ausencia —suspira ella. Luego, en brusca transición—: ¡Huyamos!... ¡Hu-

yamos a la montaña inaccesible o a la selva, pero huyamos pronto! ¡Ahora, antes de que sea demasiado tarde!

—¿Y permitir que la odiosa fiera destruya a los tuyos?... Piensa en tu padre, el bondadoso anciano Waylla Wisa, en tu madre y hermanos. Huir será condenarlos sin merced.

—Entonces...

—¿Entonces qué?

—Quiero ser tuya en cuerpo, como lo soy en espíritu... El dulce recuerdo de tu amor me dará fuerzas para sufrir la soledad y tu ausencia.

—¡Amor mío!...

—Comprende, Sayri... Peligro de muerte se cierne sobre nuestras cabezas. Tal vez éste sea nuestro último encuentro...

—Mi amor por ti trasciende su humana naturaleza, amada, por su pureza.

—Ya lo sé, pues el mío es también puro como la nieve que blanquea al sol en la cima del *Riti-Suyu*⁽¹⁾... Pero mi ansiedad tiene voz de ancestro, de posteridad. No pienso en ti ni en mí, sino en lo que representamos y deseamos ser...

—¡Detén tu disturbante pensamiento, amada mía! —suplica el joven bravo con acento sollozante, mientras sus manos, como si obraran independientes a su mando, acarician la belleza que sereñamente pudorosa asoma por entre las vestiduras monacales—. ¡Calla, te lo suplico, o no respondo de mí!

—Acalla más bien la voz de tu conciencia, vida mía... Amémonos ahora, por encima del odio, de la crueldad y de la muerte... Seamos el uno para el otro, para siempre... Sí, Sayri... Amémonos... Así... Así...

Las voces se convierten en suspiros y gemidos que en verdad muy poco tienen de humanos aunque su origen esté en el sagrado pozo de la generación. Es la vida que vence a la muerte... La vida que reclama a la especie el cumplimiento de la ley única. Las células del ser, estremecidas de gozo, asisten atónitas al sagrado sacrificio de la iniciación. Y cuando el grito que es mezcla de supremo placer y dolor acude a los labios de la joven, ella lo reprime y valerosamente lo convierte en un suspiro de amor...

Entre el hombre, la montaña y el cosmos se establece una vez más el invisible y poderoso nexo que mueve en un solo y cadencioso ritmo a los mundos y a los seres que los habitan.

(1) Cordillera.

CAPITULO X

La batalla

El gran ejército está en marcha... Nada detiene ya a la avalancha humana. A la cabeza, gran señor en su hermosa litera de oro, va Atahualpa, impaciente por llegar al punto de su cita con el destino. Detrás, bajo el polvo de la soldadesca ebria de triunfos, de chicha y de sangre, quedan las poblaciones sumisas, aplastadas por la supremacía del despotismo. El horror de Tumebamba ha corrido por llanos, valles y montañas como vicuña enloquecida de pavor, llevando el grito de agonía de los miles de mártires a todas las poblaciones del sur. Eso obliga a que tales pueblos se prosternen al paso del amo, temerosos hasta de alzar la mirada hacia él, por miedo a caer fulminados por su augusta cólera... Extraño simbolismo encierra este sometimiento, que recuerda otros de la historia. Otros nombres, Calígula, Heliogábalo, Nerón... surgen del pasado de sombras rojas y negras que se acumulan en antiguas y polvorrientas bibliotecas. Nombres y hazañas que enlutan y avergüenzan el acervo histórico de la humanidad. Expresiones del más bajo instinto surgido de coronadas testas, como de gobernantes de vistosa figura.

Puntual y religiosamente llega la vanguardia del ejército —Atahualpa viaja ahora escoltado por centenas de guerreros armados hasta los dientes— a los puntos de descanso fijados en el itinerario del Inca, a los llamados *tambos*. Si la jornada ha sido fácil, después de la cena, el *Sapan Apu* ofrece una pequeña fiesta. Se bebe, se canta y se baila hasta bien entrada la noche. Luego el Inca elige su pareja de la noche entre las fiestas o princesas del lugar —el nombre y el recuerdo de Sisimac han quedado atrás— y se recoge al descanso. Si el viaje ha sido fatigoso, el Inca se retira

a sus habitaciones y todo el *tambo* se llama a sosiego. Peligro de muerte corre quien se atreva a turbar su reposo.

Así van pasando los días y de ese modo se acortan las mil doscientas leguas que separan Quito del Cuzco. Cada día es menos jubiloso y menos sincero el homenaje de las poblaciones que senciosas y cabizbajas contemplan el paso del usurpador. El gran ejército ha cruzado el linde que separa el Chincha Suyu del Collasuyu... Las precauciones crecen. Estos son dominios del inca Huáscar. Se producen algunas escaramuzas. Las fuerzas leales retroceden. Corre la voz de la invasión...

—¡Mejor que mejor! —comenta después Atahualpa, atragantándose con un trozo de pernil de carnero—. Mi ilustre hermano debe saber las fuerzas y las intenciones que traigo... ¡Nada me disgustaría más que conquistar sin lucha un tan grande y hermoso imperio!

En otra ocasión, en ausencia de informaciones, atosiga a sus espías y emisarios especiales. No quiere creer que ya están por llegar a Caxamalca, hermoso lugar de recreo del Inca del Sur. A su juicio, el ejército de Huáscar debe estar escondido, pronto a una emboscada. Sus temores se desvanecen cada día, sin embargo. Poco a poco se va dando cuenta que en la corte de su hermano la previsión, la disciplina y el orden han dejado de ser tan estrictos como en tiempos del Huayna Cápac. Esta convicción le hace abrigar la seguridad de un fácil triunfo.

Sin embargo, otras noticias llegan, inquietantes, perturbadoras.

—¡Señor!... ¡Hay noticias de más desembarcos de los *auca-sunk'akuna!*⁽¹⁾!... ¡Son seres monstruosos y traen el rayo como arma!

—¿Desembarcos dices, infiel? —brama el déspota—. ¿Cómo es posible que mis bravos guerreros no lo impidan?... ¡Acaso son muchos?

—No, apenas diez veces diez... ¡Pero vienen cubiertos con tales y extrañas vestiduras que nuestras flechas rebotan y se rompen en ellas!...

Atahualpa queda pensativo, preocupado. Bebe en silencio en su vaso de oro. El elixir de los Incas obra en su ánimo y termina sonriendo:

—Dejemos que desembarquen... Y cuantos más lo hagan, mejor... Tan pronto haya conquistado el imperio, caeré sobre ellos... ¡Los aplastaremos como a sucias *sisiman* y nos apoderaremos de sus extrañas armas!

(1) Enemigos de barba.

Lo dice el Inca y eso basta. Nadie se preocupa ya por la presencia de los extranjeros de barba en las costas del imperio del sol. Otro es el problema que deben resolver los invasores del norte.

La proximidad de los baños termales de Caxamalca y la posibilidad de un encuentro con el ejército de Huáscar, ha obligado a Atahualpa a enviar de avanzada al grueso de su ejército, al mando de Chalcuc Chima. No quiere arriesgarse. La lección de Tumbambá ha sido bien aprendida. Mientras tanto, el avance prosigue, lentamente. Caxamalca, desbordada por el grueso del ejército del norte, se ha rendido sin resistencia. Lo que no impide que el *curaca*, pariente cercano del inca Huáscar, su esposa, sus hijos y hermanos, sean ejecutados sin contemplación alguna, junto con un centenar de funcionarios leales, a la vista del horrorizado pueblo.

Durante la noche y por ser aquella una memorable jornada y una conquista de trascendencia, Atahualpa ofrece una fiesta. Hay singular animación en ella. La proximidad del Cuzco, meta de las épicas jornadas, y la posibilidad de un encuentro armado, agudiza la sensibilidad de los incursores. Para disminuir sus efectos, se come, se bebe y se ríe y holga casi sin control. En medio de sus favoritos y cortesanos, Atahualpa se siente como un dios. Parece no haber poder en la tierra capaz de amenazarlo. Se considera seguro bajo la pesada protección del ejército de Chalcuc Chima.

Afuera del palacio real, que ofrece incólumes sus riquezas y comodidades al nuevo dueño, el pueblo se apiña, entre temeroso y cariacontecido. Ha celebrado con sumiso clamor la presencia del gran señor, al cual precediera la noticia de la destrucción de Tumbambá. Algunos, los más temerosos o serviles, han encendido fogatas. Se improvisan grupos musicales, *taquis*. De los depósitos del palacio llegan *tinajas*⁽¹⁾ con chicha, "obsequio del *San Apu* al leal pueblo de Caxamalca" ...

Sayri Túpac, se ha quedado en la contemplación de las estrellas que titilan sobre las altas y blancas cumbres del Ande, mientras su amada Kcori Coyllur reposa sobre su robusto pecho de las agitaciones del amor hecho realidad. Esta tierna escena se ha venido repitiendo todas las noches, a lo largo de dos lunas, que es el espacio de tiempo que separa al presente de las luctuosas jornadas de Tumbambá.

—Amor mío, ¿en qué piensas? —pregunta ella de pronto—. Tu silencio es como un cuchillo agudo que hiela con su filo mi corazón...

(¹) Cántaro de barro cocido.

—Hemos sido felices, es lo único que debe importarnos, hermosa mía —dice él en tono ausente—. A veces es necesario pagar un elevado precio por la felicidad...

—Presiento en tus palabras una intención, amado... Te ruego hables con verdad en tus labios.

—La verdad puede ser dolorosa.

—Nunca más que la falsedad o el engaño... Sí, he sido, soy feliz. Mucho más de lo que me atreví a soñar. Estoy dispuesta a pagar el precio... Habla, pues.

—Hemos de separarnos, bien mío... Lo siento. Es necesario. Tengo noticias de que el ejército de Huáscar ha salido de Cuzco. Debo incorporarme a sus filas.

Se produce un breve silencio, ni muy tenso ni muy doloroso. Hay extraña calma en la voz de Kcori cuando dice:

—Lo supe... Lo supe desde el principio. Por eso quise que fueras íntegramente mío.

—Lo dices en un tono de sorprendente resignación.

—Es necesario, amado... No es huyendo a nuestros deberes como vamos a obtener la dicha final. Yo sabía por anticipado que llegaría el día. Doy gracias a Killa, la diosa protectora de nuestros amores, por haber prolongado tanto tiempo tu permanencia a mi lado...

—Gracias, amor mío, por tu generosa comprensión... No esperé que...

—...que lo aceptara con esta calma? —inquiere Kcori, sonriendo tristemente en la sombra—. Tengo una razón para mostrarme sin miedo frente al porvenir...

—¿Una razón?... ¿Cuál?

Kcori Coyllur toma la mano de su amado y la apoya suavemente en su vientre. Sayri Túpac se estremece. El simbolismo es perfecto.

La fuerza telúrica de la raza vibra en la entraña del objeto amado. Es la vida respondiente a la agonía de la frustración y la desesperanza. El héroe comprende que ocurra lo que ocurra, ellos han cumplido maravillosamente, el ciclo vital. Los amantes pueden sentirse dichosos. Ellos han tenido su minuto de felicidad, que es mucho más de lo que muchos mortales pueden aspirar o lograr en el curso de su existencia.

El resto, sea lo que fuere, la guerra, incluso la muerte, ya no tienen significación ni importancia frente a la maravillosa realización del ser.

Crear es mucho más importante que destruir.

El avance del gran ejército continúa, arrollador, aplastante. La pobre estrategia del pacífico y melifluo Huáscar no produce ningún resultado frente a la eclosal máquina de guerra puesta en marcha por Atahualpa. Chalcuc Chima y Ruminaki, sus dos generales, educados en la misma escuela que Atahualpa, son diagnos ejecutores de su sorprendente concepción bélica. En cambio el *Hipucamayoc* sureño, Apo Camac, aunque es un valeroso jefe, no cuenta con el apoyo necesario del inca Huáscar a sus medidas de fuerza. Huáscar ha sido muy parco en el empleo de fuerzas. Teme que los gastos de una gran gleba agoten las arcas reales, los depósitos. A su errado juicio, limitadas fuerzas estratégicamente posesionadas de ciertos pasos de la montaña pueden, sino destruir el ejército de Atahualpa al menos impedir su avance. Y es en vano que el eficiente Apo Camac haya reclamado una gran organización militar. Sólo las sucesivas y rápidas derrotas de las fuerzas leales y el avance incontenible del ejército del norte hacia el indefenso Cuzco obliga al inca Huáscar a realizar un sacrificio y ordenar la movilización general.

Mientras tanto, puñados de hombres valerosos y ciegos de osadía realizan cruentos sacrificios en su fútil intento de contener el arrollador avance. El ejército del norte parece un enorme ejército de hormigas gigantes que avanza incontenible en ordenada y disciplinada marcha. Adelante van los exploradores, luego las patrullas adelantadas, a las que siguen las fuerzas de choque y las de limpieza, en ese orden. Cuando tropiezan con un paso difícil, éste es cercado y otros exploradores buscan nuevos pasos. De ese modo son superadas las débiles fuerzas de contención, las cuales, finalmente, son destruidas. Y después de eso el alud humano sigue su trágico rodar.

No obstante, la resistencia se hace cada vez más fuerte, a medida que decrece el número de leguas que separa a los invasores de la capital del imperio. Fuerzas adelantadas del ejército regular de Huáscar intentan lo imposible, aunque el objetivo a alcanzar sea meramente el de demorar el avance hasta tanto se organicé el gran ejército de represión.

Tal es, en términos generales, la situación militar imperante. Atahualpa continúa en Caxamalca, llevando una placentera existencia, bajo la custodia de una tercera parte de su ejército. El astuto y eficiente Inca explica esta conducta diciendo a sus consejeros y favoritos:

—Chalcuc Chima y Ruminaki, con el grueso de nuestro ejér-

cito, procurarán destruir a las fuerzas enemigas y conquistar el Cuzco... Nosotros, con Khiskhis al mando del resto de nuestras fuerzas, permaneceremos aquí, alertas y en pie de marcha, para el caso de que Chalcuc Chima y Ruminaki sufran un revés y requieran una ayuda.

—Y si sus fuerzas son destruidas, haciendo imposible e inútil nuestra ayuda? —le preguntan.

—En tal caso, las tropas de refuerzo escoltarán y protegerán nuestro regreso a Quito, donde no tardaríamos en organizar otro gran ejército...

Lógica simple en una estrategia todavía más simplista aunque utilitaria y egoísta. Pero la misma va rindiendo óptimos frutos, porque el grueso del ejército prosigue su incontenible marcha hacia el sur.

En un punto de la agrietada cumbre de impresionable altitud, hasta donde llega el camino caracoleante y escalonado del Inca, la montaña se parte en dos, dejando a la vista un enorme e impresionante tajo cuya parte superior tendrá unos cien pasos, en tanto que el fondo abismal se pierde a la vista entre jirones de nubes. En este sitio se ha construido un puente colgante. El material empleado es el agave, de fibras de admirable resistencia. De él están hechas las gruesas cuerdas que sirven de pasamanos, las que soportan los maderos del piso y el peso de los transeúntes. Su estabilidad y capacidad es tal que pueden pasar al mismo tiempo varias personas o diez llamas cargadas. Se lo conoce con el nombre del puente de Kauchay Inti.

El capitán Sayri Túpac, incorporado efectivamente a las fuerzas defensoras y al mando de doscientos hombres, ha recibido la orden de defender dicho paso. Llegado allí y luego de estudiar el terreno, el joven capitán hace su plan de combate. Dejando atrás a uno de los lugartenientes llamado Cahuide, al mando de cien hombres, con la misión de impedir el avance de las tropas enemigas, al frente de los otros cien atraviesa el puente. Con gran consternación ven luego sus hombres cómo prende fuego al puente, destruyéndolo por completo y haciendo imposible no sólo el avance sino la propia retirada. Pero ninguno de sus bravos se atreve a quejarse. Son voluntarios de la muerte. Cada uno, armado de arcos y flechas, de hondas, de clavas, ocupa entonces una posición estratégica entre los cortes y los pliegues de la montaña.

—Guardaréis absoluto silencio e inmovilidad hasta tanto yo dé la señal de atacar —había ordenado Sayri Túpac.

Hay admirable serenidad en la conducta del joven capitán.

A parte del absoluto desprecio al peligro, en sus precisas órdenes se advierte la seguridad, el dominio de sí. Al parecer, el joven capitán no tiene ya clavada en su alma la flecha de la desesperanza y la angustia. Aunque hay velada tristeza en sus expresivos ojos negros, también se advierte en ellos resolución de fuego.

La larga y penosa permanencia en la cumbre parece no afectar mayormente a los bravos que esperan la llegada de los enemigos. Aunque el frío y aullante viento parece cortar sus carnes como afilados cuchillos y ni siquiera tienen el recurso de poder encender fuego, se mantienen inmóviles, alertas, en permanente tensión. De vez en cuando, con indómita mansedumbre, se los ve echar mano a sus *chuspas* y sacar un puñado de maíz hervido y *charqui*, o un manojo de coca. Los más prefieren esta última. La tonificante hierba les ayuda a soportar el frío. Mejor dicho, los hace casi insensibles al frío, al hambre, a la fatiga, al sueño...

Dos días con sus noches transcurren así. Pareciera imposible y aun cosa de milagro el hallar con vida y sin síntomas de congelamiento a esos hombres, al salir el sol de la tercera jornada. Pero ahí están, fuertes, musculosos, ágiles, la mirada rápida, el brazo pronto, la resolución incambiable. Hoscos y silenciosos, pero animados de admirable valor.

Al promediar la mañana del tercer día, por la abrupta y rocosa pendiente, sembrada de matas verdes coronadas de pequeñas flores amarillas y rojas, corren silenciosa y mansamente pequeños arroyuelos de agua cristalina, procedente de la nieve derretida por el padre sol. Es entonces cuando se oye nítidamente el ruido del cauteloso paso de los exploradores enemigos. Adelante viene uno. No lleva más armas que un arco y flechas. Eso hace ágil su paso, detrás, a trescientos pasos o más, vienen otros dos, los cuales no sólo observan detenidamente el avanzar de su compañero, sino que escrutan con atención los mil y un recovecos de la montaña. Más atrás, lentamente, avanza el primer grupo de choque, no más de veinte hombres pesadamente armados. Luego una compañía y más atrás, por compañías y armas, el resto del ejército de avanzada. Treinta y cinco mil hombres en total. Número considerable, sin duda, pero no tanto si estimamos que, sin mucho esfuerzo, Atahualpa hubiera podido reunir hasta cien mil hombres.

El primer explorador llega hasta la cabecera del destruido puente, cuyos ennegrecidos restos cuelgan a jirones sobre el abismo. Protegiéndose en un peñasco observa detenidamente la destrucción causada, luego la parte opuesta del insondable abismo, los alrededores. Por ninguna parte un enemigo. La conclusión

resulta lógica: después de incendiar el puente, el enemigo se ha batido en retirada. Ni por asomo se le ocurre mirar detrás de sí, donde, aunque ocultos, permanecen cien hombres resueltos a todo.

—¿Qué esperamos aquí? —había preguntado uno de los bravos al joven capitán.

—Permaneceremos ocultos y en absoluto silencio —había respondido Sayri Túpac—, hasta que, reconstruido el puente, empiece a cruzar el grueso de las tropas... Abrigo la esperanza de que también vengan los jefes y el usurpador. Atacaremos entonces. Destruido el miserable, la guerra habrá concluido...

Así, con sencillez y serena resolución se han creado los grandes gestos de la humanidad. En verdad, no hace falta nada más que la resolución de un valiente para dar sentido heroico a hechos o circunstancias que podrían pasar sin gloria ni pena.

Los tres exploradores se hallan ahora reunidos. Estudian. Deliberan. Uno de ellos retorna. Regresa acompañado de varios hombres. Estos toman posición defensiva en las cercanías de la cabecera del puente. Vienen más hombres. Son portadores de grandes rollos de gruesas cuerdas. Empiezan a trabajar. Todavía no hay presencia de enemigos. Los capitanes cambian impresiones. Parece improbable que el enemigo haya huido, pero hay que rendirse a la evidencia.

Guerreros ágiles, musculosos, llevando sus armas a la espalda, son atados a la cintura con las cuerdas. Se balancean sobre el abismo. El balanceo crece, hasta que en el vaivén los hombres alcanzan la pared de roca opuesta. Se toman de alguna saliente y trepan por ella. Son expertos y diestros en ello. Van a llegar a la cima. Asoman ya sobre el borde...

De pronto, aullando como mil demonios juntos, algunos de los bravos de Cahuide dejan sus escondrijos disparando sus flechas. Los cuerpos atravesados de los dos exploradores se balancean sangrantes en el abismo, mientras una colérica lluvia de flechas cae sobre los bravos de Cahuide, abatiendo a alguno de ellos.

Pero el juego ha sido descubierto y los expertos del bando de Atahualpa toman las medidas necesarias. Esta vez no son dos sino diez los hombres que se balancean sobre el abismo y llegan al muro opuesto y trepan por la perpendicular e imposible pendiente. Y una nueva y sostenida lluvia de flechas cae sobre los defensores, impidiéndoles dejar sus refugios y atacar a los que han logrado cruzar. Y aquéllos que osan salir caen cubiertos de flechas.

De los diez hombres, sólo dos se precipitan al abismo, heridos

de muerte. Y mientras otros dos tienden rápidamente las cuerdas a través del abismal tajo, sus seis compañeros los protegen. Más hombres se deslizan rápidamente por las cuerdas tendidas. Pronto los seis son doce y luego veinte y cincuenta. En la misma proporción aumentan los que se aprestan a reconstruir el puente, primero precariamente y sólo para dar paso al mayor número de guerreros. Estos se batén con los defensores en sangrientas luchas cuerpo a cuerpo. Caen los cuerpos atravesados, mutilados, descafezados. Pero el número de los atacantes aumenta por momentos, haciendo imposible toda resistencia. Al ver que sólo lo rodean diez de sus bravos y que todos están heridos, Cahuide lanza un grito de desafío y se bate en retirada, cubierto de sangre y de heridas. Los atacantes responden con alaridos de triunfo que el eco lleva temblorosamente por el abismo.

A partir de aquel momento la actividad en el puente crece. Cruzan más guerreros, los cuales salen de avanzada, para evitar un sorpresivo ataque. Son cien, doscientos los hombres que trabajan en el puente. Como hormigas que establecen el curso de un cauce difícil. Promedia la tarde y el puente está concluido. Su aspecto es más nuevo y resistente que el anterior. El ejército empieza a pasar... Ahora suman miles.

Los bravos de Sayri Túpac se mantienen en sus escondites, confundidos con las rocas, tal es su inmovilidad. A sus pies, los hombres-hormigas, trabajan, hablan, ríen, afilan sus armas. Nada de eso los commueve. Esperan su oportunidad... La oportunidad que acaso ningún guerrero tuvo en la historia: la de convertir una derrota cierta en victoria.

Pero la suerte está echada y no son los actos heroicos o suicidas de los hombres los que van a trocar el decurso de los hechos marcados en la órbita de las estrellas...

A uno de los guerreros se le ocurre de pronto realizar una necesidad, lejos de la burlona mirada de sus compañeros. Sube, pues, y va a situarse detrás de un peñasco. Antes de que pueda comprender lo que está sucediendo lo abate un certero golpe de clava. Sin embargo, su grito de agonía rebota en estremecedores ecos por la montaña, alarmando a los otros.

Eso es suficiente para desatar la violencia, la destrucción y la muerte, el horror. Son cinco mil guerreros, cinco mil salvajes ebrios de fáciles triunfos y de sangre. En espectaculares saltos se desparraman por la difícil y cortada gradiente, entregados con salvaje gritería a la caza de los ilusos y héroes fracasados. Y empieza la matanza... Los cráneos de los perseguidos saltan en fragmentos antes de que consigan esbozar una defensa, pues son atacados

por veinte y treinta guerreros a la vez. O caen atravesados por varias lanzas al mismo tiempo. O acribillados a flechazos. Los cien valientes ven reducir así su número a cincuenta, a treinta, a quince, a diez, a cinco...

Y, ¡oh manos sagrados que protegéis la honra de los héroes!, entre esos cinco se encuentra Sayri Túpac. El capitán de los valientes está cubierto de heridas, pero su brazo no se cansa de repartir golpes de *chaupiyki*. Está rodeado de cadáveres. Los valientes, que se han puesto de espaldas para protegerse mutuamente, forman una formidable máquina de guerra contra la cual nada pueden los guerreros enemigos que los atacan en masa, en número impresionante, difícil de precisar. Y así, devolviendo golpes y destrozando cabezas y costillas, los cinco héroes van de un lado a otro, intentando escapar al anillo de roca que los rodea.

Pero todo es vano. El sino trágico ha de cumplirse, fatalmente. Así lo comprende el amante de Kcori Coyllur cuando de pronto se encuentra al borde del insomitable abismo... Ahora sólo son tres los que se defienden, penosamente, el brazo rendido, el aliento exhausto. Luego dos y después uno...

Los guerreros de Atahualpa suspenden el ataque en masa para contemplar al hombre que van a ultimar, está cubierto de sangre, propia y ajena, de la cabeza a los talones. Tanto que parece un dios rojo emergido del abismal fondo que hay a sus pies. Y en un último rasgo de respeto y supersticioso temor contiene a los brazos armados que van a exterminarlo.

—¡A él!... ¡Mátenlo! —ruge alguien detrás de la soldadesca—. ¡Nuestro *Sapan Apu* dará un premio por su cabeza!

Eso basta para convertir la admiración y el respeto en codicia desenfrenada. Varios brazos se estiran a la vez dando el golpe mortal... ¡pero sólo agitan el vacío!

Un terrible e inhumano alarido, en el que se advierte profundo desprecio a la vez que nostálgica desesperanza, marca el negro abismo como una parábola de fuego. Y la apuesta figura de Sayri Túpac, el héroe, desaparece, para siempre, en el abismo de su infortunada existencia...

El gran ejército del norte continúa su victorioso avance. Las doscientas leguas que separan a Caxamalca del Cuzco van reduciéndose progresivamente. Las medidas preventivas que toman los dos hábiles generales, Chalcuc Chima y Ruminaki, obvian las

trabas y obstáculos que los desesperados defensores oponen a su paso. Por lo demás, la resistencia cede y se hacen más esporádicas las acciones defensivas tales como el bloqueo del camino real o la destrucción de puentes.

—¡Estamos ya en territorio Cuzqueño! —exclama jubilosamente el general Ruminaki cierta tarde, oteando un lejano valle envuelto en la azulada bruma de los ventisqueros—. Si no me equivoco, aquél es el río Apurimac.

—Así es —responde parco Chalcuc Chima—. Los constructores de puentes que preparen todo el material necesario para construirlos, pues deben haberlos destruido... Enviaremos un *chasqui* a nuestro señor con la noticia.

Organización, disciplina, son virtudes que caracterizan a los grandes ejércitos. O, dicho de otro modo, los buenos ejércitos se logran con buena organización, disciplina y responsabilidad.

Virtudes de las cuales, precisamente carece en esta ocasión el ejército del sur. La aproximación del ejército enemigo ha conseguido por fin arrancar al Inca reinante de su mórbida y muelle existencia. Aunque a regañadientes da orden a sus ministros y funcionarios para que pongan todos los recursos de la nación a la orden del general Apo Camac. Pero éste hace observar con todo respeto que ya es demasiado tarde para formar un eficiente ejército con los vastos recursos humanos que es posible hallar en el Collasuyu, el Antisuyu y el Contisuyu. Por tanto, fuerza es echar mano de cuantos están cerca, un heterogéneo conglomerado humano que, por cierto, no posee las virtudes guerreras del adversario. Sin embargo, se logra reunir un importante número; treinta mil hombres, los cuales se forman por armas. Con los jóvenes aristócratas del Cuzco, Huáscar integra su cuerpo de escolta. Son unos mil doscientos jóvenes, animosos pero inexpertos. En verdad, el improvisado ejército es en general más habituado al uso de la *talía* ⁽¹⁾ que al de las armas. Pero va a la guerra armado por el impulso de defender a su señor, el único y legítimo sucesor del gran Huayna Cápac.

La retirada de los últimos defensores de los pasos de la cordillera es tan apresurada que se omite bloquear los senderos o destruir los puentes. Todos quieren integrarse al ejército que se ha formado en retaguardia y que está pronto a dar la gran batalla. Frente a esta realidad, las pequeñas escaramuzas ya no tienen ninguna importancia. El general del sur se entera, con gran indignación, que los dos puentes sobre el Apurimac no han sido

(1) Azada india.

destruidos, pero se consuela pensando que esa circunstancia acelerará la retirada del enemigo en derrota.

Ya han iniciado el cruce del río Apurimac las huestes del Inca del Chinchasuyu. Al otro lado se extiende la llanura de Quitaypan, reservada al parecer por la naturaleza para escenario de un memorable hecho de armas. Allí está esperando el ejército de Huáscar. Apo Camac, el generalísimo, ha dispuesto sus efectivos en tren de batalla.

Lo mismo hacen Chalcuc Chima y Ruminaki, si bien adelantan sólo una parte de sus efectivos, dejando más de la mitad de reserva, escondidos en los pliegues de la montaña. Las fuerzas de reserva se componen en lo principal de arqueros y honderos.

Concluye el día cuando los aprestos de la batalla se dan por terminados. Las dos grandes fuerzas están prontas al choque. Mientras tanto, fuera del tiro de honda, enciéndense fogatas y los guerreros sentados alrededor comen, beben y bailan danzas alusivas. Idéntico entusiasmo parece animar a los dos ejércitos y es evidente que cada cual pretende defender legítimos derechos.

Esa noche los guerreros duermen como leños, sin inquietudes. Las leyes de guerra inca señalan ciertos límites que no se pueden trasgredir so pena de infamación. Nadie se detiene a pensar que este mismo campo donde ahora reposan estará cubierto mañana de cadáveres y empapado en sangre de hermanos. La ciega ambición de un hombre de sangre real los lleva a enfrentarse en una lucha fratricida, no obstante los lazos de idioma, de religión y aun de sangre...

¿Pero qué guerra no es fratricida? ¿No somos los seres humanos miembros de una sola raza? Este principio, que no debiera olvidarse jamás, es enterrado por los mercaderes de la muerte, por los que promueven y fabrican contiendas basados en falsos conceptos de honor, de soberanía y de nacionalismo. Porque honor y soberanía son indivisibles, no retaceables piezas de paño pertenecientes a mercaderes inescrupulosos.

Al asomar el rey de los astros sobre el campo de batalla, encuentra a los hombres prontos a destruirse. Sin embargo, aún se deben realizar algunos actos importantes, entre ellos la ceremonia del sacrificio del padre sol. Los guerreros inician devotamente un cántico de imploración a los dioses, mientras los sacerdotes sacri-

fican a un carnero colorado y los augures estudian las entrañas, para saber de quién será la victoria. Los *calparicuc* de ambos ejércitos producen la misma respuesta: la victoria será del ejército que trae la honrosa misión de establecer el legítimo y justo derecho de la sucesión.

—¡Los dioses están conmigo! —exclama el inca Huáscar al conocer el veredicto.

—¡Los dioses han hablado por nuestro *Sapan Apu!* —dicen los generales de Atahualpa.

La presencia de Huáscar en el campo de batalla tiene una explicación. El *Villac Umu* de su reino y sus ministros y consejeros le han aconsejado hacerse cargo del mando en la batalla. Eso no solamente dará valor y decisión a sus hombres, sino que desconcertará al enemigo, puesto que el usurpador ha quedado escondido a doscientas leguas de distancia. Cabe, por otra parte, la posibilidad de que esas fuerzas vean en él al único y verdadero Inca y se pasen a su bando.

Jubiloso al solo pensamiento de tal posibilidad, Huáscar se ha trasladado de madrugada al campo de batalla, rodeado de su rumorosa y entusiasta guardia. Ha comunicado a su sorprendido general, Apo Camac, que él asume el mando total. Después ha tenido lugar la ceremonia del sacrificio.

Ahora, mientras los cánticos de los soldados aún hienden los diáfanos aires del montañoso valle, el Inca se vuelve a su general y le dice:

—¡Pronto, dime cuál es tu plan de batalla!

El desconcertado general se lo explica. No ofrecer una batalla frontal, porque la experiencia del enemigo puede ser su arma de triunfo. La consigna debe ser dividir y aislar por grupos a las fuerzas enemigas, lo que hará más fácil su destrucción.

—¡No, no! —exclama el improvisado generalísimo airadamente. —¡Eres ciego y no ves que nuestras fuerzas doblan en número al enemigo?

—Posiblemente hay más tropas escondidas, prontas a ser utilizadas como refuerzo —responde Apo Camac, amoscado.

—¡Tonterías!... ¡Un energético y resuelto ataque frontal con todos nuestros efectivos y el enemigo se batirá en retirada!... ¡Qué enarbolean los estandartes de guerra!

Los cánticos de impetración aún vibran en el aire cuando, en obediencia a la orden del Inca, se oyen los roncos pero agudos sones de los *pututus*. Es la orden de avance. Este se hace por armas. Adelante los honderos, luego los arqueros. A continuación los lanceros y por último los que llevan la pesada y

mortal clava o maza nudosa, la *chaupiyki*. Cada una de estas fuerzas lleva su pendón de guerra que las distingue y cuyos vivos colores —rojo, amarillo, verde o negro— aparecen también en los *llautus* de los guerreros. Casi todos llevan cascos y escudos de madera, algunos adornados artística o ricamente. Los oficiales llevan además largos y pesados cuchillos de bronce a manera de espadas.

Hay algo que determina de antemano el orden de la batalla. Los dos ejércitos son en realidad uno solo, pues practican la misma táctica. No habrá, pues, maniobras ni sorpresas. Esta será una lucha frontal, sin cuartel, y el triunfo será del que demuestre mayor valor, resistencia y disciplina.

Por fin las fuerzas llegan a estar a tiro de flecha. Se intercambian furiosas ráfagas que por momentos ensombrecen al sol. Pero los efectos son magros. Sólo algunos heridos quedan en el campo, ocupados en arrancarse las flechas.

El avance ha sobrepasado la distancia mínima y ahora son los honderos los que descargan sus piedras, algunas grandes como puños, muchas de las cuales desbordan la frágil resistencia de escudos y yelmos. De ese modo aumenta el número de heridos y contusos, pero se está muy lejos de haber logrado una definición de la batalla.

De pronto, arqueros y honderos se abren en abanico y retrocediendo van a ocupar puestos de retaguardia, desde donde continúan hostigando al enemigo. Los lanceros han quedado frente a frente, separados apenas por un centenar de pasos. Menudean los insultos y las imprecaciones. Se endilgan toda clase de epítetos mal sonantes, lo que demuestra que no sólo los pilluelos de París conocen la técnica de la provocación. Y de pronto, sin que medie una orden, los grupos se lanzan unos contra otros.

Junto a las maldiciones se oyen ahora los gritos de agonía de los heridos. La sangre empieza a correr a raudales. Caen hombres con los pechos y los vientres atravesados. Algunos huyen gritando como enloquecidos, llevándose las entrañas entre las manos. Otros yacen con los cuellos partidos, los ojos salidos de las órbitas. Y la mutua matanza está en todo su apogeo cuando intervienen los gigantes de las mazas con enormes clavas de madera.

¡Y entonces la mortandad adquiere aspectos horripilantes!

Las clavas, ciertamente, son armas temibles y necesariamente mortales. Si sus golpes caen en la cabeza ésta se parte como un huevo, en cien partes, no importa el casco protector. Si golpean el torso, toda la osamenta cede y queda triturada. Si son los

miembros los afectados, quedan inutilizados para siempre, astillados.

De ese jaez son los estragos que se observan al principio en los dos bandos. El campo verde y lozano del valle se va cubriendo de rojos manchones, en tanto los agonizantes y los muertos van tomando posesión del único trozo de tierra legítimamente suyo.

La mortal lucha continúa de este modo, por algunas horas, sin que se observe ventaja alguna para ninguno de los bandos. Si las huestes de Huáscar son más numerosas, las de Atahualpa tienen mayor experiencia y su estado atlético es perfecto.

Por momentos, sin embargo, pareciera que el número se impone a la veteranía, pues se ve retroceder a los hombres del norte, no en conjunto, sino en grupos.

—¡Los nuestros están ganando! —grita Huáscar alborozado que, como buen general, se mantiene a buen recaudo, mero espectador.

—¡No, es una maniobra! —responde Apo Camac, agitado en su cólera—. ¡Ordena que no se persiga a los fugitivos!

Pero Huáscar está demasiado entusiasmado para prestarle oídos. Mas no tarda en salir de su error. Sí, es efectivamente una maniobra. Los presentes fugitivos corren hacia las laderas, donde permanecen ocultos los refuerzos. Honderos y arqueros salen sorpresivamente y en rápido ataque ralean las filas de los atacantes. El resto huye a la desbandada.

Esta maniobra no es la única, sin embargo. Los meros espectadores advierten pronto una táctica de combate que va dando, poco a poco, óptimos resultados a las fuerzas norteñas. Los gigantes que llevan las mazas no golpean directamente a la cabeza. Amagan golpes a las desguarnecidas piernas y cuando el enemigo baja los escudos para protegerse, con hábil movimiento, continuación del anterior, provocan destrozos mortales en la estructura humana superior.

Es decir, lenta pero seguramente se va estableciendo la superioridad combativa de los norteños, lo que equipara la desigualdad numérica. Por otra parte, los sureños, guerreros improvisados, no son expertos en el uso de las armas que poseen. Así, por ejemplo, los que utilizan las mazas o clavas no son altos ni fuertes —nada comparado con la meticulosa selección realizada por Atahualpa—, ni hábiles como sus adversarios. Todo esto hace que los cuerpos que caen sean más del ejército del sur que de los otros.

Pasado el mediodía sin que la lucha quedara definida aún,

pues las pérdidas ocasionadas por la inabilidad y la inexperiencia son reemplazadas por el ardor y el valor puestos en la lucha, los generales norteños juzgan llegado el momento de hacer intervenir a las frescas fuerzas de que disponen. Quince mil hombres más se esparcen sobre el valle, rodeando a los combatientes y eligiendo como blanco a las ya exhaustas fuerzas del inca Huáscar.

La consternación de Apo Camac no tiene límites. En cuanto al Inca, convencido de su tremendo error no encuentra otro modo de enmendarlo que exclamar:

—¡Hombres de la guardia!... ¡A mí!...

Y lanzarse ciega y furiosamente a la batalla. Pero es más la reacción natural de una naturaleza pacífica ofendida o dolida en extremo, que la decisión de un espíritu varonil dispuesto a la lucha. Su indecisión frente a los hombres que luchan a brazo partido, descargando sus flechas, sus hondas, sus mazas y sus lanzas, abatiendo al enemigo en escenas de violencia y de sangre que vence su delicada naturaleza, induce a los jóvenes de la guardia a rodearlo protectivamente mientras se alejan del teatro de la lucha.

Esta continúa, cruentamente, a lo largo de la tarde. Ahora es impresionante el tendal de muertos y agonizantes que cubren casi todo el perímetro de la llanura. Los que aún quedan en pie, sin tomarse un respiro, siguen golpeando y segando vidas como meses, sin darse cuartel. Ha resucitado el viejo odio de pueblos ancestrales que no se unieran sino bajo la presión de una mano fuerte.

El ejército del sur se halla ahora tan dislocado y diezmado que las fuerzas enemigas pueden desplazarse a voluntad y aún realizar maniobras, atacando de frente o de flanco, envolviendo por zonas o grupos. La confusión entre los del sur es cada vez más patente, mientras que aumenta la eficacia de los otros. Los primeros tropiezan con sus propios heridos y muertos, o resbalan en su propia sangre y caen. Los arqueros y honderos tiran a ciegas, hiriendo muchas veces a sus propios compañeros. Los grupos que el enemigo aisla son rápidamente exterminados...

La derrota del ejército del sur es un hecho irreversible.

Así lo comprende el general, el cual se dirige al Inca y con ojos húmedos por la emoción, le dice:

—Señor, la derrota es un hecho... Te ruego vayas a la fortaleza de *Sacsahuaman*, donde estarás a salvo mientras se organiza otro ejército... Yo y mis valientes cubriremos tu retirada.

Y sin esperar respuesta se lanza ardorosamente a la lucha, seguido de sus ayudantes, ordenanzas y guardias.

Huáscar echa una última y triste mirada hacia el campo de batalla cubierto ya por las sombras del atardecer y alcanza a ver que algunas de sus mejores tropas han vuelto la espalda al enemigo, buscando en la fuga la salvación. Comprende la sensatez de la recomendación del general y agachando la cabeza se introduce en la litera real y deja que sus porteadores inicien un ritmico y apresurado trote en el intento de alejarse del peligro.

Pero ya es demasiado tarde. Uno de los generales enemigos, Khiskhis, ha advertido la maniobra. Da la voz de alarma y seguido de numerosa tropa se lanza en persecución del fugitivo. La juvenil y entusiasta guardia ve su oportunidad de luchar por su señor, pero pronto es aventajada por la pujanza y la experiencia de los veteranos. Así llegan a comprender los noveles aristócratas que una cosa es lucir bonitos uniformes y pendones en los salones de la nobleza y muy otra enredarse en sangrientos encuentros. Los mil nobles-guardias son exterminados con relativa facilidad y Khiskhis se da el contento de aprisionar a Huáscar por su propia mano.

La victoria del ejército del norte ha sido completa. No sólo el inca Huáscar es prisionero, sino que su ejército ha sido totalmente destruido. Los que no yacen, agonizantes y muertos, en el que fuera verde valle, se hallan dispersos y fugitivos en las sierras vecinas.

Los generales rebeldes, eupóricos y ebrios de triunfo, reorganizan sus filas y dan orden de avanzar sobre la capital del imperio incaico, que había quedado desguarnecida, y ocuparla en nombre de su señor, el único Inca, Atahualpa.

Lejos, hacia el poniente, el cielo se ha teñido también de rojo. Es como si los manes de la patria incaica pusieran de nuevo en evidencia la sentencia del oráculo de Wiracocha: "...la sangre de los incas correrá...".

El palacio real de Caxamalca, situado cerca de las termas, como a una legua de la población, es el centro permanente del desenfreno y la orgía. La situación de guerra imperante no impide que Atahualpa renuncie a sus placeres favoritos: comidas exquisitas, dorado elixir de los incas y mujeres. Sobre todo, mujeres. No es aventurado decir que casi cada noche se produce

la iniciación sexual de una virgen. A lo sumo, cuando la virgen es bella y tiene sugestión y personalidad, la unión dura algunos días o tácitamente la joven va a engrosar el elevado número de las concubinas. De lo contrario, la galante aventura pronto se pierde en el rosario de muchas noches iguales.

Atahualpa se halla ocupado en tan gratos menesteres, halagando a la virgen de turno antes de la consumación del sacrificio. El palacio se halla convertido en un haz de luz, ruido, agitación y música. En este preciso instante hace su impetuosa entrada uno de los hermanos naturales del Inca, Illescas, honrado, como sabemos, con el cargo de *Tucayricuc*.

—¡Incallay!... ¡La gran noticia! —exclama en la misma entrada, alzando los brazos alborozadamente—. ¡Hemos triunfado!... ¡Chalcuc Chima y su ejército vencedor han entrado en el Cuzco!... ¡Huáscar ha sido hecho prisionero!

Un silencio enorme, aplastante, se adueña del salón y arroja a los alegres ruidos anteriormente soberanos del lugar. La incomprendición, la incredulidad se pintan en los rostros estragados de los licenciados, incluso el Inca. Pero entonces estalla un potente y jubiloso *¡haillu!* y todo el gentío le hace eco. La gran sala amenaza desplomarse con la algarabía. Hombres y mujeres saltan, se abrazan, gritan, vitorean, ríen y cantan patrióticos sones. El Inca, sonriente, emocionado, recibe el caluroso homenaje de sus cortesanos, mientras su corazón se halaga con gratos pensamientos...

Al fin es el *Sapan Apu*, el verdadero único señor, el heredero del trono y las glorias de antepasados tan ilustres como Pachacutec o Tupac Yupanqui. Puede ya colocarse el *llautu* con la borla roja, insignia de la realeza, y empuñando el *yauri* y el cetro de oro, ser el *Sapa Inca*...

Atahualpa sigue sonriendo y recibiendo el halagador homenaje de sus favoritos, mientras su astuta mente va calculando y midiendo los pasos por dar. Primeramente será necesario consolidar el poder y el trono. Huáscar vivo, aunque prisionero, es una preocupación. Y lo mismo sus hermanos, herederos en potencia del trono del Inca... Convendrá tomar drásticas medidas al respecto. Ahora mismo. Mañana puede ser tarde...

Y el *Sapa Inca* se incorpora de golpe, rechazando con un rudo ademán a la virgen semi desnuda que yace a sus pies. Por primera vez se le ve renunciar a un grato entretenimiento en aras de una razón de Estado.

—¡Pronto!... ¡Necesito tres *chasquis* que vayan al Cuzco! —ordena a Illescas.

El Jefe de Policía sale como una exhalación. Momentos después, el Inca envía sus mensajes. El primero es una orden para que todos los incas, hermanos y parientes del vencido Huáscar, se reunan en el Cuzco. Otro lleva la orden de que Huáscar sea encerrado en la fortaleza de Xauxa. Hay un tercer mensaje, personal y reservado, para cierto personaje influyente que permanece al lado de los generales como observador personal del Inca.

Sólo después de haber tomado estas medidas vuelve Atahualpa a su diversión favorita. Pero la virgen que le ha tocado en suerte esta noche lo advierte pensativo, ausente, impersonal. Apenas satisfecho su placer, retorna a sus habitaciones. Allí, solitaria, se encuentra Ima Sumac. Hace tiempo que el reproche y el rencor han muerto en el corazón de la Colla. Ha comprendido, aunque un poco tarde, que Atahualpa, su amado esposo, es un producto de su época, tan corrupto y sanguinario como puede ser cualquier otro. Con la ventaja que acaso posea cualidades no desarrolladas aún, por falta de oportunidad.

—El encontrarste todos los amaneceres haciendo vigilia me tortura el corazón —dice Atahualpa al entrar, cayendo de rodillas junto a su esposa.

—¿Por qué las palabras del hombre han de ser siempre como hojas que lleva el viento?... Si lo sintieras, podrías evitarlo.

—¿Y dejar de ser el Inca?... ¡Me pides un imposible!

—Ya lo ves... —suspira Ima Sumac—. Pero me halaga que seas cortés y vengas a verme, supongo que a darme la noticia...

—¿La conoces ya?

—Sí... Me la han traído mis doncellas.

—No lo dices con alegría.

—Pienso en las consecuencias de tu victoria, Atahualpa... Un soberano justo y magnánimo, dará iguales oportunidades a los vencidos. Despues de todo, ¿no somos hermanos?

—Es curioso, al venir aquí pensaba en ello... ¿Dónde termina mi papel de hombre y empieza el de soberano?... ¿En qué consiste lo justo y lo verdadero?... ¿Me sostendré en un trono débil y temporal sólo por el privilegio de ser magnánimo?... ¿Qué es más importante para nosotros, para ti y para mí, ser solamente humanos o soberanos de cuya sabiduría de gobierno depende la felicidad o la desgracia de miles de hogares y *ayllus*...? (1) Responde a esto, si puedes. Se la he pedido a los dioses, pero ellos se muestran sordos y mudos.

—La respuesta está en ti mismo —responde la hermosa Colla

(1) Familias.

con gravedad—. Es en tu corazón donde hallarás la contestación. Nadie, ni tus consejeros ni tus sacerdotes o augures te podrían decir en verdad lo que debes hacer...

—Sí, creo que es así... Pero mi corazón y mi mente se debaten en sombras. Por eso vine a ti. Tú eres mi esposa, parte de mí mismo. Tú sabes o debes saber cuáles serían mis sentimientos después de la victoria...

—Sí, creo conocerlos... Por eso me encuentras despierta, temblando. Y por eso te pedí, hace unos instantes, que sólo intentaras ser justo y magnánimo... Eso consolidará tu poder, en lugar de debilitarlo.

—¡Oh!... ¡Oh!...

—¿Qué sucede, esposo mío?

—¡Desdichado de mí!... ¡Una vez más me dejé llevar por mis impulsos!... ¡Debí hablar contigo antes de despachar los *chasquis*!... ¡Ahora ya no hay poder humano que los detenga!...

—¡Hace mucho que partieron?

—Sí, cuando aún era temprana la noche.

—Entonces... ¡Qué los dioses tengan piedad de ti! —exclama Ima Sumac, desplomándose sollozante en el lecho.

6

Cuatro días después de la victoria, tiempo que han demorado los *chasquis* en llevar la noticia y traer la orden a través de doscientas leguas de distancia de un camino imposible, una gran reunión se celebra en Curicancha, la plaza principal del Cuzco. Allí han sido convocados los nobles incas, parientes cercanos del prisionero real ya instalado en Xauxa. A cuantos les es posible llegar en término vienen armados de los mejores propósitos de amistad y acatamiento a la nueva autoridad del Inca. Los principales vienen a acompañados de sus esposas e hijos. El pueblo se arremolina en los alrededores, curioso o intrigado. Mas nadie abriga temor. La guerra ha terminado. Se espera que el nuevo Inca, de quien se dice que es energético, capaz, emprendedor, continúe la obra constructiva de su padre, ya que Huáscar, demasiado indolente y afecto a la molicie, muy pocas luces había demostrado. Además, ¿por qué tener miedo? Hasta las tribus más salvajes tienen sus leyes de guerra, de respeto al vencido. ¿Lo ocurrido en Tumbesamba? Puede achacarse al celo combativo y al deseo de revancha luego de la injuria soportada. No, no hay

por qué temer nada... Y la gente del Cuzco, procedente de todos sus barrios, pobres o ricos, acude a presenciar la ceremonia, porque seguramente habrá una en que todos los *yahuar hunan*⁽¹⁾ presentarán a Atahualpa su homenaje, respeto y acatamiento como el único *Sapa Inca*...

Tal es el ambiente general prevaleciente en Curicancha, aquel día de *Ayrihua*⁽²⁾, el mes de las cosechas de maíz, año de gracia de mil quinientos treinta y dos, del calendario cristiano.

La ausencia de tropas ha contribuido a crear aquel clima de confianza, pero tan pronto como la enorme plaza ha sido ocupada se advierte la llegada de guerreros de fiero aspecto, portadores de terribles mazas aún teñidas en sangre, de lanzas, de arcos y flechas. Esos guerreros van a ocupar lugares apropiados, aislando al pueblo de los *yahuar hunan*. Aparecen más guerreros, luego comitivas numerosas. Corre la voz de la llegada de Atahualpa, pero resulta ser falso. En cambio —¡oh ironía del destino!— es el vencido inca Huáscar el que llega, llevando aún su real vestidura, maniatado y fuertemente escoltado. El real prisionero, sostenido por dos robustos guardias, permanece en una especie de estrado, junto con los generales vencedores y los funcionarios del nuevo gobierno...

Este ambiente oficial y ciudadano es el que precede a uno de los acontecimientos más oscuros y lamentables de la época. El representante personal de Atahualpa, provisto de credenciales suficientes para tomar el mando en esta oportunidad, ordena el comparecimiento de los nobles Incas, hombres y mujeres, que estén estrechamente emparentados con el depuesto Huáscar. Se agrega que deben acercarse por orden de parentesco, primero las esposas, hijos y hermanos.

¿Cuál es el objeto de esta compulsión? No tardará en saberse. El severo, astuto y eficiente representante de Atahualpa hace su selección. Señala a unos y separa a otros. Pregunta por los hermanos que faltan, por Manco Cápac II y por Paulo. Le responden que están lejos del Cuzco y por eso no comparecen. Luego, por la expresión de ansiedad de Huáscar, ve cuáles de esos parentes son los más allegados a su corazón. Hombres, mujeres, niños, ancianos, van engrosando de ese modo un numeroso grupo aparte.

Hay algo en el tenso ambiente que prevalece en el estrado oficial que denuncia que está por ocurrir un suceso trascendente. Pero muy pocos están enterados hasta qué grado es importante.

(1) Nobles de sangre real.

(2) Mes de abril.

Una idea de lo que está por ocurrir se tiene cuando del cuerpo de tropas se adelantan varios hombres, armados de arcos y flechas, de sangrientas mazas y lanzas. Es tal el número de esos guerreros de sanguinario aspecto como para rodear dos veces al grupo seleccionado.

Huáscar, pálido como un muerto, mira al comisionado, y abre la boca para expresar su asombro. ¿Qué significa todo esto?... Pero los labios, temblorosos, se mueven infructuosamente. Ha comprendido y el terror de su comprensión lo estrangula.

Por toda respuesta, el comisionado hace un ademán y...

Una gritería inmensa, estremecedora cubre los cuatro ámbitos de la gran plaza. No sólo es la gritería de los heridos y moribundos, de los testigos y actores de este drama sangriento, sino del pueblo que se ve obligado a presenciar tan inesperada cuanto bestial carnicería humana.

Porque no es otra cosa aquel acto de ajusticiamiento colectivo de decenas de seres inocentes, no sólo de cargos de culpa, sino de corazón y pensamiento, por su poca edad... No hay discriminación en la elección de víctimas. El odio es loco y ciego; pero más ciego e insano es el odio incentivado, creado por la mezquina ambición de un premio.

Al borde del colapso, Huáscar cae de rodillas y hace desesperados esfuerzos para cubrirse los ojos con las manos, pero las lleva atadas a la espalda y eso torna imposible y ridículo el intento.

El ominoso silbar de las flechas ha marcado la iniciación de la absurda cuanto inútil masacre. Todas ellas han encontrado fácil blanco en la palpitante y temerosa masa humana. Hombres, mujeres, niños, ancianos, caen heridos, moribundos, pero aún con aliento para pedir merced o gritar su indignación. Son voces que acallan pronto las lanzas y luego las mazas que entran a partir corazones y entrañas, cabezas y osamentas. Y es en vano que las mujeres griten y clamen estirando sus brazos hacia el Inca depuesto, hacia los responsables de este acto; es inútil igualmente que los niños se aferren de las polleras de sus madres, buscando la mentada protección maternal, o que los ancianos pidan auxilio a los hijos robustos... Todos están confundidos en el gran abrazo de la muerte y a todos por igual tapa un manto de sangre que crece y crece, hasta cubrirlo todo, por completo...

La tremolante y ahora estrangulada gritería del pueblo testigo del horror se disloca por los cuatro caminos del Tahuantinsuyo, sube por las montañas nevadas del Ande milenario y llega hasta nosotros a través del eco necrológico de los siglos...

CAPITULO XI

El estremecimiento del Ande

En las horas de la nada, Francisco Pizarro se muestra siempre silencioso, triste, hosco. Es en estas horas cuando parece asaltarlo el pensamiento desconcertante y amargo del camino imposible y sin retorno. ¿Cómo terminará la aventura loca? Si se tratara tan sólo de sí mismo... ¡Pero en este embrollo hay tantas vidas, tantos intereses comprometidos! Una preocupación tenaz, cruel, capaz de quitar el sueño de cualquiera.

A decir verdad, el escenario en nada contribuye a levantar el espíritu, aunque el lugar, por momentos, resulte paradisíaco. La isla de Puná, donde se encuentran los expedicionarios, está situada al frente del golfo de Guayaquil. Tiene ocho leguas de largo por cuatro de ancho. Su tierra es fertilísima y sus productos naturales abundantes y exquisitos. Sus gentes, a la par que industriosas, son también de gran prestancia física, particularmente sus mujeres, hermosas y atrayentes —a la inversa de las mujeres de Tierra Firme, van ligeramente vestidas, debido al calor reinante en la isla—. Pero estar en esta isla es como hallarse prisionero en la selvatiquez verde, cuando la imaginación y el espíritu se hallan viajando lejos, por rutas doradas, en procura de lo imposible, quizá, pero de lo único que da reales alientos y deseos de vivir.

Y el Capitán de Castilla tiene motivos más que suficientes para hallarse realmente preocupado. Sentados frente a él, en esta mísera choza india, tiene a tres importantes funcionarios nombrados y enviados por la Corona, para ver, fiscalizar y controlar los negocios de la Conquista, según lo acordado en la histórica Capi-tulación. Son ellos el Contralor, Antonio Navarro, de profesión contador, Alonso Riquelme, tesorero Real, y Miguel Estete, Veedor. Estos personajes que habían venido directamente desde Panamá, a donde llegarán un poco tarde para incorporarse a la expedición,

aunque en su pequeño barco y con algunas provisiones y escasos refuerzos, le dieron alcance en el lugar llamado Puerto Viejo. Se encontraban allí discutiendo asuntos de la expedición —los funcionarios de la Corona se incorporaban a aquélla en calidad de consejeros— cuando había arribado otro pequeño barco, procedente de Nicaragua, al mando del capitán cordobés Belalcázar, hombre muy capaz y valiente — como pronto se vería— con sus lugartenientes Juan López y Ramiro Guzmán, al mando de treinta hombres.

Lo que se discutiera en Puerto Viejo era si se fundaba allí una colonia, como opinaban muchos de los expedicionarios, o simplemente se esperaba el regreso con más refuerzos de los barcos enviados a Panamá después del negocio de Coaques. Pizarro, en vista de la carencia de víveres y vituallas en la región, lo que obligaba a su gente a padecer de necesidad, era de parecer de continuar la marcha hacia Tumbes, que consideraba la cabecera del gran imperio incaico; pero los consejeros y veedores de la Corona opinaban que debían esperar, pues los efectivos eran tan reducidos que resultaban ridículos para una empresa de tamaña envergadura.

Así las cosas, providencialmente había arribado a Puerto Viejo una numerosa partida de nativos de la cercana Isla de Puná, la cual venía encabezada por su cacique principal, Toanes. Los nativos —enemigos irreconciliables de los de Tumbes—, venían a ofrecer amistad y hospitalidad a los expedicionarios, para contar con la ayuda de ellos en caso de una guerra de exterminio con los de Tumbes. Y juzgando Pizarro que así se solucionaba un agudo problema y además le permitía hacer descansar y reponerse a sus hombres, sin por ello renunciar a la obtención de su objetivo de tomar Tumbes, aceptó tan generosa invitación y se trasladó a la isla de Puná con sus dos pequeños barcos y todos los hombres.

Dos meses han pasado de su llegada y es por este tiempo que volvemos a encontrarnos con Pizarro y su gente. Como decimos, ni la amistad y la generosa cuanto onerosa hospitalidad de los nativos ni la fertilidad y belleza de su suelo, han conseguido que el capitán —y la mayoría de sus hombres— olvide su misión. Pero no es eso solamente. La situación en la isla se torna problemática y peligrosa. Se ha producido un estado de tirantez entre los expedicionarios y los nativos. La antigua amistad y buena voluntad se ha trocado en desagrado y rencor. Las cosas, por cierto, se agudizan cada día y se teme el estallido de las hostilidades.

¿Qué ha hecho cambiar el bonito panorama anterior? En primer término, las intrigas de Felipillo, el joven indio que Pizarro tiene constantemente a su lado como ayudante e intérprete. Recordemos que Felipillo es natural de Tumbes. Abriga, pues, hondo rencor y temor por los tradicionales enemigos de su raza. Y admirable discípulo de la intriga en que son maestros los peninsulares, Felipillo ha conseguido sembrar la desconfianza y aun el temor entre sus amos, haciéndoles creer que los indios de Puná están tramando una guerra de exterminio contra ellos. En cuanto a los naturales de la isla, ven con lógico recelo y desagrado no sólo la presencia de Felipillo y otros de sus compañeros en la isla, gozando de su hospitalidad y sirviendo de espías, sino el continuo fluir de guerreros de Tumbes, que vienen a la isla gracias a la mediación de Felipillo y sintiéndose seguros e impunes con la amistad y la protección de los extranjeros. Por lo demás en la actitud alzada y despótica de los últimos advierten malas intenciones. ¿No será que se avecina un golpe traicionero y fatal?

—Habréis de juzgar, estimado capitán, que la actitud de los indios no es belicosa, sino cautelosa —dice Antonio Navarro, el comisionado de la Corona—. Poneos en su lugar y tendréis los mismos escrúpulos.

—Pues si resulta que Felipillo tiene razón, es aconsejable tomar una prudente determinación —declara por su parte el Tesorero real, Alonso Requelme.

—Por todo lo cual nosotros somos de parecer abandonar inmediatamente esta isla —concluye el veedor, Miguel Estete—. Y hagámoslo con la mayor cortesía, en atención a los favores recibidos de los naturales...

Francisco Pizarro, ni sus hermanos, presentes en la reunión, ni sus otros lugartenientes, responden. Se concretan a mirar a los emisarios de la Corona, los cuales son más o menos de la misma edad, algo maduros, visten más o menos lo mismo y hasta piensan del mismo modo, como si se hubieran educado en la misma escuela de la mediocridad. Uno de ellos, Antonio Navarro, sin embargo, no parece ser un funcionario oscuro ni provenir de una baja esfera. En su porte tiene mayor dignidad que sus compañeros y sus opiniones revelan cultura y conocimientos.

—Desembarcar en cualquier punto inhóspito de la costa y esperar allí los refuerzos que tanto tardan en llegar, no nos ayudaría en nada —declara al fin Pizarro—. Nos agrade o no, debemos quedarnos, no dando lugar a nuevos motivos de resentimiento. Para empezar, tú, Felipillo...

—Sí, señor.

Y se adelanta el nombrado. Los años transcurridos desde que Bartolomé Ruiz lo encontrara en una balsa y la vida activa que ha llevado al lado de su señor, lo han convertido en un joven robusto y fuerte. Se distingue por lo singular de su vestimenta, que es mitad india y mitad española. Lleva un *llautu* colorido a la usanza india, jubón y calzón a la española y cubren sus pies ojotas indias. Su aspecto es juvenil, pero no simpático. Hay algo en él de desagradable. Quizá sean esos ojos negros y pequeños, de huidizo mirar, o la nariz prominente y ganchuda. O la expresión maliciosa de su rostro cobrizo. Sin embargo, es inteligente y capaz. No sólo asimiló el idioma castellano con facilidad, sino que sirve de maestro del quechua para Pizarro, sus hermanos y para cuantos piensan que el conocimiento de esa lengua les será de suma utilidad para sus intereses futuros. La amistad y la confianza con que lo distingue el capitán lo han convertido en un personajillo de figuración, tanto entre sus paisanos como entre los mismos españoles.

—Tú, Felipillo, no irás a Tumbes ni regresarás con tus amigos, mientras seamos huéspedes de los isleños. Te haré desollar a latigazos como que...

Pizarro se interrumpe. De pronto, en la calma de la noche, se ha desatado un estrépito infernal. Hombres que gritan y luchan salvajemente. Se oyen también tremendos golpes de mazas contra estructuras metálicas; silbidos de flechas, algún que otro arca-buzazo y entremezclados con ellos, gritos de agonía y de muerte...

Todos los españoles corren a sus armas y se aprestan a defender sus vidas.

Pero una pregunta informulada ha quedado flotando en el pesado ambiente de la choza precipitadamente abandonada.

¿Por qué?... ¿Por qué el estallido violento y salvaje de la guerra?... *¿Qué* ha ocurrido, que de aqueste modo desata el derramamiento de sangre, catástrofe que el capitán Pizarro se empeñara en evitar?

La respuesta la tiene una sola persona. Un español, Juan López, llegado de Nicaragua con el capitán Belalcázar...

además de apasionado por la acción, lo es también del oro y de los gratos momentos que proporcionan las mujeres.

La orden del capitán sobre el ordenamiento de la conducta ha sido bien concreta y aceptada por todos, jefes, oficiales y soldados: bajo ninguna circunstancia se debe atacar a los indios pacíficos, incluyendo a las mujeres, a menos que medie una clara invitación de ellas.

Pero el teniente Juan López es hombre de experiencia y ha conocido muchas de las órdenes y prohibiciones y sabe que a nada conducen, pues sólo están destinadas a cubrir las apariencias. Y su suerte ha hecho que se enamore de una joven que es una diosa de la isla por la belleza de su cuerpo y la perfección de las líneas de su rostro exótico. Desde que la viera y se prendara de ella, dos meses ha, en vano ha ido en pos de ella, mendigando siquiera fuera una mirada o una sonrisa. No hay cosa que acreciente más el amor que el desdén que lo hace desgraciado. Y Juan López no iba a escapar a la regla. Cuanto más lo rehuía la hermosa india, más se afanaba él en lograrla, ya mediante rogativas o dádivas, que ella rechazaba siempre con gentil sonrisa. Nada podía enfurecer más al teniente López que esta conducta que él estimaba falsamente pudorosa. Sin embargo, él sabía que la hermosa joven era la esposa de uno de los siete caciques de la isla. El esposo, Baobo, era uno de los más bravos guerreros del lugar. Joven aún, tenía un alto sentido del honor y la dignidad. Era por respeto y amor a este jefe que la bella rehuía al apasionado castellano.

López en evidencia de su derrota, trató de olvidarla y aun de compensarse con otros amores menos puritanos, pero el remedio resultó peor que la enfermedad. Y de nada valieron las reflexiones que se hizo a sí mismo o los consejos que recibió del mismo capitán Belalcázar, su amigo.

—Esta pasión habrá de ser causa de tu ruina, Juan, si no renuncias a ella.

—¿Renunciar a Nindé? —había respondido López riendo salvajemente—. ¡Jamás!... ¡Me arruinare, si es preciso, pero ella será mía!

Y con ojos enrojecidos por la fiebre pasional que lo consumía se entregaba al placer de verla pasar, su cabellera azabache cayendo en brillante cascada sobre los hombros desnudos, su turbante busto erguido como dos colinas gemelas en el lejano Ande, sus bronceadas caderas cimblando al sol tropical... Y allí permanecía, ocioso, indolente, indiferente al parecer, pero observando atentamente las costumbres de la pareja. A ciertas horas

del día, el cacique se alejaba y acudía a las reuniones o consejos de caciques que se celebraban en la choza del cacique principal. Estas reuniones duraban indistinto lapso, pero nunca menos de una hora. En ellas, a juzgar por las ceremonias previas de saludos y demás, debían tratarse asuntos muy importantes. En los últimos tiempos, estas asambleas tenían lugar hasta dos veces por día, señal de que las cosas no marchaban bien. Lo que confirmaba el rumor que circulaba entre los españoles de que los indios de Puná intentaban dar un golpe de sorpresa.

Juan López, resuelto e imperturbable, seguía esperando su oportunidad. Ya fuese de día, o de noche, no abandonaba su puesto de observación. No hacía caso de los rumores, ni de las advertencias de sus amigos. Justificaba su actitud diciendo que, puesto, no había nada que hacer, era dueño de matar el tiempo como le viniera en gana.

Hasta aquella noche aciaga en que un guerrero vino a buscar al cacique para un nuevo Consejo.

No se habría alejado Baobo más de doscientos metros, cuando hizo su irrupción en la choza el osado galán castellano.

—¡Cómo!... ¿Regresas tan pronto? —le preguntó Nindé, sin volverse, ocupada en hacer la cama matrimonial.

Juan López, ocupado en contemplar aquella belleza y en satiscarse, con su grata vista, no respondió. Nindé lanzó una exclamación y se volvió con presteza.

Pero el rudo expedicionario no le dio tiempo a huir ni a gritar en demanda de socorro. Cayó sobre ella con todo el peso de su cuerpo, ahogando su voz y su resistencia. Se produjo a continuación una silenciosa y terrible lucha, cuyo final era fácil predecir, pues la honra nunca se halló en condiciones de repeler por sí sola un ataque tan alevoso y resuelto como aquél.

Instantes después, jadeantes, vencida y conquistador se miraban a los ojos, intensamente. El corazón de Juan López se estremecía de gozo. ¡Se había producido el milagro!... La mirada de Nindé ya no era de desdén, ni siquiera de rencor por lo sucedido. “Puesto que ha pasado lo que yo quería tanto evitar —decía aquella expresión de los ojos—, aprovechémonos de ello...”.

Y sus labios húmedos,entreabiertos, ansiosos, no evitaron el beso del apasionado castellano. Antes, al contrario, parecieron degustar el agridulce sabor del contraste que hay en la fruta prohibida.

Y a la primera vez sucedió otra. Y otra. Y otra. Nindé estaba tan apasionada por el extranjero como éste por ella, y en su

ansiedad amatoria despertada de modo tan intenso, desoyó la voz de la conciencia, que a cada instante la advertía del peligro.

La noche en que empieza nuestro relato, los dos amantes se hallaban estrechamente abrazados, fundidos en un solo haz de pasión y deseo, tan ensimismados en su mutuo placer que no oyeron ni los pasos cautelosos que venían de afuera, hollando la hojarasca, ni el ruido bélico, inaudible pero intenso, que se percibía en la isla. A decir verdad, nunca tuvieron oportunidad de percibirlo.

El golpe de maza, seco, tremendo, tronchó el chorro del placer en su misma fuente y Juan López se desplomó a un lado, con el cráneo partido. Y cuando Nindé, todavía con el gozo pintado en los ojos oscuros intentó incorporarse mirando sin ver al vengador de su honra, la punta del dardo vindicativo se introdujo profundamente en su seno tibio, suave y desnudo, destruyendo con él todo mezquino sentimiento.

Una hora larga permaneció Baobo en la choza, de rodillas junto al cadáver de su joven y bella esposa, acariciándole las sienes, las mejillas, los labios profanados. Pero luego de ese lapso tomó sus armas aún ensangrentadas y salió. Tenía los ojos llenos de fuego.

Poco después los indios en masa, capitaneados por el intrépido Baobo, atacaban la plaza de los españoles con tal furia que en el primer choque abatieron parte de la muralla de troncos con que se hallaba rodeada.

Así se desató la furiosa contienda. Uno de los primeros en caer, atravesado el pecho por una certera ballesta, fue el cabecilla del ataque, Baobo...

Los hombres pasan, y sus hechos y las consecuencias quedan. Nunca sabría Juan López cuán cerca estuvo de destruir para siempre, arrastrado por la lujuria, una de las pasiones que cabalgaba, junto con la codicia y la muerte, al lado de los intrépidos conquistadores, los propósitos de la conquista. Y probablemente, aún muerto, hubiera temblado de haber podido ver a miles de guerreros lanzándose en masa sobre las precarias y ya rotas defensas del campamento español.

y de cultura, sabe cómo llevar adelante una misión tan difícil. Para ello tiene de sobra resolución y valor y, sobre todo, visión. Análisis inteligente y rápido que le permite hacerse cargo en un segundo de la situación, extrayendo de ella lo favorable y provechoso, a veces, por cierto, no muy escrupulosamente.

En la ocasión, su primera medida consiste en acudir, armas en mano, a las empalizadas, rechazando con denuedo el fiero aunque suicida asalto de los aborígenes. La sangrienta carnicería, pues no resulta otra cosa, es de fácil ejecución. Son los propios indios los que con el pecho desnudo, se lanzan contra las espadas y las largas y aguzadas púrtigas de los defensores. Sus flechas y sus dardos no causan ningún efecto en las armaduras metálicas que usan aquéllos, mientras que prácticamente no tienen defensa alguna contra sus armas de buen acero toledano, o aquellas otras aún más temibles, las de fulmíneo y mortal fuego.

Cuando Pizarro se convence de que sus hombres capitaneados eficientemente por sus hermanos, se bastan para contener el ciego furor de los atacantes, toma otras medidas tácticas que dan buen resultado. Rápidamente forma un pequeño cuerpo de caballería, provisto de arcabuces y lanzas. Los jinetes dejan el campamento al favor de las sombras y luego, sorpresivamente, caen sobre la retaguardia del enemigo, disparando sus arcabuces y lanzando alaridos que harán estremecer a los mismos demonios. La masa india se disgrega, aterrada, dejando en el campo de lucha decenas y aun centenas de heridos y muertos. Establecidas las bajas de los españoles, se sabe que sólo han muerto cuatro, aunque hay muchos heridos, entre ellos Gonzalo Pizarro. Los isleños se introducen en lo más profundo de sus bosques, esperando escapar a la furia de los españoles, pero Pizarro los persigue hasta allí en rápida cuanto oportuna reacción, apresando a los cabecillas de la rebelión, o sea, a los caciques, entre quienes falta el desdichado Baobo.

Puede creerse que la lucha termina aquí, pero no es así. Obrando con esa fulmínea, mortal y si se quiere cruel decisión que habría de ser su característica principal, Pizarro ordena la ejecución inmediata de los cabecillas, exceptuando al cacique principal, al cual mantiene prisionero. Las cabezas de aquéllos ruedan y sus cadáveres son entregados, como una satisfacción, a Felipillo y los naturales de Tumbes que lo acompañan, que los profanan. Esto, en lugar de aplacar a los isleños, los enfurece hasta el delirio, instándoles a atacar, desesperadamente, una y otra vez, sin resultado.

La conducta del capitán español en esta ocasión —así como antes en Coaques y posteriormente en Caxamalca— dista de ha-

llarse dictada por nobles y superiores sentimientos, como los que a menudo inducían a Hernán Cortés y en cuya obra de conquista pretendía Pizarro crear la imagen de la suya. Su propia incultura empujaba a Pizarro a ser rudo, de carácter sanguinario y a llevar una política de terror y exterminio que ningún hombre verdaderamente civilizado puede aceptar y menos aprobar.

La imposición del terror no podía acarrear sino el terror, y esto torna bien crítica la situación de los expedicionarios, especialmente por la carencia de bastimentos y por la continua alarma en que viven. En esta coyuntiva ven llegar a la isla a dos barcos de regular tamañío. Vienen al mando del capitán Hernando de Soto, nombre que se haría famoso con el descubrimiento de la Florida y del río Mississippi y, traen refuerzos en cien hombres, muchos caballos, armas y pertrechos, y buena cantidad de provisiones. Este oportuno arribo es celebrado con gran alegría. Entre los primeros en desembarcar y recibir el homenaje de gratitud de los expedicionarios se halla fray Vicente de Valverde, que viene a reemplazar al fraile de la misma congregación, Reginaldo de Pedraza.

Una gran cena, con abundante provisión de vinos, se realiza en el campamento español aquella misma noche. A los postres, Pizarro alza su copa y dirigiéndose a sus capitanes y lugartenientes y hermanos, dice:

—Me es grato brindar por el feliz y oportuno arribo de estos inapreciables refuerzos, que me dan la oportunidad de desembarcar en Tierra Firme y proseguir la obra de conquista... —Acallados los aplausos, continúa—: Debo anunciaros un hecho auspicioso y que ha llegado a mi conocimiento gracias a los eficientes servicios de Felipillo... La noticia es ésta: ha tenido lugar una guerra entre el príncipe del norte, Atahualpa, y del sur, Huáscar, por el predominio de la heredad paterna. Ha vencido Atahualpa, pero aún quedan fuerzas que defienden a Huáscar... Como echaréis de ver, esta guerra nos viene a buen punto y de ella, Dios mediante, habremos de sacar mejor provecho para honra y prez de nuestra cesárea y católica majestad...

Más aplausos y aun vítores de parte de quienes debieran callar si conocieran la palabra nepotismo. El padre Valverde cree oportuno agregar algunas frases piadosas y concluye diciendo:

—Habéis dicho bien, hijo mío, al decir “Dios mediante”, pues Nuestro Padre Celestial patrocina la parte espiritual de esta grande empresa... Por ello os insto a llevar siempre, junto con vuestro pabellón mayor, el símbolo sagrado de la cruz, que habrá de ser

de madera o de fuego, según lo prefieran los enemigos de nuestra creencia...

El desembarco en las costas de Tumbes no resulta muy afortunado. Indios hostiles salen al encuentro de las balsas, se apoderan de una de ellas y toman prisioneros a dos nativos y tres españoles, a los cuales arrastran al bosque más cercano, donde les dan muerte. Otra balsa es atacada con los mismos propósitos, pero sus ocupantes lanzan gritos en demanda de auxilio, acudiendo Hernando Pizarro, que desembarcara poco antes, al frente de varios jinetes. Los indios huyen, desapareciendo a la vista.

Pizarro queda perplejo, pues no resulta fácil explicar esta conducta de los naturales de Tumbes, considerando las relaciones amistosas mantenidas con ellos hasta el presente. Pero el capitán de Castilla habrá de tener aún mayores motivos de asombro al entrar en la ciudad, que no sólo encuentra desierta sino destruida. Aún se mantiene en pie la casa del gobernador, el templo y la fortaleza, pero su estado es muy precario. De sus muros han desaparecido las planchas de oro que los cubrían y en ninguna parte brilla ya el reconfortante y dorado metal.

El golpe resulta tan brutal y desilusionante que hasta los más pesimistas de las glorias y riquezas de este país se sienten defraudados. Pero el efecto deprimente es mayor entre los nuevos reclutas, que vinieran tan sólo atraídos por los fabulosos tesoros que se decía haber en Tumbes. No falta quienes aseguren, en vista de este fracaso, que el oro de los Incas es sólo un cruel espejismo que se aleja tan pronto como se cree echarle mano.

Pero Pizarro no se amilana. Ordena una enérgica batida por los alrededores, para tomar prisioneros. Una de las patrullas logra capturar a varios indígenas, luego de una escaramuza. Llevados a presencia de Pizarro, éste tiene la sorpresa de encontrarse con una cara conocida, nada menos que de su "amigo", el antiguo curaca del lugar. Interrogado, éste asegura que la destrucción de la ciudad y su desmantelamiento era obra de los isleños de Puná, que habían terminado conquistando la ciudad, obligando a sus habitantes a refugiarse en los montes. En cuanto al ataque sufrido en la costa, obra es de algunas partidas desesperadas sobre las cuales él, el curaca, no tiene control.

El reencuentro restablece la amistad entre los dos bandos, pues unos y otros se necesitan. Pizarro aprovecha la oportunidad para

indagar por la suerte de su amigo Alonso de Molina y del compañero que se quedara con él, dos años ha en Tumbes. Las respuestas lo intrigan, sin satisfacer su curiosidad. Unos le dicen que han muerto defendiendo la ciudad contra los isleños; otros que han perecido a consecuencia de fiebres malignas y, otros en fin, los menos, que fueron muertos de resultas de un ultraje hecho a mujeres incas.

El desaliento y las protestas crecen entre los hombres, lo que induce al capitán a ponerles en actividad. Como primera medida resuelve fundar una colonia en un lugar apropiado y saludable que le sirva de base de contacto con Panamá y de punto de apoyo en caso de una forzosa retirada. Divide sus fuerzas en dos, una al mando de Hernando de Soto, con la misión de recorrer la región por el Este, en tanto él, Pizarro, reconoce el Sur. El resultado de esta primera expedición por el interior del país es la fundación del pueblo de San Miguel de Piura, pues se levanta a orillas de este hermoso río y en un valle exuberante y hermoso. Allí se construye una iglesia, un almacén, una sala de justicia y una fortaleza. Luego se hace una selección de colonos —elegidos éstos entre los veteranos, los de más edad y los heridos o enfermos—, a cada uno de los cuales se otorga una encomienda de indios para que les ayuden en sus trabajos.

Francisco Pizarro, a quien todos llaman ahora S. E. el Gobernador, ordena fundir todo el oro y la plata hasta entonces encontrados, para facilitar el transporte. Con ellos habrá de pagarse el quinto de la corona, a los propietarios de los buques y a los mercaderes que no tuvieran a menos fiar los bastimientos.

Transcurren un par de meses más y el ahora "Gobernador de los territorios a conquistar" ve con desazón, y no poca alarma, que sus socios de Panamá no le envían más refuerzos. Demorar más tiempo en una inútil espera puede ser suicida, uno porque minaría la buena disposición de sus tropas, engendrando en ellas el descontento, y otro porque se consolidaría el poder y la fuerza de Atahualpa, el vencedor de la guerra india.

Sin embargo, la fuerza que comanda y que no alcanza a doscientos hombres, descontando a los cincuenta colonizadores, parece demasiado exigua para la conquista de un imperio. Pero Pizarro tiene una idea en mente. Es cierto que no hay constancia de ello, pues no sabiendo escribir, no confiaba al papel ni a nadie la naturaleza de sus íntimos pensamientos. Empero, debido a los días de aislamiento, de hondo recogimiento y mutismo, es posible afirmar que está considerando su plan de acción.

Dos caminos se ofrecen al conquistador. Uno consiste en invan-

zar hacia el sur, tomar la ciudad del Cuzco, a la sazón desguarnecida según sus informaciones, y proclamar la conquista del país. El segundo, ir directamente hacia Caxamalca y definir con Atahualpa el dominio del imperio. Lo primero está supeditado a lo segundo, pues no importa dónde se instalen las fuerzas expedicionarias, el ejército del Inca siempre caería sobre ellas.

Pero el problema no se circunscribe a la faz táctica de movimiento, sino a la de fuerza y capacidad combativa. ¿Qué significan doscientos hombres comparados con un ejército, por lo menos, de cincuenta mil guerreros? Ciento es que tienen a su favor un factor muy valioso: la estimación, por parte de los nativos, de su valor invencible y sobrehumano, factor que el capitán de Castilla ha procurado mantener vivo. Es ahí donde radica su verdadera fuerza y que debe aprovechar al máximo, en llegado el momento. Todo ello le aconseja ir hacia Caxamalca sin pérdida de tiempo. Es posible incluso que pueda... Pero no quiere adelantar demasiado en sus planes. Sin embargo, su idea primordial juega sobre un hecho histórico, sobre lo ocurrido entre Moctezuma y Hernán Cortés. Tal vez él pudiera...

Aunque reticente consigo mismo respecto a lo que habrá de hacer en el futuro, Pizarro juzga llegada la oportunidad de partir sin más demora. Y su resolución es elocuente y trascendente: irá hacia Caxamalca, a entrevistarse con el Inca. Su paso, arriesgado y difícil, no hace sino acrecentar la confianza que en él tienen sus tropas. No hay nada que refuerce mejor el prestigio de un militar que sus actos de valor, supuestos o reales.

Para fecha de la partida se señala el 24 de setiembre de 1532. En la víspera, el gobernador reúne a los colonos y les da una arenga. Les recomienda que, en beneficio de su propia seguridad, de la de las tropas, del éxito de la conquista, traten a los indios de su encomienda con humanidad, evitando una rebelión. Luego da una cena de despedida, pues deben quedarse el contralor, el tesorero real y el veedor de la Corona, con la colonia al mando de Antonio Navarro.

—Vos también, fray Valverde, podéis quedarnos si os place —concluye el gobernador.

—No, señor... Nada me hará renunciar al honor de llevar la cruz de madera, emblema de Cristo, a esos herejes —responde el buen fraile—. Así se apresurarán su conversión a nuestra religión. No debemos olvidar que esta empresa es primordialmente sagrada...

En la fecha señalada, antes de la salida del sol, el pequeño ejército emprende la histórica marcha, cruzando las puertas de San Miguel de Piura. El número exacto de sus fuerzas es de

cien hombres de infantería y setenta y siete jinetes. Las armas se cuentan entre arcabuces, ballestas, picas, lanzas, jabalinas, espadas, cuchillas y puñales. Hay, incluso, seis piezas de artillería, espingardas y falconetas más estrepitosas que efectivas. Pero la fuerza que más impresiona a los nativos, incluso a los que ya se han familiarizado con su vista, son los caballos. Acaso la mente hecha a la superstición y la fantasía de los indios vincula a las bestias con seres muertos o de otro mundo. Su encabritamiento y relincho, el vaho y la espuma de sus fauces, contribuye a exacerbar tal imaginación.

Después de cruzar las aguas mansas del Piura, el pequeño ejército sigue su marcha por una llanura cortada de trecho en trecho por arroyos que bajan de la cordillera. En esta parte, la región es boscosa, los árboles altos y gruesos, mas por veces se presentan también áridos llanos o sierras rocosas que mueren en suaves declives. Entre tales sierras es fácil hallar pródigos y hermosos valles verdes regados por cautivantes arroyos. Los naturales de la zona han aprovechado bien la fertilidad del suelo, que aumenta con la creación de canales y acequias. El cruzar esos valles se convierte en una grata experiencia. El ambiente está perennemente impregnado del perfume de las flores y los frutos que se encuentran en jardines y huertos que salen al paso de los expedicionarios. Los naturales del país, mujeres, niños, ancianos —los hombres, jóvenes y maduros, han sido llevados por la gleba de Atahualpa— salen a contemplar con admiración a los extranjeros. No hay desconfianza ni prevención en la conducta de los aborígenes. Por el contrario, brindan agua, alimentos, frutas.

—¡No toquéis sus bienes! —es la constante prevención de Pi-zarro—. Debemos tener amigos y no enemigos a nuestras espaldas... Nunca sabremos si los podemos necesitar o no...

—¡En cualquier caso, siempre estaremos prestos a entrar a saco! —ríe cínicamente su hermano Hernando.

A la vanguardia de la partida y ocupando un lugar privilegiado van los dos mozos indios, Felipillo y Martinillo, los intérpretes. Su curiosa vestimenta entre nativa y española los hace todavía más notorios y ellos van hinchados de orgullo y contentos con su suerte.

Algo que impresiona notablemente a los expedicionarios, a medida que pasan las jornadas, es hallar, en las poblaciones más importantes, casas o depósitos llamados tambos, donde es posible encontrar de todo, desde provisiones de boca hasta ropas y armas. Entre las ropas abundan aquéllas tejidas en finísima lana de vi-

cuña, de hermosos y artísticos dibujos. En cada punto de éstos, los *curacas* regalan a los españoles, en señal de amistad, objetos de oro y plata y prendas de vestir de hermosa y artística confección, hechas de algodón o de lana de vicuña, que en nada tienen que envidiar a las confecciones de seda o brocado de Europa.

Al quinto día de marcha y observando que el terreno empieza a ascender y tornarse dificultoso al paso, Pizarro ordena la detención junto a un caserío. Ha resuelto dar un descanso a los hombres, pues ha observado entre ellos nuevos síntomas de descontento por las dificultades y lo forzado de la marcha. Hay algunos enfermos. Reciben orden de volver a San Miguel, junto con los más quejosos. Son nueve en total, baja no muy importante.

Después de un día de descanso y aligerada en su paso, la expedición continúa la marcha hacia Caxamalca. Al segundo día llega a un pueblo situado en un hermoso valle entre las primeras montañas llamado Zarán. Tanto el *curaca* como los habitantes del lugar los colman de atenciones y regalos. Pizarro hace indagaciones. Caxamalca ya no se encuentra muy lejos y allí está, efectivamente, el inca Atahualpa. Pero antes existe una guarnición militar, llamada Caxas. El gobernador resuelve enviar al capitán Hernando de Soto con una pequeña pero bien armada partida, para establecer los efectivos y su actitud hacia los extranjeros.

—Lleváis una delicadísima misión —le dice al capitán Soto—. Cómo sepáis darle cima depende todo el futuro de la conquista... Ved, que he puesto en vos confianza suma.

La partida sale, dejando en Zarán a los compañeros ansiosos y no poco temerosos. Saben que no muy lejos de allí, entre los pliegues de la gran cordillera, se hallan esperando por lo menos cincuenta mil guerreros bien armados y dispuestos a todo.

El mismo Pizarro no oculta su preocupación y como es costumbre en el Hombre Negro, se aisla y se encierra en un profundo mutismo.

Hay varios motivos por los cuales Pizarro confía más en el capitán Hernando de Soto que en todos sus hermanos juntos. Es todavía joven, alto, robusto, de gran ascendiente físico, de sereno y pausado tono, que impresiona más que la grita destemplada e inoportuna. Compañero de Pizarro en la aventura del Darién, ha tomado parte en muchas otras empresas de armas.

Es de sereno pero efectivo valor. Caballero en su trato con el inferior o con el vencido, justo en sus decisiones de mando y, sobre todo, amigo y no sólo jefe de sus hombres. Una numerosa partida lo sigue a dondequiera él vaya, dispuesta a compartir su suerte, cualquiera ella sea. Su fama de pródigo y generoso con sus compañeros sobrepasa incluso la de Diego de Almagro.

Entre esos hombres hay uno a quien Hernando de Soto estima en mucho. Se llama Alonso de Mesa, es joven, apuesto. Se dice que lo liga a Soto un lazo de parentesco. Mas lo cierto es que se trata del joven más arrojado y sacrificado, y el menos ambicioso o lujurioso que jamás haya tenido la conquista. Tal parece que él se hallara en la expedición —metido siempre en los peores bretes— sólo por diversión. Su permanente sonrisa, su expresión de sana y sincera simpatía por todos, hacen que sea muy apreciado.

La población de Caxas a la cual se dirige Hernando de Soto apenas se halla separada de Zarán por dos jornadas de marcha, a través de una zona cada vez más ascendente y montañosa. A Hernando de Soto y sus compañeros les toca el honor de hallar primero el gran camino baldosado de los incas, que sube y baja por estas sierras en una obra de admirable ingeniería. De Soto no sale de su asombro.

—En esta obra tenemos la prueba de que nos hallamos frente a una raza superior y no simplemente una tribu de salvajes —comenta.

A medida que el avance progresá, los expedicionarios pueden ver grupos de nativos, principalmente mujeres y niños, que los miran pasar con el asombro pintado en sus ojos oscuros. Las precauciones, sin embargo, continúan.

—No espero un ataque —le dice el capitán a su sargento Cristóbal Sosa—, pero lo reducido de nuestra patrulla puede incitar a una tentativa...

El sargento Cristóbal Sosa es un hombre de armas, de reconocido valor. Rudo, franco, fuerte como un buey, tiene dos defectos, comunes, por otra parte, en los hombres que han emprendido la gran aventura: es codicioso y lujurioso.

—Una buena forma de prevenir un ataque es atacar —responde el sargento—. Estos indios tienen aspecto de pobreza, pero bien seguro que en sus chozas deben ocultar mucho oro.

—Pensemos ahora en la seguridad de nuestros cuellos —responde de Soto—. Estamos llegando a Caxas.

Así es, en efecto. Las primeras casuchas de barro cocido al sol, con techos de paja, se alzan a los dos lados del camino bal-

dosado. A medida que éste se introduce en el pueblo, el aspecto de las casas mejora. Ahora son de piedra, tan perfectamente ajustada, que hace innecesario el uso de argamasa. Un río atraviesa la población y también se ve un puente. El puente y el camino real están construidos en este trecho con grandes baldosas cuadradas. La avenida tiene formaciones de árboles muy coposos que le dan sombra y frescura.

Durante el trayecto, los extranjeros ven llegar grupos de gente. No faltan hombres armados y con aspecto de guerreros. La multitud, silenciosa, hosca, admirada, se cierne sobre ellos. Hay tensión y dramatismo en el instante. Una sola voz que se alce y la multitud puede caer sobre la pequeña partida y destrozarla. Pero se oyen algunos murmullos, luego risas. Se ha producido el milagro, gracias a la sonrisa ancha y franca de Alonso de Mesa. Este no se cansa de repetir, acompañado de risueños gestos y ademanes, que vienen en son de paz y amistad. Lo mismo va diciendo Martinillo, el compañero de Felipillo e intérprete como él, cedido por Pizarro a Hernando de Soto.

En la plaza encuentran los expedicionarios varios cuerpos desnudos colgando de los pies. Sangran por la mitad del cuerpo y están agonizantes. De Soto se interesa en saber qué crimen han cometido. Le responden que han entrado subrepticiamente en el monasterio de las Vírgenes del Sol, violando algunas de ellas. La ley incaica castiga este atentado con la mutilación y la muerte.

Los extranjeros son conducidos a la casa del *curaca* del lugar. De Soto reitera su declaración de que vienen como amigos. El *curaca* expresa los mismos sentimientos y para probarlos ofrece hospitalidad. Techo y comida y las informaciones que han venido a buscar, colman al bravo capitán. Así se entera que la antigua e importante guarnición de tres mil guerreros ha recibido la orden de incorporarse al ejército de Atahualpa, que acampa a cierta distancia de Caxamalca. ¿Cuántos hombres tendrá ese ejército? Unos cincuenta mil, sin contar los que han quedado en el Cuzco, ni los que hay de reserva en otras guarniciones. El Inca no ignora la cercana presencia de los extranjeros y se apresta a darles una bienvenida. Pero si el capitán lo desea y quiere hablar con un funcionario inca, delegado del mismo Atahualpa, puede ir a la vecina población de Huancabamba, donde se halla recolectando gabelas.

El deseo de obtener últimas impresiones hace que Hernando de Soto salga para la mencionada población dejando en Caxas la mitad de sus efectivos, al mando del sargento Sosa. Alonso de

Mesa se queda también como embajador ante el *curaca*, con la misión de vigilar sus movimientos.

Apenas partido de Soto y no obstante la vigilancia de Mesa, el *curaca* despacha un chasqui a Caxamalca. Los conquistadores no han llegado todavía a perder de vista el pueblo cuando ya el quinto chasqui sale de la quinta *chacla* con destino a la última etapa: Caxamalca.

En la noche del mismo día, el sargento Sosa tiene una brillante idea. La partida domina el pueblo, que no cuenta con una guarnición, como temieran al principio. Por tanto, son dueños de la situación. ¿Qué tal si dan un golpe de mano y reciben el regreso del capitán con un buen botín en oro? Todos en la partida dan su aprobación, menos Alonso de Mesa, que aún continúa en la casa del *curaca*.

Como resultado del complot, Sosa y sus hombres se trasladan sigilosamente a la casa del *Villac Umu* del lugar, un viejo sacerdote de quien han oído decir que es muy rico. El sacerdote vive en una casa apartada, en la sola compañía de su hija. Allí entran Sosa y sus amigos, sorprendiendo a sus moradores.

Anamac y su hija, Huidé, son primero atados y luego golpeados. Los peninsulares están furiosos. No poco es el chasco que se han llevado. Excepto algunos objetos y adornos de oro de escaso valor, allí no hay ningún tesoro.

—¡Démosles un escarmiento y así sabrán que no pueden engañarnos! —exclama uno de los torpes.

—¡Eso es!... ¡Primero el viejo! —prorrumpie otro— ¡Chamusquemos los talones!

—¡No!... La hija en primer lugar... ¡El viejo no podrá ver la violación de su hija sin abrir la boca! —declara Sosa, acariciando a la joven y sonriéndole con una expresión tal que Huidé se estremece.

—¡Magnífico!... ¡Tienes la prioridad sargento, por ser tal!

El anciano sacerdote se agita y aun lanza algunos estrangulados gemidos, mientras dos de los hombres caen sobre Huidé y la derriban, manteniéndola en el piso sujetada por los hombros.

Sosa se arrodilla delante de ella y mira al viejo mientras le dice:

—¿Dirás ahora dónde escondes tu oro?

El viejo masculla algunas palabras ininteligibles, mientras se agita con desesperación en los brazos de sus opresores. Pero Huidé grita algo y el viejo calla y se mantiene quieto, la cabeza gacha, para no ver aquel vergonzoso y torturante espectáculo.

—¡Con que no lo dirás!... ¡Eh? — brama Sosa, apartando las

polleras de la joven con un rudo ademán—. Está bien, tú lo has querido...

—¡Detente Cristóbal Sosa, o darán cuenta de ti en el infiernol —grita de pronto alguien a sus espaldas.

Tanto Sosa como los otros se dan vuelta, furiosos. Quien está allí no es otro que el inefable Alonso de Mesa, espada en mano.

Eso basta. Gran esgrimista, Alonso es temido como tal. Y si ello fuera poco, su íntima amistad con el capitán lo hace doblemente temible. De Soto no dejaría de castigarlos severamente si se enterara de lo ocurrido. Todo esto lo piensan los aventureros en un segundo y su actitud cambia y de prepotente y altanera se hace mansa y aun suplicante. Alonso atiende primero a Huidé y luego de cubrir su bronceada desnudez la ayuda a incorporarse, sin dejar de sonreírle y de hablar pidiéndole disculpas por la torpe conducta de sus compañeros. Hay lágrimas de gratitud en los ojos de ella cuando entre los dos ayudan al viejo sacerdote. Este y su joven y hermosa hija quedan solos y Alonso promete a Sosa no mencionar el asunto siempre que no intente ningún asalto similar, en ninguna parte. El rudo y frustrado sargento se atusa la barba con expresión mustia y colérica mientras lo promete.

Alonso de Mesa retorna a su alojamiento, pensando en lo afortunado que fue al salvar a la bella Huidé, cuya delicada y graciosa imagen ya no se borra de su mente.

6

Atahualpa, el Hijo del Sol, el *Sapa Inca*, se halla en el apogeo del poder y de la gloria humana. Todo el imperio incaico se halla sometido a su soberana voluntad. Hasta sus más recalcitrantes enemigos, le rinden pleitesía y le prestan el valioso tributo de su respetuoso homenaje, consistente en fabulosos presentes. Ante el pueblo, que se arrodilla a su paso, es el dios-hombre, el Hijo del Sol, el monarca más poderoso del imperio, el digno descendiente de Pachacutec, de Yupanqui, el constructor...

Atahualpa, que luce en la frente la orla roja del Inca reinante y en las manos las insignias de su elevadísimo rango, apenas deja ya su trono de oro. Hasta los que ayer compartieron los humanos y orgiásticos deleites de la disipación, se mantienen respetuosamente alejados. Contados personajes pueden acercarse a él y atreverse a dirigirle la palabra: su tío, el anciano Waylla Wisa,

padre, como sabemos, de la infortunada Keori Coyllur; la Colla o emperatriz, Ima Sumac, que también se encuentra en el apogeo de la belleza física y de la majestad humana; los ministros o consejeros de Estado, los generales en jefe de su invencible y poderoso ejército, y sólo algunos de sus antiguos favoritos. Estos últimos rodean en todo instante su trono o su litera real como un alegre y rumoroso enjambre. El Inca, que se halla en el Palacio Real de Caxamalca —situado, como sabemos, a cosa de una legua de la ciudad—, acude todos los días a los hermosos parques donde se hallan los baños termales. No es necesario hacer este breve trayecto, pues el agua caliente termal se distribuye en el palacio con ayuda de un ingenioso sistema de cañerías subterráneas; pero el *Sapa Inca* ama la vida al aire libre, los paseos, la caza, y cualquier pretexto le es bastante para abandonar la rígida y severa vida cortesana.

En una palabra, en toda la corte incaica prevalece un aire de recatado entusiasmo por el cambio favorable de la situación. La derrota del inca Huáscar, que permanece prisionero en la fortaleza de Xauxa, los ha convertido a todos, cortesanos oscuros, en las lumbres del imperio. Son los planetas que giran alrededor del astro rey. Pero quien aprecia más este cambio acaso sea la Colla, Ima Sumac. Y no porque su elevado rango de emperatriz se vea honrado a cada instante, o porque las riquezas en adornos o vestidos colmen su ambición de mujer sino simplemente porque es una esposa feliz. Atahualpa ya no realiza esas ardientes orgías a que era tan afecto. Si ofrece una fiesta, ésta es ahora digna de un soberano que se respeta a sí mismo. Parecen haber pasado, para siempre, los días locos de la juventud del Inca. Este le presta, además, en privado y en público, un silencioso pero sincero homenaje de cariño y respeto.

También es observable, en la conducta del Inca, una serenidad de juicio que antes no tenía. Sus decisiones no son precipitadas o coléricas, como es costumbre en los déspotas, sino mesuradas y calmosas. Con frecuencia se advierte en él un retramiento que, sin ser amargo, es pesaroso. Y nadie parece saber el porqué. Nadie, excepto Ima Sumac. Ella recuerda, en efecto, con lujo de detalles, aquella escena en que el Inca triunfante cayera sofózante y de rodillas a sus pies, lamentando la orden dada. Y recuerda también el día aquél en que su esposo cayera como fulminado por el rayo al enterarse que ochenta personas, entre hombres, mujeres y niños, parientes y allegados tanto de su hermano Huáscar como suyos, habían perecido en las ejecuciones en masa que, en cumplimiento de su orden, se llevara a cabo

en la Curicancha del Cuzco. Desde entonces, sencillamente, Atahualpa parece otro. Y una buena parte del país, la más sensata, aprecia el cambio, y lo agradece.

Aquella tarde, al regresar de sus baños en las cercanas termas, Atahualpa demuestra estar animado de una alegre disposición. Parece que una grata idea jugara en su mente y no encuentra el modo o el momento de satisfacerla.

—¡Por los *achachilas* ⁽¹⁾, mis antepasados! —brama al llegar y mientras sus ayudas de cámara le visten—. ¿Dónde está mi venerable tío, el *Villac Umu*?

—Aquí estoy, *Chunquillay* —dice Waylla Wisa, con voz cascada, haciendo su entrada en la cámara—. Al conocer tu llamado me apresuré a venir pero ¡qué quieras!, mis huesos no son tan resistentes como los tuyos... ¿Qué deseas de mí?

Atahualpa despieza a sus criados con un ademán y se mira en el amplio y brumoso espejo de oro que tiene al frente. La cámara privada del Inca es amplia, sumtuosa. No existen muebles como los que se conocen en Europa, camas con tornalecho, arcones, bancos, todos muebles pesados y voluminosos; pero los objetos que se ven allí son, como se llamarían ahora, funcionales. Livanianos, apenas ocupan lugar y sirven magníficamente a su propósito. Los muros se hallan revestidos de paneles de oro y a trechos caen cortinados realizados en brillante y finísima tela con maravillosos dibujos de pájaros alados y otros animales, o con figuras geométricas.

—*Tatallay* —dice el Inca, volviéndose lentamente y con gravedad en el acento—, acabo de tomar una decisión que creo justa y que ha de reparar una omisión.

—Nada mejor para un soberano que pensar en términos de justicia —responde el viejo Sumo Sacerdote—. Dime ahora la razón de tu preocupación.

—Tiene un nombre... Se llama Kcori Coyllur.

—¡Oh!... —El viejo ha empalidecido, pero procura mantener la serenidad—. ¿Qué has decidido acerca de ella?

—Dejarla en libertad... ¿No crees, tío, que aún es tiempo?

—La justicia no tiene edad.

—Ve, pues, y comúnicale mi decisión... Es joven y muy hermosa, y aún puede ser feliz. Dile... —hay emoción en la voz—, dile que le suplico me perdone... Ella comprenderá.

—Agradezco tu generosidad, *Sapan Apullay* —dice el anciano sacerdote—. Corro a trasmitirte tus palabras.

(1) Viejos.

Atahualpa queda solo y nuevamente se mira al espejo de oro. Tiene la impresión de que no es el mismo el que está allí, con aquel gesto de serena gravedad en el rostro. Lo más sorprendente, sin embargo, le resulta comprobar que puede realizar aquel sacrificio de renunciación sin que el mismo lo afecte de ningún modo. ¿Cómo ha podido ser tan ciego y creer que el todo en la vida se cifra en las satisfacciones más bajas del ser?

—Hay otros bienes y valores superiores —piensa—. Un rey como yo debe conocerlos, seguirlos, realizarlos, si quiere llegar a ser un buen gobernante... ¡Ah, ilustres antepasados míos, os prometo que de hoy en adelante en mí tendréis un gran rival y emulador!

Se oyen voces y pasos y asoma uno de sus criados, anunciándole la llegada del *Tucayricuc*.

—¿Qué quieres, Illescas, hermano mío? —pregunta, mientras se ajusta en las sienes el *llautu* de oro con la borla roja.

—*Napa runakunaj inkan* —saluda el jefe de Policía, inclinándose ante su real hermano—. Acaba de llegar un chasqui de Caxas, con un mensaje del *curaca* para ti... ¡Han llegado los *aucasunk'akuna*!

Atahualpa se vuelve lentamente. Su rostro altivo y aguileño no trasluce emoción alguna, pero su silencio resulta expresivo. Luego de dar dos o tres pasos se detiene.

—Están cerca, ¿verdad?... ¿Cuántos son?

—Un puñado de hombres, con extrañas y brillantes vestiduras... Traen con ellos unas bestias enormes que despiden fuego por los ojos y por la boca. Y también traen el rayo en la mano...

—Me digo que el *curaca* ese debe tener la conciencia muy sucia, pues ve *supayas* en todas partes... Pero tampoco debemos fiarnos demasiado. Ese grupo debe ser una patrulla de reconocimiento... Dime, Illescas, ¿disponemos de un hombre que no tenga miedo a los *aucasunk'akuna* y no se deje impresionar por las armas que vomitan rayos?

—Creo que sí... Nuestro primo Topa Roca. Es valiente, parco en el hablar, observador.

—¡Hazlo venir al instante! —ordena el Inca con impaciencia—. ¡Ese es el hombre que necesito!

Topa Roca es un inca de altivo y severo porte, de unos cuarenta años. Sin replicar palabra recibe las instrucciones de su señor. Debe ir al encuentro de los extranjeros y debe entrevistar al jefe, a quien llevará un regalo personal del Inca.

—Pero, adviértelo bien, tu misión no es llevar o traer regalos —le dice Atahualpa—, sino la de observar... Me has de decir

en detalle cómo es ese jefe, cuántos hombres le siguen, con qué armas cuentan y, de ser posible, averiguarás también cuáles son sus propósitos... ¡Parte al instante!

No ha transcurrido mucho rato desde que partiera el real emisario llevando su presente, cuando reaparece Waylla Wisa. Su aspecto y su expresión son de abatimiento y pesar. Atahualpa no puede menos que conmoverse al verlo y presente que algo ha sucedido.

—Mi hija te envía su emocionado agradecimiento —dice el anciano—, pero no acepta tu generosa liberación... Según me han dicho, ha estado muy enferma. Ahora sólo quiere permanecer en el claustro, de por vida.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

—No lo sé... Tal vez la respuesta esté en sus palabras: "Es demasiado tarde... La vida ya no tiene importancia para mí", ha dicho.

Atahualpa queda en silencio, cabizbajo. Esas palabras han sonado como la oración con que se acompaña a los muertos. Y él se siente responsable también de esa muerte.

6

Francisco Pizarro, vestido de negro, pero con gola de blancura impecable, un cordón de oro al cuello, jubón ajustado y galano —debajo del cual se adivina antes que verse la cota de malla—, con espada al cinto, calzón a cuchilla y calzas de cuero largas, borcegués con hebillas de oro y en la testa un sombrero alargado, igualmente negro, todo lo que le da un severo aire de magistrado, sale al encuentro del embajador del Inca, Topa Roca, que viene acompañado de Hernando de Soto. Que es un funcionario de alto rango lo demuestra su digno porte, sus ricas vestiduras, las cuantiosas joyas de oro y el séquito igualmente rico que lo acompaña. El embajador mira de soslayo y con curiosidad al joven —indudablemente un indio, a pesar de su extraña vestimenta—, que estirado permanece al lado del Hombre Negro. Dice algunas palabras corteses mientras se inclina y presenta el regalo personal del Inca. Se trata de una fuente de ágata, de hermoso y vivo jaspeado, que tiene la forma de una pequeña fortaleza, con cuatro torres salientes que son de oro puro. Una colorida *llijilla* de finísimo tejido de vicuña sirve de base y envoltura

al regalo. Pizarro y cuantos están con él quedan mudos de impresión.

—Te saludo en nombre de mi señor y junto con sus expresiones de amistad y buena voluntad, te trasmiso su invitación para que vayáis a verlo en su palacio de las montañas —dice el real embajador.

Pizarro recibe el rico y artístico presente, da las gracias y en términos igualmente diplomáticos dice que nada le agradaría más que presentar personalmente sus saludos al señor Inca. Mientras tanto, ofrece hospitalidad al embajador y su séquito en el campamento.

—No creas que me he dejado embauchar —dice Pizarro al oído de su hermano Hernando, durante la cena que se sirve para halagar al embajador—. Esta visita viene para averiguar la fuerza y la condición en que nos encontramos... Pero me halaga y satisface este primer contacto.

El embajador inca es un perfecto diplomático, pues en momento alguno muestra sorpresa o emoción, aunque elogia la exquisitez del vino y lo succulento del guisado español que se les sirve. Requerido para quedarse todo el tiempo que quisiera, Topa Roca responde que agradece la hospitalidad que se le brinda, pero no puede quedarse más de dos días. Son dos días, sin embargo, que aprovecha al máximo, recogiendo información sobre todas las cosas extrañas que ve y sobre su uso, amén de cuanto fuese menester para enterarse del lugar de dónde vienen y los propósitos que traen.

—Yo soy el vasallo del emperador del mundo —le dice Pizarro—, que al otro lado del gran mar gobierna en muchas naciones tan grandes como vuestro imperio...

—Pero este rey, con ser tan poderoso, es el súbdito de otro señor, mucho más temible en su gran poder de vida o muerte sobre los hombres, el cual mora en los cielos —cree oportuno agregar el padre Vicente de Valverde—. Y esta cruz que ves aquí es su símbolo. Ella nos ayudará a sacaros de las tinieblas en que ahora vivís.

El embajador ha quedado perplejo. Y su discreción le impide replicar y decir que ellos también tienen un dios que mora en los cielos, cuyos hijos son el Sol, el Rayo, el Trueno y Killa, la Luna... ¿Será el mismo Pacha de quien habla el hombre con polleras? Por otra parte, ¿quién sino el *Sapa Inca* puede tener derechos sobre sus propios dominios? Pero mejor dejar el asunto para otra ocasión.

El día de la partida del inca, Pizarro le hace entrega de su

presente para Atahualpa. El mismo consiste en un gorro de paño encarnado, una camisa con cuello de encaje, y algunos objetos de vidrio, muy vistosos y novedosos, pero de escaso valor, que el capitán trajera exprofeso desde Castilla. Reitera en esta ocasión sus deseos de saludar personalmente al Gran Señor Inca, cuyas hazañas béticas le han dado justa fama.

—Venimos a tributarle respeto y a ofrecerle nuestros servicios —termina diciendo—. Puedes asegurarle que no nos detendremos en el camino más tiempo del necesario, antes de compapecer ante él. Ahora, ve en paz.

No tarda mucho, en efecto, en poner en marcha a su ejército, luego de establecer en un plano el camino más directo a Caxamalca. Antes de salir de Zarán, sin embargo, envía un correo a San Miguel, el cual lleva el precioso regalo del Inca y el oro y la plata recogida hasta ahora.

Los poblados y caseríos se suceden en esta nueva etapa, establecidos en valles de hermosa visión y clima muy agradable. El suelo es fértil en extremo y por todas partes asoma el verde exuberante de la vegetación. Pero la mayoría de esas poblaciones se encuentran desiertas, con signos de haber sido recientemente abandonadas. Parece una retirada en regla frente al avance de un enemigo. Esto empieza a preocupar al capitán de Castilla.

El pequeño ejército hace alto en un pueblo llamado Motupe, donde no se halla un alma. Pizarro decide quedarse aquí unos días, tanto para dar descanso a sus hombres, cuanto para esperar la providencial llegada de refuerzos que nunca aparecen. Como demorar más es peligroso, al cabo de cuatro días reemprenden la marcha. En esta ocasión les es dado cruzar una llanura semidesértica, flanqueada por anchos y verdes prados regados por arroyos que bajan murmurantes de las montañas; o por medio de canales especial y admirablemente construidos. Pero sigue brillando, por su ausencia, el elemento humano.

Al cabo de esas llanuras los expedicionarios se tropiezan con un ancho y caudaloso río, para cruzar el cual deben construir un puente, en lo que demoran unos días. Hernando de Soto y algunos de sus hombres son los primeros en cruzar, para hacer posible la construcción del citado puente. Al hacerlo encuentran a un indio, el cual es hecho prisionero e interrogado. Pero el indígena cierra los labios empecinadamente.

Le toca el turno de interrogarlo a Pizarro, tan pronto como se termina el puente y puede cruzar también. Pero ante la insistencia del peruano por mantener silencio no titubea y ordena que

le apliquen tormento. Así se hace y al fin el indio debe decir lo que sabe, interrumpido por sus propios gritos de dolor.

De este modo se entera Pizarro que el Inca se encuentra al frente de su ejército, compuesto de tres divisiones y con un efectivo de más de cincuenta mil hombres, ocupando la llanura y las elevaciones próximas a Caxamalca, teniendo como base de operaciones la fortaleza de Guamachuco, situada a unas veinte leguas de aquella ciudad.

Esta información preocupa más a Pizarro y su estado mayor. En un consejo se resuelve continuar la marcha, atravesar la cordillera e ir a Caxamalca.

—Tomar otro camino es exponerse a que Atahualpa nos tome por unos cobardes y nos mire con desprecio —dice el capitán.

—Y todos cobren ánimo y avancen como buenos soldados —agrega el padre Valverde con expresión beatífica—, sin arredrarse por lo escaso del número, porque en los grandes riesgos Dios siempre combate con los suyos. Y no dudéis que El, en su infinito poder y gloria, aplastará la soberbia y la herejía del pagano...

Alentados por estas frases rimbombantes y no dudando que el Dios de su creencia velará por la obtención del objetivo que cada uno persigue en lo íntimo de su corazón, los peninsulares se ponen una vez más en marcha. Previamente, Pizarro hace venir a uno de los indios del grupo cada vez más numeroso de voluntarios que viendo la suerte de Felipillo y esperando ser tratados y honrados como él por los extranjeros, siguen a éstos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el capitán.

—Huamán, *tatallay*.

—Alégrate, Huamán... Has sido llamado para prestarme un gran servicio, el cual te será recompensado magníficamente.

—Ordena, señor, y me placerá servirte...

Pizarro le explica la naturaleza del servicio que espera de él. Debe ir al campamento de Atahualpa como espía, para establecer la posición de sus tropas, su número, la inexpugnabilidad de la fortaleza y todo lo que fuere menester saber para el mejor éxito de su misión.

Con gran sorpresa suya y de cuantos asisten a la entrevista, el indio mueve la cabeza, negándose energicamente.

—No, señor —responde—. No puedo hacer eso. El Inca es mi señor y yo soy hijo de su pueblo... ¿Cómo traicionarlo de tan vil modo?

—Te pagaremos espléndidamente por el servicio —insiste Hernando Pizarro.

—No lo haría por todo el oro del Tahuantinsuyu.

—Yo te ofrezco algo más —interviene el padre Valverde—. El perdón de tus pecados y la gloria de Dios Padre.

—Soy hombre de bien y no se qué pecados son éos... —responde Huamán con sencilla dignidad—. Pero no quiero ser ingrato con vosotros... Iré, si queréis, ante el Inca, pero como representante o emisario vuestro, con algún mensaje.

Pizarro conviene en la justicia del pedido y no poco admirado de la integridad moral del peruano le da algunas instrucciones. Habrá de decirle a Atahualpa que marchan apresuradamente hacia Caxamarca, con el objeto de presentarle sus respetos. Que habiendo mantenido hasta el presente una conducta moderada al cruzar sus territorios, esperan encontrar los mismos sentimientos amistosos por parte del Inca y de sus numerosos vasallos.

Hernando Pizarro, con la anuencia de Felipillo, elige a cuatro amigos de éste, que vienen como él de Tumbes, como acompañantes de Huamán. Pero los mismos llevan la secreta misión de volver separadamente, a medida que vayan descubriendo si los pasos de la cordillera están defendidos, o si hay concentración de tropas y preparativos de guerra.

El pequeño ejército está nuevamente en marcha. Pocas jornadas más y llegarán a la base del gran baluarte de nevadas montañas, detrás del cual se encuentra la antigua ciudad de Caxamarca.

El espectáculo es sencillamente soberbio, emotivo y Pizarro se detiene en su contemplación. Ahí están los Andes, magníficos, de nevadas cumbres, de pendientes ora abruptas, ora suaves, plasmadas del verde intenso de sus bosques. Y aquí y allá, parches policrómicos que hablan del tesón y la industriosidad de sus hijos, terraplenes y gradientes cultivados, chozas y cabañas prendidas afanosamente de las faldas de la montaña.

En conjunto un caos de silvestre y majestuosa belleza. Alzando los ojos, Pizarro admira la soberbia cordillera y tiene la impresión de que el conjunto de montañas se agita como lenguas de una gran hoguera, reflejando el dorado brillo del Sol Padre. Un gran rumor se esparce en el espacio alrededor. Es el alegre o sollozante murmullo de los torrentes que se precipitan por los flancos. La gran columna vertebral de las montañas en cadena parece sorprendida en el instante de erguirse desafiante ante la presencia del invasor extranjero. En el aire enrarecido se advierte un estremecimiento cósmico.

CAPITULO XII

La cruz de fuego

La gran barrera de granito y de hielo tiene tal sugestión cósmica que hasta el hombre más valiente y capaz se siente empequeñecido ante su presencia. La gigantesca mole, cuyos secretos vericuetos desconoce el foráneo, se yergue desafiante. Su aspecto de magnificencia y hermosura es tal que otros macizos montañosos de Europa, como los Pirineos o los Alpes, parecen mezquinos frente a él.

A simple vista Pizarro tiene la impresión de que se trata de una formidable e impasable barrera, con una serie de pasos y laberintos que, cual termópilas indias, bastaran a contener a legiones enteras.

Pero no. Pronto descubre la presencia de un camino ancho, baldosado, en trechos plano o ligeramente ascendente, en trechos en gradiente, por el cual pueden pasar hasta dos palanquines juntos. A su vera se alzan frondosos árboles, casuchas para el pernoctar de los viajeros, tambos para el descanso del Inca y su siempre numeroso y calificado séquito.

—Es admirable como los incas han podido construir este camino, que tiene mil doscientas leguas de extensión y que atraviesa la cordillera de sur a norte —comenta el capitán de Soto.

—Sí, sencillamente asombroso —replica Pizarro, pensativo—. Y es esta raza milenaria y numerosa, que hemos venido a conquistar con un puñado de hombres... Me pregunto si no hemos perdido todos el buen juicio.

En efecto, la magnitud de la tarea que tienen por delante aplasta a los conquistadores con su formidable peso. Y no pocos se sienten desalentados. Hernando Pizarro, enterado de que su

hermano piensa desechar aquel magnífico camino, que por lo menos aminoraría los rigores de una forzada marcha a través de las montañas, le dice:

—Ya que nos vemos forzados a continuar, evitemos por lo menos los peligrosos desfiladeros y sigamos por este hermoso camino.

—Por él se va al Cuzco y no a Caxamalca, donde, recordadlo siempre, tenemos una cita con el señor Inca.

—¡A Caxamalca, pues, y así sea atravesando al mismo infierno! —exclaman los otros capitanes, enardecidos.

—Cristo, hijos míos, bajó al infierno y lo cruzó sin mengua de su divino espíritu —recuerda el padre Valverde—. Pensad solamente en el servicio que estáis prestando a Dios y vuestro rey... Y si eso os consuela, pensad también en los beneficios materiales que ganaréis si la empresa es vencida...

—¡Hurra!.. —Vitorean los conquistadores, viéndose ya Hollando montañas de oro—. ¡Por Cristo y por el Emperador!

Al amanecer del día siguiente, Francisco Pizarro, Hernando de Soto y Gonzalo Pizarro encabezan una fuerza de avanzada compuesta por cuarenta jinetes y sesenta banderas. El resto del pequeño ejército se queda al pie de la cordillera, al mando de Hernando Pizarro.

No ha transcurrido aún la mañana cuando ya se echa de ver que las dificultades son mucho mayores que las supuestas. El sendero que siguen ha sido superficialmente abierto a las rocas de la montaña, cuyas laderas son abruptas y cortadas en precipicios, gargantas y desfiladeros. En ciertos trechos el paso se hace tan difícil y peligroso que los jinetes se fuerzan a bajar y seguir a pie, tirando de las riendas de sus cabalgaduras. En ocasiones el sendero parece amilanarse ante la presencia de enormes peñascos que salen a su paso, y para vencerlos es preciso encaramarse sobre ellos, con tal riesgo que los caballos se encabritan y espantan. Por cierto, el menor tropiezo bastaría a precipitarlos en abismos cuyo fondo no se alcanza a ver. De este modo, el sendero que ya resulta imposible al aborigen y a sus llamas, que con su paciencia ancestral y sus pies desnudos han cavado el granito, resulta terrible para los extranjeros pesadamente armados, vestidos de armaduras que dificultan el movimiento y calzados con gruesas botas. Fauces tremendas se abren por doquier, amenazando tragarse a los invasores. En los bordes asoma una vegetación rala, espinosa. Las laderas boscosas han quedado abajo y como un oasis de paz asoman allí, ocultando a medias a los arroyos que besan sus raíces.

Es tan tenaz el espíritu de la conquista, que nada de esto lo arredra. Sin embargo, los hombres sienten pavura a la vista de esos fondos abismales, o cuando les sale al paso una estrecha garganta por donde fuerza es pasar uno a uno. Bastaría un puñado de hombres para destruir allí un ejército. En cierta ocasión tropiezan con una verdadera muralla de roca, con torreones, almenas y parapetos, que domina una saliente del camino. Imposible seguir adelante si sólo un par de hombres impiden el paso. Pero felizmente, la fortaleza trabajada tan admirablemente en la roca viva está abandonada y desierta. La soldadesca pasa sin inconvenientes.

—¿Qué otra mayor prueba se necesita para saber que el Inca no abriga sentimientos hostiles hacia nosotros los extranjeros? De haberlo querido Atahualpa, ni uno solo de los que, protegidos contra el frío y el viento aullante que sopla a estas alturas, nos acurrucamos en el interior de esta fortaleza, estaría en este momento con vida.

Esta opinión del capitán de Soto es compartida también por Francisco Pizarro, el cual despacha inmediatamente un mensajero a su hermano, ordenándole venir a su encuentro. Al día siguiente la pequeña partida, continúa la marcha, penetrando cada vez más en los intrincados desfiladeros de la montaña. Esto origina algunos inconvenientes de orden físico. Los peninsulares, que han pasado su vida en los trópicos, sufren mucho a consecuencia del frío de la altura. Cada paso ascendente ha ido marcando un descenso en la temperatura, así como ha señalado un cambio en el clima. Han desaparecido los alegres bosquecillos de la parte baja y ardiente. Pinos de mustio aspecto acompañan a los expedicionarios, pero ellos mismos van quedando atrás dejando que una raquíctica vegetación montañosa cubra el hosco y pardo escenario circundante. Tal es la sensación de soledad que se tiene aquí, que la tierra parece abandonada no sólo por el hombre sino ya por todo vestigio de vida animal. Sin embargo, así como de trecho en trecho se encuentra un florido arbusto de pequeñas y perfumadas flores amarillas, rojas y azules, que parecen tener su raíz en la misma roca, así también aparece de pronto a la vista de los hombres un pequeño y ágil animal de dorada pelambre y grandes y tristes ojos, que saltando sobre rocas que cuelgan sobre abismos imposibles, se aleja indiferente. O es la fiera de cabeza felina y grandes colmillos, el puma, que gruñe amenazadoramente en el fondo de su cueva. En cierta ocasión, uno de los jinetes ve aparecer de improviso a un enorme animal plantígrado, de piel oscura y reluciente. El caballo se encabrita y a punto está de

caer en el abismo. Los relinchos del animal y los gritos de miedo del jinete terminan por asustar al oso, el cual se aleja y se pierde de vista entre los infinitos accidentes de la montaña. En otra oportunidad y casi junto a Gonzalo Pizarro, que va intrépidamente adelante, una enorme bestia alada despliega bruscamente sus increíblemente enormes alas y lanzando fieros y estremecedores graznidos se aleja volando raudamente sobre el abismo. Su plumaje varía entre el negro y el gris. Alrededor del cuello lleva una franja blanca.

—¡Es el *khuntur!* —exclama Felipillo—. ¡Es el genio protector de las cumbres!.. Encontrarlo y no ser atacado por él es de buen augurio.

Sigue el zigzagueante y penoso ascenso. El frío es entumecedor. Ahora hay nieve por doquier. Enormes parches blancos que rompen la monotonía parda y gris de las rocas. Por momentos la nieve se extiende como un tibio y suave lecho de piel blanca, siendo su aspecto tan inofensivo que dan tentaciones de arrojarse en él. Un jinete resuelve acortar camino atravesando una de estas sábanas. Cuando uno de los jefes le grita que no lo haga, ya es tarde. ¡Caballo y jinete desaparecen en la nieve! Transcurridos unos instantes en que se oyen ruidos que parecen provenir de las mismas entrañas de la montaña que se ha tragado a su presa, el cúmulo de nieve vuelve a mostrar su aspecto anterior. Entonces comprenden los expedicionarios que se trata de una hermosa y mortal trampa.

Un tanto sorpresivamente y al término de algunas jornadas, los expedicionarios llegan a la cumbre. Frente a ellos se extiende una altiplanicie perennemente batida por el viento. El suelo es rocoso, árido, aunque a trechos crecen la paja y algunos arbustos raquílicos y espinosos. La paja de estas alturas tiene un hermoso y dorado brillo donde el sol se refleja vivamente. La combinación ideal de la paja y la nieve da de lejos la impresión de que la cima está engarzada en oro y diamantes.

Fuerza es acampar aquí en la noche y los expedicionarios arman algunas tiendas y encienden hogueras. Pero es tal el frío y tal el gélido soplo del viento, que no basta el débil calor de las hogueras, ni la protección de las escasas tiendas, ni el descansar en apiñados grupos. Los hombres pasan la noche ateridos, titirando.

Aclara un tanto bruscamente y la presencia de los rayos solares hace más grata la permanencia en la altiplanicie. Pizarro es de parecer de quedarse aquí a esperar a los otros. Durante la jornada, los hombres armarán un campamento, buscando pro-

tección contra el viento y las rocas. Decae el día cuando ven llegar, por el camino del este, a uno de los mensajeros enviados con Huamán. El indio trae la información de que viene un nuevo emisario del Inca. No se ha visto concentración de fuerzas en el camino hasta Caxamalca.

—Ya lo véis —dice de Soto—, nos esperan en paz y sin temor.

—Yo no me fío tanto —responde Pizarro con acritud—. Ese emisario es otro espía... Enviaré un mensajero a mi hermano Hernando, para que apresure la marcha. No quisiera que el enviado del Inca nos encuentre con tan corto número de parciales.

Por suerte, las tropas de Hernando Pizarro no se hallan lejos y así pueden llegar a la altiplanicie poco antes del mediodía. Y por la tarde hace su aparición el enviado del Inca. Trae como presente algunas llamas cargadas de alimentos, de frutas, de prendas de abrigo, hermosas frazadas de lana pura tejidas a listas de colores y afelpadas que arrancan exclamaciones de alegría y gratitud.

El enviado del Inca informa que su señor desea saber cuándo llegarán a Caxamalca, para poderles brindar mejor ayuda. Ha dejado la fortaleza de Huamachucho y a su ejército en ella y ahora se encuentra en el palacio real de Caxamalca, en las cercanías de los baños termales, sin más tropas que su guardia personal.

Juzgando que no dice la verdad, Pizarro invita al enviado y con ayuda de un excelente aguapié intenta soltarle la lengua. O el emisario es muy astuto o sólo se limita a decir la verdad, lo cierto es que no sale de lo dicho. No ocurre lo mismo, en cambio, cuando se trata de hablar en pomposos términos, de las hazañas militares de su señor, del gran número de guerreros que lo respaldan y de la efectividad mortal de las armas que usan. Pizarro no le va en zaga y se hace lenguas hablando de las hazañas militares de Carlos V, al cual califica como virtual soberano del mundo, que mediante armas mucho más poderosas que el rayo de la muerte que ellos traen, conquistó grandes naciones. El enviado del Inca no deja traslucir sus sentimientos. Probablemente califica de fanfarronada aquellas expresiones.

Un día después de la partida del emisario, Pizarro y los suyos reemprenden la marcha. Dos jornadas demoran en cruzar la accidentada altiplanicie, llegando por momentos a cruzar elevados pasos que parecen suspendidos entre las nubes. Luego viene el abrupto descenso, tanto o más peligroso que el ascenso. Hombres y caballos ruedan con frecuencia, algunos desapareciendo para siempre en los profundos abismos.

Una nueva embajada india sorprende a los peninsulares en

pleno descenso. Como enviado especial viene Topa Roca, el que fuera primer emisario. Trae también como regalo una recua de llamas cargadas con provisiones. Durante la cena de bienvenida, Topa Roca invita con el elixir de los Incas, que sirve a sus huéspedes en grandes vasos de oro. Los peninsulares quedan muy impresionados, tanto a la vista de los vasos como al gusto de su contenido. El vino dorado español más rancio no tiene aquella limpieza, fragancia y sabor. La charla de sobremesa versa, como de costumbre, sobre temas políticos, militares y religiosos. El enviado del Inca da algunos pormenores de la guerra india y explica las razones del triunfo del ejército de Atahualpa.

—Bien están las razones que dais, señor Topa Roca —dice el padre Valverde con su característica mansedumbre—, pero existen otras, muy poderosas, de origen divino, que influyen en la conducta humana... Os quiero decir con esto que estaba en Dios, el verdadero y único Dios de la humanidad, que vuestro soberano venciese... Probablemente porque, a ojos de El, Atahualpa es un hombre bueno, justo, magnánimo...

Topa Roca se queda mirando al fraile con expresión de profundo asombro.

2

La cámara privada del Inca, la que ocupa con su esposa, Ima Sumac, se halla sumida en una grata penumbra. De un pebetero de oro que cuelga de la pared se esparce suave perfume. Tendido en el amplio lecho matrimonial, Atahualpa parece un dios griego de bronce. A su lado, sentada en graciosa actitud, aunque tan naturalmente desnuda como su real esposo, la Colla lo contempla entre grave y sonriente. Ima Sumac se siente feliz. Desde que se ha producido el gran cambio en él, puede considerarlo suyo, definitivamente suyo. Es cierto que, de vez en cuando, se entretiene con alguna de las concubinas, pero por lo general pasa las noches en el lecho matrimonial. Son cosas de un vergonzoso pasado las orgías con que solía regalarse. Sí, luego de aquel desmayo, que podía llamar providencial, Atahualpa es otro hombre. Se ha tornado menos agresivo y autoritario. Ahora escucha y trata de comprender, de ser magnánimo, justo. Sobre todo, ya no es cruel.

—¿Duermes, mi amado señor? —pregunta ella tímidamente.

—No, pienso. Siempre pienso.

—¿En qué?

—Siempre en aquel día aciago... No puedo apartarlo de mi mente... ¡Oh, si pudiera arrancarlo como se arranca una mala hierba!

Ima Sumac reflexiona. El día aciago no puede ser otro que aquél, el de la inmolación de más de ochenta vidas inocentes. Cree comprender. Pero, ¿por qué aquel día y no el otro, el de la matanza y la destrucción de Tumbesamba, en que se inmolaron no decenas sino miles de vidas igualmente inocentes? ¿Caprichos de gran señor?

—Si te empeñas en olvidarlo, *Sinchij munaskay Sapan Apu*, puedes lograrlo —dice—. ¿No olvidaste lo ocurrido en Tumbesamba?

—Esa fue una medida de guerra... No podía dejar a cañaris enemigos a mis espaldas.

—También los del Cuzco eran tus enemigos —insiste ella.

Sorpresivamente, Atahualpa se sienta de golpe. Su robusto pecho está agitado. Mira a su esposa, pero sin verla. Su mirada está perdida, se diría aterrorizada.

—No, no lo eran —dice con voz ronca.

—¿Por qué no?... Probablemente no estarías con vida si el resultado de la batalla te fuera adverso.

—¡*Chuquiylla*, el dios de la justiciera cólera lo permitiera!... ¡Hoy no sufriría este tormento que destruye mi mente y tortura mi corazón!

—Pero ¿por qué? —solloza Ima Sumac, alarmada—. ¿Por qué te aflige tanto?

Atahualpa no responde en el primer momento. Sigue mirando sin ver con ojos agrandados por un temor inmenso, que no tiene origen terrenal. Ima Sumac apoya suavemente su mano en el brazo desnudo de su señor. A este contacto, el Inca se estremece. Ahora vuelve en sí y la ve. Sonríe con tristeza, luego, tomándola tiernamente la atrae.

—Porque la sangre derramada era mi propia sangre —dice por último, con voz ininteligible de tan ronca que es.

—No estuvo en ti que lo fuera...

—¡Sí, sí, estuvo! —grita el Inca, histéricamente—. ¡Antes de dar la orden fatal tuve la visión de mi padre que me pedía que no lo hiciera!... No hice caso. Luego...

—Luego viniste a mí y yo, en lugar de consolarte, agudicé tu pena con el remordimiento...

—¡No, no!... No fuiste tú... fue... Waylla Wisa.

—¿El Villac Umu? No comprendo.

—Sí... Vino a verme, después que partiera el chasqui. Me

suplicó que suspendiera la orden. Altanero le pregunté por qué debía hacerlo. "Churillay —me respondió con triste acento—. Si no lo haces, vas a derramar tu propia sangre"... ¿Dices que es mi propia sangre sólo porque mi padre se refociló con todas las fiestas cuzqueñas que le vino en gana?", exclamé. "No —me respondió luego de una pausa, con voz temblorosa—, no por eso, sino porque tu madre, hermana mía, es una princesa fiesta cuzqueña!". Lancé un grito de furor. "¡No mientes, auquikella!... ¡Mi madre era una princesa del norte! ¡Y yo nací en Quito!" —le enrostré—. "No es cierto —me replicó—, te lo juro solemnemente, como Sumo Sacerdote que soy. Huayna Cápac partió hacia la campaña del norte poco después de nacer tú... Yo fui el encargado de llevarte con él y de velar por ti... ¡Y ahora, hijo mío, plugiera el *Atun-Apa-huallpi* que tu madre no se encuentre entre las víctimas de tu ciega venganza!". Y se marchó dejándome atónito. Apenas me recuperé, envié no uno sino diez chasquis, ofreciendo gran recompensa al que lograra suspender la orden de ejecución... ¡Pero fue demasiado tarde! La voz del Inca se extingue en un sollozo—. ¡Mi madre... mi verdadera madre, se encontraba entre las primeras víctimas!

Ima Sumac, más pálida que una muerta, cae sollozante y de bruces sobre el lecho. Sus gemidos, sin voz ni expresión, hablan en un lenguaje que por cierto resulta más conmovedor y patético que el tradicional.

"¡Has asesinado a tu madre y no podemos esperar perdón del *Atun-Apa-huallpi*, el Supremo Hacedor!".

Los sollozos son humanos y como tales, lastimeros y conmovedores. Pero los sollozos de los grandes, de los que teniendo poder, riqueza, honores, de los que pueden destruir con un ademán los bienes o la vida de los hombres, esos sollozos son más patéticos, más estremecedores, porque muestran la fragilidad del poder humano...

3

Topa Roca, el embajador inca, termina su relato y se inclina ante el *Sapa Inca*.

—Eso es lo que vi y lo que escuché de labios de los *sunk'arunakuna* —dice Topa Roca.

—¿Y dices que en total no son más de dos veces cien hombres? —pregunta el general Khiskhis, presente, junto con otros

militares, ministros y consejeros, en la gran sala de las deliberaciones.

—Eso, sin contar las bestias... Tengo la idea de que cada una ataca y mata por cien guerreros.

—¡Lo que yo sostengo, *Incallay!* —exclama el general, volviéndose al silencioso Atahualpa—. ¡Su número es tan escaso que podemos aplastarlos!

—Tienen armas extrañas y mortíferas... El rayo de la muerte y la máquina de disparar flechas pueden causarnos grandes bajas —señala Topa Roca.

—¡Me burlo de quienes temen a esos vagabundos extranjeros! —prorrumpió el general—. ¿Qué son doscientos soldados contra cincuenta mil guerreros valientes y resueltos?... ¡Los destruiríamos de sólo marchar sobre ellos!

—¡Callad! —exclama Illescas, el *Tucayricuc*, que por ser tal y hermano de Atahualpa, tiene gran ascendiente—. ¡Nuestro *Kamajnillay* sabe lo que tiene que hacer!... ¡El los destruirá! ¡No los ha traído a una trampa mortal?

Todos saben en qué consiste. Todos hablan de ella, en términos elogiosos por la capacidad estratégica y militar del Inca. Sí, los "barbudos extranjeros", al cruzar la barrera de la cordillera, han entrado voluntariamente en la gran trampa. Las tres divisiones indias pueden cortarles el avance tan pronto lleguen a la llanura, y cercarlos y acorralarlos contra las murallas de roca de la cordillera. Su destrucción total sería cuestión de momentos.

—¡Illescas tiene razón! —interviene otro—. ¡Nuestro *Sapan Apu* sabe lo que hace!... ¡Dejemos que él diga cómo destruir al invasor!

Todas las miradas se vuelcan al silencioso y hosco Atahualpa, que parece estar lejos de la discusión promovida. Las líneas de su rostro muestran haberse profundizado en una noche y se mantienen inalterables, lo mismo que la expresión de sus ojos, fríos, insensibles, excepto para la gran tragedia interior que vive.

—Topa Roca, amigo, ¿dices que el general barbudo no desconfía? —pregunta al fin.

—Al contrario, señor. Desconfía y teme. Me hizo muchas preguntas. Dice que no quisiste recibir a un emisario suyo.

—¡A ese *chimu*, indigno de pertenecer a nuestra raza! —interviene Illescas—. Yo no le permití llegar hasta el *Sapa Inca*. Además, no traía credenciales. Y nuestro señor se hallaba en retiro y ayuno.

—Traté de explicárselo al jefe extranjero y aceptó mis excu-

sas —continúa Topa Roca—, o fingió hacerlo... De todos modos, ya cruzó la cordillera y ahora baja por el sector este... Estará en Caxamalca dentro de un par de días.

—¡Están en nuestras manos, señor! —prorrumpie Khiskhis, fuera de sí—. ¡Da la orden y los aplastaremos como a *sisiman*!

Nuevo silencio de Atahualpa. Todos quedan pendientes de lo que va a decir. La orden no puede dejarse esperar. Sin embargo, el Inca no despega los labios.

—*Incallay* —dice el general, sin ocultar su impaciencia—, si no destruimos ahora mismo a esos *aucasunk'akuna*, éstos pueden destruirnos a nosotros... Sí, son doscientos hombres, pero estoy seguro de que sólo se trata de una fuerza adelantada... Pronto vendrán más, diez veces cien, cien veces cien... —Hay acento suplicante en su voz cuando insiste—: ¡Señor, da la orden, antes que sea tarde!

Atahualpa parece salir de su amargo sueño y mira a sus consejeros y ministros, todos ansiosos y pendientes de sus palabras. Cuando empieza a hablar su tono es pausado, bajo.

—Los extranjeros de barba vienen hacia aquí como amigos. Nosotros les permitimos entrar en nuestro territorio como amigos... Yo no les tendré ninguna trampa. Podríamos aprovecharnos de las circunstancias y aplastarlos, como quiere nuestro valiente Khiskhis... ¡Pero por qué hemos de hacerlo? Si vienen como amigos, como a tales debemos respetarlos...

—Fingen ser amigos nuestros para darnos el golpe por la espalda.

—¿Atreverse a ello, doscientos hombres contra cincuenta veces mil?... ¿Y en nuestra propia casa? —pregunta Waylla Wisa, el anciano Sumo Sacerdote y cuya voz es generalmente escuchada con respeto.

—El *Villac Umu* ha dicho algo para lo que no tienes respuesta, Khiskhis —dice Atahualpa—. Vendrán y los recibiremos como amigos... No les daremos razón ni oportunidad para que se quejen de nuestra hospitalidad...

—Pero, ¿y si atentan contra ella y contra nuestros actos amistosos? —le preguntan.

—En ese caso, y sólo en ese caso, procederemos con la mayor energía y vigor.

Los presentes cambian significativas miradas. La mayoría aprueba la sensata y honesta actitud del Inca. Mas no faltan quienes la reproban, aunque por respeto y temor callen las observaciones que tienen a flor de labios.

—*Kamajnillay* —dice un anciano consejero, antiguo maestro

de Atahualpa en la rama de la ley, llamado Auqui Apoc—, tu actitud frente a los extranjeros es digna de un gran soberano... ¿Puedes decírnos en qué la basas, además de los conceptos de respeto a la palabra empeñada?

Atahualpa se vuelve, estremecido, como tocado en una fibra sensible. Mira al consejero profundamente, en los ojos, y se convence de que no hay mala intención en él.

—Waylla Wisa, *tatallay*, ¿quieres responder por mí? —pide el Inca.

—Lo haré con gusto, señor... —El viejo Sumo Sacerdote adopta una actitud estudiada—. Soy sensible a la tradición incaica, que nos enseña a respetar y rendir culto a los muertos... Uno de nuestros antepasados, Wiracocha, levantó un templo al dios de la barba que vio en sueños... Según nos dice la tradición ese dios le predijo la llegada de las casas flotantes, de los hombres de barba con ellas... Esa predicción se está cumpliendo.

—¿Véis? —pregunta el Inca—. ¿Comprendéis por qué no debemos ir contra hombres que indudablemente están protegidos por los dioses?... Aunque pocos, traen pruebas de que son sabios y que pueden fabricar cosas maravillosas como el rayo de la muerte... Creedme, será más útil nuestra amistad con ellos que una guerra, por más que seamos los vencedores. De los *sunkarunakuna* podemos aprender muchas cosas, que nos ayudarán luego a mejorar el estilo de vida de nuestro pueblo...

Son sensatas palabras que tienen mucha influencia en el ánimo general y que satisfacen los interrogantes que inquietan a muchos. Al dejar la sala de las deliberaciones, Auqui Apoc le dice a Waylla Wisa por lo bajo:

—Mucho ha cambiado nuestro *Sapa Inca* en los últimos tiempos... Ahora tiene la serenidad y la sabiduría del viejo Huayna Cápac... ¿No crees que se ha operado milagro en él?

—Sí —responde el Sumo Sacerdote con tristeza—, se ha producido el milagro de la *yahuar* ⁽¹⁾.

4

El agreste escenario ha perdido para los extranjeros parte de su estremecedor encanto. Habituarios a él, ya no aprecian con tanto entusiasmo los a veces vibrantes contrastes de forma y

(¹) Sangre.

color. Pero no es sólo pérdida de interés. Tensión y no poco temor prevalecen en las cansadas filas. La proximidad del destino que llevan y el enfrentamiento de las posibles consecuencias mantienen en constante preocupación no sólo a los jefes sino a los expedicionarios. No embargante que una fuerza de choque, al mando de Hernando de Soto, va adelante, nadie deja de sospechar y temer una emboscada.

Pero el descenso se cumple, jornada tras jornada, sin incidencias dignas de mención, excepto algunas rodadas de hombres y animales, más espectaculares que dañinas. Y al fin, al cabo de siete días, avistan el valle de Caxamalca que, adornado con todas las galas de la agricultura, yace como una brillante y variada alfombra verde.

Ofrece un marcado contraste con las oscuras masas de los Andes que la rodean por los cuatro costados. El valle tiene forma ovalada y una extensión aproximada de cinco leguas de ancho. Dos ríos lo cruzan y se introducen en la ciudad cuya blanca estructura —como una joya brillante al pie de los macizos oscuros—, pone una nota más de color en el conjunto. Los campos alrededor están divididos por vallados verdes. La tierra muestra ser fértil en extremo y por todas partes se ven jardines, huertas, sembrados. A cosa de una legua o algo así, más allá del pueblo y a través del valle, se ven columnas de vapor que levantan hacia las nubes. Ellas señalan el punto exacto donde están las famosas termas, lugar favorito de descanso de los incas y donde se halla situado el palacio real.

Pero el paisaje no es simplemente topográfico. Al pie y a lo ancho de las colinas que bordean el valle, detrás de las termas, se ve un inmenso sembrado de blancas tiendas de campaña, que destacan como copos de algodón sobre una alfombra verde.

Los conquistadores quedan tan impresionados a la vista de aquel conjunto de tiendas de campaña, índice de que se trata no sólo de un gran ejército, sino de uno bien organizado y capaz, que no pocos se sienten desfallecer de angustioso temor.

“...el espectáculo nos causó a todos los españoles harta confusión y temor, aunque no convenía mostrarse, porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismos indios que con nosotros venían nos mataran, y así, con animoso semblante, bajamos por el valle...”. Así habla uno de los conquistadores y su palabra resulta vívido testimonio de la verdad.

La épica jornada queda señalada en los anales históricos con la fecha del 15 de noviembre de 1532. Antes de emprender la marcha hacia la ciudad, cosa que ocurre por la tarde, Pizarro

divide sus fuerzas en tres grupos, teniendo el mando de uno y encargando los otros a de Soto y a su hermano Hernando. La marcha se realiza en orden de batalla y con todas las armaduras y arreos militares. Ciertamente, su airosa marcha atravesando el valle, no obstante el temor que crispa sus zarpas en el corazón, es majestuosa y aun altiva. Pero el épico desfile no tiene los espectadores que su arrojo mereciera. La ciudad india está desierta y en el baldosado de sus calles sólo repercute el paso marcial de los conquitadores.

Caxamalca, hemos dicho, está situada en la falda de una sierra y tiene una legua de extensión. A la entrada del pueblo hay dos puentes, muy bien hechos y con pisos de losa. En la parte media se encuentra una plaza, que los peninsulares consideran "más grande que la mayor vista en España", está rodeada de un muro que tiene dos puertas, al norte y al sur. Algunas casas dan también sobre esta plaza y tienen apariencia de cuarteles con puertas muy anchas. Sobre el extremo este se ve una fortaleza de piedra, con una escalera por la parte de la ciudad y una entrada particular por el suburbio. Hay otra fortaleza, también de piedra, construida sobre la parte elevada de la ciudad, rodeada por una muralla construida en forma de espiral, lo que da la impresión de que tiene tres murallas circulares. Esta fortaleza da una idea de la ciencia arquitectónica que dominan los incas.

En el resto de la ciudad se distribuyen casas que tienen doscientos pasos de largo, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados. Las paredes son de adobe, asentado sobre piedras. Los patios son grandes y algunos tienen árboles y jardines. En el centro de todos ellos se ve una pequeña fuente de agua corriente, distribuida en todas las casas mediante cañerías y desagües subterráneos.

Entre las casas se levantan algunos edificios importantes con muros de piedra pulida y tan sólida y justamente asentados que ni el soplo del viento pasa a través de las junturas. Uno de esos edificios es el templo del Sol, otro, el de las Vírgenes del Sol. Detrás de los altos muros de este último asoman las copas de árboles frondosos. Existen otros templos menores o mezquitas, que los naturales llaman *huacas*, dedicados a otros dioses. Al entrar en estos templos, los nativos se quitan los tocados y las ojotas.

Pronto advierten los extranjeros que la ciudad no ha sido abandonada como temen. Los nativos asoman en las puertas de sus casas y los ven pasar con más temor que curiosidad, pero al fin vence ésta y entonces aparecen más caras, preocupadas algu-

Hernando

nas, otras sonrientes. Por el aspecto de estas gentes, los españoles comprenden que al fin han dado con el pueblo incaico. Ya no se trata de tribus salvajes, sucias, corrompidas, sin razón, sino de un pueblo civilizado, de correcta aunque exótica vestimenta. La que se ve allí es gente limpia, de mirada inteligente. Por su dominio de las artes de construir, sembrar, fabricar vestidos y telas, objetos de adorno en oro y otros metales, por su manera de tallar las piedras, se puede ver que se trata de un pueblo que hace centurias ha superado la etapa del salvajismo.

—¡Ay, Hernando, hermano mío! —suspira el capitán de Castilla al oído de su hermano—. ¡Creyendo voy que empresa más difícil que dominar un pueblo como éste no ha tenido jamás conquistador alguno!

—Lo conquistaremos, Francisco, Dios mediante —murmura Hernando.

—¡Bien dicho, señor don Hernando! —tercia el padre Valverde—. Y es claro y de razón que Dios no habrá de permitir la permanencia de la idolatría en estos hermosos parajes.

¿Dónde está la verdad y dónde la idolatría?, parecen preguntar las mustias torres de las *huacas*. Para el indio todo es Dios, aunque no sea estrictamente panteísta. Pero la fuerza que hay en el sol, en el trueno, en el rayo, en la lluvia, en el arco iris, en la luna, ¿qué es sino expresión de un poder, de una fuerza cosmogónica? Las cuevas de las montañas, los vientos, las piedras, los ríos, los árboles, las estrellas, ¿qué son sino manifestaciones de esa fuerza? La tierra, el universo, atestiguan con su estremecido movimiento la vigencia de una ley que antes de ser divina es cósmica. Pacha, el Dios cósmico del Ande, no tiene rostro, ni acción, ni pensamiento de hombre, porque no está creado a semejanza de él. Es la fuerza, el poder vigente, visible, tangible, aunque sea incorpóreo. Pacha, Dios, es para el incaico la deidad multiforme, inasequible, inabarcable, que lo sugiere y lo crea todo. Es también el *Atun-Apa-huallpa* ⁽¹⁾, el Gran Hacedor.

El incaico —y con él todas las razas indígenas americanas— es poseedor de una pura y ejemplar concepción religiosa que se trasunta en su pensamiento y en su obra. Porque el cosmos andino presiona en sus hijos y los hace contemplar los milagros de la naturaleza como a espectadores de primera fila. El cielo, las estrellas, el sol, las nubes, las cumbres nevadas que en otras latitudes sólo se ven en imágenes, están cerca del indio.

(1) Supremo Hacedor, gran anciano creador.

Incluso puede estirar el brazo y tocarlos, sentir su pulsación estremecida.

Raza increíble la del indio, regido por un interior señorío que no proviene ni de la civilización ni del saber. El está unido simbólicamente a la naturaleza superior que lo rodea, como lo están la montaña, el cóndor, el puma, la roca. Hay vivencia, ligazón, movimiento, confusión, entendimiento, en la unidad por el todo. Para el que lo contempla de cerca, el paisaje andino tiene la misma grandeza y pureza que sus hijos. Y el conjunto es maravilloso. Sólo hay que saber mirar. El hombre parece microscópico ante tanta grandeza. Pero es lo minúsculo moviéndose en el macrocosmos. En el indio no hay términos medios. O es grande o es chico. Capaz de emprender las obras o las proezas ante las cuales el humano común se rendiría, se niega a realizar tareas sencillas o mezquinas. La lealtad signa su conducta. Ama u odia con pasión. Si se entrega, lo hace sin retaceos; si se niega, su negativa es total. En el indio se da la franqueza agresiva de sus montañas o el silencio indiferente de sus abismales profundidades. Sólo quien ha penetrado en el palpitar cósmico del Ande puede interpretar la pulsación anímica del andino. El habitante de estas alturas está plasmado de los rayos invisibles que señorean en el cielo y en las cumbres de sus montañas, de ondas etéreas y misteriosas que se precipitan sobre la roca, las atraviesan sin herirlas y sin herirlo y sin lastimarlo tocan al hombre. Por influencia del aire enrarecido, saturado de emanaciones eléctricas e iónicas, el andino tiene los nervios muy aguzados, reactivos, lo que le proporciona visión y entendimiento supra normales. En su silencio, el andino es más expresivo que el charlatán seminarista, porque entiende y se identifica con esa tremenda fuerza con que se manifiesta lo absoluto. Mejor dicho, tiene conciencia de la chispa cósmica que vibra en él. Porque el andino divinizó la naturaleza no por capricho, conveniencia o temor, como ha ocurrido con la mayoría de las religiones, sino porque en él, en lo recóndito de su ser, hay afinidad y congruencia con la fuerza cosmogónica que lo rodea.

Natural es que, frente a la majestuosidad y la belleza del escenario y a la pureza y grandeza de sus actores, los peninsulares se sientan confusos, desorientados y aun temerosos. Es que ellos miden cosas y seres con su propia vara, y el resultado los desconcierta.

El ambiente geográfico se complementa con el humano. Hay esencia fosfórica y timbal resonancia en el valle. Truenos, rayos y relámpagos atisban detrás de baluartes de sombrías nubes. Y de pronto la precipitación pluvial. Agua, viento y granizo que obliga a los expedicionarios a buscar refugio en los cuarteles abandonados de la plaza. Asoman sonrisas, en los rostros de los aborígenes. El granizo rebota ruidosamente en las brillantes armaduras y el agua se acumula en el cuenco de los yelmos.

La ausencia de emisarios incas desconcierta y preocupa a Pizarro. Es la hora de visperas. Acampar al descubierto o en la plaza, sin conocer las intenciones de los incaicos, puede ser peligroso. Decidido a saber qué intenciones trae el señor Inca, resuelve enviar una comitiva a entrevistarlo.

—Vos y veinte hombres, capitán de Soto, iréis al campamento del Inca y procuraréis verle y decirle en mi nombre que aquí hemos llegado y se sirva señalarnos aposento... Iréis pacíficamente y sin responder provocaciones, si las hubiere.

Hernando de Soto elige a sus hombres y parte con veinte de a caballo. No obstante lo dicho, Pizarro dispone que su infantería y caballería se instalen en los cuarteles de la plaza, y la artillería en la fortaleza que asoma sobre ésta. El sube también a ella y desde allí, con un catalejo observa el campo de Atahualpa. Hay allí una gran concentración de tropas y temeroso de que sus hombres cayesen en una emboscada, llama a su hermano Hernando y le ordena que, con otros veinte de a caballo cubra la retaguardia del capitán Soto, y de ayudarlo si fuere menester.

La prontitud con que sale Hernando Pizarro le permite alcanzar a la otra tropa y juntos avanzan a paso regular por un camino de piso baldosado. A cosa de una legua de la ciudad llegan frente al campamento incaico. Con las tiendas de algodón, coloridas y vistosas, parece un inmenso sembrado de flores. Delante de ellas están clavadas las lanzas de los guerreros. Estos, desarmados, asombrados, curiosos, se asoman a contemplar el paso de la bizarra caballería.

Un ancho pero poco profundo arroyo circunda serpenteante el campamento del Inca, constituyendo una adicional defensa. Un puente de madera permite cruzarlo en cierto trecho, pero de Soto ordena vadear el arroyo. Así lo hacen. En la otra orilla aumenta el número de guerreros desarmados y curiosos, que se abre al paso de los jinetes, sin manifestar su aprobación o desagrado.

Felipillo, que va con los peninsulares pregunta por el aposento del Inca y es respondido con cortesía. El palacio del Inca es un edificio de dos pisos. En la planta inferior hay un corredor con columnas, que en forma de un cuadrángulo incompleto de un lado, asoma sobre un patio. Detrás del edificio se alcanzan a ver arbustos de flores y árboles. En el centro del patio abierto hay una profunda alberca, sobre la cual vuelcan sus aguas dos tuberías, una con agua fría y otra caliente, procedentes de las termas. Es la alberca donde se baña el Inca.

En el patio, los conquistadores advierten la presencia de muchos incas de noble aspecto y ricamente vestidos, todos los cuales muestran la particularidad de las orejas alargadas. Sus ropas, coloridas, se asemejan a la de los antiguos romanos. Capas o mantas de colores, anudadas al cuello, cubriendo una túnica corta, ajustada a la cintura por una faja con dibujos simétricos. El *llautu* y las ojotas, por los adornos en oro y piedras preciosas, indican el grado de importancia de cada uno. También es advertible la presencia de numerosas mujeres, todas jóvenes y muy bonitas, que lucen airosoamente sus *supaya colla*, que les llegan hasta los tobillos, cubriendo una túnica igualmente larga, de finísimo algodón. Las ojotas de dorada agave son parecidas a las de los hombres, excepto por los adornos. A la cabeza no llevan tocado, sino una *wincha* con que sujetan los cabellos a la frente. Pero en joyas y adornos de oro con incrustaciones y engarces de piedras preciosas cifran su mayor coquetería. Todas estas jóvenes revolotean graciosamente alrededor del Señor Inca, rivalizando en atenderle y servirle mejor.

Atahualpa está sentado en su trono de oro, entre dos columnas, los pies apoyados en una gruesa alfombra de colores con curiosos aunque ya conocidos dibujos incaicos. Junto a él, según su grado y el cargo que ejercen, de pie, y en actitud respetuosa, los nobles incas.

Dejando el grueso de la partida a la entrada del patio, avanzan los dos Hernandos sin soltar estribo. Poco antes habían convenido no bajarse para mejor impresión producir al Inca. Pero Atahualpa los ve venir sin mostrar sentimiento alguno. Sus ojos se muestran fríos, entrecerrados; inamovibles los músculos del rostro, donde no hay sonrisa amable de bienvenida ni gesto adusto de desagrado por la intrusión. Los dos castellanos, por su parte, observan con curiosidad al hombre de quien tanto han oído hablar, al príncipe cuyos actos de valor, astucia y crueldad han trascendido los Andes, extendiéndose su fama por llanos, selvas y mares. Advierten, no sin sorpresa, que tiene un rostro de

líneas regulares y hasta hermosas, de expresión más bien afable, donde no hay ni por asomo rastro de las fieras pasiones que se dice lo dominan.

Hernando Pizarro se adelanta un paso más, se descubre gallardamente en señal de saludo y luego le dice al Inca en tono pausado, en tanto Felipillo, de pie a su lado, va repitiendo.

—Ilustre y gran señor Inca, debo comunicaros que vengo como embajador de mi hermano, el gobernador Francisco Pizarro, a poner a vuestro conocimiento que hemos llegado a Caxamalca.

—¿Quiénes sois y de dónde venís? —pregunta alguien que está cerca del Inca.

El embajador le hace saber que son súbditos de un poderoso rey que vive al otro lado del mar.

—Hasta allí llegó la fama de vuestras victorias y hemos venido a ofreceros nuestros servicios y nuestros conocimientos en materia militar... Venimos también a trasmirte las doctrinas de la verdadera fe...

—Y venimos a solicitaros —interrúmpele de Soto—, en nombre de nuestro jefe, que os dignéis visitarnos en los aposentos de la plaza.

Extraña pasividad y silencio mantiene el Inca. Da la impresión de no ver ni oír. Las palabras de Felipillo se deslizan como el agua sobre la superficie de una piedra desgastada.

—Bien está... —dice el que hablara antes.

La situación se torna embarazosa para los extranjeros. Están a punto de caer en el ridículo. Hernando Pizarro es presa de indignación y cólera que, sin embargo, consigue reprimir ante un mudo gesto de de Soto. Ello le insta a insistir, en términos corteses y respetuosos, suplicando al señor Inca que responda por sí mismo, para saber cuál es su parecer.

Felipillo traduce lo anterior pero aún transcurren más momentos en la completa impasibilidad del Inca. De pronto, éste clava los ojos en Pizarro y habla, con acento apagado, pausadamente.

—Dices que vienen como amigos y con el deseo de hacernos bien... Sin embargo, historias me han llegado de vosotros sobre usurpación de la riqueza y el honor de mis súbditos. Con oro llenasteis vuestras *chuspas* y violando a nuestras mujeres habéis satisfecho bajos instintos de vagabundos...

—Señor, no debéis creer todo lo que se dice de nosotros, como nosotros no creemos lo que se dice de vos.

—Está bien... Confío en que sois gente pacífica y buena. Ve a decirle a tu capitán que puede pernoctar en los aposentos de

la plaza... Mañana iré a verle y hablarle, sin más acompañamiento que la tropa de mi guardia.

Y luego de eso, el Inca torna a su mutismo. Dos hermosas jóvenes, de ojos negros y rasgados, de prometedores labios de grana y mostrando la blancura de marfil de su dentadura, se acercan a los dos caballeros y les invitan a beber chicha en vasos de oro que, por su gran tamaño, parecen cálices. Una de ellas dice algo en un tono musical y Felipillo traduce. Es una invitación para quedarse a comer. Pizarro agradece y dice que han venido en una misión y que deben volver al lado de su jefe.

Advirtiendo Hernando de Soto que el Inca estudia con disimulado interés a los caballos, se le ocurre de pronto hacer una demostración con el suyo. Eso ha dado resultado en otras ocasiones. Castiga, pues, los ijares del suyo y sale como una exhalación hacia la cercana llanura, por la cual da la vuelta a gran galope, en medio de las exclamaciones de los testigos. El único en no expresar asombro es Atahualpa. De Soto retorna al patio a galope tendido. Da la impresión de que va a lanzarse sobre el trono y su ocupante. Mas de pronto tira de las riendas con tal fuerza que el cuadrúpedo, frenado de golpe, cae sentado sobre sus cuartos traseros, relinchando briosa mente, salpicando con su espuma la vestidura del rey. Se oyen exclamaciones, gritos y el grupo de los cortesanos se dispersa en gran alarma. Sólo Atahualpa sigue manteniendo una admirable serenidad. El capitán de Soto queda no poco impresionado por ello.

Luego de esta demostración, la partida regresa a la ciudad. Francisco Pizarro escucha atentamente el relato de lo visto y oído.

—Ciertamente, el ejército del Inca es numeroso y poderoso —le dice su hermano—. No veo cómo habremos, no vencerle, sino escapar a la destrucción y la muerte si el Inca nos ataca.

—¿Hay síntomas de que eso ocurra?

—Visiblemente no, ¿pero quién se fía en la palabra de un salvaje?... Lo cierto es que, prácticamente, estamos rodeados por quince mil guerreros, con otros treinta y cinco mil que están en Huamachuco, al mando del general Chalcuc Chima, según dicen nuestros informes, y sin posibilidad de escapar a través de la cordillera, que nos cierra como un muro.

La idea del peligro y del desastre no está sólo en la mente de Hernando Pizarro, sino en la de todo el pequeño ejército. Los hombres murmurran que han caído en una trampa. Se rumorea que el Inca sólo espera que llegue la noche para caer sobre ellos con todo su ejército. Ni el gobernador puede sustraerse a este

pensamiento. En consecuencia ordena el establecimiento de numerosos y alejados puestos de centinelas. Y cuando cierra la noche, patrullas armadas van de un puesto a otro. La tensión y la alarma es general y nadie duerme. En su aposento, donde se ha encerrado, Pizarro guarda expresivo silencio. La situación, no se le escapa, es gravísima. Si Atahualpa no respeta su promesa y su palabra de recibirlos como amigos, la consecuencia no será otra que la guerra. Y el resultado fácilmente predecible, dado la gran desproporción de número. Todo se cifra, pues, en la conducta ética del Inca. Si él respeta su palabra y el código de honor que establece, aun entre los pueblos primitivos, como sagrados las personas y los bienes de los huéspedes, entonces aún queda una esperanza. Pero los antecedentes de Atahualpa son tan vulnerables que muy poco se puede esperar de su conducta moral.

Se oye un llamado a la puerta. Es Hernando Pizarro. Con él viene el padre Valverde. Y aunque el capitán ha dado orden de no ser molestado, no puede negarse a recibirlos.

—Perdona que turbe tu descanso, Francisco —dice Hernando—. Pero el padre desea decirte algo muy importante.

—Capitán Gobernador... si en las peores tribulaciones confiamos en Dios, de Él vendrá la resolución...

—Padre, ya sabéis cuán ciego devoto y creyente soy, pero, creedme, éste es más momento de obrar y luchar que de rezar y esperar milagros.

—Lo sé, capitán... Lo que os quiero decir es que creo tener la solución. Dios se ha dignado inspirarme, porque tuve fe y El confié mis preocupaciones, que son las de todos...

—Os ruego que vayáis al grano, padre. No estamos para acertijos.

—Bien... Os diré solamente una cosa: la solución está en las mismas palabras que el caudillo indio ha dicho a vuestro hermano. Reflexionad acerca de ellas, sacad conclusiones y obrad en consecuencia.

Pizarro mira con el ceño fruncido el rostro lleno y brilloso del dominico, pero éste baja los ojos y cruza las manos beatíficamente.

—Da la casualidad que ya reflexioné acerca de ellas, padre, y la idea que me sugirieron la rechacé por... —dice en tono apagado—. Pero viiniendo de vos la sugerición... ¡Creéis que seré absuelto si...?

—¡Por supuesto capitán! —exclama el dominico, interrumpiendo y encarándolo—. Vuestra obra no es personal... El servicio

de Dios y de su Católica y Cesárea Majestad os demanda sacrificios, a veces penosos... Comprendido está que ciertas tareas habrán de exigir de vos penosos renunciamientos...

—Comprendo, padre.

Hernando Pizarro los mira sin entender una palabra. Pero le basta ver que la sombría expresión de su hermano se ha iluminado. Eso denota que tiene ya un plan. Los tres hombres de la conquista se separan.

Asoma el nuevo día. Uno de cielo despejado, de azul intenso, como son las mañanas andinas. Aún no ha salido el sol, pero se echa de ver que este sábado, aun siendo de noviembre, será un día de gloria. Propio de una memorable jornada. Así lo presenten los soldados armados y reunidos en formación en la plaza. Todos muestran las consecuencias de una fatigosa y nerviosa noche de vigilia, pero la ansiedad y aun angustia del momento les hace olvidar su propio cansancio.

Que será éste un día agitado y de gran trascendencia, lo prueba el hecho de que el gobernador esté reunido, desde bien temprano, con sus capitanes y lugartenientes. Se rumorea que les está trasmitiendo su resolución y plan final. De éste depende no sólo el destino de la fuerza expedicionaria, sino la misma existencia de la empresa de conquista. En otras palabras, es una cuestión de vida o muerte para todos. ¿En qué consiste ese plan? Nadie lo sabe aún.

La claridad aumenta al asomar el sol sobre la azulada línea de montañas hacia el Este. Puede anticiparse que ha llegado el momento de la acción. Así lo denota el movimiento que se observa en la cámara de Pizarro, de donde salen jefes y oficiales con ánimo resuelto, aunque silenciosos y graves. Los últimos en salir son el capitán de Soto, Hernando Pizarro, el padre Valverde y Francisco Pizarro, en ese orden.

El gobernador ocupa un lugar destacado, frente a la tropa. Ha de dirigir una arenga a sus soldados. Los oficiales van a ocupar sus puestos de mando. También lo hace el padre Valverde, a quien uno de sus ayudantes ha entregado una gran cruz de madera con clavos y ribetes de bronce. El símbolo cristiano adquiere en sus manos, en esta oportunidad, un sentido elegíaco.

—...desesperadas son las circunstancias en que nos hallamos —va diciendo el capitán Pizarro— y así desesperados han de ser los recursos para salir de ellas...

El sol, el esplendente dios de los incas, consigue desprenderse del aferramiento de las montañas heladas y proyecta su vivificante luz sobre la plaza. Las sombras, en danza salvaje, parecen

adueñarse de aquélla. Danza de caballos, jinetes, de lanzas, de yelmos y escudos, de espadas. Hasta la pacífica y simbólica cruz proyecta una enorme y deforme sombra...

—...de vosotros, de vuestra decisión, del valor que habéis probado en otras ocasiones depende el éxito de nuestro plan... —sigue diciendo la voz del capitán Pizarro—. No vaciléis y no permitáis que vuestro brazo demore o detenga el golpe... Lo que haya de hacerse hoy es por necesidad y no por gusto y está dedicado a la mayor gloria de Dios y de nuestro Emperador...

Súbitamente la soldadesca tiene una extraña y asombrosa visión. La cruz, la simple cruz de madera que sostiene el padre Valverde entre sus brazos, parece haberse prendido fuego. Es a consecuencia del reflejo de los rayos solares sobre la pulida superficie. Pero el efecto es sorprendente y sobrecogedor.

¡Aquella cruz es una de fuego!

El simple fenómeno de refracción produce en la tropa una impresión de prodigo que refuerza el valor de sus desfallecientes corazones. Aquélla no es sino la prueba de lo que el padre Valverde viene afirmando: Dios está con los conquistadores.

Y un clamor unísono y vibrante responde al capitán general.

CAPITULO XIII

El estruendo de Supay

La Cruz de Fuego sigue ardiendo...

El vívido escenario palpita de emoción, de unción religiosa. Las tropas de la conquista, formadas en cuadro, asisten al sagrado sacrificio de la misa. Sobre los techos de paja dorada de los apóstoles o cuarteles que dan sobre la plaza, en la fortaleza que asoma por encima de ellos, en las calles y en las casas, templos y palacios de la ciudad, en el campo que verde y ondulante se extiende al pie de las sierras, en las ásperas y rugosas pendientes montañosas del Ande milenario, sobre sus blancas y brillantes cumbres, el Padre-Sol extiende su benéfico manto de luz y de vida. Bajo su influjo, todo adquiere pujanza, vigor. Hasta las armas, artefactos de guerra extraños al lugar, cambian su horrible faz por otra atractiva, resplandeciente. Y en el centro de ese cuadro está la Cruz, ante la cual se realiza el sagrado sacrificio. El padre Valverde, al cual asisten los dominicos que acompañan a la expedición de conquista, cubierto con todas sus galas sacerdotales, es el oficiador. Su pose, cuando alza los brazos y el rostro al cielo, o cuando levanta el cáliz, es cautivante, emotiva, enternecedora. Seráfica actitud propia en hombres que predicen la piedad, la humanidad, la justicia y la verdad... Frente a ella, los hombres comunes sienten su espíritu inundado de un sentimiento de paz inmenso... ¡Oh manes sagrados, si se pudiera plasmar y conservar eternamente este sublime instante!

El escenario es apto para imbuir al espíritu de un sentimiento de realización y gravitación, del cual se hacen partícipes todos. En los corazones de los hombres repercute aún el eco vibrante de las palabras del capitán general, Francisco Pizarro. Este, cono-



cedor de la naturaleza humana y escudriñador eficaz de la conciencia de sus hombres, ha producido su íntimo pensamiento en un mensaje que todos han captado debidamente. Su discurso —lo advirtió hasta el más infeliz de los soldados— estuvo encubierto por frases rimbombantes acerca de Dios, de la Sagrada Trilogía, de la Corona y el Emperador. Pero en el fondo del mismo, como un guijarro oscuro que brilla en el fondo de una alberca de aguas cristalinas, está la idea madre, el pensamiento primordial, que ha generado esta empresa y la que, a través de tantos inconvenientes, la ha hecho posible y que se sintetiza en una breve palabra: oro.

Y es aquí donde se produce un hecho curioso y relevante, que en no pocos aspectos muestra la mentalidad retorcida e interesada de esos hombres. Basta, en efecto, que cubiculares encumbrados, o soldados de fortuna con algún grado, o plébanos guiados por torpes apetitos antes que por fe sincera, citen —para justificar sus detestables actos de latrocínio, crujedad y expoliación— esas frases hechas, para que todos ellos se sientan no sólo limpios de culpa y pecado, sino dignos de la privanza del Emperador en la tierra y de Dios en el cielo.

La misa es celebrada con gran solemnidad. El padre Valverde, en emotivo sermón, invoca a Dios para que extienda su manto protector sobre aquellos valientes conquistadores, sobre quienes han venido a ensanchar los dominios del imperio de la cruz y la espada. Y mientras estas palabras llenan los corazones de satisfacción y de gozo, los rostros muestran expresión de mártires... Los conquistadores se han convencido a sí mismos —y los capitanes y los frailes no hacen sino reforzar de vez en cuando esa convicción— de que son cruzados de la fe y dignos y sacrificados soldados de la Católica y Cesárea Majestad, Carlos V. Por todo ello y aunque el vil y fundamental motivo esté latente en lo íntimo de todos ellos, los hombres de la conquista se ven inflamados de religioso y patriótico fervor. Los dos Pizarro, fray Valverde, henchidos de satisfacción, ven que los hombres, llegado el momento de obrar, no faltarán a lo que deben.

—¡Id y cumplid con Dios y con el Emperador! —concluye diciendo fray Valverde—. Y no importa lo que hagáis hoy por ellos, ¡yo os absuelvo!

Y hace la señal de la cruz, que los conquistadores imitan con impagable unción religiosa.

¡Ya están echadas las bases para la gran jornada de hoy, 16 de noviembre de 1532, fastuoso día en los anales de la Conquista!

Terminada la misa, las tropas vuelven a los cuarteles o lugares de escondite ya señalados. Las fuerzas se dividen en tres divisiones, una de artillería, al mando de Pedro de Candía, que ocupa la fortaleza, la de caballería, al mando de Hernando de Soto, que ocupa los aposentos del sector Este de la plaza y la de infantería, al mando de Hernando Pizarro, que ocupa los aposentos del lado Oeste. Han recibido los hombres orden de mantenerse ocultos, no importa lo que suceda, hasta que oigan un pistoletazo y la voz de "¡Santiago!", que señalará el momento de entrar en acción. Las órdenes individuales han ido señalando con precisión en qué consistirá tal acción. Cada grupo actuará independiente, procurando no interferir en la acción de otros grupos. Así, por ejemplo, las secciones de caballería deberán maniobrar en determinados sectores de la plaza, sin entrar en otros.

Tomadas todas estas medidas, los hombres se sientan a esperar. Después de la misa han recibido suculenta alimentación. Ahora no cabe sino confiar en que el señor Inca caiga en la trampa...

—Ello depende exclusivamente de lo que vayamos a hacer o decir —recuerda Pizarro a los jefes—. Una actitud equivocada, una frase mal dicha, puede alarmar al Inca o a alguno de sus consejeros, provocando su reacción... El porvenir de la conquista se cifra todo en esto.

Hay un atalaya instalado en el fuerte, con la misión de observar el menor movimiento en el campo enemigo. Pero no se observa ninguno hasta que está bien avanzada la mañana. Atahualpa, al parecer, no tiene ninguna prisa por hacer la prometida visita. Esto desespera a los peninsulares y los mantiene sobre ascuas. La incertidumbre y la noche de vigilia obligada han puesto en aguda tensión los nervios de todos. La situación se hace crítica por momentos. Cualquier cosa puede hacer estallar el polvorín sobre el cual se hallan sentados.

El movimiento de gente que se observa en el campo enemigo no es de tipo armado sino de ostentación. Esta noticia satisface enormemente a Pizarro.

—Creo que el Inca ha resuelto, después de todo, quebrar el ojo al diablo —dice—. Mantener su palabra honra a su casta.

—No te fíes demasiado —le recuerda su hermano Hernando—. Aún puede venir y obrar en segundas.

En aquel momento hace su aparición uno de los oficiales, anunciando que se acerca un grupo de tres personas. Pizarro

ordena que los conduzcan a su presencia. Se trata, sin duda, de emisarios. Así resulta ser en efecto. Un noble inca *orejón* es el portavoz. Ya en presencia del capitán general, del padre Valverde, que no se separa de su lado, y de los jefes de su estado mayor, dice por mediación de Martinillo:

—Mi señor me envía a decirte que hállase dispuesto a venir... Mas como tú has enviado gente armada a verlo, él no sabe cómo puede venir, pues sólo lo traen sentimientos de paz y amistad. Ruega que le envíes uno de los tuyos para que le diga tu parecer.

Después de cambiar una mirada con los suyos, Pizarro responde:

—Dí a tu señor que venga enhorabuena como quisiere; que de la manera que viniere lo recibiré como amigo y hermano. No hace falta que le envíe uno de los míos, pues no se estila enviar lo de un señor a otro.

El noble inca se inclina y se retira sin más palabra. Durante su largo trayecto hasta el real del Inca es seguido de vista, con singular interés por los peninsulares. Poco después se observa un gran movimiento de gente. Desde lejos se advierte el colorido de las ropas de fiesta

—No hay duda —señala Hernando de Soto—. El Inca se ha decidido a venir en son de paz.

—¡Loado sea el Señor! —dice fray Valverde, alzando los ojos al cielo.

La muchedumbre de incaicos ocupa toda la calzada y se advierte que no viene en formación. Pero la marcha es lenta. De rato en rato, el palanquín de oro de Atahualpa refleja con violencia los fulgores del sol del medio día. También se refleja en las insignias y los ornamentos de los nobles y cortesanos que acompañan a su señor. Pero ésa es toda la fuerza que trae.

A medida que la aproximación adelanta, se van advirtiendo ciertos detalles sugestivos de la masiva marcha. En primer término se ve una multitud de criados cuyo oficio parece ser limpiar el camino de toda basura o escombro. También es posible ver otros grupos entregados a la danza. El aire límpido trae ecos de una música vibrante y alegre.

El numeroso grupo en marcha debe componerse de unas cinco mil personas. Cinco mil entre nobles, cortesanos, consejeros, ministros, funcionarios menores, y sus familias, mujeres, niños, ancianos. Y posiblemente unos quinientos hombres de guardia. El resto de las fuerzas del Inca, sus famosos guerreros —en número aproximado de quince mil, pues treinta y cinco mil están en Huamachuco, a órdenes del general indio, Chalcuc Chima—

permanecen ociosa y pacíficamente en las dispersas tiendas del campamento.

Un nuevo y pequeño grupo se desprende del grueso y se adelanta a viva marcha. Poco después los nuevos mensajeros entran en la plaza de Caxamalca. El inca emisario aunque mantiene su gravedad, se inclina ante todos saludando amistosamente. Parece complacerle la ausencia de tropas armadas.

—El *Sapa Inca*, mi señor —le dice a Pizarro—, me envía a decirte que viene en son de paz y sin traer gente armada... Ocupará aquella casa, llamada de la *Amaraykuna* y toda su gente de la corte se hospedará en los aposentos vecinos... Lo manda a decir para que lo tengas en cuenta y si ocupados estuviesen por tu gente algunos de esos aposentos, los mandes a desocupar.

De todo aquel mensaje sólo una frase es captada con ansiedad por los peninsulares... “sin traer gente armada”.

—;Esto no puede sino ser obra del Señor, cuya protección invocamos con tanta fe! —murmura el padre Valverde a oídos de Hernando Pizarro. Este asiente, los ojos pasmados como los de un iluminado.

—Di a tu señor que se hará como él dice... —responde el capitán general, reprimiendo su gozo—. Mas que venga presto, que tengo deseos de verle.

El enviado inca y sus acompañantes se van. La gigantesca columna de Atahualpa prosigue su marcha hacia el punto de su cita con el destino. Y en tanto la cabeza llega ya a las afueras de la ciudad, la cola se confunde con el telón de fondo del hermoso y rústico escenario. El grande y lento desfile dura horas enteras. El padre sol ha remontado el céntit hace rato, y ahora va hacia el ocaso, apresuradamente. Sólo él parece saber el por qué de su apresuramiento.

Pero el capitán general no pierde un momento. Una y otra vez recorre los aposentos donde permanecen ocultos y armados sus hombres. Se preocupa porque las armas estén cargadas y prontas, los caballos ensillados y quietos, dispuestos todos a lo que pronto ha de venir. Recomienda que ningún soldado se deje ver en la plaza, pues debe haber espías apostados en las cercanías.

—Tened por seguro que el Inca no entrará en la plaza si es descubierto alguno de vosotros al acecho —repite a cada instante.

Esta advertencia reprime la ansiedad, la fatiga, la necesidad apremiante de sueño, incluso el hambre o la sed. El momento es sumamente agotador, tanto en lo físico como en lo anímico. Y, no obstante, lo espúreo de su objetivo final, es admirable la conducta de estos hombres.

En la fortaleza pasa a revistar a las fuerzas de artillería, compuestas, como hemos dicho antes, de seis piezas, dos culebrinas, dos falconetas y dos espingardas, cada una con sus sirvientes de pieza y sus municiones y balas, traídos en cantidad y no utilizados todavía.

—Confío en vuestra capacidad, Pedro —le dice a Candía, apretándole el brazo significativamente.

—Capitán —dice el buen griego, en tono quejumbroso—, ¿creéis necesario...? Quiero decir, ¿será de todo punto preciso que yo... que mis hombres y yo disparemos sobre...?

—Ahorrad vuestros escrúpulos de conciencia, Pedro —responde Pizarro con acento grave—. El que será pronto obispo de estas comarcas nos ha absuelto, con anuencia papal, de cuanto hagamos o nos veamos obligados a hacer hoy para mayor gloria del poder que nos es dado servir...

Pedro de Candía, dobla la cabeza sobre el pecho y asiente en silencio. Eso basta para que el capitán se aleje tranquilizado.

Pero no ha completado aún su tarea preparatoria. Al regreso encuentra esperando a un grupo de sus hombres. Son veinte de ellos. Los mejores. Todos robustos, jóvenes, ágiles, y los más diestros en el manejo de las armas, y también los más valientes y resueltos. Pizarro les agradece su presencia, luego les explica lo que espera de ellos. Su labor será la más importante de la jornada, la más delicada. Los jóvenes conquistadores se estiran, los ojos fulgurantes.

—Yo iré con vosotros —termina diciendo el capitán general—. Eso os hará comprender cuánto espero de vuestra ayuda... Ahora permaneced escondidos, pero listos a actuar en dando yo la orden.

Mientras tanto, la gran columna ha llegado a la vista de la ciudad. Mas, con gran sorpresa de los peninsulares, allí se detiene. Luego se observa el movimiento de gente ocupada en plantar tiendas. Resulta evidente que el propósito del Inca es pernoctar allí aquella noche y hacer su entrada en la ciudad al día siguiente. Esto sorprende desagradablemente a Pizarro, pero más a su hermano Hernando y al padre Valverde, convertidos en padres putativos de la conquista. El capitán general participa de la impaciencia de su gente. Las tropas, no obstante hallarse sin dormir desde el día anterior, están sobre las armas desde el amanecer, las de caballería sobre sus caballos, las de infantería en sus puestos y las de artillería de cuclillas junto a sus espingardas, esperando en silencio la llegada del Inca. Nada puede resultar más peligroso para el valor y la constancia de esos hom-

bres que prolongar esta ya angustiosa espera. Una situación tan crftica como aquélla puede crear crisis de valor y de ánimo, y su prolongación dar al traste con los propósitos del objetivo perseguido.

Estas consideraciones, unidas al hecho de que se acentúan las sombras de la tarde, obligan a Pizarro a enviar a uno de sus oficiales al campo de Atahualpa, haciéndole saber que está desocupada la Casa de la Serpiente y que allí lo tiene todo preparado para recibirle y obsequiarle y que le espera a cenar aquella noche.

El mensaje del general extranjero hace mudar de parecer a Atahualpa. El mensajero regresa con la noticia de que el Inca, dejando en aquel punto a la mayor parte de sus efectivos, entrará en la plaza solamente acompañado de sus guardias y cortesanos, todos sin armas, pues prefiere pasar la noche en la ciudad.

—¡Y la comitiva real se ha puesto ya en marcha y en poco más estará aquí! —informa el oficial, ansiosamente.

Hernando Pizarro, interpretando el gesto del padre Valverde, pregúntale:

—¿Los hombres del Inca vienen armados?

—No, señor... No vi sus armas.

—Acaso las esconden.

—Es posible, mas no veo cómo.

—Es posible, y eso basta.

—Hijos míos, no dudéis que la Divina Providencia está del lado nuestro —dice el fraile Valverde.

En efecto, nadie duda ya de ello. La comitiva real está haciendo en aquel momento su entrada a la plaza. Como empujado por una mano poderosa, como teniendo los ojos vendados, viene Atahualpa, el Supremo Señor del Imperio Incaico. ¿Qué temibles y desconocidas fuerzas se han confabulado para impedirle advertir la tremenda, la inicua emboscada que se le ha preparado? ¿Ha puesto en duda la capacidad y el poder de las armas del extranjero? ¿Supone erradamente, desconociendo la tenacidad de la codicia, que un grupo de hombres, por más bien armado que esté, jamás se atreverá a atacar a fuerzas que los centuplican en número? ¿Acaso supone, en su nueva mentalidad al servicio de la verdad y la justicia, que puede confiar en el honor de los hombres? Es posible que, al venir pacíficamente pero con toda su corte, sólo piense en impresionar a los extranjeros con su grandeza, poderío y riqueza, para comprarlos con ellos y ponerlos a su servicio. Y cuando consiente en aceptar la hospitalidad de los extranjeros y pasar la noche al lado de ellos sin guardia

armada, denota su confianza en el género humano, midiendo a éste con la misma vara que se mide a los hombres que practican entre los incas el honor, la palabra empeñada y las otras virtudes del ser justo, veraz y sincero.

Sea cual fuere la razón, ahí está el otrora temible, audaz y resuelto señor Inca, entrando de buena fe en la odiosa trampa que hombres supuestamente civilizados y temerosos de Dios le han preparado con una artería innoble e inhumana...

3

El rey de los astros ha conseguido ganar al hombre en su carrera al ocaso. Se apresuró a hacerlo porque tal vez sabe lo que ha de suceder allí, en aquella plaza aparentemente desierta, de aspecto pacífico. ¿No es cierto acaso que el destino de los humanos está escrito en las estrellas? Y el sol se esconde, presurosamente, al parecer no sólo dolorido sino avergonzado por la conducta de los hombres.

Y en el preciso instante en que el sol traspone la línea del horizonte, la comitiva de Atahualpa cruza la murallas de la plaza. Adelante van, como hemos dicho ya, los hombres honrados en limpiar el camino para el señor, mientras la multitud de cortesanos que le sigue canta y baila himnos y danzas de triunfo. Las vestimentas son coloridas, vistosas. Algunos llevan mantos a cuadros blancos y rojos, otros a listas, aunque también hay quienes lucen capas de un solo color. Los hombres llevan *yauris* y otros insignias de oro y plata, y *llautus* con adornos de plumas y en oro. Los príncipes, como signos de su rango, llevan pequeñas mazas, o hachas, o serpientes, de oro y plata. Oro y pedrería brillan por doquier, dando una sensación aplastante de riqueza y poderío, lo que quita el resuello a los peninsulares que alcanzan a verlo.

El palanquín real, llevado en andas por robustos y nobles incas, parientes cercanos del *Sapa Inca*, todos ellos luciendo un vistoso uniforme azul con blancos adornos, sobresale nítidamente sobre la movediza y colorida masa humana. Está hecho en oro, y las varas son de plata maciza. Como adornos se advierten primorosas plumas de aves que sólo se encuentran en el lejano y peligroso país de los *chunchos*. Detrás de la litera real viene otra, llevando a la *Colla*, que tiene adornos más vistosos, sin ser tan rica como la del Inca.

En cuanto al señor Inca, viene ataviado con esmero y riqueza pocas veces vistos. Cuelga de su cuello un gran collar de esmeraldas de tamaño y brillo extraordinarios. En torno a las sienes y sujetando los cabellos negros y cortos, va el *llautu* real de hermosa filigrana de oro, que además de las tres vistosas plumas rojas del pájaro llamado Coraquenque, lleva la borla imperial. Sujetando entre sus brazos muestra sus insignias de mando en oro macizo. El aspecto del Inca es grave y majestuoso. Acostumbrado a recibir el homenaje de su pueblo, desde su elevada posición contempla a sus cortesanos y favoritos y a la multitud que, habiendo abandonado sus casas, acude en masa a presenciar la venida de su rey.

Hay sincronización y orden en el despliegue de los cortesanos y los guardias que forman la comitiva. Sin dejar de danzar y cantar, se abren dos filas de ella, las que van a colocarse en cuadro, en tanto los transportadores llegan al centro de la plaza. Esta se llena rápidamente, a pesar de ser "más grande que la mayor vista en España".

Transcurridos unos instantes de música y bullicio, alguien alza un bastón y el silencio se hace rápidamente. El Inca se mueve curiosamente en su litera. Parece extrañado de no ver a ningún español en las cercanías, ninguna comitiva a recibirlo.

—¿Dónde están los extranjeros? —pregunta.

Hay un cambio de miradas entre los Pizarro y fray Valverde. Este se santigua y luego con paso resuelto deja el aposento. Su rolliza figura, envuelta en la amplia sotana, emprende una nerviosa, apresurada y cómica marcha hacia la litera del rey. Se produce un movimiento de sorpresa entre los cortesanos. Hay risas contenidas. Aquel rostro redondo y de gran barba, en contraste con la cabeza tonsurada, acrece la vis cómica. Pero Atahualpa mantéñese serio, casi severo. Parece preocupado y fastidiado.

—Si los extranjeros se esconden es porque tienen algo que ocultar —le había dicho a su hermano Illescas.

El *Tucayricuc* iba a responder cuando hizo su aparición el padre Valverde. El fraile avanza ahora por entre una doble y espesa masa de cortesanos indios. Sus ojos saltones brillan. Lleva en las manos una biblia y un crucifijo de metal. Felipillo va a la zaga y su presencia provoca murmullos de disgusto. En efecto, nada puede disgustar más a los incas que este híbrido personaje que, por su estrañaria vestimenta, es mitad español y mitad indio. Entre los conquistadores escondidos en los cercanos aposentos corre una tensa sensación de desastre. Cualquier cosa, por

pequeña que sea, puede hacer cambiar el curso de los acontecimientos... Perdido el efecto del arma principal, la sorpresa, los indios serán, indudablemente, dueños de la situación.

Fray Valverde está plantado frente a la litera del Inca. Se inclina brevemente, para estirarse más. Detrás suyo, Felipillo apenas se atreve a quitar los ojos del suelo. En respuesta al mudo y severo gesto interrogante de Atahualpa, el padre Valverde empieza a hablar.

—Yo soy sacerdote de Dios y enseño a los cristianos las cosas de Dios —dice con voz carraspeante que luego aclara—. También vengo a enseñároslas a vosotros, gentiles... —Y sin esperar respuesta, prosigue, dando apenas tiempo a Felipillo a que traduzca—. Lo que yo enseño es lo que el mismo Dios nos habló, que está en este libro... Dios, Nuestro Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, creó el mundo en siete días.

Y en tanto el Inca escucha, más con curiosidad que con interés, fray Valverde se remonta a la creación del hombre, habla del pecado original y de la redención de Jesucristo... Todas las miradas están puestas en él, todos están pendientes de lo que dice Felipillo. De pronto éste tropieza y se enreda en la traducción. Fray Valverde lo mira con disgusto. El joven indio está como transfigurado, contemplando algo que sustrae por completo su atención. Es que en la otra litera ha asomado una hermosa mujer. Su aparición puede calificarse de maravillosa, gracias al misterio con que siempre se halla rodeada la fabulosa existencia de la Colla. Y el joven indio parece a punto de dejarse abrumar por la presencia y la belleza de su reina. Ajena al interés despertado tan súbitamente, Ima Sumac sigue escuchando.

....Cristo fue crucificado y muerto, descendió a los infiernos y resucitó al tercer día, subiendo a los cielos después de dejar al apóstol San Pedro como Vicario suyo en la tierra —continúa el padre Valverde, alzando la voz para despertar a Felipillo—. Todo eso sucedió hace mil quinientos años y después de San Pedro hubo muchos Papas. El último de ellos ha comisionado a nuestro emperador, el rey más poderoso del mundo, para conquistar estas tierras y convertir a los naturales de ella... Nuestro capitán general, Francisco Pizarro, ha venido a ejecutar tan importante misión. Por tanto, de parte de Dios y de los cristianos, te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios y venirte bien ha de ello...

La expresión de Atahualpa es la de quien luego de esperar mucho, se queda sin nada. Por tanto, incapaz de comprender

aquel misterio de Padre, Hijo y Espíritu Santo, menos alcanza a comprender la hábil maniobra dialéctica del fraile dominico para establecer un nexo entre Pizarro y San Pedro.

—¡Toda esa historia está narrada en *eso*? —pregunta el Inca, intrigado. Dámelo.

El padre le alcanza el sagrado libro, cerrado. Atahualpa lo toma, lo mira de un lado a otro, luego se lo acerca al oído. El fraile estira un brazo para mostrarle cómo se abre, pero el Inca lo rechaza. Luego abre el libro. Se queda mirando con estupor las hojas impresas, las figuras mustias que aparecen. Mueve la cabeza y finalmente arroja el libro al polvoriento suelo. Hay premeditado horror en la expresión de Valverde al levantarla.

—*Eso* no repite una palabra de lo que has dicho, luego mientes... —dice Atahualpa con expresión colérica—. Tu historia de varios dioses en uno tampoco es admisible. ¿Y luego qué Dios puede ser ése que se deja crucificar por los hombres?... Mi religión es más poderosa y no quiero cambiarla... ¿Qué hombre se atrevería a detener al sol o matar al rayo?... Y Pacha, el Supremo Hacedor, un Dios que no tiene forma ni figura y que sin embargo está en todas partes, es el que gobierna tanto a los hombres como a las estrellas... En cuanto al Papa ese de que me hablas, debe ser un *achachila* chocho que pretende repartir reinos que no le pertenecen... Y yo soy tan poderoso como tu rey, aunque admiro que haya enviado sus vasallos tan lejos y cruzando los mares, y por lo mismo quiero tratarle como hermano, pero vosotros no habéis venido como tales... Estoy enterado del modo como habéis tratado a mis *curacas*, saqueando sus casas y tesoros, los tambos reales... Ríndame tu capitán cuenta de todo eso y lo recibiré como a hermano...

Durante las palabras del Inca, nerviosa y temerosamente repetidas por Felipillo, fray Valverde se mueve como acosado por varias tarántulas indias. Fuera de si por el ultraje al libro y por el tono amenazante de las últimas palabras, no pierde tiempo en responder y echa a correr hacia el aposento de Pizarro, alzando polvo con su sotana.

—¿Habéis visto tal tropelía? —exclama al entrar— ¡Ese perro lleno de soberbia ha ofendido a Dios y blasfemado de El!... ¡Salid a ellos y yo os absuelvo en nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo!

Pizarro se estira. Ha llegado el instante largamente esperado. Todo está saliendo a medida de lo calculado. Hace un movimiento de cabeza y señala hacia la salida. Juan y Gonzalo Pizarro, entre los veinte elegidos, se ponen a su lado. Todos juntos ganan la plaza.

A paso resuelto, aunque sin sacar las armas, avanzan hacia el palanquín del Inca. Hay murmuración y agitación entre la multitud india. Cruzar a través de ella no resulta fácil, se han estrechado las filas.

No obstante ello y porque lo imposible se hace posible el grupo adelanta hacia el palanquín. No hay oposición, ni nadie echa mano a las armas. Para la mentalidad india, hecha al espíritu enérgico de sus leyes, un atentado contra la sagrada persona del Inca es inconcebible. Los cortesanos miran y admiran al jefe español y suponen que va a platicar con el *Sapa Inca*, acompañado de su guardia. Además, ¿por qué desconfiar de hombres de armas, es decir, de honor, que han hecho tantas protestas de amistad y hermandad?

Por eso la sorpresa enmudece y paraliza a los nobles cortesanos cuando ven que el general español toma rudamente por el brazo al Inca, mientras otro agita un trapo blanco y otro, en fin, grita a voz en cuello:

—¡Santiago!... ¡Y a ellos!

4

Un instante, un clamor, el disparo de un arcabuz —la señal— y...

El infierno vuelve a desatarse en estas pródigas tierras de paz y trabajo fecundo.

Un infierno que sin embargo de la idea que se tiene del infierno lo supera en horror, espanto y残酷... Un infierno en que se confunden millares de víctimas inocentes en un espantoso holocausto de sangre, en que la furia sin odio —la más cruel pues causa la destrucción con los ojos abiertos— se complace en segar salvajemente vidas humanas... ¡Y todo eso en nombre de un Dios a semejanza del cual, se dice, han sido hechos los hombres, no importa su raza, o el color de su piel!

Un infierno de ruido y tumulto, de insana gritería, de víctimas y atacantes, de bestias enloquecidas, de tierra estremecida bajo el patalear frenético de miles de hombres, mujeres y niños y ancianos que, encerrados en la mortal y odiosa trampa, en vano quieren alcanzar el espacio exterior y con él la vida.. Un infierno de truenos estremecedores y ensordecedores, de explosiones enceguecedoras, de rayos y relámpagos que cual inmensas y flamígeras espadas, caen sobre las espaldas del misero pueblo indio, causando bestiales heridas en su carne...

¡Y todo eso en nombre de un Dios a semejanza del cual, se dice, han sido hechos los hombres, no importa su raza o el color de su piel!

¿No será más bien un Dios hecho por los hombres a semejanza de ellos, cruel, vengativo, ambicioso? Sólo en tal caso se justificaría aquella carnicería humana, comparada con la cual las matanzas de Tumbesamba y del Cuzco serían inocentes juegos de niños. Sin contar con que tales medidas fueron dictadas al calor de una declarada guerra a muerte y por un jefe pasional, salvaje, inculto y necesariamente cruel.

Apenas el disparo del arcabuz —la señal de la matanza— hiede el atardecer, cuando parten los primeros disparos de las piezas de artillería... ¡Inmensas bocanadas de humo y fuego cuya sola visión sobrecoge de pavor a los ignorantes indios! Pero el pavor se trueca en pánico cuando se ven los estragos que causa ese estruendo de *supay*... ¡Cuerpos desmembrados, destrozados, decapitados, que saltan en el aire derramando chorros de sangre! La artillería es disparada a quemarropa sobre la heterogénea y desprevenida multitud india.

Pero el horror no ha hecho sino empezar. Pronto, bien pronto, al estrépito de los explosivos se agrega el furioso martillear de las herraduras de las setenta bestias cuadrúpedas, que echando fuego y humo por los ojos y las fauces caen sobre la multitud desde distintos ángulos. Y es inútil que la masa humana, despavorida, intente escapar a la ignominiosa muerte. Su mismo espanto la paraliza, y luego, es tal el gentío que cubre el perímetro de los cuatro confines de la plaza, y tan estrechas resultan las dos únicas salidas, que el gentío se mueve como una masa de harina dentro de una cacerola, como una manada de borregos en un corral cercado... Pero los jinetes, caballeros de la muerte, no circunscriben su tarea destructora a la acción de los caballos. Cada uno de esos hombres, pesada y efectivamente protegidos por sus impresionantes y descomunales armaduras, va armado de espadas y de largas y mortales picas. De este modo, las pétigas alcanzan a quienes consiguen escapar con vida del atropello de los caballos y los atraviesan limpiamente, en medio de aullidos que parecen emitidos por hordas salvajes y no por caballeros de Santiago... Los cuerpos heridos al azar caen atravesados, mutilados, cercenados. Y lo que no consiguen hacer las picas, lo hacen las espadas, cortando, tajando, tronchando. Mujeres de senos destrozados, niños de cabezas partidas se revuelcan en lagos de sangre, junto con hombres indefensos de vientres abiertos o pulmones atravesados.

La sola visión de esta brutal carnicería bastara a estremecer el alma del hombre más templado, instándole a caer gimiente y de rodillas antes de intentar la menor defensa... Pero el horror no ha mostrado aún toda su horripilante faz. No tarda en entrar en acción la tercera fuerza destructora: la infantería, dividida en varias secciones, va en pos de la caballería. Otros grupos asoman en puntos estratégicos sobre la plaza. Tales grupos están armados de arcabuces o ballestas. Y desde donde están disparan sobre la horrorizada multitud, particularmente sobre aquélla que, por encontrarse cerca de los portones de salida de la plaza, se aglomera en ellos, atropellándose, pisoteando a los más pequeños y débiles... Los cuerpos caen, en pilas sangrantes, dificultando el paso a los que vienen detrás. Y sobre éstos caen también lluvias de ballestas y de bala. Más cuerpos, heridos, agonizantes y muertos, se van acumulando sobre los primeros. Todo eso forma una espantosa masa humana sobre la cual pareciera que se han vaciado toneles de sangre. Y en tanto eso sucede en las puertas, las fuerzas de infantería, temible rueda de armaduras, hachas y espadas, van en pos de las secciones de caballería, liquidando a los heridos, rematando a los agonizantes, profanando y destrozando a los muertos...

Matanza... Matanza y más matanza... Tanta que la plaza "más grande que la mayor nunca vista en España", muestra bien pronto su polvoriento suelo anegado en sangre... ¡Decenas, centenas, miles de cuerpos desangrados la riegan con la vital savia! ¿Acaso se detiene por eso la cruel e inhumana carnicería? No, prosigue, por momentos con más furia y encarnizamiento. No basta a detener el brazo de los verdugos el hecho de que dos terceras partes de las víctimas se compone de niños, mujeres y ancianos. Y si bien la otra está integrada por hombres, incluso por guerreros de la guardia personal del Inca, ¡ninguno de ellos va armado! En cumplimiento de su palabra, la palabra de un indio, que no conoce de dobleces, subterfugios ni sofisticaciones, que son recursos de los pueblos civilizados, el rey inca ha prohibido la portación de armas, con excepción de las simbólicas, es decir, aquéllas de oro, inofensivas.

Las tres fuerzas, escasas en número, pero substancialmente potenciales en efectividad destructiva, se han desatado con toda virulencia sobre las inermes masas de indios, no sólo sin que nadie acierte a intentar una defensa, excepto la huida, sino horrorizando a los inocentes, pasmando a los más activos y paralizando a los más valientes. Son pocos, en verdad, los verdugos, pero su fuerza ejecutiva es tal —con ayuda de esos imponderables ele-

mentos de la sorpresa, la violencia y el horror— que cada soldado representa un efectivo potencial de cien, de quinientos hombres.

Sólo así se explica que en el escaso tiempo —una media hora— que hay entre la entrada del sol y la llegada de las primeras sombras, fuese posible dejar ese impresionante tendal de cuerpos destrozados, calculado en diez mil por algunos de los testigos presenciales. Eso y la ciega furia de que hicieran gala los conquistadores, aguzados como sabuesos por los frailes que, sin participar en la matanza, se concretaban a hacer la cruz y a exclamar:

—¡A ellos, hijos míos!.. ¡A los perros infieles!

Y se entiende que la furia y la resolución de destruir va implícita con la idea de que se trata de perros infieles, es decir, la última escoria humana para los torpes y necios fanáticos, la cual —no obstante estar hecha a semejanza de Dios, según su propia expresión— no merece piedad ni contemplaciones...

—¡A ellos!... ¡Por Santiago!

Y caen los sablazos, se hunden las picas y lanzas en los cuerpos todavía palpitantes, las mujeres y los niños son atropellados y pisoteados por las bestias, de fauces humeantes, mientras la ensordecedora artillería va enviando proyectiles que hunden por partes a la masa humana, que chilla, grita y aulla pidiendo merced sin que sus voces plañideras sean escuchadas ni entendidas, mientras pugna inútilmente por huir a la masacre. Sus voces sin aliento en vano se alzan hacia las alturas. Las deidades cristianas, como los dioses paganos, permanecen ciegos y sordos y el cruento y espantoso espectáculo prosigue, donde los débiles y los inocentes son cruelmente destruidos, en una de las carnicerías humanas más atroces que haya visto jamás la humanidad...

¿Qué ha sido entretanto del Inca?

En los primeros momentos y mientras el estruendo de Supay estallaba con toda la virulencia contenida en largas y penosas horas de vigilia, Atahualpa, como muchos de sus mejores y más valientes guerreros, quedó mudo, pasmado, petrificado. Su expresión era —lo habrán de recordar muchos— la misma de quien, del todo inesperadamente, presencia un huracán, un terrible terremoto, un cataclismo, el que siega seres y cosas con la furia propia de los elementos desatados... Le parece increíble, imposible que *eso* pueda suceder ante su vista. Tal vez tiene la impresión de

que sueña, de que una horrible pesadilla le quita el aliento y paraliza su corazón...

Debió tratarse de breves minutos. El mismo Pizarro y los veinte que lo acompañaban, no obstante saber de antemano lo que habría de ocurrir, han quedado también paralizados, asombrados, admirados de esa terrible pujanza de fuego y sangre que puede desarrollar el hombre en pie de guerra, contentos en el fondo por el aplastante resultado de la vil emboscada.

El primero en salir de su estupefacción, naturalmente, es Pizarro. El y sus dos hermanos, Gonzalo y Juan, caen sobre el Inca y tirando de él consiguen hacerlo salir de la litera. Los otros empiezan a repartir mandobles y cuchilladas a diestra y siniestra, derribando a los incas porteadores, sin que ninguno de ellos tenga oportunidad de realizar un acto defensivo ni parar los mortales golpes. Así ruedan con los pechos y los vientres atravesados, las cabezas partidas. Y no basta que la litera se desplome, ni que otros porteadores se arrodillen en un instintivo acto por salvarse de los golpes de espadas, lanzas y cuchillas. Los enfurecidos y ciegos conquistadores siguen hiriendo y matando. Los veinte elegidos son veinte máquinas que, en trágica competencia con las otras fuerzas de la destrucción, en pocos momentos destruyen más vidas que aquéllas.

Y tienen cómo y por qué hacerlo. Los cortesanos y favoritos del Inca, muchos de los que llevaran una existencia agradable y placentera en las droláticas jornadas del palacio de Quito, viendo en peligro a su amigo y señor, acuden en su auxilio. Noble y valientemente lo escudan con sus cuerpos, temerosos de que algún fanático intente matarlo. No es tal la intención, pues Pizarro ha dado orden de que se respete la persona y la vida del rey indio; pero los defensores se desploman con los pechos atravesados. Mas apenas cae uno lo reemplazan otros dos, ofreciendo, en un gesto sublime, su desnudo pecho a las armas homicidas, que presto entran en acción. De ese modo se van también amontonando los cuerpos, muchos aún con vida, otros agonizantes, y otros en fin, convertidos en cadáveres.

La misma suerte que los porteadores del palanquín del Inca corren quienes trasladan la litera de Ima Sumac, la Colla. Pero aún heridos a mansalva y atacados como por una jauría de perros rabiosos, los nobles peruanos depositan delicadamente el pesado vehículo. Uno de los atacantes, yertos los escoltas y sumergidos sus cuerpos en el lago de sangre que rápidamente se va formando alrededor, se precipita con ciega furia a la litera, la profana con la punta de la pica tinta en sangre y cuando va a hundir aquélla

en el hermoso aunque paralizado cuerpo de Ima Sumac, alguien se interpone, poniendo su escudo y su armadura delante.

—¡No, no! —grita aquél—. ¡A la Colla no!.. ¡El capitán ha ordenado que respeten su vida!

Es Felipillo, grotescamente disfrazado de guerrero español. Su ansiedad por salvar a la reina resulta cómica.

El atacante, que reconoce al favorito del general y teme incurrir en el enojo de éste, no dice ni hace nada. Se aparta enarbolando su pica, en procura de otras víctimas.

En el interior de la litera, Ima Sumac mira con ojos salidos de las órbitas, pero sin ver ni reconocer a nadie. Así, cuando la oscura figura se interpone entre ella y la violencia, permanece inmóvil, pero temblando, estremecida hasta la médula, sin ánimos para gritar o llorar. ¡Es tan tremendo, tan horrible el espectáculo que presencia!

La lucha, si cabe el término, continúa junto a la litera del Inca. Los veinte elegidos caballeros de la muerte, siguen descargando golpes, tajos y mandobles, segando vidas como el segador corta la mies. De pronto, uno de ellos, Gonzalo Pizarro, arrastrado por la fiebre de la sangre, enceguecido y olvidado de la recomendación de su hermano, alza la espada con el propósito de descargarla sobre el Inca.

—¡Guardaos de atacar al rey! —grita Francisco, adelantándose e interponiendo su brazo— ¡Lo quiero vivo!

A resultas de ello recibe una pequeña herida. ¡Habrá de ser la única herida que sufren las fuerzas de conquista en toda la luctuosa jornada!

Un clamor inmenso, tremolante, de vivos que gimen aterrados y despavoridos, que pugnan por huir y se atropellan y pisotean ciegamente, de mal heridos que gritan por las feas bocas de sus heridas, de los agonizantes que aullan ante la presencia de la muerte, domina el ruido de los cañones y los arcabuces en constante y despiadada explosión, los gritos de furor de los carníceros y degolladores, los bramidos de las bestias... Es como si los ciclópeos montañosos se precipitaran de pronto sobre el valle, buscando de ganar la dilatada costa. Y el símil acaso resulte perfecto, porque no otra cosa parece ser la masa humana que se lanza de cabeza sobre las murallas procurando abrir un paso al espanto.

¡Y tantas veces se repite el intento, el ciego atropellar del gentío presa de pánico, que al fin una de las murallas se desploma con un ruido apagado pero siniestro que agrega su triste nota a la sinfonía de muerte que se escucha en la plaza!

Por el inmenso boquete, como el agua de una gran represa rota, se precipita la multitud despavorida, procurando hallar la salvación en la huida. Y como ocurre siempre, cuando el terror hace presa del alma de la multitud, los más débiles caen y son ciega y cruelmente pisoteados.

—¡A ellos!.. ¡Por Santiago! —gritan los fanáticos, y enarbolando sus picas y espadas se lanzan por la brecha, a la caza humana.

Y se produce entonces la segunda fase de la gran carnicería... No, no basta que los cristianos civilizadores tengan el resuello perdido tanto gritar furibundamente, tanto correr de un lado a otro, persiguiendo y abatiendo a los que huyen, rendidos los brazos tanto descargar y descargar golpes, impunemente. No basta tampoco que todos los conquistadores hayan recibido un gran baño de sangre y que anden tintos en ella, con la apariencia de fieras implacables que se enseñorearan en un rebaño de corderos.

—¡A ellos!.. ¡Por Cristo y por el Emperador! —gritan.

Y descargan nuevos y mortales golpes en las espaldas de los que en vano corren y quieren alcanzar el refugio de las casas de la ciudad o de las sierras. ¡Como si el bueno, piadoso y justo Cristo hubiera jamás hecho una apología de la violencia y el crimen!

Hace algún rato que la vacilante claridad crepuscular se ha cubierto del luto violeta de los anocheceres. Y aún se oye el tremolante clamor, que ahora desborda de la plaza y gana la ciudad, la planicie y las sierras. Perseguidos y perseguidores, trenzados todavía en la desigual lucha, se dispersan aullando como legiones de súcubos e incubos sedientos de sangre. Es que el hombre, el civilizado, puesto en tren de matar, y de hacerlo impunemente, se convierte en la más salvaje y cínica de las fieras de la creación y se resiste a renunciar al placer de lastimar, herir y asesinar... Así ocurrió en épocas oscuras de la historia. Así ocurrirá siempre, a menos que se extirpe la causa del odio entre los hombres y se sostenga y se practique con ejemplos dignos, la tolerancia y la convivencia, no importa la raza o el color de la piel, de la especie humana...

Oscurece rápidamente. El trompeta de órdenes hace escuchar los metálicos sones, llamando a reunión. La multiplicación de las sombras y la aprensión naciente del desconocimiento del lugar .

hacen que, al fin, los nobles carniceros renuncien al placer de la caza y regresen a todo galope al predio donde son los amos.

Hogueras que aumentan en número van mostrando el tétrico escenario que la noche, piadosa, se empeñara en ocultar. Pizarro y sus jefes se ocupan de reorganizar sus fuerzas, se pasan listas. Los heridos, los agonizantes, los muertos, quedan allí donde han caído. Los que pueden hacerlo se arrastran al favor de las sombras, sobre el lodo de sangre, en un último intento por salvar la vida.

¡El recuento de los efectivos demuestra que no falta ningún soldado, que ninguno de ellos ha sido herido siquiera por un rasguño!

—;Dios y la Divina Providencia han estado con nosotros! —exclama el padre Valverde, yendo de un lado a otro, y juntando las manos piadosamente.

—;Se ha producido un gran milagro! —señalan los otros frailes—. ¡Demos gracias al Señor!.. ¡De rodillas, soldados de la fe!

Y las huestes caen de rodillas. Pero no para orar, sino para quitar a los agonizantes y a los muertos sus joyas y adornos en oro y piedras preciosas. Y a fe que el botín resulta grande, muy grande. No se olvide que una parte de la multitud estaba compuesta por lo más granado de la nobleza incaica del norte, gente rica y que gustaba lucir sobre su persona sus mayores bienes. ¡Tal vez este cálculo motivó la gran emboscada?

Todos los efectivos —menos los grupos de centinelas— han sido puestos a la tarea. En su aposento, Pizarro contempla silenciosamente, aunque con gesto expresivo, la acumulación del botín. Sus soldados entran y salen, después de arrojar el producto de la recolección en el creciente montón. Hernando Pizarro, el padre Valverde y otros, se restriegan las manos.

—;Ha sido una jornada maravillosa! —comentan.

—Y verdaderamente milagrosa... ¡Ni siquiera un herido!

—Dios ha estado todo el tiempo con nosotros... Recordad lo ocurrido en la isla de Puná.

—No es para menos... ¡Hemos venido a conquistar almas!

—A decir verdad, hoy hemos hecho un gran acopio de ellas...

Dios nos está reconocido. Por eso nos preservó de todo mal.

—;Y ahora nos colma de riquezas!.. ¿No es maravilloso?

—Todavía puede serlo más —señala Hernando Pizarro, mirando a su hermano.

—¿Qué quieres decir?

—Que pueden enviar una fuerte patrulla al real del Inca...

Allí han quedado una buena parte de sus bienes personales. Los indios huyen todavía. La sola presencia de nuestros hombres impedirá que huyan llevándose lo que allá quedó.

Sensatas palabras que son atendidas con la premura que el caso requiere. Pizarro da instrucciones. Los voceros indios hacen correr la orden: cualquier intento de ataque contra las tropas o el cuartel donde está prisionero Atahualpa, será inmediatamente respondido con la ejecución del Inca, de su *Colla* y de todos los grandes que son cautivos. De la misma manera, será castigado con la muerte todo intento de oposición a la recolección de objetos de oro. Seguros de que esta severa orden aquietará a los más resueltos y furiosos de los incas que aún quedan, la fuerte partida sale con destino al real del Inca.

Francisco Pizarro pasa a la habitación donde se mantiene a Atahualpa, con centinela de vista, las manos atadas a la espalda. Es un aposento oscuro, frío, desprovisto de muebles, excepto por algunas esteras de paja, un banquito y algunos utensilios. Atahualpa está sentado en el piso, con las piernas cruzadas, a la manera oriental. Se mantiene mudo e inmóvil, la vista clavada en un punto de la pared, pero sin verla. Su inmovilidad es perfecta. Se diría que no respira, o que está muerto. Tal vez desea estarlo. Su caída ha sido tan imprevista, tan vertiginosa, tan brutal, que sólo tiene algunos atisbos de conciencia y en ellos desea no sobrevivir no sólo a lo que es la horrible destrucción física de su pueblo, sino a la misma aniquilación de su imperio... ¡Amargo y cruel trance para quien era el dios, amado o temido, pero el dios de su pueblo, verse reducido así a la última condición humana!

Apenas entrado en la habitación, seguido servilmente por Martinillo y por sus adláteres, Pizarro ordena que traigan luz. Luego se hace cargo de la situación del prisionero y ordena que le desaten las manos, contra la opinión de su hermano Hernando.

—¡Es un hombre violento y capaz de cualquier cosa! —le dice.

Pizarro no toma siquiera en cuenta tal sugerencia. Se ha quedado en la muda contemplación del rey cautivo. En su expresión se advierte un pasajero gesto de piedad. La inmovilidad y el silencio del Inca son harto elocuentes.

—No tengas por afrenta haber sido de aqueste modo preso y desbaratado —le dice por último—. Los guerreros cristianos, aunque son pocos en número son muy valientes... Con ellos he sujetado tierra más grande que la tuya y desbaratado otros mayores señores que tú, poniéndolos bajo el señorío del Emperador, mi señor en la tierra y soberano de España y del universo mundo...

Pizarro se interrumpe en tanto Martinillo traduce con gestos ampulosos y con evidente dificultad. Hernando, interpretando el gesto de su hermano, se acerca a él y le dice:

—Felipillo aún no ha sido habido... Ignórase dónde se ha metido el bergante, pero seguro estamos que no ha sufrido daño.

Atahualpa sigue guardando silencio e inmovilidad impresionantes. Luego de una pausa, el capitán general prosigue:

—No embargante que el Emperador es el amo del mundo, Vassallo es del Rey de Reyes que mora en el cielo, y por su mandato venimos a conquistar esta tierra, porque todos tengáis conocimiento de Dios y de su santa fe católica...

El padre Valverde hace vigorosos gestos de aprobación, aunque Atahualpa parece ciego, sordo y mudo. Cumplido el trabajo de Martinillo, fray Valverde cree oportuno agregar:

—Con la buena demanda que traemos, permite Dios creador de cielo y tierra y de todas las cosas creadas, que tú y tu pueblo hayan sido desbaratados y sometidos. Y porque lo conozcáis y salgáis de la bestialidad y vida diabólica en que vivís, que tan pocos como somos sujetamos tanta multitud de gente... Y cuando hubiéredes visto el error en que habéis vivido, conoceréis el beneficio que recibís en haber venido nosotros a esta tierra por mandato de Su Católica y Cesárea Majestad...

Nueva pausa, en tanto la temblorosa e insegura voz del intérprete resuena en el aposento con timbres falsos que, sin embargo, no arrancan al Inca de su pasividad y silencio.

—Debes tener a buena ventura que no has sido desbaratado de gente cruel como vosotros sois —continúa Pizarro—, que no dais merced a ninguno. Nosotros usamos de piedad con nuestros enemigos vencidos y no hacemos guerra sino a los que nos la hacen, y pudiéndolos destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos...

—Y si tú has sido preso y tu gente desbaratada y presa fue porque venías con tu gran ejército contra nosotros, enviándote a rogar que vinieses de paz —insiste fray Valverde, bajando los ojos, luego de esperar en vano una respuesta. En seguida, en tono colérico, agrega—: Y porque arrojaste el libro sagrado al suelo, permitió Dios Nuestro Señor, que fuese abajada tu soberbia, pues ningún indio puede ofender a ningún cristiano...

Esta vez hay un leve movimiento del prisionero. Sin esperar a que Martinillo termine de traducir, como si estuviese cansado de oír la misma retahila tan torpemente desmentida por los hechos, Atahualpa se vuelve apenas al capitán general y pregunta:

—La Colla, mi esposa, ¿dónde está?.. ¿Es viva o muerta también?

Los presentes cambian miradas entre sí. Pero no tienen tiempo de responder.

En aquel momento se oye un grande y distante clamor. Alarmados, los conquistadores se precipitan a la salida.

CAPITULO XIV

La violación de la Aclahuasi

Extraño y no poco atemorizante aspecto presenta la plaza de Caxamalca al resplandor de las hogueras, cuyo inocente y acogedor parpadeo de luz no consigue encubrir, sin embargo, la visión horripilante de los cadáveres sangrantes e insepultos. Los cuerpos, ya irreconocibles, asumen formas pavorosas con las luces y sombras danzantes que ponen en juego las lenguas encarnecidas de las hogueras. E impresionante silencio de muerte, roto tan solo por el crepitar de los fuegos, reina por doquier. Fuera de las murallas, Caxamalca parece dormida, o muerta. No se ve un alma india y la oscuridad en las casas es completa. El pánico prevalece aún incluso en los corazones más valerosos.

El encanto del silencio, sin embargo, se ha quebrado. Un agudo e histérico clamor proviene de algún lugar que no se alcanza, en el primer momento, a definir. Las exclamaciones e interacciones españolas se confunden con chillidos histéricos y con agudos gritos de mujeres.

—¡Por los clavos de Cristo! —prorrumpie Pizarro fuera de sí, echando una furibunda mirada a su alrededor—. ¡Qué demonios sucede?... ¡Lo puede alguien decir?

Se busca con la mirada entre las sombras que danzan alrededor de las hogueras, pero éstas aparecen desiertas. El capitán, ya enardecido, va a llamar a los centinelas cuando se acerca un joven oficial, ascendido a tal por méritos propios.

—Ah, sois vos, Alonso de Mesa! —exclama Pizarro—, ¿Sabéis qué sucede?

—Creo saberlo, señor —responde el rubio oficial, viejo conocido nuestro.

—Pues, vive Dios, explicadlo al punto!

El joven oficial señala hacia el Este donde, detrás de las murallas y contra el fondo estrellado de la noche, se ven las copas de algunos árboles.

—Algunos de nuestros hombres, los que están fuera de servicio —no más de veinte, presumo— han salido con intenciones poco honradas, en aquella dirección...

—¿Y qué hay allí?

—Según creo, está el monasterio de las Vírgenes del Sol...

Las exclamaciones de los Pizarro y el padre Valverde dicen bien a las claras el sentido exacto en que se toma tal información.

—¡Pronto, reunid unos cuantos hombres y venid con nosotros! —ordena el capitán general, yendo apresuradamente en aquella dirección.

En cierto momento, al recordar algo y al ver los penosos esfuerzos que realiza el obeso fraile para seguirle, se vuelve y le dice:

—Vos, padre, por favor regresad... Es posible que el espectáculo que vamos a presenciar no sea apto para vuestros ojos.

El pedido entraña una orden y fray Valverde opta por acatarla, máxime cuando se está por servir una suculenta cena, como lo hace presentir el apetitoso olor que corre por los aposentos del capitán general.

—Si yo fuérede Francisco, no intervendría —dice Hernando Pizarro, saliendo al encuentro del fraile—. Este es un desahogo natural en hombres jóvenes y robustos... ¿No le creéis así?

—Sí... Supongo que sí —responde el padre Valverde, sorprendido.

—¿Queréis venir conmigo, padre, y servirnos de ese excelente vino de cinco hojas que mi hermano tiene reservado para celebrar ocasión tan gloriosa como la presente?

—Sin duda, hijo, nada me alegrará más... Excepto un suculento guisado como ése que viene dándome en nariz desde hace un rato.

Y los dos hombres de conquista, serenos los espíritus y tranquilas las conciencias, entran en los aposentos de Pizarro, dispuestos a regalarse como Dios manda luego de jornada tan activa y provechosa.

guna culpa ni castigo les sobrevendrá de un asalto al claustro de las Vírgenes del Sol.

—El gobernador es muy escrupuloso en lo tocante al cumplimiento de las órdenes que da, pero vosotros ¿le habéis oído decir algo sobre este particular?

El “¡No!” es completo y general. En consecuencia, la partida, integrada por sujetos, jóvenes y maduros de la peor calaña, de los que se infiltran en las grandes causas y las desacreditan, se pone en marcha, bajo el tácito comando del sargento Sosa, con el sigilo que demanda la causa.

No tardan en llegar junto a los muros del monasterio indio. Son altos, fuertes. Pero más inexpugnables que ellos resultan las órdenes y restricciones incas que pesan sobre la residencia de las ñustas. Algunos de los soldados recuerda estremecido, el espectáculo de varios indios colgados de los pies y desangrándose de muerte por la parte media del cuerpo, como castigo por haber violado la *aclahuasi*.

—;Cállate!... ¡Eso no nos sucederá a nosotros! —replica Sosa, y soltando una risotada, agrega—: ¡Si se castigara entre nosotros y de modo tan horrible esa clase de delitos, no habría tantos soldados ni capitanes de conquista y los que hubiese estarían tan mondos y lirondos como un capón!

Las anchas y macizas puertas del monasterio colocadas allí más como símbolo que como recurso de seguridad, no ofrecen mayor resistencia a los esfuerzos armados de la soldadesca. Esta hace su entrada a un patio, desierto y envuelto en sombras. No hay centinelas ni guardias. El edificio que se ve al fondo es de importancia. También se halla a oscuras. Detrás asoman las frondosas copas de los árboles.

Impaciente, la soldadesca se adelanta hacia el edificio. Está construido en piedra —enormes bloques superpuestos y perfectamente ajustados entre sí— como base que llega a una altura de dos metros, y luego barro cocido al sol. No hay ventanas ni balcones. Una sola puerta, maciza, asoma sobre el frente. Está cerrada y atrancada por dentro.

—Probablemente que nos han oído venir —dice el sargento—. Debemos entrar sin violentar la puerta.

Hombres de conquista como aquéllos no van a verse impedidos en sus actos por una simple puerta, por pesada o aherrojada que esté. En consecuencia, subiendo unos encima de otros, alcanzan el techo. A partir de aquel momento, la invasión resulta sencilla. Veinte sombras oscuras, ágiles, ansiosas, se descuelgan en el patio interior, circular y capitelado, sobre el que asoman

varias puertas y ventanas, según se echa de ver gracias a los hachones encendidos que llevan algunos de los incursores. Pero puertas y ventanas se ven herméticamente cerradas.

—Repartíos por grupos —ordena Sosa, luego de breve vacilación— y romped puertas y ventanas, que otro remedio no hay... Lástima de ruido, pero acalladlo cuanto podáis.

No esperan más los fríncubos para lanzarse contra aquellas precarias defensas. Los golpes resuenan sordamente en el silencio de muerte que reina por doquier. Pero aún no se oyen los gritos de las vírgenes. Acaso esperan que un milagro las salve, o acaso confían en que puertas y ventanas habrán de resistir las furiosas arremetidas.

Pronto se ve, sin embargo, que los hombres vienen dispuestos a todo. Y los obstáculos ceden. Y se oyen los primeros gritos de alarma cuando las puertas y ventanas más débiles se rompen en un impresionante crujido de maderas.

—¡Aquí, alumbrad! —grita el cabecilla de uno de los grupos, deteniéndose ante la rota entrada de un aposento, de cuyo interior parten ahora gritos estremecidos de mujeres.

El hachón ilumina la escena. Es un rincón, acurrucadas y unidas en su pavura, se hallan cuatro jóvenes fiestas. Su blanca vestimenta es ligera, indicio de que han sido sorprendidas en retiro. En los ojos llevan retratado el miedo que sienten y en sus gritos frenéticos hablan de su desesperación e impotencia...

Cuatro fornidos individuos se lanzan sobre las jóvenes y tirando de sus brazos las obligan a separarse. Y es en vano que ellas griten, pataleen, arañen o lloren. Son arrastradas a los rincones. En el piso ha quedado el hachón, aún ardiendo y despidiendo débiles y ondulantes llamas que sin embargo alcanzan a dibujar grotescas y obscenas figuras en los muros... Y luego de breve jadear y forcejear, del rasgar de ropas, se oyen los gritos estremecidos de la virginidad ultrajada.

Las mismas escenas y casi simultáneamente se repiten en otros aposentos, donde jóvenes vírgenes del Sol son sorprendidas en el fútil intento de protegerse contra el ultraje. Y breves momentos después un sollozar intenso va señalando los lugares donde las fiestas han sido sacrificadas, no a su dios, sino al feo apetito de los hombres. Algunas se revuelcan todavía en brazos de sus violadores. En otros casos, logrado el primer desahogo, los infames se alejan en procura de nuevas víctimas. Todavía se ven algunas puertas cerradas.

Cristóbal Sosa es uno de esos cachondos que, no obstante haber quedado su primera víctima tendida y como muerta después del

ulraje, seguido de otros dos arremete contra una de esas puertas.

—Es curioso —dice, retomando aliento—, la puerta está cerrada por dentro, pero se diría que no hay nadie...

Dos o tres hombrazos más y la puerta empieza a crujir. Otros dos más y la tranca interior, partida, cae. La antorcha que uno de ellos trae muestra el sobrio escenario. Hay un lecho desarreglado en un rincón. Sentada en él está una joven. Es la única ocupante de la celda. La vacilante claridad muestra su rostro, pálido, conmovido, triste, lloroso. A pesar de todo eso, se ve que es hermoso, de líneas suaves y perfectas. Tan hermoso, en verdad, que los castellanos lanzan exclamaciones de admiración.

—¡Jamás vi belleza tal, ni en las más encumbradas princesas de España! —dice el sargento, adelantándose, estremecido de anticipado gozo.

Algo lo detiene, sin embargo. Y no se trata de gritos histéricos, como anteriormente, ni del revolcarse presa de la desesperación. Es la mirada lo que lo obliga a detenerse, una mirada en la que, además de intensa y profunda tristeza, hay indiferencia, abandono, resignación a todo, a la deshonra o a la muerte, lo mismo da.

Pero la vacilación del rudo sargento dura poco. Desprovisto de piedad y humanidad, estira el brazo para tomar a su hermosa presa.

La joven india no hace un solo movimiento defensivo. La pesada mano cae sobre su hombro. Un leve estremecimiento es el único signo de vida en ella. El sargento ríe, despiadado.

—Tomas a menos mis requiebros, ¿eh? ¡Ahora verás!

Y con un brusco ademán la arroja de espaldas sobre el lecho. Sus manos impetuosas, van a proseguir con el resto de la lóbrega tarea cuando...

—¡Deteneos, Cristóbal Sosa! —dice una voz metálica y colérica detrás de él.

El sargento se da vuelta, lleno de furia y encono. ¿Quién demonios se atreve a disputarle su preciosa presa? Una exclamación de consternación, de temor, escapa a través de sus lujuriosos labios.

—¡Señor capitán general!... ¡Vos aquí!

—¡Sí, yo, sucio bergante!... ¡Apártate de esa mujer y responde por tu necia conducta!

El sargento se pone de pie de un salto y guarda respetuosa actitud frente a su general. Sabe que una sola palabra suya y morirá en el garrote...

Pero, por el momento, el capitán general no le presta aten-

ción. Se ha quedado mirando a la joven fiesta. Ella ha vuelto a quedar en posición de sentada. La patética belleza de su rostro es tal que, indudablemente, un espíritu impresionable como el de Pizarro no puede menos de quedar sugestionado. No se parece a ninguna de las jóvenes que encontró llorando su deshonra, porque, aún siendo bonitas, no demuestran tener un elevado espíritu interior. Se acerca a ella y en tono amable y gentil le dice:

—Os ruego perdonéis la torpe conducta de este hombre, señora... Doy gracias a Dios por haber llegado a tiempo—. Es tal, la impresión que ha recibido el capitán que olvida que ella no puede entenderle. Al ver su triste y adolorido aspecto, le pregunta a continuación—: ¿Os sentís bien, señora?... ¿Puedo hacer algo por vos?

La joven india alza hacia él sus ojos oscuros, preñados de tristeza. En la voz y en la persona del jefe advierte un tono de genuina emoción no impulsada solamente por la galante cortesía. No entiende las palabras, pero su espíritu conmovido presiente e interpreta su sentido. Y cuando eso sucede, como si sólo hubiera estado esperando una frase amable, una palabra de consuelo, o de afecto, sus ojos se inundan de lágrimas y llora. Con un llanto que impresiona mucho más, porque es silencioso, quieto, profundo.

Sin advertir lo que hace, que es impropio en un gran jefe que termina de dar la orden de matanza general, Pizarro, el Hombre Negro, el Hombre de Hierro, como ahora lo llaman los indios, debido a la armadura que lleva, se arrodilla ante la joven. No cabe duda que la magistral belleza de ella, combinada con ese acervo dolor, que lacera su alma y que se refleja en su mirada, han conseguido impresionarlo hasta el grado que jamás mujer alguna lo logró... incluyendo a la bella Marina.

—Tranquilizaos, señora —murmura con acento desconocido en él— y, por favor, contened vuestro llanto... Todo ha pasado ya. Os lo prometo, nadie osará tocar uno solo de vuestros cabellos... ¿Verdad que eso os tranquiliza? ¿Me escucháis?...

Los ojos de la joven fiesta se posan en los del hombre barbudo, de severo semblante. Ya no hay lágrimas gordas en ellos, pero sus recónditos pensamientos, que también deben ser inquietantes, afloran en sus pupilas. Una leve sonrisa de gratitud mueve los labios de grana. Pizarro, el bravo capitán, siente que en medio de la noche solitaria de su vida asoma el sol...

Pero no tiene tiempo de perderse en gratos pensamientos. De pronto un doble grito, un golpe en su costado y como fascinado se queda mirando a la joven que, habiéndole arrebatado

la adarga que lleva al costado, apunta con ella su corazón y hace un brusco movimiento para herirse.

El capitán de Castilla sale de su estupor e interviene con toda celeridad, pero no tanta como para impedir el intento de suicidio. La joven lanza un pequeño grito, con el que parece escapar su alma y se desploma... Un hilo de sangre marca en la alba túnica el lugar del corazón.

—¡Pronto, un galeno! —grita el capitán con acento angustiado—. ¡Moveos o, vive Dios!...

Los hombres salen como una exhalación, todos, menos el sargento Sosa, y el joven oficial, Alonso de Mesa. Los ojos de éste muestran también su profundo sentimiento por lo ocurrido.

3

—¡Vaya, apenas puedo creerlo! —murmura el padre Valverde, regoldando ruidosamente, en tanto aparta su plato, limpio del guisado que le sirvieron por tres veces consecutivas—. Dos largas horas y el gobernador no aparece!... ¿Tenéis una idea de lo que puede haber ocurrido, Hernando?

—¡Que si la tengo!... ¡Y una muy buena! —responde el primogénito de los Pizarro, soltando el trapo a reír mientras sirve más vino—. Después de todo, Francisco, a pesar de sus arrestos de beato, es un hombre... ¿no lo creéis? Y tan luego allí...

—¡Callad deslenguado!... Pero tal vez estéis en lo cierto. Mas, yo me pregunto, ¿para qué habrá enviado por el ensalmador?... No sabemos de nadie que esté herido...

El buen fraile se interrumpe al sentir ruido de pasos y voces apagadas. Sale con precipitación. Casi tropieza con el gobernador. Detrás de él vienen dos hombres transportando unas parihuelas.

—¿Qué sucede, Francisco?... ¿Traéis un herido?

—Sí, pero no es lo que suponéis, por tanto, os ruego, callad y dejadnos pasar... Por aquí, hombres... ¡Y tú, bergante, alumbra!

Los cuatro personajes y la camilla desaparecen en el interior de la casa. El capitán general parece saber lo que hace y a dónde va. Pasa de largo junto a la habitación del Inca, donde hay apostados dos centinelas, sin contar a otro de vista, y siguiendo por un angosto y oscuro corredor llegan a un nuevo sector de aposentos. También hay centinelas en los alrededores.

Por fin se detienen frente a una puerta. Una sombra salta ágilmente e intenta huir. Alonso de Mesa estira un brazo y agarra al cuitado por los cabellos. Aproximado el hachón, resulta ser...

—¡Felipillo! —exclama Pizarro—. ¡Ah, taimado belintre!... ¿Dónde has estado?... Escondiéndote, ¿eh?

—No, señor... Digo, sí, señor...

—Luego ajustaré cuentas contigo. Ahora sigueme.

A un brusco ademán de Pizarro, el centinela franquea la puerta delante de la cual se han detenido. En el interior hay tres mujeres, acurrucadas en el piso. Una de ellas, hermosa, se destaca tanto por la riqueza de su atavío como por su majestuoso porte. Es Ima Sumac, la Colla del imperio incaico, cautiva como su esposo. Las dos mujeres que la acompañan son sus doucellas.

—¡Señor, sois vos! —dice Ima Sumac—. ¡Gracias por oír mis súplicas y venir! ¡Cómo está él?

Pizarro frunce el ceño y mira a Felipillo sin ocultar su cólera. Algo extraño sucede con el intérprete. Se ha quedado como embotado mirando a la Colla. Y no acierta a traducir sus palabras. Pero la actitud del señor gobernador no ofrece dudas respecto a lo que le espera si no cumple, por lo cual vence su estupor y traduce fielmente.

—Señora, vuestro esposo está bien...

—Benditos sean los cielos!... Señor, os lo ruego, ¿accederéis a mis deseos de verlo, de estar a su lado?... ¡Comprended, magnánimo señor, que la prisión es un lance muy triste para quien es el rey de los cóndores!

—Lo comprendo y justifico vuestra petición... He resuelto, por tanto, que podéis visitarlo con entera libertad o, si queréis, compartir su habitación... También podéis valeros del servicio de las personas que creáis conveniente, y disponer todo lo concerniente al abastecimiento y a la cocina de vuestro séquito.

Las reinas son primordialmente mujeres. Y cuando la emoción las embarga, no pueden substraerse al llanto. Ima Sumac, llena de sentimiento por estas concesiones del vencedor, dobla la cabeza sobre el pecho y solloza.

—Por mi parte, señora, debo pediros un favor... —Ima Sumac alza la mirada, sorprendida—. Una persona, una joven de vuestra raza, cuya tristeza y orfandad me han conmovido, se halla herida y necesita cuidado y afecto... Nadie como vos podría brindárselos...

—¿Está... está muy herida?

—Por fortuna, no... Pero no es tanta la herida del cuerpo

como la del alma la que es preciso cuidar... A juzgar por su aspecto, se trata de una princesa.

—;Oh, sí, sí!... ¡Yo y los míos cuidaremos de ella!... ¿Dónde está?

Pizarro hace un ademán, la puerta vuelve a abrirse y entran los camilleros con su preciosa carga. La joven herida mantiene los ojos cerrados, pero no está desmayada ni duerme. La Colla se acerca a ella, presurosamente. Lanza una viva exclamación

—;Que *Killa*, la reina de la noche, nos proteja! —prorrumpie—. ¡Es ella!... ¡Kcori Coyllur, mi compañera de la *aclahuasi* de Quito!

Al oír sus voces, Kcori, pues en efecto, es ella, abre los ojos. La reconoce también. La emoción la vence y enormes lágrimas inundan sus ojos. Ima Sumac se inclina a ella, la abraza, y llora con ella.

Los españoles, siguiendo el ejemplo de Pizarro, retroceden en puntas de pie. El gran capitán muestra en su barbado rostro una emoción, desconocida en él, que lo humaniza.

4

La noche, madura, envuelve con su piadoso manto a la asolada tierra. Nunca más exacto el símil del sudario, porque, en efecto, envuelve a miles de cadáveres abandonados a la impiedad del sereno nocturno. Con excepción de los atalayas y centinelasemplazados en lugares estratégicos, el silencio y la oscuridad en torno a los aposentos del real español son completos. Sin embargo, es probable que no todos duerman. La conciencia es un roedor que todos llevamos dentro y que no pide permiso para hincar los dientes. De ese modo hasta los más desalmados y sanguinarios suelen perder el sueño.

Hay un aposento donde arde tenuemente una pequeña lámpara. Las voces que allí se escuchan son roncas, apagadas, cargadas de una resonancia de templo o de tumba. También hay nostalgia, tristeza y profunda pesadumbre en los tonos. Los honores, las glorias, el poder han pasado, como bienes humanos que son, bien prontamente. Sus cadáveres ajusticiados están ahí, en la plaza, junto con los otros.

—;Lo presentí, lo presentí! —solloza Ima Sumac, sentada frente al inca Atahualpa, que en toda la noche apenas se ha movido de la humillante posición en que lo ha dejado el destino—.

Y en mis sueños hasta creí oír los lamentos de las almas de los muertos en Tumbes, en el Cuzco, clamando ante los dioses por venganza...

—Yo también los vi y oí en las noches sin sueño. Y entre ellos a la madre que nunca conocí... Pero el hombre, fatalmente, no puede desandar el camino. Podrá reparar el mal causado con culpable ceguera, pero no puede volver al punto de partida. Ese es su castigo.

—Todos nuestros parientes y amigos están muertos, nuestros fieles servidores, los funcionarios de estado, tus ministros, consejeros y sacerdotes, tus favoritos... Y los que por azar aún conservan la vida, se preguntan como yo: ¿Por qué, Atahualpa, por qué?

—La respuesta no está en mí, de lo contrario, la hubiera encontrado...

—Pero algo te arrastró, ciegamente, a este triste final... ¿Puedes decir qué?

—No lo sé... ¿Sabe acaso la inocente vicuña por qué baja a beber en el arroyo aun presintiendo la presencia del puma oculto entre las peñas?... No, no es ignorancia, ni candorosidad. Lo más probable es que espere o crea en milagros. *Pacha* tocará en el corazón al puma y le impedirá saltar. O tal vez el dios Sol le envíe un rayo a los ojos y lo enceguezca. A veces, por casualidad, por una u otra causa, el puma no ataca. Entonces la vicuña lo atribuye a milagro. Y se ufana en relatar su experiencia, y a vivirla de nuevo... hasta que el puma la destroza... Yo esperé el milagro. Arrepentido por mis culpas y por mis crímenes, hice ayunos y realicé sacrificios y ofrendas a los dioses, a las almas de los muertos. No satisfecho y esperando lograr la gracia divina, cambié por completo mi modo de vida. De malo me hice bueno, de perverso me convertí en piadoso, de culpable me cambié en virtuoso... Ajusté mi vida privada y la de gobernante a estos nuevos principios. Y creí, ¡oh fatal error!, que si sembraba a mi paso sólo actitudes y conductas ejemplares, donde la verdad, el bien y la justicia estuvieran hermanados, no sólo obtendría el perdón de los cielos sino que recibiría un premio en la tierra. Ello significaría tener la consideración y el respeto de mis súbditos —Atahualpa alza las manos en gesto de impotencia y lanza un profundo suspiro—. ¡Y ya ves!... Las consecuencias de mi conducta son terriblemente desastrosas. De haber obrado con energía en lugar de blandura, con crueldad en lugar de cobardía piadosa, los extranjeros *aucasunk'akuna* jamás llegarían a cruzar el *Ripi-Suyu* y hoy mi poder estaría

más firme que nunca... ¿Qué nos enseña esto, Colla mía? Dos cosas: o bien no existen los dioses, o la práctica de las virtudes no proporciona satisfacciones sino sufrimientos...

—¡No blasfemes, Atahualpa, que ya bastante hemos sufrido el castigo de los dioses!

—No es blasfemar establecer los hechos cuales son... Pero espera acaso soy, después de todo, el único responsable.

—¿Por qué dices eso, Atahualpa?

—Muchos pecadores, ofensores a las leyes humanas y divinas durante la mayor parte de su vida, llegada la hora del peligro, o sea la de una probable muerte —hecho fatal que los llevará a enfrentar el máximo tribunal—, se arrepienten, bien que superficialmente y con gran alarde, para que lo vean todos, y realizan sacrificios y se confiesan... Yo pregunto, ¿basta eso a borrar a limpio la culpable, odiosa y aun criminal conducta de una vida entera? ¿Acaso el sacrificio y la confesión por sí solos pueden lavar la fea mancha que dejan los hechos culposos? Es evidente que no. O en caso contrario, los dioses se harían cómplices de esos crímenes, prometiendo el perdón, el olvido y aun la gloria a quienes les rinden pleitesía... ¿Qué prueba esto?

—No... no lo sé. Apenas puedo seguir tu reflexión.

—Que existe, indudablemente, una poderosa fuerza, creadora de la Tierra, de la Luna, el Sol y las Estrellas, y que puede controlar el maravilloso movimiento de los astros en la órbita celestial... Pero esa terrible fuerza no tiene semejanza humana. Por tanto, no ve, no siente, no oye... Nuestros sacerdotes se equivocan entonces y hacen mal en pintarnos a *Pacha*, el Supremo Hacedor, como a un venerable viejo pronto a perdonar todos los pecados y aun los crímenes más horrendos de los hombres sólo porque éstos, a la hora de la muerte, hagan sacrificios y se confiesen... De no existir esta absurda creencia, los hombres seríamos menos malos y la práctica de las virtudes redundaría en bien de la humanidad...

—¿Explica tu reflexión lo ocurrido hoy?

—Creo que sí... Me arrepentí de mis crímenes y realicé sacrificios, ayuné y me confesé con el *Villac Umu*, y no satisfecho con ello practiqué virtudes, en la absurda creencia de que el venerable viejo no sólo me perdonaría sino que me daría un premio... Estuve equivocado, como lo están todos los hombres que creen y piensan como creí y pensé yo. No importa el arrepentimiento, ni la confesión, ni los sacrificios ofrecidos a la deidad. Las culpas y los crímenes de los hombres se pagan inexorablemente, no importa la suma de los esfuerzos realizados para

lograr el perdón. Y la ejecutora de esa ley superior de causa y efecto, es la misma que mueve a las estrellas en el espacio. Nadie puede ni podrá escapar a esa terrible ley...

Atahualpa se interrumpe. Su rostro de duras líneas está transfigurado y gracias al resplandor de la pequeña lámpara de aceite que lo ilumina, su semblante adquiere fantásticas proyecciones. La gravedad de su expresión es la misma que ha mantenido por horas y horas, por lo que se puede deducir que sus reflexiones no son producto del instante, sino profundamente razonadas.

Ima Sumac ha empezado a llorar de nuevo. En su desesperación y dolor, ha comprendido el mensaje que encierran las palabras de su esposo, el cual, luego de una pausa, prosigue hablando en el mismo tono pausado, casi apagado, sin entonaciones y con voz que parece emerger de alguna *huaca*.

—Esa ley fatal se ha cumplido hoy. Conmigo y con los que participaron, ya activamente o con sus aplausos aprobatorios, en los crímenes de Tumbabamba y del Cuzco, y en los muchos otros que cometí... El que yo esté aún vivo y los otros muertos, nada significa. Es probable, seguro, diría yo, que he sido reservado para sufrir aún otros castigos antes que la muerte cierre mis ojos y calle mi voz. Y pensando en cuáles serán ellos no consigo aquietar mi mente ni mi espíritu...

—¿Has... has pensado en mí? Yo, si no aplaudí tus hazañas, las aprobé con mi cómplice silencio...

—Sí, pienso en ti, *sinchij munaskuy uarmi*, y por ello pierdo el sueño y me olvido del hambre y de la sed. Pero me consuela pensar que muchos de mis actos de crueldad no se cumplieron porque interviste con tu palabra emocionada, con tu súplica sincera... Acaso hayas sido perdonada o, mejor dicho, de cumplirse esa ley fatal, tu pena será menor porque tus culpas apenas existieron...

—Culpas tuve, y muchas —solloza Ima Sumac—. Primero tuve ambición desmedida. Y luego me hice cómplice tuya en todo Eso debo pagar...

—;Por las *chullpas* ⁽¹⁾ de mis antepasados, te ruego que no me atormentes más!... Déjame al menos soñar que estás preservada de todo castigo...

Se hace el silencio en el aposento, pero el mismo no es completo. El llanto, apagado, entrecortado, de Ima Sumac, se prolonga más allá de lo que es posible esperar, hasta que el débil resplandor del alba se insinúa por las rendijas. La primera clari-

(1) Momias.

dad encuentra a los esposos tiernamente abrazados, no dormidos sino vencidos por la fatiga.

El día amanece radiante. El rey de los astros asoma detrás de las distantes cumbres en forma espléndente, magnífica, rosada. Y su alegre aparición condice con el día claro y tibio, el cielo sin nubes. Tanto el sol como las potencias celestes parecen ajenos al luto y al dolor que prevalece en la tierra, en el valle de la promisión convertido en verdadero valle de lágrimas. Abajo, al pie de las montañas, ha empezado la actividad de los hombres. Los incaicos recorren la gran plaza de Caxamalca, recogiendo a sus muertos y dándoles decente sepultura en las tumbas o *huacas* indias. Ajenos e indiferentes a esa tarea, los peninsulares sólo se ocupan de recolectar bienes materiales: todo el oro, la plata, la pedrería y las valiosas y finas telas de vicuña, muy consideradas y valiosas en las cortes de España y de Europa.

Consciente de la gran importancia que esta tarea tiene para la continuación y terminación de la empresa de la conquista, Francisco Pizarro se aboca a ella completamente. Con órdenes precisas sus hombres se mueven. Unos montan severa guardia. Otros vigilan el retiro y la sepultura de los muertos, para que con este motivo no haya conflictos. Otros recogen las riquezas dispersas en palacios, templos, *huacas* y aun en las casas privadas. Otros, en fin, desarman a los antiguos guerreros que, pasmados y sin reaccionar todavía de los efectos de la matanza y la cautividad de la sagrada persona del Inca, sin jefes que los reorganicen y comanden, se dispersan, se dejan desarmar, permitiendo que sus armas sean quemadas en una gran pira, y deambulan como almas en pena, sin salir de su atonía.

—Estos son guerreros y por tanto, aunque desarmados, hombres peligrosos —dice alguien a oídos del gobernador, alguien cuyo nombre piadosamente, ha ocultado la historia—. ¿Por qué no ordenáis que los desarmen y les corten las manos al mismo tiempo? Así, aún vivos, no serían de temer...

Pizarro contempla horrorizado a este ejemplar de una raza creyente y civilizada y sin dignarse responderle, se aleja, seguido de su corte de adictos.

Ya está avanzada la mañana cuando, por fin, encuentra un momento libre para visitar al real cautivo. Como siempre, apenas

se despegan de él Felipillo, sus hermanos Hernando, Gonzalo y Juan, el padre Valverde y dos o tres oficiales que ofician de guardias de *corps*.

Todos observan el notable cambio que se ha producido en el ilustre prisionero. Y no se trata solamente del aspecto exterior, que la claridad del día acentúa, mostrando su rica vestimenta, la cual aunque desprovista de joyas y adornos de oro —arrebados por los recolectores españoles— sigue siendo magnífica. Ha desaparecido su reconcentrada y hosca expresión anterior. Hay pesadumbre y aun dolor, no tanto por la pérdida del poder, sino por el sacrificio de tantas vidas, muchas inocentes, pero no se advierte ya en él esa sorda e intensa amargura que siguiera al atonismo de los primeros momentos del desastre. Se diría que una luz ha iluminado su conturbado espíritu, o que un mañana promisorio viene al encuentro del cruel presente.

Atahualpa está solo en este momento, pero todo hace ver que ha sido bien servido.

—Nos place encontrarte en mejor disposición de ánimo —le dice Pizarro.

—Debo agradecértelo, señor... Has sido generoso al concederme permiso para ser atendido por mi esposa y mis criados.

—Dicho de otro modo —ríe Hernando—, barriga llena corazón contento...

Francisco le hace observar los platos sin tocar que se ven sobre una mesita. El padre Valverde cree oportuno decir:

—Sin embargo, no es la buena conservación del cuerpo lo que debe importarte, sino la salud del alma... Arrepéntete de tus pecados, recibe la bendición y aún es posible que alcances la gloria del Señor, Nuestro Dios, el Único y Verdadero.

—Arrepentido estuve antes que llegarais y lo prueba vuestra presencia y mi condición presente —responde Atahualpa con dignidad—. En cuanto a eso de que vuestro Dios sea el único y verdadero, ya te respondí ayer.

Felipillo, que desde hace un instante contempla con fijeza al Inca, parece inquieto, sobresaltado, atemorizado por el osado pensamiento que lo hostiga. Sus últimas palabras son entrecortadas, no así las del Inca. Pizarro y los otros lo miran sin ocultar su asombro y disgusto.

—¡Te arrepentirás de tu herejía! —exclama el buen fraile, encendido el mofletudo y barbado rostro—. ¿No te basta el castigo sufrido?

—Sí, he sido castigado y presiento que aún no han concluido

mis pesares —dice Atahualpa—, porque mis culpas son enormes...

—“No llaméis castigo a lo sucedido, pues aún no se ha dicho la última palabra —traduce Felipillo, pálido pero resuelto—. Un gran rey como yo no puede ser castigado por un dios falso...”

—¡Ah, hereje! —exclama el fraile—. ¡Aún tienes la osadía de amenazarnos!

—Os ruego, no veáis amenaza en mis palabras —responde Atahualpa, sorprendido por la colérica reacción del dominico.

—“Hay miles de guerreros esperando una orden mía. Provacad mi cólera y sabréis” —traduce Felipillo, enjugándose el rostro cubierto de sudor.

Va a replicar el padre, pero se adelanta Pizarro, advirtiendo algo extraño entre las altisonantes palabras del cautivo y su actitud mansa y su tono pausado y calmoso.

—No hemos venido a discutir, Atahualpa, sino a buscar cooperación... Cuanto más pronto comprendas cual es tu verdadera situación, más pronto podremos organizar este país bajo la nueva soberanía.

—Sois los vencedores y admiro vuestra capacidad... Decidme de qué modo puedo ser útil, sin que ello signifique traicionar a mi pueblo.

—“Estáis loco si pensáis que os voy a dejar gobernar en mi lugar... Me arrancaría la lengua y las manos antes de hacer nada por vosotros”, —sigue traduciendo Felipillo.

—Es inútil —dice Pizarro, volviéndose—. No podemos esperar cooperación de él... Pero ya veremos el modo. Vamos.

Y el grupo sale, abrigando sentimientos de sorda cólera contra el indomable Inca. Los otros van a seguirlo, pero el gobernador se detiene y les dice:

—Os ruego que me esperéis en mi aposento... Tengo un asunto privado que atender.

Y sin esperar respuesta se aleja hacia el fondo del edificio, seguido solamente del astuto e inefable Felipillo. Este, al ver a donde se dirigen, se pone más pálido y tembloroso que antes. Momentos después, ambos hacen su entrada en el aposento de Ima Sumac. La *Colla*, que en la radiante mañana muestra una serena pero impresionante belleza, apenas repara en Felipillo, que conturbado en extremo se apoya en la pared. Toda su atención está centrada en el Hombre Negro.

—Gracias, señor, por venir y por darme la oportunidad de expresaros mi gratitud —dice la *Colla* mientras Felipillo, que parece beber sus palabras, la contempla fascinado.

—Sin embargo, señora, vuestro esposo no parece compartir vuestros sentimientos...

—¡Ah, el pobre ha sufrido tanto!

—“¡Ah, tiene un carácter violento!” —traduce Felipillo, siguiendo con su extraño juego.

—Sí, y es una lástima —dice Pizarro—. En fin, espero que vos le habléis, señora y lo convenzáis de cooperar con nosotros.

—Lo haré, señor, lo haré, os lo prometo!

—Así serviréis mejor a vuestra causa.

—¿Qué haréis con él, señor?

—Aún no lo sabemos... Se le formará un tribunal, probablemente. La resolución de éste dependerá de la conducta y el grado de cooperación que vuestro esposo muestre.

—Yo veré que comprenda eso, señor... No será difícil hacerle renunciar a todo... Nos contentaríamos con ser libres para volver a Quito.

—“Será difícil que él acceda a eso... Sólo espera estar libre para regresar a Quito y formar un nuevo y poderoso ejército” —traduce Felipillo.

Pizarro hace un gesto de cólera que no puede reprimir. Ima Sumac lo mira con sorpresa. ¿Qué ha visto de disgustante en sus palabras?, parece preguntarse con aprensión.

—Sólo espero, por el bien de todos, que realicéis vuestra tarea a conciencia —dice el capitán general—. Ahora, señora, si tenéis a bien, decidme cómo está ella.

—Kcori Coyllur se encuentra bien, señor. Su herida es superficial. Luego del desahogo de anoche, se ha tranquilizado bastante... Si queréis verla, está en la habitación contigua.

Pizarro asiente y se encamina a la habitación indicada. Felipillo se detiene ante un gesto de su amo. Su confusión es evidente. Un subido sonrojo tiñe sus mejillas, reemplazando su palidez anterior. La *Colla* apenas repara en él. Su expresión es triste, ausente, preocupada. Para ella, el intérprete indio es solo un sirviente más de la grandeza, alguien a quien un príncipe no se molesta en mirar.

Sin embargo, en el torturado pensamiento de Felipillo las cosas en general y la situación imperante, en lo particular, se hallan distorsionadas por los hechos. Ni él es ya el oscuro mozuelo de Tumbes, ni ella es la hermosa y poderosa *Colla*, esposa del grande y temible Atahualpa. Es decir, esos hechos los han acercado, poniéndolos en un mismo nivel. El amor, por otra parte, allana diferencias. Y él la ama. Con una pasión única, con un sentimiento jamás conocido y que inunda su ser. Por ese

amor, irrespetuoso, sacrílego o lo que sea, él, Felipillo está pronto a dar la vida... Pero está también pronto a robar, a mentir, a engañar, incluso a matar...

—Señora... Te hablo yo, Felipillo... Aquí estoy... Dígnate bajar los ojos hasta mí —dice Felipillo, quien, arrastrado por su pasión, ha caído de rodillas ante la reina.

Ima Sumac, tan sorprendida como si un ratón apareciera de pronto a sus pies y le hablara, mira al cuitado, sin enojo mas sí con gran asombro. Animado por ese silencio que en su loca imaginación conceptúa auspicioso, Felipillo sigue hablando. Primeramente dice quién es y exhibe su preminencia junto al gran capitán mostrando sus ridículas ropas. Explica que ha estado en el gran país al otro lado del mar, que ha visto y hablado con el Emperador, soberano de varios países más grandes e importantes que este imperio de los Incas. Es importante, rico y muy apreciado por el gobernador, lo que lo convierte en un personaje principalísimo, mucho más que algunos de los jefes extranjeros. Y cuando ha despachado su impresionante pieza, el astuto indio habla de lo que puede hacer para ayudarla a ella y, si también lo quiere, al *Sapan Apu*... Sí, puede ayudarla en todo, a recobrar sus bienes, incluso a huir.

—Todo eso con una sola condición, señora —dice finalmente, casi lloroso y siempre de rodillas, llevándose una mano al corazón—: que te dignes bajar los ojos hasta mí... para que veas cuanta es la devoción que siento por ti... Sí, señora, te amo... ¡Con todo el amor inmenso que cabe en un corazón inocente y puro como el mío!... Una sola palabra tuya, señora, y seré tu esclavo, el más ferviente y ...

Felipillo calla, aturdido, confuso. Mira con asombro y cómica consternación a la *Colla*, que ha empezado a reír, a reír, hasta que las lágrimas asoman en sus ojos. Y no hay indignación, ni rencor, ni desprecio en su risa. Es una risa natural, espontánea, como el caer de una cascada, la que inunda el aposento. Felipillo, aplastado como un escarabajo, sobre el cual han puesto el pie, intenta hablarle, tocarla, sin decidirse. La risa aumenta, se hace incontenible, histérica, dramática y no pudiendo soportarla más, Felipillo se cubre las orejas y sale del aposento como un perro, con el rabo entre las piernas. Pero es inútil, porque el eco de esa risa lo perseguirá por mucho tiempo, quitándole el sueño, amargando sus horas de triunfo...

Están frente a frente, ellos, él, el Hombre de Hierro, y ella, la tierna, blanca y herida torcaza. Hay incontenible emoción en él. El fiero hombre de armas gustoso caería de rodillas ante la magistral belleza india, pero lo detiene, no el orgullo de jefe o de hombre, sino el no saber si puede esperar de ella un poco de bálsamo para su ya bien maduro corazón, para ese corazón que se ha encallecido y agrietado por falta de piedad, de afecto, de amor... El escenario, más que pobre es triste para una ocasión como la presente. Un lecho de estera en el piso, mantas de lana a listas de colores, algunos vasos de barro cocido —el oro brilla por la ausencia— sobre una banqueta que hace de mesita. Pero el capitán no repara en ello. La presencia del sol de la mañana, que entra a raudales por la ventana, basta para hacer de aquella una bien iluminada y espléndida sala.

El gesto de ella es interrogante, primero. ¿Qué busca allí el capitán?... ¿Por qué esa insistencia en verla, en consolarla y ayudarla? Pero luego, la comprensión inunda su ser, cuando el rudo capitán le habla con palabra suave, galana, con dulce acento en las inflexiones. Aunque las palabras no sean inteligibles para ella, harto elocuente resultan sus pausas, los gestos, los ademanes, el tierno mirar de sus ojos grises. Un buen rato habla él y termina por tomarla de la mano, donde finalmente deposita un beso cortesano. Ella ya no tiene dudas. Su instinto de mujer le dice que el bravo capitán le ha confesado su amor. La misma ausencia de testigos, de intérpretes, lo asegura.

—Decís amarme, señor y yo, os lo agradezco desde lo más profundo de mi alma —responde ella en la hermosa, cadenciosa y expresiva lengua de los quichuas—. Pero, desgraciadamente, no os puedo corresponder, aunque deseara hacerlo, pues sois bueno y galante conmigo y porque en vuestros ojos veo la seguridad y la protección más firmes... ¿Y sabéis por qué? En mi corazón no cabe más amor, porque está destrozado... Amé a un hombre de mi raza y de mi estirpe, el más noble, apuesto y valiente del imperio. Y aunque desde el principio mi amor por él estuvo signado por la fatalidad, fui también amada hasta el delirio. Pero la adversidad, envidiosa de mi suerte, me persiguió con crueldad y saña. Largos y tristes años me vi separada de mi amado y ya estaba decidida a hundirme en el lago negro de la desesperanza, cuando reaparecí... Fue como el salir del sol luego de una larga, larga y oscura noche. Feliz de este reencuentro, ansiosa nada más que de ese calor de afecto, cuya ausencia torna

frías y estériles las almas, me entregué a él sin reservas... El partió a la guerra, dejando en mi seno un maravilloso ser destinado a llenar de luz y calor mis días y mis noches de soledad, pues mi amado pereció en la contienda... Pero la adversidad, mi odiosa enemiga, siguió persiguiéndome con crueldad y saña y de ese modo perdí también al pequeño cuya vida hubiera sido como un sol para la mía... ¿Comprendéis ahora por qué mi ser todo está destrozado y por qué no os puedo amar?

Y por las pálidas mejillas de la joven ruedan gruesas e incontenibles lágrimas, frente a las cuales el Hombre de Hierro se siente conmovido hasta la médula. Y del mismo modo que ella, por la expresión y por el tono de la voz alcanza a interpretar el sentido del mensaje. Sólo una mujer que amó mucho y ha perdido ese amor puede llorar con tal sentimiento y, en la crisis de su amargura, atentar contra su propia vida.

Vuelve a tomarla de la mano, la cual conserva entre las suyas, como para infundirle el vivificante calor que le hace falta.

—Yo os amo y nada deseara más que llegar a vos con mis palabras —dice con un acento de ternura, desconocido en él, lo que demuestra que en cada león hay un corazón de paloma—. Pero ello, por ahora, no es posible. Sin embargo, yo aprenderé vuestra lengua y vos la mía, y entonces, juntos, podremos platicar, hablar de nosotros, de nuestros afectos, de nuestros hijos... Porque, sabedlo, señora mía, estáis destinada a ser mi esposa... No, no opongáis reparos. Por vuestras amargas lágrimas, por el desgraciado intento de anoche, sé que habéis amado y que hoy os sentís muy desgraciada. Mas vuestras desgracias han llegado a su fin... De hoy en más será distinto. No os exigiré un amor rendido y cálido, sino sólo un tibio corazón mío... ¿Comprendéis, ahora? Curaos, pues, y pronto. Nos uniremos para siempre, con la bendición de los Santos Evangelios...

Francisco Pizarro vuelve a besar la manita que podría trituar fácilmente entre las suyas y, ¡cosa extraña!, sonríe a Kcori Coyllur, infundiéndole ánimo y valor, luego de lo cual y de saludar a la usanza cortesana, hace mutis. La joven india lanza un suspiro y se desploma en el lecho. El mensaje y el sentido de las anteriores palabras han llegado plenamente a su conciencia. Es como si de pronto se hubieran abierto ante ella las puertas de un mundo desconocido, pero lleno de luz, maravilloso, que la deslumbra y la pasma.

Alguien sale al encuentro de Pizarro cuando éste gana la plaza con singular ánimo. Es Alonso de Mesa, uno de sus ayudantes.

—Señor gobernador, ha llegado una misión india que insiste en veros.

—¿Una misión india?... ¿Enviada por quién?

—Por el inca Huáscar, prisionero en Xauxa.

Pizarro detiene su paso, sorprendido, pero su sorpresa dura poco, pues va decidido al encuentro de los enviados del inca Huáscar.

—¿Me llamáis, don Hernando?

—Sí, y ven aquí, belintre, pero sin alzar el gallo, o te lo retuerzo sin piedad.

—Como ordene vuestra merced, don Hernando. Tan esclavo soy vuestro como del señor gobernador...

—¡Ah, bergante, bien pronto has aprendido las malas artes de mi raza!.. Acércate más, te digo.

Y Felipillo se acerca, efectivamente, pero a regañadientes, en actitud a la vez sumisa y temerosa. No se le escapa al ladino que Hernando Pizarro algo tiene oculto en la manga de su jubón, o no lo trataría de aqueste modo. Los dos personajes se quedan mirando, estudiándose mutuamente. Pero es Felipillo quien termina por bajar la mirada.

—Explicarme habrás tu conducta, tunante, o vive Dios que meteré el palo en la candela ante mi ilustre hermano.

—¡Señor, me abrumáis! ¡A qué os referís? ¡Y qué os da pábulo a este hablar injusto?, —protesta Felipillo con un aire tal de inocencia que burlara a otro que no fuera Hernando Pizarro.

—Bien sabes a qué me refiero, bellaco... ¡A tus malas artes entre el Inca y mi hermano!.. ¡Eh?.. ¡Callas, atónito, verdad?... ¡Ignoras que conozco bastante de la condenada lengua quichua como para ser mejor intérprete que tú?.. ¡Eh? Y en los últimos días has cambiado, deliberadamente, las palabras en boca de Atahualpa... ¡Por qué?.. Eso habrás de explicármelo al punto, o haré que mi hermano te haga arrancar la lengua de raíz... ¡Habla ya!

Transcurren varios momentos, sin embargo, antes que el ladino y sorprendido Felipillo encuentre su amenazada lengua. Entonces inventa una historia de circunstancias. Odia a Atahualpa y quiere perderlo, porque es muy cruel y ha causado mucho mal a su pueblo, el chimu. La explicación parece convencer a Pizarro.

—Estamos hermanados en eso del odio, aunque las razones sean distintas... —dice el hermano del gobernador—. Yo quiero que Atahualpa muera porque es el único modo de que podamos heredar su oro, que él mantiene oculto. ¿Estarías dispuesto a cooperar en este sentido?

Felipillo dice que sí. Dispuesto está a hacer lo que el amo diga. Mientras tanto, en lo íntimo de su corazón, jura vengarse por el desprecio de la Colla. Muerto Atahualpa, nadie podrá impedir que ella sea suya.

Hernando Pizarro explica su plan. Es necesario no sólo perder a Atahualpa, sino arrancarle su oro. Y hay un medio para lograr ambos objetivos sin ningún riesgo. Sólo hace falta resolución. Felipillo dice que resolución le sobra.

—Por supuesto, estás enterado del objeto de la misión del inca Huáscar, ¿verdad?

—Sí, aunque Martinillo fue el intérprete, se que vino a ofrecer una inmensa cantidad de oro por su libertad y para que los *sunkarunakuna* le ayuden a retomar el poder.

—En efecto, así es... Y mi plan se basa sobre este punto, precisamente... Será necesario jugar, y con cuidado, a dos o tres cartas... ¿Sabes qué es eso?

—En saberlo me precio... Y descuidad, señor don Hernando, que de mí no tendréis queja y que todo se hará conforme a vuestro deseo...

—¡Y a tus propósitos, bergante! —exclama Pizarro, soltando la carcajada.

El resultado de esta conversación es que Felipillo tiene una entrevista reservada con Atahualpa, durante la cual éste se entera del ofrecimiento de su hermano y de los planes que, según Felipillo, tendría Pizarro para restablecer en el trono de los Incas al legítimo heredero.

—Y lo sabes, *Inkallay*, los extranjeros de barba son muy codiciosos del áureo metal... ¿Qué duda cabe de que logrará convencerlos? —dice Felipillo—. En tus manos está evitar esta calamidad, pues si tu hermano vuelve al poder, tu serás ejecutado sin piedad.

La verdad de esta reflexión hace pensar a Atahualpa. Como todo hombre y más siendo rey ama la libertad. Está pronto a pagar un precio por ella. ¿Es oro lo que los *aucasunk'akuna* quieren? Pues oro les dará.

—Llama al gobernador y dile que quiero hablar con él —pide el Inca, con expresión grave.

—Lo haré al punto, *Sapan Apullay*, pero antes dime, ¿no con-

viene que tus amigos guarden bien a Huáscar?... Deben impedir que envíe otras misiones con el mismo objeto. ¿A quién puedo dirigirme en tu nombre con esa orden? Siendo al servicio de tu causa, gustoso ayudaré.

—Sí, puedes ver a mi hermano Illescas... Se que está herido, en algún lugar de Caxamalca. Toma este anillo. Búscalo y muéstraselo, y sabrá que eres mi mensajero...

De más está decir que Felipillo guarda la joya con inocultable gozo. ¡El plan de Pizarro se realiza con una admirable facilidad!

Poco después, en efecto, Francisco Pizarro visita al Inca y va acompañado de Martinillo como intérprete y de sus parientes y amigos. Sin ambajes y como apremiado y ansioso de su libertad, Atahualpa le dice que está enterado del ofrecimiento de su hermano. Advierte que éste no puede cumplir, pues el Cuzco y sus riquezas están bajo el dominio de las fuerzas que encabezan sus generales Chalcuc-Chima y Khiskhis.

—Pero yo sí puedo pagaros esa cantidad y una más por mi libertad —dice finalmente. Los españoles cambian miradas de sorpresa e incredulidad entre sí. Amoscado y tomando aquel silencio por una burla, Atahualpa se yergue y estirando su brazo señala un punto de la pared y agrega, en el tono de convicción que da la seguridad de lo que se dice:

—Os daré más, si queréis... Puedo llenar de oro este aposento, hasta aquí. Y dos veces esta misma cantidad de plata, si estáis conformes.

Las exclamaciones de admiración se acallan cuando Pizarro dice:

—No dudo que dices la verdad... Todo lo que hemos visto hasta ahora no hace sino confirmar las noticias maravillosas que tenemos de las riquezas del Perú.

—Puedo asegurarte que ellas son pálidas comparadas con la realidad.

—¿En cuánto tiempo podrás reunir tal cantidad?

—En dos lunas... Debes darme ese tiempo.

—Cuenta con él.

En la noche de este mismo día, Felipillo mantiene una secreta entrevista con Illescas, el antiguo *Tucayricuc*. La vista del anillo real es suficiente garantía de que el mensajero viene de parte del Inca.

—Atahualpa te ordena y espera ser obedecido al punto... Has de ir a ver a Chalcuc Chima y decirle que Huáscar debe ser

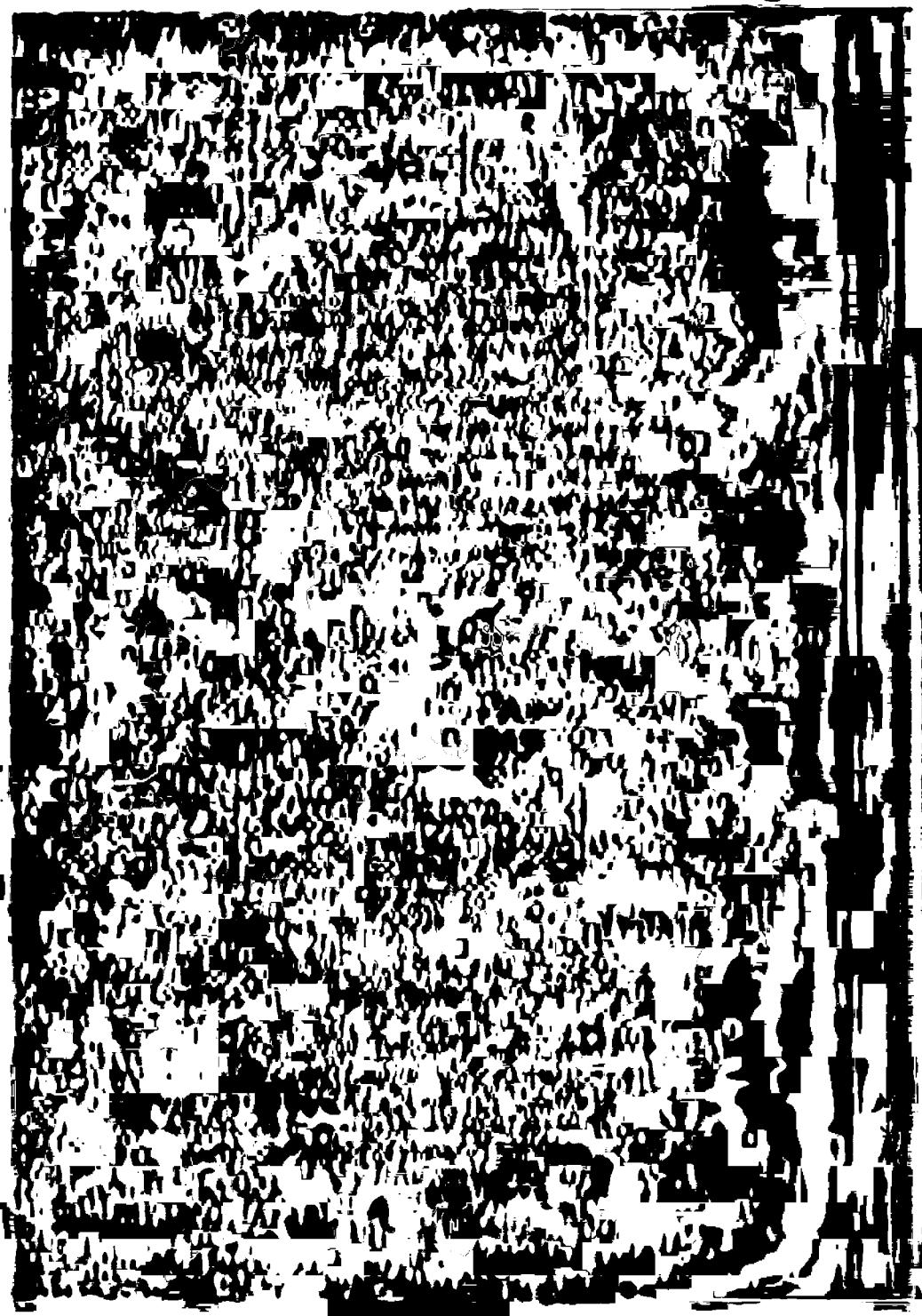
ejecutado. Los *aucasunk'akuna* están pensando devolverle el poder. En ese caso, Atahualpa sería ejecutado.

—Estoy herido, pero partiré al instante para Xauxa... Dí a mi hermano que su orden será cumplida a la brevedad...

Los hombres no son sino juguetes del destino. Muy ufano de sí regresa Felipillo al aposento de su señor. Ha cumplido su tarea. A partir de ahora, sólo cabe esperar. Ciertamente, el dogal se ha cerrado sobre el cuello del Inca. Hernando Pizarro tirará de él y la hermosa Colla pagará con creces su desdén. Ante tan hermosa perspectiva, ¿cabe admirarse que Felipillo sonría complacido, mostrando sus blancos dientes en la sombra?

—Gracias, hijo mío —le dice Hernando Pizarro al enterarse del buen resultado de la misión—. Gracias en nombre de la conquista, de la Corona y de todos nosotros... Torpe necedad hubiera sido no asegurar ese oro...

Ahí está expresado de viva voz, el sentir de la conquista, la esencia del formidable impulso que le dio vida. Retóricas explicaciones, sofismos, montañas de frases hechas, de nada valen frente a esa desproporcionada palabra: ¡ORO!, nervio y motor de la gran empresa.



CAPITULO XV

El último Inca

Gran actividad reina en el fuerte de los conquistadores. Pizarro, genial gobernante —su escuela es la experiencia— va tomando medidas tendientes a consolidar el triunfo de sus armas. Como primera medida se preocupa porque el Inca despache correos al Cuzco y otras principales ciudades del imperio, con la orden de trasladar sin pérdida de tiempo a Caxamalca todos los ornamentos y los utensilios de oro de los palacios reales, de los templos y otros edificios públicos. La victoria ha sido considerada "milagrosa" por el padre Valverde y los dos frailes dominicos que lo acompañan, juicio que comparte la mayoría de la soldadesca, gente inculta y, por tanto, fanática. Los actos de consolidación —léase apropiación por la fuerza de todas las riquezas del Inca y de sus nobles vasallos— se cumplen por tanto con la mejor disposición de ánimo y en la seguridad de que cualquier acto de injusticia, latrocínio o inhumanidad no sólo está absuelto de antemano, sino bienquisto a los ojos del Dios de las alturas. Esto explica el tesón y aun el sacrificio con que los conquistadores, tan parcos en efectivos, realizan para asegurar lo ganado. Los hombres deben cumplir penosos y largos períodos de guardia, salir de patrulla, a requisar; deben trabajar y hacer trabajar a los indios ya sometidos en obras de reparación y defensa. Al mismo tiempo los jefes, incluyendo a los frailes, toman medidas para construir una iglesia, el edificio de la gobernación. Proceden sin pérdida de tiempo a tomar medidas de buena administración, basadas, no en el sistema de recolección y distribución de los incas, sino en otro sustitutivo con entera semejanza al que impera en España que, preciso es reconocerlo, no es el más equitativo de Europa en la repartición del trabajo y las riquezas. Por

primera vez los indios se enfrentan con la amarga realidad de tener que trabajar, no para si y en beneficio de la comunidad, sino para el dominante señor extranjero, a cambio de latigazos, palos y una miserable bazofia para el sustento.

Esta irrita condición, sin embargo, todavía no es plenamente advertida por el aborigen. Aún la maquinaria expliatiiva no ha entrado en pleno trabajo. Las piezas se irán gestando poco a poco. Mientras tanto, los conquistadores se multiplican y sacrifican para que el predominio sea total, irreversible.

Hállase el señor gobernador en plena tarea de organizar más efectivamente la recepción de oro que llega de diversas fuentes y del que fluirá sobre la gobernación dentro de poco tiempo, según lo prometido por Atahualpa, cuando es turbado en la importante tarea por Martinillo, quien le viene a decir que el Inca desea verle y hablarle con urgencia. Todos se dirigen a la prisión. En el camino, Hernando le advierte:

—Este indio es solapado y traidor, Francisco. Cuídate de él. Probablemente quiere llevar a largas el asunto del oro. No le des resuello.

Con gran sorpresa, los jefes de la conquista encuentran al Inca sentado en el piso de su aposento, en compañía de Ima Sumac, dando muestras de genuino sentimiento de pesar.

—¡Ayau⁽¹⁾, señor! —dice el Inca juntando las manos y alzándolas al cielo—. ¡Ha ocurrido una gran desgracia!.. ¡Mi hermano Huáscar ha muerto!

Tardan algunos instantes los extranjeros en comprender. Luego se admirán. ¡Cómo! ¿No hizo éste la guerra al hombre por cuya muerte llora ahora cuando debiera alegrarse?

—Su muerte ocurrió mientras se bañaba en el río Andamarca, que está cerca de la fortaleza de Xauxa, donde se hallaba prisionero... —informa Atahualpa, entre nuevas explosiones de dolor.

—Bien —responde Pizarro—, lamentamos que haya ocurrido tal desgracia —Y con intención agrega—: Pero acaso no debamos lamentarlo tanto... ¿No se soluciona así el asunto de la sucesión?

—Señor, yo no te mandé a llamar para darte solamente la noticia —declara Atahualpa con dignidad—. Sospecho que hay algo oscuro en su muerte... Quiero que lo investigues...

Los peninsulares no salen de su asombro —Hernando finge admirablemente—. Si hay alguien de quien sospechar, ¿quién sino él, Atahualpa?, parecen pensar todos.

—Señor —dice Ima Sumac entonces, advirtiendo el sentir de

(1) Ay.

los extranjeros—, puedo poner mis manos en el fuego que mi esposo nada tiene que ver con esa muerte... No lo creerás, pero Atahualpa ya no es el mismo de antes... Sólo desea el bien porque quiere vivir en paz con su conciencia.

—Lo investigaré —promete Pizarro—. El responsable será castigado por el crimen, si no fue un accidente.

Al dejar el aposento del prisionero, Hernando dice:

—¡Ah, bergante!... ¡Cree engañarnos, verdad?.. ¿Quién otro sino él puede haber dado la orden de que lo maten?... ¡Y la ejecución no estuvo a cargo de sus hombres?

—No adelantemos juicio —advierte el capitán de Soto—. Pudo tratarse, en verdad, de un accidente.

—Ya averiguaremos eso —decide Francisco—. Por ahora nos conviene estar de manga con él por el asunto del oro.

—Quizá perdemos una buena ocasión... —sugiere Gonzalo Pizarro.

—¿De qué? —le pregunta Hernando.

—Yo sé lo que me digo.

Francisco Pizarro lanza una mirada de sorpresa a su hermano. En los últimos días ha advertido un cambio grande en él. Antes se concretaba a recibir órdenes y a seguir a sus dos hermanos mayores. Y durante el período de curación de la herida que recibiera en la Isla de Puná, ni siquiera eso. Pero de unos días a esta parte, interviene en todo, discute, da sugerencias que cree soluciones. ¿La cuestión del oro obra en él? ¿Teme acaso que, llegado el momento, no se respeten sus derechos?

Como se ve el plan de los Pizarro, después de todo, se mantiene bien unido respecto a un punto: obtener la mayor cantidad posible en oro, no importa los medios.

En lo cual, por cierto, no se muestran ni más ni menos ambiciosos o codiciosos que los otros hombres de la conquista.

2

Han transcurrido ya los dos meses pedidos de plazo por Atahualpa. Es cierto que de algunas poblaciones cercanas —fuera de lo que se recolectó en Caxamalca y en el palacio del Inca— han llegado algunas partidas de oro y plata, pero el total está lejos de ser el esperado, no obstante el tiempo transcurrido. Esto provoca evidente malestar entre los peninsulares. Hay entre ellos ansiedad, preocupación, que alguien explota con singular habilidad.

Ese alguien no es otro que Felipillo. Ciento dfa habla con los dos Pizarro, Hernando y Gonzalo, que ahora parecen inseparables— la verdad es que el segundo no quita la vista del otro por temor a perder su ascendiente—, y les dice:

—¿Sabéis a qué se debe esta demora?

—No.

—A que no existe.

El aparente galimatías del indio se explica en seguida. No existe tal demora porque, a juicio de Felipillo, Atahualpa nunca tuvo la verdadera intención de cumplir.

—¿Sabéis lo que hace? Ganar tiempo...

—¿Ganar tiempo? ¿Con qué objetivo? —le preguntan.

—Para preparar y reorganizar sus fuerzas... No olvidéis que Chalcuc-Chima, con unos treinta mil hombres, está entre Xauxa y la fortaleza de Huamachuco... Y emisarios de uno y otro entran y salen libremente del aposento del Inca,

La gravísima información es trasmittida inmediatamente al gobernador. Hernando le recuerda haberle advertido sobre el engaño. Colérico, Pizarro visita a su prisionero y le hace conocer la información que le ha llegado, demandándole una explicación.

Por primera vez desde su cautiverio, muestra el Inca verdadera indignación y cólera.

—Ni uno solo de mis vasallos se atreverá a levantarse en armas sin orden mía! —dice—. Y ni las aves volarían si yo no lo quisiera... ¿No soy vuestro prisionero? ¿No está mi vida en vuestras manos?... ¿Qué mayor garantía queréis?

—Dejemos a un lado esta cuestión —replica Pizarro—. ¿Dónde está el oro? Han transcurrido más de dos lunas...

—Ya lo sé, y lo siento... ¡Pero las distancias son tan grandes y tan pesadas las cargas que traen!

—Respondes con justicia... Pero quisiéramos una prueba más de tu buena voluntad.

—Os daré un salvoconducto para que algunos de vuestros hombres vayan a Huamachuco, a Xauxa, al Cuzco, y donde quieran, para que vean por sus propios ojos que no existen preparativos de guerra.

—Está bien... Mas debes darme también una orden para que venga Chalcuc-Chima a verte y escuchar de tus propios labios la disposición de no movilizar a su gente.

—Para demostrar mi buena fe, también haré eso.

Momentos después tiene lugar una importante reunión, en la que participan solamente los hermanos Pizarro. Hernando recibe la orden de ir a Huamachuco e inspeccionar.

—Tu misión principal, sin embargo, será la de traerme al tal Chalcuc Chima —le dice el capitán general—. Pero habrás de tratarle bien y sin que advierta que es prisionero... Llevas la orden del Inca. No creo que oponga reparos.

—Si lo permities, Francisco, quisiera ir con él —interviene Gonzalo—. Mis informaciones me dicen que en la ciudad de Pa chacamac hay un templo, el más importante del país. En este templo se encuentran riquezas incalculables en oro y pedrería.

—Bien, ve, si quieres, en mérito a esa información.

La partida no tarda en organizarse. Se compone de veinte jinetes y otros tantos de infantería.

El templo de *Pacha*, Supremo Hacedor, llamado también *Atun Apa-huallpa*, se halla, en efecto, en la ciudad del mismo nombre situada en la costa, a unas cien leguas de Caxamalca. Este templo es antiquísimo y muy reverenciado por los aborígenes. Los *tarpuntaes* y los *culparicuc* gozan de prestigio por sus predicciones y el templo, por su forma, puede compararse al de Delfos, entre los antiguos griegos. Pachacamac es para los incaicos lo que la Meca para los mahometanos. Hácense peregrinaciones a ella desde los puntos más remotos. Es también famoso este templo porque en él se depositan los tributos de los creyentes, oro, plata, piedras preciosas, de las que se asegura existen grandes cantidades.

Acuciados por la necesidad de impedir que esos tesoros desaparezcan, pues los sacerdotes, al enterarse de lo sucedido al Inca en Caxamalca querrán ponerlos a buen recaudo, los españoles no escatiman esfuerzos ni sacrificios en cubrir lo más pronto esas leguas, aunque para ello deben cruzar de nuevo la cordillera. Afortunadamente, poco después encuentran el Camino del Inca, y el trayecto se hace más fácil. Durante él los naturales los tratan con respeto y consideración. En todas partes les brindan comodidades y provisiones de boca, además de colmarlos de ricos presentes.

Llegados a Pachacamac, sin embargo, tienen la desagradable sorpresa de hallar el santuario desmantelado. Los sacerdotes, como lo temieran, han huido llevándose sus tesoros. Una prolífica requisa, en la ciudad, sin embargo, proporciona algo de oro y unas pocas esmeraldas. Con este magro producto regresa la partida a la zona montañosa.

Durante el viaje tienen oportunidad de establecer —aunque los dos Pizarro lo sabían por anticipado— que no existe movimiento alguno de tropas, ni en Huamachuco ni en Xauxa, donde encuentran finalmente al general Chalcuc Chima y a Ruminaki.

Khiskhis se encuentra en el Cuzco al frente de otras tropas. Vista la orden de su señor, Chalcuc Chima no tiene inconveniente en ir a Caxamalca. El general indio, desde la prisión del Inca, se mostraba indeciso acerca de lo que debía hacer. Por una parte, la captura del rey, realizada de un modo tan rápido y extraño, por hombres que parecían sobrenaturales, lo tenía asombrado. Luego, la amenaza de muerte que pendía sobre el Inca, si se intentaba rescatarlo, le ató las manos. Considerando que se le ofrece la oportunidad de hablar con su señor para saber de sus labios lo que debe hacer, cosa que desea en grado sumo, sin suponer que aquella fuese una sucia celada de hombres que, por su aspecto, parecían dioses y no mortales humanos, pues los dioses jamás mienten ni engañan, el jefe indio acepta ir, acompañado de una insignificante escolta de guerreros.

¡Oh, dioses de la jungla, del llano y de la montaña!... ¡El bravo y eficiente general indio, en su natural y simple concepción de la conducta humana, no alcanza a comprender que, con ese acto voluntario, honrado y noble, está rubricando la perdida del imperio!

3

Amanece. El aposento del Inca, una vez más, se halla tenueamente alumbrado. Hay dos personas en el lecho, pero ninguna duerme, aunque fingen hacerlo. En Ima Sumac se da el curioso caso de que presiente su ser cuanto pensamiento o preocupación grave agita a su dueño y señor.

Al fin, no pudiendo soportarlo más, ella se mueve y pregunta:
—¿Qué noticias tienes que tanto te preocupan, *Sinchij munaskay Sapan Apu*?... Siento latir tu corazón con mayor fuerza que otras veces.

—Duerme, esposa mía, y despreocúpate de mi preocupación —responde Atahualpa, lanzando un suspiro.

—No puedo hacerlo... Ni podré hasta tanto saber el motivo. ¿Puede acaso el lecho del río decir a las aguas, "no corráis impetuosas que lo mismo llegaréis al mar?".

—Está bien. ¿Qué quieres saber?
—¿Qué noticias te han traído que te preocupan tanto que me las ocultas?

—No se trata de ninguna noticia... Esta noche, poco antes de venir tú, cayó una estrella brillante... Yo y mis criados la vimos claramente.

—¿Y eso te preocupa tanto? —inquiere la Colla, sorprendida.

—Sí, y por una razón... Poco antes de morir mi padre, Huayna Cápac, presenció también la caída de una estrella... Los *tarpuntaes* le dijeron que su hora estaba cercana.

—¡Oh!

—No es la muerte la que me atemoriza, esposa mía... Somos mortales y lo que le sucedió a Huáscar pudo ocurrirme a mí. Lo que me preocupa es: ¿cómo vendrá?... Estoy sano y soy fuerte; enfermedad no ha de ser. ¿Accidente? Imposible que ocurra ninguno entre cuatro paredes. Luego no hay posibilidad alguna de acciones de armas con los *Aucasunk'akuna*... ¿Cómo vendrá entonces?

—No dejes que ese simple hecho te sugestione tanto, esposo mío... ¡Cuántos habrán visto caer una estrella! ¿Crees que todos van a morir?

—No lo sé, pero entre los Incas, mis antepasados, tal fenómeno ocurrió siempre... Pero ya te digo, no es la muerte en sí... ¿Cómo vendrá? Todo hace ver que será un acto fortuito...

—¡Oh!... ¿Un atentado?

—Sí, podemos decirlo... ¿De dónde vendrá? De mis vasallos, imposible...

—¡Los extranjeros!

—Sería ésa la respuesta lógica... Pero, ¿por qué? ¿No les he dado pruebas de amistad y lealtad? ¿Y de qué les serviría mi muerte?... Pero todo esto, ni siquiera mi posible muerte, tiene importancia frente a un hecho cierto.

—¿Cuál? —pregunta Ima Sumac con voz temblorosa.

—Si los extranjeros van a matarme a traición, cosa muy probable, luego de lo que hicieron con los nuestros, es porque, aunque provienen de una raza superior y muy capaz y valiente, son falsos, mentirosos, viles codiciosos de oro y riquezas solamente... ¡Y eso me quita el sueño!... ¿Qué será de nuestro pueblo si ellos gobernan? ¡Habrán perdido para siempre los beneficios de la libertad y del trabajo productivo y en comunidad!

Ima Sumac ha empezado a llorar tierna y suavemente. Frente a la tremenda posibilidad, su espíritu se amilana y empequeñece. No sabe hacer otra cosa que llorar.

—¡Ah, cambiar mi naturaleza me trae fatales resultados! —exclama el Inca cautivo—. Obré de buena fe al ordenar que viniera Chalcuc Chima... El, al frente de sus treinta mil guerreros aún podía imponer condiciones...

La Colla se enjuga las lágrimas y procurando sonreir dice:

—¿No crees que nos tomamos demasiados apuros por algo que no ha sucedido y está lejos de suceder?... Respeto mucho las creencias de tus *tarpuntaes*, pero... ¡tú vivirás tanto como tu padre o más!

—Tienes razón... Olvida lo que te dije y duerme, te lo ruego.

Ima Sumac apoya su cabeza en el pecho de su esposo y cierra los ojos obstinadamente y sin embargo, tarda mucho en adormilarse. El fantasma del futuro está frente a ella, atemorizándola. ¿Y, si después de todo?... Se estremece de solo pensarlo.

Promedia la tarde del día siguiente cuando gran gentío y animación se advierte en el camino de entrada a la ciudad, como lo anuncia el atalaya de la fortaleza. Vienen los efectivos peninsulares escoltando a un grupo de personajes indios. Son éstos los que reciben el homenaje de su pueblo. Este, prisionero su señor, tributa al jefe favorito homenajes sólo dispensados al Inca. Chalcuc Chima llega así en andas a la plaza de Caxamalca, a cuya entrada los aborigenes se detienen con supersticioso temor. Está bien fresco lo ocurrido el día de *Capac Raymi*. El mismo general indio parece aplastado por el colossal peso de los muertos en esa plaza, cuyos espíritus, según la tradición india, deben vagar allí en demanda de justicia.

Es bajo esta impresión que Chalcuc Chima, el jefe genial, el gran estratega inca, se presenta ante el capitán general de los "barbudos". Este viene ataviado de guerra y a caballo, lo mismo que sus jefes y lugartenientes. Los rayos solares despiden haces de fuego de sus extrañas vestiduras. Y visto desde el suelo, el jinete siempre se impone con su presencia. El jefe indio dobla la cabeza para evitar que los brillantes rayos le hieran en los ojos. Sus acompañantes no están menos impresionados. Ahora parecen comprender el porqué está cautivo su señor. Estos no son hombres comunes. Y con aquellas armas... La sola vista del rayo de la muerte los hace temblar.

Luego de cambiar algunas palabras altaneras con el jefe indio, Pizarro deja que lo hagan pasar a ver a Atahualpa. Chalcuc Chima se adelanta solo, disminuido en su moral. Felipillo va prendido a sus talones. En una pobre estancia, tan miserable que no la ocupara uno de los criados del Inca, se encuentra éste sentado en el piso, sobre una estera. Chalcuc Chima, vencido de emoción, se prosterna ante él.

—*Napa runakunaj Incan*, en qué triste condición te encuentro! —exclama—. ¡Oh, dioses sagrados!... ¡Por qué impidieron que estuviera a tu lado?... ¡Jamás habría ocurrido esto!

El Inca, igualmente conmovido, aunque procura no demostrarlo, apoya una mano en el hombro de su general.

—No lo lamente tanto, *Hipu-Camayoc* mío —le dice—. Estamos entre amigos que sabrán reconocer nuestros derechos. Seamos leales y hagamos lo que ellos dicen, para evitar sufrimientos a nuestro pueblo...

Chalcuc Chima dobla la cabeza sobre el pecho. Tiene noción de fatalidad. Y ya no hace sino preguntas intrascendentes. Hablar de planes sería inútil. Luego, dando muestras de sentimiento y afecto, se retira.

Al llegar afuera se le adelanta un oficial que lleva la espada desnuda en una mano. Detrás están varios soldados armados de arcabuces.

—Chalcuc Chima, entréganos las armas —le dice el oficial—. Eres nuestro prisionero.

De este modo, con una hábil maniobra, digna de él, Francisco Pizarro cierra este capítulo de la posible rebelión.

4

El campamento español está agitadísimo. Y dos buenas razones contribuyen a ello.

En primer lugar, el ORO. Así, con mayúsculas. Porque hay tanta cantidad de él en el aposento indicado por el Inca, que parece cosa de ensueño, un imposible. Y sin embargo, las piezas de oro se han ido acumulando allí, poco a poco. Vasijas, fuentes, platos, utensilios, vasos, enormes planchas, trozos cuadrangulares, que sirvieran ya de panel, de piso o de techo. Hay también insignias, *yauris*, serpientes y figuras de otros animales. Y no faltan las joyas, collares, brazaletes, aros, anillos... También son de oro las ornamentaciones de templos y edificios. Pero lo que provoca admiración y regocijo es la recolección de curiosas y artísticas imitaciones de diferentes flores y plantas. Entre éstas el maíz, mazorca dorada cubierta de anchas hojas de plata y colgando en la punta una borla del mismo metal. Entre los objetos colecionados es también de admirar una fuente con su brillante chorro de oro y pájaros y animalitos del mismo metal, bebiendo o jugando con el agua de su taza. Eso y mucho más se va acumulando, lenta pero segura y progresivamente. Y todos los días llegan más indios arreando recuas de llamas con su preciosa carga.

Todas estas preciosas obras de arte y artesanía no tienen para los ávidos e ignorantes conquistadores del Perú otro valor que el del oro, pero no habrán de faltar quienes le asignarán un elevado valor artístico, porque Pizarro, cerrada la cuenta, habrá de enviarlos al Emperador como parte del quinto real.

Los españoles en general no caben en sí de gozo. Este es el magníficente El Dorado de sus sueños. Ya se echa de ver que nunca en la historia conquistador alguno acumuló tal cantidad y valor de botín. Y para confirmar este aserto, poco después, llegan los comisionados de Pizarro al Cuzco y otras importantes ciudades, los cuales traen una caravana de llamas con doscientas cargas de oro. En medio del júbilo general, su contenido se vuelca en el famoso aposento, el cual sin embargo no se cubre hasta el punto señalado. El constante arribo de transportadores indígenas, no obstante, da la promesa que ello ocurrirá pronto.

Es entonces cuando llega un emisario de San Miguel, trayendo la noticia que alborota al campamento español. Diego de Almagro ha llegado a ese puerto con tres bajeles y un refuerzo en hombres consistente en ciento cincuenta de infantería y cincuenta de caballería, con abundancia de armas y pertrechos. El emisario trae un conceptuoso mensaje de Almagro, escrito por el secretario de éste, un tal Pérez, en el cual expresa su alegría y admiración por el resultado de la campaña, pues hasta allí ha llegado la noticia de la captura de Atahualpa. Le reitera protestas de amistad y le hace saber que pronto partirá para Caxamalca llevándole los refuerzos traídos. Pero en una nota adjunta y bien disimulada, el secretario Pérez le advierte a Pizarro, que el padre Luque ha muerto en Panamá y que Almagro no viene con la intención de auxiliarle en la empresa, sino a recabar su parte del botín y luego establecer un gobierno independiente.

Esta conducta pinta de cuerpo entero a la mayoría de los conquistadores. Con pocas y honrosas excepciones, muestran ellos tal mezquindad de espíritu que si no son asesinos y avarientos, son felones y traidores.

Pizarro se apresura a contestar la epístola de su socio en términos igualmente amistosos y le expresa su alegría por la feliz llegada de refuerzos. Le invita a que, sin pérdida de tiempo, se dirija a Caxamalca, donde le espera con los brazos abiertos. Al terminar le habla de la infidencia de su secretario y le devuelve la nota, como prueba de la traición de aquél y testimonio de su invariable amistad. Almagro recibe la comunicación con gran alborozo, del que participan sus tropas. Lo que no impide que

Almagro haga ahorcar a Pérez casi al mismo tiempo. Luego parte de San Miguel.

Almagro y su gente llegan a Caxamalca a mediados de febrero de 1533. Lo acompañan los comisionados de la Corona, el Tesorero Real, el Contralor y el Veedor, que Pizarro dejara en San Miguel y que ahora creen con justificada razón que ha llegado el momento de ajustar cuentas en nombre de su Majestad. Las tropas de Pizarro salen al encuentro de las otras y gran alegría y camaradería reina entre ellos. Lo mismo que entre Pizarro y Almagro cuando se abrazan y besan frente a los soldados. La única excepción la constituye Hernando Pizarro, quien disgusta del obeso y ojituerto capitán, mucho más ahora que lo sabe interesado y parte en el cuantioso botín.

Con su amistosa conducta, los dos capitanes dan un mentís a las murmuraciones de resquemor entre ellos, especialmente por la demora de Almagro en acudir con los refuerzos tan angustiosamente solicitados. Pero Pizarro olvida esas y otras antiguas desavenencias porque los refuerzos que trae su socio lo colocan en ventajosa situación y en condiciones de proseguir con éxito la campaña de conquista. En cuanto a Diego de Almagro, obra de aqueste modo por cálculo. Se ha enterado del asunto del oro y quiere andar bien con su socio hasta la repartija del botín.

Sin embargo, los ocultos sentimientos de uno y otro no tardan en reflejarse en sus respectivos bandos, con la consiguiente tensión.

Pasadas las efusiones de la llegada de refuerzos, que se celebra con una gran cena en que se sirve vino y chicha con generosidad pocas veces vista, Almagro va a visitar al real prisionero, al cual trata con evidente altanería. Por su parte, Atahualpa lo considera con indiferencia, a pesar de saber que se trata del segundo jefe de la conquista, título que parece no complacer a Almagro.

Pero es la vista del oro la que arranca vivas exclamaciones de asombro y deleite en Almagro y sus jefes y oficiales. Almagro, de carácter impulsivo y franco, le dice al punto a su socio:

—Aunque el oro acumulado no haya llegado al lugar estipulado, Francisco, habéis de ver que falta poco y lo que falta llegará de todos modos o lo iremos a buscar nosotros...

Sus palabras son recibidas con gestos de aprobación y no sólo por los partidarios de Almagro.

—Despachaos y decid sin ambages lo que estáis pensando, Diego.

—Harelo y con gusto... —Almagro se atusa la canosa e hir-

suta barba y luego de estudiar a la audiencia con su único ojo, expresa—: como socio y parte en aquesta empresa, reclamo la inmediata repartición del oro.

Los partidarios de Almagro aplauden de viva voz y sin reservas. Los de Pizarro empiezan a mirarlos con evidente disgusto. Hernando Pizarro está a punto de estallar, pero se contiene. No falta, sin embargo, alguien que, en mesurados tonos, hace escuchar la voz de los suyos. Es Hernando de Soto.

—Bien está que lo reclaméis en nombre vuestro, capitán Almagro, que por eso sois parte en el negocio y lo hallamos justo y accesorio... Pero aclarar conviniera, por aquello de que entre monjes más vale andar confesados, si suponéis que vuestros hombres tienen también su parte...

—¡Por supuesto que sí! —exclama Francisco de Chavez, uno de los capitanes más resueltos que siguen a Almagro—. ¡Estamos en la empresa antes que vos, capitán de Soto!

—Bien está que lo seáis... Pero quienes han hecho posible este prodigo somos nosotros. Y lo hicimos solos, sin vuestra ayuda...

—A lo que entiendo, esto significa que pretendéis no darnos nuestra parte —interviene Rodrigo Orgoños, el segundo de Almagro—. Pretensión tal riesgosa fuera si no es tratada entre amigos.

—¡Escuchad!... —explota al fin Hernando Pizarro, fuera de sí. Pero Francisco le interrumpe y no le deja hablar. Un mal entendimiento y una riña campal por la posesión de ese tesoro no sólo puede hacer peligrar sus vidas —los indios caerían sin piedad sobre los del bando triunfante— sino fracasar la conquista. Además, Almagro y los suyos los superan en número y armas. Por tanto, el asunto debe ser tratado con cautela suma, sin herir profundamente los intereses y los sentimientos de las partes. Lo que Francisco Pizarro propone es discutir este asunto con calma y en el lugar y el momento oportunos. Ambos bandos aceptan la sugerencia y así, por el momento, queda superado el incidente.

Enterado del mismo, Atahualpa comenta:

—Una vez, en una partida de caza, observé un espectáculo repugnante... Dos *alcamaris* ⁽¹⁾ luchando entre sí para ver cuál de los dos metía primero el pico en las entrañas de un *huanacu*... ¡Nada bueno se puede esperar de gentes tan ávidas!

Pizarro estudia, junto con sus hermanos y lugartenientes, la

(1) Aves de rapina.

aguda situación, apreciándola en sus justos términos. Y llega a la conclusión de que para consolidar el triunfo de la conquista es necesario tomar el Cuzco. Con la capital del imperio en su poder, pueden alardear del triunfo e imponer condiciones a los sometidos. De lo contrario, la victoria sólo será parcial y precaria la situación, debido a la continuación y permanencia de un gran ejército indio.

En un aparte entre los hermanos, Gonzalo expone sin ambages su idea, que es la idea general.

—Francisco, sólo hay una solución y tú lo sabes... Procedamos a repartir el oro, luego el Inca dejará de ser una preocupación

—No será tan fácil eliminarlo... Habría que buscar causas valederas, motivos legales. Además, por su modo de ser, ha captado amigos, entre ellos a Soto.

—Habrá que eliminarlo también... Una cosa es positiva, Francisco. Atahualpa, vivo, aunque prisionero, es una amenaza... ¿Dejarlo en libertad? Sería dársela a nuestro más peligroso enemigo, a uno que puede reunir a toda la nación junto a él, con todos los hombres y los recursos a su alcance...

Todos los hermanos miran a Gonzalo Pizarro con asombro, pues, poco a poco, va dando a conocer muestras de su carácter y resolución. Y sus observaciones, aunque cínicas, resultan atinadas.

—Gonzalo tiene razón —acata Juan Pizarro—. Pero procedamos previamente a la repartición, que entonces habremos de ver qué hacer con el Inca.

Por consiguiente, el asunto de la distribución del oro pasa a ser cosa de primer orden. Aún renunciando a lo que falta, siempre estarán a tiempo de hacer mayores recolecciones. Pizarro habla en estos términos con unos y con otros. Finalmente, se llega a una honrosa transacción: Almagro recibirá una parte generosa del botín, con la cual pueda regalar a sus oficiales. Las tropas de Pizarro harán una generosa renuncia en beneficio de los soldados de Almagro, con la formal promesa de que en futuras repartijas, todos tendrán iguales derechos. Son varios los que no están de acuerdo, entre ellos Hernando Pizarro, pero finalmente la solución es aceptada.

Solucionado así el problema, se procede a la fundición del oro recolectado, en pequeñas barras manuables, para que el conjunto ocupe menos espacio. En esta tarea en que trabajan orfebres indios se demora un mes largo, tal es la cantidad de oro y plata existente.

La suma total en oro se halla casi en un millón y medio de castellanos de oro, que traducido al dólar tipo del presente, superaría holgadamente la respetable cifra de doscientos millones de dólares. A lo cual debe sumarse, más o menos, la mitad del valor recogido en plata, para no mencionar las piedras preciosas, los tejidos, etc. Como dice un notable historiador, "la historia no ofrece ejemplo de semejante botín, todo en metal precioso y reducible a dinero contante y sonante, ganado por una pequeña tropa de aventureros"... Porque el objetivo primordial de las expediciones españolas en el Nuevo Mundo fue el oro. Y la codicia del oro, que prevaleció durante la colonia, retrasó, durante siglos, el progreso de los países conquistados. ¡Cuánta diferencia, en efecto, con la actitud y la conducta de ingleses, franceses y holandeses en el continente norte! Y lástima grande que esa fortuna que tantos sacrificios y tanta sangre costara, además de no contribuir en nada al progreso de la nación que la produjo, tampoco sirvió a los depredadores, pues éstos a su vez fueron víctimas de otros que vinieron a la zaga o los esperaron en España.

La parte más importante de esta cuestión es el asunto de la repartija, que apasiona e inquieta a todos y que se hace del siguiente modo: Francisco Pizarro recibe cincuenta y siete mil doscientos veintidós pesos oro, y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata. Además, toma para sí el trono de Atahualpa, todo de oro macizo y avaliado en veinticinco mil pesos oro. Hernando Pizarro recibe treinta y un mil ochocientos pesos oro y mil doscientos sesenta y siete marcos de plata. Los otros hermanos Pizarro, Juan Gonzalo y Juan Orellana perciben once mil, diez mil y nueve mil pesos oro, respectivamente y el proporcional en marcos de plata. Alguien con méritos más que suficientes Hernando de Soto, recibe quince mil setecientos cuarenta pesos oro. De los restantes oficiales, calculado en número de sesenta, recibieron cada uno ocho mil ochocientos pesos oro, aunque algunos tuvieron más y otros menos, en virtud de su actuación. Los soldados de caballería percibieron también alrededor de ocho mil pesos oro y sólo cuatro mil los de infantería. Se conocieron algunas excepciones. La parte que debió distribuirse entre los soldados de Almagro, y entre los colonos de San Miguel —estos últimos eran veteranos, tullidos y enfermos de anteriores expediciones— no fue muy abultada.

En el Acta de Repartición, redactada "bajo el amparo y el temor del Señor", naturalmente, se reserva una suma importante para la iglesia de San Francisco. Y es curioso que en ella no se

mencione la parte que le toca a Almagro, si bien puede suponerse que debió tocarle —su contrato con Pizarro lo establece— la misma proporción que al gobernador. Y debe ser así y con esa cantidad posiblemente Almagro satisfizo las pretensiones de sus oficiales, o éstos no hubieran dado tan fácil acatamiento a lo resuelto. Y aún es posible creer que entre los dos capitanes debió repartirse la parte que habría de tocarle al padre Luque. Sin embargo, para hacer honor a la hidalgía de los castellanos, imaginemos que sólo se trataba de una retención temporal, para entregarla posteriormente a los derecho habientes del difunto obispo.

Lograda de este modo una solución difícil —aunque muchos descontentos habrían de quedar—, Pizarro procede con buen juicio a enviar a España, con su hermano Hernando, no sólo el quinto correspondiente a la Corona, sino su parte, poniéndola así a buen recaudo en previsión de cualquier contingencia. Así también evitará los frecuentes rozamientos entre el susodicho y Almagro, que cualquier día, al calor del vino, puede desatar una batalla campal y aun una guerra civil.

Realizada esta tarea, Francisco Pizarro se dispone a enfrentar el segundo y acaso más agudo problema: la eliminación del Inca.

5

Decididamente, Felipillo descubre que Gonzalo Pizarro es un jefe más comprensible que Hernando, pues recibe sus informaciones sin ponerlas en tela de juicio. Así, cuando le dice que la prisión de Chalcuc Chima ha creado gran efervescencia en los restos del ejército indio, donde germinan con más fuerza que antes los brotes de rebelión, no solo que le cree a pie juntillas sino que va a decírselo al señor gobernador. Este cree o finge creer también lo que se dice y a su vez lo trasmite al adelantado Almagro.

El recrudecimiento en las intrigas de Felipillo —que tanto ayudan al plan que tienen los Pizarro— se halla motivado por un incidente penoso protagonizado por él y Atahualpa. Cierta día que acompañara al señor gobernador al aposento del Inca, para servirle, como de costumbre, de intérprete, a su sola vista había saltado Atahualpa como un puma furioso y hambriento. Y ahí mismo terminaran las innobles hazañas del mozuelo indio, a no mediar los ayudantes de Pizarro y aun este mismo.

—¡Hijo de sucia perra! —gritaba el Inca, fuera de sí—. ¿Cómo te has atrevido a levantar los ojos hasta mi Colla?... ¡Tú, nada menos que tú, chimu de la más baja esfera!... ¡Ah, te haré morir en el peor de los tormentos si los dioses me dan una oportunidad!

Y Felipillo, pálido y tembloroso, había ido a esconder su vergüenza al más oscuro rincón de Caxamalca, reprochándose por haberse dejado llevar el día anterior por su culpable conducta, pues no satisfecho con declararle de nuevo su ardiente pasión, había intentado ir más allá, siendo rechazado por Ima Sumac con abierta indignación y desprecio. Y era de suponer que ella, cansada de tener que sufrir tal afrenta, se lo había dicho al Inca.

Por algunos días Felipillo permaneció escondido, temeroso que los servidores o amigos de Atahualpa cumplieran su amenaza. El no sabía que Pizarro, luego que él huyera, le había pedido una explicación al Inca, recibiendo esta respuesta:

—Señor, más doloroso que mi prisión es el ultraje que hemos recibido de este infame. Si estuviera en mi mano hacer cumplir nuestra ley incaica, no sólo él sino toda su familia perecerían en el tormento.

—Pues, en tanto tu destino esté en nuestras manos te preocuperás que Felipillo no sufra ningún atentado, o te lo imputaremos.

Ahora Felipillo, convencido que es un intocable, inventa nuevas falacias, destinadas a destruir al que se ha convertido en su mortal enemigo. Está convencido de que se trata de su vida o de la de él. Y en este juego mortal, para beneplácito suyo cuenta con la más decidida ayuda de los Pizarro.

—¿Estás seguro de lo que afirmas? —le pregunta Gonzalo Pizarro.

—Absolutamente, señor... No sólo que en Quito, patria de Atahualpa, se está formando un gran ejército, sino que el mismo contará con treinta mil caribes, los guerreros más valientes y sanguinarios...

Y Gonzalo corre a ver a su hermano con la nueva información.

—Decídate a obrar, Francisco! —insta—. ¡No podemos demorar más la entrada en el Cuzco, donde hay tanto oro que los sacerdotes están hurtando de los templos!

Este decisivo argumento, sin embargo, no precipita a Pizarro. ¿Escrúpulos de conciencia? ¿O deseo de dar a la cosa un cariz de legalidad que satisfaga a la Corona? No deja de comprender que el Emperador, estando tan lejos del teatro de los sucesos, fácilmente podría dejarse llevar por el sentimiento y la compasión por

la muerte de un rey que, aun siendo un salvaje, es un soberano.

Pizarro, en consecuencia, va a ver a Chalcuc Chima y le pregunta qué sabe de tales preparativos de guerra. Estirándose con dignidad, el jefe indio responde:

—Si mi señor ha tomado tal designio, lo ignoro... Pero puedo asegurarte que se le calumnia. Si él o cualquiera de nosotros decidiera hacerte la guerra, serías el primero en saberlo.

Llevando tras sí su cohorte de jefes y ayudantes, entre los cuales se cuenta a Diego de Almagro, Pizarro se dirige al aposento del Inca con el mismo propósito.

Encuentran a Atahualpa en compañía del padre Valverde. Este, desde la captura del rey inca, no ha dejado en su intento de convertirlo a la fe católica. Pero advirtiendo que la dificultad del idioma es la principal valla que debe vencer, se ha propuesto enseñarle el castellano. En los meses transcurridos ha obtenido algunos progresos, debido más que nada a la buena voluntad de Atahualpa, que encuentra en la tarea un modo de distracción.

Cuando el general lo increpa y le dice:

—¿Qué traición es ésa que meditas contra mí, que te he tratado siempre con consideración, confiando en tus palabras como en las de un hermano?

Atahualpa responde en el mismo idioma que se le habla lo que dice de su espontaneidad y verdad.

—¿Búrlaste conmigo?... Siempre me hablas cosas de burlas. ¿Qué parte somos yo y toda mi gente para provocar a tan valientes guerreros como vosotros?... No olvidar ser yo un cautivo. En caso de rebelión, yo ser primero en morir...

Argumento y tono de sinceridad que Pizarro y los suyos no saben cómo destruir, por lo cual se retiran. Apenas están solos, Diego de Almagro —acaso el enemigo más encarnizado que tiene Atahualpa, pues lo conoce—, dice:

—Yo estoy con Gonzalo, Francisco, en que es preciso toméis al punto una resolución. No podemos demorar más tiempo la toma del Cuzco, por las razones que sabéis...

—Contando, además, que la captura de la capital del imperio descorazonaría a quienes intentan reorganizar un gran ejército indio —señala Gonzalo Pizarro.

Y todas son voces de aprobación. Francisco Pizarro, como es costumbre en él antes de tomar decisiones tan graves, se aisla y se encierra a meditar.

Mientras tanto, Atahualpa, presa de singular desaliento, le dice al padre Valverde.

—Sí, parece cosa de burla, pero no lo es... El gobernador

hace oído a las intrigas y calumnias porque necesita un pretexto...

—¿Un pretexto para qué?

—Para hacerme matar... Sí, a ti te lo puedo decir, ya que dices ser hombre de paz, honor y justicia.

—Dime, hijo mío, ¿temes a la muerte?

—En lo que representa frustración e irrealización sí. En lo otro, no, porque mi espíritu, si yo perezco, no morirá.

—¡Ah!... ¡Irá al cielo verdad?

—No... Volverá a la tierra y si mi cuerpo no ha sido destruido con la muerte, volverá a reinar. Tal es el destino de nosotros, los incas.

El padre Valverde queda silencioso. Se da cuenta del porqué aquella soberbia naturaleza es impermeable a las ideas del catolicismo. Y no encuentra otro recurso que impresionarla, para desarmarla y de ese modo someterla.

—Si tus suposiciones no son falsas, que lo son, pues ni el gobernador ni nosotros, somos criminales sino hombres de bien, no tendrías esa oportunidad —le dice—. Porque tu cuerpo serfa quemado, como el de todo hereje.

Dicho lo cual y como si hubiera expresado una gran verdad, el buen fraile abandona el aposento, dejando a Atahualpa sorprendido y contrito.

Cuando viene Ima Sumac trayendo los alimentos y a hacerle compañía, lo encuentra tan deprimido que sin preguntarle el porqué se sienta a su lado, sollozando en apagado tono. Los dos espíritus se han hablado y confesado sin temores en el lenguaje que sólo ellos conocen: el del silencio.

Francisco Pizarro abandona su temporal aislamiento y su primera medida consiste en llamar a Hernando de Soto. Cuando éste acude a su presencia, le ordena simplemente:

—Hernando,hareisme la merced de preparar vuestra partida inmediata, con los hombres que habréis de elegir vos, haciendo un viaje de inspección y recorrida por la región, en un radio de cincuenta leguas. Seguros hemos de estar de que no se reorganiza ningún ejército indio.

De Soto, aunque sorprendido, no se resiste a la requisitoria, Elige, pues, a veinte de sus hombres, disponiéndose a partir

inmediatamente. El joven y sonriso oficial, Alonso de Mesa, sorprendido se llega a él.

—¡Cómo, capitán!... ¡Dejarme a cureña rasa habéis resuelto?
—exclama el favorito de Mesa no poco amoscado.

—¡Al contrario, Alonso, al contrario! —responde de Soto, hablando por lo bajo—. Venid que tengo que soltar el mirlo con vos.

Ya en privado los dos, el capitán le dice a su segundo que le es fuerza dejarlo porque presiente que su alejamiento es parte de un complot y que la víctima del mismo es el desdichado rey indio.

—Habréis de prometerme no dejar que se cometa con él ningún desaguisado —termina diciendo el capitán de Soto— y, si es necesario, defender su vida habréis con la punta de vuestra espada. Tomad favor de amigos en la emergencia y desbaratad cualquier sucia intentona.

—Id tranquilo que yo velaré porque se haga justicia —promete Alonso de Mesa.

Momentos después, en efecto, parte Hernando de Soto, no sin antes despedirse de Atahualpa, en quien, por ser hombre sin dobles y de un valor moral muy grande, admira virtudes ya desconocidas entre los suyos. Y la gallarda figura no se había perdido aún en la bruma azulada de la distancia, cuando Pizarro llama a los suyos a reunión. Y allí se encierra a deliberar, en tanto la soldadesca, soliviantada en secreto da muestras de agitación. Se dice y se insiste en que se ha visto un gran ejército indio viiniendo a marchas forzadas

Poco después, Gonzalo Pizarro anuncia la formación de una causa al inca Atahualpa, dando a entender que la misma tiene lugar debido a los reiterados reclamos de la oficialidad y la tropa que S.E. el gobernador no puede desoir. Por tanto, el tribunal de juzgamiento del inca Atahualpa queda integrado por los jefes y oficiales españoles de guarnición en Caxamalca. Se hará lo que decida la mayoría. La proclama es recibida con gran alborozo, lo que demuestra que median factores extraños al sentir general.

Alonso de Mesa se encuentra componiendo el tribunal y no con poca sorpresa asiste a la lectura de los cargos. Los dichos cargos, muchos de los cuales se refieren a las costumbres del país o a las relaciones personales del Inca, son tan absurdos que moverían a risa si no fueran trágicos. Redactados en forma de interrogatorio, suman doce. Los más importantes son que el acusado ha usurpado el poder y mandado asesinar a su hermano Huáscar. Luego se le acusa de haber dilapidado las arcas nacio-

nales, antes y después de la llegada de los españoles, favoreciendo
a sus parientes y amigos. Se le acusa también de haber cometido los pecados capitales de idolatría, al rendir público culto a dioses paganos, y de adulterio, conviviendo maritalmente con varias esposas y concubinas. Y, en fin, el cargo más importante o grave, según sea visto, que trata de sublevar a sus vasallos contra los españoles. Por la redacción y la forma de presentación de los cargos se advierte la consigna de la pena antes del juicio

Atahualpa, manos y pies engrillados, asiste a la lectura de los cargos, los cuales, por su retorcida redacción, apenas si son inteligibles para los mismos peninsulares. Atónito presencia y escucha las exaltaciones de algunos que le amenazan y le insultan. Y con la misma sorpresa y aun disgustado escucha las declaraciones de testigos, todos parientes y amigos de Felipillo, el cual por su parte, al traducirlas, adereza las mismas con la sal y la pimienta de su alcuz.

Retirado el Inca, sin darle oportunidad de defensa alguna ni designársele defensor de oficio —lo que por otra parte no es de sorprender, pues los Santos Tribunales no sólo de España sino de Europa entera acostumbran a enjuiciar, condenar y ajusticiar en nombre de la Santísima Trinidad, sin defensa de los convictos—, prosigue la causa a puertas cerradas. En realidad, se trata de determinar las ventajas o desventajas que pueden resultar de la muerte del Inca. La cuestión es de simple conveniencia. Por lo pronto, se lo halla culpable de todos los cargos, por simple mayoría. Luego varios hacen uso de la palabra, entre ellos Diego de Almagro y Gonzalo Pizarro, pidiendo que la pena sea de muerte y que la misma se ejecute en una hoguera en el centro de la plaza, esa misma noche.

Tócale a Alonso de Mesa la oportunidad de oponerse a tales peticiones y apoyado por varios hombres de sensatez, juicio y visión —que también los hay entre los conquistadores, bien que en una mínima proporción—, declara que condenarlo a pena tan infamante es cosa de injusticia y tremenda ingratitud, pues sólo favores han recibido del señor Inca, al cual se le ha pagado hasta con agravios y malos tratos.

—Declaro solemnemente, en nombre de mi conciencia y de los hombres que son justos y veraces porque están tocados de la verdadera gracia, que son insuficientes, torcidos y mal intencionados no sólo los cargos establecidos sino las declaraciones escuchadas en este tribunal... —exclama el joven oficial, con el calor y la energía natural que otorgan las causas nobles—. Niego por tanto autoridad a este tribunal para sentenciar a un príncipe

soberano en su propio dominio. Y si juzgáis que ello es imprescindible, entonces encadenadlo y enviadlo a España, para que sea juzgado por el Emperador, única persona con autoridad para decidir su suerte...

Las vibrantes palabras del joven oficial son escuchadas con respeto y admiración y al no existir una confabulación de arriba es probable que su tesis ganara apoyo. Pero tal como están las cosas, Almagro, Pizarro y sus amigos replican con ardor y la vehemencia de quienes se creen poseedores de la razón sin tenerla y declaran que se necesita estar ciego y ser tonto de entendederas para no convencerte de los crímenes del Inca. No faltan quienes abroguen sobre sí la responsabilidad del castigo, en un alarde de necio valor. Otro declara que se redacte un testimonio de este proceso y se lo envíe al Emperador, para que su muy católica y cesárea Majestad vea quiénes son de bien servirle y quiénes sus enemigos.

Aunque de Mesa y los que se hallan de su parte son inferiores en número, en una proporción de diez a uno, replican con observaciones y argumentos que anonadan y enfurecen a sus oponentes. Las cosas se agravan, menudean los insultos y finalmente Mesa es insultado y desafiado. Alonso de Mesa debe salir al punto a defender su honor. Nadie se interpone. Mesa ruega a sus amigos que permanezcan en la sala. Ofensor y ofendido salen entonces, sin que se intente detenerlos. Ya en el campo del honor —está anocheciendo— Alonso de Mesa se ve de pronto rodeado de varios hombres armados. No le dan lugar siquiera a defenderse y cae varias veces herido. Sus heridores desaparecen y el ofensor regresa a la sala ufano de su hazaña, en tanto la víctima se desangra detrás de los matorrales. La votación ya se ha producido y la sentencia de muerte se ejecutará esa misma noche...

—Mayor celeridad para servir bien a Dios y a la católica Majestad no se ha visto nunca —comenta el padre Valverde, satisfecho.

Y cuando se le presenta una copia de la sentencia para que la firme dando su aprobación, no vacila en hacerlo, sin leerla siquiera.

—La sentencia es justa —dice—, pues en mi opinión el Inca, de todos modos, merece la muerte.

Eso no obsta para que acto seguido concurra con los acusadores a notificar la sentencia al Inca. Este se halla solo. Desde que lo engrillaran ha pedido que ninguno de su séquito, ni siquiera la Colla, vaya a verlo. ¡Suprema humillación sería para el altivo hijo del Sol el que lo viesen sometido a tan triste situación!

Conocedor de la sentencia, Atahualpa enmudece y palidece. Pero sería injusto decir que por ausencia de valor frente a la ignominiosa muerte que le espera. Su conmoción se debe más bien a su incredulidad.

—¿Qué he hecho yo para merecer tan triste suerte de tus manos, tú que me llamabas hermano y amigo? —le pregunta a Pizarro—. ¿Y por qué tú, que gracias a mí has recibido pruebas de amistad y afecto de mi pueblo, y gran parte de mis tesoros, has de ser mi verdugo?... ¿Es que el hombre blanco carece de sentimientos que aun las fieras los tienen?

Francisco Pizarro, Diego de Almagro, Gonzalo Pizarro, retroceden para poner sus rostros al amparo de las sombras. Al no tener respuesta, Atahualpa, ya más sereno, dice:

—No mendigo la existencia por mí sino por los míos... ¿No te bastó el oro que recibiste? Te daré el doble, si me das tiempo a reunirlo... Te prometo, además, respetar la vida de todos vosotros.

Pizarro no responde. No tiene el valor de hacerlo, él, héroe de Darién, del Pacífico, de la isla de Puná, de la plaza de Caxamalca... Oculta el rostro en la sombra para no revelar su desazón. La petición del rey indio lo commueve, profundamente, pero no puede oponerse a la voluntad de su ejército ni a su propia convicción de que la muerte de Atahualpa es necesaria a la seguridad de la conquista.

Viendo que no tiene respuesta, o mejor dicho, advirtiendo en ese silencio la confirmación de su condena, Atahualpa se estira y deja traslucir el brillo de sus ojos. Desde aquel momento se somete a su destino con el valor de un guerrero indio.

Han salido todos... menos el padre Valverde, que lee en tono salmódico la letanía de los condenados. Atahualpa ni se mueve. Parece un dios de bronce. Tal vez lo sea.

—*Tatallay* —le dice el Inca—, te ruego que me dejes solo...

—Oye antes la palabra del Dios verdadero.

—Oigo la voz de mi conciencia.

—Conviértete a nuestra fe y tus pecados te serán perdonados.

—¿E iré al cielo, verdad? —ríe el Inca con siniestro tono—.

¡Cuán sencilla haces la redención de los pecados, padre!... Pero no te ofendas. No eres el único.

—Sólo nuestro Dios puede perdonar y redimir de las culpas y de los pecados...

—¿Es por eso que el gobernador y todos sus jefes son tan fervientes cristianos?... Pues déjame decirte algo. Si yo me convertiera a tu religión y confesara y comulgara, suspenderían la

ejecución de la pena?... —Y como el fraile, aplastado por la lógica no sabe qué responder, agrega—: Ya ves que no... Ni tu Dios puede hacer milagros. ¿Y sabes por qué? porque estoy condenado, pero no por vosotros, que sólo sois instrumentos de una terrible ley, sino por la fuerza que la dicta...

—Llámalo como quieras, esa fuerza es Dios, proviene de El...

—Nosotros lo llamamos *Pacha*, y otros pueblos y otras razas seguramente le dan otros nombres... Sea como sea, esa ley me ha condenado y de nada valdría que rogara, me confesara o andara de rodillas, la pena se cumpliría...

—Si tuvieras fe en la Santísima Trinidad, podría realizarse un milagro.

—No, padre. Es inútil engañarnos, como se engañan el gobernador, su hermano Gonzalo y Almagro... ¡No es confesando como van a salvar su culpa!

—¡Habla!... ¿Qué quieres decir?

—Debe sorprenderte haberme visto sereno recibir la notificación de mi condena.

—En verdad, sí. Pero lo atribuí a tu valor, digno de un inca.

—Anoche tuve un sueño o una visión, no lo sé... Me vi juzgado por los tres y luego llevado a la horca...

—A la hoguera, querrás decir.

—No, era un cadalzo, lo vi bien. Pero verlo no me causó tanto efecto como...

—¿Qué otra cosa viste?

—Presencié, una detrás de otra, tres muertes. ¡Y los muertos eran los tres que me han condenado! Los tres morían ajusticiados...

—¡Oh! —ríe el padre Valverde en bajo tono—. ¿Quién cree en los sueños? Es herejía hacerlo.

—Los andinos gozan fama de augures y muchos de mis antepasados Incas también lo fueron. Hace más de trescientos años, Wiracocha vio que llegabais vosotros, con vuestras casas flotantes y vuestras barbas... Ese hecho fue registrado por los *quipuca-mayoc* en ese tiempo y así se trasmitió a nosotros...

—¡Fantasías!... Lo único cierto es la existencia de un Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y a ellos debes encomendarte en la hora de la muerte...

Silenciosa y expresiva pausa de Atahualpa. El sacerdote suspira. Va a renunciar a su propósito. Comprende que éste no es un hombre común. Podría estar machacándole la fe toda la vida sin resultado. Hay mentes poderosas que, aun debatiéndose en el mar de la incultura, tienen una visión cósmica superior.

De pronto, Atahualpa rompe su silencio. Su tono es tranquilo, pausado. Trasunta una resolución tomada antes.

—Padre... Puedo convertirme a vuestra fe cristiana... Si me prometes dos cosas.

—¡Oh, hijo, te ha tocado la gracia divina!... —exclama el fraile alborozado. Luego, con sorpresa—: ¿Eh?... ¿Qué son esas dos cosas?

—Pedirásle al gobernador que me quite los grillos... He de despedirme de mi Colla y de mi gente y no quiero que su última visión de mí sea tan deprimente.

—Bien, concedido. ¿Cuál es la otra?

—Habrá de pedirle también que cambie la pena... La horca a la hoguera.

El fraile se detiene a reflexionar. Luego dice:

—No habrá inconveniente, hijo... Le haré ver al gobernador que sólo se quema a los herejes. Y en tanto se cumpla la pena...

Atahualpa sonríe con tristeza. Luego muestra sus grillos. El padre Valverde asiente y sale apresuradamente. Al quedar solo, el Inca se estira, los ojos refulgentes. Su aspecto es altivo y no parece ser la víctima de un odioso complot, sino un victorioso jefe que ha ganado una difícil batalla.

7

Hay un siniestro ruido que luego de llenar la plaza, trasciende la valla de sus murallas y se aleja y danzando salvajemente se mete por las callejuelas cubiertas de sombras, golpeando en vano las puertas que dan sobre aquéllas, puertas que han sido atrancadas contra el temor, el horror y el sacrilegio. Ese ruido es repercutente, tétrico y de gran significación a través de los siglos. El redoblar de los tambores expresa en un lenguaje muy peculiar un discurso de bienvenida... De bienvenida a la muerte. Porque el redoblar de los tambores significa, casi siempre, castigo, pena, ejecución de una medida punitoria, leve o grave. Pero cuando la pena es de muerte, su redoble adquiere una sonoridad que no es solamente auditiva sino sensitiva, porque se filtra a través de la piel, atraviesa los músculos y llega hasta la médula de los huesos... Estremecidos, pues, los que asisten a las ejecuciones contemplan a los condenados con ojos azorados, salidos de las órbitas, viendo sin ver, plasmadas sus conciencias en commiseraciones propias, pues generalmente los que condenan no están

exentos de culpa o de pecado. Y es la introducción de la parca, la presencia intangible o invisible del genio destructor lo que conmueve, más que la commiseración por la triste suerte del desdichado. Es esa presencia que los tambores saludan con respetuoso, con vibrante temor. Así marcan su paso, lento, pausado, rítmico como el latir del corazón que pronto callará para siempre... Pero en esta ocasión el tétrico redoble parece tener una significación más. Los tambores, *huancaras* indios, se rebelan ante la tremenda injusticia, ante la terrible profanación de la milenaria y activa raza, y desesperadamente envían su mensaje a la fortaleza, a la ciudad, al valle, a las montañas, a la selva, al desierto, al mar... Es el grito, clamor del aborigen que presiente llegar para la raza siglos de oscurantismo, de esclavitud, de expoliación...

Atahualpa, siguiendo el compás de la Invisible, marcha lentamente hacia el lugar del suplicio. Junto a él va el buen padre Valverde, pronto obispo del Cuzco por sus apreciables servicios a la causa de Dios y de la Corona. Alta en su mano lleva el fraile una cruz para que Atahualpa la tenga a la vista permanentemente. Y mientras caminan, fray Valverde va rezando la letanía de los condenados.

Pero el altivo guerrero indio camina erguido y no ve ni oye. Su mente es un caos de escenas que han quedado fijadas en ella en las últimas horas. Y sobre todo, por el recuerdo de la dulce imagen que ha quedado atrás. Su despedida con Ima Sumac fue tierna, conmovedora, pero tranquila en su hondo dramatismo. Denotando un elevado espíritu, ella, conocedora de su triste suerte, venía con admirable serenidad. En ningún instante se dejó llevar por la desesperación o el histerismo. Excepto por esas silenciosas lágrimas que surcaban sus mejillas y la mirada estática, se hubiera dicho que aquella despedida era una de tantas que se hacen al Inca, cuya activa existencia lo obliga a viajar con frecuencia. Y en tales y decisivos momentos, apenas se cambian palabras. En verdad, poco tenían que decirse. Cada cual debía realizar su papel con valor y dignidad. Y luego el beso de despedida y la separación... Lo más doloroso y triste del momento, porque fue como si arrancaran por la fuerza una parte de su ser. Atahualpa ignora que en aquel preciso momento, Ima Sumac yace inconsciente, asistida por sus doncellas. Ha caído como fulminada apenas partiera él. E ignora también —o no marcharía ya tan sereno a la muerte— que el felón, Felipillo, está ahí, atisbando en la sombra, sin decidirse si a correr en auxilio de la Colla o asistir a la ejecución, para asegurarse que la pena se cumplió.

La pena del garrote es de fácil y rápida ejecución. Llegados

al pie del improvisado cadalso, preparado y armado con encomiable celeridad, el que oficia de verdugo le pone la argolla de hierro al cuello. Fray Valverde cesa en su oración en latín y dirigiéndole la mirada, le dice:

—Juan Atahualpa, bautizado en la fe de Jesucristo, Nuestro Señor, vas a comparecer ante Su Grandioso Tribunal... Pero no temas, hijo mío, que con tu bautismo y absolución, y con tu martirio, te has ganado el perdón.

Juan Atahualpa no responde. El fraile le hace la señal de la cruz. Atahualpa mira con insistencia hacia el lugar de la plaza, que tiene un extraño aspecto bajo el resplandor de los hachones que alumbran la lúgubre escena. Sí, allí están ellos, los hombres de su visión... Son cuatro, porque también el padre Valverde integra el grupo. Ahí están, ahitos de poder, de soberbia, como si fuesen los inmortales dueños de la fuerza, de la gloria, de la fama, del oro. Atahualpa se estremece al recordar las escenas de la visión. Hay mucha, mucha sangre junto a los cadáveres... Eso denota que la muerte de esos hombres será mucho más dolorosa, mucho más penosa que la suya. Porque él ha consumado su tarea.

Es verdad, el último Inca ha realizado su papel, ha cumplido su deber. Ha permitido que lo bauticen y le den un nombre extraño a la sensibilidad india, sólo para que su pueblo no vea desvirtuada su esperanza de un mañana luminoso. De haberse quemado su cuerpo en la hoguera, esa esperanza se habría truncado también para siempre, y su pueblo, ese magnífico, leal y trabajador pueblo incaico, se hubiera dejado hundir en el marasmo de la desesperanza. Mientras que ahora vivirá... Sí, vivirá, atento, alerta, pronto a reconquistar su libertad...

—Estoy pronto —le dice al verdugo.

Un brusco tirón, una sensación de ahogo, un leve dolor al cuello y el enorme e invencible deseo de dormir... dormir.... dormir... Y el ser todo que se diluye, que se volatiliza, que emerge al fin del cuerpo como una nube vaporosa y se mezcla y confunde con el aire de la noche...

Y eso es todo.

CAPITULO XVI

El augur de Atahualpa

Luces fantasmales siguen ardiendo toda la noche, alumbrando el cuerpo que permanece ahí colgado, inerte, aunque sacudido por el sollozante viento que llega desde las cercanas cumbres apresuradamente, quizá para recibir al espíritu desprendido del cuerpo y remontarlo a los siete espacios siderales, quizá para rendir el homenaje cósmico de las cumbres nevadas, al gran señor, último símbolo de la vida en libertad, del trabajo productivo en comunidad e independencia, de la práctica del bien en beneficio del pueblo, y del respeto a la justicia, la verdad y el honor, virtudes que sólo se identifican con los grandes pueblos.

A la mañana siguiente, los frailes dominicos hacen trasladar el cadáver del último Inca a la iglesia de San Francisco. Fray Valverde oficia allí una solemne misa de cuerpo presente. Son exequias de gran solemnidad y reservadas solamente para los grandes. A esa misa asisten, por supuesto, todos los españoles, jefes, oficiales y tropa, que no estén de guardia. En primera fila, como si inconscientemente perpetuaran la visión del Inca, se encuentran los cuatro hombres que han de jugar un decisivo papel en la historia del coloniaje.

De pronto, en mitad de la misa se oye un gran vocerío y tumulto que provoca alarma general. Se teme un ataque de los indios. Todos sacan sus espadas, corren hacia la salida.

Allí se encuentran con un espectáculo triste y penoso. Un centenar de personas, entre hombres y mujeres —favoritos, concubinas, servidores de Atahualpa— pugnan, en medio de sollozos e histéricas exclamaciones, por entrar en la iglesia, siendo trabajosamente contenidos por los guardias.

Los gritos que lanzan expresan su sentir. Dicen que aquél no

es el modo de celebrar los funerales de un Inca. Invocan sus leyes, su tradición, sus propias creencias. Esos hombres y mujeres reclaman su derecho a morir a los pies de su señor, para acompañarlo en el gran viaje al país de los espíritus y para que durante él no carezca de nada.

Resulta difícil sino imposible hacer comprender a esas gentes que Atahualpa ha muerto cristiano y por tanto son las leyes religiosas cristianas las que han de cumplirse. La guardia es reforzada y por último esas gentes de conducta tan loca son obligadas a retirarse. Pero no todas lo hacen ni son convencidas de hacerlo. Pronto en medio de gritos histéricos y de dolor, se ven rodar varios cuerpos, principalmente de mujeres. Algunas muestran los senos atravesados por sendos puñales, otras llevan sus enjoyadas manos a la garganta, donde la muerte ha crispado su gélida mano al beber las cuitadas mortal pócima.

Mientras estos tristes sucesos tienen lugar en la iglesia, en los aposentos que fueran del Inca están Ima Sumac y sus doncellas. También está Felipillo. A decir verdad, allí ha estado toda la noche, velando el extraño sueño de la Colla, junto a las sollozantes y fieles doncellas. Felipillo no dice una palabra. Está allí, eso es todo. Es como si con su presencia quisiera establecer un derecho innegable de herencia y posesión. Y ninguna de las doncellas, ni la misma Ima Sumac que ha despertado de su letargo, parecen inclinadas a discutir ese derecho.

Es admirable, por lo valerosa, la actitud de Ima Sumac. No se muestra desesperada ni hay llanto en sus ojos. Una calma extraordinaria se advierte en su actitud, en su expresión, en sus movimientos, en su trajinar de todas las mañanas. Lo más sorprendente acaso, no hay asomo de llanto en sus ojos, sino más bien alegría. Sus doncellas la miran con sus grandes ojos negros asombrados y llenos de reproche. Porque la Colla no sólo no se muestra triste, sino que halaga a su visitante, el odioso Felipillo, haciendo que le sirvan... ¡Es tan cambiante la naturaleza humana! En definitiva, Felipillo, aunque entre ellos no se ha dicho aún una palabra, parece el amo de la casa y come y bebe, ufano y satisfecho de sí. Da por sentado que la Colla ha resuelto compartir su suerte de gran favorito.

Está próximo el mediodía y muchas personas han entrado y salido de los aposentos de Ima Sumac, trayéndole informaciones que ella escucha con la calma ya señalada. Finalmente le vienen a informar que luego de los funerales en la iglesia, el cuerpo de Atahualpa, colocado en un ataúd, ha sido depositado en su tumba, ésta en el sótano de la iglesia.

—Todo ha terminado ya —le oye decir Felipillo a Ima Sumac.

Eso parece ser todo. Pero luego la joven viuda empieza a vestirse y acicalarse con esmero. Su serena y admirable belleza va adquiriendo una majestuosidad tal que Felipillo, deleitado hasta el frenesí al pensamiento de que pronto será el poseedor absoluto de tanta hermosura, se siente inclinado a correr hacia ella, y colocarse a sus pies. Pero el respeto que siente ahora por sí mismo se lo impide. Un hombre tan hábil y capaz como él, que ha triunfado sobre el Inca, contribuyendo en gran manera a su ejecución, no está en condiciones de mendigar el favor de ninguna mujer, por reina o hermosa que sea. Es ella quien debe venir...

Felipillo se queda embobado mirando a la hermosa Ima Sumac que, pareciendo haber interpretado sus pensamientos, se acerca a él, sonriendo!

—¿Estás pronto, mi señor? —pregunta ella, con voz angelical.

Felipillo da un salto de alegría. No pregunta, no habla. Le basta saber que ahora es el “señor” de ese grandioso monumento a la belleza física. Asiente e Ima Sumac se toma de su brazo.

—Entonces ven —le dice—. Celebraremos nuestra boda... Porque tú me amas y quieres unirte a mí, para toda la vida, ¿verdad?

La emoción estrangula las palabras en la garganta de Felipillo, pero asiente con vigor, con gran alegría.

Dejan los aposentos por una puerta excusada. Felipillo ve con beneplácito que ella tome medidas para evitar que los vean tan pronto unidos. Las murmuraciones y la envidia pueden acarrearle dificultades. No son pocos los españoles que renunciarían con gusto a su parte del oro, con tal de ser dueños de esta magistral mujer.

Yendo, pues, por senderos encubiertos y desiertos, los dos personajes dejan atrás la ciudad. Ahora se encuentran en un sector donde se ven pequeños y grandes cúmulos de piedras. También los dejan atrás y luego de bajar por una empinada ladera, se meten por un angosto pasaje entre dos peñascos. Felipillo supone que la ceremonia va a ser secreta y que Ima Sumac se dirige a la *huaca* de algún *tarpuntae* amigo.

Ella le ha tomado de la mano —a cuyo contacto él se estremece hasta la médula— y lo guía a través del estrecho pasaje. En cierto momento, Felipillo se estira súbitamente alarmado. Tiene la idea de haber oído pasos que los siguen. Piensa, sin embargo, que debe ser el eco de sus propios pasos.

—Agacha la cabeza, mi señor —le dice ella en cierto momento—. Ya estamos llegando...

El pasadizo, bajo, angosto y oscuro, termina pronto, sin embargo. Aunque allí reina una completa oscuridad, Felipillo puede erguirse. Ima Sumac se desprende de su mano.

—Espera, mi señor, voy a encender una luz.

—¿Dónde estamos? —pregunta Felipillo, sorprendido y no poco atemorizado al verse solo y rodeado de tantas y profundas sombras.

—En nuestra cámara nupcial, mi señor —responde la voz de Ima Sumac desde un extremo.

En tal momento se produce un leve chisporroteo y luego una llama. Felipillo mira con asombro la ancha y alta bóveda abierta en la roca viva. La luz aumenta. Ello le permite ver algunas formas en el piso, junto a los muros de roca. La joven y hermosa viuda ha ido encendiendo más lamparitas y ahora esas extrañas sombras adquieren formas y...

Un ruido sordo, aunque violento y que estremece el piso y toda la bóveda, distrae a Felipillo de sus inquietantes pensamientos.

—¿Qué?... ¿qué ha sido eso? —pregunta al fin.

Una temblorosa y siniestra carcajada le responde.

—Mis fieles criados han cerrado nuestra alcoba nupcial, mi señor —responde Ima Sumac, sin dejar de reír.

¡Aquella risa!... Es la risa de una persona que ha enloquecido de pronto. Ima Sumac sigue encendiendo lamparitas de aceite y sus movimientos son alados, de danza, que podría llamarla la "danza del júbilo", porque de algún modo sus movimientos trasuntan su inmenso júbilo.

Súbitamente espantado, Felipillo mira la formas inermes que yacen contra los muros y en el piso... Lanza un grito ahogado. ¡Son momias, *chullpas* indias! Esqueletos y calaveras lo contemplan desde el fondo de los siglos con sus grandes cuencas vacías.

Ima Sumac ha dejado de encender lamparitas y ahora canturrea, en bajo tono, un triste yaraví. Felipillo corre hacia ella, le habla, le grita, la sacude por un brazo.

—¿Qué significa esto? ¿Dónde estamos? ¡Y qué es lo que te propones?

Ima Sumac deja de canturrear, se vuelve a él, lo envuelve en una cálida mirada y sonriéndole le dice:

—¿No lo has comprendido aún, mi señor? Esta es nuestra cámara nupcial...

—Pero si es una tumba!

—Es verdad... —La viuda de Atahualpa vuelve a reír con

sonoridad de locura—. ¡Porque una tumba será nuestra cámara nupcial!

—;Estás loca! —grita Felipillo—. ¡Yo no quiero quedarme aquí!

—;Y por dónde te has de ir, mi señor? Ya te dije que la salida ha sido cerrada... ¡para siempre! ¡Comprendes ahora, mi señor?... ¡Yo y tú, solos aquí, para toda la eternidad!... ¡Podremos amarnos y gozar de nuestro amor en libertad y sin temor a que vengan a interrumpirnos los criados o esos *sunkarunakuna* que *supaya* se los lleve!...

—;No, no! —grita él, soltándose del ahora odioso abrazo de la viuda—. ¡No!... ¡Estás loca!... ¡Déjame ir! —Y se lanza hacia el pasaje por el cual llegaran, seguido por las carcajadas de ella.

Pero apenas avanza dos pasos, cuando choca con un obstáculo duro. Es un enorme peñasco.

¡La salida está completamente bloqueada!... ¡Están encerrados de por vida en aquella tumba!

Sollozante, presa del pánico, Felipillo se arrastra —sus piernas se niegan a sostenerlo— hacia el interior iluminado, de donde parte ahora un triste canto, entonado con la voz más dulce que jamás oyera.

¡Ay, Inkallay!... ¡Ay de mí!
Muerto te ves, mi señor,
Mi rey, mi dueño, mi amor.
¡Muerta viviré sin ti!

Tuyos son, yacen yertos,
Ojos de tierno mirar,
Labios de dulce besar
¡Todo tú, tristes restos!

Restos, ay, de grandeza,
De humano resplandor,
De soberano honor,
¡Hoy ruinas y tristeza!

No es por el rey mi llanto.
Reyes crueles hubieron
Que a sus pueblos les dieron
Dolor, fúnebre canto.

Yo lloro por el hombre.
Fuerte en su debilidad,

Grande en su carnalidad,
Goza de gran renombre.

Y sobre todo lloro
Porque sin él la vida
No puede ser querida
Y morir se lo imploro.

¡Ay, Inkallay!... ¡Ay de mí!
Muerto te ves, mi señor
Mi rey, mi dueño, mi amor
¡Muerta también soy por ti!

La voz de Ima Sumac ha ido extinguiéndose con los últimos versos, dulce, suavemente y luego le sigue el silencio. Un silencio de tumba, aplastante...

Lanzando gritos de pavor, Felipillo consigue vencer su parálisis y corre hacia el interior de la tumba.

Se detiene en mitad de ella, de golpe, como paralizado por un rayo.

Ima Sumac está caída en el piso, sosteniendo todavía en su mano un frasquito con veneno. Yace muerta.

2

El regreso de Hernando de Soto se produce pocos días después de los luctuosos sucesos precedentemente narrados. Grande es su asombro e indignación cuando se entera de lo ocurrido durante su ausencia. No hace sino bajar de su caballo y corre a increpar a Pizarro por su detestable acción. El gobernador está en su cámara, rodeado de sus hermanos y adláteres, incluyendo a los frailes dominicos, enfascados en amena charla y haciendo planes para el futuro.

Al enterarse de la llegada del bravo capitán, todos se precipitan a su encuentro. Pizarro, además de su vestimenta habitual de negro, lleva un alto sombrero de fieltro por luto y cuando de Soto lo enfrenta, muestra señales de mucho sentimiento.

—¡Habéis obrado con mucha imprudencia y temeridad! —le dice de Soto bruscamente—. Lo que se decía de Atahualpa era una infame calumnia. No había enemigos en Huamachuco ni señales de sublevación entre los indios. Todo lo he encontrado tran-

quilo y en el camino me han recibido con demostraciones de buena voluntad y amistad.

—Escuchad, Hernando, yo... —balbucea Pizarro, procurando hallar una respuesta adecuada, sin encontrarla. Mira a su alrededor, pero ve que sus parciales, avistando una tormenta, lo han dejado solo.

—Si era preciso formar causa al Inca, debía habérsele enviado a Castilla, para que lo juzgase el Emperador —continúa de Soto, inflexible—. Yo mismo me hubiera comprometido a trasladarle con toda seguridad a bordo de un baje... .

—Tenéis razón, capitán —responde Pizarro, bajando la cabeza—, me he precipitado sobradamente... Pero, qué queréis, todos me presionaban... Los representantes de la Corona, Valverde, Almagro, la oficialidad y la tropa.. ¡Tuve que acceder para que no hubiera un alzamiento y ellos mismos se hicieran justicia!

Contrito e indignado se aleja el valiente capitán y no tarda en verse con los inculpados por Pizarro. El padre Valverde alza los ojos y los brazos al cielo.

—¿Yo responsable? —inquiere—. ¡Válgame el cielo!... ¿Cómo puedo serlo si no participé en el juicio?

—Pero, según dicen, habéis influido en el ánimo de Pizarro.

—Hombre capaz y gobernante hábil es el general para dejarse influenciar por otros... Creedme, capitán, yo no tengo responsabilidad alguna en este desdichado asunto.

Y el buen fraile se aleja con expresión beatífica, moviendo su rolliza figura de modo desagradable de ver.

No satisfecho, de Soto busca a los otros inculpados, pero sólo encuentra a Riquelme, el Contador de la Corona.

—¡Ah, capitán, como está hecho el mundo! —dice el funcionario, con expresión sorprendida por la acusación—. Yo no tuve más parte que la que tuvieron muchos a quienes se les dijo que un gran ejército indio avanzaba sobre la ciudad y que sólo la muerte del Inca apaciguaría los ánimos. Todos, oficialidad y tropa, obraron bajo esa presión de temor... —Riquelme mira a todos lados antes de proseguir—. Creedme, capitán, si hay responsables, son los Pizarro... ¿Por qué os enviaron a reconocer el país? Para alejaros. Y luego, el mismo día de vuestra partida tiene lugar el juicio, la vista y la ejecución de la sentencia... Mirad esto y juzgad.

Hernando de Soto se siente enfermo, asqueado y entristecido. La revelación es demasiado evidente. Todo esto ha sido obra de Francisco Pizarro, quizá con el consejo de sus hermanos. Para evitar la condenación de la posteridad, ellos hicieron circular

esos rumores, para alarmaar a las tropas y así éstas y sus oficiales clamaran por la aplicación de la pena. Ahora Pizarro puede decir que ha obrado presionado.

El capitán de Soto se sorprende en gran manera al no encontrar a su amigo, el oficial Alonso de Mesa, y entre sus hombres no saben responderle. Pizarro le dice que él no lo ha enviado en ninguna misión y que ha desaparecido tan completamente como su intérprete, Felipillo.

—Tal vez sea obra de indios taimados que los han secuestrado —le dice.

De Soto no se da por satisfecho y sigue haciendo averiguaciones, incluso entre los indios, pues ni oficiales ni soldados parecen saber nada. Pero un día, a los dos de haber llegado, alguien pone una mano suave en su brazo y al volverse se encuentra con una bellísima joven india, que le sonríe.

—Alonso —dice ella, simplemente.

El bravo capitán no se detiene a preguntar. Sigue a la joven. El anochecer hace menos advertible su alejamiento. Por lo demás, españoles y mujeres indias comparten estos días sin tantos remilgos. La joven india lleva a de Soto a una casa en las afueras de la ciudad. Allí, en una habitación, en un lecho, está Alonso de Mesa, pálido y con trazas de estar sufriendo una grave y penosa dolencia. El joven explica a su jefe lo sucedido el día del juicio del Inca.

—Huidé, que así se llama esta joven, dice que desde que murió su padre, a quien salvé en cierta ocasión, venía siguiéndome, esperando una oportunidad para hablarme a solas... Pues bien, por fortuna para mí, aquella noche aciaga estaba cerca y vio cómo me hirieron. Con ayuda de algunos indios me trajo a escondidas a este sitio y... ¡aquí estoy!

De Soto tiene ahora la prueba de la felonía de los Pizarro y el convencimiento de ella lo aplasta. ¿A quién denunciarlos?

—Ay, amigo mío! —le dice al joven—. Creo que sin saberlo acabas de decretar mi viaje a España... Espero que te restablezcas pronto para acompañarme. Mientras tanto, cuídate.

En camino de regreso a la plaza, un tanto sorpresivamente, el capitán de Soto se da con un hombre, con una sombra, más bien dicho, una figura estrañaria, extraña, que a la incierta luz de una luna en cuarto creciente parece un aparecido. Sin embargo, un valiente conquistador como es él, no teme a sombras ni cosas que se parezcan, por tanto sospechando alguna intriga se acerca. El individuo no intenta huir, ni tampoco parece sorprenderse.

El rudo interrogante que va a lanzar el capitán muere en sus

labios. Tal es la sorpresa que recibe al reconocer al personaje en cuestión.

—¡Felipillo! —exclama por último—. ¿Qué haces aquí? El gobernador te da por secuestrado o muerto... ¡Oh!

La segunda exclamación tiene su razón de ser. Aquel personaje es, sin duda, Felipillo, pero está tan cambiado que apenas se le reconoce. Su aspecto es cadáverico. Lo impresionante en él son sus ojos, desmesuradamente abiertos, pero inexpresivos, sin vida. Pero esto mismo no resulta tan impresionante como sus cabellos. ¡Estos son completamente blancos!

Y es inútil que de Soto repita sus preguntas. Felipillo lo mira sin verle. Su mirada, desmesurada, parece estar contemplando el horror más inexpresable. ¡Acaso la descomposición de la belleza? ¡Tal vez ha visto el rostro de la muerte?

Libre de la presión de aquella mano en su brazo, Felipillo echa a caminar de nuevo, convertido en una verdadera sombra del otro mundo. De Soto, estremecido, se aleja, preguntándose qué cosa tan espantosa podía ser la que cambiara a un hombre a extremo tal.

Mientras tanto, el apuesto y siempre sonriente Alonso de Mesa piensa que no necesita cuidarse. Hay quien lo cuida con una ternura tal que su propia madre, si viviera, la admiraría. Pasa el tiempo así, insensiblemente, y cuando el joven, que ya se siente sano y fuerte quiere irse, ella le suplica que aún se quede unos días más, y su súplica es tan dulce y tan graciosa que él accede.

Mas llega el día en que Alonso debe irse. Ante esa cruel realidad, Huidé dobla la cabeza sobre el pecho. Pero luego, con súbita resolución, lo toma de una mano y le dice:

—Ven.

Alonso la sigue, intrigado. La bella Huidé lo guía hasta una habitación en los fondos de la casa y todavía hay que bajar a un sótano. Luego abre una trampa y muestra el interior.

—Para ti..., todo —dice en su media lengua.

El joven oficial se inclina a ver. Queda deslumbrado. ¡Tanto es el oro amontonado allí!

—Era de mi padre —explica Huidé—. Tú salvarnos... Ahora *kori* tuyo.

El joven español siente una oleada inmensa de genuina emoción y volviéndose a Huidé la abraza y pese a sus risitas y fingidos rechazos, la besa.

—Yo no he venido en pos del oro sino de la felicidad, Huidé... Y creo que la he encontrado. ¡Me casaré contigo!... ¡Y vaya si lo haré, aunque lo siento por el capitán y el regreso a España!

Alonso de Mesa cumplió su palabra. Se casó y fue un colono rico, próspero y feliz. Noble conducta y noble ejemplo que de haber sido imitados solamente en una ínfima parte por los conquistadores, otra sería la historia de la colonización.

3

Un largo periodo de inacción e indecisión prevalece en el campamento de los españoles, que ignoran cómo habrán de recibir los incaicos la noticia de la muerte del Inca. Y mientras se espera el regreso de los espías y observadores enviados a todas partes, los conquistadores hacén su vida de acuerdo a sus ya conocidas normas de francachela, disipación y libertinaje. No hay peninsular que no tenga su querida india o, en otros términos, no hay india que no haya sido atropellada de buen o mal grado por el señor conquistador. Este es audaz, prepotente, cruel, y en cada indio, hombre o mujer, ve solamente un objeto de servidumbre. De este modo, los hombres trabajan, construyen, siembran, o sirven de esclavos a sus nuevos amos, en tanto que las mujeres son objeto de su placer y lujuria. Nadie escapa a esta norma de vida, ni soldados ni oficiales. Entre los jefes, Diego de Almagro goza fama de ser un viejo sátiro con más agallas que ninguno y en sus aposentos las orgías se repiten noche a noche.

Cierto día, Almagro va a visitar a su amigo el gobernador, pues hay cosas importantes que tratar referente a la conquista. Van llegando a Caxamalca graves noticias sobre alzamientos indios en todas partes. De pronto, Almagro y su grupo de ayudantes se tropiezan con una joven india no sólo de extraordinaria belleza física, sino de porte digno y señorial, que denuncia su principesco origen. Ni lerdo ni perezoso, Almagro le sale al paso, en medio de jacarandosas exclamaciones de sus parciales.

—¡Oh, hermosa y escondida flor! —exclama galantemente el adelantado—. ¿Do estuviste escondiendo tu color y tu perfume?

—Os ruego, señor, dejadme pasar —dice la joven inca, bajando la mirada, en pausado pero perfecto castellano.

—¡Oh, hablas mi lenguaje!... ¡Maravilloso! Aunque supongo que te lo habrá enseñado algún garañón de los nuestros en varias sesiones de amor... ¡Verdad, preciosa!

—Señor, por lo que más queráis! —suplica la joven, enrojeciendo.

—¿Cómo te llamas?... Pero dejemos esto, que no importa.

Luego te bautizaré como corresponde y sin ayuda del padre Valverde —agrega, en medio de las carcajadas llenas de intención de los suyos—. ¡Ves? —señala un lugar de la plaza—. Aquéllos son mis aposentos... Ven, te espero hoy, a la hora del crepúsculo. Pregunta por el capitán Almagro... ¿Lo recordarás? Y no dejes de venir, ¡eh?... ¡O mandaré por ti a una jauría de podencos que no te dejarán lugar del pellejo sano!

Eso es todo. La joven india se aleja, más avergonzada que antes, a pasitos presurosos, en tanto que detrás quedan los españoles riendo de buena gana.

Es la hora incierta del anochecer. En el cielo han comenzado a esfumarse los colores brillantes y encendidos. Algunos puntos de luz aparecen en los aposentos de la plaza. Particularmente en los ocupados por Almagro y sus parciales, donde hay preparativos de gran francachela. Diego de Almagro ríe y parece estar muy contento y animoso. No se lo dice a nadie, pero todo el día ha estado pensando en la hermosa joven india. Ha visto en ella recato, dignidad, señorío, virtudes propias en una gran mujer.

—Y tú, Diego. Ya no estás para juveniles trotes —piensa—. Llámate a sosiego, forma un hogar... Como esposa esa joven serfa ideal... Sí, Diego, piénsalo.

Interrumpe sus pensamientos inusitado revuelo en la entrada. Varios de sus hombres lanzan exclamaciones.

—¡Capitán!... ¡Ahí viene el gobernador!

—¡Y una velada dama con él!

Almagro se precipita a la salida, a tiempo para encontrarse, efectivamente, con Francisco Pizarro. La dama que viene con él viste a la española, de negro y cubre su rostro grueso velo. Almagro, sorprendido y halagado por la visita, hace pasar a sus visitantes, mientras los escoltas quedan afuera conversando amistosamente.

En la cámara de Almagro se ha entablado una cordial conversación. Pizarro, en tono amable, pregunta por Marina. ¡Ah, Marina, pobre, ha muerto, un par de años ha! ¿Y el pequeño Diego? ¡Oh, Diego es ahora un mozo hecho y derecho! Está en Panamá, adiestrándose.

—Pronto estará Diego con nosotros —dice Almagro, mirando intrigado a la velada dama y preguntándose el objeto de aquella intempestiva visita que puede comprometer sus galantes planes—. Así participará en la próxima campaña...

—Espero verlo... Bueno, Diego... —Pizarro se pone de pie—. Nos vamos... Sólo quisimos haceros una visita de cortesía, ¿ver-

dad, Isabel? —El capitán general parece recordarlo—. ¡Oh, perdona, Diego, pero he olvidado presentaros a mi esposa!

Diego de Almagro queda sorprendido. ¡Francisco Pizarro casado!... Es lo último que puede haber esperado del viejo barra-gán. Se inclina galantemente a besar la mano de la dama, diciéndose que el velo que lleva debe ser para ocultar su fealdad. Y, de pronto, al erguirse, queda maravillado, asombrado, confuso, mirando a la hermosa tapada, que se ha levantado el velo. Su hermosura es sencillamente magistral y se ve acentuada por el precioso peinado y por las joyas que luce discretamente, por aquel collar de perlas que lleva al cuello.

Pero lo que aplasta al Adelantado no es eso, precisamente, sino... ¡esa hermosa dama y la bella joven india que encontrara a la mañana son la misma persona!

Vuelve a caer el velo sobre el rostro de la joven que se ha iluminado con el destello de una leve sonrisa, y el misterio se cierra de nuevo sobre su existencia. ¿Quién es?... ¿De dónde viene? ¿Dónde la conoció Pizarro y por qué se ha unido a ella? Las respuestas aparentes son muchas. Unos dirán que se trata de una hermana de Atahualpa. Otros, de una hija del Inca. O inventarán romances e historias. Sólo Pizarro y Kcori Coyllur —¡oh, perdón!— Isabel, conocen la verdad, pero nunca, nunca la divulgarán...

4

Siguen llegando al campamento noticias inquietantes. La sublevación india es general. El general indio, Ruminaki, que huera a Quito con cinco mil guerreros, está formando allí un gran ejército. En el sur, en el Cuzco, otro gran jefe Inca, Khiskhis, reúne también tropas. Pero eso no es todo. En casi todas las poblaciones indias, los *curacas* y sus tropas locales, o los sacerdotes, están desmantelando los templos y los edificios públicos donde es posible hallar oro y plata. Esos metales, que antaño eran mirados con indiferencia por los indios, vista la codicia de los extranjeros de barba, son ahora muy valiosos. Los nativos los esconden y entierran, poniéndolos lejos de la rapiña.

Pero no es tal el problema que preocupa a Pizarro y su gente. ¿Cómo apaciguar la sublevación india? Alguien sugiere que se puede elegir otro Inca, alguien que sea bienquisto por los incaicos y que al mismo tiempo acate el mando de los extranjeros. Sí, parece ser la solución. Se piensa en primer término en Manco

Cápac, hijo de Huayna Cápac y hermano de Huáscar, legítimo heredero, por tanto, pero este príncipe está en el Cuzco y, según se dice, resiente de la presencia de los extranjeros en el *Tahuantinsuyo*. Otro príncipe, Túpac Huarpa, hermano natural de Atahualpa, se encuentra en Xauxa. Hasta allí van a buscarlo y el joven príncipe, que admira y teme a los españoles, promete hacer lo que ellos le dicen. La elección de este príncipe, que lleva también el nombre de Atahualpa (se advierte aquí la mano de Pizarro, al intentar confundir a los súbditos de un imperio tan dilatado, al presentar a un Atahualpa vivo —pocos conocían al verdadero— cuando corre la voz de un Atahualpa muerto), es bien recibida por los guerreros indios que, diseminados en las sierras y montañas vecinas, esperan su oportunidad de revancha. Es que la mayoría de ellos provienen del Chinchasuyu.

Y el gran plan comienza a rodar. Tupac Huarpa es coronado Inca y en su trono de oro —prestado por Pizarro— y luciendo sus insignias de soberano, el *yauri*, el *llautu* con la borla y las plumas encarnadas, emprende la marcha hacia el Cuzco, meta de la siguiente etapa de la conquista.

Y así, mientras gira la rueda de la conquista con miras al coloniaje, queda envuelto en conflagración el gran camino del Inca. Porque son muy pocos los incaicos que aceptan el nuevo orden de cosas. Se han propuesto arrojar a los usurpadores hacia el mar, de donde vinieron.

Pero sus esfuerzos, lo dice la historia cronológica de los hechos que sobrevinieron, habrían de resultar inútiles. Desorganizados, sin jefes, supersticiosamente amedrentados, no consiguen su objeto. Luego será tarde. Porque son cada vez más numerosos y mejor pertrechados los refuerzos que llegan de ultramar, ya en plena función de dominio y coloniaje. Si al principio las escasas fuerzas de conquista debieron realizar ponderables esfuerzos y sacrificios para mantener el precario dominio logrado con cruel alevosía, con felonía no advertible en hechos de armas de conquista emprendidos por grandes conquistadores de la historia, luego la tarea se simplificará y diversificará, gracias no solamente al predominio de las armas, sino porque a ello contribuirán otros factores igualmente gravitantes, como la dispersión de las ideas religiosas de occidente y la institución del odioso servicio de encomiendas que tamizarán el sentimiento y aún el legendario valor de esta admirable raza.

Con la llegada del primer barco español, el coloniaje y la servidumbre pusieron sus odiosa planta en este orgulloso y próspero continente sur. Circunstancias particulares, como hemos

visto, facilitaron que este crimen de lesa humanidad se ejecutara sin oposición. Porque pocos años bastaron para que los *auca-sunk'akuna* consolidaran el ejercicio del poder discrecional y expoliador, con ayuda de todos los recursos imaginables, nobles e innobles, de que puede valerse el hombre para explotar al hombre. En general puede decirse que los representantes de la Corona, capitanes, veedores, gobernadores, adelantados, virreyes, etcétera, todos obraron con mala fe y alevosía, acicateados por el afán de rapiña antes que impulsados por nobles sentimientos de industria, progreso y civilización o por nobles ideales de bienestar espiritual y engrandecimiento moral para los hijos de esta tierra. Debido a ello sucedieron los tristísimos episodios de las encomiendas, en que cada colono, no importaban sus antecedentes, criminales o no, recibía a su cargo —como esclavos, aunque tal término no se emplease jurídicamente— a determinada cantidad de indios, a los cuales podía hacer no sólo trabajar en exclusivo provecho de los colonos, sino vejar, castigar, expoliar y atormentar a su placer, con la única y expresa condición de que “les enseñasen los deberes religiosos”. Así era dado el caso de ver a los infelices esclavos, agonizantes a palos, obligados a permanecer arrodillados frente a deidades extrañas a su sentir, sordas y mudas a sus sufrimientos.

Y todavía más triste y estremecedora es la suerte aciaga de los *mitaes*, indios que generalmente se arrancaba en plena adolescencia y juventud de sus hogares y se los enviaba a los fondos de las cavernas mineras de oro y plata, de donde jamás salían sino para ser arrojados en una fosa común, luego de uno o dos años de trabajos verdaderamente forzados, casi sin alimentos y con sólo el consuelo del estimulante de la coca. Mientras tanto, regularmente habrán de llegar a España barcos pesadamente cargados de oro y plata. Un cronista de la época —Francisco de Jerez, secretario que fuera de Pizarro— llega a decir que había tal abundancia de oro que se negociaba en peso y por igual con una botija de vino, por ejemplo, y que cuando se salía de compras, detrás iba un indio pesadamente cargado de oro para pagar lo comprado, cosas de escaso valor real.

Tal habrá de ser el inmediato porvenir, pero el presente no es nada halagüeño, no sólo para los incaicos, sino para sus dominadores. Estos, probando una vez más que provienen de los más bajos estratos sociales y humanos, no tardan en enredarse en una serie de luchas intestinas —tanto por el poder y por el mando cuento por los bienes y las prebendas materiales que ellas proporcionan— que se desarrollan cruentamente.

De este modo, fatalmente, se irán perfilando las circunstancias que habrán de desencadenar en hechos luctuosos, que empapiarán y ensangrentarán las que pudieron ser gloriosas jornadas de la conquista.

De una manera infamante se llegará al cumplimiento de la profecía del Inca ajusticiado, que no necesitó ser precisamente un augur para prever lo que iba a suceder entre hombres tan desmesuradamente acuciados por la sed del oro.

Esos hechos, por su importancia merecen completar la historia narrada hasta aquí, que es la historia, no de un hombre solamente, sino la de una gran nación signada para sufrir el cruento dolor del accidente inmutativo.

5

Estamos en el año de gracia de 1537, a fines de noviembre, es decir a escasos cuatro años de los sucesos precedentemente narrados.

Diego de Almagro se halla en su cámara del palacio de la gobernación del Cuzco, ocupando su lecho de enfermo, agobiado por las enfermedades de excesos juveniles y por los achaques de la vejez. El aspecto del viejo conquistador es deprimente. Su rala y canosa cabellera, su barba hirsuta y casi blanca, enmarcando un rostro pálido, enflaquecido y arrugado, el ojo vaciado y sin el parche, le dan una apariencia desagradable, que se accentúa con la expresión de cólera que lo domina.

—;Maldito traidor! —masculla.

Hay otras dos personas en la cámara del Mariscal —título que le confirió la Corona—, aquella mañana de fines de noviembre. Son ellos Diego de Almagro, hijo, un mozo apuesto y moreno, que en su rostro muestra la inequívoca mezcla de las dos razas. Diego es hijo, como sabemos, de Marina, princesa de una tribu india de Panamá. El joven ha heredado la pres-tancia física de su madre. Es alto, esbelto, de rostro aguileño, con una barba incipiente, negra, que le da adecuado marco. Pero, por su impetuosidad y sus arranques, se dice que heredó también el carácter fuerte, la generosidad y la resolución de su padre. El otro es un veterano capitán de la conquista, amigo fiel y leal de Diego de Almagro, y uno de los que a él ha unido su suerte. Rodrigo Ogroños es un hombre alto, corpulento, de rudas maneras, valiente y temerario como el que más.

—Os lo advertí —dice Ogroños con una impresionante calma—. Poner en libertad a Hernando y Gonzalo Pizarro y aceptar el acuerdo de Bobadilla sería vuestra condena... ¡Lo estáis viendo!

Es preciso retrotraer un poco la historia, para estar al tanto de lo que ocurre aquella mañana de noviembre.

Después que las fuerzas de conquista tomaran al fin el Cuzco —donde entraron a saca, destruyendo sus templos y edificios públicos en procura del codiciado metal, violando el monasterio de las ñustas y causando tales depredaciones que se ganaron incluso el anatema de los propios españoles—, en cumplimiento de la orden de la Corona traída por Hernando Pizarro a su regreso del viaje de marras a España, junto con el título de Adelantado y Mariscal para Diego de Almagro, que ordenaba a éste pasar a descubrir y gobernar las tierras al sur del río Santiago, el Mariscal había partido, en efecto, al frente de sus propias tropas. Pero resultó que las tierras del sur —actual Chile— eran desérticas y despobladas en inmensas extensiones. Debido a ello sus hombres padecieron tales penurias que las soportadas por anteriores expediciones era cosa de niños en comparación. Al cabo de un tiempo de penoso trajinar de un lado a otro, no ya buscando el famoso El Dorado, sino la más pobre y misera habitación, sus hombres se amotinaron, reclamando la terminación de sus padecimientos físicos y el regreso al Cuzco, que según la apreciación general, se hallaba dentro del territorio que le cediera la Corona para su gobernación. Juzgando que la tal era una buena excusa para volver, Almagro hizo caso de aquellas demandas y volvió al Cuzco, donde a la sazón gobernaban los hermanos Hernando y Gonzalo Pizarro, pues Francisco se hallaba muy atareado en la construcción de Lima, que él fundara. Tomados de sorpresa, los dos Pizarro debieron resignar el poder y Almagro los mantuvo prisioneros.

Enterado de lo sucedido, Francisco Pizarro había salido de Lima al frente de sus parciales, entre castellanos e indios, pero juzgando peligroso avanzar más, pues Almagro comandaba fuerzas superiores, entabló conversaciones y negociaciones, pero Almagro se mantenía irreductible en sus pretensiones de jurisdicción sobre el Cuzco y aun sobre Lima.

En estas circunstancias, su segundo, Rodrigo Ogroños le instó con mejor visión de futuro y con mejor conocimiento del carácter de los Pizarro, que hiciese ejecutar a los dos que tenían en su poder.

—O de lo contrario, vuestro cuello estará siempre en peligro —le advertía con frecuencia—. Los Pizarro no son de fiar, pues

aun cuando os den la mano y expresen amistad, apenas seáis vuelto os apuñalarán...

Advertencias que el rudo y francote Almagro no apreciaba debidamente. Así, fracasadas las primeras negociaciones, Francisco Pizarro le instó a continuarlas en un terreno de igualdad, fijando la población de Mala para las conversaciones. Ogroños insistía en que despachase a los dos Pizarro que tenía en su poder y que luego Francisco, encontrándose solo llegaría a cualquier transacción, pues ya estaba viejo y sin ánimos para seguir y participar en guerras. Pero alguien tomó partido a favor de los Pizarro. Era éste un caballero, Diego de Alvarado, que hiciera buenas migas con Hernando durante la prisión de éste. Y Alvarado exponía el reverso de la medalla y le hacía ver las consecuencias de semejante condena, especialmente lo que se diría y haría en la corte. Esto decidió a Almagro a aceptar las nuevas negociaciones y dejando a Gonzalo prisionero en el Cuzco, partió con Hernando al encuentro del gobernador.

La entrevista fue borrascosa, pues a pesar de la actitud conciliadora de Almagro, Francisco lo trató con altanería y desdén. Y ya parecía definitivamente perdida la posibilidad de un arreglo, cuando Almagro se enteró que Gonzalo Pizarro y sus parciales habían huido luego de sobornar a sus guardias. Gonzalo se encontraba ahora en el campo de su hermano el gobernador. Una última tentativa de arreglo se interpuso entonces entre las partes, con mediación de fray Francisco de Bobadilla. Gracias a su intervención pudo al fin firmarse un acuerdo satisfactorio como de costumbre, bajo la advocación de Dios Nuestro Señor y jurando por los Santos Evangelios cumplir y hacer cumplir lo pactado. Mediante tal acuerdo, Almagro continuaría en posesión del Cuzco y su territorio, en tanto llegaban instrucciones definitivas del Emperador. A cambio de esta concesión, Hernando Pizarro sería puesto en libertad, bajo el compromiso de abandonar el país en un lapso menor de dos meses. Firmado dicho acuerdo, Diego de Almagro se había apresurado a poner en libertad a Hernando Pizarro, en tanto que Rodrigo Ogroños se pasaba significativamente el dedo por el cuello, al tiempo que repetía:

—¡Un Pizarro jamás perdona una injuria y la que ellos han recibido de vos, Diego, es demasiado grave para que os perdonen!

Así resultó, por desgracia.

Apenas firmóse el acuerdo, Francisco Pizarro reunió a sus jefes y oficiales y recapituló, brevemente, los muchos agravios recibidos de Almagro, la toma del Cuzco, la prisión de sus hermanos, la derrota de sus tropas. Lo que Pizarro no expuso fue

el sordo y viejo rencor que sentía contra su rival desde los tiempos de Panamá, alimentado a través de los primeros tiempos de la conquista. Finalmente, con ruidosa aprobación de sus parciales, declaró que había llegado la hora de la venganza. Declaró también que durante las negociaciones se había ocupado en preparar y armar un gran ejército, pero como él ya no estaba en edad de llevar una vida activa, delegaba el mando en sus dos hermanos. Sin pérdida de tiempo envió luego un despacho a Diego de Almagro, en el que le hacía saber que el tratado por ellos firmado estaba roto y le intimaba a renunciar a sus pretensiones sobre el Cuzco y retirarse prestamente a su territorio del sur.

Es éste el despacho que lee Diego de Almagro, hijo, a su padre, aquella mañana de noviembre de 1537 y que le hace exclamar al viejo conquistador:

—¡Maldito traidor!

Pero ya las suertes están echadas y a la primera manifestación del viejo Almagro, en sentido de que quizás todavía era posible entrar en nuevas negociaciones, su segundo le replica con sequedad:

—Es demasiado tarde. Habéis libertado a Hernando Pizarro. Ahora tenéis que pelear.

Pero Almagro está enfermo y viejo y delega a su vez el mando en su segundo. A esto siguen algunos meses de preparativos de guerra. Ogroños, aunque las defensas del Cuzco son buenas, resuelve esperar a los enemigos en Las Salinas, una llanura cercana a la capital. Hernando Pizarro al frente de un ejército más numeroso y mejor armado que el de Almagro, que consta de unos quinientos hombres, la mitad de caballería, llega a las inmediaciones del Cuzco a fines de abril de 1538.

El sábado 26 de abril, en una mañana brillante y llena de sol, Gonzalo Pizarro inicia las acciones cruzando el riachuelo al otro lado del cual se hallan las fuerzas al mando de Ogroños. Lo notable es que el campo de la próxima batalla está rodeado de colinas donde se han instalado los indios y los habitantes del Cuzco, para presenciarla con la mayor comodidad. Puede adivinarse que los incaicos asisten alborozados a esta decisiva acción de armas entre los odiados *aucasunk'akuna*. Ellos no ignoran que éste es el resultado final de una serie de actitudes mezquinas y culpables, de deslealtad, falsía, engaños y traiciones cometidas por los dos bandos, en pugna por el poder, aunque en esto de mentir, engañar y saquear los Pizarro y sus parciales se llevan la flor.

El combate, aunque no de mucha duración, es sangriento y

sin cuartel. Poco a poco se ve la mayor eficacia de las fuerzas de Pizarro, que maniobran y desconciertan a sus enemigos con mayor libertad de movimientos. El ardor con que combaten estos españoles, todos hijos procedentes de una misma madre, hace ver que los más nobles sentimientos son virtudes que se desconocen o se olvidan entre ellos en mediando el interés del poder o del oro. "¡Por el rey y por Pizarro!" gritan unos, atacando con ciego furor. "¡Por el rey y por Almagro!" gritan los otros, devolviendo los golpes.

En esta sangrienta batalla, Rodrigo Ogroños cumple leal y valientemente su papel de comandante. Había derribado con su lanza a varios enemigos, a uno de los cuales, juzgando por sus ropas ser Hernando Pizarro, lo atravesó limpiamente. Pero mientras realiza hazañas tales que envidiara un paladín de novela, recibe a quemarropa un tiro de arcabuz que le atraviesa la visera de su yelmo y rozándole la sien lo derriba privado del sentido. Al incorporarse se encuentra rodeado de enemigos prontos a atravesarlo con sus picas y espadas. Negándose todavía a entregar su espada, pregunta si entre los presentes no hay un caballero como él. Un tal Fuentes le responde como tal. Y no bien Ogroños le entrega la espada en señal de rendición, cuando el infame Fuentes lo hiere mortalmente, atravesándole el corazón con su lanza. Después se habrá de saber que Fuentes es criado de Pizarro. Debía serlo, para haber aprendido tales artes de doblez y felonía.

Entre las gentes que presencian la batalla se encuentra Diego de Almagro, que por su condición no puede montar a caballo y acude en litera. Viendo caído y muerto a su amigo, se le llenan los ojos de lágrimas. Su hijo quiere salvarlo y le dice que regrese a la ciudad. Tal vez todavía...

Pero ya es demasiado tarde. Las tropas de Pizarro caen con renovado vigor sobre los desconcertados enemigos y los desbaratan por completo en unas cuantas arremetidas más. El resto huye a la desbandada, procurando ganar la ciudad y conservar la vida. Son perseguidos y muertos con igual saña. La litera de Almagro es también capturada y su ocupante hecho prisionero.

Lograda así una victoria sonada y decisiva, Hernando Pizarro considera llegado el momento de ajustar cuentas con el viejo rival. Las huestes victoriosas se han adueñado de la capital y de nuevo gobiernan en ella. Le es cosa fácil organizar un juicio contra Almagro por los delitos de traición a la Corona, por usur-

pación de poder y por haber sido causante de la muerte de muchos españoles.

Y cuando se le advierte a Pizarro que Almagro está muy enfermo y quizá no llegue a vivir hasta el juicio, Hernando va a visitarlo a la prisión llevando un galeno y medicinas. Trata de levantarle el decaído ánimo diciéndole que pronto tendrá el agrado de ponerle en libertad y que no tiene nada que temer. ¿El futuro de su hijo? Lo mandará a Lima, al lado de Francisco, para que termine al lado de él su educación y adiestramiento. Finalmente le hace servir comidas opísparas, acompañadas de vinos añejos.

—No permita Dios que muera antes de caer en manos del verdugo —les dice a Gonzalo y a sus parciales.

Puede suponerse que el juicio empieza y termina con una celeridad que habla mal de la lenidad de la administración de justicia española. Y también que el resultado no puede ser otro que la pena de muerte. Enterado de la misma, que se resiste a creer, Almagro —notablemente restablecido gracias a los cuidados recibidos y a la esperanza de su pronta libertad— habla con Hernando, pero éste se muestra inflexible y le dice que no lo ha condenado él sino un tribunal y que la pena debe cumplirse.

Así llega el día 12 de julio de 1538, en que Diego de Almagro, después de haber dejado su testamento, hace llamar a un confesor. Reconfortado y reanimado por las palabras de mejor vida en el paraíso, recibe la sagrada hostia y mansamente se entrega a manos del verdugo, en su propio calabozo. El dogal de hierro le quita la vida en pocos instantes, como había quitado la de Atahualpa. Hernando Pizarro, que asiste a la ejecución en compañía de Gonzalo y de sus principales, ordena entonces el traslado del cadáver a la plaza, donde públicamente se procede a la decapitación.

Se ha tomado esta doble medida en la posibilidad de que los parciales de Almagro, que son muchos en el Cuzco, atacasen en el momento del ajusticiamiento con la intención de salvarlo. Pero la plaza está tan bien cubierta y defendida que tal posibilidad se diluye.

Así, oscuramente, muere uno de los conquistadores de más renombre, héroe de cien batallas y sin cuyo valor, resolución y visión, la gran empresa de la conquista se habría demorado sabe Dios por cuánto tiempo y con qué otros resultados. Y así se cumple una parte del augur del Inca.

Luego de la condena y la ejecución de su odiado rival, Hernando Pizarro se entrega a la grata tarea de recolectar oro. Como a la sazón ya no hay templo ni edificio indio de donde arrancarlo, cae sobre los amigos y partidarios de Almagro y los desposee de cuanto tienen, dejándolos tan en cueros como a los mismos indios y sometiéndolos a humillantes vejaciones y persecuciones. Los partidarios de Almagro —muchos no lo son, pero han sido acusados de tales por espíritu de rapina de los Pizarro— se desbandan por el país, llevando una existencia humillante y miserable. Algunos, los más, se dirigen a Lima, donde se encuentra el joven Diego de Almagro, su ayo, Juan de Herrada y el tutor nombrado por el mismo adelantado, Diego de Alvarado.

Hernando Pizarro tiene apresuranza por dejar el Perú. Comprende que los parciales de Almagro, aunque han sido privados de medios y modos, planean una sangrienta venganza. El pretexto para escapar a ella es el de llevar el oro de la familia a buen recaudo. Así se lo dice a Francisco y agrega que Gonzalo, que tiene virtudes militares y reconocido valor, puede quedar en lugar de él, al frente del ejército.

—Pero te recomiendo que te guardes de los “hombres de Chile”, pues estoy seguro que traman la venganza en la sombra —le advierte—. Recuerda, no estaré yo para proteger tu vida.

—¿Esos miserables pordioseros? —ríe Francisco Pizarro, que a la sazón ostenta el título de Marqués, concedido graciosamente por la Corona—. En interés de su sucio pellejo se cuidarán de no molestarme... Quien ha de cuidarse eres tú, Hernando, en llegando a España.

—¿Qué puedo temer en España? —pregunta Hernando, sorprendido.

—A Diego de Alvarado, tu antiguo amigo y a quien, según me han dicho, debes que Almagro no te hiciera matar y a quien debes también en deuda de juego, ochenta mil pesos oro...

—Que no pienso pagarle... ¿Y por qué he de temer de él?

—Desde la muerte del Adelantado ha estado importunándome para que haga justicia y devuelva a Diego, el joven, los bienes y los derechos de su padre. Como me negué a ello, se ha ido a España. Es posible que...

—No le temo. En la Corte tengo también poderosos amigos y en faltando ellos, los ganaré con mi oro.

Y los dos hermanos, unidos por la conveniencia y no por el afecto, se separan.

No habrán de volverse a ver...

Porque al llegar a España, efectivamente, Hernando es metido en prisión, acusado de la muerte de Almagro y no obstante todas las trickeyuelas de una mente proclive al fraude y el mal, a pesar del derroche de oro a manos llenas para comprar la conciencia de algunos hombres, es hallado culpable y encerrado en la fortaleza de Medina del Campo, ¡por espacio de veinte años!

Y no habrían de verse más porque en Lima hiere la agitación y el odio y el deseo de venganza. Pasiones que en cierto modo alimentan el mismo Marqués y sus parciales con la tenaz y despiadada persecución de los "hombres de Chile", como se llama a los partidarios de Almagro. Estos viven no sólo en la mayor miseria y realizan los oficios más humildes para poder subsistir, sino que cual si pertenecieran a una maldita raza de parias, en todas partes son vistos con desprecio y aun arrojados como perros de las casas de los grandes, a donde acuden en demanda de alguna limosna. Francisco Pizarro no perdona ni aún muerto al hombre a quien llamara amigo y hermano y al cual, en solemnes declaraciones hechas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, él que era tan devoto y creyente, jurara respetar como a sí mismo cumpliendo todo lo pactado.

En medio de su egolatría y del envaneamiento de sus triunfos, el Marqués comete dos errores fundamentales: no destruir a sus adversarios dándoles destinos lejanos y diseminándolos por todas partes; y no destruir también al joven Diego de Almagro.

Almagro, junto con su ayo, Juan de Herrada, había permanecido por algún tiempo bajo la severa y cercana vigilancia de Pizarro, mas finalmente le concederá entera libertad, sin devolverle los bienes y los derechos heredados legítima y legalmente. Con lo poco que ha podido escamotear a la rapiña de los Pizarro, el joven Almagro alquila una casa situada en la Plaza Mayor de Lima, cerca de la Catedral. Allí suelen reunirse los resentidos y amargados "hombres de Chile". El que lleva el mando no es, sin embargo, Diego de Almagro, que siendo aún muy joven —en esa época no tendría veinte años—, depende de Juan de Herrada, viejo oficial de su padre y que profesa al hijo un afecto entrañable.

La situación adquiere un cariz agitado cuando llegan noticias de que viene un alto funcionario, Vaca del Castro, comisionado por la Corona, para ver los asuntos del Perú. Pero el tal comisionado no llega nunca y luego se informa que probablemente ha perecido en un naufragio ocurrido frente a la costa.

La desesperación hace presa nuevamente de los almagristas,

cuya situación es ya insostenible. No sólo son perseguidos por el odio del Marqués, sino por la inquina de algunos funcionarios, como el juez Velázquez, y del secretario actual de Pizarro, un tal Antonio Picado, hombre de mucha confianza del Marqués, que suele firmar en su nombre. Como todo buen cubiculario, Picado odia a los almagristas más que su amo.

Por todo lo cual el grupo resuelve tomarse la justicia por sus manos, ya que no la encuentra en otros. Se estudian varios proyectos y finalmente se resuelve dar muerte a Francisco Pizarro el domingo 26 de junio de 1541. Los conjurados, en número de veinte, habrán de reunirse en la casa de Almagro, de donde saldrá un grupo al retirarse Pizarro de la Catedral, después de la misa, dándole muerte. En el mismo momento se izará una bandera blanca en la torre, para que los demás parciales acudan en ayuda de sus compañeros.

La noticia de esta conjuración llega a oídos de Pizarro por conducto del secretario Picado, a quien se lo comunicara un fraile que recibiera la confesión que, para descargar su conciencia, hiciera uno de los complotados. Pizarro se mofa de la versión diciendo que "esos pobres diablos son más dignos de lástima que de temor". Pero siguiendo los consejos de sus íntimos, resuelve no ir a misa el domingo 26.

Llegado el día y como vieran que no aparece el Marqués, los almagristas se desconciertan, pero Juan de Herrada decide actuar rápidamente. Ya que Pizarro se esconde, irán a matar a la fiera en su cubil.

Los veinte hombres ganan la plaza y a paso resuelto y con las espadas desenvainadas y gritando "¡Viva el rey! ¡Muera el tirano!" se dirigen a la mansión del Marqués. Es la hora del almuerzo. Todos están en sus casas y oyen los gritos. Algunos asoman a las ventanas y balcones. Pero nadie mueve un dedo para impedir lo inevitable. Pizarro no cuenta con la simpatía ni el apoyo popular.

El palacio del Marqués está situado en la parte opuesta de la plaza. Para llegar a la mansión propiamente dicha hay que cruzar dos patios. Las puertas están descuidadamente abiertas. Los complotados llegan así al segundo patio, lanzando su grito de combate. Salen dos criados. Uno cae muerto, atravesado por una espada. El otro huye hacia el interior, gritando:

—¡Socorro, socorro!... ¡Los de Chile vienen a matar al Marqués!

El señor Marqués se encuentra a la mesa, rodeado de amigos. Entre ellos Martín de Alcántara, otro hermano natural de Pizarro, el juez Velázquez, el obispo Valverde, el obispo electo de Quito, y varios más, hasta un número de dieciocho. Oyendo los gritos,

los caballeros se asoman al corredor y viendo efectivamente a los complotados, huyen en dirección contraria y sin mucho daño se descuelgan sobre el jardín, poniéndose a salvo.

Entretanto, Pizarro ordena a su oficial Francisco de Chávez, que cierre la puerta de acceso, mientras él y su hermano Martín se colocan las armaduras. Chávez sale a negociar con los rebeldes. Estos cortan la conversación atravesándolo con la espada y arrojándolo escaleras abajo. Rechazan furibundos un amago de resistencia de los criados y se precipitan al interior, gritando:

—¿Dónde está el Marqués? ¡Muera el tirano!

En una sala contigua se halla de Alcántara ayudando a su hermano a ponerse la coraza. Al oír los gritos sale y con ayuda de dos pajes y de dos hombres de guardia, intenta contener a los agresores. El choque es bravo. Dos de los atacantes caen muertos, pero Alcántara y sus ayudantes se desploman atravesados.

Al oír los gritos de muerte de su hermano, Pizarro, que en la agitación del momento no pudo ponerse la coraza, sale espada en mano, envolviéndose el otro brazo con una capa. El ataque del Marqués es temerario, pero al atravesar a uno de sus enemigos abandona su guardia y otro le atraviesa el cuello. Cae al suelo.

—¡Jesús! —exclama y se inclina a besar una cruz que hace con su propia sangre.

Alguien pone fin a su agonía atravesándole el corazón de una estocada.

La visión de sangre del Inca vuelve a cumplirse con la inexorabilidad de lo fatal.

La toma del poder por los almagristas habrá de desatar una serie de acontecimientos igualmente luctuosos. Los primeros en ser perseguidos y capturados son el juez Velázquez y el secretario, Antonio Picado. Este es torturado para que revele el lugar donde Pizarro escondía su tesoro. El obispo del Cuzco, el dominico, viejo conocido nuestro, fray Vicente de Valverde, a quien el destino sitúa en Lima en este período álgido, interviene en favor del secretario de su gran amigo, pero Picado es finalmente ejecutado en la Plaza Mayor de Lima y su cabeza, junto con la de Pizarro, es puesta en una pica. En cuanto al tesoro, pocos saben que Hernando lo tiene en España. El resto lo guarda en su casa, la que es saqueada, lo mismo que las casas de los principales de Lima, partidarios de Pizarro.

Algunos reciben la merced del destierro, como el obispo Valverde, el juez Velázquez y otros, todos los que parten en un bajel. El bajel es sorprendido por una furiosa tormenta cerca de la Isla de Puná, donde recalan.

En cumplimiento de esa ley fatal de causa y efecto, a la cual no escapan ni los religiosos, el antiguo fraile dominico Valverde es reconocido por los indios y recordado como uno que, sin haber participado en la matanza, tampoco hizo nada por impedirla, aunque el fraile no se cansaba de repetir que venían en nombre de la Santísima Trinidad y a repartir los dones de la justicia, la verdad, la piedad...

La consecuencia de tal reconocimiento es que los indios atacan el bajel y dejándose arrastrar por su salvaje instinto, que no conoce el don de la verdadera piedad, dan cruel muerte a los viajeros. Y ahí, finalmente, quedan los restos mutilados del padre Valverde, nadando en un charco de sangre. De este modo tan triste se extingue una existencia que, de haber conocido realmente la piedad y la justicia que enseñara el buen Cristo, acaso tuviera el insigne honor de dar un curso más humano y civilizado a la historia de la conquista y el coloniaje. ¿Había visto realmente esta escena el Inca ajusticiado, en un asombroso fenómeno de presciencia, o sólo adivinó lo que estaba por ocurrir, lo que fatalmente debía ocurrir?

Iguales sentimientos de venganza abriga la soldadesca de Chile, que domina y tiraniza a Lima, el Cuzco y otras ciudades. Es una fuerza numerosa y aguerrida, que se toma cumplida revancha de sus anteriores padecimientos.

Las antiguas tropas de su padre exigen que el joven Diego de Almagro no sólo se constituya en jefe de su pequeño ejército de trescientos desesperados sino en virtual gobernador. Esto es posible realizarlo sin tropiezos, pues a la sazón Gonzalo Pizarro y sus fuerzas se encuentran en Quito realizando exploraciones en las selvas al Este de los Andes. El joven Almagro debe hacer frente a la situación, llevado no por la ambición de poder sino por imposición de las circunstancias. Pero desde el principio se advierte en él su discreción y buen juicio, su razón de justicia. Sus fuerzas se ven grandemente reforzadas con el ofrecimiento del inca rebelde, Manco Cápac II, hermano de Huáscar, el jefe indio que aún mantiene en jaque a los españoles.

Pero de momento, Almagro no acepta esta ayuda. Se sabe que el comisionado de la Corona, Vaca de Castro, no ha muerto, sino que se encuentra en camino hacia Lima. Almagro le envía un extenso mensaje, en el que le hace una relación de las causas

de su alzamiento y de la muerte de Pizarro. Pero Vaca de Castro no se digna siquiera responderle y, por el contrario, ordena la movilización de dos cuerpos de ejército para que marchen sobre Lima. Los dos ejércitos se enfrentan al fin en la llanura de Chupas, luego de una serie de maniobras y tentativas de negociaciones, el 16 de setiembre de 1542. En una terrible y sangrienta batalla, Almagro es derrotado y hecho prisionero. Sumarísimo es el juicio que se le sigue y finalmente el infortunado joven es decapitado en la Plaza Mayor del Cuzco, en el mismo lugar que su padre lo fuera cuatro años antes, siendo enterrado al lado de su progenitor, en el convento de la Merced.

El gobernador Vaca de Castro se entera entonces que Gonzalo Pizarro se encuentra con sus tropas en Lima, a donde ha llegado a marchas forzadas. Según esas mismas informaciones, Vaca de Castro se entera que Gonzalo Pizarro está descontento por el curso de los acontecimientos y principalmente porque no se le ha designado gobernador luego de la muerte de su hermano. Anticipando una rebelión, Vaca de Castro envía a Lima un fuerte destacamento de guarnición. El comandante lleva una orden para que Pizarro comparezca ante su presencia en el Cuzco. Gonzalo Pizarro, juzgando que no tiene fuerzas suficientes para enfrentar al gobernador, acata su disposición y humildemente se presenta ante él. Vaca de Castro le hace saber su resolución de enviarlo a Potosí, donde —le dice para excitar su codicia— se ha descubierto una riquísima mina de plata. Parte, pues, Pizarro con mucha de su gente, entre ellos un veterano militar, Francisco de Carvajal.

Graves acontecimientos habrían de provocar el rápido retorno de Gonzalo Pizarro a Lima. La Corona había dictado un código de leyes para las colonias de América y nombró a Blasco Núñez Vela como primer virrey del Perú, para que las hiciera cumplir. La gobernación de Vaca de Castro gozaba de la aprobación general, pues era hombre probo, justo y honrado, y mucha gente resintió por ello que no se le hubiera designado virrey, por lo cual el virrey fue visto con malos ojos, empezando por la real audiencia de Panamá. Y todos se declararon abiertamente contra el virrey cuando éste, con una energía inoportuna, decidió hacer cumplir a la letra la ley de la Colonia, liberando esclavos y quitando encomiendas de indios a personas con antecedentes penales o que martirizaban a sus esclavos. Los colonos, irritados por tal conducta que, decían, atentaba contra sus intereses, y que no era éste el premio que merecían sus sacrificios, volcaron sus ojos hacia la única persona que, teniendo amplios derechos para gobernar, podía velar por sus intereses tan bien como ellos mismos.

Esa persona no es otra que Gonzalo Pizarro, quien finalmente, accediendo a tantos pedidos y súplicas, se pone en marcha al frente de un pequeño ejército, el que gradualmente irá engrosando con el aporte voluntario de muchos colonos que se pliegan a su banda a su paso por las ciudades.

Mientras tanto, el virrey Núñez Vela, que cometiera algunos excesos durante su breve ejercicio, es destituido y preso por la Real Audiencia y confinado en un buque que habrá de llevarlo de regreso a España. La Audiencia designa al juez Alvarez como acompañante y para que explique a la Corona lo sucedido. Pizarro llega entonces a Lima y con ayuda de su principal, Carvajal, y de Cepeda, un abogado que defiende su causa en la Audiencia, obliga a la dicha Audiencia a nombrarlo gobernador del Perú. Pero Núñez de Vela consigue huir del barco en que estaba preso, con ayuda del mismo juez Alvarez, desembarca e invocando el nombre del rey al cual representa reúne tropas y con ellas se repliega a Quito. Hasta allí lo persigue Pizarro y en una sangrienta batalla, el 18 de enero de 1546, el virrey es muerto y su cabeza colocada en una pica.

Después de esto parecería que el poder de Gonzalo Pizarro, victorioso en el campo de batalla y apoyado por todo el pueblo, se consolidaba. Pero no es así. Porque otro hombre, el eclesiástico Pedro de la Gasca, con el título de presidente de la Real Audiencia, pero conferido de extraordinarios poderes y facultades, llega casi secretamente a Panamá, desde donde empieza su formidable labor que consistirá primero en informarse debidamente de todo lo ocurrido, en establecer puntos de contacto para lograr la rendición del gobernador y no obtenido esto, para desembarcar casi solo en Tumbes y empezar allí desde lo más ínfimo, la organización de una gran fuerza que, luego de algunas escaramuzas y aun batallas, como la de Huarina, a orillas del Titicaca, se impondrán finalmente en el valle de Xaquixaguana, en las cercanías del Cuzco, no precisamente con ayuda de las armas, sino por deserción de las tropas de Pizarro, que con sus oficiales se pasan en masa a las fuerzas leales al rey. Finalmente, rodeados de enemigos, Pizarro y Carvajal se entregan prisioneros.

Pedro de Gasca da órdenes para que se instruya un proceso. Los cargos son terminantes y la condena también. Todos los que fueran sorprendidos con las armas en la mano son sentenciados a muerte y sus bienes confiscados en beneficio de la Corona. En temor de la reacción de los amigos de Pizarro que aún quedan, el presidente ordena que se ejecute la sentencia el día siguiente del encuentro y en el mismo lugar.

De conformidad a la sentencia, Francisco de Carvajal, que a la sazón tiene ochenta años pero que se mantiene ágil y vigoroso como uno de treinta, es descuartizado y sus restos arrastrados por el polvo. Sus muchos crímenes y su残酷 al cometerlos le hacen merecedor de tal suerte.

En cuanto a Gonzalo Pizarro, notificado de la sentencia, no apela a ella ni se queja. Pide a sus guardias que lo dejen solo. Oye se pasear en su tienda la mayor parte del día y cuando llega la noche se echa a descansar. No duerme mucho, sin embargo. Se levanta y sigue paseando, abismado en sus pensamientos. A la mañana pide sus mejores ropas y luego reclama la presencia de un confesor con el que permanece hasta el mediodía, hora de la ejecución.

Finalmente, con fuerte escolta, es conducido al patíbulo. Muchos que no conocen su amor al lujo y la ostentación, se admirán de verle usar un hermoso y colorido traje. Sobre el justillo lleva una magnífica ropa de armas de terciopelo amarillo bordada de oro. Un sombrero de la misma clase, también adornado de oro, le cubre la cabeza. En tan vistoso atavío monta en su mula. No lleva atados los brazos. Un gran número de frailes lo escolta, llevándole delante algunos crucifijos. El condenado, por su parte, tiene una pequeña imagen de la Virgen, a la cual besa a cada instante. Llegado al pie del patíbulo sube por él sin desmayo. Echa una mirada a la multitud de soldados, muchos de los cuales sirvieron y se enriquecieron a su lado. Les dirige unas palabras recordando esas circunstancias. Algunos veteranos sollozan.

Gonzalo Pizarro se arrodilla entonces, fijando su mirada en un crucifijo. Su aspecto es sereno. Lleva la convicción de que muere exonerado de sus culpas y pecados por obra y gracia de la confesión. Luego se entrega a manos del verdugo, un corpulento soldado. Este alza la descomunal espada corva con ambas manos. La refuliente hoja destella al sol y luego, cual mortífero rayo cae y siega la cabeza del condenado, limpiamente, como la hoz siega la mies.

Y entonces el doble torrente de las yugulares cercenadas inunda el cadalso y da justificación a la última y extraña visión del Inca. Así, por encima de las leyes humanas, que son débiles y ciegas, se cumple esa otra ley que no tiene voz ni se halla escrita y que sin embargo se registra en el corazón de los hombres pecadores, hasta que llega el momento de la expiación.

Y nadie escapa a esa tremenda ley. Ni los poderosos ni los humildes, ni los ricos ni los pobres, ni los que pretendiendo servir elevadas normas y principios dogmáticos atentan contra los mis-

mos en la práctica de las debilidades humanas, ni los que huyendo de ellos se lanzan de cabeza en el negro pozo del fanatismo y enarbolan sus cruces de fuego, su ejército de lanzas, y caen ciegamente sobre desventurados cuyo único pecado consiste en no haber escuchado la voz del desierto, que es también la voz del silencio...

Escrita la historia está.

F I N

Este libro se terminó de
imprimir en el mes de
mayo de 1968, en los
Talleres Gráficos de la
Editorial de Ediciones
Selectas S.R.L., Perú 1186 -
Buenos Aires - R. Argentina.

